LYRA BLACKTHORN

BEST SELLER

FANTASIA OSCURA PARA JÓVENES
EBOOKS DE FANTASIA URBANA

Participante del
PREMIO LITERARIO
AMAZON STORYTELLER
2026



CRÓNICAS DE LA CORTE
LA GUARDIA ARCANA

Faro de Tinta
Servicios Editoriales



Lyra Blackthorn

Copyright © 2026 María J. Mateos Selma
Autor: Lyra Blackthorn
Corrección de estilo: Faro de Tinta Servicios Editoriales
Diseño de cubierta: María J. Mateos Selma
Maquetación: Faro de Tinta Servicios Editoriales
Todos los derechos reservados.
Fecha de Publicación: Mayo 2026
ISBN: 9798258153005

A mis autores, que hicieron posible
que la luz de «Faro de Tinta»
fuera todavía más fuerte.

Gracias, por seguirme. Por darme el título que,
a día de hoy, siento que me he ganado.
Por ello, esta obra os pertenece.

Lyra Blackthorn
La Farera de Tinta

Playlist

—«Ritual», Within Temptation.
—«Numb», Linkin Park.
—«The Reckoning», Within Temptation.
—«Middle Finger», Bohnes.
—«Made a Monster», Society of Villains y Sam Tinnesz.
—«Emerald Princess», Two Steps from Hell.

NOTA DE LA AUTORA

A veces me preguntan —con esa mezcla de curiosidad y sospecha bonita— si una elige los géneros… o si los géneros te eligen a ti. Yo, si soy honesta, nunca elegí la fantasía: nací dentro de ella.

Desde niña, mi cabeza fue un territorio de criaturas imposibles y paisajes donde el aire parecía tener sabor. Dragones que no eran «monstruos», sino promesas. Lobos que corrían conmigo, no detrás de mí. Vampiros que no daban miedo, sino una clase de vértigo: el de lo eterno, lo oscuro, lo bello. Historias épicas que no solo se leían: se habitaban. Yo quería volar. Quería correr. Quería morder la noche y que la noche me devolviera un nombre.

Ese era mi gran sueño. Y durante mucho tiempo, fue mi refugio.

Pero luego llegó un proceso muy doloroso para mí. De esos que te cambian la forma de respirar, de mirar y de sostenerte en el mundo. Y, de repente, la fantasía —mi casa— se convirtió en una habitación demasiado grande. Demasiado libre. Demasiado abierta. Y yo no necesitaba libertad en ese momento: necesitaba paredes. Necesitaba foco. Necesitaba control. Necesitaba un lugar donde poder volcar la ansiedad sin perderme dentro de ella.

Así que aparqué la fantasía.

No porque dejara de amarla, sino porque había momentos en los que una no puede vivir en el cielo cuando se está intentando sobrevivir en el suelo. Y entonces apareció el otro género que también corre por mis venas: la novela negra. La que te pone los pies en el barro. La que no te deja mirar hacia otro lado. La que te obliga a abrir un cadáver narrativo y encontrar ahí el corazón de lo humano. La que es, a su manera, una forma de exorcismo.

Escribí. Me vacié. Me sostuve.

Y nacieron historias como Los Crímenes de Erebos Nyght y Sepulcros de Cristal. Dos viajes intensos. Dos descensos. Dos maneras de convertir el ruido interior en una trama con sentido. Pero el noir, aunque lo ame, también tiene un precio: te pide que vivas demasiado tiempo mirando la sombra. Te pide que sostengas la violencia emocional en la boca como si fuese una moneda. Y llegó un momento en el que acabé saturada. No solo cansada: saturada. Como quien lleva demasiado tiempo respirando una misma habitación cerrada.

Y entonces… la fantasía volvió a cantar en mi interior.

No como un capricho. No como una idea bonita. Volvió como vuelven las cosas inevitables: con hambre.

Volvió con la voz de Lyra.

Lyra Blackthorn… esa parte de mí que no se disculpa. Esa parte de mí que no pide permiso. Esa parte de mí que no sabe escribir sin abrirse en canal si hace falta. Lyra se erigió en la poesía —y aquí no puedo, ni quiero, ser tibia— gracias a John Sullivan, a quien agradeceré enormemente que Lyra sea lo que es. Porque a veces una persona no te "crea": te nombra. Te mira donde tú no te atreves a mirar y, sin darse cuenta, te empuja a existir con más verdad.

Lyra es mi parte más libre. Mi parte más loca. Y, sobre todo, mi parte más creativa.

Lyra no tiene normas. No tiene filtros. No tiene miedo a decir "esto me duele" sin maquillarlo. Cantó a su depresión con esa crudeza que solo tiene quien se aferra a un clavo ardiendo para no morirse. Cantó a una enfermedad invisible que padecemos… y ahora, sencillamente, ha llegado su turno.

El turno de brillar en su género.

La literatura fantástica.

Pero Lyra no está separada de mí. No es un personaje que me pongo y me quito como un abrigo. Es una parte de mi piel. Como dije una vez en una presentación, es «*una máscara semiinvisible*»: no tapa del todo. Solo me permite decir en voz alta lo que, de otra forma, quizá callaría.

Y por eso, aunque Lyra sea fuego, no va a hacerlo sola.

Porque yo también estoy aquí.

Cierto es que mis seis lectoras cero empezaron a leer una historia titulada Crónicas de la Corte: La Guardia Arcana. Y quizá tú seas una de esas personas que ha visto cómo una historia nace de forma imperfecta, como nacen todas las cosas vivas. Pero llegó un punto en el que tuve que hacer lo más difícil: romper y reconstruir. Dejar morir una versión para permitir que respirara otra. Volver a la idea original. No por capricho, sino porque era lo que la historia pedía.

Lyra evolucionó. Y cuando Lyra evoluciona, no lo hace en silencio: lo arrastra todo con ella. Significaba que había llegado el momento de mejorar la idea inicial. De afilarla. De oscurecerla donde debía ser oscura. De darle alas donde debía volar. De devolverle su verdad.

Y aquí te la presento.

Ahora, déjame que te haga una pregunta, de esas que parecen inocentes hasta que empiezas a sentirlas en la nuca.

¿Os habéis preguntado alguna vez por qué los cementerios cierran de noche?

¿Por qué las brujas no entran en ellos?

Quizá porque hay lugares donde la magia no es un espectáculo… sino una frontera. Un umbral. Una grieta en la realidad que nadie quiere cruzar cuando cae el sol. Quizá porque —sin que lo sepamos, y estoy segura de que así es— existe un lugar en este mundo donde la magia deja de ser un mito para convertirse en una realidad tan cotidiana como comprar la oferta de tres barras a 1,40.

Un lugar donde lo sobrenatural no aparece para impresionarte: aparece para vivir contigo.

Y en ese lugar —en esa Corte, en esa Guardia, en esa arquitectura de sombras y juramentos— vas a encontrar una auténtica locura. Pero una locura de verdad. De las que se mueven por debajo de la piel y te obligan a mirar dos veces tu propia calle. De las que te hacen pensar: «¿y si esto siempre estuvo aquí?»

Porque esta historia no viene a ser cómoda.

Viene a ser adictiva.

Viene a hacer una promesa: que no vas a saber dónde termina el mundo real y dónde empieza el otro… y que, cuando lo descubras, quizá ya sea tarde para retroceder.

Y aquí está lo que nos hace únicas, a Lyra y a mí: que no sabemos elegir entre luces y cuchillos. Así que no lo vamos a hacer.

Vamos a combinar lo que somos.

Noir y fantasía.

La negrura del crimen y el brillo sucio de lo mágico. El olor a calle mojada y el latido de los rituales. La lógica policial y la lógica de los hechizos, que a veces es aún más cruel. La ciudad contemporánea con sus juzgados, sus prisas, sus silencios… y esa otra realidad que respira detrás, esperando a que alguien mire la puerta correcta.

Así que, sí.

Esto es una invitación.

Una invitación a entrar.

A cruzar el umbral sabiendo que lo que hay dentro no te va a tratar con delicadeza… pero sí con verdad.

¿Te atreves a adentrarte?

Yo sí, y me adentro… porque lo *noir*, también puede ser divertido, siempre y cuando toques el hueso adecuado.

Solo un apunte, estás entrando en una saga. Si al acabar, te quedas con más dudas que certezas, nunca digas… que no te lo advertí.

Ahora, disfruta de esta historia.

Lyra Blackthorn y María Mateos Selma
La dualidad de una voz
Mayo 2026

PRÓLOGO I
BETTA DE LA CORTE

¿Te has preguntado alguna vez qué es la fantasía? No me refiero a lo que nos instruyen en un diccionario, o a lo que te han dicho que «no puede ser real».

Tal vez sería más adecuado preguntar: ¿dónde acontece la fantasía? Pues a mi humilde parecer, todo aquello que haga nuestra percepción de la realidad, capaz de contener magia, ya es un medio en el que merece la pena creer.

Una dimensión que se expande y contrae con los parámetros de nuestra mente, en la que nuestra imaginación abona sus prados y establece la paleta de que estampará su visión. ¿Y qué sería la magia en ese medio? ¿Algo que se respira? ¿Un sabor que relaja tu paladar? ¿Un sonido que te embriaga? ¿Un cosquilleo en tus dedos? ¿O la materialización de tus más profundos deseos?

En la dimensión de la fantasía, todo lo que imagines puede ser ley; puede ser decreto o condición; puede ser emoción o reflejo. Y puede contener los matices y colores que definan mejor tu alma, o la historia que palpita en tu interior.

Cuando Lyra me ofreció formar parte de sus lectoras *zero*, poco me esperaba encontrar una dimensión tan cercana a la par que elegante. Si bien sus emotivos versos de sus obras previas habían logrado sacudir mi imaginación con cada trino, nada me había preparado para conocer su mundo.

Un reino en escala de grises, en el que la magia es tan acento como como condición.

Una dimensión en la que la fantasía y la oscura realidad se entremezclan en una sinfonía misteriosa, trepidante y vestida de gala. Con notas de humor tan reconfortantes como su fidedigna

ambientación andaluza, y un estilo implacable y regio que denotan experiencia más allá de la creación de un mundo.

Si alguien puede hacer posible que la fantasía y la novela *noir* se abracen en una historia tan inspiradora como sublime, es sin duda Lyra Blackthorn.

Lo que tienes en tus manos es un viaje oscuro sin ser macabra; mágico sin ser infantil; cercano guardando las distancias; embriagador sin ser nocivo. ¿O sí? Sólo Andrea y Lola lo saben.

Deja atrás cualquier expectativa y prepárate para conocer una dimensión que te hará cuestionarte los límites de tu propia realidad.

Gracias por leer mi obertura; e infinitas gracias a Lyra por concederme el honor de anunciar su tercera sinfonía.

Que el Códex te guíe hacia la verdad detrás de la magia y las respuestas.

Laia Alpe

PRÓLOGO II

Caminante de una historia

Permíteme, querido lector, que te felicite. Este libro que tienes en las manos es mucho más que la obra de una autora autopublicada: es un símbolo de valentía por tu parte, de apostar por esos autores que se lían la manta a la cabeza y salen a este mundo donde la industria interfiere en el arte. Muchos lectores se dejan llevar por el *hype*, lo *trending* y todas esas gilipolleces en inglés que vienen a significar que apuestan por lo que la industria, las editoriales y las redes sociales les dicen que merece la pena. Tú has apostado por un libro que no cuenta con esos apoyos y, sin embargo, te ha llamado la atención.

Pero, además, esto que has decidido comprar y leer es un ejemplo de valentía por parte de la autora. Con casi media novela escrita, con la parte más difícil del libro culminada, María sintió que no estaba siendo la obra que ella sentía. Ni corta ni perezosa, decidió «romper para reconstruir», borrarlo todo y empezar de cero. Y eso, cuando el tiempo para llegar a la fecha de lanzamiento que había fijado en la preventa y con decenas de reservas ya confirmadas, es de estar muy loco o de tener mucho valor. María tiene un poco de ambas cosas, pero sobre todo ha tenido honestidad: la suficiente para entender que, sin sentir esa obra, no te estaría ofreciendo la novela que te mereces. El libro era bueno, sí; pero, tras esta honesta reconstrucción, es una gran novela.

Estoy convencido de que no has leído una novela de fantasía como esta nunca: cargada de humor negro, de la ironía más afilada, de la pulsión de la novela negra y de un mundo fantástico y jurídico de lo más original. En un mundo literario cargado de historias buenas, eso sí, pero lleno de tropos repetidos, esta historia te ofrece

algo diferente: un código jurídico en el mundo de la magia, dos abogados humanos que no saben muy bien dónde se están metiendo y luego está Bones. Un esqueleto que viste de Armani y calza Manolos. Un instructor, un guía, llámalo como quieras; pero cargado con un humor y una ironía que dejan huella. Si ya cuesta crear un mundo de fantasía al tener que crear leyes científicas que no existen y hacerlas parecer coherentes, imagina crear, además, un régimen jurídico con sus magistrados, sus jueces, sus funcionarios… y Bones, siempre Bones.

Así que, una vez más, déjame felicitarte por hacerte con esta obra de arte. Como dije antes, por la valentía de apostar por una obra autopublicada y por la elección que has hecho: una obra que mezcla varios géneros, que hace coherente lo imposible y que te hará pensar, disfrutar y reír. Pero, sobre todo, una novela honesta. Tan honesta que estuvo a punto de no llegar a tiempo. Ahora, te dejo disfrutar de esta maravilla. María, ahora es tu turno de deleitar al lector. Con un abrazo, este juntaletras que prologa la obra se retira para que disfrutes de Lola, Andrea, la Corte… y Bones. Siempre Bones.

John Sullivan

1
BAJO LA NOCHE DE CRISTAL

La madrugada no era silencio: era un siseo sucio, una lija en la garganta, un animal flaco arrastrándose por el muelle de El Puerto de Santa María. A esa hora —cuatro de la mañana— la ciudad se comportaba como un cuerpo que ya no distingue el placer del vómito: respira alcohol, late a golpes de música y deja rastros. «*La Cristalera*» escupía decibelios como si quisiera perforar el cielo, y a unos metros, la Plaza de las Galeras sostenía su propio teatro: brisa marina, sal en los labios, luces distantes en el Parque Calderón como ojos cansados que parpadean sin compromiso.

Pocos miraban el agua. Nadie se preguntaba qué guardaba el muelle cuando la noche se vuelve espesa y el Guadalete parece una vena negra. La parada de taxis estaba vacía; los que quedaban vivos por allí no buscaban un asiento, sino un escondite. Iban de vuelta a casa con esa prudencia torpe de los borrachos que aún se creen listos: evitar el coche, un control, el mordisco burocrático de la Guardia Civil o la Policía Local, siempre con el hambre de la multa por una ITV pasada, un seguro que falta, un carné de conducir caducado. Cosas mundanas del mundo humano: pecados administrativos que se confiesan con papeles, no con sangre.

Para los humanos, El Puerto era una postal con historia: navegantes, cargamentos coloniales, especias, piratas rondando la bahía en busca de un golpe de fortuna. Y sus leyendas, las de siempre: brujas ajusticiadas, tesoros hundidos, apariciones que los marineros viejos juran haber visto en noches de tormenta. Folclore contado con sonrisa cómplice, como quien se ríe para no admitir que, en el fondo, le da miedo creer.

Lo que no cuentan las guías —lo que no interesa contar— es que El Puerto llevaba siglos con una segunda piel. Una historia clandestina, sin faroles bonitos: criaturas que han habitado el borde entre lo real y lo imposible; pactos sellados donde la piedra ostionera bebe humedad y guarda nombres. Sirenas de aguas frías; duendes bodegueros que protegen caldos antiguos como si protegieran una memoria; manuscritos escondidos que nunca pisan un archivo municipal. Bajo la Plaza de las Galeras, decían algunos —los pocos que sabían sin reír—, hay túneles. No simples refugios de asedio: rutas secretas, venas subterráneas donde se firmaron acuerdos entre magos de sangre andaluza y criaturas del mar. Runas trazadas en cal. Cal que no debería existir ahí. Cal que, si la miras demasiado, te devuelve la mirada.

Los que conocen esa verdad aprenden temprano a callarse. Aprenden a fingir normalidad, a no levantar olas. Porque el equilibrio entre lo humano y lo mágico no es elegante ni justo: es frágil. Se sostiene por miedo. Por conveniencia. Por un velo que, si se rasga, no deja pasar luz; deja pasar hambre. Hambre de poder… y de caza.

Pero aquella noche, en la Plaza y en el Parque, la gente apenas era gente: eran sombras borrachas persiguiendo un último trago, un último baile, un último chute de euforia antes de la resaca. Para ellos, la bahía era un fondo bonito; el misterio, un cuento. Nadie se imaginaría que, bajo esa normalidad sucia, algo invisible se movía despacio, atento, con paciencia de depredador.

Esa noche, algo se cernía bajo el manto estrellado y la quietud del Guadalete.

Ulises sintió el jadeo del viento en la cara como un aviso. Se detuvo frente a la barandilla del muelle y miró la superficie negra. El agua no reflejaba, insinuaba: su imagen se veía rota, temblorosa, como si el río no quisiera hacerse responsable de lo que mostraba. Pensó que era un buen símil de sí mismo: un hombre partido entre el anhelo y el pavor, entre romper las barreras de la magia y pagar el precio de cruzar líneas que no se cruzan dos veces.

Sus ojos miel estaban apagados, cargados de semanas sin sueño. Era delgado, un poco más alto de lo normal, y la palidez le sacaba el filo a los pómulos. El pelo castaño le caía descuidado sobre la frente;

no por estilo, sino por abandono. La clase de abandono que llega cuando la obsesión te hace olvidar lo básico: comer, beber, vivir.

Sabía que en minutos llegaría la persona que había aceptado reunirse con él. Acarició el amuleto de su muñeca con dedos nerviosos: una pulsera con runas grabadas, tenue, discreta… pero viva. No brillaba como un neón; brillaba como una herida. Bajo la farola más cercana, aquel resplandor parecía respirar. Vestía una gabardina oscura gastada, cuello alzado contra la brisa. Parecía frágil, pero en él había una fiebre interna, una resolución que quemaba como alcohol en garganta seca.

—No puedo fallar ahora… después de todo lo que he luchado —murmuró, rozando la runa central.

A lo lejos retumbaron pasos, pero «*La Cristalera*» borraba direcciones y convertía todo en ruido. Detrás de él, la bruma empezó a reptar sobre el adoquinado. No era la niebla amable de postal costera: era una gasa húmeda que se pega a la piel. Pocos transeúntes tenían motivos para acercarse a esa zona más oscura, lejos del acceso principal, donde solo había un aparcamiento inhóspito y desangelado. Aun así, en la penumbra se movían sombras: una pareja buscando un rincón para fumar, dos jóvenes riendo con esa alegría rota de los ebrios, un hombre con capucha que pasó de largo como si el mundo no le incumbiera. Nadie miró a Ulises. Nadie miró el agua.

Sacó el reloj de bolsillo: 4:07.

Su contacto debía llegar a las 4:10.

Tres minutos.

Estaba tan cerca que casi podía olerlo.

Bajó la mirada hacia la libreta oculta en el interior de su gabardina. Las letras, manchadas por la humedad, se leían a medias: «*Fragmento 7: Rituales de Corrom…*». El resto era una mordida del tiempo. Aquel desgaste no era casualidad para él: era una afrenta. Una pieza de conocimiento arrancada como carne.

Para Ulises, ese librito era futuro. Era una llave de otro tipo, más peligrosa que cualquier metal: un grimorio fragmentado que prometía liberar la magia de restricciones arcaicas. Cambiar las reglas. Dejar su nombre grabado en la Historia Arcana de España

desde los días en que el Consejo Mágico se fundó por orden de la Santa Inquisición. Por gracia divina del *Códex*.

El viento se intensificó. Los focos exteriores de la discoteca parpadearon un instante, como si el propio cableado dudara. Salió un grupo de jóvenes tambaleándose, riendo, gritando, vivos de mentira. Uno vociferó:

—¡Vámonos de botellón al Parque Calderón, tío!

Y se fueron entre carcajadas. Ulises sintió alivio. Prefería la soledad. No deseaba testigos.

—¿Tanto anhelas la soledad? —susurró una voz a su espalda.

Ulises se giró como si le hubieran clavado un alfiler. La adrenalina le tensó el cuerpo entero. A unos metros, la penumbra recortaba la silueta de alguien alto, abrigo largo, oscuridad encima como si se la hubiera puesto aposta. No distinguía el rostro, pero sí los ojos: ese brillo de seguridad que no pide permiso, que invade.

Ulises tragó saliva.

—Creí que vendrías por el extremo norte —dijo, buscando compostura.

—Me gusta observar a mis… contactos antes de aproximarme —respondió la figura.

Y el aire cambió. No de manera teatral; de manera real. Como si la noche contuviera el aliento. Como si, alrededor, el mundo humano siguiera funcionando por inercia, pero allí —en ese círculo pequeño de adoquín y bruma— hubiera otro reglamento.

Ulises inspiró hondo. Sacó una pequeña llave metálica del bolsillo interior.

—Doy por hecho que cumples con tu parte del trato. Esta llave dimensional abre uno de los accesos sellados en las catacumbas subterráneas. Por ella, me entregarás el resto del grimorio, ¿no?

La figura avanzó sin prisa. De cerca, seguía en sombras salvo por una barbilla afilada y la insinuación de una sonrisa ladeada. Bajo la luz anaranjada, Ulises vio un destello frío en los ojos ajenos: el brillo de algo que no conoce compasión, solo utilidad. Sintió un estremecimiento que no era miedo humano. Era otra cosa: el instinto arcano diciéndole «corre», aunque el orgullo le respondiera «aguanta».

—Te lo dije: si me dabas esa llave, yo te proporcionaría el fragmento que poseo, Beaumont —murmuró la voz con burla contenida—. Ese era el trato. Y juntos podríamos… hacer algo más grande. Pero dime… ¿estás dispuesto a someterte a mi guía?

La palabra «someterte» se le clavó a Ulises como una astilla.

—No necesito una niñera —escupió—. Voy a cambiar las reglas de la magia. Llevo años descifrando runas prohibidas. Soy capaz de controlarlo.

—¿Tú? —la risa ajena fue un hielo fino—. Te subestimas… o te sobrestimas. ¿Crees que juntar fragmentos te convierte en amo de su poder? Además… tendrás que actuar al margen de la Corte.

El corazón de Ulises se aceleró. Apretó la llave. Retrocedió un paso, y se odió por retroceder. "Me está midiendo", pensó. "Quiere robarme. Quiere comerme vivo".

La figura se acercó aún más y la farola reveló parte del rostro: pómulos marcados, labios tensos, un rictus de superioridad. Y entonces Ulises lo sintió: un leve olor a ozono, como el aire después de un relámpago que no se ha visto. Una electricidad sutil que se te mete por la nariz y te deja la lengua metálica. Ese cosquilleo que los magos reconocen incluso cuando se hacen los ciegos.

—Suficiente charla, Beaumont —dijo la voz—. Dame esa llave y dime dónde tienes tus descubrimientos.

—Primero, el fragmento del grimorio —exigió Ulises.

El silencio se tensó. La música de "La Cristalera" seguía golpeando a lo lejos, y el mar lamía los pilares de hormigón con su murmullo sucio. El viento agitó la gabardina de Ulises y el abrigo del otro. Entonces, la figura encendió una runa en la palma. No iluminó como linterna: palpitó como un órgano. Púrpura. Vivo. Peligroso.

—¿Qué haces? —Ulises sintió el pinchazo antes de que ocurriera.

—Compruebo tu sinceridad.

La runa parpadeó. Y Ulises notó el tirón.

No fue una sensación "mental" limpia; fue invasiva, física: un cosquilleo en el lóbulo frontal, una presión detrás de los ojos, como si alguien empujara desde dentro del cráneo buscando una rendija. El mundo se le estrechó un segundo. El aire pesó.

Aquello era un delito mágico.

Y él lo supo no porque se lo enseñaran en un libro, sino porque su cuerpo lo reconoció como reconoce el dolor: sin preguntas.

—¡Detente! —rugió, enfocando su magia para proteger la psique.

Por unos segundos, las dos voluntades chocaron sin ruido. No hubo chispas espectaculares, no hubo truenos. Hubo algo peor: la sensación de que el aire se volvía más denso, como agua. Que la bruma se pegaba a la piel con intención. Ulises sudó frío. Sintió que su defensa crujía, no como madera, sino como cristal a punto de romper.

Un chispazo estalló entre ambos. La figura dio un paso atrás, irritada. Ulises se agarró a esa oportunidad como quien se agarra a un borde en un precipicio. Buscó en el bolsillo la piedra-linterna: un artefacto menor, preparado para disparar un flash cegador.

—¡Basta! —gritó, dientes apretados—. Me largo. Tú no cumples tu palabra.

El destello blanco cortó la noche como un relámpago sin cielo. Ulises se lanzó hacia la barandilla para bordear el muelle y huir, pero el plan se le murió en el cuerpo: un cuchillo de dolor le abrió la pantorrilla derecha. No era un golpe. Era un ataque desde dentro, como si un enjambre de agujas ardientes atravesara músculo y tendón.

Cayó de rodillas.

El aire olió a sangre y a ozono.

Cuando la luz se apagó, el otro ya había recuperado la visión. Sus ojos, rojos de ira, se abrieron como un animal ofendido.

Ulises intentó arrastrarse, buscar refugio tras un contenedor, pero una onda de energía lo envolvió. Notó la presión en el pecho. De golpe, respirar se volvió trabajo. No faltaba aire: le robaban el derecho a usarlo. Tragó con desesperación, y fue como tragar agua.

—Eres un iluso, Beaumont —escupió la voz—. ¿Creíste que te marcharías con mi fragmento? Eres más idiota de lo que pensaba.

—No… me someteré… —Ulises hablaba a pedazos.

La presión aumentó. Los pulmones le ardieron. Un reguero de sangre asomó por la comisura de sus labios, mezclándose con sal y brisa. A lo lejos, la discoteca seguía sonando. Nadie miraba. Nadie

escuchaba el jadeo de un hombre al que estaban matando sin manos visibles.

El agresor se acercó con calma, saboreando el control. Agachó la cabeza y susurró palabras ininteligibles al oído de Ulises: no sonaban a amenaza humana; sonaban a rezo. A fórmula. A liturgia torcida. El cuerpo de Ulises convulsionó. Venas violáceas surcaron su cuello como raíces enfermas. El color no era natural: parecía tinta bajo la piel.

—Escúchame… —Ulises escupió aire—. No tendrás lo que buscas. La información… la destruí.

—Mientes —respondió la voz con satisfacción seca—. Pero no importa. Cuando termine, extraeré tus últimos recuerdos. Tendré que revolver tus entrañas mentales… pero lo conseguiré.

Un ruido cercano lo obligó a ajustar el ritmo: un grupo de humanos borrachos pasaba a menos de veinte metros, riendo, vociferando. El agresor se replegó en sombras sin soltar el control. Ulises sintió una mirada confusa posarse sobre él; un segundo de duda en un rostro borracho. Pero llegó el grito de una mujer, la broma de otro, y siguieron. El mundo humano es experto en mirar sin ver.

Ulises quiso pedir auxilio. No pudo. La garganta estaba anudada por esa fuerza invisible. Solo salió un gruñido ridículo que se perdió en los graves de la discoteca.

Cuando los pasos se alejaron, la figura volvió sobre él.

—Terminaré aquí. Tu sufrimiento no se prolongará… demasiado.

El conjuro cambió de textura. La runa púrpura se ennegreció, como si alguien la hubiera manchado desde dentro. Y entonces el muelle respondió.

El agua no se agitó como ola: se levantó como voluntad. Una masa oscura se elevó desde la orilla y se deslizó hacia Ulises en forma de manos líquidas. No era agua "normal"; era agua obediente. Agua que no busca camino: lo crea.

Ulises sintió el líquido forzándole la boca, la nariz. El primer contacto fue helado. El segundo fue violencia. La sensación no era solo ahogo: era invasión. Fuego helado en la tráquea. Un dolor tan absurdo que la mente intenta negarlo para sobrevivir.

La figura lo empujó hacia la barandilla. Parte de esa agua densa lo obligó a caer sobre un saliente de hormigón. Un golpe sordo le reventó la costilla izquierda. Oyó el crujido y lo sintió como si le partieran el pecho por dentro.

—A-aahh… —salió un sonido casi infantil de su garganta.

La corriente oscura adquirió una densidad inverosímil. Se metió en él. Le llenó. Le robó todo. Ulises forcejeó con lo último, manoteando como un náufrago sin mar. Los dedos se le agarrotaron y rozaron la barandilla hasta sangrar. El agresor observó con frialdad, controlando el agua como si fuera una extensión de su mano.

El cuerpo de Ulises se debatió hasta que el aire se volvió gorgoteo. Un hilillo de sangre brotó de las fosas nasales. Sabor ferroso mezclado con salitre. Sus ojos se abrieron en una angustia incrédula, como animal acorralado que entiende tarde.

La figura se inclinó, y en el gesto final —supremo cinismo— le susurró.

—Adiós, Beaumont. Gracias por allanar el camino.

El corazón de Ulises, acelerado por el pánico, no resistió. Se apagó con un estertor ronco. La magia se retiró lentamente, como quien recoge un arma después de usarla. Su cuerpo quedó inerte sobre el saliente, gabardina empapada, miembros en postura torcida, mirada vacía hacia el cielo: una danza macabra sin música propia.

Durante un instante, el muelle pareció quedarse quieto. A lo lejos, alguien vomitaba junto a un contenedor. La bruma lamía el adoquinado, serpenteando alrededor del cadáver. El agresor alzó la mano y pronunció una última runa.

Ahí fue donde el delito se volvió todavía más obsceno.

No era solo matar. Era saquear.

Un resplandor enfermizo tiñó los ojos muertos de Ulises, como si desde dentro se arrancara algo invisible con pinzas. La piel del cuello se tensó, las venas violáceas latieron una vez más, y el aire se llenó de ese olor a ozono quemado, como papel chamuscado después de una tormenta. Si alguien hubiera estado cerca, habría sentido una náusea extraña, una presión en las sienes, un zumbido en los

dientes. La escena no pedía explicación: la escena gritaba "prohibido" con el cuerpo.

—Lo cogeré todo —dijo la voz.

Luego, la figura recogió la llave dimensional que Ulises aún sujetaba. La destrabó de un tirón que hizo crujir la articulación del muerto, y se guardó el objeto en el interior del abrigo. Miró un segundo hacia la discoteca, la música tronando como si el mundo celebrara su propia ceguera.

—Ahora… eres polvo en la noche.

Se perdió en una calle lateral, sin prisa. La prisa es para los que temen.

El cadáver quedó solo. El viento siseaba y golpeaba banderas sobre algún barco anclado. Un farol parpadeó, como si dudara en seguir iluminando aquello. Desde la compuerta de un viejo almacén se oyó un chillido metálico: el tipo de sonido que te pone la piel de gallina si estás sobrio, y que no significa nada si vas borracho.

Nadie se aproximó. Nadie oyó el último quejido. Nadie vio la sangre goteando por la barandilla. Solo el agua, insistente, empapó el borde de la gabardina, como si quisiera reclamarlo.

La primera sombra con ojos fue un gato callejero, atraído por el olor. Se asomó con recelo, vio el cuerpo inmóvil, olfateó el aire con desconcierto. No era la primera vez que esa bestia huraña olía violencia nocturna en El Puerto. Maulló bajo, retrocedió y se escurrió hacia los basureros, más interesado en vivir que en entender.

La primera persona humana en tropezar con la escena fue un hombre de unos treinta años, ebrio y desesperado por mear lejos de los guardias. Se adentró en la zona oscura buscando un rincón "discreto". Antes de bajarse la cremallera, vio la silueta tendida, el brazo caído sobre el saliente, el brillo húmedo de la sangre bajo la luz.

El grito le salió con la misma violencia que la orina se le congeló dentro.

—¡Un muerto! ¡Dios santo, hay un muerto ahí!

Corrió de vuelta hacia «La Cristalera», tiró la botella, escupió juramentos. Los porteros tardaron en reaccionar: al principio le

atribuyeron el drama al alcohol. Pero la insistencia, la cara desencajada, el temblor sin gracia… eso no era fiesta.

Uno de ellos —fornido, malhumorado— lo acompañó a regañadientes hacia la parte trasera del muelle. La música seguía retumbando, como un corazón ajeno.

Allí, la linterna atravesó la bruma y enfocó el horror: Ulises con la boca abierta en gesto de pánico, tez azulada, ropa empapada. Y, aunque el guardia no supiera nombrarlo, había algo que no encajaba en un asesinato "normal". Un patrón en las venas. Un tono extraño en la piel. Ese brillo residual que no es luz, sino rastro.

Claro que él no pensó «magia». Pensó «bestia». Pensó «salvajada».

El ebrio se echó atrás y vomitó. Como si su cuerpo intentara expulsar lo visto.

—Mierda… —masculló el portero—. Hay que avisar a la policía.

Esa misma noche, la Policía Nacional llegó con sirenas y cordones. Y entonces ocurrió lo que siempre ocurre cuando lo arcano roza lo humano: confusión, incomodidad, un instinto que les hace hablar más bajo sin saber por qué. Hubo miradas rápidas, silencios extraños. Una sensación de que el aire no era el de siempre.

Faltaban horas para que intervinieran los que realmente podían hacer algo.

La Guardia Arcana. Los que a día de hoy, se conocen como abogados e investigadores, pero cuyas herramientas no son un código y la oratoria… sino el Códex, y la propia magia.

Y cuando lo hicieran, no haría falta que nadie les explicara nada. Ya se sentiría en cuanto pisaran el muelle: el residuo en la piedra, el zumbido leve en los dientes, el olor a tormenta sin tormenta, esa huella invisible que deja un delito arcano cuando alguien cruza la línea y arranca recuerdos como quien arranca dientes.

La escena era escalofriante, y la torpeza de las autoridades mundanas iba a ser enorme: no había arma blanca que justificara esa asfixia, esa violencia interna, ese patrón enfermo que subía por el cuello. No había marcas limpias de estrangulamiento, ni disparos, ni explicación cómoda. Pero la muerte era clara. Y era silenciosa en el lugar más ruidoso de la ciudad.

La brisa del Atlántico —la misma que hace bailar barcas de pescadores— limpió, con un gesto casi compasivo, la última gota de sudor en la frente inerte de Ulises Beaumont. Como si el mar intentara borrar lo que el hombre había escrito en el aire.

El caso quedaba abierto en la niebla costera. A la espera de una investigación que pondría en jaque a magos y humanos por igual.

Así inició el enigma del grimorio y la conspiración en El Puerto de Santa María: con la muerte atroz de un estudioso que quiso rebasar los límites, y con un asesino que tejía a oscuras su plan amparado por la incredulidad de quienes viven en la superficie. No tardarían en cruzarse los caminos de la justicia —humana y arcana— con la sangre seca de ese crimen. Y lo que parecía un asesinato nocturno más se convertiría en la piedra angular de una historia que resonaría en la clandestina Corte de las Sombras, en archivos encantados de un despacho jurídico sin par y en la conciencia de cualquiera que creyera, ingenuamente, que la magia se puede encauzar sin pagar.

Mientras tanto, «La Cristalera» seguía tronando, indiferente y festiva.

Y la luna, arriba, miraba el cuerpo de Ulises Beaumont sabiendo lo que los humanos ignoran siempre hasta que es tarde: que esa noche fue el primer eslabón de una cadena.

Y que el cristal, cuando se rompe, corta.

-*.*-

Y mientras tanto, en otro punto de la ciudad, en el centro, la madrugada no sonaba a discoteca: sonaba a piedra vieja y a pasos que no se daban. La Plaza de España descansaba bajo faroles cansados, con los naranjos inmóviles como si también contuvieran la respiración. El aire olía a humedad salada mezclada con tierra y cal, y la Iglesia Mayor Prioral se alzaba con esa presencia de animal antiguo, enorme y quieto, como si la noche le perteneciera por derecho. En la parte trasera, donde la fachada se vuelve más sobria y el bullicio no llega ni por error, la sombra de los contrafuertes recortaba ángulos negros sobre el empedrado. Allí, alguien aguardaba. No con nerviosismo, sino con esa paciencia aprendida a

base de perder: manos quietas, espalda contra la piedra, mirada clavada en el cielo como quien lee un expediente sin necesidad de abrirlo.

Porque el cielo estaba raro. No por nubes ni por viento: por otra cosa. Un cosquilleo eléctrico, un sabor metálico en la lengua, una presión mínima detrás de los ojos, como si la ciudad hubiera sido tocada con un dedo invisible. La magia dejaba su rastro sin pedir permiso, igual que un crimen deja su olor antes de que aparezca el cuerpo. Y esa esencia —esa sensación sorda, torcida— era la confirmación de lo evidente: Ulises Beaumont no iba a llegar. No a esa cita, no a esa hora, no ya. La figura apretó la mandíbula, tragó aire despacio, y el murmullo que le escapó no fue una frase, fue una sentencia baja, de calle húmeda y destino podrido.

—Se nos acaba el tiempo…

2
La música y el presagio

A la mañana siguiente, poco antes de las siete, Lola Hidalgo ajustó la cremallera de su mochila negra y se acomodó los cascos. Con el pulgar subió el volumen hasta que «*Ritual*» de Within Temptation le reventó el mundo por dentro. Le encantaba eso: la música alta, el aislamiento, el control. Que la calle quedara fuera y ella se quedara dentro de su propia cabeza, caminando al ritmo de una guitarra y una voz que no pedían permiso.

Bajó por la calle Luna con paso firme. Las primeras luces arrancaban destellos fríos a los adoquines, como si la mañana aún dudara si nacer o volver a esconderse. Era esa hora incómoda en la que los bares de copas cierran por fin las persianas —con la misma dignidad torpe con la que se baja un telón manchado— y la ciudad enseña el suelo tal como es: vasos de plástico aplastados, servilletas pegadas al viento, el olor agrio de la noche que nadie quiere reconocer como propia. En paralelo, las cafeterías levantaban sus rejas para los primeros cafés: el relevo oficial. La transición diaria de las copas a los desayunos. El Puerto cambiándose la máscara, sin lavarse la cara.

Lola esquivó a una señora que sacaba a su perro con cara de sueño y vio más adelante a un chaval con los párpados hinchados que casi chocaba contra una farola. Madrugadores y trasnochadores compartiendo acera como si fueran la misma especie en diferente fase de descomposición. A Lola no le molestaba: sino que la reconfortaba. Dentro del *rock* sinfónico se sentía protegida, con una banda sonora que le recordaba por qué no podía rendirse. Necesitaba trabajo. Y lo necesitaba ya. Por eso iba hacia la estación,

con la esperanza de echar currículums en Jerez, quizá en algún despacho que quisiera carne joven y barata.

No todo el mundo sueña con contratar a una novata, pensó, con sarcasmo seco. Pero peor es pudrirse en el paro en casa de mis padres para siempre.

Los acordes subieron de intensidad cuando dobló hacia la Plaza de las Galeras, y el mundo se le partió en dos. Allí no había transición de noche a mañana; había choque. Una maraña de coches policiales pintaba la zona de azul, y varios agentes de la Policía Nacional se movían con prisa contenida, como si cada paso pesara. Un puñado de vecinos cuchicheaba sin entender nada: anoche «*La Cristalera*» estaba a rebosar, la fiesta era un animal vivo… y ahora aquello parecía un escenario montado para un desastre.

—¿Qué ha pasado aquí…? —pensó, clavándose de golpe en la realidad.

Había un cordón improvisado, cintas blancas con el escudo de la Policía Nacional y un perímetro que mordía parte del muelle. Lola se quitó uno de los cascos, dejó la música en el oído izquierdo y liberó el derecho para escuchar el murmullo humano: preguntas sin respuesta, teorías baratas, miedo de bata y pantuflas asomando desde puertas entreabiertas.

Y entonces, al acercarse al cordón, algo la arañó por dentro.

No fue una idea. Fue un golpe sensorial, rápido y sucio: un zumbido bajo que le trepó por los dientes como si hubiera mordido papel de aluminio, un olor metálico —no sangre, no sal: metal caliente— y una náusea breve que le dejó el estómago vacío de golpe. La piel de los antebrazos se le erizó sin motivo. Sintió un latido en las sienes, sincronizado con nada, como si la plaza tuviera su propio pulso. Un segundo. Solo uno. Luego, se le pasó… pero ya no era la misma.

Lola tragó saliva y miró el perímetro con otra clase de atención.

Mi abuela… sirenas… duendes bodegueros…, le cruzó fugaz, como un recuerdo inoportuno. Historias que siempre se había contado para reírse, para pasar el rato, para no tomarlas en serio. Y, sin embargo, allí, con el aire raro y la policía marcando terreno, el folclore le sonaba de pronto menos a cuento y más a advertencia.

«*¿Estoy de verdad pensando en tonterías a estas horas?*», se dijo, sacudiendo la cabeza, intentando volver a lo firme. Un agente hablaba por radio con voz tensa. La discoteca, a esa hora, era un cadáver de local: portón cerrado, un par de empleados fumando con la cara mal puesta, y un silencio que no encajaba con el lugar.

Cuando Lola llegó al borde de la plaza, el nudo en el estómago apretó. Había demasiado uniforme y demasiado gris como para que aquello fuera una pelea de madrugada. Y antes de que pudiera decidir si rodear, seguir o largarse, vio a una figura que conocía.

David Santos.

Robusto, por encima de los cincuenta, pelo entrecano peinado hacia un lado, arruga de preocupación en la frente y ese modo de llevar el uniforme como si se hubiera cosido a la piel a base de años. Tenía porte de policía viejo, de los que han visto suficiente como para no sorprenderse… y, aun así, en la mirada le quedaba un resto de humanidad que no encajaba con la escena. Lola lo conocía por motivos familiares: amigo de su padre, de los que te llaman por el diminutivo sin pedir permiso y te miran como si quisieran comprobar que sigues entera.

—Eh, Lolita —dijo Santos, mezclando formalidad y cariño con la naturalidad de siempre—. ¿Qué haces por aquí tan temprano? ¿Te has caído de la cama?

Lola se quitó el otro casco y lo guardó con el cuidado automático de quien necesita agarrarse a cosas pequeñas.

—Buenos días, Santos. Voy a la estación —señaló con la barbilla hacia la ribera—. Bajaba por Luna y he visto… esto. ¿Qué ha pasado?

David lanzó una mirada rápida a un compañero con un *bloc*. Luego se acercó a Lola, bajando la voz, blindándola del corro de curiosos.

—No debería hablar contigo de esto —murmuró—, pero es serio. Encontramos un cadáver en el muelle, detrás de la discoteca, hace unas horas. Un hombre… treinta y tantos.

—¿Un atropello? ¿Una pelea? —Lola notó el filo de la palabra «cadáver» cortándole por dentro.

Santos negó con la cabeza, sombrío.

—Nada que se le parezca. Es… una escena rara. Muy rara. Con indicios… —se le trabó un instante, como si no quisiera pronunciar lo que iba a decir— …casi como un ritual. Y te lo digo yo, que no llevo precisamente dos días en esto.

La palabra se le quedó a Lola pegada en el paladar: ritual. Le volvió el zumbido, pequeñito, como un eco en los dientes. Miró de reojo hacia el cordón y sintió, otra vez, ese olor metálico que no pertenecía a ninguna cocina, a ninguna alcantarilla, a ninguna mañana normal.

—¿Sabes algo más? —preguntó, bajando ella también la voz.

—Aún no hay datos oficiales. La inspección ocular ha visto marcas en el cuerpo… signos de tortura, y… símbolos raros. No te sorprendas si la prensa se agarra a «asesinato ritual» como un perro a un hueso —Suspiró, mirando la cinta que ondeaba—. Tenía entendido que buscabas trabajo como abogada, ¿no?

—Sí… —Lola encogió un hombro—. Estoy en ello.

—Pues ojalá te contraten en algún despacho. Estamos saturados de cosas raras y esto… esto pinta peor que un simple ajuste de cuentas.

Lola alzó una ceja, y el humor le salió por reflejo, como un mecanismo de defensa.

—¿Para qué queréis a un abogado, Santos? Si luego estáis a hostias porque os impugnamos los procedimientos… —suspiró—. Bueno, os impugnan. Yo ahora mismo estoy sin trabajo.

Santos le puso una mano en el hombro. Un gesto de padre prestado.

—Lolita… aunque no tengas despacho, eres abogada. Estás colegiada y pagas cuotas, ¿no?

Lola soltó una risa breve, sin alegría.

—Todavía no tengo ingresos para pagarlas. Las paga mi padre, y ya se encarga de recordármelo todos los días desde que me echaron del despacho. ¿Qué se supone que debo hacer? ¿Ser una abogada ambulante?

Santos esbozó una sonrisa suave, de esas que intentan tapar lo que no se puede tapar, y le rozó la mejilla con afecto.

—Te las ingeniarás. Y escúchame: si no quieres depender de tu padre para abrir un despacho, habla conmigo. A ver qué podemos hacer.

—Gracias… —Lola miró hacia el perímetro, hacia ese trozo de muelle donde el aire parecía más pesado—. Tú siempre tienes ánimo, incluso con… esto.

Una compañera se acercó con un informe preliminar y rompió el momento. Lola se hizo a un lado, sintiendo el temblor fino en las manos, ese temblor que no ven los demás pero que tú notas como si te lo gritaran. Le gustaban los casos penales. Le atraían. Pero una cosa es fantasear con tribunales y otra oler la realidad de cerca.

David Santos se volvió hacia ella con seriedad: el policía de nuevo, el amigo después.

—Será mejor que sigas tu camino. Esto va para largo.

Lola asintió.

—Claro. No quiero estorbaros.

—Ten cuidado. Si ves algo fuera de lo normal… avísame, ¿vale?

Lola miró el cordón. Sintió de nuevo el pequeño latido en las sienes.

—¿Como si no lo fuera ya? —susurró.

Se alejó de la plaza bajando el ritmo, como si al caminar más despacio pudiera ordenar la cabeza. «*Ritual*» seguía sonándole por dentro aunque ya no estuviera en los cascos, una especie de mantra involuntario. Vio a un chico con cara de resaca tumbado en un banco, a una mujer paseando a un perro pequeño mirando de reojo la escena como si esperara que de un momento a otro saliera una explicación limpia, oficial, tranquilizadora. Nada de eso iba a salir. No a esa hora. No de ese tipo de muerte.

En una calle menos abarrotada, Lola miró el reloj del móvil: si no apretaba, perdería el tren a Jerez.

—¿Realmente importa? —se le escapó en voz baja, y le dio rabia haberlo pensado.

Minutos antes tenía la brújula clara: trabajo, currículums, futuro. Ahora, el comentario de Santos y aquellos «símbolos» le habían encendido la curiosidad como una cerilla en una habitación con gas.

¿Y si había algo más? ¿Y si ese lado prohibido que siempre se cuenta en susurros asomaba la cabeza en pleno muelle?

Se reprendió a sí misma con una dureza casi infantil.

«*Lola, déjate de tonterías. La vida no funciona así*».

Se recolocó la mochila, subió un poco la cremallera de la chaqueta y se obligó a caminar. Iba a la estación. Iba a hacer lo que había venido a hacer. Un despacho era un despacho, aunque fuera en Jerez y aunque fuera de junior y aunque fuera una oportunidad mínima.

Pero mientras atravesaba el Parque Calderón, algo seguía pegado a su piel: el zumbido fantasma, el olor metálico, la certeza de que lo que había visto no era solo un «*caso raro*». Y supo, con un instinto que no venía de la lógica, que esa mañana no la iba a soltar tan fácil.

Volvió a ponerse los cascos para escuchar el final de la canción. El escalofrío le bajó por la espalda, puntual, como un recordatorio.

Aceleró el paso.

Creyendo que huía.

Sin saber todavía que no estaba huyendo de nada.

Estaba entrando.

3
Un mal día

Pasadas las doce del mediodía, Andrea Volpi llevaba más de media hora escuchando a su cliente favorito —léase: el que más ganas le daba de empujarlo por la ventana— sin permitir que se le escapara un suspiro demasiado evidente. Estaban en la sala de reuniones del prestigioso «*Manrique & Asociados*», en pleno centro de Jerez de la Frontera, rodeados de paredes forradas con lomos dorados de códigos y jurisprudencia, como si el brillo del cuero y la tinta pudieran tapar la miseria humana. Para muchos, aquel decorado era la esencia intocable de la ley. Para Andrea, abogado con casi quince años de oficio y fama bien ganada de amargado de mierda, era solo un escenario limpio para negocios sucios: una pantomima que le recordaba cada mañana que el derecho, en manos equivocadas, no era justicia. Era un traje caro sobre un cuerpo podrido.

—Mire, señor Volpi —arrancó el hombre, Melchor Ruiz, ajustándose el nudo de la corbata por décima vez como si pudiera estrangularse la vergüenza—, la cuestión es sencilla: me han calumniado. Se han atrevido a difamarme diciendo que yo estafé a un socio. ¡Una canallada! Quiero que usted, o este despacho, les meta tal demanda penal que les cueste hasta el último céntimo.

«Cateto. Demanda penal…». Andrea lo pensó con una calma cansada, como quien oye llover siempre en el mismo techo.

—Ajá —farfulló, hojeando la carpeta—. Ha dicho «un socio». ¿Alguno que lo haya denunciado formalmente? Porque aquí no veo ni rastro de denuncia.

—Es que no hay denuncia. Fue una publicación en redes. Indirectas. Cosas tipo «cuidado con este sujeto». ¡Tiene que ser él o

su gente, que quieren hundirme en la mierda!

Andrea levantó la vista lo justo para medir al hombre: ojos brillantes de rabia, manos inquietas, esa soberbia nerviosa del que se sabe sospechoso y aun así exige honorabilidad.

—¿Y de qué manera lo difama? ¿Tiene capturas con su nombre o algo que identifique a la persona?

El cliente se retorció los dedos.

—Capturas claras no… porque lo hicieron con cuentas falsas. Pero yo sé que es él. Y usted, como abogado, tiene que encontrar la forma de probarlo. ¡Es su trabajo! ¡Le pago para ello!

Andrea se masajeó el puente de la nariz con dos dedos. Había intentado explicarle, al menos tres veces, que una querella por calumnias no era magia: no se invoca una condena a base de rabia y presentimiento. Necesitaban indicios. Necesitaban algo. Pero Ruiz no quería algo. Ruiz quería sangre.

Respiró hondo. Apoyó ambas manos en la mesa como quien se ancla para no volcarla.

—Señor Ruiz —dijo con una voz neutra, entrenada para aguantar basura—, sin pruebas no podemos ni iniciar un procedimiento. En todo caso habría que solicitar datos, rastrear IPs, y aun así no hay garantía de identificación. Además, lo que usted describe ni siquiera menciona su nombre.

—¡Pero hablan de «un tipo en Jerez» que estafa! ¡Podrían referirse a mí! —dijo el hombre, golpeando la mesa con el puño—. Sé que lo hacen para espantar a mis posibles socios. Mire, Volpi, para eso le pago: para que haga su puto trabajo. ¡Como si tiene que inventarse las pruebas!

El silencio que siguió fue de esos que manchan. Andrea parpadeó despacio.

—¿Inventar pruebas? —repitió, incrédulo, una ceja enarcada—. Está sugiriendo que cometa una estafa procesal. Un delito. Si esa es su idea de cómo funciona este despacho, le advierto que…

—¡No me venga con historias, hombre! —lo cortó Ruiz, como si la ley fuera un capricho—. Así se gana en este puto país. Los buenos abogados se inventan cosillas para sostener sus demandas. Y yo

exijo una indemnización millonaria. Si eso significa retorcer un poco las reglas, hágalo.

Andrea notó cómo la paciencia —esa cosa que en él era más mito que realidad— se le resquebrajaba. Cerró la carpeta con lentitud ceremonial y la apartó a un lado, como quien retira un objeto contaminado.

—Señor Ruiz —dijo con franqueza áspera—, su caso es inviable tal y como lo presenta. Sin pruebas que acrediten autoría y falsedad, no hay querella. Y en este despacho no inventamos evidencias. Sería delito. Con mi firma, no. Y no me va a convencer de lo contrario.

Ruiz lo miró como si Andrea acabara de insultar a su madre. Los ojos se le inyectaron de rabia.

—Escuche, Volpi —arremetió—. Puedo pagar lo que sea. Conozco gente poderosa que me debe favores. Lo único que necesito es un abogado con los suficientes huevos para arruinar al infeliz que me difama. Y si usted no lo hace, lo hará otro.

Andrea se permitió un segundo de observación pura. El temblor en la comisura de los labios, el sudor en la frente, la arrogancia de quien cree que el mundo es un mercado y las conciencias son mercancía. Y entonces, eligió su método infalible: decir la verdad como un golpe.

Ya me has tocado los cojones.

—¿Sabe qué, señor Ruiz? —soltó, seco—. Si su concepto de «buen abogado» es llenar vacíos con pruebas falsas, búsquese otro despacho. Aquí, aunque le cueste creerlo, respetamos la ley. Su caso no es viable. Pretender "inventar" no es una opción. Así que lo mejor es que se marche y reconsidere su estrategia.

El hombre palideció de furia y volvió a golpear la mesa.

—¡Haga algo de provecho, maldita sea! ¿O es que su fama de tiburón litigando es puro cuento?

Andrea apretó la mandíbula. Había escuchado rumores de todo tipo sobre él en el despacho, pero se había ganado el prestigio a base de ganar casos complejos sin cruzar la línea. Lo que no le pagaban era por aguantar chantajes emocionales de un imbécil con corbata.

—Mi fama de tiburón es por defender clientes con argumentos sólidos —atajó—, no por inventarme delirios o pruebas. Cuando tenga algo fundamentado, hablamos. Si no, ahórreme el tiempo y váyase. Porque seguir hablando es perder mi tiempo.

Ruiz estuvo a punto de soltar otro improperio. Se lo tragó como se traga el orgullo: mal y a la fuerza. Con un bufido, recogió su carpeta y se levantó sin despedirse.

—Bien. Buscaré a otro bufete donde sí tengan ganas de trabajar. Esto es una vergüenza.

—Le deseo suerte —respondió Andrea, indiferente—. Y cuando ningún otro despacho acepte su caso, no diga que no se lo advertí.

El portazo resonó en la sala y hasta los papeles de la mesa vibraron, como si también se hubieran molestado. Andrea se dejó caer contra el respaldo del sillón y soltó un suspiro que ya no intentó disimular.

«Menudo inicio de día. ¿Todos los tontos me tocan a mí?»

Se incorporó y caminó hacia la ventana. Desde la tercera planta, el casco histórico de Jerez se desplegaba con su normalidad de postal: turistas sacando fotos, un vendedor ambulante gritando su mercancía, pasos sobre piedra caliente. Una ciudad que fingía orden, como siempre. Una escena sin magia. Sin milagros. Sin grietas.

Tal y como él prefería.

—La magia no existe —se dijo, como una oración privada—. La magia no existe.

Repetía esa frase para no escuchar la otra. La que le venía con la cara de su hermano Enrico, aquel niño que decía ver criaturas imposibles, hablar de energías raras, de sitios a deshora. El que un día desapareció sin dejar rastro. Andrea llamaba a todo aquello delirios y mentiras para no desmoronarse, para no admitir que quizá había algo más allá de la lógica que él defendía como si fuera una trinchera.

—Volpi —la voz de la secretaria asomó tímida por la puerta—. Don Ricardo quiere verte en la sala principal. Quiere hablar sobre el cliente que acaba de salir.

Andrea enarcó una ceja.

—Genial. Supongo que me va a felicitar por mi «amabilidad».

La mujer sonrió con nerviosismo.

—No lo creo…

Andrea chasqueó la lengua. Se ajustó la corbata, se pasó una mano por el pelo. Nadie comprendía que aquella bordería era un muro: una forma de no dejarse arrastrar por el fango ajeno… y por el suyo. Ser el amargado de mierda le servía de escudo, y el escepticismo, de coraza.

—Allá vamos —masculló, recogiendo el portafolios—. Un día más en la perfecta normalidad.

Ojalá esa normalidad durara siempre. Sin conjuros. Sin criaturas. Sin explicaciones imposibles. Era la única manera que tenía de seguir respirando sin romperse.

Recorrió el pasillo largo de «*Manrique & Asociados*», sintiendo cómo se le apretaba el estómago: Don Ricardo lo esperaba con el ceño fruncido y el sermón ya en la recámara. ¿Cuántas veces más tendría que tragar reproches por su «falta de empatía»? Fingir calma, exponer su versión, asumir la bronca con el estoicismo de siempre.

Pero antes de entrar a la sala principal, oyó a la secretaria murmurar algo con otro empleado, en un tono que olía a reprimenda inminente. Andrea se detuvo junto a una columna, aprovechando esos segundos de tregua, y sacó el móvil. Cualquier cosa servía para retrasar el choque.

Notificaciones sin interés: redes, facturas… y un correo nuevo que había pasado por alto.

Hora de llegada: 3:10 a.m.

¿Quién coño manda correos a las tres de la mañana?

El remitente no le sonaba. Y eso, en un mundo de despachos donde todos se conocen o fingen conocerse, era ya una anomalía.

«*Graves & Asociados – Despacho de Asuntos Jurídicos*»

—¿Graves & Asociados…? —murmuró, frunciendo el ceño.

Abrió el mensaje.

«*Asunto: Oferta de trabajo – Reunión urgente.*

Estimado Señor Volpi:

Nos ponemos en contacto con usted, dada su reconocida trayectoria, para ofrecerle una oportunidad laboral en nuestro despacho de asuntos jurídicos, ubicado en El Puerto de Santa María. Consideramos que su perfil encaja en la visión única que tenemos sobre la práctica del derecho y sus fronteras.

Nos gustaría citarlo para una entrevista confidencial, que deberá celebrarse a las 3:00 a.m. El lugar de la reunión es el siguiente:

Monasterio de la Victoria (antiguo penal), acceso por la parte posterior.

Entendemos que la hora y la localización pueden parecer inusuales, pero le rogamos mantenga la mayor discreción. Créanos, no se arrepentirá de asistir.

Esperamos su confirmación.

Atentamente,

Samuel Graves

Director – Graves & Asociados»

Andrea lo leyó dos veces. Luego una tercera, por si el absurdo cambiaba de forma.

Una entrevista a las tres de la madrugada. En un monasterio que había sido penal. Por la parte posterior. Con discreción. Con un tono que no pedía: ordenaba.

Le echó un vistazo al dominio del remitente: no era el típico punto com. Parecía un servidor propio, como si el despacho existiera en su propio circuito, fuera del mapa común.

—Esto no tiene ni pies ni cabeza —susurró, mirando la pantalla.

Y aun así, algo le picó por dentro. Una punzada mínima, incómoda. No curiosidad pura: algo más viejo. Algo que rozaba un recuerdo.

Enrico.

Sitios a deshora. Sensaciones raras. Historias imposibles.

No. No. No. Stop.

La magia no existe.

Se quedó unos segundos contemplando el correo. ¿Ignorarlo? ¿Rechazar con educación? ¿Responder para ver hasta dónde llegaba

la broma? Si era real, podía ser un balón de oxígeno. Una salida. Pero… ¿El Puerto? ¿Y esa teatralidad?

Esto es un timo, concluyó, casi por supervivencia.

Alzó la vista: la secretaria se acercaba, cejas arqueadas.

—Don Ricardo sigue esperándote, Andrea.

—Sí, sí —contestó, guardándose el móvil y borrando cualquier gesto de extrañeza de la cara.

Entró en la sala principal y se encontró a Don Ricardo con los brazos cruzados, listo para morder. El director comenzó su discurso sobre imagen, diplomacia y clientes "potenciales". Andrea respondía por reflejo, asentía lo justo, soltaba frases hechas. Pero su cabeza estaba en otra parte.

En el correo.

En el Monasterio de la Victoria.

En esa frase: la práctica del derecho y sus fronteras.

—…y no podemos permitir que eches por tierra la imagen del despacho, Andrea.

—Sí, lo entiendo, Don Ricardo —respondió, automático.

—¿Me estás escuchando?

—Sí, señor. Lamento lo del señor Ruiz, pero no pienso llevar un caso imposible ni cometer delitos.

Don Ricardo siguió con su perorata. Andrea aguantó. Salió. Volvió a su despacho. Y lo primero que hizo fue abrir de nuevo el correo, como si temiera haberlo imaginado.

Seguía ahí.

Miró la hora: diez y pico. Faltaban casi diecisiete horas para esa «entrevista».

Andrea, no sé qué gilipollez es más gorda: la invitación o que te estés planteando ir.

Se dejó caer en la silla. La rutina lo asfixiaba: clientes basura, broncas de despacho, la normalidad como una soga. Y, de pronto, aquella oferta absurda parecía… una grieta.

Redactó una respuesta en borrador. Una frase prudente, pidiendo más detalles. Le costó un clic. Y justo antes de enviarlo, dudó. Una parte de sí exigía no meterse en nada extraño. Basta de delirios.

Pero otra parte —la que estaba harta de respirar en una caja— le gritó que si quería cambiar algo, tenía que al menos asomarse.

—Esto es absurdo —murmuró.

Y apretó «enviar».

Si Graves & Asociados contestaba confirmando que era real, Andrea tendría que elegir: seguir atado a su puesto en Jerez, donde lo odiaban por borde y lo toleraban por eficaz… o arriesgarse con un bufete que enviaba correos desde la madrugada y citaba en un antiguo penal como si fuera lo más normal del mundo.

El pensamiento le dejó un escalofrío seco.

Pero también una chispa.

Se quedó mirando el móvil con inquietud palpable, mientras de fondo Don Ricardo gritaba a la secretaria que «Volpi tiene que cambiar su forma de tratar a los clientes». Andrea sonrió apenas, con cinismo.

Había algo más importante que atender: un correo nacido de la noche, una puerta abierta a deshora.

Y por primera vez en años, la normalidad no le pareció un refugio.

Le pareció una jaula.

4
Una oferta extraña

Eran casi las once cuando, por fin, Lola Hidalgo consiguió un autobús que la dejara cerca de casa tras llegar en el último tren de vuelta a El Puerto. Subió con el gesto abatido, como si arrastrara el día entero dentro de la mochila. Lo de Jerez había sido un catálogo de puertas cerradas: despachos donde dejó currículums con la mejor sonrisa que pudo fabricar, recepcionistas condescendientes, abogados que la miraban como quien mira un folleto en la calle y decide no llevárselo.

Siempre la misma música. La que no necesitas escuchar dos veces para saber cómo termina.

«*—Necesitamos a alguien con experiencia.*

—Recién licenciada, ¿eh? Bueno… ya te llamaremos.

—Dices que estuviste en prácticas, ¿pero por qué no te quedaste allí?»

Lola tragaba orgullo y contestaba con frases limpias: «no hubo oportunidad», «redujeron plantilla». No decía «me echaron». No decía «me soltaron la mano». No decía esa palabra que le pesaba en el currículum como una mancha de aceite imposible de limpiar. Por dentro, sin embargo, ardía. No un fuego dramático: una rabia seca, cotidiana, de la que te deja la mandíbula rígida.

Sentada junto a la ventanilla, con la carpeta de CV sobrantes aplastándole las rodillas, miró las luces de la Ribera del Marisco resbalar por el cristal. El trayecto se le hizo más largo que una mala sentencia. Cerró los ojos y, sin permiso, volvió el recuerdo: la Plaza de las Galeras, las luces azules, el cordón, el ambiente. Y aquella palabra que se le había quedado clavada como un alfiler: ritual.

Sintió un escalofrío, y luego la culpa de sentirlo, como si la curiosidad fuera una traición al miedo.

«*Será que estoy tan desquiciada con mi vida que me atrae un crimen. Lo dicho: como una cabra*», se dijo, con una mueca triste.

La parada más cercana a la urbanización de Vistahermosa la dejó a veinte minutos a pie. Eran casi las once y media cuando empezó a caminar por calles tranquilas, flanqueadas por villas detrás de muros altos. El aire olía a jazmín, a cloro de piscina, a esa limpieza cara que no se siente limpia, sino presumida. Mezclado con la brisa salada del Atlántico, todo parecía diseñado para una revista. A Lola le sabía a jaula de oro.

Su padre, Rafael Hidalgo, era un empresario financiero al que le gustaba decir que se había hecho a sí mismo. En la alta sociedad lo adoraban: clubes, galas, fotos de caridad, sonrisas perfectas en la «Casa Grande» de la urbanización. A Lola, esa reputación le sonaba a barniz. Con su instinto crítico —ese que siempre le había traído problemas— sospechaba de maniobras turbias, préstamos abusivos, favores cobrados con intereses que no salían en ninguna foto. Cuando ella lo insinuaba, él soltaba la misma frase de siempre, con la misma superioridad de siempre: «la vida es dura, nadie regala nada».

Llegó al portón de la casa familiar, una mole con ventanales que dominaban la playa. Las luces del jardín seguían encendidas y las farolas internas iluminaban palmeras, césped milimetrado, una perfección que parecía ensayada. Para Lola, aquel sitio no era hogar: era un escaparate con cerradura.

Abrió la puerta y la recibió un silencio tenso. Lo conocía de sobra: el silencio de «te estaba esperando». Dejó los zapatos en la entrada, arrastró los pies hasta la cocina buscando agua, buscando cualquier cosa que la anclara.

Y, como siempre, no se equivocó.

Rafael estaba sentado a la mesa. Un plato a medio comer. El móvil al lado. No levantó la vista, pero su sola presencia ya era reproche. Lola dejó la mochila en un rincón y fue directa a la nevera.

—Llegas tarde —murmuró él, sin apartar los ojos de la pantalla.

Lola bebió un trago antes de responder, intentando que la voz le saliera estable.

—He ido a Jerez a dejar currículums. Te lo dije anoche. A las cinco y media de la mañana salí de aquí.

—Y supongo que no has conseguido nada, ¿no? —Rafael soltó la frase como quien tira una colilla al suelo—. Llevas semanas haciendo lo mismo, Lola. Y aquí seguimos. Viviendo de mi bolsillo.

La puya detonó donde más dolía: en el cansancio acumulado, en el fracaso del día, en esa sensación de estar pidiendo permiso incluso para existir.

—¿Crees que no soy consciente de mi situación? —se le escapó, subiendo un poco el tono—. Si no me hubieran despedido del despacho en que hice las prácticas, no estaría así.

—Te despidieron por falta de eficiencia, ¿no es cierto? —dijo él, con una sonrisa seca, casi divertida—. Eso me contaron. ¿O es mentira?

—No es tan sencillo… —Las manos de Lola temblaron, no de debilidad, sino de contención—. Tú no conoces la realidad de ese lugar.

Rafael probó otra cucharada de la cena ya fría. La masticó despacio, como si tuviera tiempo de sobra para aplastarla también a ella.

—Me conozco la realidad de la vida: si no sirves, te echan. Y uno espabila. —Levantó la vista por fin, y la miró con dureza—. Mírame a mí. Todo lo que tengo lo conseguí a base de esfuerzo.

La palabra esfuerzo le arañó la garganta. Lola tragó saliva. Discutir sobre los métodos de su padre era encender un incendio que siempre terminaba igual: con ella perdiendo.

—¿Para eso quieres ser abogada? ¿Para fracasar como en ese despacho? —insistió—. Hazte un favor y busca un oficio de verdad.

—Ya te he dicho que quiero dedicarme al Derecho —Lola apretó los dientes—. Me gusta. Me esforcé para licenciarme. Los inicios no son fáciles. ¿No lo sabe el empresario del año?

—Claro —resopló Rafael—. Y por eso sigo pagando tus cuotas colegiales. ¿Hasta cuándo, Lola? ¿Hasta que decidas que no vales para nada?

La frase le pegó como un golpe en el pecho. Y entonces vino lo peor: el remate cruel, el que no hacía falta para ganar, pero a él le gustaba ganar por aplastamiento.

—Eres igual que tu madre —añadió, casi con desdén, sin levantar apenas la voz—. Mucho idealismo… y luego nada. Mucha moral… y al final desaparecen y dejan el problema a los demás. Una experta en largarse cuando tocaba quedarse.

Lola se quedó quieta un segundo. Notó el pinchazo detrás de los ojos. Su madre: esa palabra era una puerta cerrada en su casa. Un nombre pronunciado como si ensuciara la lengua.

—No la nombres… —dijo Lola, más bajo de lo que esperaba, y eso lo hizo peor. Porque sonó a ruego.

Rafael se encogió de hombros, como si el dolor de su hija fuera una molestia menor.

Lola no respondió. Si abría la boca, se le iba a romper algo. Giró sobre sus talones con la barbilla alzada, sujetándose por pura dignidad.

—¿A dónde vas? —escupió él.

—A dar una vuelta en bici. Necesito aire —musitó, recogiendo la mochila—. Cenaré fuera. No te preocupes.

Bajó al garaje y tomó su vieja bicicleta, anticuada pero fiel. Salió de la finca con un portazo suave y se tragó la noche de Vistahermosa, pedaleando como si pudiera expulsar la rabia por los pulmones. La brisa marina le golpeó la cara. En los auriculares, Spotify se puso en modo aleatorio como si el mundo supiera elegir la banda sonora adecuada para hundirte o salvarte.

Sonó «*Numb*», de Tommee Profitt y Skylar Grey.

Perfecto.

Pedaleó sin contar el tiempo, dejando atrás las villas iluminadas. Frenó en un tramo menos transitado, con una farola solitaria y árboles que parecían sombras con ramas. La playa se dibujaba a lo lejos, espuma blanca en la penumbra. Lola apoyó un pie en el suelo y se quedó mirando el mar, sintiendo la urgencia de llorar. El día en Jerez, el desprecio de su padre, la palabra inútil girándole por dentro. Y, encima, la imagen de la plaza, el cordón policial, el

cadáver que no había visto pero que su mente imaginaba con una precisión indecente.

Ritual.

Esa palabra volvía como un mal hábito.

—Al final, soy una puta inútil… —se dijo, con un nudo en la garganta, deteniendo la bici en un mirador que daba a la playa. No quería derrumbarse en medio de la calle. Respiró hondo, mirando el horizonte como si pudiera encontrar allí una respuesta. Ella solo era Lola Hidalgo, la hija que no encajaba, la abogada sin despacho, la que vivía en una casa enorme sintiéndose diminuta.

Volvió casi una hora después. No cenó. No le entraba nada. El enfado se le había convertido en cansancio, y el cansancio en una resignación peligrosa. Entró en casa con cuidado, esquivando la cocina, esquivando a su padre. Subió a su habitación —un cuarto enorme con ventanal panorámico y muebles caros— y cerró la puerta con esa delicadeza que se usa cuando no quieres que el infierno te oiga.

Encendió el portátil con la intención vaga de distraerse: noticias, vacantes, cualquier cosa. Abrió el correo. Y entonces se quedó inmóvil.

Un asunto desconocido.

«*Propuesta de Colaboración — Graves & Asociados (El Puerto de Santa María)*»

—¿Qué…? —susurró, frunciendo el ceño.

Hizo clic.

«*Estimada Letrada Doña María Dolores Hidalgo:*

Hemos tenido noticia de su perfil y trayectoria académica, y nos gustaría ofrecerle una oportunidad laboral en nuestro Despacho de Asuntos Jurídicos, especializado en casos de naturaleza excepcional.

Consideramos que su talento encaja con nuestra visión. Nos gustaría citarla para una entrevista esta misma noche, a las 3:00 a. m., en el Monasterio de la Victoria (antiguo penal), acceso lateral.

Apreciamos su discreción y puntualidad. Le aseguramos que no se arrepentirá de asistir. Rogamos confirme asistencia.

Atentamente,
Samuel Graves
Director, Graves & Asociados»

Lola leyó y releyó. Una entrevista a las tres de la madrugada. En un antiguo penal convertido en monumento. Acceso lateral. Discreción. Puntualidad. La formalidad del tono le erizó algo por dentro.

Y entonces, cuando volvió a fijarse en la hora y en esas letras negras, le pasó.

No fue miedo exactamente. Fue un golpe sensorial breve, inexplicable, asquerosamente real: un zumbido fino le subió por los dientes, como electricidad estática metida bajo la lengua. Un olor metálico salió de la pantalla —absurdo, imposible—, un olor a hierro caliente, a tormenta sin lluvia. Y una náusea repentina le apretó el estómago, corta, afilada, como si el cuerpo hubiera reconocido algo antes que la cabeza. Le latieron las sienes una vez, fuerte, como un aviso.

Lola se apartó del portátil instintivamente, como si el correo pudiera quemarla.

Miró la hora en la esquina de la pantalla: casi la una y media. Si aceptaba, quedaban poco más de noventa minutos. El correo incluía un mapa adjunto. Todo demasiado detallado para ser una broma barata.

—¿Cómo han conseguido mi correo electrónico? —se preguntó, y la pregunta le salió con una inquietud que no venía solo de la lógica.

Pensó en lo del muelle, en el cordón, en esa sensación rara que había tenido al acercarse por la mañana. Pensó en la palabra excepcional. En fronteras. En ese nombre: Graves. Un apellido que parecía puesto a propósito.

«*Lola, no puedes estar pensándolo…*», se dijo, pero no era verdad. Lo estaba pensando. Y mucho.

La alternativa era la de siempre: despertar, volver a Jerez, volver a sonreír, volver a escuchar evasivas, volver a casa a que su padre le recordara que sin él no era nada… y, de paso, tragarse otra vez el desprecio hacia su madre como si fuera una verdad definitiva.

Miró hacia la ventana. La luna sobre el mar parecía un ojo que no parpadea. Vistahermosa dormía con sus muros altos y su calma cara. Y Lola, dentro, se sentía como una cerilla a punto de apagarse.

—No tengo nada que perder —musitó, soltando un hilo de aire.

La frase sonó triste, pero también peligrosa. Porque a veces lo peor no es perder: es dejar de tener miedo a perder.

Serían casi las dos menos cuarto. El tiempo corría. Lola escribió la respuesta con dedos que le temblaban más por adrenalina que por duda.

«*Acepto la entrevista. Allí estaré*»

Y pulsó *Enviar*.

El *clic* fue pequeño. Pero en su cuerpo sonó como un cerrojo abriéndose.

Se quedó mirando la pantalla. El zumbido volvió un instante, mínimo, como una risa eléctrica. Luego se apagó. El silencio se instaló con una calma falsa, de esas que preceden a los golpes.

Lola cerró el portátil despacio.

Y en la oscuridad de su habitación —justo antes de levantarse— sintió una certeza fría, limpia, incontestable: a las tres, alguien iba a venir a por ella.

5
Una entrevista fuera de onda

Andrea aparcó en una callejuela contigua al Monasterio de la Victoria cuando el reloj del salpicadero marcó las 2:58 a. m. con esa puntualidad cruel que solo sirve para llegar temprano a lo que no deberías hacer.

—Puntualidad británica para una idiotez —renegó, apagando el motor—. Pero ¿qué coño digo? Si soy italiano.

La madrugada en El Puerto no tenía el encanto de los folletos turísticos. Era otra cosa: una piel húmeda pegada a la piedra, un silencio que no era silencio, sino contención. Andrea se quedó un segundo con las manos sobre el volante, viendo su propio reflejo en el parabrisas: ojeras, mandíbula tensa, el traje arrugado como si la noche ya le hubiera pasado por encima antes de empezar. Había dejado atrás la comodidad de su apartamento en Jerez y conducido hasta allí por un correo de «Graves & Asociados» que olía a trampa… y, sin embargo, ahí estaba. Por supuesto que estaba.

No puede ser más ridículo.

Al sacar el móvil, se puso los auriculares y, sin pensarlo, dio *play*. «*The Howling*» de Within Temptation explotó en sus oídos con un dramatismo épico que no encajaba con la realidad, pero le venía bien: cualquier cosa antes que escuchar el sonido del mundo respirando raro.

—Al menos me sirve para no oír el silencio tétrico de este sitio —masculló, cerrando la puerta con cuidado.

Y entonces lo notó.

No fue una idea. Fue físico. Un zumbido finísimo, como electricidad bajo la lengua, se le instaló detrás de los dientes al bajar del coche. Como si el aire estuviera cargado y, al rozarlo, el cuerpo

lo supiera. Andrea frunció el ceño, irritado consigo mismo, con la ciudad, con el universo, con Enrico y sus fantasmas. Se obligó a no darle importancia. Se ajustó la corbata y caminó hacia la mole de piedra.

El Monasterio se alzaba con muros de caliza envejecida, un animal dormido con cicatrices: primero convento, luego penal, ahora postal diurna para turistas. Pero a las tres de la mañana era otra cosa. A esa hora, los contrafuertes góticos y los arcos ojivales no parecían patrimonio: parecían costillas. Y la sombra era tan densa que daba la impresión de que alguien la había vertido allí a propósito.

Andrea tragó saliva. Le crujió la garganta. No de miedo; de rabia.

La magia no existe. La magia no existe.

Aumentó el volumen para acallar ese pensamiento, como si pudiera aplastarlo a golpes de batería.

El móvil vibró con un mensaje. Ni lo miró. El correo decía: "acceso posterior". Encontró un portón remachado con clavos enormes, cerrado con un candado que parecía haber sobrevivido a guerras y a curas con mala hostia. Lo tocó con los nudillos por puro gesto. Y se quedó quieto.

El candado estaba… abierto.

Andrea soltó una risa seca, sin alegría.

—Esto es de locos.

Empujó. El portón chirrió lo justo para parecer un susurro viejo. Se asomó. Un patio interior de piedra húmeda se abrió ante él, con arcadas medio derruidas y un corredor abovedado tragándose la luz. El aire allí dentro olía distinto: no a humedad normal, sino a hierro frío, a polvo antiguo… como si alguien hubiera apagado una tormenta dentro de las paredes.

El zumbido le subió otra vez, ahora acompañado de un latido sordo en las sienes, un golpe único, como un aviso. Andrea se quedó un segundo clavado en el umbral, maldiciendo en silencio a quien hubiera escrito ese correo… y a sí mismo por haberlo seguido.

—No existe nada sobrenatural, Volpi. Vamos… —se reprendió, colocándose de nuevo el auricular y entrando.

Pero Andrea, sin saberlo, no estaba solo.

-*.*-

A unos minutos de allí, Lola Hidalgo dejó la bicicleta encadenada a un poste como si fuera un acto clandestino, aunque nadie la estaba mirando. Eran casi las 2:55. Llegó con el pecho subiéndole y bajándole a trompicones, sudor en la nuca, el pelo pegado a las sienes. Se puso los auriculares para darse valor y, como si el universo tuviera sentido del humor, la misma canción arrancó en sus oídos: «*The Howling*».

—Madre mía… qué le pega a la situación —susurró, medio riéndose, medio tragándose el pánico.

El Monasterio imponía. No por grande; por cargado. Había lugares que parecían acumular cosas y no soltarlas nunca. Aquello era uno de esos. La luna lo bañaba con un resplandor lechoso, y el edificio devolvía la luz como si estuviera cubierto de hueso.

Lola rodeó un contrafuerte siguiendo el mapa del correo. El acceso lateral estaba allí: un portoncito claveteado bajo un arco con un escudo borroso. Se acercó con el corazón golpeándole el esternón como si quisiera salirse.

Y también lo notó.

Al acercarse a la puerta, el aire le dio una bofetada sensorial: un olor metálico, súbito, como cuando te muerdes la lengua y sale sangre. Y después una náusea breve, punzante, que no venía del estómago sino de… otra parte. Un rechazo instintivo. Como si su cuerpo dijera «no» antes que su cabeza. A Lola se le erizaron los brazos.

—¿Qué coño…? —murmuró, quitándose un auricular.

No oyó nada. Solo su propia respiración. El silencio allí no era tranquilo: era un silencio que escuchaba de vuelta.

Probó el pomo. La puerta se abrió con suavidad, como si alguien la hubiera dejado entornada para ella.

—¿De verdad está abierto…?

Entró.

La penumbra era más densa dentro, como si el edificio se hubiera tragado el mundo exterior. Lola encendió la linterna del móvil y el

haz reveló piedra, grafitis antiguos, inscripciones desgastadas, cicatrices de cárcel. El eco de sus pasos la seguía como un animal.

—¿Hola? —susurró, sin saber por qué—. ¿Hay alguien?

Nada. Solo el rebote de su voz, burlón y vacío.

-*.*-

Dentro, Andrea avanzaba por el corredor abovedado metiendo las manos en los bolsillos. La temperatura bajaba con cada paso, y el aire parecía volverse más espeso, como si tuviera textura.

«*¿Por qué me citan aquí? ¿No hay un despacho normal? ¿No existe un puto portal de cristal con recepcionista y cafetera?*»

El zumbido persistía, a ratos, como una mosca invisible.

Y entonces, el desastre perfecto: la música se cortó.

El móvil se apagó con un suspiro digital.

—De puta madre —escupió Andrea—. A oscuras y sin banda sonora.

El silencio le cayó encima como una manta húmeda. Por un segundo, la idea de darse media vuelta tuvo forma. Pero el orgullo es un perro estúpido: te muerde cuando intentas correr.

«*No existe. No existe. No existe*».

Apretó el paso.

Lola, por su parte, avanzaba por un corredor lateral con la linterna temblándole un poco en la mano. Se detuvo dos veces al escuchar crujidos —o creer escucharlos— y una tercera al sentir que el latido en las sienes se repetía. Un golpe. Solo uno. Como si alguien tocara una puerta desde dentro de su cabeza.

—Dios… qué locura —murmuró—. ¿Cómo no hay seguridad?

Pero el correo había dicho «discreción». Y «casos de naturaleza excepcional». Y esa frase, por alguna razón, le quemaba en el pecho como una promesa o una amenaza.

Ambos, sin saberlo, convergieron hacia el mismo punto.

Un vestíbulo donde el edificio parecía respirar. Dos arcadas abriéndose a pasillos distintos. Una lámpara eléctrica tenue encendida en medio de tanta oscuridad, como un ojo cansado. Un

retablo descarnado. Bancos carcomidos. La sensación de que, si gritaras, el lugar se reiría.

Andrea salió primero, mirando alrededor con perplejidad.

—¿Quién demonios enciende una lámpara aquí a estas horas?

Lola emergió del corredor opuesto con la mano pegada a la pared, el rostro pálido por la luz repentina. Se miraron.

Un segundo de confusión pura. Dos desconocidos unidos por la misma invitación absurda y el mismo presentimiento.

—¿Quién eres tú? —preguntó Andrea, ceño fruncido.

—¿Y tú? —respondió Lola, tragando saliva—. ¿Vienes por la… entrevista?

—Sí. «*Graves & Asociados*», supongo.

Lola asintió, nerviosa, y la media sonrisa le salió por reflejo. Una máscara mínima.

—Soy Lola… Lola Hidalgo.

Andrea la miró de arriba abajo, calibrándola: menuda, tensa, con ojos de alguien que no sabe si huir o pelear. Le chocó lo joven que parecía para estar allí.

—Andrea Volpi —dijo él, extendiendo la mano.

Lola se la estrechó. Fue un gesto normal en un lugar que no lo era. Un salvavidas de humanidad.

Y entonces, el sonido.

Tac. Tac. Tac.

Unos pasos elegantes, secos, que no encajaban con la humedad ni con la ruina.

Los dos se giraron a la vez.

De la oscuridad emergió una figura alta y delgada. Avanzaba con una naturalidad insultante, como si aquello fuera su casa y ellos, los invitados tardíos. Y cuando la luz de la lámpara lo tocó, a Lola se le subió el corazón a la garganta y a Andrea se le cayó el mundo al suelo.

Era un esqueleto.

No una sombra. No un truco. Un esqueleto impecable, de hueso blanco pulido, andando con un traje de tres piezas que le quedaba insultantemente bien. Los huesos crujían con un sonido mínimo, casi

coqueto. En sus cuencas vacías brillaba algo… no humano, pero sí vivaz. Como si la muerte tuviera sentido del humor.

Lola sintió que el grito se le quedaba atascado detrás de los dientes.

Andrea se quedó rígido, con el mantra hecho trizas en la lengua.

«*La magia no existe…*»

El esqueleto llegó hasta ellos y, con una teatralidad obscena, se quitó un sombrero imaginario e hizo una reverencia perfecta.

—¡Buenas noches, criaturas de carne y decisiones cuestionables! —exclamó, con una voz sorprendentemente clara y alegre—. Señorita Hidalgo, qué placer. Y señor Volpi, qué cara más bonita se le está quedando de «*necesito un loquero*».

Lola parpadeó, muda.

Andrea abrió la boca. La cerró. La volvió a abrir.

—¿Qué…?

—Ay, no, no, no —lo cortó el esqueleto, levantando una mano huesuda—. No me diga «*¿qué…?*», con esa cara de subnormal. Me lo dicen todos. Todos. Estoy empezando a pensar que debería llevar una pancarta que ponga: «*SÍ, SOY UN ESQUELETO. NO, NO ES UNA CAMPAÑA DE MARKETING*».

Lola, sin saber por qué, soltó una risita nerviosa que le salió sola, como una fuga.

—¿Un Armani…? —se le escapó, más al traje que al horror.

El esqueleto giró sobre sí mismo con orgullo obsceno, como en una pasarela.

—¡Gracias por notarlo! —dijo, encantado—. Muerto sí. Pero con gusto. Hay líneas que ni la tumba debería cruzar, querida. Y una de ellas es vestir mal. A veces suelo tirar de *Victorio & Lucchino*, pero hoy he optado por un Armani. Y, por supuesto, calzando mis clásicos *Manolos*.

Andrea se pasó una mano por la frente como si intentara empujar la realidad fuera de su cráneo.

—No… no puede ser real…

—Oh, claro que puede —dijo el esqueleto, acercándose a él con una familiaridad insoportable—. Mire, señor Volpi, entiendo su problema: usted es de los que creen que el universo es una carpeta

bien ordenada con separadores. Pero resulta que el universo es más bien… una bolsa de basura con sorpresas.

Lola tragó saliva, intentando recomponerse.

—¿Quién eres tú?

El esqueleto volvió a inclinarse, esta vez con más drama.

—Sir Arturo Miqueletto, aunque mis amigos me llaman *Bones*. Y, por favor, considerad que a partir de este momento ya sois mis amigos, porque si no… esto sería rarísimo, y yo no tengo tiempo para rarezas —Se llevó una mano a las costillas, simulando ofensa—. Además, mi autoestima depende de ello. Y no tengo corazón, pero tengo estándares.

Andrea lo miró con incredulidad.

—¿Eres… el secretario?

Bones abrió los brazos como si acabara de recibir un premio.

—¡Por fin alguien formula la pregunta correcta! —exclamó—. Sí. Secretario. Archivero. Maestro de ceremonias. Psicólogo improvisado. Y, en caso de necesidad, posavasos. Porque no tengo piel que se pegue a la madera, y eso es una ventaja competitiva.

Lola se llevó una mano a la boca, todavía procesando.

—Esto es… una locura.

—¡Sí! —Bones asintió con entusiasmo—. Por eso es divertido. Si fuese normal, estaríais durmiendo. Bueno… —miró a Andrea— usted estaría despierto igual, porque tiene cara de insomnio con abogado. Con el palo metido en el culo, por cierto. Pero se entiende la idea.

Luego, Bones carraspeó. El sonido fue ridículo: un carraspeo sin garganta.

—En fin. El señor Samuel Graves os espera. Y creedme: no le gusta esperar. No porque sea un tirano, no —Hizo una pausa dramática—. Porque tiene sentido del tiempo. Cosa rarísima en esta profesión.

Lola, aún con el pulso alto, preguntó sin pensar:

—¿Aquí… se tratan casos no humanos?

Bones ladeó el cráneo con una sonrisa que, sin labios, fue absurdamente expresiva.

—Querida, aquí se dirigen asuntos que escapan de la típica legalidad humana —Se inclinó hacia ella, como compartiendo un

chisme—. Digamos que… si has venido por curiosidad, has acertado. Y si has venido por desesperación, has acertado aún más. La desesperación es un GPS excelente.

Andrea soltó un bufido sarcástico.

—Rituales, conjuros… fantástico. Yo no necesito un psiquiatra.

Bones levantó un dedo, solemne.

—Error. Necesita usted un psiquiatra, dos vacaciones y un abrazo… pero aquí solo ofrecemos lo primero si viene en forma de contrato —Chasqueó los dedos—. Aunque no tengo dedos. Bueno, sí tengo, pero me entiende. Esto sin carne es más complicado de explicar.

Mientras hablaba, Lola alzó la mirada y se dio cuenta de algo: en algunas piedras del vestíbulo había marcas… líneas gastadas que, bajo la lámpara, parecían devolver un brillo tenue, como si la luz se quedara pegada un segundo más de lo normal. Andrea también lo notó, aunque intentó ignorarlo con la obstinación de quien se aferra a lo único que conoce.

—¿Y por qué estamos aquí? —preguntó Lola, más firme de lo que se sentía.

Bones se detuvo. Los miró a ambos. El humor se le quedó quieto en las cuencas, sin desaparecer del todo, pero bajando un peldaño. Como un actor que, de pronto, recuerda que el escenario también tiene cuchillos.

—Porque habéis llegado —dijo, simple—. Y eso ya dice mucho.

Luego recuperó su tono de comedia, como quien se niega a dejar que la noche gane.

—Y porque, sinceramente, somos un despacho selecto. Aquí no entran los que solo saben recitar códigos como si fueran salmos. Aquí entran los que tienen… —hizo un gesto amplio con la mano— …narices, o falta de sentido común. A veces es lo mismo.

Andrea lo miró, tenso, y al final cedió con un suspiro.

—Tú ganas, esqueleto. Anda, guíanos.

Bones se llevó una mano a las costillas como si estuviera emocionado.

—¡Qué alegría! —exclamó—. Me encanta cuando la gente acepta su destino sin dar demasiada lata. Es más elegante. Como mi traje.

Se dio media vuelta. Sus zapatos pulcros resonaron en la piedra con un *toc-toc* impecable. Lola y Andrea intercambiaron una mirada: miedo, incredulidad, una chispa de «*ya estamos metidos hasta el cuello*».

Siguieron a Bones por el pasillo iluminado con una antorcha de llama azulada que no debería arder así y, sin embargo, ardía. El aire volvió a oler a hierro. El zumbido regresó, leve, como si el edificio los reconociera al pasar.

Bones caminaba delante, parloteando como si aquello fuera una visita guiada.

—Ah, por cierto, consejo de amigo: si escucháis susurros, no contestéis. No por miedo… —giró el cráneo un poco—. Por educación. Hay susurros muy malcriados.

Lola tragó saliva.

—¿Susurros?

—Sí —dijo Bones, alegre—. Algunos llevan aquí desde antes que yo. Y yo llevo aquí desde… bueno. Desde que dejé de tener piel. Lo cual, admitámoslo, es un hito.

Andrea apretó la mandíbula.

—Esto es de manicomio.

—¡Exacto! —Bones celebró—. Y vosotros sois los nuevos internos, enhorabuena. Intentad no morder a nadie, que luego la limpieza es un drama.

Doblaron una esquina. La luz azul se hizo más intensa. La temperatura bajó un grado más. Y, al fondo, una puerta entreabierta dejó escapar un hilo de claridad cálida, demasiado humana para ese lugar.

Bones se detuvo frente a la puerta.

Se giró hacia ellos.

—Bien —dijo, con una reverencia exagerada—. Última oportunidad de salir corriendo, gritar «*¡esto era una broma!*» y volver a vuestra vida aburrida.

Ni Lola ni Andrea se movieron.

Bones sonrió, satisfecho.

—Perfecto. Entonces… —empujó la puerta con suavidad— … bienvenidos.

Y justo antes de cruzar el umbral, el zumbido se convirtió en un golpe seco dentro de la cabeza, como un sello estampándose.

Y alguien, al otro lado, dijo sus nombres.

6
Un policía obstinado

Pasaban de las tres de la madrugada cuando David Santos encendió por enésima vez la lámpara del escritorio en su piso modesto del centro de El Puerto de Santa María. La luz no espantó el insomnio; lo hizo más visible. La habitación olía a café recalentado y a papel viejo, a esa mezcla de vida funcional y derrota que se te pega cuando llevas demasiados turnos y demasiado mundo dentro.

Sobre la mesa, la carpeta pardo claro con el logo de la Policía Nacional era un animal quieto. No mordía, pero mandaba. Dentro estaba el caso más extraño de su carrera. Un crimen con estética de fiesta rota: música, alcohol, madrugada… y, en medio, algo que no pertenecía a la resaca, sino a otra clase de hambre.

Santos abrió la carpeta despacio, como si el papel pudiera escupirle en la cara. La primera hoja del informe pasó, y entonces llegaron las fotografías.

«*Habrás flipado, Manolito…*», pensó, y no supo si se lo decía al forense, a un compañero de otra época, o a sí mismo cuando todavía creía que todo se resolvía con huellas y paciencia.

La víctima yacía en el muelle con los ojos abiertos, fijos en un abismo que solo él había alcanzado a ver en sus últimos segundos. El rostro estaba detenido en un rictus de terror tan absoluto que parecía tallado, no vivido. La piel alrededor de los ojos mostraba manchas oscuras, casi negras, como si algo se hubiera metido bajo la carne y hubiera pintado las venas de un violeta enfermizo que trepaba hacia las sienes. El informe preliminar no se atrevía a ponerle nombre. Reacción química extrema, elemento orgánico desconocido… palabras de oficina para no escribir lo que gritaba la imagen.

Pero lo que más le revolvía el estómago no era la fealdad del asesinato.

Era la intención.

Aquello no era un descontrol. No era un borracho con una navaja. Era un mensaje. Un acto con gramática propia. Un ritual, sí, aunque en el informe esa palabra tuviera que esconderse detrás de eufemismos, como si nombrarlo lo volviera real.

El cuerpo estaba rodeado por un círculo irregular pintado con una mezcla de sangre y hollín. A primera vista parecía torpe, como hecho con prisa o por manos nerviosas, pero tenía un magnetismo raro: el trazo engañaba al ojo humano… y, sin embargo, algo en David lo leía. Líneas gruesas en unos puntos, finas en otros, como si el ejecutor hubiera querido imitar un dibujo gastado por el tiempo o fingir debilidad para que el conjunto pareciera improvisado.

Santos siguió con la mirada los trazos geométricos y las curvas que convergían hacia el pecho de la víctima. A un costado del torso, incisiones irregulares atravesaban la piel, dejando al descubierto capas de tejido desgarrado. No eran cortes limpios. Los bordes estaban deshilachados, crueles, como si el arma —si era un arma— hubiera sido una herramienta de castigo antes que de muerte. Y en las fotos ampliadas, casi oculto en los bordes, se adivinaban marcas minúsculas, símbolos apenas insinuados… como si el propio dolor hubiera sido escrito.

En otra fotografía, un detalle lo hizo contener el aliento.

La mano derecha de la víctima tenía marcado a fuego el contorno de una llave antigua, apretada contra la palma con desesperación. No era una quemadura cualquiera: era la silueta exacta, el gesto final de alguien que intentó salvar algo aunque ya no pudiera salvarse. En la base del mango, en una ampliación granulada, se veía un grabado diminuto: una runa, un signo que no le pertenecía a ningún alfabeto que figurara en los cursos policiales.

David deslizó los dedos sobre la imagen, como si el papel pudiera devolverle el frío del metal.

—¿Quién coño mata así por una llave…? —murmuró.

Siguieron las fotos del entorno. Restos de cera derretida pegados a los adoquines húmedos, formando manchas irregulares. La cera no

era blanca ni amarillenta: era gris, como plomo rendido. Junto a ella, pequeños fragmentos de hueso o madera carbonizada componían un mosaico que parecía caótico… hasta que lo mirabas dos veces y entendías que estaba colocado. Incluso la sangre, que debería ser aleatoria, dibujaba convergencias, espirales imperfectas, trayectorias que sugerían que la víctima se movió dentro del círculo… o la hicieron moverse. Como una pieza en un tablero.

Santos cerró los ojos un segundo y dejó escapar un aire que le raspó la garganta. Había visto de todo. Había olido el miedo en ascensores y la culpa en cocinas limpias. Pero esto tenía otra textura. Algo que le hacía volver a una idea que nunca decía en voz alta: que hay males que no se conforman con matar; necesitan significar.

En la comisaría, borrachos y yonquis contaban historias. Al principio te reías. Luego aprendías a escuchar: a veces, detrás de la locura, se escondía una verdad envenenada. Rumores de prácticas arcanas, de pactos, de gente que se reunía en lugares antiguos para resolver asuntos "que no pasan por juzgados".

David no podía escribir eso. No podía meterlo en un informe. Pero tampoco podía expulsarlo ya de su cabeza.

Porque él sí había oído ese vocabulario en otra parte. No en el calabozo.

En su infancia.

Su abuela Rogelia se lo había dicho al calor de una chimenea: «La magia no está en los cuentos, niño. Está en lo que nadie se atreve a mirar de frente». Él lo había tomado como metáfora. Como folklore. Como esas cosas que te dan miedo cuando eres pequeño y risa cuando creces.

Hasta hoy.

Hasta esa llave.

Hasta ese círculo.

Hasta esos símbolos.

David se obligó a mirar los análisis de huellas. Borrosas. Mezcladas con sangre. Inútiles. Las pocas rescatables no coincidían con nada. Como si el asesino no existiera en la base de datos

humana. El rastro de pisadas se desvanecía en la penumbra como un truco barato.

—Es como si se hubiera esfumado —dijo, y el sonido de su propia voz le pareció de otra persona.

Y el ADN bajo las uñas de la víctima… tampoco coincidía con nada. Nada conocido. Nada registrado. David bufó, intentando arrancarse la palabra que le tentaba la lengua. No la dijo. Se la tragó. Como se tragan los policías las cosas que no caben en un atestado.

Las agujas del reloj marcaron las 3:46 a. m. Se levantó con la espalda endurecida, se sirvió café de una cafetera muerta y bebió un trago amargo, rancio. En la ventana, la calle dormía con luces mortecinas. El Puerto parecía inocente, como si la ciudad no guardara secretos bajo sus adoquines.

Y entonces pensó en Lola.

En Lolita, con su mirada viva y su mala suerte pegada a los talones. No quería imaginar qué pasaría si alguien como ella acababa metida en aquello. Y lo peor era que el destino tenía una forma cruel de empujar justo a los que no deberían mirar.

Abrió el cajón y sacó el cuaderno viejo. El que, en voz baja y con una vergüenza infantil, llamaba su grimorio, como homenaje a Rogelia y como forma de reírse de sí mismo. Allí había anotado cosas durante años, como quien guarda basura por si algún día encaja: nombres a medias, símbolos copiados en servilletas, referencias a "jurisdicciones" que no existían oficialmente, a un cuerpo que regulaba lo imposible.

Guardia Arcana.

Solo escribir ese nombre en el margen le tensaba los dedos.

Porque la Guardia Arcana no era un cuento. No para él. No para quienes habían crecido cerca de ese mundo sin entrar del todo… o sin admitir que entraban.

David pasó una página y se quedó mirando una anotación antigua: un apellido repetido entre manchas de café.

Hidalgo.

Y ahí, como una espina, apareció un nombre. Rafael Hidalgo. Amigo de la infancia. El niño con el que jugó en calles sin asfalto, el

chaval con el que robó higos y naranjas y juró lealtades de chiquillos. Rafael había conocido lo mismo que él. Había visto lo mismo. Había tenido acceso a los mismos susurros.

Pero Rafael eligió otra puerta.

La puerta de los pactos fáciles. De las riquezas rápidas. De la tentación de comprar el mundo como si el mundo fuera un negocio. Se dejó corromper, sí. David lo pensaba sin decirlo, con una tristeza que le sabía a traición vieja. Y lo peor era que esa corrupción no era solo moral: en el mundo que David conocía, la ambición a veces se firmaba con cosas que no eran papel.

Y entonces, inevitable, llegó el pensamiento que siempre evitaba: la madre de Lola.

La mujer que desapareció. No muerta. No enterrada. Desaparecida, que es una palabra más cruel porque deja la puerta abierta a todo: a la esperanza, al horror, a la culpa. David había oído demasiadas veces esa palabra en su otro mundo. En ese mundo donde la gente no muere; se borra.

Santos apretó los labios. Se dijo que estaba cansado, que estaba mezclando superstición con fotos forenses, que esto era un psicópata con ínfulas. Se lo repitió como se repiten los rezos cuando no crees en Dios pero necesitas algo.

Y entonces lo oyó.

Un ruido seco en el pasillo tras el portón de su casa. Un golpe mínimo. No fuerte. No accidental. Lo justo para decir: estoy aquí.

David se quedó quieto.

El aire cambió. No en poesía: en nariz. Un olor ácido, penetrante, que no era tabaco, ni humedad, ni basura del contenedor. Era algo que le recordó a noches antiguas, a lugares cerrados, a símbolos dibujados con manos que sabían lo que hacían.

Se acercó a la puerta y miró por la mirilla.

Nada.

El rellano vacío.

Pero el olor seguía allí, pegado al aire como una firma.

Abrió la puerta con lentitud. El silencio lo devolvió todo. El pasillo estaba desierto. Y, sin embargo, David sintió el vello de la nuca levantarse como si alguien le soplara desde muy cerca.

Necesitas dormir, se dijo.

Cerró. Echó la llave por dentro. Vieja costumbre de quien ha vivido demasiadas noches sabiendo que las cerraduras sirven para humanos.

Volvió a la mesa y guardó las fotos en el sobre con un temblor involuntario en los dedos. Suspiró, consciente de que la noche iba a terminar sin respuestas claras. Pero una cosa la tenía clavada: aquel crimen era solo la punta del iceberg. Y lo que había debajo no era un caso. Era un mundo.

Se dejó caer en el sillón junto a la ventana. El cuero chirrió bajo su peso. Por instinto, alargó la mano y tomó un marco de fotos de la mesita auxiliar.

La imagen estaba gastada. En ella, una joven de mirada luminosa y cabello castaño sonreía como si la vida no tuviera trampas.

Ana.

David rozó el cristal con una delicadeza casi obscena para alguien con manos hechas de calle y oficio. No pronunció su nombre en voz alta en años. No por olvido. Por supervivencia.

—Haré todo lo que pueda para cuidar de ella… —susurró, y el «ella» no se supo si era Ana, o Lola, o las dos.

Miró la foto un segundo más. Luego, sin querer, sus ojos se desviaron al cuaderno abierto. Al margen de una página, una nota vieja, escrita con su letra de hace años, lo esperaba como un golpe en el estómago: «*Ana: donde la Corte no mira*».

David Santos cerró el grimorio despacio, como si con eso pudiera cerrar también el mundo.

Y entonces murmuró, casi sin voz, con una ironía que no era ironía, sino confesión:

—Qué listos sois… creyendo que no sé nada.

El móvil vibró sobre la mesa con un zumbido seco, casi indecente en el silencio del piso. Santos no miró la pantalla al principio; la miró después, como se mira una pistola que reconoces aunque no quieras tocarla.

«*Número oculto*».

—Mucho estabas tardando en dar por culo… —Gruñó.

La luz de la lámpara le convirtió el vaso de café en una mancha negra. La foto de Ana seguía en su mano. La dejó boca abajo, no por pudor, sino por instinto: había cosas que no se ponían delante de ciertas voces.

Respondió.

—Santos.

Del otro lado no hubo saludo. Ni «buenas noches». Ni el teatro barato de la cortesía. Solo un aliento controlado. Y aquella voz.

Fría. Limpia. De esas que no se gastan con emociones.

—El muelle huele a llave quemada —dijo la voz, como si leyera un informe escrito en el aire—. Y a miedo. Eso siempre es lo primero: el miedo mancha más que la sangre.

David apretó la mandíbula. No contestó. Aprendió hacía años que, con la Corte, hablar de más era regalar información… y hablar de menos era señalar debilidad. Así que se quedó en el punto exacto: quieto.

—Hemos acordonado la zona —continuó la voz—. Procedimiento humano puro. Cintas. Curiosos. Preguntas. Fotografías. El cadáver ya no está allí. Está donde lo miran con ojos que no saben lo que ven.

David notó cómo se le tensaba el hombro derecho, el viejo *tic* de cuando algo se complicaba. Se levantó, caminó a la ventana sin mirar nada, solo para sentirse menos encerrado.

—El anatómico forense de Cádiz —confirmó él, sin adornos.

—La carne es un archivo que no debe abrirse —repuso la voz con un tono casi… reflexivo, como quien disfruta la frase—. La carne guarda. Y luego se pudre. Por eso existe el Códex: para que la historia no la dicten gusanos ni forenses humanos con sus pútridos bisturíes.

David tragó saliva. En el cristal de la ventana vio su propio reflejo con ojeras de guerra.

—¿Clasificación? —preguntó.

Hubo una pausa mínima. No dramática: medida.

—Cumple los requisitos —dijo la voz—. Marca de la llave. El círculo. Cenizas. Cera plomiza. Venas violetas. Ausencia de rastro humano consistente. Intrusión de símbolo no catalogado en registro civil. Y, sobre todo… intención. Esto no es un psicópata con tiempo

libre, Santos. Esto es un acto de lenguaje. Un mensaje escrito en carne.

La palabra enlace cayó como una placa sobre la mesa. Oficial. Final. Sin vuelta atrás.

David cerró los ojos un segundo. Cuando los abrió, su piso modesto ya no era un piso. Era un punto de tránsito.

—¿Protocolo? —dijo.

La voz no sonó complacida, ni satisfecha. Sonó como si aquello fuera lo normal. Como si la muerte fuese solo logística.

—Protocolo Niebla —respondió.

David sintió el peso de esa palabra como una losa antigua. Niebla: el protocolo que convertía un crimen arcano en un rumor humano. El método para que nadie preguntara lo que no debía. Cuando todo quedara en eso, en una niebla que se dispersa con el paso del tiempo, ocultando la verdad.

—Vas a destruir todo lo que haya nacido en vuestras manos podridas —ordenó la voz—. Ya sabes, los atestados. Copias. Fotografías. Grabaciones. Chats. Audios. Todo. No quiero restos. Ni en papel ni en nube. Ni en la bandeja de entrada del móvil de un agente que se cree gracioso.

David apretó los dientes.

—Hay una cadena de custodia —dijo, por inercia profesional. Por resistencia.

La voz soltó una exhalación leve que pudo haber sido una risa… o un suspiro de despotismo.

—La cadena de custodia es una cuerda. Y las cuerdas sirven para ahorcar, Santos. ¿Quieres que te ahorquen con ella? Porque eso es lo que hace la normalidad cuando ve lo que no entiende: busca un cuello. Y el tuyo es más que adecuado.

David miró la carpeta policial. La luz hacía brillar el logo como una mentira elegante.

—El cadáver ya está en el anatómico —repitió.

—¡Oh, no te preocupes! Lo recuperaremos —dijo la voz, tan tranquila como si hablara de recoger un paquete—. El forense humano recordará una muerte por «causa indeterminada» y una mañana confusa. Los que estuvieron en el muelle tendrán lagunas,

una resaca más amarga de lo habitual, y una sensación de «*no sé por qué estoy tan nervioso*». No preguntarán. Y si preguntan, no insistirán.

La voz se permitió entonces una frase lenta, casi filosófica.

—La memoria es arcilla. Y la Corte tiene manos antiguas. Y adecuadas para moldear la realidad.

David sintió un escalofrío que no venía del frío. Venía del asco. Porque había visto el protocolo Niebla funcionar. Y sabía el precio: nadie se acordaba… salvo los enlaces. Él sí lo recordaría.

—¿Cuándo llegan? —preguntó.

—Ya están en camino —respondió la voz—. Graves enviará un equipo, en concreto un par de novatos que ya debe haber contratado para esta cuestión. Y escucha bien, Santos: tú no estás ahí para cazar monstruos. Estás para mantener el velo. El mundo humano no necesita la verdad. La verdad solo produce pánico… y el pánico produce sangre. Y la sangre… —aquí la voz se volvió casi tierna, lo cual era peor— …la sangre siempre termina escribiendo algo en el Códex, incluso cuando nadie lo pretende.

David apoyó una mano en la mesa. La lámpara vibró un milímetro.

—Entendido.

—Ah —añadió la voz, como quien recuerda un detalle sin importancia—. La llave. Si aparece. Si alguien la menciona. Si alguien la sueña. Quiero que lo sepas antes de que lo sepas por boca de otro: esa llave no abre una puerta de piedra. Abre una puerta de historia.

David sintió que el corazón le daba un golpe seco. Como si su cuerpo entendiera el peligro antes que su cabeza.

—¿Nombre? —preguntó, aunque sabía que no se lo darían.

La voz sonrió sin que se oyera una sonrisa.

—Los nombres son para los vivos, Santos. Y esta noche… alguien decidió jugar a ser dios con una llave en la mano.

La llamada se cortó.

David se quedó mirando el móvil como si pesara más que una pistola. Luego miró la carpeta policial. El cuaderno. La foto de Ana boca abajo.

Y, con una calma que no era calma sino entrenamiento, abrió el cajón, sacó una bolsa de basura negra, y empezó a vaciar el escritorio como quien borra un escenario.

Tenía que deshacerse de lo que tenía en su casa, lo que estaba en las bases de datos vendría después.

Y cuando tuvo el mechero en la mano, antes de prender la primera hoja, susurró, no a la Corte, sino a la noche.

—Vale… ya lo entiendo.

La llama besó el papel.

Y el humo subió como un juramento.

Porque el caso ya no era de la Policía. Era de la Guardia Arcana.

7
El umbral a lo desconocido

El pasillo estaba iluminado por una antorcha de llama azul que no parpadeaba como el fuego; respiraba. No proyectaba una luz cálida, sino una claridad fría, clínica, que mordía los bordes de la piedra y dejaba los rincones sin dueño. Al fondo, una puerta entreabierta derramaba un hilo de luz ámbar, demasiado humana para aquel corredor, como si alguien hubiese encendido una lámpara al otro lado solo para recordarles que existía algo parecido a la normalidad… aunque fuera mentira.

Bones caminaba delante con sus zapatos impecables marcando el ritmo sobre el suelo. «Toc». «Toc». Un metrónomo de elegancia absurda en un lugar que olía a prisión y a convento y a algo más viejo que ambas cosas. Se detuvo justo en el umbral, con una teatralidad tan exagerada que, por un instante, pareció que el aire también se detenía a observarlo.

Al lado de la puerta, la piedra estaba húmeda. No por agua reciente: por siglos. Y en esa humedad había un olor que no pertenecía a ningún edificio turístico ni a ninguna madrugada. Ni siquiera a la propia ciudad de El Puerto. Tinta vieja y hierro. Como un archivo cerrado demasiado tiempo. Como sangre seca escondida detrás de una capa de papeles.

Lola lo notó antes de querer notarlo. Se le apretó la boca del estómago, y su piel reaccionó con un escalofrío fino, rápido, casi vergonzoso. Andrea también lo olió, pero en él no hubo sobresalto; hubo un cálculo inmediato, esa mirada de abogado que registra el detalle y decide si le conviene admitirlo.

Bones levantó una de sus manos huesudas —costillas elegantes, falanges pulidas, el gesto perfecto de un maestro de ceremonias con

cero carne y demasiada confianza— y los miró como si estuviera a punto de iniciar una función teatral digna de admiración.

—Bien —anunció, solemne, como si estuviera inaugurando una sesión parlamentaria—. Antes de cruzar, aviso de seguridad. Y hacedme caso.

Lola tragó saliva. Andrea puso los ojos en blanco con un cansancio antiguo, pero no se movió. El esqueleto extendió el brazo hacia la rendija de luz con una gravedad ridícula.

—Regla número uno —dijo—: si oís una voz que os llama por vuestro nombre… hacedme caso: no miréis atrás. Podríais volveros locos en el intento. Y creedme cuando os digo, que ya tenemos bastantes locos en el Madrugador.

Lola frunció el ceño, a medio camino entre el miedo y el ¿me estás tomando el pelo? Andrea soltó una risita seca, sin humor.

—Regla número dos —continuó Bones, imperturbable—: si veis una sombra con forma de abogado… corred. No por peligro. Por higiene. Las sombras de abogado dejan residuos.

Andrea abrió la boca para contestar algo, pero Bones ya estaba en la tercera.

—Regla número tres: si os arrepentís, hacedlo con elegancia, por favor. Aquí no hacemos escenas. Somos gente con clase. Bueno… vosotros lo sois. Yo… —se miró a sí mismo con un gesto casi coqueto— yo soy gente con huesos. Al menos estar muerto te da cierto *status*.

Lola soltó una exhalación nerviosa que podría haber sido una risa si el entorno no apretara tanto. Andrea, en cambio, se apoyó un segundo en el marco de piedra y dejó que su mirada recorriera el pasillo: la antorcha azul, la humedad, la puerta que no chirriaba… que esperaba. Esa palabra le cruzó la cabeza con una claridad incómoda. Esperaba. Como si el edificio tuviera voluntad.

Y ahí, sin querer, se le coló Enrico.

No el niño de los «*delirios*». No el fantasma cómodo que Andrea guardaba en la caja de «*cosas que nunca pasaron*». Sino el hermano con ojos abiertos de par en par, diciéndole una vez: «*Hay lugares que te escuchan*». Andrea sintió una punzada breve, odiosa, y la enterró bajo una capa de cinismo.

Bones alzó un dedo, teatral.

—Ah, y lo más importante.

Se acercó a Andrea con naturalidad insolente, como si fueran viejos amigos. Andrea se tensó por reflejo.

—Necesito tu firma.

—¿Mi qué? —Andrea ladeó la cabeza, incrédulo.

—Me has oído perfectamente, Andrea. No me toques los metacarpianos —Bones asintió con entusiasmo profesional, con toda su sonrisa al descubierto—. Consentimiento de entrada, por si luego se te ocurre demandarme por trauma emocional, daños morales, pérdida de fe en el universo o por tener que convivir con mi belleza esquelética sin preparación previa.

—¿Pero tú te estás escuchando? —Andrea masculló, y la frase le salió más humana de lo que pretendía.

Bones abrió los brazos, ofendido con una elegancia insultante.

—Te recuerdo que el oído está formado por huesos, y soy un esqueleto con clase, así que sí, me oigo perfectamente. Por eso hablo. Si no, sería político.

Lola soltó una carcajada mínima, traicionera, que le escapó antes de poder reprimirla. Andrea la miró de reojo, como si la risa fuera una debilidad en territorio hostil.

—Vamos, mi querido abogado estirado —insistió Bones—. No seas difícil. Eso guárdatelo para las chicas que seguramente te dan calabazas por lo amargado que eres. Firma en el aire. Como un adulto responsable.

Andrea suspiró con esa resignación de quien acepta el absurdo para ahorrar tiempo.

—Vale. —Levantó la mano—. ¿Así?

Y trazó un garabato imaginario frente a su pecho, con la solemnidad de quien firma un recurso. Bones observó el gesto con concentración exagerada, como si realmente estuviera verificando un documento invisible. Luego asintió, satisfecho.

—Perfecto. Caligrafía de «*me debo un descanso*». Me encanta.

Lola lo miró, todavía dudando.

—¿Y yo…?

Bones la señaló con esa autoridad absurda que solo tiene alguien que no puede parpadear.

—Tú también, Lolita —La voz se le volvió melodramática—. Aquí se viene con voluntad… o con desesperación. Y tú, por lo que huelo… traes las dos.

Lola se tensó, ofendida por el «huelo», como si Bones pudiera oler algo más que el miedo. Aun así, levantó la mano. Su firma imaginaria salió más temblorosa, más corta, como si le diera vergüenza comprometerse con algo que aún no entendía. Bones aplaudió sin carne, un choque de huesos seco, elegante.

—Muy bien. Firma de «*voy a hacerlo aunque me esté cagando viva*». Adoro ese tipo de letra.

Lola le lanzó una mirada que era mitad reproche, mitad «cállate, por favor».

Bones se inclinó hacia ambos como quien está a punto de contar un secreto.

—Ahora sí. Última advertencia: cuando crucéis… —hizo una pausa larguísima, dramática— ya no sois del todo de fuera. Una parte de vosotros se quedará aquí… para siempre.

Esa última parte sonó a comentario de psicópata a punto de soltar el golpe de gracia.

Andrea apretó la mandíbula. Lola sintió que se le helaba un punto del pecho, no por la frase, sino por lo que el cuerpo llevaba rato susurrándole sin palabras: que ese umbral no era solo piedra y madera.

Bones empujó la puerta con dos dedos.

No chirrió. Ni protestó.

Cedió. Como si hubiera estado esperando su peso exacto.

La luz cálida del interior se derramó un poco más, rozándoles la cara. Lola dio el primer paso con el corazón en la garganta. Andrea lo siguió, un segundo detrás, como quien entra en una sala de vistas sabiendo que el juez ya ha leído tu alma.

Y entonces ocurrió.

El zumbido que ambos habían traído encima —esa presión leve, esa electricidad finísima bajo la piel, ese latido raro en las sienes— desapareció de golpe al cruzar el umbral.

No se fue poco a poco. No se diluyó.

Se apagó.

Como si alguien hubiera cerrado una puerta dentro de sus cabezas.

Lola se quedó quieta un instante, sorprendida por el alivio. Un alivio que no era paz; era un silencio demasiado perfecto, demasiado limpio, como si el mundo exterior hubiera sido desconectado.

Andrea lo notó también, pero su mente lo registró con frialdad: anomalía. Aislamiento. Control.

Bones, que ya estaba dentro, se giró hacia ellos con una satisfacción infantil.

—¿Lo veis? —susurró, encantado—. Ni ruido. Ni dudas. Ni vuelta atrás. Esto es lo más parecido a la tranquilidad que vais a tener aquí dentro.

Y, con una reverencia ridículamente perfecta, añadió:

—Bienvenidos. Ahora, por favor… intentad no sangrar sobre las alfombras. A Samuel Graves le gusta el rojo, sí, pero solo cuando viene en vino.

La puerta, a sus espaldas, terminó de cerrarse sola, sin golpe.

Como un veredicto.

—Pasad, pasad —susurró, y se hizo a un lado con una cortesía casi insultante—. Yo iría detrás, por si se les cae la cordura al suelo y hay que recogerla con una pala. Me quedaría guay el título de enterrador de cuerdos, ¿no?

Los dejó entrar primero.

—Ah, no. Que primero me enterraron a mí… o no… —Suspiró haciendo aspavientos—. Ya ni me acuerdo, vaya.

Lola dio un paso y el mundo cambió de textura.

No era un despacho. Era un templo construido con la estética del crimen elegante: lámparas bajas, luz recortada, sombras duras como puños. Cristal oscuro, cuero gastado, metal envejecido que no brillaba, sino que en sí mismo era una amenaza latente. El aire no estaba quieto; estaba suspendido, como si alguien hubiese dejado flotando un resto de humo o polvo que solo se veía cuando cruzabas un haz de luz. Igual que en una sala de interrogatorios: lo que

importa no es lo que ves, sino lo que la sombra te permite imaginar. El resto depende de lo fragmentada que tengas la mente.

El suelo absorbía los pasos. No crujía. No devolvía eco. Se tragaba el sonido con una educación inquietante. Lola sintió que incluso su respiración estaba fuera de lugar.

El olor le llegó con un golpe lento: tinta antigua, cuero, hierro… y algo frío que no era aire acondicionado. Era un frío sin corriente, de archivo cerrado, de pared vieja con secretos dentro. Un frío que se te metía en la lengua y te dejaba un sabor metálico, como si el despacho conservara la memoria de la sangre aunque nadie hubiera sangrado allí esa noche.

A la derecha, una mesa grande de madera oscura cortaba el espacio como una sentencia. Encima, sin ostentación, había una lámpara de escritorio que derramaba un círculo de luz perfecto; ese tipo de luz que te obliga a sentarte y a hablar. Detrás, estanterías. Y ahí fue donde Lola se quedó completamente inmóvil.

No eran libros.

Eran grimorios.

Volúmenes sin título, lomos de piel gastada, cierres metálicos, cordeles, placas con símbolos en relieve que no parecían decoración sino advertencia. Había tomos etiquetados con fechas que Lola no alcanzó a leer del todo, pero las cifras le rozaron la vista como una blasfemia: demasiado antiguas, demasiado… imposibles. Otros estaban atados con correas como si no debieran abrirse bajo ninguna circunstancia, como si el papel dentro pudiera morder. O matar.

La joven no se movió. Solo miró. Su cuerpo, por primera vez en todo el día, olvidó el cansancio. Aquello no era un bufete. Era un lugar donde la ley no se escribía con bolígrafo: se tallaba.

Andrea entró un segundo después y no se quedó mirando. No al principio. Hizo lo que hacía siempre cuando el mundo amenazaba con romper sus reglas: escaneó. Salida, ventanas, sombras, ángulos. Localizó la mesa, midió distancias, contó puertas. Se aferró a lo técnico como quien se agarra a la barandilla en un balcón demasiado alto.

Y entonces lo vio.

Sobre un aparador de metal oscuro, en un rincón donde no debería haber nada cálido, había una taza. Blanca. Corriente. Humana. Con café caliente; lo delataba una hebra fina de vapor que se elevaba con calma, como si alguien acabara de dejarla allí.

Aquel objeto simple era lo más inquietante de la sala.

Porque significaba que alguien estaba… o había estado… hacía nada. Segundos, quizá. Y que ese alguien bebía café como cualquier persona, en un lugar que no debería existir.

En la pared, ligeramente por encima del ángulo de visión, colgaba un reloj.

Andrea lo miró por reflejo y sintió un pinchazo seco de incomodidad. No por miedo. Por lógica.

El reloj no marcaba las horas.

O, mejor dicho, marcaba algo que fingía ser horas pero no lo era: símbolos en vez de números, un movimiento inverso en la aguja, un ritmo que parecía adelantarse y retrasarse como si el tiempo allí dentro tuviera su propia jurisdicción. Andrea no dijo nada. Lola tampoco. La mente humana tiene un mecanismo precioso: cuando ve algo imposible, decide que callarse es una forma de seguir viva.

Bones entró tras ellos con paso ligero, como si fuera su casa. Cerró la puerta en silencio y extendió los brazos como un anfitrión satisfecho.

—Bienvenidos al despacho del jefe —anunció—. Donde los contratos son vinculantes, los clientes son… creativos, y las horas extra se pagan con una maceta.

Ambos miraron a Bones con gesto de incredulidad.

—¿Una maceta? —Preguntó Andrea.

Bones les devolvió la mirada con aquellas cuencas vacías.

—Acabo de dar la presentación más monumental de este despacho… —Hizo una pausa—, ¿y te quedas con lo de la maceta? Ya lo entenderás. Ahora mismo no tienes ni puta idea de nada.

Lola seguía inmóvil, con esa expresión de «*esto no puede estar pasando*» que no era incredulidad, sino reconocimiento tardío. Andrea, más rígido, tragó saliva y se obligó a mirar otra vez el reloj, como si insistir en lo imposible pudiera convertirlo en normal.

Bones levantó un dedo, muy serio, como si fuera a recitar un artículo de ley.

—En fin, procedo. Norma básica —dijo—: no toquéis nada que no entendáis. La última becaria tocó un libro sobre contratos de sangre y ahora habla en latín cuando se enfada. Lo cual, admitámoslo, le da clase… pero en Recursos Humanos no gusta.

Lola parpadeó. La risa quiso salirle y se quedó atrapada entre el pecho y la garganta.

—¿Recursos Humanos…? —susurró, porque era más fácil agarrarse a esa tontería que al resto.

Bones giró el cráneo hacia ella con entusiasmo.

—Por supuesto. ¿Qué crees, preciosa? ¿Que esto se gestiona solo con antorchas y dramatismo? Aquí hay organigrama, querida. Mágico, sí, pero lo hay. Formularios. Turnos. Reuniones —Bajó la voz, conspirativo—. Y hay un departamento de quejas que consiste en una caja negra donde metes tu esperanza y a la espera de que no te consuma.

Andrea soltó una exhalación que podría haber sido una risa si no estuviera tan tenso.

—Esto es… —empezó, y se detuvo. Porque no había palabra decente.

Bones le dio una palmada inexistente en el hombro, en realidad un amago, porque hueso sobre traje ajeno era una mala educación incluso para él.

—Ya lo sé, don estirado. Ya lo sé. —Se inclinó un poco, como si compartiera un secreto—. Intenta no desmayarte. Darías muy mala imagen. Y además, el suelo es caro.

Lola, por fin, dio un paso. Uno solo. Sus ojos recorrieron otra vez las estanterías, los cierres, los símbolos. La taza humeante. El reloj al revés. La luz cortando el polvo como cuchillo. El despacho la estaba mirando de vuelta, aunque no hubiera ojos. Como dos esencias que se reconocían. Una estancia, y un cuerpo.

Andrea no se movió del todo, pero su escaneo ya no buscaba solo salidas. Ahora buscaba patrones. Y en ese cambio —mínimo, casi imperceptible— se notaba algo peligroso: que una parte de él, muy en el fondo, dejaba de negarlo.

Bones los observó en silencio un segundo, satisfecho, como quien ve a dos peces comprender por fin que el agua existe.

—Ah —añadió, señalando la taza con un gesto ligero—. Si os apetece café, no lo toquéis. Al menos este. Es de Samuel. Y Samuel… —pausa dramática— no comparte. Si queréis café, tenéis una máquina muy linda unos cincuenta pisos más abajo.

El vapor siguió subiendo.

Como una firma invisible.

Y el reloj, siguió marcando un tiempo que no era de nadie.

La taza seguía humeando como si el vapor fuera un mensaje. Lola la miró un segundo más de la cuenta y luego apartó la vista, incómoda, como si hubiera invadido una intimidad ajena. Andrea, en cambio, clavó los ojos en el círculo de luz sobre la mesa: aquel halo perfecto donde cualquier cosa, hasta una mentira, quedaría expuesta.

Bones se movió por el despacho con la soltura de quien conoce cada sombra. Caminaba como un guía turístico de un museo maldito, orgulloso de sus vitrinas, y su voz llenaba el aire con esa alegría insolente que no pegaba con el lugar… y precisamente por eso funcionaba.

—Y aquí, a la derecha, tenemos la sección de «cosas que jurarías que no existen» —anunció, señalando una estantería repleta de grimorios atados—. Por favor, no abráis nada. En serio. No es por mí, es por vosotros. La última vez que alguien abrió uno de esos tomos, la ciudad estuvo tres días con farolas que parpadeaban en código morse y nadie supo por qué. Leyenda urbana, lo llaman. Yo lo llamo «viernes».

Lola parpadeó. Andrea frunció el ceño.

—¿Código morse…? —murmuró ella.

—Sí, sí —Bones asintió con entusiasmo—. Decía «corre». Pero claro, los humanos creen que eso es una señal de tráfico. Ay, bendita inocencia. —Se llevó una mano a las costillas, dramático—. Y aquí al fondo… el rincón de «brujas de bar de copas». Esas que en El Puerto dicen: «yo tengo una prima que vio una sirena en Valdelagrana». Mentira. Las sirenas no van a Valdelagrana, cariño.

Son finas. Prefieren aguas más frías. —Bajó la voz—. Y no preguntes por qué lo sé. Lo que no sabes, no te provocará pesadillas.

Andrea soltó una exhalación que no llegó a risa, pero se le pareció.

—¿Tú sabes lo que son las sirenas? —escupió él, como si decirlo en voz alta lo volviera aún más ridículo.

—Hombre, claro —Bones abrió los brazos—. Lo que pasa es que a vosotros os las venden como mito, y aquí las tratamos como clientela. Con factura, por supuesto —Se inclinó hacia Andrea—. Aunque te advierto que son peores que los humanos para pagar: siempre prometen «un tesoro» y luego te traen una concha bonita. No, gracias. Yo no soy joyero.

Lola, pese a todo, no pudo evitar soltar una risita nerviosa. Le salió como un escape. Bones la celebró como si le hubiera dado propina.

—¡Eso! Ríete, pequeña. La risa es fundamental. Aquí dentro, si no te ríes, te conviertes en un archivo. Y los archivos… —señaló con solemnidad una estantería— …no follan, no beben y no duermen. Horrible.

Andrea abrió la boca para decir algo, pero se quedó quieto.

Porque, en medio de tanto parloteo, el despacho parecía… observado.

No por las estanterías. No por el reloj al revés. Por otra cosa.

Una presencia que no necesitaba moverse para ocuparlo todo.

Lola la sintió antes de verla. Fue un cambio en el aire, como cuando entra alguien a una habitación y sin mirar sabes que ha entrado. Un silencio más pesado, más ordenado. El tipo de silencio que se consigue cuando una sola persona tiene autoridad suficiente como para apagar el mundo a su alrededor.

Al fondo, cerca de la mesa, en un borde donde la luz no terminaba de llegar, Samuel Graves estaba allí.

No apareció. No salió de ninguna puerta. Simplemente… estaba. Como si el despacho lo hubiera tenido guardado en la sombra hasta el momento exacto de mostrarlo.

Traje oscuro impecable, corbata sin una arruga, postura estoica. No necesitaba levantarse, ni sonreír, ni demostrar nada. La clase de

presencia que no pide atención: la cobra.

Lola se quedó helada. Andrea también, aunque su helada era distinta: el gesto del que reconoce un patrón peligroso y no sabe por qué.

Samuel no miró primero a sus caras. Sino a sus manos.

Las de Lola estaban tensas, con los dedos inquietos, uñas mordidas o castigadas por nervios de años. Las de Andrea, fingían calma, pero tenían ese temblor mínimo de quien está sosteniendo una negación demasiado grande. Samuel recorrió esos detalles con una tranquilidad quirúrgica, como si estuviera leyendo un expediente sin papel.

Bones, mientras tanto, seguía con su circo.

—Y aquí, por si tienen dudas —dijo, señalando el reloj al revés—, el horario laboral. Como pueden observar, el tiempo aquí funciona… —hizo un gesto amplio— …de forma creativa. Si les parece raro, esperen a la contabilidad. A la contabilidad la llaman «La Bruja». Yo no digo nada, pero cada vez que le discutes una factura, pierdes un recuerdo bonito de la infancia. Casualidad, supongo.

Samuel no se rió.

Ni siquiera su expresión cambió.

Solo levantó los ojos, muy despacio.

Y una sola palabra salió de sus labios.

—Bones.

No fue un grito. Ni una amenaza. Fue una orden pronunciada con la misma naturalidad con la que se apaga un cigarrillo.

Bones se quedó congelado en mitad de un gesto, con una mano en alto, como si alguien hubiera pulsado «pausa». Por un instante, la comedia se quebró dejando ver el mecanismo debajo: precisión, disciplina, obediencia.

Bajó la mano.

Enderezó los hombros.

Y, en un segundo, pasó de bufón a secretario.

—Sí, señor Graves —respondió, impecable.

Lola lo registró como un disparo interno: no es un payaso. Es un arma con chistes. Un bisturí que corta sin manchar.

Samuel volvió a mirarlos, ahora sí, de frente. Su voz era baja, pero llena. No necesitaba volumen; sino intención.

—Siéntense.

La frase no sonaba a invitación. Sonaba a veredicto anticipado.

Andrea dio un paso hacia la silla más cercana, como si sentarse fuera la única manera de mantener la dignidad. Lola lo imitó, más despacio, tragándose el miedo con la misma rabia con la que había tragado el desprecio de su padre toda la vida.

Samuel esperó a que lo hicieran. El silencio se acomodó en el despacho como un tercer testigo.

Entonces habló, sin florituras.

—Samuel Graves —Pausa breve—. Director de este despacho.

Nada más.

No dijo «encantado». No «gracias por venir». No «perdonen la hora».

Como si el mundo hubiera sido construido para que ellos estuvieran allí a esa hora.

Bones carraspeó —un carraspeo ridículo sin garganta— y añadió, con su tono más administrativo y a la vez más cabrón.

—Y no, no ofrecemos café descafeinado. Aquí venimos a sufrir. El descafeinado es para los humanos y para los inocentes. Ninguno de los dos ha llegado hasta aquí por inocente, ¿verdad?

Samuel no le corrigió. Lo dejó caer.

Porque le servía.

Y mientras Bones disfrutaba del desconcierto en sus caras, Samuel volvió a mirar sus manos una última vez, como quien termina de pesar a un acusado antes de dictar sentencia.

8
Pensando rápido

Samuel Graves no se inclinó hacia delante. No necesitaba acercarse para apretar. El despacho ya hacía ese trabajo por él: la luz recortada, el círculo perfecto sobre la mesa, el humo quieto en el aire como si temiera moverse sin permiso. Hasta el reloj al revés parecía escuchar.

Lola tenía las manos sobre las rodillas, tensas. Andrea las apoyó en la silla con una calma estudiada, como quien se obliga a parecer dueño de sí mismo incluso cuando la realidad se ha convertido en un chiste cruel.

Bones se quedó de pie, un paso detrás y a la derecha de Samuel, con el cuerpo —los huesos— alineados en «*modo secretario*», pero con las cuencas vacías brillándole de ganas de meter el dedo en la llaga.

Samuel habló, por fin, y su voz no fue teatral. Fue útil.

—Una pregunta cada vez. Y quiero respuestas simples.

Pausa.

—No os atreváis a mentir. Se nota.

No era una amenaza; era un diagnóstico. Lola tragó saliva. Andrea alzó una ceja, como si quisiera discutirlo por puro instinto profesional, pero no abrió la boca. Graves los miró como se mira a dos testigos antes de preguntarles si han visto algo… y decidir si vale la pena salvarlos.

Sus ojos bajaron un instante a sus manos otra vez. A los nudillos de Lola, pálidos de tensión. A la rigidez controlada de Andrea, que no era calma, era una trinchera.

Entonces señaló a Lola con la mirada.

—Tú primero. ¿Por qué has venido?

La pregunta cayó sin empatía y sin crueldad: limpia. Precisamente por eso dolía.

Lola abrió la boca. La cerró. La rabia le subió al pecho como una marea. Había venido con prisa, con adrenalina, con un correo a las tres de la mañana… pero ahora, sentada allí, lo que sintió fue algo más viejo: la vergüenza de tener que justificarse delante de otro hombre con autoridad.

Se obligó a mirar a Samuel a los ojos.

—Porque necesito trabajo. El correo me pareció absurdo, pero…

Dijo la frase y le supo demasiado pequeña. Graves no reaccionó. Ni aprobó ni desaprobó. Solo esperó, como si supiera que eso era el barniz.

Lola apretó los dedos.

—Estoy harta —añadió, y la voz le salió más firme—. De ir a despachos donde me miran como si fuera una molestia. Harta de que me digan «ya te llamaremos» con la misma cara con la que te dicen «vete».

El despacho no respondió. Pero el aire pareció tensarse, como si la sinceridad tuviera peso.

Lola tragó saliva. Le vino el rostro de su padre. El desprecio. La palabra *inútil*. El nombre de su madre pronunciado como veneno.

—Y porque… —se detuvo un segundo, mordiendo la lengua.

Ahí estaba el filo. Lo que no quería decir. Lo que no quería admitir ni para sí misma: que había algo en su ciudad, algo raro, algo sucio, un crimen que olía a otra cosa. Que lo había sentido. Que el correo le había hecho hervir la sangre como si la hubieran llamado por dentro.

No dijo «miedo». No dijo «magia».

Solo dejó que la rabia la cubriera.

—Porque necesito ser alguien fuera de… mi casa —escupió al final, y la palabra «casa» sonó como «cárcel»—. Porque estoy cansada de que me recuerden cada día que vivo de un apellido que siento que no me pertenece. Y a la vez es lo que tengo.

Andrea la miró de reojo. No con juicio. Con un reconocimiento incómodo: ese mismo hambre, pero envuelto en otro traje.

Bones levantó un dedo como quien pide turno en clase.

—Excelente —comentó con alegría administrativa—. Respuesta con trauma, con dignidad y sin llorar sobre la mesa. Me gusta. Y ahora, Lola, advertencia amistosa: si contestas mal, tengo el formulario de «vuelva usted mañana». Va firmado con sangre.

Hizo una pausa dramática.

—Es broma. Creo.

Lola parpadeó, entre indignada y a punto de reírse de nuevo. Andrea soltó un bufido casi imperceptible. Samuel no se movió. Ni siquiera miró a Bones. Lo dejó existir. Lo dejaba porque le servía: la broma cortaba la tensión, sí, pero también mostraba quién mandaba. Si Graves quisiera, lo apagaría con una palabra. Y eso lo sabían todos.

Samuel mantuvo la mirada en Lola un segundo más, como sopesándola.

—Bien.

Solo eso. Ni aplauso, ni consuelo. «*Bien*», como quien anota una respuesta en un acta.

Luego giró la mirada hacia Andrea.

—Ahora tú. ¿Por qué has respondido? Tú no eres un humano corriente… tú has tenido contacto con la magia. No te atrevas a mentir.

Andrea no tardó. No porque lo tuviera fácil, sino porque llevaba años entrenándose para contestar sin exponer el pecho. Tenía el sarcasmo preparado como un chaleco antibalas.

—Porque odio perder el tiempo.

Bones soltó un «ah» de satisfacción, como si hubiera olido un buen vino.

Andrea continuó, sin mirar a Bones, clavando los ojos en el círculo de luz de la mesa como si fuera una prueba pericial.

—Porque estoy harto de gente que viene a pedirme que invente pruebas como si la ley fuera plastilina. De despachos que hablan de ética mientras te piden que sonrías más para no perder clientes basura.

Samuel no asintió. No negó. Solo escuchó. Ese tipo de escucha que no es empatía: es evaluación.

Andrea inspiró hondo. Aquí venía el hueco. La razón real. La que no quería nombrar del todo.

—Y porque… —se quedó un instante en silencio.

Lola lo miró. Bones lo miró con una impaciencia divertida, como si esperara el chiste.

Andrea soltó la frase sin adornos. Un dato seco, una piedra lanzada a un pozo.

—Mi hermano desapareció.

La sala pareció contraerse un milímetro. No por dramatismo. Por precisión: la verdad tiene peso cuando no se disfraza.

Andrea no explicó quién era Enrico. No dijo «magia». No dijo «criaturas». No abrió esa puerta. Se limitó a lo que importaba: la herida.

—Y estoy cansado de fingir que no pasó. O de decirme que fue una fantasía —añadió, con la mandíbula tensa—. Así que cuando recibí un correo a las tres de la mañana citándome en un penal antiguo… pensé que, por lo menos, sería una estupidez interesante.

Bones soltó una carcajada corta, encantado.

—Me encanta. «Estupidez interesante». Lo voy a bordar en un cojín. Si tuviera cojines. Y carne. Y *hobbies*.

Samuel no reaccionó. Ni al humor, ni al dolor. Sus ojos se quedaron un segundo en Andrea, luego bajaron a sus manos, luego subieron de nuevo. Como quien busca grietas.

—Bien —dijo otra vez.

La misma palabra. El mismo tono. La misma ausencia de concesión.

Y en esa repetición, Lola lo entendió.

Esto no era una entrevista laboral.

Era un juicio sin toga.

Una evaluación moral, brutal y silenciosa, donde no importaba cuánto sabían… sino qué estaban dispuestos a sostener sin romperse.

Samuel Graves dejó que el último «bien» se posara en la mesa como una ficha. No era aprobación; era clasificación. Y después, sin cambiar el tono, sin prepararlos con cortesía, entró en materia como quien abre un expediente sin pedir permiso.

—En vuestro mundo hay jueces —dijo, y la palabra «vuestro» ya marcaba una frontera—. En el nuestro no.

Lola sintió que se le helaba un hilo en el estómago. Andrea, en cambio, inclinó apenas la cabeza, como si le hubieran presentado un organigrama.

Samuel continuó, en frases cortas, frías, sin dramatismo. A cada frase, el despacho parecía encajar otra pieza.

—Hay Inquisidores, y hay Defensores. Lo que conocéis como Ministerio Fiscal y los abogados defensores.

Una pausa mínima. No para respirar. Para que lo tragaran.

—Y una Corte… como los tribunales humanos. Ya la descubriréis más adelante cuando tengáis que ir a pleitear —añadió, y por primera vez su voz tuvo un matiz extraño, no de emoción, sino de distancia ritual— …en la que se entra a través de los cementerios.

Lola parpadeó. El cerebro buscó una respuesta absurda: *esto es una metáfora*. Pero la forma en que Samuel lo dijo no admitía metáforas. Lo dijo como se dice una dirección.

Bones, que llevaba demasiado tiempo conteniéndose, se inclinó hacia Lola con una complicidad obscena.

—Ah, sí. Los cementerios —Suspiró con exageración—. La gente cree que es por *brujas*, por *maleficios*, por *portales de ultratumba*… y no, cariño. No.

Andrea levantó una ceja, ya preparado para la ridiculez.

Bones alzó un dedo, docente.

—La razón por la que no entramos «*como Dios manda*» por la puerta principal es mucho más humillante: las brujas tienen problemas de logística. —Se llevó una mano a las costillas como si fuera un drama personal—. Resulta que si entras por la entrada del cementerio, te toca cruzarte con el típico señor que vende flores, y siempre, *siempre*, te dice: «*¿Para quién son?*» Y tú no puedes contestarle: «*Para la Corte*». Porque se pone nervioso, te mira raro, y luego te ofrece dos claveles «por si acaso».

Lola se quedó boquiabierta.

—¿Me estás diciendo…?

—Estoy diciendo —continuó Bones, impasible— que el mundo se sostiene por tonterías. Y que el mayor enemigo de la magia no es la

cruz ni el ajo… es la señora del puesto de velas que te intenta vender un cirio bendecido mientras tú vas con prisa a una reunión clandestina. Un día me persiguió porque pensó que yo era un actor de Halloween. —Pausa—. Y, sinceramente, hirió mi orgullo. Yo soy Armani, no disfraz.

Andrea soltó una risa breve, casi involuntaria, y luego se la tragó como si la risa fuera una confesión.

Bones remató, encantado.

—Por eso se entra por el cementerio: por discreción. Porque la Corte es muy seria, pero no lo bastante como para aguantar una conversación con una viuda que te pregunta si «*vienes por el nicho 14 o por el 16*».

Samuel no le dedicó ni una mirada. No necesitaba frenarlo. Lo dejaba. Porque Bones cumplía su función: convertir lo imposible en algo digerible… mientras el veneno entraba igual.

—Fiscalía y defensa —continuó Samuel, clavando el cuchillo de la analogía en el centro—. Pero con consecuencias que no caben en un código humano.

Lola apretó los dedos bajo la mesa. Quiso preguntar «*¿qué consecuencias?*» pero se mordió la lengua. Había aprendido que en ciertos sitios preguntar demasiado era una forma de perder la dignidad.

Andrea, en cambio, se inclinó apenas hacia delante.

—O sea que hay estructura —dijo, más para sí que para ellos—. Roles. Procedimientos.

Samuel lo miró un segundo, como si aquella frase le interesara más que todo el resto.

—Exacto.

Bones aprovechó el hueco como un cuervo oportunista.

—En resumen —dijo, levantando una falange como si estuviera leyendo un artículo de ley—: aquí un error no te cuesta una multa. Te cuesta… —hizo una pausa deliciosa— …bueno, a veces te cuesta la existencia. Pero eso no tiene por qué pasar con vosotros… ¿verdad? Sois unos adultos responsables…

Lola sintió un escalofrío, pero su mente lo tradujo en voz baja: *esto va en serio*. Y lo más aterrador era que, debajo de la broma, la frase sonaba… plausible. Como si «existir» fuera un privilegio administrado.

Andrea se agarró a la estructura con fuerza: si hay inquisidores, defensores y corte, entonces no era una alucinación. Era un sistema paralelo. Un derecho oculto. Una maquinaria. Y las máquinas, por muy monstruosas que sean, podían entenderse.

Lola tragó saliva, intentando encajar las piezas sin romperse.

Samuel, sin cambiar de postura, dejó caer la última semilla sin regarla todavía.

—La justicia aquí tiene otra arquitectura.

No explicó cuál.

No dijo nombres.

No pronunció lo que ellos aún no sabían que estaban a punto de aprender.

Pero en su tono había una certeza que pesaba más que cualquier explicación: que, una vez que veías esa arquitectura, el mundo humano se te quedaba pequeño para siempre.

No levantó la voz. No hizo falta. En aquel despacho, hasta el silencio obedecía.

Miró a Lola Hidalgo y a Andrea Volpi como se mira el final de un interrogatorio: sin prisa, sin ternura, con la certeza de que lo importante ya había sido dicho… aunque todavía no se hubiera explicado.

—Bien. Suficiente por esta noche. Ahora, marchaos.

La frase cayó limpia. Un cierre. Un portazo sin ruido.

Bones, detrás, se llevó una mano a las costillas con una teatralidad casi religiosa, como si fuera a aplaudir el veredicto, pero se contuvo. Samuel continuó, sin cambiar el tono, como si dictara una diligencia.

—Mañana por la noche, misma puerta. Si volvéis… ya no volveréis del todo.

Hizo una pausa breve.

—Tenedlo presente: si mañana aceptáis esta oferta de trabajo, entraréis oficialmente en la Guardia Arcana. Los encargados de

pleitear en la Corte. Si lo aceptáis, debéis dejar el mundo humano como vuestro eje principal. Podréis caminar por él, interactuar incluso… pero nunca perteneceréis de nuevo. La Guardia Arcana y el mundo mágico serán vuestro hogar a partir de ese momento. Por eso tenéis hasta mañana por la noche para decidir. Pensadlo bien. Y con cabeza.

La luz de la lámpara recortó la expresión de Lola como una cuchilla: el orgullo herido, el miedo oculto, el hambre de lugar propio. En Andrea, el gesto fue distinto: un cálculo frío, una resistencia que ya estaba cediendo por dentro aunque su cara siguiera fingiendo lo contrario.

Bones carraspeó, un carraspeo sin garganta que aun así sonó ofendido.

—«*Con cabeza*», dice —murmuró, ladeando el cráneo hacia ellos —. Qué bonito. Yo también lo recomiendo. Es una herramienta muy útil. De hecho, diría que es esencial si quieres conservarla… —hizo una pausa deliciosa— unida al cuerpo.

Lola soltó una exhalación nerviosa que no llegó a risa, pero se le pareció. Andrea lo miró con el cansancio del que ya no sabe si está en un despacho o en una pesadilla con chistes.

Bones, satisfecho, se inclinó un poco más, como quien añade una cláusula no escrita.

—No es una amenaza. Es un contrato sin firma. Los mejores.

Samuel no lo corrigió. Se limitó a observar, con esa calma peligrosa de quien ya ha decidido que, si vuelven, será por voluntad propia… y si no vuelven, también.

—Podéis iros —remató, y el despacho pareció aceptar la orden.

Bones se movió primero. Fue hacia la puerta con la naturalidad de un ujier eterno, empujándola con la misma delicadeza con la que antes la había "presentado". El hilo de luz ámbar del pasillo se coló en la sala y la sombra se replegó, como si el despacho no quisiera que se fueran del todo… pero los dejara marchar porque así funcionaba cualquier juicio: siempre hay un intervalo antes de la condena.

Lola se puso en pie despacio. Andrea lo hizo con un gesto más brusco, como si levantarse fuera una forma de decir «*yo controlo*».

Spoiler: ninguno de los dos controlaba nada.

Cruzaron el umbral.

Y el mundo cambió de nuevo.

La sensación de aislamiento se rompió como un cristal fino. En cuanto sus pies tocaron el pasillo de piedra, el zumbido regresó: una electricidad mínima bajo los dientes, un latido seco en las sienes, como si alguien hubiera encendido de golpe un aparato que no se apaga nunca. Lola se llevó la lengua al paladar, incómoda. Andrea apretó la mandíbula y no dijo nada, pero su mirada se tensó, registrándolo como si estuviera tomando nota para un informe que no podría escribir.

Bones caminaba delante, disfrutando del momento como quien acompaña a dos acusados a la salida de un juzgado.

—Respirad —les aconsejó, alegre—. El aire humano es muy malo, pero al menos es gratis.

Salieron al exterior.

La madrugada los golpeó con el frío del Atlántico y con un silencio que no era silencio, sino una ciudad dormida con un ojo abierto. El Puerto, a esas horas, parecía inocente. Y aun así, después de lo visto, la calle se sentía más ruidosa de lo normal: el canto lejano de un coche, una persiana suelta, un perro en otra calle, el zumbido de una farola… todo sonaba como si el mundo humano gritara para convencerlos de que era real.

Lola se detuvo un segundo, con el corazón todavía acelerado. Andrea miró su móvil por reflejo, como si necesitara anclarse a algo que marcara la hora con la vulgaridad habitual.

En la pantalla: 4:23.

La cifra cambió.

Saltó un minuto.

No corriendo. Saltando.

Andrea frunció el ceño. Parpadeó. Miró otra vez. El minuto ya era otro, como si el teléfono hubiese decidido corregirse a sí mismo. Como si alguien hubiera pasado una goma por encima del tiempo.

—¿Lo has visto? —preguntó Lola sin querer, en voz baja.

Andrea guardó el móvil demasiado rápido, como si ocultarlo pudiera deshacer el detalle.

—No he visto nada —mintió. Y supo que la mentira era inútil.

Bones se detuvo a dos pasos del portón exterior y los miró con esa alegría macabra que parecía hecha para desarmar defensas.

—Mañana, misma puerta —canturreó—. Intentad no morir en el mundo humano, que luego el papeleo es insoportable.

Lola no contestó. Tenía la garganta seca. Miró hacia la calle, hacia la oscuridad que empezaba a aclararse con la promesa del amanecer, y sintió un cansancio que no era físico: era el peso de saber que ya había cruzado algo aunque todavía estuviera fuera.

Y entonces lo oyó.

No fue una voz clara. No fue una frase. Fue un susurro en el viento, suave y exacto, como si el aire supiera pronunciar nombres.

—Lola…

Se le erizó la nuca. El instinto le gritó que girara la cabeza, que buscara, que confirmara. La frase de Bones le cortó el impulso como una navaja: *si oís una voz que os llama por vuestro nombre… no miréis atrás.*

Lola se quedó quieta, clavada al suelo. Tragó saliva. No miró.

Andrea, a su lado, tensó los hombros, como si también hubiera sentido el filo de algo invisible rozándoles la espalda. No preguntó. No se movió. Solo respiró, lento, como quien se obliga a no correr.

Bones sonrió, satisfecho, y abrió el portón con un gesto elegante.

—Buenas noches, criaturas de carne y decisiones —susurró—. Nos vemos mañana… si aún os queda valor.

La puerta se cerró tras ellos con un golpe suave.

Y el mundo humano, de pronto, ya no pareció un hogar.

Pareció una sala de espera.

Se miraron en silencio, como si el aire hubiera decidido ponerse de testigo. Andrea tenía la mandíbula apretada; Lola, las manos metidas en los bolsillos para que no se notara el temblor. Durante un segundo, ninguno supo qué hacer con el otro, ni con la noche, ni con esa puerta que acababa de cerrarse como un veredicto.

—¿Has… entendido algo? —preguntó Lola al fin, seco, casi con rabia de oír su propia voz.

Andrea soltó una exhalación breve, sin humor.

—Lo suficiente para saber que mañana a esta hora… o volvemos, o fingimos que no ha pasado.

Lola tragó saliva. Miró la calle, el brillo lejano de una farola, la oscuridad que parecía más grande de lo normal.

—¿Y tú qué vas a hacer?

Andrea no respondió de inmediato. Se encogió apenas de hombros, como si el gesto pudiera protegerlo.

—No lo sé.

Lola asintió, porque esa era la única respuesta honesta. Se obligó a sostenerle la mirada un segundo más.

—Si vuelves… —empezó, y se le quedó la frase a medias.

—Sí —cortó Andrea—. Si vuelvo, ya me encontrarás ahí.

No era promesa. Era resignación vestida de frase.

Se separaron sin despedirse, cada uno tirando hacia su sombra, como dos desconocidos que acabaran de firmar algo con la sangre sin haber visto el papel. Por encima, el manto estrellado de El Puerto brillaba con una calma insultante, como si la ciudad no acabara de abrirles una grieta bajo los pies.

Y mientras sus pasos se alejaban en direcciones opuestas, a ambos les martilleó el mismo pensamiento, idéntico y frío:

¿Y ahora… qué?

9
Día de los vivos

El día amaneció como amanecen los días después de una noche que no deberías haber vivido: demasiado normal. La luz entró por ventanas corrientes, los coches siguieron haciendo su ruido de siempre, las persianas subieron con la misma pereza mecánica, y El Puerto de Santa María se puso su máscara diurna como quien se limpia la boca después de vomitar.

Pero para Lola Hidalgo y Andrea Volpi, la normalidad tenía ahora un sonido distinto. Como si el mundo humano hubiera subido el volumen para tapar algo.

Lola

Lola llegó a casa con el cuerpo cansado y la cabeza despierta a puñaladas. Vistahermosa olía a lo de siempre: jazmín, cloro, césped recién regado. Un perfume caro de tranquilidad que, a ella, le daba ganas de escupir. Cruzó el jardín sin encender luces, con esa prudencia aprendida a base de discusiones, y entró por la cocina como se entra en una iglesia cuando no crees: en silencio, sin ganas de que nadie te vea.

Rafael Hidalgo estaba ahí. Siempre estaba. No hacía falta que la esperara; su presencia funcionaba como un reloj clavado en la pared.

La cafetera burbujeaba. El café olía fuerte, quemado, ese olor de los que se levantan antes de tiempo para seguir creyendo que mandan. En la encimera, el móvil de su padre vibraba con notificaciones de un mundo donde todo se compra y todo se vende.

Rafael ni siquiera se giró del todo.

—¿Qué horas son estas de llegar? —preguntó, sin elevar la voz. No hacía falta. Su tono ya era un castigo.

Lola dejó la mochila en una silla, despacio, como si un movimiento brusco pudiera romperle algo dentro.

—No te debo explicaciones —dijo, y la frase le salió más firme de lo que sentía.

Rafael soltó una risa corta, seca.

—Claro. Ahora te ha dado por eso —Le dio un sorbo al café—. La noche te confunde, Lola. Siempre te ha gustado la dramatización. Te crees especial cuando el mundo solo está cansado.

Lola apretó la mandíbula. A esa hora, con el cuerpo aún vibrando de frío y de otra cosa que no sabía nombrar, la palabra *especial* le raspó como vidrio en la lengua.

—He estado fuera —se limitó a decir.

—Ya lo veo —Rafael por fin la miró. Su mirada era limpia, práctica, como si Lola fuera un número rojo en una hoja de cálculo —. Te advierto una cosa: no quiero rarezas en esta casa. Bastante tuve con tu madre creyéndose… —hizo una pausa con desprecio calculado— …que era alguien.

A Lola se le cortó el aire.

No por el golpe directo; por lo casual. Por lo fácil que le salía usar aquel nombre como cuchillo, como si hablar de su madre fuera hablar de una mala inversión.

—No la menciones —dijo Lola, y la voz le tembló en el borde, traicionera.

Rafael se encogió de hombros, indiferente.

—Si te incomoda, es porque sabes que hay verdad ahí. Tu madre también creyó que era especial. Mira dónde acabó. Largándose y abandonándote.

La frase quedó flotando en la cocina con olor a café amargo. Lola quiso contestar, gritar, tirar algo contra el suelo. No lo hizo. Respiró, una, dos veces. Se tragó la rabia como se traga un vómito para no dar espectáculo.

Salió de la cocina sin despedirse. Subió las escaleras con los pasos controlados. Cada escalón le sonaba demasiado alto en los oídos, como si la casa estuviera pendiente de su vergüenza.

En su habitación, la luz de la mañana le pareció falsa. Se acercó al espejo y se miró como si buscara pruebas de que seguía siendo la misma. Pero había algo distinto. No en la cara, sino en los ojos: una alerta fina, una grieta.

Bajó a por agua. En el pasillo, vio una grieta en la pared —una línea seca, insignificante— y se quedó quieta. La forma. El trazo. Demasiado parecido a uno de aquellos símbolos que había visto sin querer y sin entender. Giró la cabeza, como si el yeso pudiera delatarla. Nada. Solo una grieta.

«*Estoy agotada*», se dijo. «*Estoy sugestionada*».

Y aun así, el pulso le golpeó una vez en la sien, como si el cuerpo se negara a creerle.

Al mediodía, fue al salón y encendió la radio por costumbre. Podría haber puesto Spotify, o cualquier tipo de plataforma de música, pero necesitaba oír algo, pero sin verlo en una pantalla. Una voz de locutor, demasiado despierta, habló de tráfico, de calor, de tonterías. Y luego lo soltó, como quien lanza una piedra al agua sin mirar las ondas:

—Última hora: continúa la investigación sobre el hallazgo de un cadáver en el muelle, detrás de una conocida discoteca. Fuentes cercanas a la investigación hablan de posibles indicios de carácter ritual…

La palabra le atravesó el pecho.

Y, durante un segundo, Lola sintió de nuevo aquel olor metálico, como hierro caliente en la lengua. Una náusea breve, exacta. Un zumbido diminuto detrás de los dientes.

La radio seguía hablando. Ella no escuchaba nada. El mundo se le había vuelto a abrir por una grieta.

Se levantó de golpe, la apagó y se quedó mirando la ventana. El mar al fondo brillaba como si nada. Como si no hubiera secretos en el agua. Como si nadie muriera de formas imposibles a cien metros de la música.

Por la tarde, intentó hacer cosas normales. Comer algo. Ordenar cosas en la habitación. Buscar ofertas de trabajo. Pero todo le parecía de cartón. La pantalla del portátil era un espejo que no

devolvía nada. La vida diurna se le quedaba estrecha, como ropa heredada.

Cuando empezó a anochecer, se encerró en el baño. Encendió la luz y se miró otra vez en el espejo. Se colocó los auriculares por reflejo, como siempre hacía cuando quería escapar de sí misma. Ajustó el volumen. La música empezó… y le dio asco. No asco a la canción: asco al gesto de esconderse.

Se los quitó.

Los dejó sobre el lavabo como quien deja una muleta porque quiere comprobar si puede caminar sin ella.

—Quiero escucharlo de verdad —susurró, sin saber a qué se refería exactamente.

Y esa frase, en su boca, sonó a desafío… o a despedida.

Andrea

En Jerez, la mañana también amaneció normal. Eso era lo peor.

Andrea Volpi entró en «Manrique & Asociados» y el edificio olía a siempre: ambientador barato intentando tapar café recalentado, papel, colonia cara de gente que se cree importante. Los pasillos brillaban demasiado. Las sonrisas eran demasiado correctas. La normalidad ahí dentro era un traje hecho a medida para la mentira.

Don Ricardo lo vio pasar y le lanzó una mirada de «luego». Andrea fingió no entender. Se sentó en su despacho, abrió el ordenador, revisó correos. El cuerpo funcionaba por inercia, pero la cabeza… la cabeza seguía en aquella puerta. En aquella sala sin horas. En aquella taza de café caliente en un sitio donde no debía haber calor.

Intentó trabajar.

A las once y pico entró un cliente con cara de prisa y manos sudadas. Quería «solucionar un problema» y lo quería rápido. Andrea escuchó cinco minutos y ya podía predecir el final. El cliente se inclinó hacia delante, como si estuviera compartiendo un secreto glorioso.

—Mire, Volpi… yo necesito que usted me lo encaje. Aunque haya que… ya sabe… forzar un poco.

Andrea lo miró como se mira a un insecto que se cree humano.

—¿Forzar?

—Inventar lo justo —dijo el tipo, con una sonrisa de complicidad —. Una prueba, una captura, algo que quede bonito. Total, nadie mira tanto.

Andrea sintió la misma náusea que el día anterior, la misma fatiga moral. Le dieron ganas de reír y de romperle la cara, pero hizo lo que siempre hacía: lo cortó con hielo.

—Aquí no inventamos nada.

El cliente protestó. Andrea lo echó con la misma frialdad que se echa a un perro que te mea el sofá. Cuando cerró la puerta, se quedó quieto un segundo, escuchando el silencio. Y el silencio, por primera vez, le pareció insoportable.

Abrió un expediente al azar para fingir que seguía trabajando. En la portada había una palabra subrayada por otro abogado: «INCOACIÓN». Nada especial. Pero debajo, en el margen, alguien había hecho un dibujo con bolígrafo, probablemente por aburrimiento: una forma simple, un trazo curvo con tres líneas. Infantil. Inconsciente.

Andrea se quedó mirando el garabato como si hubiera visto un cadáver.

En su mente, la imagen de Enrico apareció como una astilla.

No el recuerdo grande. Ni el drama. El pequeño detalle: su hermano dibujando símbolos en servilletas, en cuadernos, en el vaho de un cristal. «*Son puertas*», decía. Andrea se reía entonces. *Cosas de niños.*

Luego Enrico desapareció.

Y Andrea aprendió a no reírse de ciertas cosas. También aprendió a no mirar.

Pero ese día, miró.

Se levantó para despejarse. Bajó a la calle y caminó dos manzanas sin rumbo. En un contenedor vio un cuaderno roto, abierto por la mitad, y en una página arrancada alguien había escrito con rotulador: «SI NO VIENES, NO PREGUNTES». Probablemente un chaval haciendo el imbécil. Probablemente. Y, sin embargo, Andrea

sintió que el mundo le estaba hablando con la voz exacta de la noche anterior.

Volvió al despacho con el corazón golpeándole raro.

En la bandeja de entrada, a última hora, entró un correo sin asunto. Un remitente sin firma. Una frase corta, como un tiro:

«*Si no vienes, no preguntes*».

Andrea se quedó mirando la pantalla con los dedos inmóviles. Quiso enfadarse. Quiso borrarlo. Quiso reírse. No hizo nada. Lo guardó como se guardan las pruebas que no puedes enseñar.

Cuando Don Ricardo volvió a asomarse por la puerta para llamarlo a una reunión inútil, Andrea no respondió. Se quedó sentado un segundo más, respirando. Y luego, sin pensarlo demasiado, dejó el móvil sobre la mesa.

Como si lo soltara.

Como si soltarlo fuera una decisión.

Se puso la chaqueta. Salió sin pedir permiso. No era valentía; era cansancio. Ese cansancio que te hace preferir el abismo a la oficina.

En la calle, el aire de la tarde le supo a libertad con sabor a culpa.

Mientras caminaba, un pensamiento le volvió una y otra vez, no como idea, sino como pulso.

«*Si no voy… me perseguirá para siempre*».

-*.*-

Aquella noche, por separado, hicieron cosas pequeñas que no parecían importantes. Lola apagó luces innecesarias en la casa como si quisiera escuchar mejor. Andrea dejó el reloj de su salón sin pilas, como si quisiera comprobar si el tiempo era suyo o de otro.

Ninguno dijo en voz alta lo que pensaba. Porque decirlo lo volvía real.

Pero ambos, en la sucia intimidad de sus cabezas, llegaron al mismo borde.

Lola miró el reflejo de su rostro y sintió una certeza sin poesía:

«*Si me quedo, me pudriré*».

Andrea apagó el ordenador sin guardar un documento y se permitió una verdad mínima:

«*Si no voy… no voy a vivir en paz… ni sabré la verdad*».

Y mientras El Puerto y Jerez seguían respirando normalidad, como si nada, una parte de la noche anterior —invisible, paciente— seguía ahí, esperando.

Como una puerta que ya sabía tu nombre.

10
Middle Finger

Aquella noche no tenía diferencia a cualquier otra en aquel lugar, como si el Monasterio de la Victoria tuviera la costumbre de separar antes de unir. O como si quisiera comprobar, una vez más, que no era la casualidad lo que los traía… sino algo más feo. Algo que no se quitaba con sueño.

Lola Hidalgo apareció por el costado sur, pegada a la pared, con el pelo recogido a medias y el corazón desbocado. Aquella noche no llevaba música puesta. Y eso era lo peor: escuchar el mundo sin el filtro. Sus propios pasos le sonaban demasiado claros sobre el adoquín, y la noche a su alrededor, tenía esa calma cara de Vistahermosa que no significaba paz, sino vigilancia.

La primera vez había sentido un zumbido finísimo. Pero en aquel momento fue distinto. Fue un golpe.

Al acercarse al muro, por sus dientes subió un cosquilleo eléctrico, como si mordiera papel de aluminio. El olor metálico —hierro viejo, sangre lavada, tormenta sin lluvia— se pegó al fondo de su garganta. Y la presión en las sienes, breve pero exacta, le marcó un ritmo que no era suyo.

El Monasterio la estaba reconociendo.

No como un edificio. Como un animal.

Se detuvo un segundo, respiró hondo, y se obligó a no mirar demasiado el arco claveteado. Había aprendido una regla sin entenderla: cuando algo te observa desde el interior de la piedra, no lo desafías con los ojos.

Por su parte, Andrea Volpi llegó por la zona contigua, donde la sombra era más sucia y el silencio más práctico. Había aparcado lejos, por costumbre, por manía, por paranoia profesional. Se acercó

con las manos en los bolsillos, como si pudiera ocultar bajo la tela el temblor mínimo que le latía en los dedos.

La primera vez había negado lo que sentía. Ahora lo sintió antes de negarlo.

El zumbido le apareció detrás de los dientes como un insecto invisible. El hierro en el aire le raspó la nariz. Y el latido en las sienes le pegó una sola vez, fuerte, como si alguien hubiera estampado un sello en su cráneo.

Apretó la mandíbula. No dijo «no existe». Ya no le salía con la misma fe.

Lo que le salió fue otra cosa, más baja, más honesta.

—Venga ya, Andrea… No puedes estar haciendo esto.

Y siguió caminando.

-*.*-

Ambos se encontraron en el mismo punto de sombra donde la noche anterior se habían mirado sin saber qué hacer en uno con el otro. Esta vez no hubo ceremonia. Solo un reconocimiento seco, como cuando te cruzas con alguien en una sala de urgencias: no lo conoces, pero sabéis que estáis allí por el mismo motivo.

Lola fue la primera en hablar. No con valentía; con cansancio.

—Al final has venido...

Andrea se encogió apenas de hombros.

—Igual que tú...

Se miraron un segundo. Ninguno sonrió. No era ese tipo de noche.

—¿Te… arrepientes? —preguntó Lola, y la palabra le salió como si le costara dinero.

Andrea tardó lo justo en contestar como para que se notara que la respuesta era verdad.

—No tengo ni idea... todavía. Solo sé, que… no podía dejar de venir.

Lola asintió, porque aquella inseguridad era el idioma oficial de aquella puerta.

—Yo tampoco —admitió ella, más bajo—. Si no venía, me iba a pudrir.

Andrea soltó una exhalación corta, como una risa que se rompe antes de nacer.

—Algo parecido me pasa a mí.

Y ahí estaba la complicidad: no era romance, ni algo épico. Solo dos personas reconociéndose en el mismo borde.

La puerta claveteada estaba a dos pasos. Entornada. Igual que la noche anterior. Como si el Monasterio no cerrara del todo para quien ya había sido señalado.

Y entonces pasó lo imposible dentro de lo imposible.

El silencio se rompió con un sonido que no debería existir allí: música. No la típica música lejana de coche. Ni de un móvil olvidado donde quiera que fuese. Música clara. Con actitud. Con descaro.

Y luego… una voz cantando.

Con estilo, desparpajo. Y con una alegría obscena en mitad de la piedra húmeda.

Bones apareció desde el lateral como si estuviera saliendo de un camerino. Su Armani estaba impecable -como siempre-, zapatos limpios. Hueso pulido. Y un altavoz pequeño —o algo que lo parecía — en una de sus manos, soltando una canción con energía de puñetazo.

«*Middle finger*», de Bohnes.

Aquella entidad que apestaba a muerte ridícula iba canturreando, moviendo la pelvis inexistente con un ritmo que no tenía derecho a poseer.

—«*So I put my middle finger up…*» —cantó, marcando el compás con una falange.

Lola se quedó congelada.

Andrea parpadeó. Dos veces.

—No… —murmuró Lola, incrédula—. ¿Está… cantando?

Bones los señaló con una alegría criminal.

—¡Hombre! ¡Mis dos becarios con cara de delito aún no cometido! —exclamó, subiendo un poco el volumen como si aquello fuera una entrada triunfal—. Esta canción es terapia. Es *jurisprudencia emocional*. Es el equivalente musical a presentar una demanda con

mala hostia y bien fundamentada. Y con magia, por supuesto. Lo demás es demasiado aburrido.

Andrea miró el altavoz. Luego miró a Bones y, seguidamente, a su alrededor.

—¿De dónde has sacado eso?

Bones ladeó el cráneo con chulería.

—Este tío es tonto. ¿De dónde coño lo voy a sacar? Del mundo de los vivos —Se acercó un paso—. ¿Lo ves «Don Estirado»? Por eso os dije que no ibais a pertenecer del todo, pero… *algo* de humanidad hay que conservar. Aunque sea el mal gusto. Pero bueno, *Spotify* no es mal gusto, claro está.

Y volvió a cantar, esta vez con un gesto teatral de dedo al aire, provocador, como si estuviera insultando a la realidad misma. Solo dejó caer unas palabras, lo justo para que el lector oyera el tono sin necesidad de tragarse el himno entero.

—«*I'm done being your slave…*» —entonó, y luego improvisó el resto con su propia letra, porque Bones era así: robaba el espíritu y lo registraba a su nombre.

Lola lo miró como si estuviera viendo un accidente de tráfico en cámara lenta.

—Esto… esto no puede ser serio.

Bones se detuvo, bajó el volumen con un gesto elegante y los miró con gravedad fingida.

—Bienvenidos a vuestra segunda peor decisión del mes.

Andrea abrió la boca. Bones lo cortó, encantado.

—La primera fue estudiar Derecho, claro.

Lola soltó una exhalación que fue medio risa, medio ganas de llorar.

—No tiene gracia.

—¡Ya lo creo que la tiene, cariño! —Bones se llevó una mano a las costillas como si le doliera la ofensa—. El Derecho ya es una tragedia. Yo solo le pongo banda sonora.

Hizo un gesto hacia la puerta, como si fuera un acomodador de cine.

—Pero basta de *show*. Esta vez no venís a una entrevista —La voz le bajó un grado, y por primera vez el humor se afiló—. Venís a una

renuncia.

La palabra se quedó en el aire como un contrato sin papel.

Lola sintió el zumbido subir un poco, más fuerte. Andrea apretó la mandíbula.

Bones continuó, sin amenaza, pero con la verdad cortante de quien ha visto demasiados «sí» que luego se convierten en «no».

—Si entráis, el mundo humano os seguirá viendo… —sonrió, como si la frase fuera bonita— …pero ya no os encontrará.

Andrea lo miró fijo.

—¿Qué significa eso?

Bones alzó una falange, docente.

—Significa que seguirás yendo a comprar el pan; cruzándote con gente. Seguirás viendo semáforos y escuchando a tu jefe decir gilipolleces. Pero tu eje… —se dio un golpecito en el esternón inexistente— tu eje ya no estará allí. Y cuando tu eje se va… todo lo demás es un simple decorado.

Lola tragó saliva. Por un segundo vio la cara de su padre. El desprecio. La frase sobre su madre. El «*mira dónde acabó*».

Bones cambió el tono de golpe, volviendo a la ironía, porque el drama sostenido era territorio de Samuel, no suyo.

—Venga, micro-ritual. Nada de romanticismo. Ni de velas. Aquí somos burocráticos —Sacó de *quién-sabe-dónde* un trocito de papel y un lápiz—. Escribid la hora exacta.

Lola miró el papel como si quemara.

—¿Para qué?

—Para que quede constancia de vuestra mala idea —respondió Bones—. Y porque la noche necesita fechas. Porque es muy de archivo, la puñetera.

Andrea miró el móvil por reflejo. Bones le dio un manotazo al aire, casi paternal.

—Apagado. Nada de pantallitas. Esto no es un concierto —Luego señaló una pequeña caja metálica sobre un pedestal de piedra—. Ahí dentro, vuestros móviles. Si queréis volver a ser humanos del todo, os los devuelvo mañana. Si no… bueno. Tendréis cosas más interesantes que revisar que *Instagram*. Aunque, bueno, igual sí

podéis seguir viéndolo... total, la vida es muy aburrida sin gente dando el coñazo a las tres de la mañana, ¿no os parece?

Lola escribió la hora con mano firme a la segunda. Andrea lo hizo con letra de abogado: clara, agresiva, como si estuviera firmando una demanda contra el universo.

Bones les pidió una moneda. Lola sacó un euro del bolsillo. Andrea diez céntimos. Dos círculos pequeños de metal en una noche que olía a hierro. Bones las puso sobre el papel, como si pesara su decisión. Pero, antes de continuar, no podía resistirse a mirar a Andrea con su esquelética dentadura impecable. Tanto, que Lola sintió un escalofrío en la espalda, por lo siniestro de la situación.

—Sabía que eras estirado, Andrea, pero que una dama saque una moneda de un euro estando en paro, y tú de diez céntimos ganando lo que ganas en Jerez… ¡Qué gordas tienes las pelotas!

Luego, sin teatralidad, sacó un mechero.

—Pero en fin, no tenías que ser perfecto. A lo que iba, que me disperso. Esto es lo más romántico que vais a tener conmigo —Y acto seguido, prendió el papel.

La llama lo devoró rápido. El humo subió en una espiral breve, y Lola sintió un latigazo en las sienes, como si algo, allá dentro, hubiera *anotado* su nombre.

Bones cerró la caja de los móviles. El *click* sonó como un cerrojo.

—Listo —dijo—. Ahora sí. Si os arrepentís, recordad lo de hacerlo con elegancia. Pero me temo que ya es tarde para elegante. Esto va a ser… —miró a Andrea, luego a Lola— …memorable.

Se giró hacia la puerta claveteada y la empujó.

No chirrió. Sino que cedió.

Como la otra vez, pero ahora con un matiz diferente: no era «pasad». Era «entrad».

Lola cruzó primero. Andrea un segundo después. Y el exterior… se apagó.

No metafóricamente. Sino literalmente.

Como si alguien hubiera bajado un interruptor gigantesco en el cielo.

El ruido de la ciudad se cortó. El aire cambió de textura. El zumbido se apagó de golpe, dejando un vacío limpio que daba

miedo precisamente por lo perfecto.

La puerta se cerró sola detrás de ellos, sin golpe, sin drama. Un cierre suave. Un sello.

Bones se giró lentamente, los miró con sus cuencas brillando de diversión macabra, y susurró como quien firma un acta.

—Muy bien. Ya sois… jurídica y mágicamente problemáticos.

Y la antorcha azul, en el pasillo, respiró una vez más.

11
Un tour muy particular

Bones caminaba delante con la alegría obscena de quien está enseñando su casa y, a la vez, su cementerio. Sus *Manolos* sonaban limpios sobre la piedra —*toc*, *toc*— como si el lugar se empeñara en conservar la elegancia incluso cuando todo lo demás olía a sótano antiguo.

—Muy bien, novatillos —anunció, girándose hacia ellos con las cuencas brillantes—. Ahora viene la parte más divertida: el *tour* nocturno. Si no os marea la realidad, lo hará la burocracia. Y si no os mata ninguna… ya os matará el café. Total, la vida está sobrevalorada. Si no, que me lo digan a mí.

Lola y Andrea lo siguieron por un corredor que no encajaba con la estructura del interior del Monasterio, o al menos con lo que Lola había visto siendo más pequeña. No había coherencia arquitectónica. Ni lógica humana. El pasillo parecía el sueño húmedo de una mente perturbada: arcos que se alargaban más de la cuenta, paredes con inscripciones que cambiaban según las mirabas, antorchas azules que no quemaban pero proyectaban sombras como si las sombras estuvieran vivas y quisieran debatir con quien pasase por allí.

Cada vez que Lola respiraba, el aire le devolvía esa mezcla de tinta, cuero, hierro… y algo frío que no era temperatura. Sino presencia.

Andrea intentó mantener el gesto de «*esto es un edificio*», pero aquello se lo estaba poniendo difícil. A cada paso, el suelo parecía absorber no solo el sonido, sino un poquito de intención. Como si el lugar cobrara un peaje por caminar a quien entrase.

Bones abrió la primera puerta con un gesto teatral y pronunció una frase que parecía una broma… pero sonó a advertencia.

—Aquí empieza el derecho de verdad. El que no sale en las películas. Porque en las películas no hay realidad. Y eso es lo único irreal de las películas. Que la realidad supera a la ficción, vaya.

El aire cambió al cruzar. De golpe olía a metal, a cera vieja y a algo parecido a una tormenta guardada en una botella.

La sala que se presentó ante ellos era un caos organizado. Mesas largas cubiertas de instrumentos raros: pinzas de plata con dientes finísimos, bisturís que reflejaban la luz como si no pertenecieran al presente, lupas con cristales ahumados, morteros con restos de polvo negro, frascos etiquetados con una caligrafía que parecía escrita por alguien que odiaba a la humanidad. Mapas clavados en paneles con marcas rojas, negras y grises: puntos en ciudades, líneas entre pueblos, círculos que no tenían sentido… hasta que te dabas cuenta de que eran rutas.

Y encima de todo aquello, como una mala parodia de la seriedad, formularios sellados con cera gris. Ni roja, ni dorada. Gris. Como plomo derretido.

Bones inspiró con gusto.

—Aquí todo huele a culpa. Es el perfume oficial. ¿No lo oléis?

En una esquina, un grupo de figuras discutía en voz baja. No parecían policías. Ni abogados mortales que estábamos acostumbrados a ver. Sino más bien, parecían… otra cosa: gente que había visto demasiado y todavía seguía trabajando, con ojeras que no se curaban con sueño. Sus voces eran un murmullo constante, como cuando la lluvia cae sin que se la vea.

—Ulises Beaumont…

—…la llave…

—…la runa…

—…el muelle…

Lola sintió un latido seco en la sien. Uno. Luego otro, más suave. No era miedo. Era como si su cuerpo estuviera respondiendo a aquel nombre, como un perro que reconoce un silbido sin saber por qué. Se le erizó la piel de los antebrazos y tragó saliva.

—¿Has oído…? —susurró, sin mirarlo del todo.

Andrea lo oyó, sí. Pero a él le produjo rabia, no intuición. Rabia de abogado que quiere entender un caso y solo recibe sombras.

—He oído un nombre —respondió él, seco—. Algo de una runa…

Bones se inclinó hacia ellos como si estuviera contando un chisme delicioso.

—Ah, el caso Beaumont. Está de moda. Como las hombreras —Se enderezó—. Consejo: cuando un caso se pone de moda, significa que alguien va a morir. O dos. O los que hagan falta para que parezca estadística. No metáis el hocico donde no debéis. Esa es la regla número…

Hizo una pausa, reflexionando.

—Da igual el número. Es una regla. Y punto.

Lola abrió la boca para preguntar, pero entonces ocurrió algo que la dejó helada.

Uno de los grimorios sobre una mesa —un volumen grueso, sin título, con cierres metálicos— se abrió solo. No de forma sorpresiva. Sino con calma, muy despacio. Como si alguien pasara una página desde dentro. Mostró una en concreto, llena de signos apretados… y se cerró inmediatamente.

Nadie lo comentó. Nadie se giró. Nadie pareció verlo.

Pero Lola sí lo vio.

Y lo peor fue que sintió, por un segundo, que aquel libro la había mirado a ella. Como si le hubiera tomado la medida.

Bones chasqueó los dedos frente a su cara.

—No te preocupes. A veces los libros bostezan. Es su forma de decir: «*hola, nueva carne*». O a veces hacen aspavientos con las manos, como una escritora panoli que hace directos en Instagram. ¿Cómo decía…? ¡Ah, sí! —Carraspeó y alzó las manos comenzando a moverlas a modo de saludo— ¡Buenas tardeeeees!

Andrea lo miró con furia.

—Céntrate, ridículo. Eso no es normal.

Bones se encogió de hombros, elegante.

—Voy a pasar por alto que me has llamado ridículo. Al menos, de momento. Por supuesto que no es normal. Por eso estamos aquí,

cariño. Ahora continuemos con el tour, antes de que causemos algún tipo de molestia por aquí.

Acto seguido, los sacó de allí con el mismo entusiasmo con el que un guía turístico te arranca de una sala donde hay un cuadro que te está mirando demasiado.

La siguiente sala era peor… por familiar.

Lola sintió un golpe en el estómago ver un mostrador con ventanillas, como en cualquier oficina pública. Solo que aquí las ventanillas eran de cristal oscuro y detrás se movían sombras. Con voz.

Había pilas de contratos: pergaminos, papeles, cuadernos, hojas sueltas. Y, mezclado con todo, sangre seca en forma de huellas dactilares, como si firmar no fuera una formalidad, sino un pacto.

Bones se paseó entre los expedientes como quien visita un zoológico.

—Aquí es donde la magia descubre que también existe el derecho laboral. Y llora.

Se detuvo junto a un documento y lo levantó con delicadeza.

—Contrato de familiar —leyó—. Cláusula primera: «el familiar no devorará al jefe durante el horario laboral». Cláusula segunda: «si lo devora fuera del horario, se considera asunto personal». —Miró a Andrea—. ¿Ves? Flexibilidad. Modernidad. Conciliación.

Andrea parpadeó, incrédulo, y su cerebro intentó agarrarse a lo único que comprendía: el texto legal.

—¿Eso… es un contrato?

—¡Claro! —Bones se mostró orgulloso—. Lo maravilloso es que incluso el horror necesita letra pequeña.

En una mesa cercana, una mujer discutía con un escribiente sobre un accidente laboral. Lola escuchó de pasada:

—…un hechizo de levitación en una bodega…

—…se cayó el techo…

—…turno nocturno obligatorio…

—…cláusula de sangre no autorizada…

Otra vez el nombre de Beaumont le rozó por dentro como una aguja. No era literal; sino que era sensación. Como si el caso estuviera filtrándose por las paredes y Lola fuera porosa.

Bones señaló un archivador enorme.

—Ahí está la sección de «jefes que pagan en promesas». —Suspiró dramático—. *Spoiler*: las promesas no sirven para pagar multas. Ni almas. Ni nada.

La tercera parada era un pasillo interminable. Un corredor de sellos. Un laberinto burocrático donde el sonido dominante no era la voz, sino el clac de la cera estampándose y el arrastre de expedientes que se movían solos, como si tuvieran prisa.

Había ventanillas a ambos lados. Detrás de los cristales, sombras. No cuerpos. Sombras con manos. Manos que aparecían para recoger un documento y desaparecían sin darte las gracias. La fila no era de personas: era de silencios.

Bones levantó ambos brazos como si estuviera presentando el gran espectáculo.

—Si creíais que lo peor del mundo humano era la burocracia… os presento la nuestra: la misma mierda, pero inmortal y con ganas de venganza.

Lola miró hacia una mesa donde un expediente se deslizaba solo, centímetro a centímetro, hasta caer justo en una bandeja marcada con un símbolo. No había viento. No había cables. Solo obediencia.

Andrea, que había pasado su vida odiando papeles, sintió una mezcla absurda de respeto y miedo.

—¿Quién… firma esto? —preguntó.

Bones ladeó el cráneo, encantado de la ingenuidad.

—Nadie. Y todos. —Se inclinó hacia él—. Aquí la Administración no es un organismo. Es un estado mental.

Más adelante, un cartel colgaba torcido: «*RECLAMACIONES*».

Debajo, en letra pequeña: «*NO INSISTA*».

Bones lo señaló con orgullo.

—Mi parte favorita. Te quejas, te escuchan, te ignoran. Exactamente como en el contencioso-administrativo de cualquier ciudad. Nostalgia pura.

Lola se llevó una mano a la sien. El latido volvía. Y los murmullos, siempre de fondo, como el mar cuando no lo ves.

—…Beaumont…

—…no queda rastro…

—…la llave…

Era como si el caso se hubiera convertido en un hilo, y su mente lo estuviera siguiendo sin que ella pudiera evitarlo.

La última sala parecía, por un segundo, casi normal. Una mesa. Sillas. Un ambiente «*de mediación*». Hasta que Lola vio el objeto sobre la mesa.

Era una caja pequeña. Antigua. Hermosa. Con filigranas. Y estaba… temblando.

—Un ejemplo —anunció Bones con alegría—: una herencia de un objeto encantado que no quiere ser heredado.

La caja vibró, como si estuviera indignada.

—No quiero ir con él —susurró una voz muy bajita desde dentro. Una voz… siniestra.

Lola abrió la boca.

—¿Acaba de… hablar?

Bones asintió como si fuera lo más normal.

—Claro. Tiene derecho a opinar. Puede que sea una cosa, o propiedad incluso, pero no es tonta. Y además, tiene carácter. Como mi suegra, o la que era mi suegra, pobrecita mía —Se giró hacia Andrea—. ¿Ves? El Código Civil, pero con objetos que te odian activamente.

Andrea se pasó una mano por la cara.

—No tengo suficiente café para aguantar esto.

Bones siguió andando, señalando una puerta con un cartel que decía «*DIVORCIOS*».

—Aquí el amor se acaba. Las maldiciones no.

Y añadió, con un tono solemne de notario.

—Divorcio de dos brujas que comparten un familiar. Custodia alterna. Semanas pares para el búho, semanas impares para el cuervo. Si lo incumplen, el familiar se deprime y empieza a comerse lo que le pongan por delante. Un drama peor que una novela romántica pastelosa.

Lola soltó una risita nerviosa que se le rompió en la garganta. Andrea, por primera vez, sonrió de verdad… pero fue una sonrisa

amarga, la de quien está aceptando lo imposible porque al menos tiene reglas.

Bones se detuvo en mitad del pasillo, de forma repentina, como si hubiera recordado algo importante.

—Ah, sí. Y luego tenemos esto… —hizo un gesto vago hacia el techo, hacia las paredes, hacia el aire— todo esto existe por encima de lo que se ve. Lo que manda de verdad está… arriba. O detrás. O dentro. Depende del día. O de la vida sexual de quien esté gobernando en ese momento. Es todo tan relativo…

La última frase la soltó con una ironía que las paredes vibraron, como si se rieran ante las burlas y bromas de aquel esqueleto inquietante.

Lola frunció el ceño.

—¿Qué manda?

Bones sonrió.

—La Corte de las Sombras.

Andrea se tensó.

—¿La Corte?

Bones se encogió de hombros con elegancia.

—Vosotros tenéis Juzgados… —Hizo una pausa y se tocó el mentón—. ¡Ay, no! Perdonen la ofensa mis queridos juristas. Antes se llamaban Juzgados, ahora… se llaman Tribunales de Instancia. Qué puta manía tienen los gobernantes mortales de vender una reforma para agilizar y arreglar los asuntos, y luego la realidad es que hacen el efecto contrario. Normal que sean una mancha de incompetentes. Todo sabe mejor cuando hay magia de por medio.

Lola apretó los labios.

«*Lo puede decir más alto, pero no más claro*», pensó.

—Pero a lo que iba. Siete Magistrados, aburridísimos, peligrosísimos y con un sentido del humor que brilla por su ausencia —Pausa—. Ya os hablaré de ellos cuando toque. Ahora mismo no, porque no quiero estropearos la noche con una charla de protocolo. Además, si digo sus nombres en voz alta, me pondrán una multa por hablar de ellos en vano. Y estoy muerto, pero no soy rico. ¿No me veis? Estoy más seco que un botellín al sol en la playa de Valdelagrana… y yo ni sudo, imagínate.

Y entonces llegaron a una puerta. No una puerta cualquiera. Estaba cerrada con un sello que no era cera. Era algo oscuro, casi líquido, que brillaba con una luz mínima, como si respirara. Había símbolos tallados alrededor, más antiguos que el propio Monasterio, y el aire allí olía distinto: a tinta y hierro, sí… pero también a algo que a Lola le hizo apretar el estómago.

Bones se detuvo. La pose que adoptó, fue de un máximo respeto.

Y por primera vez desde que lo conocían, se calló. Ni una broma. Ni un comentario. Ni una reverencia. Solo silencio.

Lola miró el sello. Sintió un latido fuerte en las sienes. Otro. Y otro. Su respiración se volvió más lenta, como si el cuerpo supiera que estaba delante de algo que no podía tocarse.

Andrea lo observó con la frialdad del abogado y el miedo del hermano.

Bones habló al fin, y su voz ya no era circo. Era una línea.

—Aquí dentro hay que tener el máximo respeto. Nunca se entra sin que, quien cruce este umbral, sea llamado.

Lola tragó saliva.

—¿Qué hay ahí?

Bones la miró con sus cuencas vacías, y en esa ausencia de ojos hubo más seriedad que en cualquier mirada humana.

—El *Códex*. Lo que realmente sostiene este mundo. Humano y arcano. Es como el libro de las leyes jurídicas de la magia. Vosotros tenéis papel barato que se interpretan por ignorantes que juegan a ser juristas. Para nosotros, la letra es sagrada. Y la Ley no la dictamos nosotros… sino *él*.

El silencio se tensó.

Y entonces, al otro lado de la puerta, un susurro suave se deslizó como una uña por la madera.

No fue una frase completa.

Fue un nombre.

—Lola…

La joven se quedó helada, con el corazón golpeándole el pecho como si quisiera salirse.

Andrea giró la cabeza hacia ella, incrédulo.

Bones no se movió.

Solo alzó una falange, pidiendo silencio.

Y por primera vez, en lugar de reírse, susurró como si aquello fuera una sentencia.

—Ya os dije una vez… que la noche escucha.

12
Protocolo Niebla

El amanecer en Cádiz no tenía nada de poético. Era una luz blanquecina, de hospital, de esas que no acarician: delatan. El cielo estaba lavado como una sábana vieja y el aire olía a desinfectante incluso antes de entrar, como si el edificio exhalara su propia versión de la limpieza. David Santos aparcó a un costado, en una zona donde la gente aparcaba deprisa y se iba deprisa, con la misma prisa con la que se huye de los sitios donde la muerte tiene horario.

Apagó el motor y el silencio cayó dentro del coche con peso. No encendió la radio. No quería voces humanas. No quería música. Había noches —y aquella madrugada había sido una de ellas— en que el sonido te parece un lujo y una mentira. Se quedó un segundo con las manos sobre el volante, mirando el parabrisas empañado por el contraste de temperatura, y tuvo una certeza absurda: sentía una condena en el asiento de atrás.

No había nadie.

Pero eso no cambiaba nada.

La condena no era un cuerpo. Era una orden. Era un protocolo con nombre de niebla. Era el tipo de cosa que se te sienta encima, aunque no la veas, y te obliga a conducir recto y respirar poco.

Salió del coche y el frío le mordió las orejas. Un frío metálico, clínico, sin humedad de mar. El aparcamiento olía a goma, a café rancio y a lejía. David se ajustó la chaqueta como si pudiera abrocharse también el corazón. Miró el edificio: un bloque funcional, sin alma, con cristales que reflejaban una ciudad que aún no había terminado de despertarse. En la puerta automática, una placa discreta y un guardia somnoliento. Todo normal.

Lo normal era lo que más le daba asco.

Entró.

El vestíbulo lo recibió con ese calor artificial de interior que no reconforta: preserva. El suelo brillaba demasiado. Las paredes eran demasiado blancas. El aire tenía el olor exacto de lo que no debe oler a nada. David caminó hacia el mostrador sin prisa, con el gesto neutro de alguien que sabe cómo comportarse ante cámaras.

Porque había cámaras.

No las miró directamente, pero las sintió. Las esquinas. Los techos. Los pequeños ojos negros disimulados como si la discreción fuera una virtud. David llevaba tantos años en uniforme y en sombra que ya no necesitaba verlas para saber dónde estaban. Su cuerpo las ubicaba como un animal ubica salidas. El procedimiento humano también era un depredador: solo que mordía con papeles.

—Buenos días —dijo la administrativa sin levantar demasiado la mirada, la voz cansada de quien repite saludos como estampillas.

David enseñó credenciales. Movimientos limpios. Mano firme. Identificación. Firma. Un gesto que, hace años, habría significado «*autoridad*». Ahora significaba «*permiso para ensuciarse las manos*».

La mujer se acercó a una de las baldas que tenía detrás, cogió un pase, y se lo deslizó por el mármol.

—Primera puerta, luego a la izquierda.

—No —cortó David, suave—. Sé dónde es.

Mentira piadosa. La verdad era otra: sabía dónde estaban los ojos. Sabía dónde estaban las puertas. Sabía dónde no debía detenerse. Y sabía —por experiencia, por puro instinto— que los lugares donde se abre un cuerpo son también lugares donde se abre la realidad.

Atravesó el pasillo.

Puertas automáticas que se abrían con un susurro seco. Luz blanca que se repetía en módulos, siempre igual, como si el edificio quisiera borrar toda personalidad de sus visitantes. Carros metálicos aparcados junto a paredes, guantes en dispensadores, carteles de «*uso obligatorio*» que parecían mandamientos. David caminaba y la suela de sus zapatos sonaba demasiado, amplificada por la limpieza. Cada paso decía: *estás aquí. Estás aquí. Estás aquí*.

Y entonces, sin aviso, la llamada se le metió en la cabeza como un *tinnitus*.

Protocolo Niebla.

No fue un recuerdo lineal. Fue un eco. Palabras sueltas que regresaban sin pedir permiso, clavándose donde más dolía.

La carne es un archivo.

Una frase fría, pronunciada con la tranquilidad de quien no ha tocado un cadáver en su vida… o de quien ha tocado demasiados.

La llave abre historia.

David apretó la mandíbula hasta sentir el pinchazo en la sien. Siguió andando. No se permitió frenar. En los edificios como aquel, frenar era llamar la atención.

Llegó a una puerta con señalética discreta. Más blanca. Más «aséptica». Una puerta que separaba lo que huele a café de lo que huele a muerte.

Justo antes de cruzarla, lo sintió.

Un cosquilleo detrás de los dientes. Sutil, desagradable, como si mordiera aluminio. Y, pegado al aire, un olor a hierro que no venía de bisturíes ni de sangre reciente. Era un hierro antiguo, casi eléctrico, un rastro que le rozó la lengua y le dejó ese sabor metálico que no se olvida.

El caso lo había contaminado todo.

El edificio seguía siendo humano: cámaras, protocolos, firma, cadena de custodia. Pero algo, en el borde invisible, ya estaba pisándolo. Como una bota sobre papel mojado.

David respiró hondo. El aire le supo a cloro y a amenaza.

Aquí manda el procedimiento humano… pensó, mirando la puerta como si fuera un umbral distinto al del Monasterio.

…hasta que la Corte decide que ya no.

Empujó.

Y entró en la zona fría con la sensación de que no estaba caminando hacia un cadáver, sino hacia una versión de sí mismo que ya no podía fingir que no existía.

La zona fría tenía un sonido propio: el zumbido constante de los fluorescentes, el soplo de una máquina que no descansaba, el *clac* ocasional de metal contra metal. Un sitio pensado para que la vida

no dejara huella. Y, aun así, allí dentro siempre olía a lo mismo: a desinfectante intentando borrar lo imborrable, a látex, a acero… y, por debajo, a ese fondo inevitable que nadie nombra.

David avanzó por el pasillo con el pase colgando del cuello como una mentira elegante. Al fondo, detrás de una puerta batiente, se oía agua correr y voces bajas. Una camilla pasó empujada por dos auxiliares con cara de sueño. Nadie miró a David más de la cuenta. Eso era lo que hacía el sistema humano: asumir, archivarlo todo, seguir.

Empujó la puerta.

La sala de autopsias era blanca y gris, con ese brillo aséptico que no tiene nada de limpio: tiene de borrado. Sobre una mesa de acero, tapado con una sábana, yacía el peso del caso. No se veía el rostro, pero David sintió la presencia como quien siente una pistola cargada en la misma habitación.

Junto a una mesa auxiliar llena de bandejas, tubos y formularios, estaba el forense.

Manolito —para los amigos de la policía que aún se permitían usar diminutivos— era de esos hombres que no necesitaban dramatizar nada: la muerte lo había vuelto práctico. Tenía los ojos rojos de cansancio, barba de horas sin afeitar y una bata manchada de lo inevitable. No parecía asustado. Parecía irritado. Como si el cuerpo que tenía delante le hubiera insultado a la ciencia.

Se giró al oír a David entrar. Sus ojos lo midieron con rapidez. Luego miró el pase y soltó un bufido.

—Santos —dijo, sin saludo—. Has venido temprano.

David se detuvo a la distancia exacta que se mantiene delante de un cadáver cuando no quieres parecer impresionable.

—Buenos días, Manolito —Lo miró con el gesto neutro habitual en él—. Vengo por el caso del muelle.

El forense dejó el instrumento que tenía en la mano —una pinza fina— y se secó los dedos con papel, como si la conversación ya le diera asco. Se notaba que llevaba horas ahí dentro. Y que esas horas no habían sido normales.

—Ya lo sé —respondió, y la voz le salió ronca de café y desvelo—. Llevo toda la mañana con él. Con *esto*.

No dijo «*cadáver*». No dijo «*cuerpo*». Dijo «esto» como se dice «*problema*».

David guardó la placa y adoptó la máscara correcta: tono neutro, postura firme, ojos tranquilos.

—¿Qué tenemos?

Manuel soltó una risa breve que no tenía humor.

—Lo que tengo es un informe que no me va a dejar dormir en una semana —Se giró hacia la mesa y levantó un borde de la sábana, lo justo para descubrir la mano derecha.

La mano tenía el contorno marcado a fuego. La silueta de una llave. Incluso bajo luz blanca, la marca parecía fuera de lugar, como si no perteneciera a piel humana sino a una prueba de laboratorio. David no dijo nada. Lo miró con los ojos de policía y la nuca de alguien que sabe más.

Manuel bajó la sábana otra vez, con cuidado profesional.

—Venas violetas —enumeró, seco—. No es hipoxia convencional. No es reacción alérgica. No es intoxicación que yo conozca. He visto cuerpos morados por asfixia, por drogas, por frío… esto no es nada de eso. Esto es como… —buscó la palabra y se quedó con ella en la lengua— como tinta metida bajo la piel.

David notó el cosquilleo detrás de los dientes otra vez, suave, desagradable. Ese sabor a hierro que no venía del bisturí.

—¿Algo en el informe de tóxicos? —preguntó, sin levantar el tono.

—Nada que cuadre —Manuel negó con la cabeza—. Hematomas raros, microlesiones internas que no corresponden con golpes externos… y estas marcas.

Se acercó a una bandeja donde había fotografías impresas y una hoja con anotaciones. Señaló con el bolígrafo una ampliación: pequeños símbolos en los bordes de una incisión, casi invisibles a simple vista. Parecían grabados. No cortes. Grabados.

—Mira esto —dijo—. Esto no es una cuchillada de pelea. Esto… —apretó la mandíbula— esto parece hecho para dejar forma a propósito. Como si alguien hubiera querido escribir en su cuerpo.

David se obligó a mantener la cara quieta. Por dentro, una parte de él ya estaba de pie en otro lugar: en la noche del muelle, en el círculo de hollín y sangre, en el olor a ozono quemado.

—¿Causa de la muerte? —preguntó.

Manuel lo miró un segundo largo, y ahí apareció lo más humano del forense: la frustración de quien necesita certezas, o una explicación a todo lo que se le pusiera por delante.

—Asfixia, sí… pero no me preguntes «*cómo*». No hay estrangulamiento convencional. No hay marcas compatibles con manos, ni con cuerda, ni con una ligadura típica. Hay agua en vías respiratorias, pero… —bajó la voz, como si temiera que las paredes lo oyeran— …no encaja con una inmersión normal. Es como si el agua… hubiera entrado sin que el cuerpo hubiera caído al agua.

David sintió un tirón en la nuca. Era exactamente la clase de frase que el protocolo humano no sabe sostener.

Manuel se frotó la cara con ambas manos, agotado.

—Y el círculo del suelo que describen los agentes… —miró las fotos—. Lo de las velas. La cera gris. Santos, yo he visto sectas, he visto locos, he visto rituales de estos de internet, ya sabes… pero esto… —soltó aire— esto tiene una sensación. Esto es otra cosa.

David alzó apenas la mirada.

—¿Qué es lo que crees?

Manuel dudó. Se notaba que escoger palabras era un acto de supervivencia. Si lo nombraba mal, sonaba a loco. Si lo callaba, le explotaba en el pecho.

—De… ritual —dijo al fin, y lo escupió como si le diera vergüenza —. De que alguien siguió un patrón. No una pelea que se fue de las manos. Esto está… compuesto. Como si tuviera una especie de liturgia.

David no reaccionó. No podía. Él tenía que ser el hombre del procedimiento, el enlace sin nombre, la cara normal que entra en un sitio normal. Escuchó con atención. Registró cada palabra, pero no confirmó ni negó. Manuel estaba rozando el borde.

Y en el borde, la gente se cae… o aprende a callarse.

—Entiendo —dijo David, y su voz no delató nada—. Necesito que me pases lo que tengas por escrito. Fotos, preliminar, muestras. Todo lo que pueda entrar en el atestado.

Manuel soltó una risa amarga.

—¿En el atestado? —repitió—. ¿Y qué pongo? ¿«*Se sospecha que el asesino escribió poesía en el cadáver*»? ¿«*El agua apareció de la nada*»? ¿«*La piel se tiñó como si alguien la hubiera dibujado*»?

David sostuvo su mirada sin pestañear.

—Pon lo que puedas demostrar.

Manuel lo miró con un cansancio viejo, como si adivinara que David estaba pidiéndole una versión que no le rompiera el mundo.

—Claro —murmuró—. La verdad medible. La verdad cómoda.

David sintió el peso de esa frase como un golpe seco. No respondió. Porque si respondía, se traicionaba.

En lugar de eso, se limitó a observar al forense como se observa a un testigo que aún no sabe que lo es: competente, irritado, al borde del abismo… y todavía agarrado a la ciencia con las uñas.

David estaba en dos mundos. Manuel solo en uno. Pero ese uno empezaba a resquebrajarse.

Y David, con su máscara bien colocada, empezó a medir cuánto faltaba para que la grieta se abriera del todo.

No se movió del sitio cuando Manuel terminó la última frase. Dejó que el silencio la masticara. En la mesa de acero, bajo la sábana, el cuerpo seguía siendo una presencia. Un expediente con peso. Un problema que olía a hierro.

—Te estás metiendo demasiada mierda en la cabeza —dijo el forense al final, más para convencerse a sí mismo que a David—. Eso es lo que pasa. Una escena rara, una noche rara, y ya ves símbolos donde hay… no sé… casualidades.

David sostuvo la mirada de Manuel con esa calma entrenada de los policías que han visto demasiadas escenas como para permitirse una reacción humana.

—Ojalá fueran casualidades.

Manuel soltó una risa seca, sin gracia.

—¿Sabes qué es lo que me jode? Que llevo años intentando que la gente entienda que la muerte también es método. Y luego llega un caso como este y me deja como un imbécil. Porque esto… —hizo un gesto vago hacia la sala— esto no encaja en ninguna carpeta.

David dejó pasar un segundo más. Luego hizo algo que, en cualquier otra mañana, habría sido normal. Precisamente por eso era

perfecto.

—¿Te invito a un café? —preguntó.

Manuel lo miró como si la palabra «café» fuera un insulto en una sala de autopsias.

—¿Café? —repitió—. ¿Ahora?

David alzó los hombros.

—Coño, ni que te estuviera ofreciendo ir de putas en horas de trabajo. Y yo no tengo prisa por… —no dijo «ver al muerto». No lo nombró— por nada.

Manuel dudó. El orgullo del forense luchó contra el cansancio. Al final, ganó el cansancio.

—Vale —gruñó—. Cinco minutos. Y vuelvo. Que luego vienen los de arriba y me piden «*celeridad*» como si esto fuera hacer churros.

David asintió. Hizo un gesto con la barbilla hacia la puerta.

—Por aquí, estaban recargando la máquina cuando he llegado.

Salieron de la sala blanca y entraron en el pasillo donde el sonido cambiaba: menos zumbido de máquinas, más ecos de pasos, más respiración contenida. La luz seguía siendo fría, pero ya no era quirófano: era tránsito. Un lugar donde la vida y la muerte se rozan sin hablar.

David caminaba un paso por detrás, justo donde podía ver sin parecer que miraba. Su cuerpo iba por delante de su cabeza. Tenía esa sensación de estar avanzando dentro de una película que alguien había escrito por él.

Y entonces lo notó.

Un movimiento periférico.

No un auxiliar con prisa. No un celador con sueño. Algo más… limpio. Demasiado coordinado. Silencioso. Dos figuras al fondo, empujando una camilla vacía —o que parecía vacía— con una precisión de fábrica. Uniformes neutros sobre unas túnicas que para David fueron inconfundibles. Sin identificaciones visibles. Sin conversación. Como si no necesitaran comunicarse porque ya se entendían.

David no giró la cabeza. No lo señaló. No preguntó.

Pero lo supo con un peso en el estómago que no era hambre: la Corte ya estaban aquí.

La zona de máquinas de café era un cubículo con una ventanilla que daba a un patio interior sin sol. La luz entraba como un reflejo enfermo: suficiente para ver, insuficiente para creer que era de día. La máquina expulsaba un olor dulzón, viejo, como si el café llevara años reciclando el mismo amargor.

Manuel apoyó la espalda en la pared y se frotó los ojos con dos dedos.

—Esto es un circo, Santos.

—Lo sé —dijo David—. Y una puta mierda si me apuras.

Metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y sacó un bolígrafo. Un BIC azul, de los que compras por cajas y pierdes por docenas. Mundano. Ridículo. Humano.

Lo dejó sobre una repisa junto a la máquina, con la naturalidad de quien lo olvida.

Manuel lo vio y ni siquiera le prestó atención. Estaba demasiado ocupado intentando volver a la lógica.

David pulsó el botón del café.

—¿Solo? —preguntó.

—Solo —Manuel resopló—. Ya bastante azúcar me da la vida.

David asintió. Y aun así, cuando el café cayó en el vasito de plástico, sacó dos sobres de azúcar del dispensador. Los dejó al lado. Como quien deja pruebas sobre una mesa sin decir que son pruebas.

—Toma —dijo, empujándole uno con el dedo—. Por si te cambia el humor.

—No me lo va a cambiar —gruñó Manuel, pero lo cogió igual.

David sostuvo el vasito en su mano y notó el calor contra la piel, breve, insignificante. Algo humano intentando hacer de ancla. Algo que no servía.

—Cuéntame exactamente lo que has visto —dijo David—. No lo que «*crees*». Lo que has visto.

Manuel bebió un sorbo, hizo una mueca.

—Qué malo está el café de esta máquina, coño.

—Como la mayoría de cosas útiles —respondió David, y la frase le salió con una sequedad que era más cansancio que humor.

Manuel soltó una risita breve.

—Útiles… sí… —repitió, y el eco de esa palabra pareció quedarse un segundo de más en el aire—. Útiles.

David lo miró de reojo. Fue mínimo, pero lo vio: Manuel había repetido una palabra que David no había usado con intención. O quizá sí. David apretó el vasito entre los dedos.

—Las venas —continuó Manuel—. Ya te lo he dicho. Violeta. Como si… como si alguien hubiera… pintado por dentro. Y las marcas… esas marcas no son cortes normales. Parecen… —buscó la palabra— grabados.

—Grabados —repitió David, como si quisiera fijarla.

Manuel asintió.

—Sí, eso. Grabados. Y lo de la asfixia… el agua… —se detuvo a mitad de frase, frunciendo el ceño—. Joder, cómo lo digo sin sonar…

David deslizó el bolígrafo BIC hacia Manuel, suave.

—Apúntalo —dijo—. Lo esencial. Luego lo ordenas. Que esa cabecita inquieta no para.

Manuel miró el bolígrafo como si fuera un trasto cualquiera.

—¿Aquí?

—En lo que sea. —David sacó del bolsillo una hoja doblada: un recibo viejo concretamente—. Aquí. Solo para que no se te mezcle.

Manuel lo cogió. Cogió el BIC. No había ceremonia. Era el gesto más común del mundo: escribir.

Y, sin embargo, cuando la punta del bolígrafo rozó el papel, el aire pareció hacer un clic invisible, como si se cerrara una compuerta.

Manuel empezó a escribir.

Al principio, fue algo normal. Rápido. Profesional.

Luego, sin darse cuenta, se detuvo.

—Es curioso —murmuró.

David no preguntó. Esperó. En su interior, algo se tensó como cuerda.

—Es curioso porque… —Manuel se rascó la mejilla— porque al final todo se puede explicar. Quiero decir… sí, vale, es raro, pero… —se rio, de pronto, una risa corta, fuera de lugar— esto parece… no sé… un santo de feria.

David se quedó quieto.

—¿Un qué?

Manuel asintió, como si acabara de encontrar una comparación brillante.

—Sí, hombre. Ya sabes. La gente que ve una mancha en la pared y dice «*es la Virgen*». Pues aquí igual. Venas violetas, y ya estamos todos pensando en… —hizo un gesto vago con la mano, ridículamente teatral— en maldiciones y esas tonterías.

David notó el sabor metálico subirle por la lengua. Trató de tragarlo.

—Antes no has dicho «*tonterías*» —observó, sin ataque, sin juicio. Solo midiendo.

Manuel lo miró, parpadeó, como si no entendiera por qué su propio discurso le estaba traicionando.

—Bueno… —se encogió de hombros— porque estoy cansado. Y porque, al final, será una reacción química. O agua salada. O… yo qué coño sé. Un caso raro. Pero humano. Tiene que ser humano.

David sostuvo el silencio con un peso que dolía. Vio al forense racionalizar como quien se pone una manta encima de la cabeza para no ver un incendio.

En la hoja, Manuel había escrito una frase incompleta. El trazo se veía ligeramente distinto al suyo, más blando, y menos preciso.

David sintió un pinchazo de culpa. No una culpa limpia. Una culpa sucia, viscosa, de esa que te mancha por dentro.

«*Estoy borrando a un hombre mientras le doy café*».

El sonido de una camilla rodando por el pasillo llegó hasta ellos. Ruedas de goma sobre suelo pulido. Un chirrido mínimo. Un *clac* de puerta frigorífica abriéndose. Luego el sonido del ascensor: un timbre apagado, una bajada pesada.

Pasos.

Demasiado coordinados.

Manuel levantó la cabeza un segundo, como si fuera a preguntar qué era eso. La pregunta se le formó en la boca… y se le murió antes de salir.

—En fin —dijo, de pronto, como quien cambia de tema—. ¿Tú te acuerdas de cuando éramos jóvenes y creíamos que todo tenía explicación?

David lo miró. La frase era absurda en ese contexto. Era un desvío. Un puente hacia la comodidad. Un síntoma.

—Sí —respondió, y su voz se oyó más áspera de lo que quería.

Un compañero del forense pasó por el pasillo, asomó la cabeza por la puerta del cubículo y dijo con total normalidad, sin notar lo raro de sus propias palabras.

—Manolo, ¿ya lo han recogido?

El forense ni se inmutó.

—¿El qué? —preguntó, distraído, como si estuviera hablando de una bandeja.

El compañero se encogió de hombros.

—El de anoche. El del muelle. Qué rápido van hoy, ¿no? —Y se fue, silbando algo, como si acabara de preguntar por una caja de guantes.

David sintió el vacío como un golpe.

No fue un sonido. Fue una ausencia. La sensación de archivo cerrado. De expediente que se retira de tus manos sin pedir permiso. El mismo frío que había sentido al cruzar ciertos umbrales.

Ulises Beaumont ya no estaba.

David no miró hacia la sala de autopsias. No hacía falta. Su cuerpo ya lo sabía, igual que también había sabido que el Monasterio lo reconocía. La Corte no necesitaba espectáculo; necesitaba eficacia.

Manuel, entretanto, se rio otra vez, de nada.

—Qué cosas, ¿eh? —dijo, dando otro sorbo—. Al final todo es trabajo. Tú con tus muertos, yo con los míos.

David sintió náusea. No por el café. Por el milagro burocrático que estaba presenciando: un hombre inteligente deslizándose hacia la tontería como si fuera una rampa.

El forense miró su hoja, el bolígrafo en la mano, y frunció el ceño.

—¿Qué estaba escribiendo? —preguntó, genuinamente confundido.

David sostuvo la mirada, y por dentro se le rompió algo pequeñito.

—Lo esencial —dijo—. Nada que te vaya a quitar el sueño.

Manuel sostuvo el papel como si fuera un mapa que acababa de perder sentido. Miró la tinta, luego miró a David, y en su cara pasó una sombra de duda tan breve que casi parecía un espasmo. Después, como si el cansancio le ganara la partida, se encogió de hombros y bebió otro sorbo del café malo.

—Joder, de verdad, lo he dicho antes, pero… qué mierda de café —dijo, y se rio, una risa corta, infantil—. Esto no te despierta, esto te castiga y te condena.

David no sonrió. Se quedó mirándolo con la calma de quien observa cómo un tren se descarrila en cámara lenta y no tiene derecho a tocar los frenos.

—En este sitio el café siempre sabe a penitencia —murmuró.

—Penitencia… —repitió Manuel, degustando la palabra como si le hiciera gracia—. Eso, eso. Mira, hablando de penitencias: ¿tú viste el partido de anoche? —preguntó de pronto, con un brillo absurdo en los ojos—. El Cádiz… madre mía. Parecía que estaban jugando con botas de plomo.

La frase cayó en la sala como un objeto fuera de lugar. Un forense, a metros de donde hace un rato estaba desmembrando la lógica, hablando de fútbol con entusiasmo doméstico.

David sintió una punzada de náusea que no venía del estómago, sino de la moral.

—No —respondió, seco—. No lo vi. Ya sabes que no soy de fútbol.

—Pues tendrías que haberlo visto —insistió Manuel—. Te juro que fue… —se quedó en el aire, buscando la palabra— fue… ¿cómo era? fue… —frunció el ceño—. Coño, se me ha ido.

David lo vio tropezar con la frase igual que alguien tropieza en una acera rota. Lo vio intentar agarrarse al hilo… y perderlo.

Manuel miró el papel otra vez, como si el papel fuera culpable de su vacío.

—Bueno, da igual. —Agitó la mano—. Total, al final todo es… —sonrió, como si acabara de descubrir una verdad profunda— todo es rutina. ¿No?

David no contestó.

Manuel se aclaró la garganta, y por un segundo su mirada se endureció, como si el borde de su mundo intentara volver a encajar.

—Aunque… —dijo, y bajó la voz casi por reflejo— lo de ese cuerpo… eso sí que no es rutina.

David sintió el cambio antes de que la frase terminara. La palabra «*cuerpo*» tenía filo. Tenía recuerdo.

Manuel intentó seguir.

—Porque lo de las venas… y lo de la… la… —se llevó el dedo a la sien, irritado— ¿cómo era? Lo de la marca… esa marca… la llave… y el agua… —la frase se le deshizo en la boca. Se quedó mirando a ningún sitio—. Joder.

David esperó. No lo empujó. No le dio cuerda. Sabía que el olvido funcionaba mejor cuando lo acompañabas con suavidad.

—Estás cansado, Manolo —dijo.

Manuel soltó aire, agradecido, como si esa frase le permitiera dejar de luchar contra su propia cabeza.

—Sí. Cansado. Eso es. —Se frotó la cara con la palma—. Y me estoy montando películas.

David inclinó apenas la cabeza.

—No merece la pena comerse la cabeza.

Manuel lo miró con un alivio casi doloroso, como si alguien acabara de darle permiso para no entender.

—Ya… —murmuró—. Ya. Y el informe… ¿qué pongo, entonces?

David sintió el peso exacto de esa pregunta. El momento donde el mundo humano pide una palabra para encajar lo que no puede contener.

—Ponlo como indeterminado —dijo.

No lo dijo como orden. Lo dijo como salida de emergencia. Como la puerta por la que todo el mundo huye para no ver el incendio.

Manuel asintió despacio.

—Indeterminado —repitió, y la palabra le cayó encima como un abrigo—. Sí. Indeterminado… suena bien. Suena… profesional — Sonrió, satisfecho consigo mismo—. Eso. Indeterminado. Y ya está.

David lo miró con el vasito en la mano, el café ya frío, y sintió que algo pequeño se le rompía por dentro otra vez. Algo que no hacía ruido, pero dejaba astilla.

«*¿Cómo he llegado a esto?*» pensó. «*Estoy fabricando normalidad*».

Manuel, ajeno al crimen que le estaban borrando de la boca, empezó a hablar de otra cosa. De una anécdota absurda de un cadáver que había llegado con un tatuaje ridículo. De un auxiliar que se desmayó una vez por ver una rata. De la vez que confundieron una bolsa de hielo con un órgano.

Palabras y palabras, como una sábana tirada encima de una mancha.

David escuchó con media cabeza. La otra media estaba en la sala fría, imaginando la mesa ya vacía, la sábana sin peso, el hueco en la cadena de custodia que nadie sabría nombrar.

Cuando Manuel terminó la última tontería, David dejó el vaso en la repisa, ya sin calor.

—Descansa —dijo, con la voz controlada.

Manuel le dio una palmada en el brazo, familiar.

—Eso haré. Y tú… tú intenta dormir, ¿eh? Que te veo con cara de… de… —se rio otra vez— de santo de feria.

David no respondió al chiste. Solo asintió, y el gesto pareció más un adiós que una despedida.

Salió del cubículo.

El pasillo lo recibió con su luz plana y su olor a lejía. Las cámaras seguían en las esquinas, los carteles seguían diciendo lo mismo, las puertas automáticas seguían abriéndose con su susurro impersonal. Todo sonaba humano otra vez: pasos, ruedas, un teléfono sonando a lo lejos, alguien tosiendo.

Pero David ya no lo sentía humano.

Lo sentía escenario.

Caminó hacia la salida con la espalda recta y la mente hundida. Y en cada tramo del pasillo le llegaba, intermitente, el rastro: un olor a ozono quemado y hierro que no pertenecía al hospital. Un perfume imposible que se colaba como una firma invisible.

Una firma de Corte.

Pensó en Lola. En esos ojos vivos que no deberían mirar donde miran. Pensó en Ana, boca arriba en su memoria y boca abajo en la foto que había dejado en casa. Pensó en Rafael Hidalgo, en su infancia compartida y en la puerta que el otro eligió: la puerta de los pactos, del dinero fácil, de la corrupción con traje.

Y entonces lo sintió con claridad amarga: no estaba caminando por un hospital.

Estaba caminando por una jaula.

Una jaula con luz blanca, con cámaras, con procedimientos… y con barrotes invisibles hechos de secretos.

David salió al vestíbulo, devolvió el pase, y cruzó la puerta automática. El aire de la calle le golpeó la cara como si fuera real.

Y por primera vez en horas, se permitió un pensamiento completo, sin filtro, sin placa, sin máscara: *No sé a quién estoy protegiendo ya*.

Tras él, en algún lugar que no miró, el cadáver de Ulises Beaumont dejaba de pertenecer al mundo humano.

Y David, mientras avanzaba bajo las cámaras, solo podía pensar en lo mismo, con un asco que no se le iba a quitar con ducha ni con sueño: *La niebla no mata. Solo borra.*

El móvil vibró cuando David ya tenía la mano en la manilla del coche.

No fue un zumbido cualquiera. Fue ese tipo de vibración seca que parece un golpe en la muñeca, como si el aparato supiera que no está llamando un humano, sino una jurisdicción.

«*Número oculto*».

David se quedó un segundo mirando la luz, quieto, con el aire de Cádiz pegado a la cara y el olor a desinfectante todavía dentro de la nariz. Sintió, sin querer, el mismo cosquilleo detrás de los dientes. El hierro. La tormenta sin lluvia.

Respondió sin saludo.

—Santos.

Del otro lado, silencio. Un silencio controlado. De esos que no dudan: miden.

La voz llegó al fin, sin género, sin edad, sin humanidad. Fría como una hoja de bisturí recién abierta. Igual que había llegado la noche anterior.

—Tenemos un problema.

David apoyó el antebrazo sobre el techo del coche, como si eso pudiera sujetarle el cuerpo por dentro. Su tono se mantuvo profesional, casi aburrido. La máscara.

—¿Qué problema?

La voz exhaló despacio, como quien se permite desprecio sin elevar el volumen.

—La Guardia Arcana ha reclutado dos activos nuevos.

Una pausa mínima. Un gesto invisible de disgusto.

—Uno es un estorbo.

David sintió el latido en la sien derecha. Uno. Como un sello.

—Dame los datos.

El silencio volvió. Y, como si el nombre fuera una colilla que se apaga en un cenicero, la voz lo soltó sin importancia:

—Andrea Volpi. Es un humano con ínfulas.

Pausa.

Como si el resto fuera basura administrativa.

David no reaccionó. Por fuera. Por dentro, sí: el apellido le hizo ruido, un eco de Jerez, de aquel abogado amargado que aún creía que la lógica era un refugio. Ya había tenido algún roce con él en los Juzgados. Un estorbo, había dicho. David apretó los dedos sobre el metal del coche.

—¿Y el otro? —preguntó, aunque una parte de él ya sabía que no quería oírlo.

La voz tardó un segundo más. Como si disfrutara del momento exacto en que la palabra se convierte en cuchillo.

—La segunda…

Silencio.

—…es Lola Hidalgo.

David se quedó sin aire.

No fue metafórico. No fue «se quedó helado» de literatura barata. Fue una falta real de oxígeno, como si la garganta se le hubiera cerrado por reflejo. La mano le tembló y el móvil se le resbaló un centímetro en la palma sudada. El mundo se estrechó: visión túnel, ruido blanco, el zumbido detrás de los dientes subiendo como un enjambre.

Una palabra intentó salirle. No le salió.

Solo un sonido, una exhalación rota.

Y, en su cabeza, dos preguntas le golpearon con la precisión de un disparo doble:

¿Cómo han dado con Lola?

¿Se van a atrever?

—No… —logró decir al fin, y el «no» le salió como una verdad física, como si fuera la única tabla que le quedaba.

La voz no se alteró. No discutió. No negoció.

—Sí.

David apretó los ojos un instante. Al abrirlos, el aparcamiento seguía ahí, la mañana seguía ahí, la vida seguía fingiendo.

—No voy a matar a una cría —escupió, y la rabia le salió por fin con dientes—. No voy a matar a una inocente por tu puta causa.

«*Y menos a Lola…*», pensó con amargura.

La voz dejó pasar un segundo. En ese segundo cabía toda la historia de la Corte: siglos de decisiones tomadas con la misma tranquilidad con la que un humano decide cambiar de canal.

—Esa chica es un peligro para todo lo que hemos construido.

David tragó saliva. La palabra «*construido*» le sonó a cementerio. A hormigón encima de algo vivo.

—¿Lo ha aprobado el *Códex*? —preguntó, y ahí se le escapó la grieta: no era una pregunta, era un intento desesperado de agarrarse a un límite.

La voz sonrió sin que se oyera una sonrisa. Y eso fue lo peor.

—El *Códex* es antiguo, Santos. Una reliquia tan antigua, que ya no sabe lo que dice.

Silencio.

—Se contradice. Se remienda. Se reza. Y cuando no conviene… se interpreta hasta romperlo. Como hacéis vosotros con vuestras leyes humanas, pero con más sangre. A diferencia de los humanos, a nosotros nos da igual mancharnos las manos.

David sintió asco. Un asco puro, frío, de vómito contenido.

—Entonces no es ley —dijo—. Es capricho.

—Es poder —corrigió la voz, suave—. Y el poder no necesita justificarse. Solo ejecutarse.

David apretó el móvil contra la oreja con tanta fuerza que se hizo daño.

—No —repitió—. No voy a hacerlo.

La voz no se aceleró. No se enfadó. Bajó aún más el tono, como si estuviera entrando en la parte íntima del chantaje. Como si estuviera abriendo un cajón con un objeto muy querido.

—¿Quieres verla?

David se quedó inmóvil.

El aire le raspó la garganta.

—¿Quieres saber dónde está Ana? Llevas veinte años buscándola…

El nombre no fue una palabra. Fue un gancho clavándose en carne vieja.

David notó que el mundo se le iba un paso hacia atrás. Como cuando te mareas en una escalera.

—No la metas en esto —susurró. Y en ese susurro se le cayó la máscara. Se le cayó el policía. Se le cayó el enlace. Quedó el hombre.

La voz no tuvo compasión. No la buscaba. No la entendía.

—Lola y su madre… son la misma cuerda. Y hay que cortar las cuerdas sueltas.

David sintió el estómago hundírsele.

La madre desaparecida. La palabra «*borrada*». La puerta que nadie mira. Todo encajando con un clic enfermizo.

—Una vida… —continuó la voz, lenta, casi didáctica— por una verdad.

David cerró los ojos.

Vio a Lola de niña. Vio a Ana sonriendo en una foto boca abajo. Vio a Rafael Hidalgo jugando con él en calles sin asfalto antes de convertirse en lo que era. Vio la Corte como una sombra enorme, sentada encima de todos, dictando sin levantar la voz.

Y comprendió, con una claridad devastadora, que aquello no era una orden de asesinato.

Era una prueba de obediencia absoluta.

—Tienes hasta la próxima luna llena —dijo la voz, impecable—. El siguiente Cónclave.

La llamada se cortó.

David se quedó mirando el móvil como si fuera un órgano arrancado. El aparcamiento seguía lleno de coches normales. La gente seguía entrando a trabajar. La vida seguía haciendo su teatro.

Pero David ya no estaba en ese mundo.

Se apoyó en el coche, respiró una vez, dos, como si pudiera decidir si seguía vivo o no. El sabor a hierro seguía en la boca.

Y, sin darse cuenta, murmuró al vacío, no como una promesa, sino como un juramento torcido:

—Si me obligáis a elegir… vais a conocer de verdad lo que es un problema.

Y por primera vez en años, David Santos tuvo miedo no de la Corte… sino de lo que podría llegar a hacer para no perderlo todo. Pero, sobre todo, para no perder a Lola.

13
El umbral prohibido

El pasillo terminaba en una calma que no era calma: era un borde. La última antorcha azul ardía sin quemar, clavando sombras afiladas en la piedra como cuchillos de teatro. Allí, al final de todo, la puerta esperaba.

No parecía una puerta. Parecía un decreto.

Era alta, de madera oscura casi negra, con clavos antiguos que no brillaban: absorbían la luz. El arco que la enmarcaba tenía grabados en la piedra, runas y marcas que no eran decoración, sino heridas viejas cicatrizadas a golpe de tiempo. Y en el centro, como una sentencia sellada, reposaba el símbolo.

Una mancha oscura, casi líquida, extendida sobre la madera con la exactitud de una firma. No goteaba, pero tampoco se secaba. No era tinta, pero olía a tinta vieja. Y bajo ese olor, más profundo, estaba el hierro: un hierro frío, de sangre lavada, de llaves antiguas, de tormenta que no ha caído aún.

Lola Hidalgo se había detenido en seco.

No fue decisión. Fue instinto.

Un tirón suave le nació en el estómago, como si una cuerda invisible se tensara desde dentro y la acercara un milímetro, solo un milímetro, lo suficiente para que el cuerpo entendiera que **eso** la llamaba. No con palabras. Con peso. Con una presión delicada detrás del ombligo que no era náusea ni miedo: era reconocimiento.

Andrea Volpi, a su lado, no sintió el tirón. Sintió otra cosa: el orden.

Sus ojos recorrieron el sello con la velocidad de un abogado que sabe que un símbolo no es un dibujo, sino una obligación. Clavo por clavo. Runa por runa. La forma del arco. La línea exacta donde el

sello se unía a la madera. Y pensó lo único que le quedaba para no rendirse a lo imposible.

«*Si hay sello, hay ley*».

Bones, que los guiaba, se plantó delante como si estuviera frente a una notaría… solo que, en vez de plumas y papeles, había dinamita enterrada bajo el suelo. Se inclinó con una solemnidad exagerada, de esas que se usan para anunciar tragedias… o para burlarse de ellas.

—Bueno —dijo, y su voz rebotó en la piedra con un eco seco—. Aquí estamos.

Se giró despacio, mirándolos con sus cuencas vacías iluminadas por el azul de la antorcha. El brillo le hacía parecer un actor de teatro maldito, un secretario que hubiera muerto hace siglos y siguiera trabajando porque la muerte, en ciertos despachos, tampoco es excusa.

—Antes de nada… —añadió, levantando una falange como quien da instrucciones de seguridad en un avión— si os desmayáis, por favor, caed hacia la derecha. A la izquierda están los formularios. Aunque no se vean.

Lola soltó una exhalación nerviosa que no llegó a risa. Andrea parpadeó, y el gesto le salió casi humano.

—¿Formularios de qué? —preguntó él, seco.

Bones lo miró con absoluta seriedad fingida.

—De todo lo que se nos ocurra —Pausa—. Tenemos varias copias. Triplicado. Con sello. Como a mí me gusta.

El humor cayó como una moneda en agua negra: apenas hizo ondas. El pasillo seguía pesando. Porque el silencio allí no era ausencia de sonido. Era **expectativa**.

La antorcha azul chisporroteó una sola vez, y el chisporroteo sonó como si el aire crujiera.

Lola tragó saliva. El tirón en el estómago volvió, suave, insistente. Y entonces lo vio.

No con los ojos. Con algo más torpe y antiguo: con una sensación en la piel.

El símbolo del sello.

La forma de sus líneas, la curva interna, el ángulo en el borde… le resultó familiar sin saber por qué. No era «*lo he visto antes*». Era peor: era «*esto ha estado conmigo*».

Le subió un escalofrío por la espalda, fino como una aguja.

—¿Lo… conoces? —murmuró Andrea, porque había visto el cambio en su cara.

Lola negó, demasiado rápido.

—No —Y luego, más bajo—. Pero me da la sensación de que… sí.

Bones dejó de moverse un instante. No demasiado, pero lo suficiente para que Lola lo notara. Como si él también hubiera escuchado esa frase en el aire, aunque Lola no la hubiera dicho en voz alta.

—No deberías sentir nada —comentó Bones con una ligereza sospechosa—. La mayoría de la gente solo siente ganas de salir corriendo o de vomitar. Tú estás… —se inclinó un poco hacia ella— demasiado tranquila para ser humana.

—No estoy tranquila —escupió Lola, con un hilo de rabia—. Me estoy conteniendo… conteniendo.

Bones asintió, como si esa respuesta le gustara.

Andrea volvió la mirada al sello. No podía negar que le provocaba algo. Un cosquilleo detrás de los dientes, un sabor metálico que no venía del aire, sino de la idea de estar allí. Era como morder una moneda antigua.

—¿Y esto qué es exactamente? —preguntó, intentando mantener el tono profesional, como si el profesionalismo pudiera domesticar el terror.

Bones ladeó el cráneo, y por primera vez en toda la noche, el chascarrillo pareció quedarse en el borde de su mandíbula sin salir.

—Ya te lo he dicho antes, idiota. ¡Presta atención! Esto… —dijo, más despacio— es lo que separa el derecho de la ley.

La antorcha azul proyectó la sombra de Bones sobre la puerta, y la sombra pareció demasiado grande, demasiado definida, como si no fuera solo su silueta, sino algo más pegado a él.

Lola dio un paso involuntario hacia el sello. No tocó. No se atrevió. Pero el aire alrededor del símbolo cambió de textura, como si la madera respirara.

Un susurro mínimo, no de voz, sino de roce, atravesó el pasillo como una corriente de aire donde no debía haber corriente.

Lola se quedó rígida.

Andrea tensó los hombros, instintivamente.

Bones sonrió, apenas.

—¿Lo veis? —susurró—. Ni siquiera hemos entrado… y ya está escuchando.

Y la puerta, bajo el sello oscuro, pareció inclinarse un milímetro hacia ellos. No se abrió.

Solo esperó.

Bones no sacó ninguna llave. Ni buscó cerradura. Ni hizo el teatro de «*abrir*». Frente a aquel sello, las herramientas humanas eran un chiste.

Se limitó a inclinarse, una reverencia pequeña, casi íntima, como si saludara a alguien viejo. Luego alzó una falange y tocó un punto exacto del símbolo, justo donde la curva se cerraba sobre sí misma. No presionó. No marcó fuerza. Solo… señaló.

Murmuró una palabra tan baja que Lola no supo si la oyó o la sintió.

Y el sello reaccionó.

No se rompió. No estalló. No hizo espectáculo. La mancha oscura empezó a retirarse con suavidad, como niebla obediente que vuelve a su sitio cuando la llaman. Se deslizó por la madera sin dejar rastro, sin prisa, como si siempre hubiera sabido que terminaría apartándose.

La puerta cedió. Sin chirrido ni queja.

Se abrió con la dignidad de quien permite.

Al cruzar, el zumbido detrás de los dientes se apagó de golpe. No se alivió: se cortó. El pasillo, la antorcha, el aire… quedaron fuera como si alguien bajara un telón. Dentro, el silencio era distinto: limpio, pesado, aislado. Un silencio que no pertenecía a la noche, sino a la Ley.

Bones pasó primero, y antes de que Lola y Andrea lo siguieran, susurró sin volverse, con una alegría contenida que no era humor.

—Ahora… cuidado con lo que preguntáis. A veces responde.

La puerta se cerró detrás de ellos con una suavidad que no tranquilizaba; sentenciaba. Y el aire cambió otra vez, como si hubieran dejado de respirar atmósfera para respirar archivo.

La Sala del Códex no era biblioteca, ni santuario, ni sala de trono. Era una cámara. Una cavidad de piedra viva donde la arquitectura no buscaba belleza: buscaba autoridad. No había antorchas. No había lámparas. La luz venía de las propias paredes, de las disposiciones inscritas en ellas: runas y artículos grabados con una precisión cruel, que emitían un brillo mínimo, como tinta recién mojada que nunca termina de secarse. Iluminaban lo justo para ver… y para sentir que no verías todo, aunque encendieras el sol.

Lola Hidalgo dio un paso… y se calló.

Andrea Volpi entró detrás… y también se calló.

No fue elección. Fue instinto. Como cuando entras en una iglesia vacía y el cuerpo recuerda, aunque la cabeza se burle. Allí dentro, hablar en voz alta parecía una falta de respeto, que conllevaba una multa invisible.

Las paredes estaban cubiertas de disposiciones, líneas y más líneas de símbolos que, si los mirabas demasiado, parecían desplazarse un milímetro. No se movían como una serpiente. Se movían como el ojo cuando está cansado: un temblor en el borde de la percepción. La mente intentaba fijarlas y ellas respondían con esa sutil insolencia de lo que no está hecho para ser controlado.

En el aire flotaban fragmentos de papel. No hojas normales: retazos, bordes arrancados, tiras de expediente eterno que giraban lentamente, sin viento, como si el tiempo allí tuviera corrientes propias. Algunos estaban escritos, otros parecían en blanco… hasta que cambiabas de ángulo y te dabas cuenta de que estaban llenos de letras diminutas, apretadas, como juramentos que nadie quiere leer dos veces.

En el suelo, un círculo de piedra marcaba el centro. No era decoración. Era una frontera. Tenía marcas alrededor —muescas, símbolos, hendiduras—, como si mil veces alguien hubiera pisado ese mismo sitio y la piedra se hubiera quedado con la memoria de las suelas, del peso, del miedo.

Lola sintió entonces como si el lugar la estuviera midiendo.

No la miraba con ojos. La pesaba con una sensación.

Una presión suave en las sienes, como dedos invisibles comprobando si su cráneo era digno de sostener cierta verdad. Una náusea brevísima, apenas un latigazo, como cuando te sube el hierro a la lengua. Y, por debajo, algo aún más inquietante: el eco de su nombre… sin sonido. No fue «*Lola*» dicho por una voz. Fue «*Lola*» como concepto clavándose en la piel, una identificación silenciosa.

Tragó saliva y no se atrevió a moverse demasiado rápido.

Andrea, en cambio, hizo lo único que sabía hacer cuando lo desconocido intentaba doblarle las rodillas: analizar. Miró arriba. Abajo. Las esquinas. La puerta por donde habían entrado. El círculo del suelo. Las paredes. Buscó salidas como quien busca artículos aplicables. Se agarró a la lógica con uñas mentales.

«*Si entiendo la estructura, no me hará daño*», parecía decirse.

Bones avanzó dos pasos, miró la cámara como quien entra a su despacho y decide que hoy toca teatro, y rompió el silencio con una alegría indecente.

—Bienvenidos a la única pared que te juzga sin mirarte a la cara. Andalucía: tradición.

La frase resonó y, durante un segundo, Lola juraría que las disposiciones brillaron apenas un tono más, como si el lugar hubiera entendido el chiste… y lo hubiera tolerado por pura antigüedad.

Un fragmento de papel flotante se desprendió del remolino lento y se deslizó hacia Lola. No rápido, no agresivo: con la curiosidad de algo que olfatea. Se quedó quieto frente a su rostro, a la altura de su nariz, inmóvil, como si la estuviera oliendo por dentro.

Lola contuvo la respiración.

Andrea lo vio de reojo. Duda pura. Ese tipo de duda que te parte la fe en dos: una mitad dice «*corriente*», la otra dice «*esto no puede*».

El papel permaneció un segundo más… y luego siguió su giro lento, como si ya hubiera tomado nota de ella.

Bones chasqueó la lengua, satisfecho.

—Ahí lo tenéis —susurró, bajando un punto el tono—. La Ley. No escrita para ser bonita. Escrita para quedarse. Vosotros lo conocéis como Dios, las santas escrituras, o lo que os salga de las narices. Así

de simples sois los mortales. Nosotros lo conocemos como «*El Códex*».

Bones se detuvo en el borde del círculo de piedra, como quien sabe exactamente dónde empieza la jurisdicción y dónde se te ocurre pisar y te cae una multa por existir. Miró alrededor con una solemnidad fingida, teatrera… y luego soltó la verdad como una bofetada elegante.

—*El Códex* no es un libro —Pausa, una falange al aire—. Es la memoria del mundo con mala leche.

Lola tragó saliva. Andrea no parpadeó.

Bones caminó despacio, sin tocar nada, dejando que sus zapatos sonaran lo justo para recordarte que aquello aún tenía algo de físico. Señaló las paredes, las disposiciones que brillaban como tinta húmeda en piedra vieja.

—Todo lo que pasa en el mundo deja rastro —dijo—. Delitos. Pactos. Juramentos. Traiciones. Esas promesas que la gente hace mirando a los ojos… y que luego rompe mirando a otro lado —Se inclinó hacia una runa que palpitaba con un brillo mínimo—. *El Códex* lo ve. Lo guarda. Y lo archiva. Por eso aquí, no vale el «*es tu palabra contra la mía*». *El Códex*, es un testigo eterno.

Andrea frunció apenas el ceño.

—¿Como una especie de registro?

—Exacto… pero con conciencia —respondió Bones—. No es un archivador. Es un animal de ley. Y no cualquiera puede leerlo sin que te sangre la cabeza. —Se giró, divertido—. Aquí el analfabetismo también existe, pero es más… traumático.

Lola sintió otra vez esa presión suave en las sienes, como si el lugar le pusiera una mano invisible en la nuca para acercarla un centímetro.

Bones lo notó, o fingió notarlo, y sonrió con crueldad amable.

—Y ojo: no cualquiera puede preguntarle —Señaló un fragmento de papel flotante que giraba lentamente—. Hay gente que entra aquí y lo único que consigue es una migraña y una humillación.

Andrea carraspeó, con esa mezcla de incredulidad y lógica que lo mantenía en pie.

—¿Se le puede preguntar?

Bones ladeó el cráneo, encantado.

—Puedes —Pausa—. Otra cosa es que te conteste.

Andrea apretó la mandíbula.

—¿Y de qué depende?

Bones se encogió de hombros como si fuera lo más simple del mundo.

—De si le caes bien —Sonrió—. Si le caes bien, te responde con verdad. Si no, te manda a paseo. Y si pillas al Códex en modo Puerto Real… te manda directamente a tomar por culo.

Lola soltó una exhalación que casi fue risa, casi fue pánico. Andrea lo miró como si quisiera discutir… y no supiera con qué artículo.

—Eso no ayuda —murmuró Andrea.

—Claro que ayuda —replicó Bones—. Os estoy enseñando la primera regla: aquí no manda tu soberbia. Manda la Ley. Y la Ley tiene carácter.

Un fragmento flotante descendió un milímetro, como si el aire mismo respirara. Lola sintió, sin saber por qué, que la sala estaba esperando. No a Andrea. No a Bones. A ella. Como si el silencio tuviera una silla reservada para su pregunta, aunque ella no se atreviera a pronunciarla.

Bones dio un paso atrás, juntó las manos a la altura de las costillas y concluyó, casi con cariño cruel:

—Así que si vais a abrir la boca… hacedlo con respeto. O al menos con dignidad. Porque si *el Códex* decide que sois idiotas… no hay recurso que os salve.

14
La Ley Forjada

Bones paseó la falange por el aire, como si estuviera buscando en el polvo una fecha concreta. A su alrededor, las disposiciones en la pared respiraban con un brillo mínimo. No era luz: era presencia. El papel flotante giraba despacio, indiferente, como si la historia fuera una cosa que el *Códex* ya hubiese archivado mil veces y solo esperara a que los humanos se pusieran al día.

Bones se detuvo frente a una sección de runas que parecían más antiguas que el propio idioma. Alzó el cráneo, teatral, y suspiró como quien se dispone a contar una leyenda que ya no tiene nada de bonita.

—La gente cree que todo fue *Excalibur*.

Lola y Andrea no dijeron nada. Incluso el aire pareció afinar el oído.

Bones continuó, con esa voz suya que podía ser chiste y sentencia en la misma frase.

—Una espada, un lago, una mano sexy saliendo del agua… y fin. —Se encogió de hombros—. *Camelot*, música épica, y todos a casa con la moral intacta. Porque eso es lo que le gusta al mundo: las historias que no manchan.

Andrea frunció el ceño.

—¿A qué viene esa pose tan sexy?

—No me mires así, Volpi —replicó Bones con dignidad ofendida—. Si vas a vivir en la magia, asume que hasta los mitos tienen marketing. La historia humana necesita un detalle para vender. Una espada vende. Un libro… no.

Dio un paso hacia las paredes y rozó el aire a un palmo de una disposición. No la tocó. Como si el respeto fuera una superstición

necesaria.

—Pero la verdad… —y aquí la voz se le volvió un filo más grave, un tono de piedra húmeda— la verdad es que *Excalibur* era la llave.

Se giró hacia ellos.

—Y el Códex… —pausa— el Códex era la prisión.

La palabra «*prisión*» no sonó figurada en aquel lugar. Sonó literal. Porque estaban dentro de una cámara donde la ley no estaba escrita: sino inscrita.

—¿Prisión para quién? —preguntó Lola, y su propia voz le salió más baja de lo que pretendía, como si temiera que el *Códex* la oyera.

Bones sonrió sin humor.

—Para todos, querida. Eso es lo gracioso. Y lo siniestro —Señaló el círculo de piedra del suelo—. Antes de esto, no había justicia. Había fuerza.

Las runas parpadearon un instante. Como si la palabra «*antes*» tuviera peso.

Bones empezó a caminar, lento, haciendo del espacio un escenario de confesión.

—Antes del *Códex* el mundo arcano estaba roto. No «*desordenado*». Roto. —La falange dibujó un círculo imaginario—. Había mercados de esclavos feéricos… criaturas vendidas por lo que valían sus alas. Linajes humanos que criaban bestias arcanas como si fueran perros de pelea. Cacerías legales de brujas, *cambiaformas*, videntes… no por miedo, sino por costumbre. Pactos de sangre impuestos por nobles que se creían dueños del aire.

Andrea tragó saliva. Su lógica intentaba sostener aquello como «*historia*», pero el tono de Bones lo hacía sonar a «*expediente*».

—Y al otro lado —prosiguió Bones— había clanes monstruosos que gobernaban territorios donde el humano era ganado. Granjas de carne. Tributos de hueso —Se inclinó un poco hacia Lola—. ¿Sabes cuál era la diferencia entre una masacre y una tregua? Una semana. Si llegaba.

Lola notó la presión en las sienes. Como si esas palabras rozaran algo interno. Como si su mente, sin querer, supiera dónde encajar la crueldad.

Bones levantó una falange y la dejó suspendida.

—Merlín lo vio venir antes que nadie. No por bondad. Por inteligencia. —La voz le salió con un respeto oscuro—. Entendió que si no se creaba una estructura común… el mundo terminaría desgarrado entre dos brutalidades equivalentes.

Andrea, por fin, se atrevió a preguntar con la voz del abogado que aún intenta entender el fundamento.

—¿Y Arturo?

Bones se giró despacio. En su sonrisa había algo antiguo, casi triste.

—Arturo entendió otra cosa: sin ley, el reino no era más que una carnicería con corona. —Se encogió de hombros—. Y Arturo… tenía una obsesión muy humana: unificar. Nombrar. Mandar. Hacer que el mundo obedeciera a una idea.

Las disposiciones brillaron un poco más, como tinta húmeda reaccionando al aire. Y Lola sintió, por un segundo, que el *Códex* escuchaba con la misma atención que ellos.

Bones se apoyó en ninguna parte, porque no necesitaba apoyo, y prosiguió.

—Así que se sentaron a la mesa. No una mesa bonita. Una mesa de guerra. Y decidieron que hacía falta algo más que espada, iglesia o ejército —Alzó el cráneo, solemne—. Hacía falta una Ley superior. Una ley capaz de obligar incluso a quien se creyera por encima de toda ley.

Andrea apretó la mandíbula.

—Eso es… una constitución.

Bones soltó una carcajada breve.

—Si te sirve llamarlo así para no volverte loco, adelante —Luego su voz volvió a endurecerse—. Pero la diferencia es que esta «*constitución*» no se queda en papel. Esta responde.

Se giró hacia las paredes.

—El *Códex* no fue hallado. Fue creado. Forjado. No como se forja una espada ni como se escribe un libro humano. Fue un pacto vivo entre dos fuerzas irrepetibles: el conocimiento arcano de Merlín… y la autoridad regia de Arturo.

Lola contuvo el aliento, sin saber por qué.

Bones no describió el sacrificio con sangre explícita, pero lo sugirió con la misma elegancia con la que un juez sugiere una condena sin levantar la voz.

—Merlín puso su esencia en la Ley. Parte de su mente. Parte de su capacidad de leer lo invisible. Como quien vacía un órgano para que otro más grande nazca —La falange se movió hacia otra disposición—. Arturo puso algo peor: su sangre regia, esa legitimidad que convierte la voluntad en mandato. Y lo hicieron con una operación… —pausa— sacrificial.

La palabra se quedó flotando. No hizo falta decir más. La sala lo entendía.

Andrea tragó saliva, tenso.

—¿Y por qué el Códex… se siente como… como si tuviera carácter?

Bones ladeó el cráneo, satisfecho. Era una buena pregunta, de las que nacen cuando ya no te puedes engañar.

—Porque lo tiene —Señaló el brillo de las runas—. El *Códex* contiene algo de ambos. De Merlín heredó la inteligencia viva, la capacidad de aprender, de leer corrientes ocultas, de comprender lo invisible —Luego bajó la falange hacia el círculo de piedra—. De Arturo heredó la autoridad soberana. El juicio. La estructura. La jerarquía. La crueldad fría del deber.

Lola sintió que esas palabras le rozaban el estómago como una cuerda tensándose. Autoridad. Juicio. Legitimidad. El *Códex* parecía repetirlas sin repetirlas, como si se las dijera por dentro.

Bones dio un paso atrás, dejando que todo aquello se asentara.

—Por eso no es neutral del todo —añadió, ya más bajo—. Porque dentro late todavía el genio de Merlín… y la voluntad de dominio de Arturo. Y cuando dos cosas así viven juntas… siempre hay guerra, aunque no se vea.

Andrea miró las paredes como si de repente estuviera contemplando no un texto, sino un organismo.

—Entonces… ¿por qué se cuenta lo de la espada?

Bones sonrió, una sonrisa oscura.

—Porque es más seguro que el mundo recuerde una espada gloriosa a que sepa que existe una Ley capaz de someter reinos,

especies, pactos y linajes enteros —Pausa—. A los humanos les encanta la épica. Pero les aterra la administración.

Y ahí volvió el Bones de siempre, el que necesitaba meter un clavo de humor en medio del ataúd para que el aire siguiera circulando.

—En resumen: Merlín puso la cabeza. Arturo puso la sangre. Y la Corte puso… —miró a su alrededor, como si buscara una oficina dentro de la cámara— la burocracia, como siempre.

Lola soltó una exhalación que tembló entre risa y vértigo. Andrea se permitió una mueca mínima, porque era eso o admitir que le sudaban las manos.

Bones inclinó el cráneo hacia ellos, y su voz se volvió un susurro casi confidencial, como si les estuviera revelando la parte que no está en los folletos.

—Y ahora… —dijo— ahora os cuento lo que no os cuentan en la versión bonita.

Hizo una pausa larga. No porque buscara dramatismo, sino porque el propio aire pareció pedir silencio.

—Hay cosas que no están en la historia oficial. Cosas que se borraron. Cosas que se taparon con mitos para que nadie hiciera preguntas incómodas —Sus cuencas brillaron un instante, más serio —. Y la Corte… —pronunció la palabra como quien escupe una espina— la Corte es experta en eso: en hacer que lo incómodo parezca nunca haber existido.

Lola sintió otra vez que el lugar esperaba algo de ella. No una pregunta todavía. Un reconocimiento. Un paso.

Andrea apretó los dientes, porque había entendido el veneno escondido en la frase: si la Corte era experta en borrar… entonces la verdad podía estar en cualquier parte, menos donde decían.

Bones se enderezó y concluyó, solemne, como un sacerdote que odia la religión pero conoce los ritos.

—Así que sí. *Excalibur* fue una llave. El Códex fue una cárcel. Y lo que vosotros veis en estas paredes… es la Ley que mantiene el mundo en pie.

Pausa.

—O lo mantiene en pie a su manera.

Y el brillo de una disposición, justo detrás de Lola, palpitó una vez más, como tinta fresca en un documento eterno.

Bones dejó que la última frase se asentara como polvo en un archivo sellado. Luego giró sobre sí mismo y alzó una falange hacia las paredes, hacia la escritura viva que brillaba con esa humedad de tinta eterna.

—Ahora bien… —dijo, y el tono le bajó un punto, como si estuviera entrando en territorio de advertencia— no os confundáis.

Señaló la cámara completa, el círculo del suelo, los fragmentos flotantes, los símbolos que parecían moverse cuando no los mirabas directamente.

—Esto —marcó la palabra con desprecio elegante— es lo que usa la Corte. Lo operativo.

Andrea frunció el ceño.

—¿Operativo? ¿Como… un código en vigor?

Bones soltó una risa breve.

—Como un código en vigor, sí. —Y ladeó el cráneo—. Pero también como un vendaje. Un «*no te desangres aquí*» puesto por gente que se cree médico mientras juega con un bisturí.

Lola tragó saliva. Sintió un pinchazo suave en la sien. El Códex, detrás de todo, parecía escuchar sin intervenir. Como si la verdad fuera un animal paciente.

Bones caminó junto a una sección de disposiciones y señaló unas líneas más nuevas, más pulidas, que contrastaban con otras grabadas con un desgaste antiguo.

—La Corte remienda —dijo—. Añade. Adjunta. Pone anexos, *addendas*, parches… como los humanos cuando les explota una ley en la cara y tienen que fingir que lo tenían previsto.

Un fragmento de papel flotante giró sobre sí mismo y, al pasar, dejó ver una fecha imposible escrita en letra mínima. Andrea lo vio y parpadeó, como si el ojo se negara a aceptarlo.

Bones continuó, implacable:

—Pero lo que manda directamente, es lo escrito en piedra.

Señaló una disposición vieja, profunda, casi enterrada en el muro. No brillaba más; brillaba distinto. Como una cicatriz que no se borra.

—Cuando todo arde, la ley vieja siempre gana —murmuró, y su voz sonó a calle mojada y sentencia—. Porque la ley vieja no se cansa.

El aire se tensó. No porque la frase fuera poética, sino porque era verdad. La cámara entera parecía construida sobre ese principio: la permanencia como forma de violencia.

Lola miró las paredes y sintió, de pronto, una tristeza rara. Como si aquella ley —aunque necesaria— tuviera algo de hambre. Algo de animal encerrado.

—Entonces… —Andrea habló bajo, como si temiera que el muro lo oyera— ¿esto es una especie de… proyección?

Bones lo miró con la paciencia cruel de un secretario que ha visto a cien novatos preguntar lo mismo.

—Llámalo como quieras para dormir mejor —Pausa— Pero sí: esto es lo que te dejan ver. Lo que se usa. Lo que funciona sin abrir ciertas puertas.

Lola sintió otra vez el tirón en el estómago. Un centímetro invisible de atracción hacia el núcleo de la sala, como si hubiera algo más detrás de la piedra.

Bones bajó la falange, más serio. Por primera vez en minutos, el chascarrillo no le salió. Solo una frase, seca:

—Hay cosas que aquí… no están.

Se volvió hacia ellos. En sus cuencas había un brillo raro, como si incluso a él le pesara decirlo.

—Y mejor así.

La cámara respondió con un parpadeo mínimo en una runa lejana. No fue amenaza. Fue acuerdo. Como si la sala, vieja y viva, estuviera de acuerdo con Bones en una cosa simple: hay verdades que no se enseñan, se sobreviven.

Andrea apretó la mandíbula, porque entendió el mensaje que había detrás: si la Corte usa «*lo operativo*», entonces lo demás —lo que no estaba escrito aquí— debía ser más antiguo, más profundo… y peligrosamente real.

Y Lola, sin decir nada, tuvo la certeza más inquietante de la noche:

El Códex no estaba incompleto.

Sino que lo mantenían cerrado.

15
Una conexión especial

Lola no pretendía acercarse.

Fue el cuerpo el que la movió, un paso mínimo, casi involuntario, como cuando te arrimas a una ventana sin darte cuenta de que lo haces para escuchar mejor. Se aproximó a una sección de pared donde las disposiciones estaban más apretadas, más antiguas, con trazos que parecían tener memoria de uñas y fuego.

En cuanto estuvo lo bastante cerca, una runa —una sola— cambió.

No brilló como una bombilla. No se encendió de golpe. Fue un matiz: un pulso leve, un aumento de intensidad que apenas duró un latido. Lo justo para que la piel de Lola lo notara antes que los ojos. Lo justo para que el aire se tensara, como si alguien hubiera pronunciado una sílaba sin voz.

Lola se quedó quieta.

Un fragmento de papel flotante descendió lentamente, sin prisa, girando sobre sí mismo como una hoja que decide caer aunque no haya viento. Dejó caer una esquina… y esa esquina rozó el pelo de Lola, cerca de la sien, con una caricia tan ligera que le dio escalofrío.

No fue un toque casual.

Fue un gesto.

Como si el papel la hubiera marcado.

Lola tragó saliva. Notó la presión en las sienes, esa presión suave que no dolía, pero vigilaba. Y dentro del silencio, donde no había voz, oyó una palabra suelta. No como sonido, sino como idea clavada.

Equilibrio.

O quizá no fue «equilibrio». Quizá fue algo más corto. Más íntimo. Algo que le rozó el apellido por dentro.

Se quedó helada, respirando poco, como si el aire pudiera delatarla.

Andrea, que estaba a dos pasos, lo vio de reojo: el papel rozándola, el brillo mínimo, el gesto de Lola quedándose rígida como si alguien hubiese tocado su alma.

Se tensó.

—¿Has tocado algo? —preguntó, más brusco de lo que pretendía.

Lola giró la cabeza despacio, con la garganta seca.

—No… —respondió, y el «*no*» le salió sincero— creo.

Pero al decirlo, se dio cuenta de que no estaba segura.

Porque ella no lo había tocado.

Y, aun así, el *Códex* la había tocado a ella.

Bones, que hasta entonces había mantenido su tono de guía sarcástico, se quedó mirándola un segundo más largo de lo normal. Sus cuencas vacías brillaron con algo que no era burla.

No dijo nada.

Solo inclinó el cráneo, como si anotara el dato en un archivo invisible.

Y en ese silencio, Lola sintió con claridad una certeza que le erizó la piel.

Ahí dentro, la Ley no solo se lee.

Ahí dentro, la Ley te reconoce.

Bones carraspeó con teatralidad, como si fuera a empezar una clase… pero en vez de profesor, parecía el secretario de una morgue con sentido del humor.

—Vale —dijo, juntando las manos a la altura de las costillas—. Pequeña demostración. Para que veáis que esto no es un mural decorativo, ni una atracción turística, ni un sitio donde venir a haceros fotos para *Instagram* con cara de «*soy oscuro y profundo*».

Señaló el círculo del suelo.

—Regla número uno: nada de grandes preguntas existenciales de primera hora —Levantó una falange—. Empezamos por lo burocrático. Por lo tonto. Por lo seguro.

Andrea lo miró con desconfianza.

—¿Por lo seguro? —repitió, escéptico.

—Tan seguro como un contrato verbal —respondió Bones con una sonrisa—. O sea: nada. Pero más que nada.

Bones se giró hacia las paredes y habló con una naturalidad inquietante, como si estuviera pidiendo un archivo en ventanilla.

—*Códex*. ¿Dónde está el expediente de sanción 12-B, «*Uso indebido de glamur en zona de playa durante feria*»? —Pausa—. Y no me digas «*en el contenedor*», que ya sé que la Corte archiva como le sale del alma.

El aire no hizo ruido, pero el papel flotante más cercano tembló un milímetro. Giró sobre sí mismo, y una esquina de la hoja se tiñó durante un segundo de una tinta grisácea, formando dos símbolos diminutos, como coordenadas.

Bones asintió, satisfecho.

—Perfecto. ¿Veis? Contesta. A veces.

Andrea tragó saliva, y su mirada se fijó en el movimiento del papel como si quisiera atraparlo con lógica.

—Entonces… —empezó, y se le notó el pulso tenso— si realmente guarda memoria…

Bones se volvió hacia él, con ese "te estoy viendo venir" que solo tienen los que han visto a la gente romperse por preguntas.

—Ajá.

Andrea sostuvo la mirada un instante, y ahí, en ese silencio, asomó la sombra de Enrico. No lo dijo como confesión melodramática; lo dijo como quien se clava un alfiler para comprobar si aún siente.

—¿Puedes decirme qué pasó con alguien que desapareció?

La frase quedó suspendida en el aire como una gota de sangre que no cae.

Bones no se rio. Al menos no al principio.

Se inclinó apenas hacia Andrea, y por primera vez su voz no sonó a chascarrillo, sino a aviso.

—No corras, Volpi.

Andrea apretó la mandíbula.

—Solo es una pregunta.

Bones negó con lentitud.

—A veces, preguntar demasiado pronto te devuelve algo peor que la verdad. —Pausa— Te devuelve el precio.

Andrea se quedó callado. El silencio se volvió más denso. Las disposiciones de las paredes brillaron un poco, como si el Códex hubiera levantado la cabeza sin moverse.

Lola, que no había dicho nada, sintió el tirón en el estómago. Ese mismo tirón suave que la empujaba hacia dentro, hacia una runa concreta que parecía más húmeda que las demás, más viva. Sus ojos se posaron en ella sin querer.

Pensó algo. No en palabras completas. Un pensamiento instintivo, breve. Un reflejo.

Y la runa latió.

Un pulso mínimo, como un corazón bajo piedra.

El papel flotante que antes la había rozado se detuvo en seco en mitad del aire. Se quedó quieto, inmóvil, como si alguien lo sujetara desde el centro del mundo. Luego giró una vez, muy despacio, y la tinta apareció sola, escribiéndose sin mano.

Una palabra.

LLAVE.

Lola sintió cómo se le erizaba la piel.

Andrea la miró de golpe, como si hubiera oído el golpe dentro de su cabeza.

—¿Qué…? —susurró.

El papel dio otro giro. Y debajo de la palabra, como una anotación de registro incompleta, aparecieron cifras que no terminaban de asentarse, como si el Códex dudara entre mostrar y ocultar:

4:1—

Un parpadeo. El último número no llegó a formarse del todo, pero Lola lo sintió más que verlo. El aire mismo parecía saberlo.

4:10.

Y entonces el papel se quedó en blanco otra vez, como si acabara de escupir un dato y ahora se negase a repetirlo.

Bones soltó una exhalación lenta, entre maravillado y harto, como si acabara de ver a un gato abrir una puerta.

—¿Ves? —dijo, recuperando el humor con esfuerzo—. Hoy está de buenas.

Miró a Lola un segundo, demasiado serio para ser Bones, y luego remató, como si necesitara poner una tapa encima del abismo.

—O está jugando.

Andrea no apartaba la vista del papel. La pregunta sobre Enrico se le había quedado clavada detrás de los dientes, sin respuesta, y ahora tenía otra cosa peor: un Códex que respondía a Lola sin que Lola lo pidiera en voz alta.

Lola, con la garganta seca, solo pudo pensar una cosa:

Si esto es lo que ha contestado… ¿qué pasará cuando pregunte de verdad?

El papel volvió a su danza lenta, como si nada hubiera ocurrido. Como si LLAVE y 4:10 fueran solo una tos del Códex, una migaja tirada a un perro para ver si muerde.

Pero la sala no recuperó la calma.

La calma allí dentro era un lujo que se concedía cuando la Ley estaba de buen humor, y Bones acababa de decirlo con la misma ironía con la que uno reconoce una tormenta: o está jugando.

Lola seguía con la garganta seca, los dedos fríos, la presión suave en las sienes como una mano invisible que no terminaba de retirarse. Andrea respiraba por la nariz, controlando el impulso de preguntar de nuevo por Enrico. Era un hombre que se estaba dando cuenta de que el control no le servía de nada donde la realidad no tenía barandillas.

Bones, por su parte, se quedó un segundo mirando la runa que había latido. No la miró con burla. La miró con un cálculo rápido, como quien lee un expediente y decide qué no debe llegar a juicio.

Luego se giró.

Y el aire cambió otra vez.

No fue un golpe. Fue un descenso. Como si, de pronto, la sala recordara que debajo de su humor y sus respuestas parciales, había algo más antiguo esperando con paciencia.

Al fondo de la cámara, casi oculto por la curvatura de la piedra y por la sombra de disposiciones que parecían más densas, había otra puerta.

No era la puerta por la que habían entrado.

Era otra.

Más estrecha, más alta, más oscura.

La madera era casi negra, pero no de barniz: de tiempo. El arco de piedra estaba grabado con símbolos tan gastados que parecían cicatrices. Y en el centro, un sello distinto: no una mancha líquida como la anterior, sino una especie de relieve oscuro, como si la propia piedra hubiera cerrado la boca.

Lola lo vio y sintió el tirón en el estómago más fuerte. No un dolor. Como si la llamaran.

Andrea también lo vio, y su instinto de abogado gritó lo mismo que siempre grita cuando ve un sello: competencia. prohibición. consecuencia.

Bones se quedó inmóvil.

Por segunda vez desde que entraron en la cámara, se calló.

No era un silencio irónico, sino un respeto real, casi devoto, que en él era rarísimo… y por eso era peligroso.

Lola dio un paso sin querer.

—Lola —dijo Andrea en voz baja, como si su nombre fuera una cuerda para sujetarla.

Ella se detuvo, pero no apartó la vista del sello.

Bones habló al fin, y la frase le salió sin teatro. Recta.

—Ahí dentro no se entra sin que te llamen.

Andrea lo miró de golpe.

—¿Qué coño es esto? —no lo dijo, pero su cara lo gritó.

Lola abrió la boca para preguntar… y en ese instante el aire del pasillo interior se movió.

No como corriente. Como aliento.

Un susurro llegó desde el otro lado de la puerta. No fue una voz completa. No tuvo tono humano. Fue una vibración mínima, como si la piedra pronunciara una sílaba desde dentro.

Y dijo un nombre.

—Lola.

Ella se quedó helada.

No pudo respirar durante un segundo. La presión en las sienes se volvió un punto fijo, exacto, como si alguien apoyara un dedo en su cráneo para marcarla. Sus ojos se abrieron un milímetro más. Su piel, en los brazos, se erizó como si hubiera pasado una mano fría.

Andrea, instintivamente, dio un paso hacia ella.

—¿Has oído eso…? —susurró, y su voz ya no era incredulidad: era miedo real, limpio.

Bones no se movió. No rio. No dijo «*bienvenida*» ni «*qué divertido*».

Solo la miró, y en esa mirada sin ojos había algo que Lola no había visto en él todavía: incomodidad.

—Eso… —murmuró Bones, muy bajo— no debería pasar tan pronto.

La luz de las runas parpadeó una vez.

Un solo latido de oscuridad en la cámara.

Y cuando volvió, el silencio cayó con el peso de una sentencia dictada sin audiencia.

Como si el *Códex* acabara de firmar algo en el aire.

Como si la sala entera supiera, antes que ellos, que la noche ya no era una entrevista.

Era una elección.

16
El Cazador que tiembla

El aparcamiento a mediodía tenía una luz sin piedad. No era la luz dorada de postal; era una claridad plana que te enseña las ojeras, el polvo del salpicadero y la verdad de tu cara cuando crees que nadie mira. David Santos se metió en el coche, cerró la puerta y, por un segundo, el mundo quedó fuera: motores, voces, pasos, vida. Dentro solo quedó el olor a tapicería caliente y ese rastro metálico que aún le subía por la garganta como si se hubiera tragado una moneda vieja.

No arrancó.

Apoyó la frente en el volante, cerró los ojos y dejó que el silencio le mordiera.

—No —dijo.

No lo dijo fuerte. Lo dijo como se dice un juramento cuando no hay testigos y, aun así, sientes que alguien te está escuchando. La palabra le salió densa, con la misma gravedad que un sello estampado sobre papel mojado.

—No voy a matarla.

Se quedó quieto, respirando despacio, intentando que el corazón no le golpeara las costillas como un preso. Afuera, un coche pitó. Alguien rio. El mediodía seguía funcionando como si la Corte no existiera.

Dentro, en cambio, el chantaje seguía vibrando en su oído como si la llamada no se hubiera cortado nunca.

Una vida por una verdad.

David apretó las manos sobre el volante hasta que los nudillos le quedaron blancos. No era valentía. Era resistencia.

—No voy a matarla… —repitió, más bajo aún, y en esa repetición ya estaba la grieta— pero si no obedezco…

Se tragó el resto de la frase. Le dolía decirla, porque al decirla le daba forma.

«*…me quitan la única pista de Ana*».

La madre de lola, si la voz no había mentido cuando habló de cuerdas. Si todo era la misma cuerda. Si todo estaba atado al mismo nudo.

Le entró un calor sucio en el pecho, un golpe de rabia que no tenía por dónde salir. Miró sus manos; manos de policía, manos de hombre que hace lo que hay que hacer. Y se vio, por primera vez en mucho tiempo, como lo que era realmente en ese mundo: un enlace. Un puente. Una bisagra.

Una herramienta que otros aprietan cuando quieren abrir puertas.

—Hijos de puta… —susurró, sin teatralidad. Simple. Real.

La contradicción se le instaló en el estómago como un animal.

«*No la mataré. Pero si no obedezco, la verdad se va a quedar enterrada para siempre. Y llevo demasiado tiempo buscando ese cuerpo ausente en la habitación contigua de mi cabeza*».

David tragó saliva. Encendió el coche. El motor respondió con un ronroneo cansado. No se movió todavía. Se quedó mirando a través del parabrisas, como si allí, en la línea donde el cristal se encuentra con la calle, pudiera decidir qué clase de hombre iba a ser a partir de ahora.

El teléfono, boca abajo en el asiento del copiloto, parecía un animal dormido. Un arma que vibra.

David lo ignoró.

Tomó aire. Y decidió el primer movimiento.

No un ataque. No una respuesta heroica. No una guerra abierta.

Una cosa más simple. Más sucia. Más *noir*.

—Voy a vigilarla —dijo, y ahora sí sonó a plan.

Se oía extraño, incluso para él: como si al pronunciarlo ya se estuviera metiendo en el barro.

—Solo verla. Solo confirmar. Solo entender por qué la Corte la quiere muerta —Susurró, más para convencerse a sí mismo que para otra cosa.

Giró la cabeza y miró el retrovisor. Se vio los ojos: cansados, tensos, con esa sombra que aparece cuando has cruzado demasiadas líneas y sigues fingiendo que no. Y ahí, en el reflejo, vio su dualidad.

Por un lado: el protector. El policía que, desde que Lola era una cría, había tenido ese impulso idiota —humano—, de poner el cuerpo delante. Como si pudiera.

Por el otro: el verdugo potencial. El hombre al que un día podrían obligar a obedecer, a firmar con sangre lo que no quería firmar.

La jaula.

David apretó la mandíbula hasta que le dolió. Cerró los ojos un segundo, y en esa oscuridad breve se le coló un recuerdo que no pidió.

Lola de niña.

Su «*Lolita*».

Una bicicleta demasiado grande para sus piernas, el pelo pegado a la frente de sudor, la risa insolente porque no sabía todavía lo que era el mundo. La misma mirada viva que ahora, adulta, seguía mirando donde no debía. La misma manía de no agachar la cabeza ni cuando le convenía.

Y detrás de ese recuerdo, como un golpe más íntimo, apareció Ana. No en su versión trágica, no como fantasma; como la mujer que una vez le hizo hablar en serio. Como la única persona capaz de arrancarle una promesa a un hombre como él.

Una promesa que no se dijo en voz alta en aquel momento. No hacía falta.

David apoyó la mano en el volante como si apoyara la palma en un juramento antiguo.

—Te lo prometí —murmuró, al vacío, sin decir a quién se lo decía.

Y después, con un gesto lento, metió primera.

El coche se puso en marcha.

Mientras salía del aparcamiento, el mediodía le pegó en la cara con su normalidad insultante. Pero David ya no pertenecía a esa normalidad. Iba hacia Lola no como policía, no como enlace, no como verdugo.

Iba como un hombre que acaba de decidir que la Corte no tendría su obediencia completa.

Todavía no. No sin pelear.

-*.*-

El piso de David Santos olía a lo mismo de siempre cuando uno vuelve con las manos vacías: café recalentado, papel viejo y salitre pegado a la ropa. Un olor modesto, humano, casi tranquilizador… si no fuera porque esa mañana el mundo ya no era humano del todo, ni siquiera dentro de cuatro paredes.

Cerró la puerta con dos vueltas de llave. No por miedo a ladrones. Por costumbre. Por superstición aprendida. Por esa certeza incómoda de que hay cerraduras que sirven para la gente… y otras cosas que, si quieren entrar, entran igual.

Dejó las llaves en el cuenco de la entrada. Se quitó la chaqueta, la lanzó sobre el respaldo del sofá sin mirarla y fue directo a la mesa del salón, donde la lámpara de escritorio parecía esperarlo como un interrogatorio.

Encendió la luz.

El círculo blanco iluminó lo que David llamaba, con una ironía que se le había quedado vieja, su grimorio.

Era un cuaderno de tapas negras, gastado en las esquinas, con la goma floja. Nada especial. Nada «arcano» a la vista. Justo por eso era perfecto. En el mundo humano, era una libreta de notas. En el otro mundo, era una herejía doméstica.

Lo abrió.

El papel crujió con ese sonido íntimo de las cosas que se guardan demasiado tiempo. Las primeras páginas estaban llenas de su letra: apretada, fea, práctica. No había florituras, no había poesía. Solo fragmentos. Nombres. Símbolos copiados en servilletas, en esquinas de atestados, en márgenes de informes que nunca debieron salir de la comisaría.

GUARDIA ARCANA aparecía varias veces, subrayado con rabia y con cuidado, como si subrayar algo fuera una forma de mantenerlo vivo sin invocarlo. Más abajo, una lista de términos que no pertenecían a ningún manual policial:

Inquisidores.
Defensores.
Velo.
Corte de las Sombras.
Códex: memoria.

David pasó el dedo por esa última anotación: «*Códex: memoria*».

Recordó el olor del Monasterio en los relatos de su abuela. Recordó la voz fría al teléfono diciendo que la carne era un archivo. Recordó el cadáver borrado del anatómico como si nunca hubiera existido, como si la muerte también tuviera derecho al olvido si el juez adecuado lo ordenaba.

Se tragó la rabia. Pasó página.

Más símbolos. Más notas. Y allí, en mitad de una hoja manchada de café, lo encontró.

Un renglón corto, escrito con prisa, como si le hubiera temblado la mano:

HIDALGO — pactos — *Vistahermosa*.

Debajo, otro:

Rafael: puerta fácil.

David se quedó inmóvil.

La palabra «*fácil*» le dolió como un insulto antiguo. No porque fuera falsa, sino porque era exacta. Rafael Hidalgo siempre había tenido esa clase de hambre que no se llena con lo que hay. No le bastaba el mundo como venía. Quería más. Más dinero. Más poder. Más reconocimiento. Más… otra cosa que David, de niño, no sabía nombrar.

Y el cuaderno, como si fuera una herida que se abre sola, le devolvió la infancia.

Dos críos en una calle sin asfalto, manos sucias de tierra, rodillas peladas. David corriendo detrás de una pelota hecha polvo. Rafael riendo demasiado alto, demasiado seguro, como si el mundo ya le debiera algo.

—Cuando sea grande voy a vivir en una casa enorme —decía Rafael, con la cara quemada de sol—. En Vistahermosa. Con piscina. Y coche. Y… —su voz bajaba, conspirativa— y voy a mandar.

David se reía, porque a esa edad mandar era un concepto de mayores y de profesores.

—¿Mandar a quién?

Rafael levantaba la barbilla, con ese gesto suyo que ya era soberbia en miniatura.

—A todos. Ya verás.

Y cuando la abuela Rogelia hablaba de «pactos» como quien habla de cuchillos, Rafael escuchaba con un brillo raro en los ojos. No de miedo. De interés. De deseo.

David cerró los ojos un segundo. El recuerdo se le quedó pegado como sal.

Volvió al presente. Al cuaderno. A la línea «*Hidalgo — pactos — Vistahermosa*» que ahora parecía más que una nota: parecía una acusación.

David pasó la página con cuidado, como si la tinta pudiera mancharle los dedos. Encontró otras anotaciones dispersas: direcciones incompletas, nombres tachados, fechas que no encajaban con nada humano. Y entre ellas, una frase que él mismo había escrito hacía años y que ahora le golpeó con violencia, como si no fuera suya.

«*Si la Corte encuentra, es porque alguien entrega*».

David dejó el cuaderno abierto. Se apoyó en la silla, y por primera vez desde la llamada, dejó que el pensamiento le saliera entero, sin máscara.

—Si la Corte ha encontrado a Lola… alguien la ha señalado.

La palabra «*señalado*» tenía un sabor feo. No era «*descubrir*». Era marcar. Poner una diana en la frente con una precisión que solo se consigue cuando tienes acceso a sangre, historia… o a una puerta.

Y ese alguien puede ser sangre.

La idea le subió por la espalda como un frío lento.

Rafael.

¿Quién mejor que el padre para abrir el camino? ¿Quién mejor que el hombre que ya conocía el mundo arcano, aunque fingiera que

no? ¿Quién mejor que alguien que había elegido la puerta fácil y había aprendido a pagar con otros?

David apretó los dientes.

Se inclinó hacia el cuaderno y buscó, casi con desesperación, las páginas donde guardaba su vergüenza más peligrosa: su forma de hacer las cosas a su manera.

Las encontró.

No eran confesiones. Eran rastros. Pequeñas búsquedas clandestinas, apuntes en letra diminuta, nombres de registros consultados fuera de horario, direcciones visitadas con excusas, entrevistas «*casuales*» con viejos marineros, con mujeres de bodegas, con ancianos que hablaban demasiado cuando el alcohol les aflojaba la lengua.

Un mapa mal dibujado.

Un apellido repetido.

Una fecha subrayada tres veces.

Y, en el margen, una nota casi infantil: «*Madre de Lola: no muerta. Desaparecida*».

David se quedó mirando esa frase con el estómago apretado.

Eso era lo que lo podía matar.

No la frase, sino lo que significaba: que él llevaba años moviéndose al margen. Que había buscado pistas sin informar a la Corte. Que había guardado datos para sí mismo. Que había sido enlace, sí… pero un enlace que también era hombre, y los hombres, cuando aman una promesa, se vuelven peligrosos.

Si la Corte supiera todo lo que David había hecho en silencio…

No lo sancionarían.

Lo borrarían.

David pasó el pulgar por el borde del papel como si acariciara una cicatriz.

—¿Qué has hecho, Santos…? —murmuró, y su voz no sonó a reproche, sino a constatación.

La lámpara iluminaba su mesa como una sala de interrogatorio. El cuaderno abierto era el único testigo. Afuera, la ciudad seguía con su mediodía normal, sus compras, sus prisas, su ignorancia feliz.

David respiró hondo.

Y, sin cerrar el grimorio, decidió algo que no era un plan brillante, ni un acto heroico.

Era supervivencia.

—Si la han señalado… —susurró— tengo que saber quién. Y acabar con él.

Y en ese momento, por primera vez, David Santos no se sintió solo policía, ni solo enlace, ni solo hombre.

Se sintió como lo que realmente era desde hacía años, aunque nunca lo dijera en voz alta: un tipo que llevaba demasiado tiempo caminando entre dos mundos… y que ya no sabía cómo volver a ser de uno solo.

17
La sala donde la ley devora

La Cámara de Deliberación no estaba hecha para que la gente hablara. Estaba hecha para que la gente callara.

Era una sala que no necesitaba público porque el público, allí, era una vulgaridad. Un anfiteatro sin aplausos, sin sillas cómodas, sin el consuelo de la masa. Piedra oscura. Vidrio negro incrustado en franjas verticales como costillas. Metal viejo en remaches y barandillas que no brillaban: aguantaban. La arquitectura no era estética; era jerarquía.

La luz no iluminaba. Delimitaba. Cortaba el aire en zonas precisas, como si cada cono de sombra tuviera competencia asignada. Donde la claridad rozaba, parecía permitido respirar. Donde la sombra mordía, la respiración se convertía en un acto que había que justificar.

Olía a tinta envejecida y a hierro frío, con un fondo apagado que recordaba a cera consumida —no cera de iglesia, sino cera de archivo, de sellos rotos y juramentos que no se deshacen del todo—. El suelo tenía marcas circulares, anillos grabados en la piedra con una obsesión geométrica que no era decorativa. Parecía un sello enorme, un círculo que hubiera sido estampado una y otra vez con cuerpos distintos, hasta que la piedra aprendió el peso de la culpa y lo guardó.

En el centro, el espacio de comparecencia no parecía un asiento. Parecía un lugar donde te declaran.

Una plataforma baja, sin respaldo, sin concesiones. No invitaba a sentarse: invitaba a aceptar que, si estabas allí, no te pertenecías.

El silencio tenía protocolo.

No era el silencio natural de una habitación vacía. Era un silencio que obedecía. Un silencio entrenado. Como si la sala, incluso sin magistrados, estuviera practicando la forma exacta de humillarte.

Samuel Graves aguardaba al fondo, quieto, con un expediente bajo el brazo. No se movía. No necesitaba moverse. Allí, incluso él —con toda su autoridad nocturna, con todo su apellido hecho para sonar a tumba— parecía un subordinado. No por miedo, sino por orden. Su figura era una sombra humana al borde de un engranaje que no era humano. Y su quietud no era reverencia; era lectura del riesgo.

La Cámara no anunció la llegada de nadie con puertas abriéndose ni pasos resonando. Allí, los magistrados no entraban: comparecían. Como si la realidad, con solo nombrarlos, tuviera que apartarse.

Primero, Cael.

No hubo pasos. Hubo un eco de herradura que no terminaba de ser sonido, una vibración seca en la piedra que te hacía apretar los dientes. Algo antiguo, de animal y armadura, que atravesó la sala como un aviso: alguien que pisa no pisa solo el suelo; pisa la voluntad ajena. El aire se tensó un grado. El metal viejo pareció recordar su función.

Eryx no entró.

Se notó.

Como si, de pronto, la sala tuviera mejor acústica. Como si las partículas de aire se ordenaran para escuchar con más precisión. La luz pareció afinar sus límites, y el silencio —ese silencio con protocolo— se volvió más perfecto, más limpio, más cruel. Eryx era eso: una presencia que no necesitaba cuerpo para imponer forma.

Luego llegó Lucien, y lo hizo con una claridad elegante, casi ofensiva. No era luz cálida. Era un brillo pulido, de cuchillo bien lavado. Como si la oscuridad le debiera cortesía y él viniera a cobrarla. Donde su presencia rozaba el vidrio negro, el vidrio devolvía un reflejo demasiado nítido, como si la sala se viera obligada a mirarse al espejo.

Aureon fue peso.

No un peso físico. Un peso de historia y de carne cosida a la voluntad. El aire se volvió más denso, como si alguien hubiera

cerrado una puerta invisible dentro de los pulmones. La temperatura bajó un matiz, lo justo para que la piel recordara que hay frío que no viene del clima: viene del miedo. La piedra, alrededor del centro, pareció asentarse, como si reconociera a alguien que pertenecía a la sala por derecho de antigüedad.

Mordren no necesitó nada.

No necesitó eco. No necesitó luz. No necesitó densidad.

Su sola presencia ya parecía fiscal antes de hablar, como si la acusación fuera un perfume que lo precedía. La sala, a su alrededor, se volvió más estrecha. No físicamente. Moralmente. Con Mordren, el margen de error se encogía. Las sombras se volvían más afiladas, como si se prepararan para señalar culpables.

Y Lilim…

Lilim estaba ya.

Perfecta.

Como si hubiese nacido en esa cámara y la cámara fuera una extensión natural de su espalda. No había en ella el menor gesto de adaptación: ni una mirada de reconocimiento, ni un mínimo ajuste de postura. Ella era lo que el lugar exigía. Compuesta. Inmaculada. Un rostro construido para ser visto como justicia incluso cuando, por detrás, es otra cosa.

Su presencia no era pesada como la de Aureon ni fría como la de Mordren. Era exacta. Como una sentencia bien redactada, de esas que no se discuten porque están diseñadas para no dejar aire.

Y entonces, Vladhar.

Vladhar no presidía desde arriba. Ni desde un trono. Ni desde una tarima.

Presidía desde el silencio.

No estaba «*arriba*»; estaba lejos. Y, al mismo tiempo, era el centro moral de la sala, aunque el centro físico fuera ese lugar de comparecencia sin asiento. Era una distancia que mandaba: esa clase de lejanía que te obliga a alzar la mirada sin dignidad.

Con Vladhar, la Cámara parecía dejar de ser un sitio y convertirse en una idea: la idea de que la Ley, si quiere, puede ser monstruosa sin dejar de llamarse Ley.

Samuel Graves sostuvo el expediente con más fuerza. No por temor visible; por esa tensión mínima del hombre que sabe que el papel que lleva en la mano puede convertirse en su condena si lo presenta mal. Allí, el lenguaje tenía consecuencias que iban más allá de la tinta. Allí, un error no era un error: era una falta de respeto.

La sala, ya completa, respiró como un animal. No se oyó, pero se sintió en el pecho: una contracción lenta, un ajuste de engranajes.

El silencio se hizo más denso todavía.

Y entonces, en esa densidad, la luz volvió a delimitar, el suelo volvió a sellar, y el aire volvió a obedecer.

La Corte de las Sombras estaba reunida.

Y cualquier cosa que se dijera a partir de ese instante —cualquier palabra, cualquier nombre, cualquier expediente abierto— iba a pesar como plomo en la lengua de quien se atreviera a pronunciarlo.

El silencio no se rompió. Se redistribuyó.

Como si la Cámara, ya con los Siete comparecidos, hubiera decidido qué parte del aire se podía usar para hablar y cuál quedaba reservada para el juicio. La luz —esa luz que no alumbraba, sino que delimitaba— trazó un rectángulo más frío sobre el centro de comparecencia, dejando el resto en una penumbra que parecía observar.

Samuel Graves, al fondo, no se movió. El expediente seguía bajo su brazo, como una promesa aplazada. Su quietud era la de quien sabe que, en aquella sala, incluso respirar era un gesto que se puede interpretar.

Fue otro quien dio el paso al círculo.

Un jurista de la Guardia Arcana, impecable por fuera y podrido por dentro, de esos que caminan con la seguridad de quien confunde «*conocer la norma*» con «*ser intocable*». Alto, peinado perfecto, sonrisa de vendedor con toga. En su mano llevaba una carpeta que no era exactamente una carpeta: parecía piel endurecida con cierres metálicos, pero él la agitaba como si fuera un simple maletín de despacho.

—Honorables Magistrados —dijo con voz firme, demasiado segura, demasiado satisfecha de sí misma—. Comparezco como

defensor en el asunto *Santuario de las Dos Voces*, también conocido en la jurisdicción costera como la *Escisión de Sanlúcar*.

Hizo una pausa mínima, esperando que el título impresionara.

La Cámara no se lo concedió.

La presencia de Lilim, perfecta en su sitio, no cambió un milímetro. Mordren parecía fiscal incluso en silencio. Aureon pesaba. Cael vibraba como eco de hierro. Lucien traía su claridad ofensiva. Eryx… se notaba, como una mejora en la acústica. Vladhar seguía presidiendo desde lejos, desde ese centro moral que no necesitaba altura.

El jurista carraspeó, sin perder el tono.

—Los hechos son simples —continuó, y el adjetivo «*simples*» sonó como una blasfemia en una sala construida para complicar—. El investigado, Ismael Rojas, sostiene que el delito no fue cometido por él… sino por una parte escindida de su voluntad tras un pacto.

La palabra pacto atravesó el aire con el mismo peso que una bala.

El defensor abrió la carpeta —o hizo el gesto— y el «acta» apareció en el centro de la cámara como una hoja húmeda arrancada del tiempo. No flotaba con gracia; flotaba con obligación. Giraba despacio, y cada vez que ofrecía su cara al anfiteatro, la frase escrita cambiaba, como si el documento se resistiera a fijar una versión única.

Yo no fui.
La hoja giró.
Yo firmé.
Giró otra vez.
Dos voces en una boca.

El jurista sonrió con una calma indecente, como si eso jugara a su favor.

—Como ven, la propia acta reconoce la fractura.

Un murmullo invisible pareció recorrer las paredes. No de público: de ley.

—Delito —enumeró el defensor con frialdad técnica, sin permitir que la palabra «*niña*» se quedara demasiado tiempo en el aire—:

homicidio ritual… con extracción de voluntad.

Ahí sí hubo un cambio. No visible, pero sí físico: el aire se volvió más denso durante un instante, como si Aureon hubiera ajustado el peso de la sala. Porque una cosa era matar un cuerpo. Otra era saquear el yo.

El jurista, sin embargo, siguió, con esa energía de tiburón satisfecho.

—Se sostiene que hubo intención. Cierto. —Levantó una mano, como si concediera un detalle menor—. Pero también hay señales auténticas de fractura: rastros dobles, contradicción en el rastro de voluntad, y un residuo de pacto en la escena.

Hizo un gesto, y un objeto sellado fue depositado —no se vio quién lo trajo; simplemente estuvo— en el borde del círculo central: un fragmento encapsulado, suspendido dentro de vidrio negro. En el interior, flotaba un hilo oscuro, fino como cabello, que se movía solo, como si no aceptara quietud. A veces parecía cuerda. A veces parecía tinta. A veces parecía sangre que ha aprendido a no caer.

—Esto —dijo el defensor, y su voz intentó sonar reverente, pero solo sonó oportunista— es lo que queda del contrato. El detonante. El desdoblamiento.

Andrea y Lola no estaban allí; pero si hubieran estado, habrían sentido el mismo zumbido en dientes. Ese tipo de cosa no pertenece a manos humanas.

—La acusación —prosiguió el jurista— pretende que el investigado es plenamente responsable. Pretende ignorar la escisión, y convertir un fenómeno de fractura real en una coartada.

Se permitió una sonrisa ladeada, casi insultante, como si estuviera dándole lecciones a la propia Cámara.

—Yo sostengo lo contrario, Honorables Magistrados. Sostengo que mi cliente fue sometido. Que su voluntad fue comprometida por el pacto. Que la parte que actuó no era él, sino el residuo… la voz desprendida. —Abrió las manos—. Y que la Corte, si es justa, no puede condenar a un hombre por el crimen de un fragmento.

En el vidrio negro, el hilo oscuro vibró, como si se riera.

Eryx se manifestó de un modo sutil: un cambio en la percepción, como si la sala escuchara una frecuencia rota. El defensor siguió hablando, sin darse cuenta de que la Cámara estaba registrando cosas que él no podía ver.

—Además —añadió, elevando un poco el tono—, hay una prueba que la acusación no puede controlar: el eco.

El jurista señaló una franja de piedra en la pared, donde la superficie parecía levemente distinta, como si hubiese sido golpeada muchas veces por la misma frase. Allí, una "nota" existía: no escrita, sino incrustada. Un residuo de confesión grabado en el material. No se oía como voz humana; se oía como vibración del recuerdo.

Eryx, sin moverse, lo detectó. Y la Cámara lo sintió: una frase quebrada a medias, como un disco rayado en el alma del edificio.

…yo… no… yo…
La piedra calló.
…dos…
Calló otra vez.
…voces…

El jurista aprovechó el silencio como si fuera suyo.

—Aquí lo ven… —Se inclinó un poco, teatral, como si estuviera haciendo una brillante conclusión de alegato—. Hasta la piedra reconoce que hay dos. No uno.

Y entonces remató, con esa seguridad idiota de quien cree que tiene a Dios cogido por los huevos porque sabe retorcer un argumento:

—Si la Corte castiga a Ismael Rojas como autor pleno, estará castigando un fenómeno de fractura… y no un crimen cometido con voluntad unitaria. Y eso, Magistrados, sería… —sonrió— jurídicamente impropio.

La última palabra flotó en la Cámara como un insulto perfumado.

Samuel Graves, al fondo, no se movió.

Pero su mirada —oscura, quieta— se clavó en el defensor con una paciencia peligrosa. Como quien espera su turno para recordarles a todos que, en esa sala, no se venía a ganar con retórica barata.

Se venía a sobrevivir a la verdad.

Y la verdad, en la Cámara de Deliberación, no necesitaba aplausos para cortar.

El jurista defensor sostuvo la sonrisa un segundo más, como quien cree que el aire le pertenece. La Cámara no se la devolvió. Allí, las sonrisas caían al suelo sin hacer ruido.

Mordren habló.

No levantó la voz. No necesitó mover el cuerpo. Su presencia ya era acusación, pero cuando abrió la boca, el tono no fue solemne: fue intransigente. La clase de voz que no argumenta para convencer, sino para aplastar lo que considera basura.

—No me vendas tu sombra.

El defensor parpadeó. El parpadeo fue mínimo, pero suficiente para delatar que, por fin, había entendido que allí dentro no estaba en un despacho de costa, sino en una cámara donde los errores se pagan con algo más que prestigio.

Mordren continuó, sin prisa.

—Lo que tú llamas «fractura» y presentas como accidente… puede ser, perfectamente, arquitectura deliberada de impunidad. Y no voy a fingir que no lo sé porque tu oratoria sea… correcta. Hace tiempo que los defensores e inquisidores habéis olvidado lo que hay que tener para defender un caso mágico aquí, en la Cámara de deliberaciones.

Se oyó, en algún lugar del vidrio negro, un crujido leve. Como si la sala ajustara el encuadre.

—Formulo la cuestión nuclear —dijo Mordren—: ¿fue escisión involuntaria… o fue una estructura construida para que, cuando llegue la sangre, alguien pueda decir «no fui yo»?

La luz, que no iluminaba, sino que delimitaba, pareció endurecerse en torno al espacio de comparecencia.

El defensor carraspeó, intentando recuperar el terreno.

—Honorables Magistrados, precisamente…

—No —lo cortó Mordren, seco, sin elevar el volumen, y esa sola sílaba tuvo más autoridad que cualquier alegato—. Aquí no hay «*precisamente*». Aquí hay autoría.

Se inclinó apenas hacia delante. No fue un gesto humano. Fue un gesto de depredador jurídico.

—Detesto —prosiguió— el crimen presentado como coartada psicológica. Detesto la poesía con toga. Detesto que un homicidio ritual se intente blanquear con la misma palabrería que usan los cobardes: «*yo no era yo*», «*no estaba entero*», «*algo dentro de mí*». Eso es venta ambulante de absoluciones para tontos de la calle.

La palabra tontos cayó como piedra.

—Y esta Corte —añadió Mordren— no es un mercado.

El hilo oscuro encapsulado vibró, finísimo, como si se riera sin sonido. El acta flotante giró otra vez, y durante un instante mostró una frase que parecía escrita con rabia: «Yo firmé» Luego cambió, cobarde: «Yo no fui».

Mordren no la miró. No necesitaba pruebas para indignarse; necesitaba lógica.

—La fractura no es absolución. Es examen.

Dejó que la frase se clavara. Y entonces añadió, con una crueldad precisa, quirúrgica:

—Una parte tuya no aparece de la nada. Alguien la alimentó.

El defensor apretó la carpeta contra el pecho, como si eso pudiera protegerlo del tono.

—Mi cliente fue sometido…

Mordren giró apenas el rostro hacia él. Su mirada era un sello.

—¿Sometido por quién? ¿Por tu elocuencia? ¿Por el hilo encapsulado? ¿Por una «voz» que conviene cuando hay cadáver y desaparece cuando hay consecuencias?

La sala pareció contener el aliento. Incluso el eco de herradura de Cael se hizo más audible, como si el metal viejo estuviera atento.

—No castigo metáforas —sentenció Mordren—. Castigo autoría.

El defensor intentó sonreír de nuevo, pero la sonrisa ya no le salía. Tenía el gesto del hombre que se ha dado cuenta de que el suelo, en esa cámara, no es suelo: es trampa.

Mordren, implacable, prosiguió:

—Si esta Corte acepta tu defensa, si compra tu escisión como carta de salida, mañana la mitad del crimen arcano se reescribirá como «no fui yo». —Pausa—. Y pasado mañana, el cien por cien.

Porque siempre habrá alguien dispuesto a mutilarse el alma con tal de salvarse el cuello.

Su voz bajó un matiz, y eso lo hizo peor.

—¿Quieres saber qué veo yo aquí? Veo un pacto utilizado como detonante. Veo una niña muerta. Veo extracción de voluntad. Y veo a un defensor intentando venderme que el responsable es una sombra.

Mordren se permitió entonces una sola concesión al desprecio.

—Yo no negocio con sombras.

El defensor abrió la boca. No salió nada útil.

Mordren lo miró un instante más, y remató, como quien cierra un expediente con un golpe seco.

—Así que repite conmigo, letrado: la escisión no te exime. La escisión te delata.

En el fondo, Samuel Graves seguía quieto. Pero su quietud ya no era espera: era cálculo. Como si supiera que, después de Mordren, lo que quedaba no era debate.

Era sentencia. La que, en pocos minutos, iban a dictar tras la «Rueda de los Siete».

18
La rueda de los siete

La Cámara respiró una vez, lenta, como un animal viejo que decide si merece la pena gastar oxígeno en la siguiente parte.

Mordren no cedió el centro: lo abrió. Y, al abrirlo, la rueda de los Siete empezó a girar.

No hubo votación ni turno anunciado. Cada magistrado clavó su cuchillo donde sabía que dolía: en la forma, en el sonido, en el rastro, en la doctrina. En la mentira.

El investigado —o su proyección— permanecía allí, suspendido en esa comparecencia que no era asiento ni consuelo. Un cuerpo que no terminaba de ser cuerpo, una presencia obligada a sostener su propia versión bajo el peso de la ley.

Lucien Verlaine

Lucien no miró el acta flotante. Miró al hombre. Y lo miró como se mira a alguien que cree que el mundo es un escenario donde basta con vestirse bien para que te crean.

Su claridad —esa elegancia ofensiva— cortó las sombras sin pedir permiso.

—Curioso —dijo, con una suavidad venenosa—. Su narrativa encaja demasiado bien.

El defensor abrió la boca, pero Lucien levantó un dedo, mínimo. La cortesía era una cadena y él sabía tensarla.

—La desgracia le sienta con una precisión… casi artística. —Pausa, una sonrisa leve que no era amable—. La inocencia le cae con demasiada precisión. Casi como un traje hecho a medida.

La frase quedó flotando como perfume caro en un cuarto de cadáveres. Lucien no acusaba con gritos: acusaba con estética. Y, de

pronto, la defensa sonó a vestuario.

Eryx Valmont

Eryx no «*habló*» como hablan los demás. Se manifestó en la sala como una mejora en la acústica, como si el aire se volviera capaz de escuchar lo que normalmente se pierde.

Cuando su voz llegó, fue baja, exacta. No discutía hechos. Discutía frecuencia.

—No me interesan sus metáforas —dijo—. Me interesa su quiebre.

El acta giró en el aire, mostrando otra frase distinta: «*Yo no fui*». La piedra, en la pared, devolvió el eco roto: «*…dos… voces…*».

Eryx inclinó apenas la cabeza, como quien escucha una grabación manipulada.

—Hay un silencio ensayado donde debería haber verdad. Y hay un énfasis impostado donde debería haber miedo.

La Cámara pareció afinarse aún más.

—La verdad no siempre grita —añadió Eryx—. Pero tampoco interpreta.

Y, en esa frase, el investigado perdió algo invisible: la posibilidad de que su «*fractura*» sonara a sinceridad.

Aureon Valegris

Aureon no tenía prisa. Su peso era, en sí mismo, un argumento. Cuando habló, el aire pareció densificarse un grado, como si la sala recordara que lo humano, a veces, es un recipiente demasiado frágil para lo que invoca.

—Si la parte escindida es alguien —dijo, y la palabra alguien cayó con gravedad—, entonces la Corte no puede fingir simpleza.

Miró el hilo encapsulado, ese residuo oscuro que vibraba como si tuviera hambre.

—Lo roto no es permiso —continuó, sin elevar el tono—. Lo roto es responsabilidad doble: por lo que te hicieron… y por lo que hiciste con ello.

Aureon no absolvió. Pero tampoco permitió el alivio fácil de la condena simplista. Su frase obligaba a una incomodidad: en el

mundo arcano, existir de forma compleja no te salva; te complica el juicio.

Cael Vesper

Cael fue tránsito incluso al hablar. No había en su voz nada ornamental; había ruta.

El eco de herradura —ese sonido que no terminaba de ser sonido — recorrió el anillo de piedra del suelo como si alguien marcara un mapa con golpes.

—No me interesa dónde acabó —dijo Cael—. Me interesa por qué camino huyó.

El defensor intentó intervenir, pero Cael lo ignoró con la indiferencia de quien ha visto demasiados fugitivos justificarse.

—No se huye igual cuando eres inocente —prosiguió—. Se huye distinto cuando buscas sustraerte a jurisdicción.

Señaló con una falange —o con la idea de una falange— hacia un punto del suelo, donde las marcas circulares parecían más gastadas.

—Rutas liminares. Umbrales. Cruces que no se toman por instinto, sino por conocimiento.

Su conclusión fue una cuchillada limpia:

—La huida es forma de intención.

Lilim Seraphis

Lilim habló como hablan los sistemas cuando quieren parecer justos: con una pureza impecable que no deja olor a sangre… aunque esté hecha de sangre.

Su postura era perfecta. Su voz, serena. Podía haber sido un manual. Podía haber sido una plegaria institucional.

—La Corte puede tolerar la complejidad —dijo—. No puede tolerar que la complejidad se convierta en método de impunidad.

No levantó la voz. No necesitó drama. Su autoridad era la del orden absoluto presentado como protección.

—Aquí hay una prelación que no admite sentimentalismos —prosiguió—: el orden público arcano precede a cualquier defensa individual basada en escisión.

El defensor tragó saliva. Porque, dicho así, sonaba impecable. Sonaba incluso admirable.

Lilim siguió, y su frase cayó como un sello sobre la madera:

—Si el pacto crea monstruos internos, entonces el sujeto que firmó creó la puerta. Y quien crea una puerta responde por lo que deja pasar. Es doloroso, pero es así.

Vladhar Noctis

Vladhar dejó que todos hablaran. Ese era su poder: hacer que la sala girara alrededor de su silencio.

Cuando por fin habló, no se lanzó sobre la culpabilidad como una bestia. Se lanzó sobre la doctrina. Sobre el precio de lo que estaban a punto de hacer.

—Antes de decidir si es culpable —dijo, lento— dedidid qué clase de Corte queréis ser después de esta decisión.

La frase no era amenaza. Era advertencia.

Vladhar no miró al investigado. Miró la Cámara. Miró la ley en las paredes, como si escuchara su cansancio.

—Últimamente, la Corte confunde sanción con ejemplo —añadió, y el aire pareció enfriarse un matiz—. Y el ejemplo… cuando se vuelve placer, deja de ser justicia.

El defensor intentó respirar. Samuel, al fondo, no se movió. Lilim no parpadeó.

Vladhar continuó, dejando caer una semilla que no se explicaba, pero se sentía como una fisura bajo los pies:

—La ley no nació para disfrutar del castigo. Nació para impedir la carnicería.

Una pausa.

—Y cuando olvidamos eso… no estamos aplicando ley. Estamos escribiendo miedo.

La rueda se detuvo. No porque hubiera terminado el debate, sino porque la Cámara, saturada de cuchillos, había decidido que ya era suficiente sangre verbal por el momento.

Las disposiciones en las paredes parpadearon una sola vez.

Un latido breve.

Y el silencio volvió a caer con la misma certeza que una sentencia: lo que se dijera a continuación ya no sería opinión.

Sería destino.

-*.*-

La Cámara no celebró la deliberación. La Cámara cerró.

Como un archivo que deja de admitir nuevas pruebas.

El jurista defensor —todavía con ese brillo de suficiencia en la comisura— quiso hablar, pero el aire lo calló antes que cualquier palabra. Allí, la última palabra no la tenía el letrado. La tenía la piedra.

Vladhar no levantó la mano. No hizo gesto solemne. A veces la autoridad más antigua es la que menos se nota. La luz, esa luz que delimitaba, estrechó el espacio de comparecencia un grado más, como si el centro se hubiera vuelto una boca.

Mordren habló primero, porque Mordren no podía evitar ser la cuchilla que inaugura el corte.

—Culpable.

La palabra cayó limpia. Sin temblores. Sin emoción.

Y ese fue el horror: que sonó lógica.

Lilim tomó el hilo, impecable, y lo convirtió en doctrina. Cada frase parecía una sentencia bien redactada, escrita para resistir críticas, para que el sistema se justificara a sí mismo incluso cuando estaba haciendo algo inhumano.

—Se declara culpabilidad por delito de extracción de voluntad —dijo—. Con pacto agravante. Y por la víctima: menor.

La palabra menor no fue un lamento. Fue un artículo.

Lucien observó al condenado como se observa a un actor al que se le ha caído el maquillaje. Eryx «escuchó» el quiebre de la confesión y lo dejó suspendido como un hecho acústico. Cael, sin mover la cabeza, se quedó con el mapa de huida clavado como una espina. Aureon apretó la mandíbula, porque incluso los monstruos entienden cuándo una institución se vuelve monstruosa. Mordren no parpadeó: para él, la autoría era una línea recta. Y Lilim… Lilim

permanecía perfecta. Ni un músculo de más. Ni una duda visible. La justicia como geometría.

Vladhar calló.

No por compasión. Por otra cosa: por la clase de silencio que aparece cuando alguien sabe que, a partir de cierto punto, ya no hay diferencia entre sanción y espectáculo.

—Pena máxima —sentenció Lilim, serena—. La Corte no tolerará que el pacto se convierta en método.

El defensor abrió la boca, un reflejo inútil.

—Honorables Magistrados, por favor…

—No —cortó Mordren.

Una sola sílaba, y el mundo volvió a obedecer.

El condenado —Ismael Rojas— estaba en el centro, con la espalda demasiado recta para ser inocente y demasiado rota para ser simple. Sus ojos buscaban un lugar donde esconderse, pero no había esquinas en la Cámara: solo competencias.

Entonces Lilim dijo la frase que lo cambió todo:

—Se ejecuta.

No añadió «hoy». No añadió «aquí». No hacía falta. La Corte no dictaba penas para el futuro. La Corte dictaba consecuencias.

El aire se volvió más frío. No era temperatura. Era procedimiento.

Las marcas circulares del suelo comenzaron a humedecerse de luz, como tinta que se despierta bajo la piedra. No un brillo teatral, sino un resplandor mínimo, clínico, asquerosamente exacto. La Cámara se convirtió, sin transición, en una oficina de muerte.

Graves seguía allí, al fondo, inmóvil. Su expediente seguía bajo el brazo. Incluso él parecía más pálido, aunque su rostro no se moviera. Samuel no era un sentimental; pero sabía reconocer cuándo el sistema estaba disfrutando.

Lilim pronunció el nombre del hechizo sin grandilocuencia:

—La Compulsa Carmesí.

La frase sonó como un sello estampado sobre carne.

El círculo del suelo «*encendió*» un latido de tinta húmeda. Las runas no chisporrotearon: se activaron con la obediencia de un mecanismo antiguo. Ismael abrió la boca para gritar… y solo le salió aire.

Primero fue el tirón interno.

No una herida visible. No todavía. Fue la sensación de que algo, dentro de él, intentaba alinearlo con una frase. Como si su cuerpo dejara de ser cuerpo y pasara a ser soporte. Como si una mano invisible le planchara la piel desde dentro, exigiéndole quedarse quieto, consciente, presente.

Porque ahí estaba el verdadero castigo: el sistema no quería solo su muerte. Quería su asistencia.

Ismael se arqueó un milímetro. Sus dedos se abrieron con espasmo. Sus ojos buscaron escape. El aire lo sostuvo en el centro como un documento sujeto por una pinza.

La sangre no brotó en caos.

La sangre… obedeció.

Aparecieron primero líneas finísimas sobre la piel, como trazos de pluma. No parecían cuchilladas: parecían caligrafía. Pequeñas aperturas ordenadas que se dibujaban con paciencia, como si alguien estuviera escribiendo un acta en un idioma que solo la Cámara entendía. Cada trazo era exacto. Cada curva se cerraba donde debía. No había violencia descontrolada. Había procedimiento.

Ismael gimió, y el gemido no fue solo sonido. Eryx lo oyó como «*nota rota*», como confesión deformada. Como una frecuencia que delataba algo más profundo que el dolor: la certeza de que no había apelación.

Aureon apretó la mandíbula, tenso. No por piedad. Por esa incomodidad ontológica que solo siente quien entiende que convertir la carne en papel no es castigo; es degradación del ser. No solo mueres: te convierten en instrumento de una frase.

Mordren no apartó la mirada. Su ética era dura, recta, y por eso mismo peligrosa: veía el crimen y veía el precio, y aceptaba ambos como si fueran inevitables.

Lilim observó con serenidad impecable. No disfrutaba —o si lo hacía, no lo mostraba—. Supervisaba. Como quien vigila una cadena de custodia. Su belleza institucional era lo que helaba: la perfección de alguien que cree que la atrocidad puede ser «*necesaria*» si la redactas bien.

Lucien, con su claridad ofensiva, contempló la escena como quien ve una máscara arrancarse sola. Si el condenado había intentado vestir la inocencia como traje, ahora el sistema lo desnudaba con tinta.

Cael, sin moverse, registró el tránsito del delito final: la ejecución como ruta de ejemplo. El miedo no necesita caminos; se instala.

Y Vladhar…

Vladhar, por primera vez, se movió.

No para detenerlo. No para indultar. Para algo más devastador: para marcar el límite entre justicia y barbarie.

Dio un paso —uno— hacia el borde del círculo.

La luz de las runas titubeó un instante, como si reconociera una autoridad distinta: una que no era técnica, sino moral.

Vladhar habló sin elevar la voz, y aun así la Cámara pareció escuchar por primera vez de verdad.

—Basta.

La palabra no fue un grito. Fue un cambio de eje.

Las líneas sobre la piel de Ismael se completaron con una última curva y se apagaron como tinta absorbida. El círculo dejó de latir. El cuerpo, sostenido hasta ese instante por el procedimiento, cayó al suelo con una pesadez humana.

No hubo aplausos. No hubo reacción.

Solo el silencio.

Pero ahora el silencio era distinto. Ya no era obediencia perfecta.

Era una sentencia nueva, no escrita.

La Corte acababa de mostrar su poder… y su corrupción.

Porque la Compulsa Carmesí no era solo una pena.

Era un mensaje interno, un aviso a los vivos que aún creían que la ley servía para evitar la carnicería.

Lilim se giró apenas hacia Vladhar, todavía impecable.

—Magistrado Noctis… —empezó.

Vladhar no la miró.

—Últimamente —dijo, y su voz fue piedra húmeda— confundimos sanción con ejemplo.

La luz delimitó otra zona de sombra, como si la Cámara misma sintiera vergüenza.

—La ley no nació para disfrutar del castigo —remató Vladhar—. Nació para impedir la carnicería.

Y en ese instante, más que el cadáver, más que la tinta, más que el procedimiento, lo que quedó grabado a fuego fue lo peor: que incluso quien presidía desde el silencio… empezaba a dudar de aquello que estaba presidiendo.

La Cámara no discutió más. No porque hubiera acuerdo. Porque, en aquel lugar, el desacuerdo era un lujo que se permitía la filosofía; el sistema, no.

El defensor aún tenía la boca entreabierta, como si quisiera rescatar su última trampa retórica del fango, pero la luz —que delimitaba— lo dejó fuera del centro. La palabra ya no le pertenecía.

Mordren no pidió orden. No hizo falta. La obediencia, allí, era una propiedad del aire.

—Queda establecido.

Vladhar no alzó la voz, y por eso la sentencia cayó más pesada. No era un grito; era una firma.

—El investigado, Ismael Rojas, es declarado culpable.

El acta flotante giró sola, húmeda, nerviosa, como si la Cámara la obligara a contener una única versión. Por primera vez desde que compareció, la frase no cambió.

CULPABLE.

Lucien no pestañeó. Eryx sintió, en la piedra, una frecuencia que se cerraba. Aureon pareció respirar más despacio. Cael se quedó mirando el anillo del suelo como si ya estuviera midiendo la ruta del final. Lilim mantuvo esa impecabilidad de estatua: el tipo de serenidad que, por fuera, huele a justicia… y por dentro, a procedimiento.

Vladhar continuó, y el razonamiento fue limpio. Tan limpio que dolía. Incluso a él mismo

—La defensa por escisión no prospera. No por negación de la fractura, sino por su uso. La fractura no se acredita como involuntaria, sino como consecuencia funcional de un pacto agravante. La autoría no se diluye: se confirma. Quien crea la puerta responde por lo que deja pasar.

El hilo encapsulado vibró. Como una cuerda satisfecha.

—Se aprecia delito de extracción de voluntad. Se aprecia homicidio ritual con agravante por víctima menor. Se aprecia pacto como detonante y como herramienta de impunidad. —Hizo una pausa mínima—. Pena máxima.

La palabra máxima no fue un adjetivo. Fue un destino.

El defensor dio un paso atrás, instintivo, como si su cuerpo supiera que ya no estaba defendiendo a un cliente, sino siendo testigo de un método. Ismael Rojas —o lo que quedaba de él en esa comparecencia— intentó hablar. Su garganta emitió un sonido inútil. La Cámara no lo registró como argumento.

Mordren habló sin emoción.

—Procedan.

Y entonces ocurrió lo verdaderamente indecente: la Corte convirtió una condena en un espectáculo interno. No para el pueblo humano —eso sería vulgar—, sino para sí misma. Para la maquinaria. Para recordarles a todos, allí dentro, que la Ley no solo castiga: marca.

El círculo del suelo se activó.

No «*se encendió*» como fuego. Se abrió como tinta.

Las marcas circulares, antes gastadas y silenciosas, empezaron a brillar con un resplandor húmedo, oscuro, carmesí. No era rojo de sangre viva; era rojo de expediente recién sellado. El brillo se extendió por los surcos del anillo como si una pluma invisible estuviera rellenando letras en una sentencia.

La Compulsa Carmesí.

La Letra de Sangre.

Ismael sintió primero el tirón.

No fue un dolor externo. Fue interno, profundo, como si alguien le sujetara la piel desde dentro y tirara de ella hacia el vacío. Un espasmo le recorrió el torso. Se arqueó, pero el círculo lo mantuvo en el centro, sin permitirle caer. Porque el sistema, incluso al matar, exigía formalidad.

Su respiración se convirtió en un jadeo rasgado.

La sangre no brotó caótica. Eso habría sido humano. La sangre… obedeció.

Empezó en un punto del pecho, bajo la clavícula: una línea finísima, como un corte de bisturí. Luego otra. Y otra. No eran cuchilladas; eran trazos. Caligrafía. Letras trazadas en carne con una precisión que daba asco por su belleza.

Las líneas se abrían despacio, sin prisa, como si el procedimiento quisiera que el condenado lo entendiera. La sangre emergía y, en lugar de caer, se quedaba en suspensión un instante, formando puntos exactos, acentos invisibles, signos de puntuación que el cuerpo no estaba hecho para soportar.

Ismael gritó.

El grito no fue un grito largo; fue un gemido que se quebró en mitad, como si su garganta no tuviera derecho a terminar la frase.

Eryx lo percibió como lo que era: una nota rota. No un sonido, sino un registro imperfecto en la piedra. La confesión última no era "lo siento". Era la música del dolor intentando justificar su existencia.

Aureon apretó la mandíbula. Su peso no cambió, pero en sus ojos —si alguien hubiera tenido permiso para mirar— se habría visto esa incomodidad antigua: la conciencia de que aquello no era solo castigo. Era degradación ontológica. Convertir a un ser en documento.

Lucien observó el cuerpo como si observara un traje que se descose, elegante incluso en su crueldad: el tipo de mirada que detecta el artificio y lo disfruta. Cael, práctico, siguió las líneas como si fuera un mapa: inicio, recorrido, final. Mordren no apartó los ojos ni un milímetro. Su ética era dura. Para él, el horror era el precio de la coherencia.

Lilim Seraphis permaneció impecable.

Su rostro no mostró placer. Tampoco repulsión. Solo supervisión. Como quien firma un trámite necesario con la serenidad de una magistrada modelo. En ese gesto —en esa serenidad limpia— estaba la forma más peligrosa de corrupción: la que se disfraza de eficiencia.

Las líneas avanzaron por el torso de Ismael, bajaron por el abdomen, se ramificaron por el cuello, rodearon la garganta como una cláusula. Cada trazo se abría con un corte mínimo. No se desgarraba: se escribía.

Y mientras se escribía, la sangre se ordenaba en la piel como tinta, marcando palabras que nadie necesitaba leer para entender.

El cuerpo convulsionó. Las piernas temblaron. Los dedos se extendieron, rígidos, como si buscaran firmar algo en el aire. Sus ojos se abrieron con esa lucidez desesperada del que entiende tarde que no lo matan: lo están archivando.

La Cámara, con su silencio protocolario, escuchaba.

El acta flotante giró sobre sí misma, y, como si respondiera al procedimiento, empezó a reflejar en su superficie la misma caligrafía que se estaba escribiendo en el cuerpo: condena duplicada, carne y papel en paralelo. El sistema no confiaba en una sola copia. Jamás.

Ismael intentó suplicar. Solo salieron fragmentos, saliva con hierro, un ruido que parecía palabra y no llegaba a serlo. El círculo lo sostuvo consciente. Porque, en esa ejecución, la consciencia era parte del ritual: «*dar fe*».

El dolor subió hasta un punto que no era dolor, sino ruptura. La sangre, obediente, siguió trazando su última línea: una rúbrica invisible sobre el esternón, como si la Corte firmara con él.

Entonces el cuerpo se arqueó una última vez, como un puente que se parte en mitad. Y el sonido que salió de su garganta no fue un grito: fue un estertor que se apagó en el aire con la resignación de un sello que termina de secarse.

La tinta —su sangre— dejó de moverse.

El círculo se apagó lentamente, como una pluma que levanta la punta y decide que ya está.

Durante un segundo, la Cámara volvió a ser solo piedra y vidrio. Pero el olor cambió: hierro caliente, tinta fresca, cera apagada. Un archivo recién cerrado.

Lilim no se movió. Mordren asintió una vez, como quien marca «ejecutado» en un registro. Cael se giró ligeramente, ya pensando en el siguiente tránsito. Lucien parpadeó despacio, satisfecho de la perfección formal. Eryx guardó la frecuencia del último gemido como una nota que no debería repetirse. Aureon respiró hondo, porque incluso el peso necesita aire.

Y Vladhar…

Vladhar se quedó mirando el centro.

No al cadáver. A lo que la Cámara había hecho con la idea de justicia.

No dijo nada. No protestó. No levantó la voz. Pero algo en su silencio cambió de densidad, como una sombra que, por primera vez, no está de acuerdo con la luz que la dibuja.

La luz de las runas parpadeó una vez, muy leve, como si el Códex —desde donde fuera que escuchaba— hubiera registrado la ejecución.

Y el silencio, al caer de nuevo, no sonó a obediencia.

Sonó a advertencia.

La sangre dejó de moverse con una obediencia casi insultante.

No hubo charcos crecientes ni caos final. La Letra de Sangre terminó su rúbrica y, como si alguien hubiera levantado la pluma, el carmesí se quedó quieto, pegado a la piel, ordenado en trazos finísimos que ya no eran herida: eran acta. El círculo del suelo se apagó poco a poco, no como fuego que muere, sino como un sello que se cierra. La luz delimitadora volvió a sus zonas de sombra, recomponiendo competencias, devolviendo al aire su protocolo.

Y la Cámara… se recolocó.

No como humanos después de un horror, sino como estructura después de un trámite. Una resaca de poder: no la del alcohol, sino la del dominio.

Un funcionario compareció.

No entró. Compareció. Era una figura de oficio, sin rostro memorable, con manos que parecían hechas para no temblar. Se acercó al centro sin mirar el cadáver como «*cadáver*». Miró lo que quedaba jurídicamente: el residuo, la huella del pacto, el eco del procedimiento. Extrajo del aire el acta flotante con un gesto que parecía administrativo y, sin embargo, tenía algo de exorcismo. El documento, húmedo y cambiante, se dejó recoger como si supiera que ya no tenía derecho a contradecir.

El hilo encapsulado fue retirado con la misma delicadeza con la que se retira un objeto contaminado. No por asco, sino por norma.

El cuerpo —o lo que quedaba de él— no fue «*levantado*» con urgencia. Fue neutralizado por protocolo: una sombra de

mantenimiento, una camilla sin ruedas visibles, una puerta que se abre sin chirrido. Sin espectáculo. Sin duelo.

Lucien se alisó el puño de la manga, impecable, como si acabara de presenciar una ópera y estuviera corrigiendo un detalle de vestuario. Eryx permaneció en ese no-estar que mejoraba la acústica: la nota rota ya había sido registrada y, por tanto, archivada. Aureon sostuvo un segundo más la mirada sobre el centro, como si pesara la ontología del castigo, y luego retiró el peso con disciplina. Cael, ya de tránsito, pareció mirar una ruta que los demás no veían. Mordren, satisfecho en su dureza, no dio ninguna señal de emoción: su ética no buscaba consuelo.

Lilim Seraphis habló con serenidad impecable, admirable incluso.

—El equilibrio ha quedado preservado.

Lo dijo como quien firma un oficio que salva una ciudad del incendio. Sin alegría. Sin crueldad visible. Sin el menor temblor. La frase olía a protección del sistema. Y, precisamente por eso, tenía filo.

Vladhar tardó un segundo más en moverse.

Un solo segundo. Pero en aquella sala, un segundo era una grieta.

Su silencio no contradijo. No protestó. Solo… pesó distinto. Y luego, con una lentitud contenida, como quien se obliga a seguir caminando sobre un suelo que ya no reconoce, volvió a ser el magistrado que presidía desde lejos.

Al fondo, Samuel Graves tragó seco.

Lo hizo sin dramatismo, sin que nadie lo notara salvo quien supiera leer las pequeñas traiciones del cuerpo. Porque él venía a hablar de un caso. De un crimen. De una llave. Y acababa de ver, en directo, lo que la Corte consideraba «normal». La ejecución no le había sorprendido como concepto —Samuel sabía dónde trabajaba —, pero sí como medida. Como gusto. Como… método.

Apretó el expediente bajo el brazo. Su turno no era un honor. Era una obligación.

Dio un paso al centro.

Y el aire, obediente, le dejó hablar.

Samuel no hizo reverencias. No vendió solemnidad. Se limitó a comparecer con ese tono de hombre sofisticado que ha aprendido a sobrevivir en salas donde las palabras te pueden cortar.

—Ilustres magistrados de la Corte de las Sombras —dijo con sumo respeto—. Presento un asunto en la jurisdicción territorial mágica de El Puerto de Santa María.

La frase, simple, cayó con peso.

—Lugar de los hechos: el muelle. Madrugada. Una víctima: varón, identificado como Ulises Beaumont. —Hizo una pausa mínima, mirada controlada—. Hallado con signos compatibles con homicidio ritual y residuo arcano evidente.

El funcionario, al margen, ya tenía el acta preparada para registrar. El vidrio negro devolvía el brillo de la luz como una amenaza discreta.

Samuel abrió el expediente. No era papel corriente: era material de archivo con cierres, etiquetas, marcas. Aun así, él hablaba como un hombre que conoce la cadena de custodia mejor que la poesía.

—Escena acordonada por Policía Nacional. Intervención humana inicial. Fotografías. Inspección ocular. El cuerpo fue trasladado al anatómico forense de Cádiz a primera hora de esta mañana.

Lilim escuchó «anatómico forense» sin pestañear.

Perfecta.

Todos los demás, observaban y escuchaban a Samuel Graves como si fuera un acto protocolario. Todos… excepto Vladhar Noctis, quien desde su silencio, parecía quien más estuviera interesado en la justicia mágica que todos los demás.

Samuel continuó.

—Elementos relevantes: venas violáceas en cuello y sienes, compatibles con intrusión y extracción. Círculo irregular en suelo, mezcla de sangre y hollín. Restos de cera de tonalidad plomiza. Fragmentos carbonizados. Incisiones con trazos simbólicos.

Hizo una pausa corta. Lo suficiente para elegir las palabras más cargadas sin sonar teatral.

—Y, en la mano de la víctima… una marca térmica con forma de llave antigua. En el grabado: runa no catalogada en registro humano.

Mordren no se movió. Lucien observó como quien evalúa la calidad de un engaño. Eryx, invisible, escuchó la frecuencia del relato. Cael pareció medir rutas posibles. Aureon sostuvo el peso del concepto "extracción". Vladhar permaneció lejos, atendiendo a la doctrina que se iba a activar. Lilim… impecable.

Samuel añadió, con precisión quirúrgica:

—No es un homicidio oportunista. Es un mensaje. Hay intención formal, estética, reglada. Y el residuo en piedra —aunque en informe humano lo llamen «*anomalía*»— es de los que cumplen requisitos de intervención.

Samuel levantó la vista del expediente.

—Solicito jurisdicción plena. Y acceso a trazas internas del *Códex* operativo para determinar origen del símbolo y naturaleza de la llave.

El expediente de Beaumont quedó suspendido en el centro de la Cámara como un cuerpo sin carne: puro peso documental. La palabra «*llave*» todavía flotaba en el aire, mezclada con residuo, con símbolo, con ese olor sordo a tinta vieja que siempre aparecía cuando la Ley olía a puerta.

Vladhar no habló de inmediato. Dejó que el silencio hiciera lo que siempre hacía en aquella sala: ordenar la obediencia antes de dictar el siguiente movimiento.

Cuando por fin habló, su voz no fue un golpe; fue una línea de doctrina.

—Esto no es un homicidio mágico al uso que deba cerrarse rápido —Pausa— Hay símbolo. Hay objetos arcanos. Hay residuos mágicos. Y marca de ley antigua.

Su mirada no se posó en Samuel. Sino en el vacío, como si viera, tras el expediente, un mapa más grande: rutas, umbrales, consecuencias. Y añadió, con esa distancia que presidía sin estar arriba:

—Exijo supervisión interpretativa. Soy el magistrado más antiguo, y tengo el derecho de elección.

La frase sonó limpia. Y, precisamente por eso, sonó peligrosa. Porque «*supervisión interpretativa*» era la manera elegante de decir: esto toca al corazón del sistema.

Lilim Seraphis no discutió. No contradijo. Lilim nunca parecía discutir: encuadraba.

Se limitó a girar un grado el rostro, lo justo para que la luz delimitadora le dejara el perfil impecable.

—La supervisión doctrinal es sensata —concedió, como si a Vladhar le perteneciera la razón por derecho natural—. Pero el caso requiere asignación operativa inmediata.

Procedimiento y protección. Ambos juntos en una misma frase. La integridad de Lilim en estado puro.

—La Policía mortal ya ha abierto un atestado y hay cadena de custodia sobre las pruebas. El cuerpo está en el anatómico forense de Cádiz, y conviene que vuestro despacho y la propia Corte recaben, por medio de ciertos procedimientos mágicos, pruebas que nos ayuden a esclarecer qué está pasando. Hay un ruido superficial que, si no se gestiona, se convierte en rumor. Y el rumor, en preguntas. —Pausa mínima, sin emoción visible—. Procedimiento y competencia.

Lucien Verlaine se permitió una exhalación, casi una sonrisa.

—Ah, el dulce perfume de «*competencia*» —murmuró, elegante como un veneno—. Siempre huele a excusa.

Mordren no le dio espacio.

—¿Quién instruye? —preguntó, y la pregunta fue una orden envuelta en dos palabras.

La Cámara volvió a tensarse. La designación era siempre el momento real del poder: la sentencia ya estaba hecha, pero ahora se decidía quién iba a escribirla en el mundo.

Vladhar sostuvo el silencio un instante más. No porque dudara, sino porque sabía que, en cuanto nombrara, el caso ya tendría dueño.

Lilim, impecable, propuso sin parecer proponer. Esa era su maestría: poner una vía delante del sistema y dejar que el sistema creyera que la eligió solo.

—La llave no es una prueba. Es un tránsito. —Su tono fue sereno —. Si hay umbral, hay ruta. Si hay ruta, hay sustracción. Y si hay sustracción… hay competencia de tránsito.

Cael Vesper no se movió, pero el eco de herradura —ese sonido que no terminaba de ser sonido— vibró apenas bajo la piedra, como si el nombre hubiera rozado su jurisdicción antes de pronunciarse.

Eryx, desde su no-presencia, dejó que el aire siguiera siendo exacto. Mordren no apartó la dureza. Aureon pesó, contemplando la gravedad de «llave» como si fuera un hueso en la garganta del mundo.

Samuel Graves, al fondo, permanecía quieto. Solo sus dedos, sobre el lomo del expediente, apretaron un milímetro más.

Vladhar habló al fin.

—Instrucción operativa: Cael Vesper. Es con quien mejor puedo encajar.

La designación cayó como un sello. No se oyó el golpe, pero la Cámara lo sintió. Incluso la luz delimitadora pareció reajustar sus zonas, como si acabara de asignar competencias invisibles en el aire.

Cael no pudo evitar soltar una risa grave.

—Así de amargado estás, que ninguno de los magistrados quiere trabajar contigo…

Vladhar no mostró desaprobación, sino más bien, sacó su lado más desafiante.

—Porque para mí, a diferencia de la mayoría de los presentes, el *Códex* no es un juguete. Es la base de nuestro poder. Nosotros nos debemos a él, y no al revés. No debéis olvidar eso, y parece que a veces se os olvida. Lo que os molesta es que os lo recuerde.

Lilim inclinó apenas la cabeza. Aprobación perfecta. Ni demasiado pronto, ni demasiado tarde. El tipo de gesto que parece neutral… y, sin embargo, deja claro quién ha encarrilado la vía.

Vladhar continuó tras la interrupción, sin mirar a nadie en particular:

—Control doctrinal: bajo mi supervisión.

Esa segunda línea fue el contrapeso. El recordatorio de que la Corte podía delegar rutas… pero no delegar lo que olía a ley herida.

Lilim no protestó. No la necesitaba.

—Por supuesto —dijo, impecable—. Así se preserva el equilibrio entre interpretación y procedimiento.

Equilibrio. Otra vez esa palabra. En esa sala, «*equilibrio*» era el disfraz más elegante del control.

Mordren, que olía el barro bajo las palabras limpias, soltó una frase seca:

—Y el despacho es el competente por zona. ¿Algún problema?

Lilim contestó sin titubear, como si ya lo hubiera decidido antes de que la pregunta existiera.

—Graves & Asociados, por jurisdicción costera y por capacidad operativa —Pausa— Con advertencia de discreción máxima. Este caso no necesita testigos humanos, necesita silencio.

Samuel Graves no mostró orgullo. Solo aceptó la carga con la quietud del que entiende que, cuando la Corte «te confía» algo, también te pone una soga elegante.

—Se acata tal y como ordena la Corte de las Sombras —dijo.

Y entonces, con la misma suavidad con la que se cierran los sellos sin romperlos, la Cámara pareció cerrarse sobre su nueva verdad:

El Caso Beaumont ya tenía ruta.

Ya tenía dueño.

Ya tenía vigilancia.

Y, sin que nadie lo dijera en voz alta, cualquiera que estuviera en aquella Cámara podía sentirlo como se siente una puerta que se abre en un pasillo oscuro: cuando Lilim hablaba de procedimiento, el sistema sonaba demasiado… cómodo.

19
La amenaza se avecina

La Cámara de Deliberación no cerró la vistilla del caso Beaumont con solemnidad. Lo cerró con esa eficacia fría que tienen las instituciones cuando ya han decidido qué clase de mundo quieren sostener. El expediente quedó donde había estado, suspendido en el centro del aire, como si la propia sala lo mantuviera flotando por puro hábito: un documento más en un sistema que archivaba sangre con la misma limpieza que archivaba un recurso.

Samuel Graves seguía al fondo, con el cuerpo quieto y la mente trabajando en dos direcciones: la que el protocolo exigía y la que el instinto dictaba cuando el poder empezaba a oler a hambre. Tenía la sensación —la misma que se tiene antes de una tormenta, cuando el cielo no cambia, pero tú sí— de que la designación del caso no era el final, sino la puerta bonita por la que entraba lo feo.

Y entonces llegó la puñalada suave.

No la dio Mordren. Mordren apuñalaba con hierro.

No la dio Lucien. Lucien apuñalaba con perfume.

La dio Lilim Seraphis, y lo hizo con seda institucional.

No elevó la voz. No moduló para intimidar. No necesitaba el teatro del miedo porque ella era el teatro. Era el tipo de magistrada a la que los ingenuos aplauden: impecable, ordenada, sensata… la clase de mujer que, si te firma una sentencia, te hace sentir que te la mereces.

—Samuel Graves —dijo.

Solo el nombre, pronunciado así, fue un golpe sin ruido.

Samuel levantó la mirada un milímetro. No por reverencia, sino por precisión. La Cámara estaba hecha para medir esos milímetros.

Lilim continuó, con la calma de quien lee un registro de entrada.

—Hemos registrado… dos incorporaciones a la Guardia Arcana.

La frase fue limpia. Demasiado limpia. Como cuando alguien te enseña una hoja de cálculo para ocultarte que lo que están contando son cadáveres.

Samuel no se inmutó. No lo hizo porque no podía permitírselo. Allí, mostrar sorpresa era ofrecer un cuello.

—Correcto —respondió él, sin adornos.

Lucien Verlaine sonrió.

No fue una sonrisa de alegría. Fue una sonrisa de comprensión del teatro. Como quien ve a un actor intentando mantener la cara cuando el guion se le acaba de torcer. Su claridad elegante pareció reflejarse en el vidrio negro, y durante un instante la Cámara pareció una sala de espejos donde todo era máscara, incluida la justicia.

Mordren, en cambio, afiló el silencio. No habló, pero su presencia fiscal se tensó, como si hubiera olido la intención de caza detrás de una frase administrativa.

Aureon Valegris miró a Samuel con esa gravedad que no era acusación, sino examen. No el examen del caso. El examen del hombre. Como si preguntara, sin preguntar: ¿qué has metido tú en el sistema?

Vladhar Noctis, lejos y en el centro a la vez, registró un detalle que otros no habrían notado: el modo en que Lilim estaba pronunciando aquello. El tono. La cadencia. Como si no hablara de dos juristas. Como si hablara de dos piezas. De dos variables en una ecuación peligrosa.

Lilim bajó la tensión primero. Como se baja un arma antes de disparar.

—Andrea Volpi.

Lo dijo con una neutralidad casi amable, como si ese nombre no mereciera más peso que una carpeta sellada. Un jurista más. Un apellido sin historia. Un problema, en todo caso, de carácter.

Samuel asintió una vez, mínima. Sabía dónde estaba. Sabía que esa parte era el preámbulo, no el contenido.

Lilim hizo una pausa.

Y la pausa fue lo verdaderamente cruel.

Porque en la Corte, las pausas no existen por falta de palabras. Existen para que el silencio haga su trabajo: apretar gargantas, tensar espaldas, obligarte a escuchar con la piel.

—Y… Lola Hidalgo.

El apellido cayó con una densidad distinta.

No porque lo dijera más fuerte. Lo dijo igual.

Precisamente por eso.

Lucien sonrió un poco más, como quien disfruta el movimiento fino de un bisturí: el instante exacto en que el poder demuestra que lo sabe todo sin necesidad de gritar.

Mordren, por primera vez en toda la sesión, movió apenas la barbilla. El gesto fue mínimo, pero en su mundo era un gesto de alarma: ese apellido no se pronuncia como un dato; se pronuncia como una advertencia.

Aureon mantuvo la mirada en Samuel. Su peso pareció aumentar un grado, no por amenaza, sino por gravedad moral: el tipo de gravedad que te hace entender que, en la Corte, incorporar a alguien no es contratarlo. Es reclutarlo. O marcarlo.

Vladhar no apartó la atención. En su silencio, la observación se volvió doctrina: el apellido «*Hidalgo*» estaba pesando demasiado para ser casualidad.

Samuel no mostró nada. Ni orgullo. Ni negación. Ni sorpresa. Pero dentro —donde no lo veía nadie, ni siquiera el vidrio negro— sintió un golpe seco, como si una cerradura encajara.

Porque allí, en esa sala, nombrar era una forma de poseer.

Y Lilim acababa de nombrarla como se nombra una pieza en el tablero antes de moverla.

—¿Confías en ella, Samuel? —preguntó Lilim.

La pregunta fue sencilla.

No pedía una respuesta práctica. Pedía una rendición: una declaración de lealtad, un gesto de pertenencia. Si Samuel decía «*sí*», se convertía en garante. Si decía «*no*», la entregaba.

Samuel sostuvo la mirada con la calma del que lleva años negociando con sombras sin dejar que se le noten los dientes.

—Confío en el trabajo —respondió, midiendo cada sílaba—. Lo demás se gana.

Lilim inclinó apenas la cabeza, aceptando la ambigüedad como quien acepta un informe incompleto… porque sabe que lo completará después.

—Sensato —murmuró.

Y «*sensato*» sonó a elogio y a amenaza al mismo tiempo.

Porque la sensatez, en la Corte, era otra forma de obediencia.

El levantamiento de la sesión no se anunció con martillo. Se anunció con la misma lógica con la que se apaga una lámpara cuando ya no necesitas ver.

La luz comenzó a retirarse en orden. No se apagó de golpe; se recolocó, como si respirara. Zonas de sombra recuperaron su competencia. Zonas de claridad se estrecharon. La Cámara volvía a ser, otra vez, esa máquina que podía quedarse inmóvil durante siglos y seguir mandando.

Los magistrados no se marcharon como humanos. Se deshicieron de la comparecencia, se retiraron del aire, dejaron la sala con la misma ausencia con la que habían llegado. Comparecer y desaparecer: dos verbos distintos a «*entrar*» y «*salir*». Dos verbos que te recuerdan que lo humano allí dentro es invitado… y prescindible.

Vladhar tardó un segundo más.

Un segundo de más, otra vez.

Su voz —baja, casi para sí, casi para el vidrio negro— dejó caer una frase que no era orden ni sentencia. Era diagnóstico, y por eso era peor.

—La ley se está acostumbrando al dolor.

No lo dijo mirando a nadie. Lo dijo como quien habla con el Códex sin nombrarlo.

Lilim, ya en retirada, remató con su impecabilidad admirable, sellando el orden como quien cierra una carpeta con el mundo dentro:

—Que la norma llegue antes que el rumor.

La frase era preciosa. Perfecta. Y aterradora.

Porque en la Corte, «*llegar antes*» significaba borrar huellas, moldear memorias, decidir qué se permite recordar.

Cuando la Cámara estuvo a punto de quedar vacía, un susurro institucional atravesó el espacio. No se supo de quién venía. No tuvo rostro. No tuvo género. Fue la voz de una estructura hablando con naturalidad de muerte, como si la muerte fuera procedimiento.

—Si esa jurista cruza una puerta que no le corresponde… la Corte no deliberará. Ejecutará.

Samuel Graves se quedó completamente inmóvil.

Por primera vez desde que compareció, sintió algo que no era miedo físico. No era temor a que lo castigaran. Era una certeza más desagradable: la de estar sosteniendo con las manos un vaso que ya se ha resquebrajado por dentro.

Le habían dado dos aprendices.

Sí.

Pero lo que realmente le habían entregado —sin decirlo, sin firmarlo, sin mancharse— era una sentencia en diferido.

Y esa sentencia tenía un apellido que, en la boca de Lilim Seraphis, había sonado demasiado pesado como para ser casualidad.

Hidalgo.

20
La llamada del Códex

El susurro se apagó… y la Sala del Códex no volvió a la normalidad.

Durante un segundo —solo uno— la cámara pareció esperar. No como una habitación espera a que hables, sino como un juzgado espera a que metas la pata. El brillo mínimo de las disposiciones en la pared se sostuvo, húmedo, casi respirando. Los papeles flotantes siguieron girando, pero con una lentitud distinta, como si el aire hubiera aprendido a escuchar.

Lola no se movió.

La presión en las sienes se le quedó fija, clavada, como un dedo invisible marcando un punto exacto. El estómago se le vació de golpe, como si le hubieran retirado el suelo por dentro. Un latido raro le subió a la garganta y le dejó la boca seca. No era miedo normal. Era reconocimiento. Como si aquel nombre no lo hubieran pronunciado: se lo hubieran invocado desde el otro lado.

Ella siguió mirando el sello oscuro. Y sintió —con una claridad obscena— que, si se acercaba un milímetro más, la puerta no se abriría… la aceptaría.

Pero no se atrevió.

Andrea dio un paso hacia delante, rígido, protector a su manera. No era un gesto romántico; era un reflejo de supervivencia. Se colocó levemente entre ella y la puerta, aunque su cuerpo supiera que, en ese lugar, el cuerpo no tenía autoridad.

—¿Has oído eso? —preguntó, bajo. Seco.

Lola tragó saliva. Tardó una fracción de segundo demasiado larga.

—Sí… —respondió.

La duda le ensució la voz, porque lo había oído, pero también lo había sentido dentro, y esa diferencia la dejaba sin defensa.

Andrea apretó la mandíbula y giró el rostro hacia Bones con el cabreo contenido de quien está intentando no perder los nervios delante de una entidad jurídica que escribe con sangre.

—Dime que esto es parte del numerito.

Bones abrió las manos, teatral, como si estuviera a punto de poner una música corporativa y repartir pegatinas de "equipo".

—Por supuesto —dijo, rápido, demasiado rápido—. Es una actividad de *team building*. «Puertas que te nombran». Muy de empresa moderna.

Su voz intentó sonar ligera, pero la grieta estaba ahí: un filo en la risa, una tensión mínima en el cuello, como si incluso él supiera que el chiste no era suficiente para tapar el abismo.

Una runa cercana parpadeó.

No fue un destello de luz, fue un guiño. Un latido breve, burlón, como si la pared se riera de la mentira.

Bones la señaló con una falange.

—¿Lo ves? —dijo, y ahí sí se permitió un punto de mala leche—. Ha captado lo ridículo que eres. Yo no tengo la culpa. Si es que te las buscas, Volpi.

Andrea no se rio. Ni Lola. El humor, allí, era un paraguas de papel en medio de una tormenta.

El silencio volvió a mandar, apretando la sala como una mano en la nuca.

Lola seguía clavada. Sentía el tirón suave en el estómago, una invitación silenciosa. Como si la puerta tuviera hambre… y ella fuera la única que olía a comida.

Y lo peor era esa certeza íntima que no se atrevía a decir:

Algo me dice que no me han llamado por error.

La Sala del Códex no se equivocaba con los nombres.

Bones reaccionó demasiado rápido.

No como un guía turístico que intenta reconducir una visita. Como un secretario veterano que ha visto cosas que no deberían ocurrir… y sabe reconocer el segundo exacto en que una puerta deja de ser puerta y empieza a ser decisión.

Se colocó entre ellos y el sello con una naturalidad casi automática. Un paso. Un gesto. Y ya estaba ahí, tapando la línea de visión de Lola como si le estuviera quitando una pistola de la mano.

—Eh, eh, eh… —murmuró, bajando el tono sin perder del todo el sarcasmo—. Precioso todo, sí. Pero… a distancia. Aire, aire.

Lola parpadeó. El tirón en el estómago seguía, como un hilo invisible tensado hacia la madera negra. Andrea lo notó: el movimiento de Bones, el instinto. Y eso, por lo que sabía ya de él en pocas horas, era más alarmante que cualquier runa brillando.

Bones tragó saliva. O hizo el gesto de tragar saliva, que en su caso era una coreografía de costillas.

Y entonces lo dijo. Sin remate. Sin chiste.

—Bueno, como iba diciendo. Eso… no debería pasar tan pronto.

Andrea apretó la mandíbula y lo pinchó al instante, porque era su forma de no descomponerse: agarrarse al borde del lenguaje.

—¿Tan pronto para qué?

Bones abrió la boca, dispuesto a soltar una barbaridad con gracia. Se le notó en el arranque del gesto. Pero el guion se le rompió por la mitad. La broma salió… torcida.

—Para que la arquitectura… os coja cariño. Digamos.

Y ahí se quedó.

El silencio entró como un funcionario con sello. La luz —que cortaba— pareció endurecer sus límites. Los papeles flotantes siguieron girando, pero Lola juraría que lo hacían más despacio, como si el aire se hubiera puesto a escuchar su respiración.

Lola respiró hondo y le dolió. No en el pecho: en la idea. El nombre seguía pegado a su piel como si la hubieran marcado con un sello invisible. Tenía la sensación absurda de que, si hablaba demasiado alto, la puerta volvería a llamarla.

Andrea miró el sello de reojo, con esa mezcla de cabreo y miedo que no admite poesía.

—¿Qué es esa puerta? —preguntó, y su voz sonó a amenaza defensiva—. ¿Qué hay ahí dentro?

Bones no contestó de inmediato. Y eso, en él, era una alarma.

Sus cuencas vacías se clavaron un segundo en el sello. Lo miró como quien mira un animal encerrado que acaba de abrir un ojo. No

con terror. Con una prudencia aprendida a base de ver mordiscos.

—Nada que os vaya a gustar a estas horas —dijo al fin, intentando recuperar el tono, pero sin conseguirlo del todo.

Luego tomó la decisión con la rapidez de quien hace control de daños antes de que la ley se convierta en hambre.

—Vamos. Fuera de aquí.

Giró sobre sus zapatos impecables y les hizo un gesto con la mano huesuda, urgente, casi humano.

—Antes de que a la puerta se le ocurra pedirte el DNI.

Andrea soltó una exhalación breve, a medias risa y a medias incredulidad.

—¿También tenéis DNI en el mundo mágico? —repitió, cínico.

Bones lo miró de reojo.

—Aquí la burocracia es inmortal, Volpi. No subestimes su sadismo.

Lola dio un paso atrás sin querer, obedeciendo al movimiento de Bones más que a su propia voluntad. El tirón en el estómago se resistió un segundo, como si algo tirara desde dentro del sello, molesto por perderla. Luego se aflojó apenas, lo justo para que Lola pudiera respirar sin sentir que se estaba traicionando.

Bones los condujo alejándolos del centro, pero antes de girar del todo, volvió a mirar el sello una vez más.

Y en esa mirada —una imposible en un cráneo vacío— había una certeza muda:

La puerta había despertado.

Y él acababa de notar que no era el único.

Salieron de la Sala del Códex como se sale de un sitio donde el aire tiene testigos.

La puerta volvió a sellarse detrás de ellos sin chirrido, sin dramatismo, con esa obediencia fría de los mecanismos antiguos. El pasillo de antorchas azules los recibió con su luz enferma, delimitando sombras en los ángulos, cortando las paredes de piedra como si cada tramo tuviera un artículo propio. Olía a hierro frío y a tinta vieja. Un olor de archivo húmedo, de expediente eterno, de cosas que no deberían estar vivas… y, sin embargo, respiraban.

Bones caminaba delante, demasiado deprisa para ser Bones. Su humor seguía ahí, sí, pero ahora era un paraguas roto: hacía ruido,

pero no cubría.

Andrea lo alcanzó con dos zancadas y el cabreo, por fin, le ganó al miedo. Lo soltó sin suavizarlo, porque a él lo salva la estructura y la estructura acaba de llamarse «*Lola*».

—¿Y Samuel Graves? —escupió—. ¿No tiene nada que decir de esto?

Bones no se detuvo. Siguió andando un par de pasos más, como si necesitara poner distancia entre ellos y la puerta antes de permitir que el nombre de Samuel existiera.

—El jefe ya lo dijo en su día —respondió al fin, con ironía cansada.

Andrea frunció el ceño.

—¿Y qué dijo?

Bones giró el cráneo, y por primera vez desde que entraron al Códex, se le escapó esa expresión suya de «esto es ridículo, pero es real». Imitó la voz de Samuel con una precisión casi indecente: más grave, más baja, más limpia. Una voz de sentencia.

«*—Bones, si yo no estoy, tú te encargas*».

El pasillo pareció estrecharse un milímetro. Las antorchas azules chisporrotearon como si se burlaran del teatro.

Andrea soltó una exhalación seca, a medias risa, a medias «me cago en todo».

—Qué bien. Maravilloso.

Bones alzó las manos, ofendido en modo profesional.

—Y mira qué alegría. Yo soñaba con más responsabilidad. Me falta un ascenso y una úlcera.

El humor salió, sí. Pero venía con grieta. Con esa nota amarga que aparece cuando la broma ya no tapa el miedo, solo lo maquilla.

Lola iba detrás, más callada. No porque no tuviera preguntas. Porque su cuerpo aún estaba en la sala. La presión en las sienes le había bajado, pero no se había ido. Y lo peor era la sensación de ausencia.

Samuel no estaba.

Y en el mundo humano, que un jefe no esté es una gestión de agenda.

En el mundo arcano, que Samuel Graves no esté… era un síntoma.

Lola miró el pasillo, las sombras recortadas, el metal viejo en los remaches, y entendió algo sin necesidad de que se lo dijeran: si Samuel no estaba, era porque estaba en algo grande. Algo que olía a expediente con sangre.

Entonces lo oyó.

Un roce mínimo, como papel contra piedra. No venía del pasillo. Venía de detrás. De la puerta sellada. Como si la Sala del Códex, incluso cerrada, mantuviera el contacto con el aire. Como si aún los estuviera mirando desde dentro.

Lola se giró un poco, instintiva.

Bones lo notó y chasqueó la lengua con un sonido seco.

—No mires —dijo, rápido—. Regla no escrita número uno: si un archivo te llama, tú haces como que no tienes oído.

Andrea lo miró con rabia contenida.

—¿No miramos, no preguntamos, no tocamos…? —ironizó—. Esto es un despacho o una secta.

Bones le respondió sin detenerse, con una calma que no era calma, sino experiencia.

—Es un despacho. —Pausa—. Y también es lo otro cuando hace falta.

Lola apretó los dedos contra la correa de su mochila, notando cómo el mundo le hablaba sin pedir permiso. Y, mientras avanzaban por el pasillo azul, le quedó clara una cosa que la dejó fría por dentro:

Si Bones estaba en «*modo sustituto*», no era porque Samuel confiara en él.

Era porque Samuel no podía permitirse estar aquí.

Y si Samuel no podía… entonces el problema no estaba en esa puerta.

El problema estaba fuera.

El pasillo intermedio no tenía la solemnidad abismal de la Sala del Códex. Tenía algo peor: funcionalidad. Como una oficina que aprendió a respirar en la oscuridad.

Las disposiciones de pared eran más «*operativas*», menos ceremoniales; runas grabadas con trazos rectos, artículos tallados como si fueran cláusulas de urgencia. La luz azul seguía cortando el espacio en franjas, y el metal viejo de los remaches brillaba lo justo para recordar que aquello era estructura, no decoración. Olía a tinta envejecida y a hierro frío, con un fondo de cera apagada que se te quedaba en la garganta como si hubieras tragado ceniza.

Lola caminaba un paso detrás de Bones. Andrea, al lado, callado por primera vez, como si su cinismo se hubiera quedado sin aire.

Y entonces el Códex volvió a hablar.

No desde la sala. Desde el pasillo. Desde lo cotidiano.

Un fragmento de papel se desprendió del aire con una suavidad cansada, como una hoja que ya no quiere flotar pero tampoco quiere caer. Descendió delante de Lola, a la altura del pecho, y se quedó suspendido justo ahí, en el centro exacto de su espacio personal, como si la conociera.

No tocó el suelo.

No tembló.

Se quedó inmóvil, obediente a una ley que no necesitaba gravedad.

Lola se detuvo en seco. El tirón en el estómago volvió, breve, punzante. Un golpe interno, como reconocimiento. Como si alguien, desde dentro, hubiera dicho: *sí, tú*.

El papel estaba en blanco un instante. Solo un blanco húmedo, de expediente recién arrancado.

Y luego se escribió solo.

La tinta apareció sin mano, sin pluma, sin sonido. Primero una palabra. Luego un guion. Luego la cifra como si fuera una hora… o una sentencia.

LLAVE — 4:10

Lola sintió que se le enfriaban los dedos. No era miedo. Era esa otra cosa: el presentimiento de que la ciudad, la noche, y la ley estaban conectadas por un hilo que acababa de tensarse.

Andrea lo vio.

Y su rostro cambió de forma tan clara que casi dolía. Se le fue la ironía. Se le fue el gesto de «esto es absurdo». Se le quedó en la

cara algo más primitivo y más útil: «esto es real y es peligroso».

—¿Lo estás viendo…? —murmuró, sin terminar la frase, como si completarla fuera darle más poder.

Bones se acercó, rápido. Leyó el papel.

Su humor se apagó un segundo.

No porque no tuviera chistes. Porque había cosas que, cuando aparecen así, no admiten chistes al principio. Primero admiten silencio.

Bones levantó el cráneo hacia Lola, y en ese gesto se notó algo que no era burla ni teatralidad: un cálculo veterano. La clase de cálculo que se hace cuando el expediente decide entrar en tu vida sin pedir permiso.

Luego exhaló, como si se resignara al trabajo.

—Ah. Maravilloso —dijo, recuperando el tono con esfuerzo—. Ya nos ha puesto tarea.

Andrea lo miró con incredulidad tensa.

—¿Tarea?

Bones ladeó el cráneo.

—¿No te han puesto tarea nunca en el colegio, idiota?

Y soltó un suspiro que parecía más grande que él mismo.

—Traducción, Volpi: cuando el Códex suelta un dato así… significa que alguien ha hecho una barbaridad y la Ley quiere que alguien la mire. Y esa «alguien», por desgracia, ahora sois vosotros.

Lola no apartaba la vista del papel. Tenía la sensación de que el fragmento no estaba «*en el pasillo*», sino en ella. Como si el papel hubiese bajado para escoger… y hubiera escogido su pecho, su respiración, su nombre sin pronunciarlo.

El fragmento giró apenas, un milímetro, como si confirmara la elección.

Lola tragó saliva.

—¿Y… qué significa «4:10»? —preguntó al fin, y su voz le salió más baja de lo que quería.

Bones chasqueó la lengua con un sonido seco.

—Significa hora. Significa cita. Significa… —hizo una pausa mínima—… que alguien hizo algo a las cuatro y diez y creyó que no iba a dejar rastro.

Andrea dio un paso más cerca del papel, sin tocarlo.

—¿Y la «llave»?

Bones sonrió sin alegría.

—La llave es lo que convierte un crimen en una puerta.

El papel, como si hubiera terminado de hablar, perdió la tinta. Volvió al blanco y se deshizo en el aire con la misma facilidad con la que había aparecido, como si la Ley solo necesitara dejar la semilla, no el árbol.

Pero el dato ya estaba dentro.

En Lola, el golpe interno no se iba. Se le había quedado un eco en las sienes, una presión mínima y una certeza que le daba náusea por lo limpia: no se lo habían dado a Andrea. Se lo habían dejado a ella.

Bones retomó la marcha, ahora con la prisa de quien ya no está haciendo un tour. Ya está gestionando un encargo.

—Venga —dijo—. Antes de que vuelva a escribirnos otra nota. No tengo pared suficiente para tanto *post-it* jurídico.

Andrea lo siguió, aún pálido.

Lola también.

Y mientras avanzaban bajo la luz azul, con el olor a tinta y hierro clavado en la garganta, Lola entendió que el problema no estaba en la puerta que la nombró.

El problema estaba en lo que la Ley acababa de señalar.

Y la Ley, cuando señala… no lo hace para preguntar.

La zona de despacho a la que los condujo Bones no tenía la solemnidad de una sala de tribunal ni la belleza enferma del Códex. Tenía otra cosa: trabajo. Un aire de antesala donde la ley se remanga. Paredes de piedra que habían aprendido a aguantar humo y secretos, mesas con lámparas bajas, archivadores metálicos con cierres que no eran del todo humanos, y un rumor constante de papel que no terminaba de ser papel: expedientes que crujían solos, sellos que parecían respirar, una burocracia nocturna que no necesitaba sol para existir.

La luz aquí no cortaba tanto. Pero vigilaba.

Había un olor persistente a tinta vieja y cuero gastado, y por debajo, como una nota que no se puede apagar, ese hierro frío que

siempre acompaña a los lugares donde se decide qué vida vale y cuál se archiva.

Andrea se detuvo en seco, como si de pronto recordara que aún era un hombre de mundo humano, con principios, con límites, con la absurda idea de que las cosas se pactan con firmas.

—Pero no hemos aceptado oficialmente —soltó, y su voz sonó más alta de lo que pretendía.

Bones ni se giró del todo. Se limitó a encogerse de hombros con la naturalidad brutal de quien ha visto demasiadas entradas sin contrato.

—La ley no espera a que firmes —dijo—. La ley te usa si te necesita.

Andrea apretó la mandíbula.

—Eso no es derecho. Eso es secuestro.

Bones lo miró de reojo, con una chispa de humor negro que intentaba servir de escudo.

—Ah, Volpi, qué bonito es escucharte hablar de garantías en un sitio donde las paredes te juzgan por respirar raro. Me enterneces.

Lola no dijo nada. No podía. Tenía todavía el nombre pegado a la nuca como una mano fría. La puerta. El susurro. Esa certeza de que el Códex no había hablado para entretenerlos. Y ahora el papel del pasillo. La frase escrita sola, como una orden que finge ser pista.

Lola tragó saliva. La pregunta le salió antes de que pudiera frenarla.

—¿Qué significa «llave»?

Bones se quedó quieto un segundo. No fue una pausa teatral. Fue un cálculo rápido: cuánto decir sin romperles la cabeza. Cuánto callar sin condenarlos.

Luego se giró y, por primera vez desde que los sacó del Códex, el humor se le colocó encima como una máscara sobre algo serio. Su forma de protegerlos era esa: hacer chistes para que el miedo no se les metiera hasta el fondo.

—Significa —dijo despacio— que alguien ha encontrado una puerta que no debía. O ha intentado abrirla. Y cuando la gente intenta abrir puertas prohibidas… suele acabar convertida en un

ejemplo. Sobre todo, para la Corte, que eso… creedme, les encanta sobremanera.

Lola sintió un escalofrío. Andrea, que ya estaba ensamblando piezas sin querer, alzó la mirada.

—¿Como el caso del muelle?

Bones no contestó con un sí. Ni con un no. El silencio, en él, volvió a tener filo. Y eso fue confirmación suficiente.

—Como un caso —murmuró— que huele a agua vieja, ozono y estupidez humana con ínfulas.

Andrea frunció el ceño.

—¿Agua vieja?

Bones ladeó el cráneo, y se le escapó una mueca que parecía sonrisa… pero no lo era.

—El tipo de agua que no cae del cielo —dijo—. El tipo de agua que obedece.

Lola sintió que se le helaba el estómago. Ozono. Agua. Llave. 4:10. Y, de fondo, la palabra que Bones había soltado sin querer en la Sala del Códex: arquitectura. Puertas. Aceptación.

Andrea respiró hondo, intentando agarrarse a algo que tuviera bordes.

—Entonces, ¿qué se supone que hacemos?

Bones abrió las manos, como si presentara un procedimiento inevitable.

—Lo que hace cualquier jurista con mala suerte: seguir el rastro. —Pausa— Aunque aquí el rastro no siempre es sangre. A veces es residuo. A veces es silencio. A veces es un nombre pronunciado donde no debiera.

Lola sintió que esa última frase la atravesaba.

Bones los miró a ambos. Luego bajó la voz, ya sin casi broma, como si estuviera dictando una cláusula que no aparece en ningún contrato, pero se cumple igual.

—Así que sí. Oficialmente aún sois dos desconocidos. Pero jurídicamente… ya sois un problema.

Andrea se quedó inmóvil. Entendió de golpe lo que eso implicaba: que su vida humana, su despacho, su rutina, su máscara de

amargado funcional… ya no eran refugio. Eran un decorado que acababa de agrietarse.

Lola, en cambio, no pensó en rutina ni en despacho. Pensó en la puerta con su nombre. En el susurro. En la sensación de que, si se acercaba un milímetro más, la abrirían desde dentro.

Y tuvo una certeza que le supo a sentencia o a invitación —todavía no sabía cuál era peor—: Aquello no era un trabajo.

Era algo más.

El umbral del Departamento de Crímenes Mágicos no tenía puerta con placa dorada ni cristal esmerilado. Tenía un arco de piedra que parecía haberse tragado demasiadas noches. La luz azul se quedaba corta allí, como si no quisiera entrar del todo. El aire olía más fuerte a hierro y a tinta, pero también a otra cosa: a culpa húmeda, a cera gris, a instrumentos lavados sin convicción.

Bones los condujo hasta una mesa que no era una mesa: era un altar de archivo. Encima había bandejas metálicas, formularios con sellos que parecían latir, y un archivador abierto que respiraba papel viejo como si fuera pecho.

Lola iba detrás, con ese tirón en el estómago que no terminaba de apagarse. Andrea caminaba con la mandíbula apretada, mirando a cada lado como si esperara que la pared le pidiera identificación.

Bones se detuvo.

Y los plantó allí como quien deja a dos novatos frente a una fosa y les dice: «es vuestro turno».

—Vale —murmuró, y su tono intentó ser ligero, pero ya no le quedaba mucha espuma.

En la mesa, de pronto, apareció un sobre.

No lo dejó nadie. No lo empujó ninguna mano. No cayó desde arriba. Simplemente… apareció.

Andrea lo vio y se le tensó el cuello.

—¿Ha…? —no acabó la frase.

El sobre era negro mate, sin remitente, sin dirección humana, sin sello postal. Solo tenía un cierre con un símbolo mínimo estampado en cera oscura: el mismo estilo que las disposiciones del Códex. La misma elegancia fría. La misma sensación de «*esto no se discute*».

Bones lo miró un segundo largo. Como si midiera el peso antes de tocarlo. Luego lo tomó con dos falanges, con una delicadeza casi profesional, y rompió el sello sin prisa.

Dentro había una nota breve.

Una línea.

Nada más.

Muelle — 4:10 — Llave

El dato parecía escrito con tinta común… y, aun así, Lola sintió el golpe interno como si se lo hubieran escrito en la sangre. El tirón en el estómago volvió, más claro, más directo, como una mano invisible tirando de ella hacia una dirección que aún no conocía.

Andrea clavó la vista en el papel, pálido.

—¿Esto… nos lo está dando quién?

Bones alzó el cráneo.

Y por primera vez, no bromeó.

—La Ley.

La palabra cayó seca. Sin adorno. Sin humor. Como si, al pronunciarla, Bones reconociera que ya no estaban jugando a «¿qué es esto?». Ya estaban dentro.

Lola tragó saliva. Notó la presión suave en las sienes, el eco del nombre que la puerta había dicho antes. Como si el Códex estuviera cerca, escuchando desde el otro lado del aire.

Bones dobló la nota, la dejó sobre la mesa y los miró a ambos con una expresión imposible: la mezcla de cansancio, responsabilidad y mala leche de un secretario que sabe que va a tener que hacer de niñera con dos becarios… en un mundo donde las becas se pagan con cicatrices.

—Bienvenidos —dijo, y esta vez su sonrisa tenía filo—. Vuestro primer caso. Y no, no hay periodo de prueba.

Se inclinó un poco hacia ellos, como si fuera a contarles un secreto de oficina. Y lo que dijo no fue un secreto. Fue una advertencia.

—Y bien, novatillos. Tened clara una cosa. Si el *Códex* te llama por tu nombre… no es para felicitarte. Lo mínimo es para daros por el culo.

21
El encargo sin firma

La mesa de triaje no era una mesa cualquiera: era un campo de batalla burocrático. Bandejas metálicas con etiquetas que no estaban escritas, sino grabadas. Formularios con bordes que parecían moverse si parpadeabas. Sellos apilados como si fueran munición. Y, al fondo, un mapa clavado a la pared con alfileres negros y marcas que parecían mordiscos.

Bones plantó la nota en el centro como quien deja un parte policial. La dobló una vez, con cuidado, y la colocó en una bandeja que ponía algo así como «URGENTE / COSTA». O quizá no lo ponía. Quizá lo decía el aire.

La bandeja rechazó el papel.

No con violencia. Con dignidad administrativa. La bandeja se deslizó sola un par de centímetros, como si alguien invisible hubiera empujado desde abajo para decir: «No aquí». El papel se quedó donde estaba, desubicado, como un ciudadano intentando presentar un escrito en ventanilla equivocada.

Bones se quedó mirando la bandeja un segundo.

—Ah, qué bien —murmuró—. Hasta la bandeja está hoy de mal humor.

Andrea parpadeó, incrédulo, pero ya no con el viejo «esto es absurdo». Con el nuevo: «esto está vivo».

—¿Has visto eso? —susurró, mirando a Lola.

Lola no respondió. Lo había visto, sí. Pero también había sentido el pequeño tirón en el estómago cuando la bandeja se movió. Como si la propia mesa tuviera opinión sobre el caso. Como si el caso no fuera papel: fuera mordida.

Bones tomó otra bandeja, la más simple, la más neutral, y dejó la nota ahí. Esta vez, el metal no protestó. Se quedó quieto, aceptando la carga.

—Vale —dijo Bones, y su tono cambió a «modo secretario», ese tono de oficina con mala leche que convierte el horror en lista de tareas—. Ya estáis dentro. Así que vamos a hacer lo que hace la gente adulta cuando la Ley le lanza un cadáver: trabajar.

Andrea abrió la boca para decir algo, cualquier cosa, pero Bones lo cortó con una sentencia sin sonrisa:

—No os pagan por respirar bien. Os pagan por no moriros en el intento.

El silencio que siguió fue corto. Pero suficiente para que Andrea entendiera que esa frase no era humor. Era estadística.

Bones señaló la mesa con una falange.

—Tareas.

Y la palabra tareas, en ese lugar, sonó como condenas pequeñas.

—Lola —dijo, y al nombrarla le salió natural, demasiado natural, como si la mesa ya supiera ese nombre desde antes—. Prensa humana.

Lola frunció el ceño.

—¿Perdón?

Bones se encogió de hombros.

—Ya sabes. Diario de Cádiz, El Puerto Actualidad. San Fernando Información, por si acaso. Todos. Y en el de San Fernando Información no te esmeres mucho en el Blog de El Cementerio de los Ingleses, ese orfebre literario solo habla de política, no de asesinatos sin resolver. En fin, a lo que iba que me disperso como el humo. La versión pública. Qué están diciendo. Qué no están diciendo. Qué están inventando para no admitir que hay algo que no encaja. —Pausa—. Y no me vengas con «*yo no leo prensa*», que aquí la prensa es el primer hechizo del mundo humano: convierte el horror en entretenimiento.

Lola tragó saliva. Sintió el tirón interno otra vez, esa sensación de que el mundo mágico la tocaba con más facilidad que a los demás. Asintió, aunque no le gustara.

Bones giró hacia Andrea.

—Volpi. Protocolo básico de delito arcano.

Andrea ladeó la cabeza, defensivo.

—¿Dónde está el manual?

Bones soltó una carcajada seca.

—Manual dice —Se inclinó hacia él—. Aquí el manual es «observación e instinto», si es que lo tienes en esa espesa mollera. Si esperas que alguien te lo explique con *powerpoints*, te vas a morir aburrido… o literal. O las dos cosas, que es un combo muy de la casa.

Andrea apretó la mandíbula, pero no replicó. Estaba empezando a pensar como sistema. Y ese era el peligro: que lo real se volviera estructura en su cabeza, y entonces ya no pudiera volver a llamarlo locura.

Bones levantó dos dedos.

—Y ambos: preparar salida nocturna.

Lola abrió los ojos.

—¿Salida a dónde?

Bones sonrió con un humor negro que intentaba sonar ligero, pero se le notaba el filo.

—Al cementerio.

Andrea soltó una exhalación incrédula.

—¿Perdona?

Bones alzó las manos, como si estuviera anunciando una excursión escolar.

—Sí, sí, tranquilos. Turismo local. —Señaló con la falange un mapa lleno de marcas—. En este despacho las puertas buenas no están en portales con felpudo. Están donde la gente humana cree que solo hay silencio. Cementerios. —Pausa, una mirada—. Sitios donde la piedra oye. De todas maneras, ya os lo dije anoche. Pero veo que no me hicisteis ni puto caso. Como todos los novatos… así duráis tan poco.

No dijo «Corte». No dijo «Sombras». No prometió nada. Lo dejó como logística nocturna, como si ir al cementerio fuera lo mismo que ir al registro civil, solo que con más muertos y peor iluminación.

—Tomaos esto como unas prácticas —añadió Bones, volviendo a su tono de sarcasmo—… pero sin seguro. Sin sueldo. Y con muertos que se quejan.

Lola tragó saliva.

—¿Muertos que se quejan?

Bones se encogió de hombros.

—Los vivos también se quejan, cariño. Solo que los muertos lo hacen con más estilo. Y sin derecho a abogado de oficio.

Andrea se frotó el puente de la nariz, pero no apartó la vista de la nota en la bandeja: «*MUELLE — 4:10 — LLAVE*». El dato ya se le estaba instalando en el cerebro como una obsesión. Un sistema necesita coordenadas. Eso era una coordenada.

Bones empezó a revolver cajones y bandejas como si estuviera preparando una salida policial: linternas que no eran linternas, guantes con runas casi invisibles, una pequeña caja de cera gris con sellos dentro.

—Y otra cosa —dijo sin mirarlos—: no llaméis «asesinato ritual» delante de alguien con toga mágica o de un muerto. Les da urticaria. Dicen «delito arcano con elementos litúrgicos» y ya está. Así suena serio y no les tiemblan las pestañas.

Lola soltó una risa breve, nerviosa.

—¿En serio?

Bones la miró como si ella acabara de preguntar si el agua moja.

—En serio. Aquí la terminología es como el perfume: tapa cosas. Y, a veces, las empeora. Como una persona cuando no se ducha, vaya.

Mientras hablaba, uno de los expedientes apilados en la mesa se abrió solo.

No se abrió entero. Se abrió por una página exacta. Como si un dedo invisible la eligiera.

En el centro de la hoja, escrito con tinta oscura, aparecía un único dato:

4:10

El expediente se cerró de golpe, suave, sin ruido.

Nadie dijo nada.

Andrea no lo vio. O si lo vio, su cerebro decidió no registrarlo todavía. Bones siguió moviendo sellos como si nada. Su humor era una manta: tapaba el frío para no mirarlo.

Pero Lola lo vio.

Lo vio con una claridad incómoda. Y sintió el golpe interno, el reconocimiento, esa forma sutil en que el mundo arcano parecía hablarle a ella sin pedir permiso.

Lola apretó la correa de su mochila. Se obligó a no mirar demasiado tiempo la pila de expedientes, porque tenía la sensación absurda de que, si miraba, los papeles empezarían a escribirle cosas a la cara.

Bones, de pronto, se detuvo un segundo. Se quedó mirando un cajón abierto. Sus cuencas vacías se inclinaron como si recordara algo… y no pudiera agarrarlo del todo.

Una grieta.

Un vacío de memoria.

Duró un segundo. Luego cerró el cajón de golpe y volvió al sarcasmo como quien se pone una corbata para ocultar un moratón.

—Venga —dijo—. Lola, tú a buscar qué mierda están contando los humanos. Andrea, tú te empollas el protocolo de «no mueras», versión *express*. Y luego… cementerio. —Pausa—. Y, por favor, si podéis no vomitar la primera noche, lo agradecería. Me da trabajo extra y ya tengo bastante con ser esqueleto y soporte emocional.

Andrea lo miró fijo.

—¿Soporte emocional?

Bones chasqueó la lengua.

—Sí. Soy secretario, archivista, guía turístico, psicólogo de guardia y, si me aprietas, te plancho la toga. Lo único que no hago es darte un abrazo, porque soy hueso y porque me da asco.

Lola respiró hondo. Sintió el tirón en el estómago otra vez, leve. Como si el caso la estuviera llamando por debajo de la piel.

La rutina acababa de empezar.

Y en esa rutina ya estaban los hilos vivos, tensos como alambre: el muelle, la hora, la llave. La prensa humana fabricando una mentira. Los cementerios como puertas. Bones tapando grietas con

humor. Andrea dejando de negar y empezando a pensar en reglas. Y Lola… Lola escuchando demasiado.

Porque el mundo arcano, por algún motivo, hablaba con ella.

Y cuando la Ley te habla sin que tú preguntes, no es cortesía.

Es señalarte.

Acto seguido, Bones abrió un armario que no debería existir.

No era un mueble, era un argumento: alto, oscuro, con una madera que parecía barnizada con noche. No tenía tirador visible; solo una línea vertical grabada en el centro, como si el armario se abriera por jurisdicción, no por mano. Bones tocó un punto exacto con la falange y murmuró una palabra tan baja que no fue palabra: fue trámite.

El aire hizo ese zumbido en los dientes, mínimo, como un sello que se levanta.

Las puertas se separaron sin chirrido, obedientes. Y lo que había dentro no eran perchas. Eran decisiones.

Dos uniformes colgaban ahí como si estuvieran esperando desde siempre.

Primero: un traje de chaqueta. Negro, limpio, con ese corte que pretende convertirte en alguien respetable a la fuerza. La clase de ropa que te hace parecer competente aunque estés llorando por dentro. Camisa oscura. Corbata. Un conjunto que olía a solemnidad y a «no hagas el ridículo».

Y debajo —o por encima, porque el orden allí no siempre tenía sentido—, las túnicas negras.

No eran túnicas de carnaval ni de procesión. Eran pesadas incluso sin tocarlas. Caían con una gravedad propia, como si la tela llevara siglos aprendiendo a proteger y a ocultar. El borde estaba ribeteado con runas doradas, finas, elegantes, no ostentosas: el oro viejo que no brilla para presumir, sino que brilla porque manda.

Bones las sacó con cuidado, como quien despliega un expediente peligroso.

—Bien —dijo, y su humor intentó sonar ligero, pero se le notaba el oficio—. Uniformes. Porque ya que vais a meter las narices en un delito arcano, al menos hacedlo con algo más de protección que vuestra cara de susto y vuestra ignorancia supina.

Le colocó a Andrea el traje de chaqueta casi sin preguntarle, como si supiera que a ese hombre le da igual la estética mientras le den estructura.

Andrea lo agarró, lo miró un segundo y asintió, práctico.

—Perfecto.

Bones chasqueó la lengua con satisfacción.

—Claro que sí —Le dio una palmadita en el hombro—. Tú eres de los míos: un hombre que se viste como si la vida fuera una reunión y el trauma un punto del orden del día.

Andrea ya estaba poniéndose la chaqueta con la misma frialdad con la que firmaría un escrito: mecánico, sin darle más importancia.

—¿Qué tiene de especial la túnica? —preguntó, para anclarse a lo técnico.

Bones levantó la túnica negra como quien levanta un escudo.

—Ah, esto —dijo, con una reverencia exagerada a la propia prenda— no es tela. Es protocolo con mala leche. Pero os protege al menos, y no de la lluvia precisamente.

La movió en el aire y el borde dorado pareció capturar la luz de la lámpara baja, devolviéndola como un brillo mínimo, húmedo.

—Como os digo, hace de manto de protección. —Enumeró con un dedo—. Disimula tu firma arcana, amortigua residuo, y te avisa cuando estás pisando algo que no deberías. Sensibilidad. No pienses en «sexto sentido», piensa en «alarma de incendios». Solo que aquí, si suena, en vez de salir corriendo… firmas y sobrevives.

Lola la miraba con una mezcla rara de respeto e incomodidad. Había algo instintivo en esa prenda: una seriedad que no dependía de lo que tú creyeras.

Bones le tendió el traje de chaqueta a Lola con teatralidad.

—Y esto para debajo. Para parecer jurista de verdad. Para que la Corte no nos confunda con una excursión de instituto.

Lola lo miró como si Bones le hubiera ofrecido un cadáver para abrazarlo.

—No.

Bones parpadeó. Andrea, ya encorbatado, levantó una ceja.

—¿Cómo que no? —preguntó Bones, con el tono de quien ya se estaba preparando para discutir con un formulario.

Lola cruzó los brazos, automática, y la voz le salió sin pensarlo. Cádiz en vena. De esas frases que uno no elige: le salen porque son identidad.

—Ni de coña me pongo eso. No sería yo —Señaló el traje como si fuera una amenaza personal—. La toga no hay problema. La túnica, vale. Pero el traje de chaqueta olvídate.

Bones abrió la boca para soltar un chiste y Lola lo frenó con la mirada.

—Si incumplo protocolo, que me sancionen o me desintegren o lo que sea, pero yo llevaré debajo mi sudadera, mis vaqueros y mis deportivas… así me pienso morir —Pausa mínima, y remató, más gaditana imposible—. Me puse el traje de chaqueta el día de mi jura en el Colegio de Cádiz y porque no me quedó más remedio, ¿sabes?

Andrea dejó escapar una risa seca, casi involuntaria.

Bones se quedó mirándola.

No con burla. Con esa evaluación rápida que hace quien lleva demasiado tiempo viendo gente fingir… y, de pronto, se encuentra con alguien que no sabe fingir aunque quisiera.

Luego, muy despacio, Bones inclinó el cráneo como si estuviera concediendo un punto en un juicio.

—Me gusta —dijo.

Lola frunció el ceño.

—¿Qué?

Bones alzó una falange, teatral, como si dictara una sentencia de pasillo.

—Una jurista de la Guardia Arcana con estilo. —La miró de arriba abajo, la sudadera, los vaqueros, las deportivas como si fueran un delito y una declaración política al mismo tiempo—. Veremos qué dice Lilim de esto cuando te vea en la Corte.

El nombre cayó con elegancia y veneno.

Bones sonrió, y en esa sonrisa había admiración fingida y advertencia real.

—Ella es elegancia en toda su esencia.

Andrea, ya perfectamente enchaquetado, se ajustó el cuello con naturalidad y murmuró.

—Pues que diga lo que quiera.

Bones lo señaló como si presentara un espécimen raro.

—Y tú, Volpi, eres exactamente lo contrario a un problema estético. —Pausa—. Eres el sueño húmedo de un manual de protocolo: neutro, correcto, planchado. Vamos, que si la magia te mata, al menos te mata con buena presencia.

Andrea le lanzó una mirada de «cállate», pero no discutió. Porque, en el fondo, tenía razón: a él la chaqueta le daba la ilusión de control.

Lola se puso la túnica negra sobre la sudadera, y la tela cayó sobre ella como un peso que no era peso. El borde dorado rozó su muñeca y, por un instante, sintió un cosquilleo sutil, una presión mínima en las sienes, como si la prenda la reconociera.

Bones lo notó. No dijo nada. Pero su humor se quedó un segundo suspendido en el aire, como si hubiera visto algo que no quería verbalizar aún.

Luego aplaudió una vez, seco.

—Perfecto. —Los señaló a ambos—. Uno vestido para declarar y la otra vestida para sobrevivir siendo ella misma. Esto va a ser precioso.

Y, mientras los conducía hacia la salida nocturna, el ribete dorado de la túnica de Lola pareció brillar un instante más que el de Andrea.

Como si el mundo arcano, otra vez, estuviera hablando con ella.

El pasillo operativo olía a oficina nocturna y a piedra húmeda. No tenía el aura solemne del Códex ni la suciedad elegante del departamento penal: era tránsito, rutina, el tipo de lugar donde el mundo arcano se quitaba el maquillaje y se ponía a trabajar. Las disposiciones de uso diario se extendían por la pared como instrucciones talladas en nervio: runas pequeñas, artículos cortos, símbolos que parecían moverse si los mirabas demasiado tiempo. La luz azul no iluminaba; recortaba. A cada tramo le correspondía una sombra distinta, como si el pasillo tuviera competencias.

Bones avanzaba delante con su túnica abierta, dejando ver el traje impecable debajo y el absurdo de sus zapatos caros en un suelo que había visto más muerte que moda. Lola caminaba con la túnica sobre su sudadera, vaqueros y deportivas, y sentía el ribete dorado rozándole la muñeca como una alerta viva. Andrea iba

enchaquetado, perfecto, con esa cara de «si esto es un sistema, que me lo expliquen» que los abogados traen de serie.

Y lo preguntó, claro.

—Necesito reglas, disposiciones, principios básicos —dijo Andrea, en el tono de quien quiere un índice antes de leer el libro—. Algo.

Lola se sumó sin mirar a nadie, porque aún le dolía el nombre en el cuerpo, aunque ya no lo oyera.

—¿Qué está permitido? ¿Qué es delito? ¿Quién decide?

Bones se detuvo en seco. Giró el cráneo despacio. Los miró como si acabaran de pedirle un formulario de reclamaciones en el infierno.

—Qué complicado lo hacéis todo los puñeteros mortales, de verdad —soltó, con brutalidad gaditana, sin filtro—. Me dais más ardentías que un salmorejo con extra de ajo.

Andrea parpadeó.

—¿Ardentías?

—Acidez existencial —aclaró Bones, señalándose las costillas como si tuviera estómago—. La sensación esa de que vais a reventar por dentro porque necesitáis que todo esté numerado, sellado y con tres copias. Os entiendo, pero me irrita. Me tocaría las pelotas si todavía las conservara.

Siguió andando, pero más despacio, como si hubiera decidido, a patadas, darles una clase.

Señaló la pared con una falange.

—¿Veis esto? —dijo—. Esto son disposiciones. Sí. Pero no esperéis que os salven. Aquí la Ley te habla. Esto es muy… intuitivo.

Andrea frunció el ceño, molesto.

—Eso no es una definición.

Bones soltó una carcajada seca.

—Claro que no, imbécil. Es la realidad. —Se apoyó contra la pared como quien fuma en un callejón, aunque no fumara—. En el mundo humano tú sueltas un artículo y esperas que el juez se porte. Aquí tú sueltas… y a ver qué pasa.

Lola tragó saliva. La túnica le rozó el cuello y, por un instante, sintió el mismo zumbido en dientes que había sentido cerca del sello, como si la prenda reaccionara a la palabra «Ley».

—¿Y si «pasa» mal? —preguntó ella.

Bones le guiñó una cuenca vacía.

—Entonces aprendéis rápido.

Andrea apretó la mandíbula.

—Eso es irresponsable.

Bones lo miró con una mezcla de burla y cansancio.

—No, Volpi. Irresponsable es creer que aquí la realidad va a esperarte a que termines tu exposición de hechos. —Se giró y siguió caminando—. Aquí el delito arcano no es solo acción. Es intención, residuo, eco. Y, sobre todo, huella en piedra.

Lola lo seguía, sintiendo que el pasillo la escuchaba. Que cada runa en la pared era un ojo sin pupila.

Bones levantó un dedo, en modo profesor de mala leche.

—Regla uno: si algo te da náusea sin motivo, no es tu ansiedad. Es el residuo. —Otro dedo—. Regla dos: no toquéis nada sin guantes. Lo que parece cera puede ser juramento. Y lo que parece agua puede obedecer. —Tercer dedo—. Regla tres: si el Códex te suelta un dato, no es pista. Es orden de trabajo.

Andrea respiró hondo. Se le veía intentando convertir aquello en sistema dentro de su cabeza, porque su cerebro solo sabía sobrevivir así: con estructura.

—¿Y quién decide la sanción? ¿La Corte? ¿Los magistrados?

Bones chasqueó la lengua.

—¿Quién decide? —repitió, como si la pregunta le diera risa y pena a la vez—. Decide la Ley. La Corte interpreta. Y, si tienes mala suerte, te ejecuta con gusto.

Lola notó un tirón en el estómago al oír «ejecuta». Como si su cuerpo recordara algo que su mente aún no había vivido.

Bones siguió, con humor negro, intentando no dejar que la gravedad se les metiera hasta la médula.

—A veces os reiréis y otras os cagaréis en mis muertos.

Andrea soltó una exhalación, a medias risa, a medias tensión.

—¿En tus muertos?

Bones hizo un gesto amplio con la mano.

—Sí, hombre. Es una expresión. —Se encogió de hombros y remató—. Bueno… los que recuerdo dónde están.

El pasillo, de pronto, se volvió más silencioso.

No porque dejara de sonar. Porque la frase había traído una grieta. Un vacío. Una sombra dentro del propio Bones.

—Porque no recuerdo todo de mi vida —añadió, casi sin querer, como quien deja caer una moneda y se da cuenta tarde del ruido.

Hubo un microsilencio.

Andrea se detuvo. Lo pilló al vuelo, como buen abogado que huele contradicción en una declaración.

—¿Cómo que no recuerdas todo?

Bones se quedó quieto un segundo. Un segundo demasiado largo. La luz azul le recortó el perfil de costillas como si fuera un dibujo clínico. Por primera vez, su humor no entró a tiempo.

Y en ese hueco, Lola sintió algo raro: no miedo a la Corte, sino a la idea de que incluso Bones —Bones con su ironía, con su Armani, con su lengua afilada— tenía zonas rotas.

Bones se recompuso al instante. Se lanzó al chiste como quien se tira al agua para no hundirse.

—Ser esqueleto tiene sus cosillas, Volpi. —Le dio una palmadita en el hombro, exagerado—. Se te olvida la infancia, pero te acuerdas perfectamente de quién te debe dinero. Se llaman prioridades.

Andrea lo miró fijo, desconfiado. Lola no dijo nada. Solo guardó la grieta como se guarda una pista: sin entenderla todavía, pero sabiendo que un día mordería.

Bones retomó la marcha, ya de nuevo en su tono habitual, como si el vacío no hubiera existido.

—Venga. A trabajar. Que el muelle no se va a investigar solo y la llave no va a venir andando a pediros perdón.

Lola sintió el tirón interno al oír «llave». Andrea apretó el paso, atrapado ya por la idea de que aquello era un sistema real. Y Bones, delante, siguió riéndose… pero con un hueco detrás de la risa, como una puerta cerrada que no terminaba de encajar.

El pasillo operativo los tragó de nuevo.

Y, con cada paso, el mundo humano quedaba un poco más lejos, como si fuera una ciudad que ya no los reconocía.

22
La prensa humana

La «zona despacho» tenía el encanto triste de un cuarto donde se arreglan cosas rotas con cinta aislante y mala leche. Una mesa con marcas de café viejo, una lámpara baja que hacía sombras duras, y un ordenador que parecía humano… hasta que lo mirabas bien.

El monitor era de esos antiguos, con el marco grueso, pero el cristal no reflejaba igual. Había una pátina tenue, como si alguien hubiera pasado una capa de humo por dentro. El teclado tenía teclas gastadas y, sin embargo, algunas letras estaban repintadas con un trazo finísimo, casi invisible: símbolos que no eran latinos. El ratón, normal. El cable, normal. Pero el aire alrededor… no. El aire tenía ese olor a tinta y a hierro que se colaba en todas partes como si la ley tuviera humedad.

Bones señaló el aparato con una falange, como quien presenta un animal doméstico que muerde cuando lo acaricias.

—Sí, en el mundo mágico también existen los ordenadores —dijo, con sarcasmo—. Qué sorpresa. No escribimos las demandas en tablillas de piedra. Bueno… algunos lo intentaron. Se les cargaron las muñecas y hoy en día siguen llorando en el contencioso.

Andrea dejó el móvil sobre la mesa y enchufó un altavoz pequeño. No dijo nada. Solo buscó una canción y la lanzó al aire como quien se pone una chaqueta mental para soportar lo que viene.

Empezó a sonar un ritmo oscuro, seco, con esa energía de amenaza contenida. La voz entró como un cuchillo con sonrisa: «*Look at me now… I'm a monster*». Pocas palabras, pero bastaron para que la habitación pareciera más estrecha.

Bones ladeó el cráneo.

—Qué apropiado —murmuró—. Música para leer prensa y perder la fe en la especie. Me encanta.

Lola se sentó frente al monitor. La túnica le rozó los hombros y el borde dorado pareció reaccionar un instante, como si la tela también estuviera escuchando. Abrió el navegador. El cursor parpadeó con la paciencia de quien sabe que, tarde o temprano, alguien va a cometer un error.

—Vale —dijo Lola, seca—. Noticias locales.

Tecleó. El teclado sonó normal. Pero en el fondo, debajo de cada clic, había un zumbido mínimo, como si la máquina no trabajara solo con electricidad, sino con… otra cosa.

La pantalla se llenó de titulares.

«*ASESINATO RITUAL TRAS LA DISCOTECA LA CRISTALERA*»

«*CRIMEN MACABRO EN EL MUELLE: HALLAN UN CADÁVER CON SÍMBOLOS EXTRAÑOS*»

«*LA POLICÍA INVESTIGA UN SUCESO "INUSUAL" EN LA PLAZA DE LAS GALERAS*»

Lola fue bajando con la rueda del ratón. Los textos eran los de siempre: adjetivos inflados, miedo envuelto en morbo, palabras que suenan a explicación sin explicar nada.

Andrea, de pie a su lado, leyó dos párrafos y empezó a funcionar como jurista, aunque estuviera en el infierno.

—Mira esto —señaló con el dedo, sin tocar la pantalla—. Palabras-cortina. «Causa indeterminada». «Sustancias no identificadas». «Sin signos concluyentes». Es un texto diseñado para que el lector crea que hay misterio… pero no haga preguntas concretas.

Bones se inclinó como si estuviera leyendo reseñas de un hotel.

—La prensa humana siempre igual —comentó—: cuando no entiende, lo llama «extraño». Y cuando le da miedo, «satánico». Y cuando ya está aburrida, «un ajuste de cuentas». Son como los menús del día: cambian el nombre, pero la mierda es la misma.

Lola abrió otra noticia. Fotos pixeladas del cordón policial. La discoteca de fondo. Un mapa que señalaba «zona próxima al

muelle». Un vecino entrevistado diciendo que «no se oyó nada». El típico teatro.

Y entonces Lola lo sintió.

Un olor metálico. Súbito. Como una moneda caliente en la lengua. No venía de la habitación. Venía del texto.

Leyó una frase que hablaba de «*minutos antes de las cuatro*» y de «*un testigo que miró el reloj*». No decía «*4:10*». No lo escribía. Pero Lola sintió la hora igual, clavada en las sienes, como si la pantalla se la hubiera estampado por dentro.

Parpadeó. Se le secó la boca.

—¿Estás bien? —preguntó Andrea, con el ceño fruncido.

Lola tardó una fracción de segundo en responder.

—Sí… —mintió mal—. Me ha… dado un latigazo.

Bones ni siquiera miró. Siguió en lo suyo, abriendo un cajón y cerrándolo, como si la rutina fuera un conjuro para no pensar demasiado.

—Eso es el residuo —soltó, tranquilo—. Si te pica el cerebro, vas bien.

Lola lo miró, incrédula.

—¿Perdona?

—Que si la realidad te araña por dentro, significa que estás leyendo algo que tiene huella —dijo Bones—. En tu mundo eso se llama intuición. En el mío se llama «vas a dormir mal». En ambos casos, enhorabuena.

Andrea apretó la mandíbula, cada vez más irritado.

—Esto no es formación —dijo, y su voz ya llevaba el filo de quien se siente utilizado—. Esto es… improvisación.

Bones giró el cráneo despacio, como si Andrea acabara de insultarle el Armani.

—No, cariño —respondió, con una calma ofensiva—. Esto es oficio.

La música golpeó justo en un estribillo que parecía escrito para la situación: «*You made a monster*». Andrea lo escuchó y soltó una risa corta, amarga, como si el mundo se estuviera burlando.

—Oficio es tener normas —insistió—. Tener límites. Saber quién decide.

Bones apoyó una falange sobre la mesa, cerca del teclado.

—Decide la realidad cuando la ley vieja la señala —dijo—. Y tú, Volpi, lo estás entendiendo, aunque te dé rabia: si hay versión pública, hay manipulación. Siempre. Porque si la gente supiera lo que pasó de verdad, no dormiría. Y si no duerme, pregunta. Y si pregunta… alguien se molesta.

Lola siguió leyendo. Y ahí empezaron las grietas.

En la *web*, en los márgenes, en los iconos. No eran símbolos evidentes. Eran detalles: una mancha de compresión en una foto que parecía una runa si la mirabas de reojo. Un reflejo extraño en el cristal del monitor que dibujaba una curva demasiado perfecta. Una «grieta» microscópica en una esquina de la pantalla que no estaba antes… o sí estaba y Lola solo la veía ahora, como si el *Códex* le hubiera ajustado la vista.

Se quedó quieta.

—¿Qué? —preguntó Andrea, notando su inmovilidad.

Lola señaló la esquina del monitor.

—¿Eso estaba ahí?

Andrea miró. Vio una marca mínima. Nada concluyente. Pero el hecho de que Lola lo preguntara ya era concluyente en otro sentido: el mundo arcano le estaba susurrando a ella con la misma normalidad con la que el mundo humano le escupía titulares.

Bones se inclinó, miró la esquina y soltó una exhalación.

—A ver… —dijo, intentando bromear—. No me digas que el ordenador también te está tirando los tejos, Lola. Porque aquí la competencia es feroz.

Lola no se rio. Tenía la sensación de que la pantalla estaba… viva. O, peor, conectada.

Andrea se cruzó de brazos. Su mirada se afiló. Ya no era el hombre que negaba. Era el hombre que construía hipótesis.

—Si la versión pública se está fabricando así —dijo—, es porque alguien quiere que el caso se quede en «macabro» y no llegue a «inexplicable». Y si hay un protocolo de ocultación… hay una estructura detrás.

Bones sonrió con una satisfacción fea.

—Bravo. Bienvenido al mundo donde la ley tiene dientes.

Lola tragó saliva. Volvió al titular inicial. Lo leyó como si fuese un acta. Sintió el metal en la lengua. La presión en las sienes. La hora como una astilla: 4:10 sin estar escrita.

Y entendió, sin poder explicarlo, que «MUELLE — 4:10 — LLAVE» no era un encargo «pequeño».

Era una coordenada.

Y las coordenadas, en el mundo arcano, no señalan un lugar.

Señalan una puerta.

La cuestión era… ¿adónde?

23

El hombre que quiso reescribir
Dos semanas antes

La cama crujió como un mueble cansado de escuchar mentiras.

Ulises tenía la mandíbula apretada y los dedos hundidos en la sábana húmeda cuando el cuerpo se le tensó de golpe, como si alguien le hubiera tirado de un hilo desde la nuca. La farola de la calle, filtrada por la persiana medio bajada, recortaba sombras sucias en la pared, y el estudio olía a sudor, tabaco rancio y colonia barata; una mezcla que no acaricia, que raspa. La mujer arqueó la espalda con teatralidad aprendida, clavando las uñas en su hombro.

—¡Ah…! ¡Joder, sí! —gimió, alto, exagerado, como quien lanza un eslogan porque sabe que el cliente lo paga—. ¡Así, así…!

Ulises soltó el aire por la boca, un gruñido breve, y el orgasmo le atravesó como un latigazo, corriéndose de forma automática, física, y desesperada. No hubo ternura. No hubo nombres. Solo el cuerpo cumpliendo una función y la mente intentando apagarse un minuto, como un interruptor viejo que chisporrotea antes de rendirse.

El silencio que vino después no fue paz. Fue resaca.

Se dejó caer de lado, con el pecho subiendo y bajando a golpes, mirando el techo manchado de humedad como si esperara que de allí colgara una respuesta. A su lado, la mujer se incorporó con una rapidez práctica. Nada de languidez romántica. La cama, deshecha, era un escenario; la función había terminado.

Ella se pasó la mano por el pelo, recogiendo mechones oscuros y despeinados. Tenía la piel brillante de sudor bajo la luz sucia y los labios un poco hinchados, no por pasión, sino por oficio. Buscó el paquete de tabaco en la mesilla y lo encontró a la primera, como si el desorden de los hombres fuese siempre el mismo.

—¿Tienes fuego? —preguntó, ya medio vestida de cintura para abajo, con las bragas en una mano y los vaqueros en la otra.

Ulises no contestó con la voz. Señaló con la barbilla el mechero sobre el escritorio.

Ella lo cogió, encendió el cigarro y aspiró como si ese humo fuera una frontera. Exhaló hacia la ventana que daba al patio interior, un hueco estrecho entre muros desconchados, tendederos y cubos de basura. El patio olía a lejía vieja y a comida recalentada. Jerez en versión trasera. Sin turismo. Sin flamenco. Solo lo que queda.

La mujer miró alrededor con ese vistazo rápido que mide riesgos: puerta, ventana, teléfono, cartera, llaves. No era paranoia. Era supervivencia.

—¿Siempre tan… callado? —dijo con una media sonrisa, sin reproche. Una pregunta de cortesía. Un anzuelo mínimo.

Ulises se incorporó y se llevó la sábana a la cintura. Tenía el cabello pegado a la frente y los ojos miel apagados, como si el sueño no lo conociera desde hacía semanas. Miró la cama como si le diera asco y, aun así, no apartó la vista de la marca húmeda que habían dejado sobre la colcha.

No por moral. Sino por control.

Se levantó y caminó descalzo hasta el baño minúsculo, donde el espejo devolvía una versión de sí mismo que no le gustaba: delgado, pálido, ojeras como golpes. Se apoyó en el lavabo y abrió el grifo. El agua salió con un sonido triste. Se enjuagó la cara, se limpió entre las piernas con papel áspero, como si se quitara una capa de culpa. Como si la piel pudiera olvidar.

Volvió al cuarto con el pantalón en la mano y el pecho aún caliente. La mujer ya estaba abrochándose el sujetador. No miró a Ulises con afecto ni con desprecio. Lo miró con ese gesto neutro que se aprende cuando trabajas con hombres que creen que, pagando, compran algo más que minutos.

—¿Te quedas mucho tiempo en Jerez? —preguntó, tirando del jersey—. Porque yo… —hizo un gesto vago— yo no hago favores. Trabajo. Y tú… —lo miró de arriba abajo— tú pareces de los que vuelven.

Ulises se puso los calzoncillos y luego el pantalón sin dejar de mirar el suelo. No quería verla. No quería verla como persona. No por crueldad. Por pánico. Si la veía como persona, se le colaría la culpa por un sitio por donde no entraba la magia.

—No es por eso —dijo al fin. Su voz era baja, áspera—. No vuelvo por ti. Vuelvo por… por lo que me deja en paz un rato.

La mujer soltó una risita corta.

—Pues cómprate una botella de vino, cariño. Sale más barato.

Ulises frunció el ceño, pero no discutió. Se acercó a la mesilla, sacó la cartera y dejó el dinero contado, sin mirarla.

Ella lo guardó sin prisa, comprobando billete por billete. No por desconfianza; por costumbre. Luego se calzó las botas y se ajustó la chaqueta. Mientras lo hacía, miró otra vez el cuarto: el escritorio repleto de papeles, libros sin título, mapas doblados, un cenicero lleno de colillas. Y, en un rincón, casi oculto bajo un trapo, una libreta vieja con el lomo comido por la humedad.

La libreta.

Ulises la vio en el mismo instante en que ella la vio. La sangre se le enfrió.

Se movió rápido, instintivo, como un animal protegiendo su comida. Tapó la libreta con la palma. No fue un gesto elegante. Fue un gesto de miedo.

—No toques eso —dijo.

La mujer alzó las cejas.

—Tranquilo. No me interesa tu mierda —Pausa—. Pero vaya, eso sí es raro. Pareces un cura guardando los pecados de los demás.

Ulises apretó la palma contra el trapo, sintiendo debajo el relieve del papel. «Fragmento 7…». La palabra le ardía incluso sin verla.

—No es raro —murmuró, más para sí que para ella—. Es… necesario.

La prostituta cogió el bolso y se acercó a la puerta. Antes de salir, se giró con el cigarro entre los dedos.

—Oye —dijo—. ¿Cómo te llamas, en serio?

Ulises dudó. No quería dar su nombre. No por vergüenza. Por prudencia.

—Ulises —terminó diciendo.

Ella asintió, como archivando el dato sin emoción.

—Ulises… —repitió—. Pues mira, Ulises, te lo digo por si acaso: no te metas con la gente de… —hizo una mueca, buscando la palabra— El Puerto. Allí pasan cosas raras. Lo dicen hasta en la calle. Yo tengo una amiga que… —se encogió de hombros— que curra por la zona del Parque Calderón y dice que hay noches que el aire huele… distinto. Como a tormenta. Y eso, sin nubes.

El zumbido le golpeó los dientes.

No fue fuerte. Fue un cosquilleo eléctrico, como cuando te acercas demasiado a un cable pelado. Un aviso interno. Un sabor metálico en la lengua, breve, exacto. Ulises se quedó quieto con la mano aún sobre la libreta.

La mujer lo miró, sin entender el cambio.

—¿Qué te pasa? Te has quedado blanco.

Ulises tragó saliva. El zumbido seguía ahí, como una nota sostenida que solo él oía.

—¿Qué has dicho? —preguntó.

Ella frunció el ceño.

—Que… en El Puerto. Hay noches raras. ¿Qué pasa, vas a ir? Pues no vayas. Yo qué sé. A mí me da igual.

Ulises no respondió de inmediato. El zumbido se apagó poco a poco, como si el cuerpo hubiera soltado el aviso. Y en ese apagarse quedó la interpretación, limpia y venenosa: una señal.

No un mensaje de Dios. No un destino romántico. Una señal de sistema. Un indicador de que estaba mirando en la dirección correcta.

El Puerto.

Parque Calderón.

Tormenta sin tormenta.

Ulises apretó los dedos sobre el trapo y notó el borde de la libreta. La obsesión se le activó como un músculo.

—¿Tu amiga… dijo algo más? —preguntó, intentando que su voz no delatara el hambre.

La mujer soltó una carcajada seca.

—¿Ahora te interesa? —lo miró con suspicacia—. No soy informante, ¿eh? Si quieres chismes, búscate un bar.

Ulises sacó otro billete y lo dejó sobre la mesa.

La mujer lo miró. Luego lo cogió sin disimulo.

—Vale —dijo, resignada—. A ver… dice que hay un muelle detrás de una discoteca, «La Cristalera», creo. Y que la gente sale borracha y no se entera de nada. Y que una vez vio a un tipo… un tipo raro, como con abrigo, que olía… —hizo una mueca— a ozono. Eso dijo. Ozono. Como cuando hay relámpagos. Y que le dio mal rollo.

Ulises sintió que se le erizaba la piel de los brazos.

Ozono.

El mismo olor que se quedaba pegado a las habitaciones cerradas cuando él practicaba ciertas lecturas. Ciertas palabras.

Se forzó a asentir como si no le importara.

—Ya —dijo.

La mujer abrió la puerta.

—Mira, Ulises, yo no sé qué mierda estás buscando —añadió, sin maldad—, pero tú tienes cara de meterte en problemas. Y… —encogió el hombro— a mí me da igual, pero si vuelves, intenta no parecer que estás a punto de matar a alguien. Da cosilla.

Ulises no sonrió. No se rio. Solo asintió, y el gesto le salió como una concesión mínima, no como agradecimiento.

La puerta se cerró.

El estudio se quedó con su silencio sucio: cama deshecha, cenicero lleno, olor a sexo gastado. La farola seguía filtrando luz a través de la persiana, dibujando barrotes de sombra en la pared. Como si el cuarto fuera una celda.

Ulises se apoyó en el escritorio y levantó el trapo.

La libreta asomó.

«Fragmento 7…» la mordida de la humedad, la tinta corrida. La frase incompleta como una promesa rota.

La abrió con cuidado. Las páginas estaban llenas de anotaciones, de runas copiadas a mano, de esquemas que parecían mapas y eran otra cosa. Había manchas oscuras: café, sangre seca, tinta vieja. Cada mancha era una historia que no quería recordar, pero necesitaba conservar.

Se inclinó sobre el papel como un adicto.

El zumbido ya no estaba. Solo quedaba el eco. La idea fija.

El Puerto. La Cristalera. El muelle. Un contacto. Una llave.

Su pulso se aceleró. No por excitación sexual. Por esa otra excitación: la del hombre que cree que va a reescribir el mundo a base de obsesión.

Se llevó la mano a la muñeca, al amuleto con runas grabadas que siempre llevaba. Bajo la luz de la farola, el metal no brilló como joya. Brilló como herida.

Ulises cerró la libreta y la guardó de nuevo bajo el trapo, instintivo, como si el papel pudiera ser robado por el aire.

Se puso una camiseta cualquiera y se quedó de pie, mirando la cama, la puerta, el escritorio. El estudio minúsculo en Jerez. Las paredes con humedad vieja. La ventana a patio interior. La persiana medio bajada. Su vida reducida a un cuarto sucio y una obsesión limpia.

La necesidad ya no era carne. Era destino.

—No es casualidad —susurró, y su voz sonó a juramento barato —. No es casualidad.

Fuera, el patio interior seguía oliendo a lejía y a basura. Dentro, el aire olía a tormenta sin cielo.

Y Ulises Beaumont, con el cuerpo aún tibio por el sexo sin romanticismo, sintió que lo que acababa de comprar no era placer.

Era un aviso.

La puerta se cerró con un clic discreto, y el estudio volvió a ser un cuarto de humedad y mala luz. Pero la prostituta no se fue aún. Se quedó en el umbral un segundo, con el bolso colgando del brazo y el cigarro a medio consumir, mirándolo como si lo pesara.

Ulises ya tenía la cartera en la mano. No por generosidad. Por urgencia.

—Has dicho que tu amiga trabaja por Calderón —soltó, sin preámbulo—. Y que vio a un tipo. Y que olía a ozono. Dime dónde. Dime quién.

Ella arqueó una ceja, práctica.

—Ay, niño… —murmuró, y el tono no fue burlón, fue casi profesional—. Tú no preguntas. Tú muerdes.

Ulises tragó saliva. El zumbido en los dientes ya no estaba, pero le quedaba el eco, como un *tinnitus* moral.

—Necesito saberlo.

—Claro que lo necesitas —Se encogió de hombros—. Pero lo que tú necesitas y lo que yo cuento… son cosas diferentes.

Ulises apretó la mandíbula. Sacó otro billete y lo dejó sobre la mesa.

Ella lo miró sin tocarlo.

—Eso es para comprar un rato. No para que yo me meta en líos —dijo, y se señaló la garganta—. Las cosas raras se pagan más caro. Porque luego el miedo no lo cura nadie.

Ulises dejó un segundo billete encima del primero. Luego un tercero. Los billetes se apilaron como una escalera miserable hacia lo que él quería oír.

La mujer por fin entró dos pasos, despacio, y bajó la voz.

—Vale. Escucha. No me preguntes cómo lo sé, porque no te lo voy a decir. Hay una bodega… —hizo una pausa, como si saboreara el riesgo—. Una bodega vieja. No de las de visitas y catas para guiris. Una de las de verdad. De las que huelen a madera mojada y a secretos.

Ulises se inclinó hacia ella, demasiado cerca.

—¿Cuál?

—No me interrumpas. —Levantó un dedo—. Dicen que allí se mueve mercancía. Reliquias. Cosas antiguas. Papeles que no deberían existir. Archivos… robados. ¿Te suena?

Ulises sintió el golpe en el estómago, seco. Su mano fue directa al trapo del escritorio, como si el cuerpo confirmara la amenaza.

—¿Qué papeles?

—Eso me dijeron: «archivo». Y «robado». Y «vendido». —Lo miró con un gesto de «no me pidas precisión»—. Y hay alguien que hace de intermediario. No lo ves nunca de frente. Nunca da nombres. Pero deja señales. Te citan. Pagas. Recoges. Te vas. Y finges que no has visto nada.

Ulises respiró hondo, intentando no parecer un hombre al borde de romperse.

—¿Quién?

Ella se encogió de hombros.

—Un apodo. —Sonrió, sin humor—. «El Librero».

El nombre le cayó en la boca a Ulises como una moneda oxidada. No lo entendió. Pero se le quedó.

—¿El Librero? —repitió.

—Sí. Y antes de que me preguntes, no, no sé por qué. Solo sé que lo llaman así. —Se apoyó en el marco de la puerta—. Y sé que el punto de encuentro, algunas veces, es por la zona del Puerto. Y que la gente que va… sale pálida. Como tú ahora.

Ulises se obligó a no apretar los puños.

—Necesito el lugar exacto.

La mujer lo miró con cansancio.

—Págame y te lo diré.

Ulises soltó una risa corta, rota.

—Ya te he pagado.

—Me has pagado porque te chupara la polla y por correrte dentro —corrigió ella—. No por mi entierro.

Ulises sacó otro billete. Luego otro. Los dejó sobre la mesa sin mirarla, como si tirar dinero fuera más fácil que admitir que estaba comprando información con la misma mecánica con la que había comprado cuerpo: transacción seca, sin dignidad.

Ella los tomó por fin.

—Bodega del lado viejo, cerca de donde no pasan visitas. Pregunta por «la sala de los toneles dormidos». Si te miran raro, di que vienes de parte del Librero.

Ulises asintió con demasiada rapidez.

—¿Y qué venden?

—No lo sé. —Pausa—. Pero tú sí lo intuyes, ¿no?

Ulises abrió la boca. La cerró.

La mujer lo observó, y ahí, por primera vez, no habló como trabajadora. Habló como alguien que ha visto demasiada necesidad en hombres distintos y ha aprendido a oler el tipo de hambre que no se cura con nada.

—Tú no quieres un objeto —dijo, despacio—. Tú quieres deshacer algo.

Ulises se quedó quieto.

Fue como si le hubieran metido una aguja en un nervio. No por lo que dijo. Por lo cerca que estuvo de acertar.

—No tienes ni puta idea —murmuró, pero la voz no le salió convincente.

Ella ladeó la cabeza.

—Claro que no. Pero se te ve —Señaló el cuarto, el escritorio, la libreta tapada—. La gente que quiere comprar… compra. La gente que quiere arreglar… llora. Y tú no lloras. Tú te estás rompiendo por dentro sin permitirte el lujo.

Ulises dio un paso hacia la puerta, cortando el aire.

—Vete —dijo, seco.

—Qué rápido se te va la educación cuando te duele algo —respondió ella, sin enfado, poniéndose el bolso al hombro.

Ulises abrió la puerta. La prisa le temblaba en las manos.

—No vuelvas a decir ese apodo por ahí —añadió, con un filo raro —. Ni lo que me has contado.

Ella se rio, breve.

—Tranquilo. Yo no soy heroína. —Pausa, mirándolo una última vez —. Y tú… tú no eres un cliente normal, Ulises. Ten cuidado con lo que buscas. Porque hay cosas que, cuando las encuentras, ya no te sueltan.

Ulises no contestó. No podía. Había vuelto a sentir el zumbido, leve, en los dientes, como si el mundo arcano aprobara el rumbo… o se relamiera.

La mujer se fue.

Y Ulises, solo otra vez en el estudio minúsculo, se quedó mirando los billetes que faltaban, el aire que olía a tabaco frío, y la libreta que respiraba bajo el trapo como un animal dormido.

«El Librero».

Repitió el apodo en silencio.

Y por primera vez en dos semanas, no pensó en el muelle ni en la discoteca.

Pensó en una bodega.

En un archivo robado.

Y en una puerta que aún no sabía nombrar… pero ya estaba decidido a abrir.

24
Cambio de Planes

El Departamento de Crímenes Mágicos no descansaba. No era un sitio para descansar. Era una comisaría oscura donde la ley no olía a café de máquina y fluorescente, sino a tinta vieja, hierro frío y cera gris apagada, como si el procedimiento tuviera un perfume propio: el perfume del miedo bien archivado.

La mesa de bandejas seguía ahí, mordiendo. La nota «MUELLE — 4:10 — LLAVE» descansaba en su bandeja como un parte policial que ya no admite excusas. El ordenador arcano tenía la pantalla abierta con noticias locales, y el cursor parpadeaba con paciencia de verdugo: dime qué sabes, aunque no sepas que lo sabes.

Lola desplazaba la rueda del ratón con dedos tensos. Los titulares eran los de siempre: morbo, vaguedad, eufemismo.

«*Crimen macabro en el muelle*».
«*Asesinato ritual tras discoteca*».
«*Símbolos extraños, sustancia no identificada*».
«*Causa indeterminada*».

Andrea leía por encima del hombro como si estuviera examinando un escrito defectuoso: no por curiosidad, sino por estructura, por mantener un orden en su cabeza. Ya no tenía cara de incredulidad; tenía cara de abogado que entiende que una versión pública es una pieza más de un expediente. Y por un momento, tuvo una sensación extraña con Lola, no sabía qué era. Pero sabía que no era algo que hubiera sentido antes.

Estaba empezando a aceptar lo que antes habría negado: que ella era un sensor y él, una cabeza que clasifica.

Antes de que pudiera decir nada más, Bones cruzó la estancia como una cuchillada elegante. Su túnica se movía con ese dramatismo que él convertía en rutina. Llevaba una taza en una mano —café, probablemente; veneno funcional— y una pila de formularios en la otra, como si el infierno tuviera ventanilla.

—Me voy a morir otra vez viéndoos trabajar.

Andrea levantó la mirada, molesto por reflejo.

—Estamos analizando la versión pública.

Bones lo miró por encima de la falange, con desprecio cariñoso.

—Y yo estoy analizando cómo vais a morir si os quedáis en los adjetivos. La prensa humana sirve para una cosa: saber qué mentira se está fabricando. Dos minutos. No cuarenta.

Lola abrió la boca para replicar, pero Bones ya estaba señalando la bandeja de «URGENTE / COSTA» como si fuera una orden judicial.

—El muelle no os va a esperar. La llave tampoco. Y el Códex… —hizo una pausa mínima, casi imperceptible— el Códex tiene menos paciencia que yo. Y eso es decir mucho.

En ese instante, uno de los expedientes de la mesa —una carpeta sin título, con un sello de cera gris como costra— se abrió solo.

No se abrió de par en par. Se abrió un segundo, por una página exacta, como un ojo que parpadea. Lola alcanzó a ver, impreso en tinta oscura, un «4:10» que parecía latir.

El expediente se cerró.

Nadie lo oyó.

Nadie lo vio.

Solo Lola.

Se le heló la sangre. El tirón en el estómago volvió, más claro: *mira. recuerda. hazlo*.

Lola se quedó inmóvil un segundo.

Bones notó su inmovilidad, porque Bones notaba todo lo que se salía del ritmo. Se giró, y su humor —por un instante— no entró. Una grieta pequeña asomó bajo la ironía.

—¿Qué has visto? —preguntó, en voz baja.

Lola negó con un gesto mínimo, pero no fue convincente.

—Nada… —susurró—. O… no sé.

Andrea los miró a ambos, captando el cambio, la tensión, la incomodidad. Ya no estaba fuera. Ya estaba dentro del engranaje.

Bones respiró hondo —o hizo el gesto— y se recompuso con sarcasmo, como quien se abrocha el chaleco antes de entrar en sala.

—Vale. —Palmada seca sobre la mesa—. Tiempo de dejar de jugar a ser lectores.

Señaló el ordenador.

—Cerrad eso. Ya sabemos lo esencial: cortina, eufemismos, confusión. Perfecto. Ahora toca lo importante: rastro.

Señaló la bandeja con la nota.

—«MUELLE — 4:10 — LLAVE». La ley ya os ha dado coordenadas. Y cuando la ley te da coordenadas, no te está haciendo un favor. Te está señalando un cadáver.

Lola sintió el latido en las sienes otra vez. Andrea apretó la mandíbula, pero no protestó. Y Bones, con la prisa clavada bajo el humor, se movió por el departamento como si cada segundo tuviera precio.

Porque lo tenía.

Y en algún lugar —dentro o fuera— había gente mirando a Lola sin que Lola pudiera verlos todavía.

Y entonces el despacho hizo lo que hacen los sistemas cuando quieren recordarte quién manda: interrumpir.

No fue un timbre. No fue un móvil. Fue un sonido viejo, metálico, íntimo.

Un chisporroteo.

Un zumbido eléctrico bajo, como radio antigua buscando frecuencia. En una esquina del departamento, sobre un escritorio secundario lleno de formularios y cera gris, una «línea» de comunicaciones —un tubo metálico con auricular antiguo, como de centralita de otra época— despertó de golpe.

Crrrsh.

Crrrsh.

Un golpe seco interno, como si alguien hubiese cerrado una compuerta.

Bones reaccionó demasiado rápido.

La falange ya estaba en el auricular antes de que el chisporroteo terminara de formarse, como si llevara siglos esperando esa llamada exacta. Su cuerpo se movió con instinto de veterano: sin preguntas, sin duda, sin teatro.

—Despacho de Samuel Graves: aquí no se juzga, se comenta. Habla Bones. ¿Qué puterío traemos hoy?

Lola y Andrea se miraron sin hablar. Andrea sintió esa punzada de «esto ya no es un juego» recorriéndole el estómago. Lola notó el tirón interno aflojar un instante, como si el sistema se reorganizara alrededor de esa voz que entraba por la línea.

Bones escuchó una respiración.

Y su cráneo se quedó inmóvil, como si cada palabra clavara un sello.

La voz de Samuel Graves llegó nítida, baja, sin temblores. No era una voz de jefe que manda por postureo. Era una voz de alguien que sabe exactamente qué pesa y cuánto puede romperse una persona si le habla con el tono equivocado.

—Bones.

Solo el nombre. Y, en ese nombre, una confianza que no se daba a cualquiera: la clase de confianza que se deposita en una mano derecha cuando el edificio está ardiendo.

Bones enderezó la espalda.

—Aquí estoy, jefe.

Samuel no perdió tiempo.

—Es sobre el caso Beaumont.

La frase cayó como un expediente sobre la mesa.

—¿Tan mal ha ido con las siete maravillas de la Corte?.

—Peor de lo que te imaginas.

Bones no contestó. Escuchó.

—Tenemos instructor operativo: Cael Vesper. —Graves hizo una pausa mínima—. Bajo el control doctrinal de Vladhar Noctis.

Andrea parpadeó. No conocía los nombres, pero los sintió como jerarquía pura: títulos que no necesitaban presentación.

Lola, en cambio, sintió el nombre «Vesper» como un roce frío en la nuca, como si el aire del despacho lo reconociera.

Bones apretó el auricular con la falange.

—Entendido.

Samuel siguió, cada línea como una orden redactada sin tinta.

—Han citado al despacho a una vistilla al amanecer para la designación de juristas que lleven la investigación de campo.

Bones tragó saliva —o hizo el gesto— y miró de reojo a Lola y Andrea. No con burla. Con cálculo. Con responsabilidad.

—Y quieren a Lola y a Andrea —añadió Samuel—. Una orden extraoficial.

Ahí el aire cambió.

No por magia. Por miedo elegante.

La expresión «orden extraoficial» no traía nombre, y eso era peor que el hecho. Tener una orden pero no saber de quién es que no era seguro hablarlo.

Bones se quedó un segundo en silencio. El humor, otra vez, no entró a tiempo.

—¿Estáis seguros de que queréis meter a dos novatos en la Corte? —preguntó al fin, y su voz salió más baja.

—Bones, me hace la misma gracia que a ti, que viene a ser ninguna —La respuesta de Samuel fue limpia—. Pero es lo que hay. Quiero discreción absoluta. Protocolo de comunicaciones.

—¿Protocolo…? —Bones no terminó, como si ya supiera la palabra que venía.

—Niebla —dijo Samuel, sin explicarlo, como si fuera una carpeta conocida que no necesita índice—. Cero filtraciones. Cero improvisación. Y Bones… —la voz bajó un escalón, íntima— tú te encargas.

Esa frase no era una orden. Era un reconocimiento. Una forma de decir: confío en ti porque no tengo margen para no hacerlo.

Bones cerró los ojos un segundo. Cuando los abrió, ya estaba otra vez en modo secretario. Pero había una sombra más en el hueco de su humor. Dejó el auricular en su sitio con una delicadeza excesiva. La línea estaba muda, pero el eco de Samuel seguía en el aire como humo frío.

Lola y Andrea se quedaron quietos, mirando a Bones como se mira a un superior cuando el despacho deja de ser despacho y se convierte en algo más parecido a una trinchera.

Bones apoyó la falange sobre la mesa de triaje, justo al lado de la bandeja donde reposaba la nota, y soltó el parte como si lo estuviera estampando en piedra.

—Ya hay instructor.

Andrea reaccionó al instante, automático, con el reflejo de jurista que necesita nombres para construir jerarquía y, por tanto, control.

—¿Instructor?

Bones no perdió tiempo en biografías. Definió sin explicar, como quien reparte roles en un quirófano.

—Cael Vesper: tránsito. No sé cómo, tiene una calabaza negra por cabeza, aunque mi cráneo es más elegante. —Pausa, breve—. Vladhar Noctis: doctrina. Lo llaman «*la Ley encarnada*»

Andrea frunció el ceño.

—¿Tránsito… como qué?

Bones lo miró como si le estuviera preguntando «¿qué es un cadáver?» en una morgue.

—Como umbrales. Rutas. Puertas. Todo lo que se mueve de un lado a otro cuando no debería. —Señaló la nota—. Si Cael instruye, es porque alguien cruzó una línea. O pretende cruzarla.

Lola tragó saliva. La palabra «puertas» le rozó la nuca como un dedo frío.

Bones bajó la voz.

—Y si Vladhar está encima… —hizo una pausa mínima, como si midiera el peso del nombre— esto no es un muerto. Es un umbral. Vladhar es el intérprete supremo del Códex. Lo ama más que a sí mismo. Y de todos es sabido, que no le hace ni puta gracia la cantidad de *postits* que lo están remendando desde hace años.

Andrea notó que el estómago se le encogía. La estructura estaba ahí, sí. Pero era una estructura con dientes.

Bones abrió la mano y dejó ver la nota como si fuera un arma cargada.

—El *Códex* lo ha soltado.

Señaló con la falange cada palabra, seco, administrativo.

—«MUELLE — 4:10 — LLAVE».

Andrea miró el papel como si esperara que cambiara solo. No lo hizo. Pero él ya no necesitaba que cambiara: ya había aceptado que

el papel era una orden.

Lola sintió el tirón en el estómago, otra vez. Un reconocimiento interno, como si ese dato fuera suyo antes de ser del caso.

Bones lo notó.

Y ahí vino el microgesto: su cráneo giró hacia Lola un segundo más de lo normal. Un segundo que no fue humor. Fue evaluación. Preocupación contenida. Como si en esa cara de sudadera y deportivas hubiera visto algo que no quería decir en voz alta.

—Y esto… —murmuró, apenas audible— no lo ha hecho por capricho.

Andrea abrió la boca para preguntar qué coño significaba eso, pero Bones ya estaba moviéndose de nuevo hacia la línea segura. Con una rapidez demasiado precisa.

Sin embargo, no colgó del todo. No se desconectó. Se quedó con el auricular a medio camino, como si hubiera una frase atrapada en la garganta.

—Samuel —dijo, y el nombre sonó distinto: más bajo, más serio —. Espera.

El chisporroteo volvió, leve, como si el sistema interno hubiera mantenido un hilo abierto por pura intuición.

Crrrsh.

—Te escucho —respondió la voz de Samuel al instante, sin preguntar por qué. Como si confiara tanto en Bones que ni siquiera necesitara introducción.

Bones se apoyó en la mesa, como quien intenta mantener la voz estable en medio de un edificio que cruje.

—El *Códex* ha hablado.

Silencio al otro lado. No largo. Exacto. Una pausa de alguien que entiende lo que implica.

Bones continuó, sin adornos.

—Soltó «MUELLE — 4:10 — LLAVE». Pero… —otra pausa, mínima — no cayó al suelo. Se quedó suspendido. Frente a ella.

Andrea no entendió del todo, pero el «ella» ya le tensó la espalda. Lola se quedó inmóvil, como si el despacho entero hubiera girado hacia su respiración.

Bones tragó saliva.

—Y, Samuel… —la falange apretó el borde de la mesa— parece haber elegido a Lola. Todavía no sé por qué.

El silencio al otro lado duró un segundo más. El tipo de segundo en el que se decide cómo se protege un secreto: no con palabras, sino con ausencia de palabras.

La respuesta de Samuel llegó por fin, baja, limpia, sin emoción visible. Y por eso mismo daba más miedo.

—No lo digas en voz alta.

Bones parpadeó.

—Ya lo he hecho —murmuró, pero se contuvo. No era el momento de discutir literalidades.

—Entendido —añadió Samuel—. Protégela. No la sueltes.

Bones apretó la mandíbula.

—No pensaba hacerlo.

—Que nadie lo registre —continuó Samuel, con ese tono de juez cansado de la estupidez ajena—. Ni en informes. Ni en bocas. Ni en chistes.

Bones soltó una exhalación breve, casi una risa que no llegó a ser risa.

—Eso me va a costar un huevo, jefe. Y mire que no tengo. Vivo de los chistes.

—Apagad los móviles —ordenó Samuel—. Salid ya. Nos vemos en la Corte.

La frase cayó como un sello.

Bones asintió, aunque Samuel no pudiera verlo.

—Recibido.

Samuel bajó un escalón la voz, como si esa última frase fuera para Bones y solo para Bones.

—Y si alguien pregunta por qué tanta prisa… diles que es porque la Ley no espera. Y porque la Corte escucha.

Crrrsh.

La línea se apagó.

Bones dejó el auricular en su sitio con un gesto seco, casi violento. Se quedó un segundo mirando el metal como si quisiera partirlo. Luego giró hacia Andrea y Lola.

Recuperó el humor… pero era otro humor. Más oscuro. Más afilado. Como un cuchillo limpio.

—Vale —dijo—. Móviles fuera. Cero fotos. Cero audios. Cero «mira qué fuerte». Si queréis conservar la cabeza, no la uséis para hablar de más.

Andrea metió el móvil en el bolsillo interior de la chaqueta como si acabara de recibir un arma.

Lola hizo lo mismo, pero su mano tembló un milímetro. Nadie lo comentó. Nadie lo necesitó.

Bones recogió la nota, la dobló y la guardó dentro de un sobre de cera gris que apareció de la nada con la naturalidad de un formulario.

—El peligro no es el caso —murmuró, casi para sí—. El peligro es que el caso os ha mirado.

Levantó la vista hacia Lola, y por primera vez en toda la noche no la llamó «cariño», ni «novata», ni «jurista en zapatillas». Solo la miró con la verdad cruda de quien sabe que la Corte huele la sangre antes de ver la herida.

—Y cuando la Ley te señala… —dijo—, el mundo deja de ser grande.

El departamento, de pronto, pareció más estrecho.

Y la urgencia ya no olía solo a muelle.

Olía a Lola.

El umbral de salida estaba a dos pasos, pero parecía a dos vidas.

La piedra del arco tenía ese brillo húmedo que no es agua: es antigüedad. La luz azul recortaba el pasillo como si lo estuviera partiendo en dos jurisdicciones distintas. Dentro: tinta, hierro, cera gris, expedientes que se abrían solos y cerraban la boca cuando los mirabas. Fuera: la noche humana, la calle, el aire más sucio y más simple. Lo que la gente cree que es real.

Bones se detuvo justo antes de cruzar.

Andrea caminaba despacio. La chaqueta bien puesta, el gesto duro, los ojos de alguien que entiende que el sistema tiene reglas y que esas reglas, esta vez, podrían matarlos. Estaba listo para salir porque moverse era su manera de controlar el miedo.

Lola, en cambio, se quedó un segundo más atrás, con la túnica sobre la sudadera, los vaqueros y las deportivas. Como si llevar eso debajo fuera su última resistencia a que el mundo la tragase entera. La tela negra le pesaba distinto ahora. El ribete dorado parecía más vivo. Más atento.

Bones giró el cráneo hacia ella.

Y se quedó mirándola.

No como secretario. No como guía. No como cómico. Como alguien que, por primera vez, deja de fingir que todo aquello era manejable.

Ese segundo de silencio fue peor que cualquier amenaza. Porque el humor era su escudo, y cuando Bones bajaba el escudo… es que el golpe venía de verdad.

Lola sintió el tirón en el estómago otra vez. No un mareo. No una náusea. Un tirón como el de una cuerda que te engancha por dentro y te dice: sí, tú. aquí. ahora.

Tragó saliva. No supo qué decir. Se odiaba un poco por no saber.

Bones respiró hondo —o hizo el gesto— y, por fin, dejó caer la frase. No fue un sermón. Fue un disparo con sonrisa.

—No eres un encargo.

Lola parpadeó, casi ofendida, casi aliviada.

Bones dio un paso hacia ella. Solo uno. Lo justo para que su sombra le cortara parte de la luz azul.

—Eres un grano en el culo para la Corte… —hizo una pausa mínima, y ahí volvió el Bones de siempre: el que se ríe para no temblar— y me encanta.

Andrea soltó una exhalación que no llegó a risa. Más bien fue un «estamos jodidos» sin palabras.

Lola sintió que se le aceleraba el pulso. Y, aunque quería responder con orgullo, con rabia, con algo, lo único que le salió fue un susurro seco, casi infantil:

—¿Por qué?

Bones ladeó el cráneo, como si esa pregunta fuera demasiado grande para una puerta tan pequeña.

—Porque la Corte odia lo que no puede clasificar —murmuró—. Y tú… tú no cabes en sus cajones.

No dijo más.

No hacía falta.

Cruzaron.

La luz azul los recortó al salir, trazando perfiles nítidos como si fueran pruebas fotográficas: tres siluetas escapando de una comisaría imposible, con un sello invisible ya estampado en la piel. La piedra del arco pareció exhalar, como si el despacho los escupiera al mundo nocturno con la misma frialdad con la que se archiva un expediente.

Y Lola, al pisar fuera, entendió algo sin entenderlo del todo: no era ella quien estaba entrando en el caso.

El caso era quien había entrado en ella.

25
Dos perros y un esqueleto

La noche en el cementerio no era negra. Era húmeda. Una humedad que se metía por la garganta como una disculpa mal dada, y que hacía que hasta el silencio sonara a óxido.

La verja se alzaba al final del camino como una mandíbula cerrada. Hierro viejo, barrotes con puntas gastadas, remaches que habían visto demasiadas manos temblar. Las farolas de la calle morían antes de llegar, y las que quedaban dentro emitían una luz mortecina, amarillenta, que no iluminaba: delimitaba. El cementerio no era un lugar; era una frontera.

Olía a tierra removida, a cloro rancio de jarrones de plástico, a flores viejas que habían dejado de ser homenaje y ya eran solo materia. En algún rincón, una corona deshilachada seguía colgando como si no se hubiera enterado de que el duelo también caduca. Y, por encima de todo, el aire tenía ese gusto de piedra fría que te recuerda que aquí la gente no viene a hablar de futuro.

Llegaron sin épica.

Llegaron como se llega a un sitio donde no quieres estar, pero tienes que estar.

Bones iba delante, como si fuera a la oficina. La túnica abierta, el traje impecable debajo, y esos zapatos de señorito resonando sobre la gravilla con una seguridad insultante. Caminaba con la soltura de quien ha hecho ese trayecto mil veces… o de quien finge que lo ha hecho mil veces para que los otros no se derrumben.

Andrea lo seguía a medio paso, recto, con la mirada de alguien que no se permite miedo porque necesita estructura. Observó la verja, el candado, la garita vacía, el perímetro.

Horarios. Accesos. Puntos ciegos.

Como si fuera una escena policial.

—Si hay verja, hay competencia —murmuró, más para sí que para los demás.

Bones lo oyó y soltó una carcajada baja.

—Mira qué bonito. —Giró el cráneo un poco—. El señor Volpi descubriendo la muerte como si fuera contencioso-administrativo. Me emociono. Deja de buscar analogías con tu derecho de mierda, porque sí, es una mierda.

Lola, en cambio, no estaba mirando la verja. Estaba sintiendo la gravilla bajo las deportivas.

El zumbido le golpeó los dientes en cuanto pisó el primer tramo, leve pero nítido, como una corriente eléctrica mínima que te avisa: has entrado en otra jurisdicción. La túnica le rozó la piel, y el ribete dorado pareció tensarse, como un animal despertando.

No era miedo. Era alineación.

El lugar la alineaba.

Lola tragó saliva. Notó que el aire, allí dentro, tenía otra densidad. Como si la noche pesara más. Como si incluso sus pensamientos hicieran menos ruido.

Bones se detuvo frente a la verja, apoyó una falange en el hierro y dijo, sin drama, como quien anuncia el menú del día:

—Bienvenidos al único sitio donde nadie te interrumpe… salvo el protocolo.

Andrea lo miró con el ceño fruncido.

—¿Protocolo?

Bones señaló con la barbilla un pequeño cartel oxidado junto a la entrada.

«HORARIO DE VISITAS».

Las letras estaban comidas por el tiempo. La pintura saltada. Un absurdo decorativo, como si el cementerio todavía creyera en la educación.

Lola se acercó un paso, y el zumbido subió un pelín. No por el hierro. Por la esquina del cartel.

Allí, en el óxido, juraría que había un símbolo.

No grande. No claro. Un arañazo. Una curva. Una marca que parecía casual… pero que, si la mirabas con la atención adecuada,

tenía la precisión de una runa.

Una runa que no decía «visitas». Decía otra cosa. Algo parecido a: solo nocturnos. O quizá: solo autorizados. O quizá, sencillamente: solo los que ya están marcados.

Lola parpadeó. Volvió a mirar. El símbolo seguía ahí, pero se desdibujaba en cuanto intentaba enfocarlo, como si el metal no quisiera dejarse leer por completo.

—¿Lo ves? —susurró, sin apartar la mirada.

Andrea se acercó.

—¿El qué?

Lola señaló la esquina. Andrea vio óxido. Un rasguño. Nada concluyente.

Bones, sin embargo, inclinó el cráneo con un gesto que parecía casual, pero no lo era. Y soltó, como quien no quiere confirmar, pero tampoco mentir:

—No te obsesiones con los carteles, Hidalgo. En este sitio hasta el óxido tiene opinión.

Lola sintió un escalofrío. No de frío. De confirmación.

El cementerio no era un lugar para muertos. Era un lugar para permisos.

Y ellos estaban ahí, delante de la mandíbula de hierro, con la noche pegada a la piel, sabiendo —aunque ninguno lo dijera— que la puerta no se abría por fuerza.

Se abría por competencia.

Por sello.

Por ley.

Dieron unos pasos y el mundo de fuera se quedó atrás como se queda atrás una conversación incómoda: de golpe, sin despedida.

La calle, a unos metros, seguía siendo calle. Un coche lejano. El rumor débil de una ventana con tele encendida. Algún perro en otra manzana ladrando a nada. Vida humana, en modo automático.

Y dentro… dentro era otra cosa.

El cementerio sonaba a silencio.

No un silencio vacío. Un silencio con peso. Un silencio que no es ausencia de ruido, sino presencia de contención. Como si hasta el

aire hubiera aprendido a no levantar la voz. Como si las lápidas hicieran de paredes y las sombras fueran reglas. El tipo de silencio que te obliga a bajar el tono aunque no haya nadie que te lo exija. El tipo de silencio que te recuerda, sin decirlo, que ahí la prisa es una falta de respeto.

El crujido de la gravilla bajo las deportivas de Lola sonó demasiado alto. Cada piedra pequeña parecía un juicio. Andrea caminó con cuidado, sin darse cuenta, midiendo sus pasos para no romper el equilibrio del lugar. Bones, en cambio, avanzaba con esa arrogancia práctica de quien se cree inmune al concepto "solemnidad" —túnica abierta, traje debajo, zapatos de señorito—, aunque incluso a él se le notaba un ajuste mínimo en la postura, como si el cementerio, por puro oficio, le corrigiera la espalda.

Las farolas mortecinas dibujaban islas de luz amarillenta entre sombras densas. Las flores viejas en los jarrones de plástico olían a cloro antiguo, a agua estancada, a ese intento humano de conservar belleza donde la belleza dura lo que dura una vela. La tierra, en algunos rincones, estaba removida y más oscura, como si hubiera respirado hace poco. La humedad se pegaba al metal de la verja y a la garganta de los vivos.

Lola sintió el zumbido en los dientes en cuanto pisó la gravilla, una vibración mínima que le subió por las muelas como una corriente eléctrica. No era pánico, era alineación: el lugar le estaba diciendo has entrado, como si el cementerio tuviera su propia manera de sellarte.

Andrea miró a un lado, luego al otro, registrando el horario oxidado, el candado, el perímetro, los caminos que se abrían en ramificaciones. Lo hacía sin querer. Era su forma de no perderse: convertir el miedo en mapa.

Bones murmuró algo —un chiste a medio nacer—, pero el silencio lo absorbió antes de que pudiera florecer. Y eso, en Bones, ya era raro.

Dieron tres pasos más.

Cuatro.

Y entonces, como una grieta en ese silencio tan perfecto, llegó el sonido que lo estropeó todo.

Un gruñido.

No un ladrido. No un aviso. Un gruñido grave, bajo, nacido desde el pecho, como un motor encendido en la oscuridad.

Andrea se detuvo en seco. Su cuerpo lo hizo antes que su mente. Lola sintió cómo se le tensaban las piernas. Bones se quedó quieto un segundo, como si estuviera calibrando si aquello era rutina o problema.

El silencio del cementerio, de pronto, pareció escuchar también.

Otro gruñido, más cerca. Y luego el sonido húmedo de una respiración pesada, el roce leve de uñas sobre gravilla.

La luz mortecina no alcanzaba a dibujar el origen, pero el sonido no necesitaba imagen: era demasiado real, demasiado presente, demasiado aquí mando yo.

Lola tragó saliva y el zumbido en sus dientes se intensificó. La túnica le rozó el cuello, el ribete dorado pareció tensarse, como si la tela también se pusiera en guardia. Andrea levantó un poco las manos, despacio, instinto puro, como si el aire pudiera entender que no quería pelea.

Bones, por primera vez en ese tramo, no hizo chascarrillo. Solo inclinó el cráneo hacia la sombra de un sendero lateral y dijo, casi sin voz:

—Ahí.

Y entonces los vieron.

Dos rottweilers negros. Enormes. Sólidos. Cuello grueso. Pecho ancho. Ojos clavados como clavos.

Y lo peor: estaban sueltos.

Sin cadena. Sin dueño visible. Sin correas. Sin «buen chico». Nada.

Solo ellos, plantados en el camino principal como dos porteros de discoteca… pero con colmillos y cero paciencia.

Y el cementerio, que hasta ese momento sonaba a respeto, empezó a sonar a amenaza.

Andrea se congeló.

No porque fuera cobarde. Porque el cuerpo entiende ciertas cosas antes que el cerebro: que un animal así no discute, no argumenta, no acepta jurisprudencia.

Lola sintió que el zumbido en los dientes se le clavaba un poco más. La túnica le pesó. El ribete dorado pareció tensarse como una cuerda. Instintivamente dio un paso atrás, muy pequeño, como si el cementerio le hubiera dicho: hasta aquí.

Los perros olfatearon el aire.

Y no olfatearon «gente».

Olfatearon residuo.

La nariz se les arrugó, y el gruñido subió un escalón, como si la propia túnica les hubiera ofendido. Uno de ellos miró a Lola con una precisión inquietante, como si pudiera oler algo de ella que ni ella sabía que tenía. El otro, en cambio, giró la cabeza hacia Bones.

Y ahí cambió la cosa.

El rottweiler no hizo un gesto de «te muerdo porque eres intruso». Hizo un gesto de «te muerdo porque te conozco». O porque reconoce el olor de lo que ya no está vivo.

Bones se detuvo, con una dignidad absurda, como si estuviera a punto de saludar a dos compañeros de oficina.

—Ah —dijo, con la misma serenidad con la que se abre un correo con una multa—. Los funcionarios.

Andrea lo miró de reojo, incrédulo.

—¿Funcionarios?

Bones asintió, como si fuera obvio.

—Sí. Los únicos que trabajan sin nómina, sin descanso y con mejor dentadura que un notario. —Señaló con la falange hacia los rottweilers—. Mira qué monos. Dos juristas con mandíbula. Mis favoritos.

Lola tragó saliva.

—Bones… —susurró—. Eso… no tiene gracia.

Bones ladeó el cráneo.

—Claro que la tiene, pequeña. Lo que pasa es que tú aún no has tenido la experiencia completa de que la muerte te reciba con perros. Dale tiempo.

Los rottweilers avanzaron un paso.

Uno. Solo uno. Pero bastó para que la gravilla crujiera como un hueso pequeño. El gruñido se hizo más grave. Más pegado al suelo. El tipo de sonido que te vibra en las rodillas.

Andrea levantó las manos, muy despacio, como si estuviera desactivando una bomba.

—Vale… vale… tranquilos… —murmuró, y su tono no tenía nada de abogado: era instinto puro.

Lola no dijo nada. Se quedó quieta con el corazón golpeándole las costillas como si quisiera huir por ahí.

Bones, sin embargo, respiró hondo —o imitó el gesto— y dio un paso al frente.

—No —dijo, suave, pero con autoridad—. Quietos.

Los perros no obedecieron. Claro que no. Eran rottweilers, no clientes.

Bones chasqueó la lengua, y lo hizo con ese gesto de quien está hasta los huesos de todo.

—Mirad, escuchadme, que esto lo he vivido —murmuró entre dientes, sin apartar la vista del rottweiler que lo olía como si fuera un jamón maldito—. La última vez… —hizo una pausa, como si recordara la escena con pesar cómico— la última vez por poco me dejan sin mis deditos.

Andrea parpadeó.

—¿Tus… deditos?

Bones levantó las manos huesudas.

—Estos mismos. Los que uso para archivar, sellar, firmar y señalaros lo imbéciles que sois. —Le dio un golpecito al aire con la falange índice—. Por culpa de un becario que quiso hacerse el valiente y dijo: «son perros, no pasa nada». *Spoiler*: pasó.

Lola soltó una exhalación temblorosa que casi parecía risa nerviosa.

Bones continuó, rápido, como si contar la anécdota le mantuviera el control.

—Me mordieron aquí —señaló su mano, donde obviamente no había carne—. ¿Y sabes lo que es lo peor de que te muerdan siendo esqueleto? Que no sangras. —Pausa dramática—. ¡Es una falta de respeto! Un perro necesita su recompensa emocional y yo, en fin… decepcioné.

Andrea no supo si reír o vomitar.

Los rottweilers, sin embargo, no estaban entretenidos. Estaban evaluando. El de la izquierda enseñó un colmillo, lento, como una amenaza deliberada. El de la derecha dio otro paso hacia Lola, olfateando el borde dorado de la túnica.

Lola sintió una presión en las sienes. El tirón en el estómago. Como si el lugar dijera: no voy a dejarla pasar tan fácil.

Bones se giró un segundo hacia ella y, por primera vez en esa escena, el humor le dejó una rendija de verdad.

—No te muevas —susurró—. Si corres, te conviertes en deporte.

Lola asintió sin respirar.

Andrea apretó los dientes.

—¿Y qué hacemos? —preguntó, seco—. ¿Los… funcionarios aceptan alegaciones?

Bones soltó una carcajada.

—Aceptan carne. —Pausa, y le brilló el sarcasmo—. Pero tranquilo, Volpi. No vamos a darte como ofrenda todavía. Me has caído mal, pero no tanto.

Los rottweilers gruñeron al unísono, como si el cementerio, en su propia lengua, estuviera diciendo: permiso denegado.

Y Bones, con su Armani debajo de la túnica y su dignidad de secretario muerto, se plantó frente a ellos como si fuera a negociar un acceso en ventanilla.

—Vale —murmuró, y por fin se le notó la tensión real bajo la broma—. Ahora vamos a hacer lo que siempre hago: improvisar sin que parezca que improviso.

Porque si Bones no era omnisciente, los perros lo sabían.

Y el cementerio también.

Bones los miró a los dos rottweilers como quien mira a dos funcionarios con plaza fija.

Luego miró a Andrea. Luego a Lola.

Y, con una naturalidad insultante, anunció:

—Dadme un segundo.

Andrea abrió la boca, dispuesto a protestar, pero Bones ya estaba levantando una falange como si estuviera pidiendo turno en ventanilla.

—No me miréis así. Esto es técnica jurídica avanzada. —Señaló a los perros—. Negociación con incentivos.

Lola tragó saliva.

—Bones…

—Shhh —le cortó—. Confía en mí. He sobrevivido a Roma, al Vaticano, a tres magistrados con ganas de ejecutar y a una becaria que me quiso archivar por orden alfabético. Esto son dos perritos.

Los rottweilers gruñeron como si acabara de insultar a sus madres.

Bones suspiró con dramatismo.

—Vale. Vale. Dos perritos con complejo de fiscal.

Y entonces, sin pudor, se llevó la mano a su costado.

Andrea se quedó helado.

—¿Qué estás…?

Bones metió la falange entre sus costillas como quien busca un bolígrafo en el bolsillo.

—A ver, si a mí me sobran piezas…

Con un clic seco —un sonido entre crujido y trámite— se quitó una costilla.

La levantó en el aire con teatralidad.

—¿Veis? Recambio. Repuesto. Ikea de ultratumba.

Lola se llevó una mano a la boca.

—¡Dios!

—No, querida. Yo —replicó Bones, ofendido—. Dios no tiene este corte.

Los rottweilers se quedaron por un segundo petrificados, como si el universo también necesitara procesar lo que acababa de ocurrir: un esqueleto arrancándose un hueso con la misma elegancia con la que se quita un guante.

Bones sonrió con malicia.

—Vamos a ver si el protocolo canino funciona.

Y lanzó la costilla como si fuera una pelota.

La costilla voló en un arco perfecto, atravesó la luz mortecina de la farola y cayó sobre la gravilla con un golpe hueco.

Durante una fracción de segundo, hubo silencio.

Luego, los rottweilers estallaron.

Uno se lanzó hacia el hueso con un ladrido que hizo vibrar el hierro de la verja. El otro lo siguió con una velocidad brutal, uñas arañando la tierra, saliva chorreando como si fuera una sentencia líquida.

Andrea parpadeó, impresionado a su pesar.

—Vale… vale, funciona.

Bones alzó una falange, victorioso.

—¿Lo ves? Yo no seré Merlín, pero sé distraer a un perro. Siguiente lección: siempre lleva un hueso de sobra.

Lola soltó el aire.

—¿Y tú… te lo vuelves a poner?

Bones se encogió de hombros con total indecencia.

—Cuando acabe el turno. Ahora mismo no estoy para reconstrucciones.

Los rottweilers llegaron al hueso, lo olfatearon, lo mordieron…

Y entonces pasó lo peor.

No les interesó.

El hueso era un aperitivo. Un entrante.

Uno de los rottweilers lo escupió con desprecio, como si dijera: esto no tiene carne. El otro lo mordió un segundo, lo levantó, lo soltó… y ambos giraron la cabeza hacia Bones al mismo tiempo.

Ojos clavados. Cuello tenso. Mandíbula abierta.

El tipo de mirada que no negocia: te he elegido.

Bones se quedó quieto un segundo. Inmóvil. Como si incluso él necesitara un parpadeo para aceptar la realidad.

—Ah —dijo, con calma falsa—. Vale.

Andrea frunció el ceño.

—¿Qué…?

Bones levantó las manos, despacio.

—Han decidido que yo entero soy el premio.

Los rottweilers avanzaron.

Bones dio un pasito atrás.

Otro.

Y, en un instante, se giró y echó a correr.

Y ver a un esqueleto correr con traje bajo una túnica, por un cementerio, perseguido por dos rottweilers asesinos… fue la clase de

surrealismo que te rompe el cerebro por dentro.

—¡NO, NO! —gritó Bones mientras pasaba entre nichos— ¡QUE ESTO NO ES BARRA LIBRE!

Los ladridos estallaron detrás, rebotando en las lápidas como un eco de caza.

Farolas parpadeando. Sombras corriendo entre cruces. La gravilla saltando bajo sus pies impecables.

Andrea se quedó clavado.

—¿Qué hacemos?

Lola miró a Bones zigzaguear entre panteones con la desesperación de alguien que, de pronto, ha recordado que no tiene pulmones pero sí sentido del ridículo.

—¿Ayudarlo? —dijo Lola, como si no estuviera segura de su propia propuesta.

Bones giró la cabeza mientras corría, gritando con voz de indignación aristocrática:

—¡Suelta, hijo, que esa tibia me hace falta para andar con glamour!

Un rottweiler saltó y casi le engancha la túnica.

Bones chilló:

—¡Qué injusticia! ¡Toda mi vida siendo elegante y ahora me quieren por el esqueleto!

Andrea abrió los ojos como platos.

—¡Bones, corre hacia la verja! ¡La verja!

—¡Estoy corriendo hacia la muerte, Volpi! —aulló Bones— ¡No me vengas con indicaciones!

Los rottweilers iban detrás, perfectos, como si el cementerio los hubiera entrenado para ese trabajo: porteros con dientes, fiscales sin alma.

Bones giró hacia un pasillo estrecho entre nichos. La túnica ondeó como un espectro. Sus zapatos de señorito resbalaron en la gravilla, pero se sostuvo con una coordinación absurda para alguien sin carne.

—¡Me cago en todos mis muertos! —gritó— ¡Y mira que son unos cuantos!

Lola, con el corazón en la garganta, sintió el zumbido en los dientes crecer.

Porque aquello ya no era solo cómico.

Era el cementerio diciendo, a su manera: no pasas porque no quiero.

Y la verja, detrás, vibró con los ladridos como si se estuviera riendo también.

Andrea no se quedó mirando.

El primer impulso fue el de cualquiera: quedarte quieto y esperar que el universo arregle lo que el universo ha roto. Pero Andrea era abogado. Su cerebro no sabía rezar: sabía reaccionar.

—Vale —dijo, seco, con esa calma falsa que viene cuando estás a punto de entrar en pánico—. Esto tiene lógica espacial.

Lola, con el zumbido en los dientes y el estómago dando vueltas como una alarma, giró la cabeza buscando algo que no supo nombrar, pero que su cuerpo reconocía.

Los rottweilers ladraban. Bones corría entre nichos como una mala decisión con piernas. Las farolas parpadeaban. La verja vibraba como si el hierro también tuviera ansiedad.

—¿Lógica espacial? —preguntó Lola, sin apartar la vista del caos.

Andrea señaló hacia el centro del cementerio, donde la luz era ligeramente más estable y el camino se abría en una especie de rotonda de grava con un ciprés enorme.

—Los perros no son el problema —dijo, y eso, en otra noche, habría sido una frase de psicólogo—. El problema es que el cementerio está haciendo de portero. Si hay un punto de «permiso», tiene que estar allí. Centro. Núcleo. Competencia.

Lola tragó saliva.

—¿Cómo coño sabes eso?

Andrea apretó la mandíbula.

—Porque si hay verja, hay jurisdicción. Y si hay jurisdicción, hay centro de tramitación —La miró de reojo—. Y porque todo esto huele a procedimiento. De algo tendrá que servir el título de Licenciado en Derecho, Lola.

Lola soltó una risa breve, casi histérica.

—Me encanta que el hombre que ha visto un esqueleto en Armani me diga «procedimiento» mientras nos persiguen dos rottweilers del infierno.

Andrea no contestó. Ya estaba mirando el entorno como un tablero.

Y entonces Lola lo vio.

Una lápida antigua, algo ladeada, con una placa metálica verdosa por el óxido. No era el nombre lo que le llamó la atención. Fue la esquina inferior derecha: una marca diminuta, una curva, un símbolo.

Se parecía demasiado al sello del Códex.

No igual. Pero familiar. Como un apellido que reconoces sin recordar al dueño.

—Andrea —susurró—. Esa lápida.

Andrea miró. Vio piedra y moho. Nada más.

Pero Lola sintió el tirón. Y siguió el tirón como quien sigue una cuerda en la oscuridad.

Se agachó, rozó la placa con la yema del dedo y sintió un pinchazo eléctrico tan suave que casi fue imaginación. La runa —porque eso era, aunque nadie quisiera decir la palabra— parecía… dormida.

—Aquí —dijo Lola—. Esto no está puesto por decoración.

Andrea se acercó, rápido.

—¿Qué es?

Lola no tuvo tiempo de explicarlo, porque el espectáculo venía hacia ellos.

Bones apareció entre dos filas de nichos, túnica ondeando como bandera de rendición, zapatos resbalando sobre la gravilla y los rottweilers detrás con la elegancia homicida de dos funcionarios con plaza fija.

—¡ESTO NO ES UN EJERCICIO DE COHESIÓN DE EQUIPO! —gritó Bones— ¡OS LO JURO POR MIS MUERTOS!

Andrea abrió los brazos como si fuera a dirigir tráfico.

—¡Bones! ¡Aquí! ¡Hacia el centro!

Bones giró el cráneo mientras corría.

—¡¿CENTRO DICE?! ¡¿TÚ SABES LO QUE ES UNA PIERNA DE HUESO EN GRAVILLA?!

Un rottweiler saltó y casi le muerde la túnica.

—¡RECTO! —gritó Andrea— ¡Corre recto!

Bones soltó un alarido indignado.

—¡RECTO DICE! ¡ESTOY MUERTO, NO SOY ATLETA OLÍMPICO!

Lola se puso en pie de golpe.

—¡Plan! —dijo, sin saber de dónde le salía la voz—. ¡Necesitamos un plan ya!

Andrea reaccionó como si estuviera en sala de vistas.

—Vale. Tú, entorno. Yo, distracción.

—¿Cómo?

—Como un imbécil con corbata y ego —soltó Andrea, quitándose la chaqueta de un tirón.

Lola parpadeó.

—¿Vas a…?

Andrea ya estaba agitándola en el aire como un capote barato.

—¡Eh! ¡Perrito del infierno! —gritó, y se odió a sí mismo por lo ridículo— ¡Ven aquí, hijo de puta!

Bones, al pasar, soltó entre jadeos:

—¡Me encanta cómo en tu boca «hijo de puta» suena a escrito de trámite!

El rottweiler de la izquierda giró la cabeza hacia Andrea, atraído por el movimiento y el olor humano directo. Sus músculos se tensaron. Tomó decisión. Se desvió.

Andrea tragó saliva.

—Vale, vale, vale… —murmuró—. Excelente idea, Andrea. Brillante. Premiado. Nobel.

El rottweiler cargó.

Andrea dio un salto hacia atrás y la chaqueta voló.

—¡No era para ti! —chilló— ¡Era para tu ego!

El perro no entendía de ego. Entendía de presa.

Lola, mientras, actuó.

Vio una reja interior pequeña, una puertecita metálica que separaba un pasillo estrecho entre tumbas. Estaba medio abierta. Lola la empujó, chirrió. El sonido cortó el aire como un insulto. Cogió

un banco de piedra bajo una farola y, con una fuerza que no sabía que tenía, lo arrastró un palmo, creando un corredor improvisado: un pasillo estrecho, un embudo.

—¡Bones! —gritó— ¡Por aquí! ¡Por aquí!

Bones la vio y, aunque no tenía pulmones, pareció que se le alegró el alma.

—¡POR FIN ALGUIEN QUE ORGANIZA ESTO! —vociferó— Joder, Hidalgo, ¡me estoy enamorando de ti y no tengo corazón!

Lola ni lo escuchó. Tenía los ojos fijos en el segundo rottweiler: el que seguía a Bones, el que olía la túnica como si fuera delito.

Ese perro estaba reaccionando al residuo. Y eso era peor, porque no era instinto animal: era permiso negado.

Bones entró en el embudo. La túnica rozó el banco de piedra. Lola cerró la reja interior de golpe.

¡CLANG!

El rottweiler saltó… y chocó contra el metal.

Gruñó. Embistió. El hierro vibró.

Bones se pegó a la reja con dignidad ofendida, como si aquello fuera una puerta de oficina.

—¡¿LO VEIS?! —gritó— ¡Esto es lo que pasa cuando intentas trabajar con fauna sindicalizada!

Lola apretó los dientes, empujando la reja desde dentro con el hombro.

—¡No aguanta mucho! —jadeó.

Andrea, al otro lado, estaba en plena corrida legal con el primer rottweiler, tirándole la chaqueta como un escrito de apelación.

—¡Toma! ¡Toma jurisprudencia! —gritó, lanzando la prenda a un lado— ¡Alegación número uno: NO ME COMAS!

Bones soltó una carcajada de puro terror.

—¡VOLPI, DEJA DE NEGOCIAR CON EL PERRO COMO SI FUERA UN CLIENTE!

Andrea se giró un segundo, pálido, con la corbata deshecha.

—¡ESTOY IMPROVISANDO!

Bones chilló desde el otro lado de la reja, mientras el segundo rottweiler seguía embistiendo:

—¡BIENVENIDOS A LA GUARDIA ARCANA! ¡IMPROVISAR ES EL UNIFORME OFICIAL!

Lola sintió el zumbido en los dientes subir.

Miró la lápida con el símbolo. La placa.

Y lo entendió sin entenderlo: el cementerio no era un lugar. Era un sistema. Y esa runa era un sello interno.

—Andrea —dijo, sin apartar la mano de la reja—. ¡Tráelo al centro!

—¡Estoy intentando no morir!

—¡AL CENTRO! —insistió Lola—. ¡Si hay permiso, está allí!

Andrea maldijo en italiano, en español y en un idioma que probablemente era puro pánico. Pero empezó a moverse, tirando del rottweiler con la chaqueta, conduciéndolo con rabia y suerte hacia la rotonda central.

Bones, atrapado tras la reja, los miró y gritó con indignación aristocrática:

—¡Si salimos vivos de esta, os pongo un sobresueldo! ¡EN CERA GRIS! ¡Y OS HAGO UN MARCO CON MI COSTILLA!

La farola parpadeó.

Las sombras corrieron entre lápidas.

Y por primera vez, Lola sintió que no estaban siendo arrastrados por el mundo arcano.

Estaban aprendiendo a empujarlo.

El rottweiler embistió otra vez la reja interior y el metal gimió como un diente a punto de partirse. La gravilla saltó. La farola parpadeó. El cementerio olía a tierra mojada y a cloro muerto, y el aire —ese aire con protocolo— se volvió más denso, como si estuviera decidiendo si los dejaba respirar o no.

Lola tenía el hombro pegado a la reja, los dedos aferrados al hierro como si fuera un salvavidas. Sentía el zumbido en los dientes tan fuerte que parecía un taladro. No era miedo a los perros. Era… otra cosa. Era el cementerio entero apretándole las sienes, como si el lugar la estuviera leyendo por dentro.

Andrea, al centro, arrastraba al otro rottweiler con la chaqueta como quien intenta llevar a un cliente borracho a firmar un contrato.

El perro no cedía por educación. Cedía por instinto de presa: seguía el movimiento, la tela, el olor humano.

—¡Volpi! —gritó Bones desde el otro lado, pegado a la reja como un aristócrata atrapado en un ascensor—. ¡Si sobrevives te declaro patrimonio histórico!

—¡CÁLLATE! —bramó Andrea, sin aliento—. ¡Estoy intentando… no morir!

Lola apretó los dientes y el zumbido le subió un escalón. El rottweiler del metal volvió a enseñar los colmillos y gruñó con ese sonido grave, de motor, de «aquí mando yo». Y en ese gruñido Lola sintió algo absurdo: una ofensa. No hacia ella. Hacia… la túnica. El sello. La ruta. Como si la propia Ley se sintiera insultada por un perro con plaza fija.

Y entonces le brotó.

No fue una idea. No fue un razonamiento. Fue una frase que se le abrió camino por la garganta como si alguien se la hubiera escrito en la lengua con tinta fría.

Lola soltó la reja sin querer. Dio un paso atrás. La mirada se le quedó fija, perdida, como si estuviera leyendo algo que solo ella veía en el aire.

—Lola… —dijo Andrea, y su voz se rompió un poco al oír su propio tono.

Ella respiró una vez. Dos.

Y habló.

No en voz alta como un grito. En voz baja, firme, con una pronunciación que no era suya. Una disposición seca, de esas que no se negocian, que no discuten, que mandan.

—«Disposición Séptima de Paso y Guarda…» —susurró, y el aire pareció inclinarse hacia ella—. «Por sello de diligencia y por tránsito autorizado… se ordena: cese de mordida. Retirada. No comparecencia.»

La frase terminó con una palabra que no era español del todo. Algo antiguo, duro, como piedra:

—«Cúmplase.»

Andrea se quedó helado.

Los rottweilers también.

El que estaba contra la reja se detuvo en seco, con la mandíbula aún abierta. La saliva colgó un segundo como un hilo. El gruñido murió en la garganta, como si alguien le hubiera apagado el motor por dentro.

El otro, el que seguía a Andrea, frenó en mitad de la rotonda de gravilla. Giró la cabeza. Miró a Lola. Sus orejas se tensaron. El cuerpo entero cambió: ya no era agresión. Era… obediencia contenida. Como si el perro reconociera un rango que no sabía explicar.

Un silencio brutal cayó sobre el cementerio.

Las farolas dejaron de parpadear, como si también hubieran decidido portarse bien.

Los rottweilers dieron un paso atrás.

Luego otro.

Y, sin ladrar, sin volver a gruñir, se alejaron. No corriendo. No huyendo. Retirándose, como dos porteros que acaban de recibir una orden escrita en un papel que no se cuestiona.

Vía libre.

Andrea se quedó con la chaqueta en la mano, boquiabierto, como si el mundo acabara de cambiar de idioma delante de sus ojos.

Bones pegó la frente —bueno, el hueso— a la reja.

—Mira qué bonito —dijo, con voz de orgullo teatral—. La señorita Hidalgo ha estudiado de más.

Lola parpadeó.

Y la realidad volvió de golpe, como un bofetón.

—¿Qué…? —susurró, con la voz temblándole—. ¿Qué he dicho…? No sé lo que he dicho. No sé lo que he dicho.

Se llevó una mano al pecho. El corazón le galopaba como si intentara salirse de su propia caja. La boca se le secó. Las manos le empezaron a temblar con violencia fina.

—Lola —Andrea soltó la chaqueta al suelo y corrió hacia ella.

Llegó a tiempo de cogerla por los hombros cuando a ella se le doblaron las rodillas. No se desmayó. Fue peor: se quedó a medio camino, atrapada en una ola de ansiedad que le subía por la garganta como bilis.

—Respira —dijo Andrea, seco, firme, casi autoritario—. Mírame. Lola. Mírame.

Lola intentó, pero los ojos se le llenaron de agua sin permiso.

—No… no… —jadeó—. Ha salido solo. Ha salido… de mí.

Andrea apretó un poco sus hombros, lo justo para anclarla sin hacerle daño.

—Vale. Vale. —La voz le salió más suave, más humana—. No estás sola. ¿Me oyes? No estás sola.

Lola negó, frenética.

—No sé qué he hecho.

—Yo tampoco —admitió Andrea, y esa honestidad fue lo primero que la tocó de verdad—. Pero nos has salvado.

Lola tragó saliva. El aire le entraba a tirones.

Andrea bajó un poco la voz, pegándola a lo esencial, como si estuviera redactando un escrito para su sistema nervioso.

—Uno: estás aquí. —Pausa—. Dos: estás viva. —Otra pausa—. Tres: esos perros se han ido. ¿Vale? Respira conmigo.

Lola intentó acompasar. Uno. Dos. Tres. El zumbido en los dientes bajó un poco, como si el cementerio, satisfecho, aflojara la mano.

Bones, al otro lado de la reja, carraspeó con teatralidad.

—Si vais a tener un momento emocional precioso —dijo—, avisadme para que me ponga de fondo una música triste. Yo qué sé. Un réquiem. O Alejandro Sanz, que también vale para llorar.

Andrea alzó la cabeza hacia él con una mirada asesina.

—Bones, cállate.

Bones levantó ambas manos, ofendido.

—¡Perdona! Yo solo intento que esto no parezca un drama de sobremesa. —Pausa—. Pero… —y ahí se le coló la grieta, mínima— eso que has dicho, Hidalgo… eso no lo dice cualquiera.

Lola, aún temblando, se abrazó el estómago como si quisiera sujetarse por dentro.

—No sé… no sé de dónde ha salido…

Andrea la sostuvo un instante más, y ese contacto —simple, físico, real— fue el primer punto de unión que no nació del caso, sino de la supervivencia compartida.

—Ha salido de ti —dijo él, y la frase no fue acusación ni halago. Fue constatación—. Y ahora… ahora lo único que importa es que sigas respirando.

Lola asintió, con lágrimas en las pestañas, sin orgullo y sin máscara.

—Gracias —murmuró, casi inaudible.

Andrea no apartó las manos de sus hombros.

—Luego ya… luego ya nos asustaremos —respondió, y por primera vez sonó a algo parecido a complicidad—. Ahora salimos de aquí. Y vamos al núcleo de todo esto. A la puerta. Tenemos una vista a la que asistir, y ya vamos tarde, queridos.

Bones, por fin libre de los rottweilers, se enderezó, se sacudió la túnica como si se sacudiera la dignidad y remató con su humor de cementerio:

—Venga. Pasad. Que los «funcionarios» han aceptado la alegación. Y yo, sinceramente, no quiero que les dé por recurrir.

La noche, por un segundo, pareció obedecerles.

Pero Lola no pudo evitar una idea, clavada como un sello invisible: si una sola frase suya podía detener a dos bestias…

¿qué podría abrir?

26
Las Salinas: un olor a jauría

El aparcamiento era lo que quedaba de la ciudad cuando se quitaba el maquillaje.

David llegó solo, sin prisa, con el motor bajando de revoluciones como si también quisiera callarse. Aparcó en la línea más oscura, donde la farola industrial fallaba un poco y la luz se quedaba en amarillo sucio, como dientes viejos. Apagó el coche. Apagó la radio —aunque no la llevaba puesta— por ese reflejo de policía que sabe que el ruido es un lujo cuando necesitas oír la verdad.

Se quedó un segundo con las manos sobre el volante. No respiró hondo. No se dio ánimos. Solo miró.

El aire olía a asfalto húmedo, a salitre sucio que venía del Atlántico como una maldición lenta, a basura acumulada en una esquina donde nadie limpia porque nadie quiere mirar. Y, mezclado con todo eso, un perfume caro filtrándose desde el local cercano: un olor limpio, diseñado, ofensivo. Como si alguien intentara tapar la podredumbre con una colonia de cien euros.

La ciudad, sin embargo, no se dejaba tapar.

En el extremo del aparcamiento había coches caros con cristales tintados. Los reflejos de la farola les daban un brillo de cuchillo. Un Range Rover negro, un Mercedes gris con matrícula de alguien que nunca hace cola, un Audi con llantas nuevas que no han pisado barro. Coches que no venían a dejar a nadie en casa. Coches que venían a recoger secretos.

Risas amortiguadas, suaves, como si el dinero supiera reír sin escupir saliva. Una puerta se cerró con discreción, sin portazo, sin dramatismo. El tipo de cierre que dice: aquí no ha pasado nada, y si pasó, lo pagamos.

David ajustó la mirada, buscó patrones: entradas, salidas, sombras. Un gesto de costumbre. Como si estuviera delante de una escena del crimen antes de que el crimen tuviera cuerpo.

Y entonces, sin necesidad de mirar el reloj, lo pensó. Seco. Con esa claridad que llega cuando no te queda cariño para tu propia ingenuidad.

Rafael no va a misa.

Rafael va donde no hay testigos.

El pensamiento le dejó un sabor amargo, familiar, pegado al paladar como café recalentado. David se apoyó en el respaldo, sin relajarse. Sus ojos se clavaron en el local que quedaba más allá del aparcamiento: una fachada discreta, luces bajas, un letrero sin ganas de llamar la atención. Un sitio pensado para que la gente que no quiere ser vista… pueda existir.

El lugar a su alrededor era industrial, pero con esa mezcla característica de El Puerto: calles sin encanto, contenedores, una esquina con maleza, y al fondo, el murmullo lejano del mar como un secreto que nunca se va. La noche estaba viva, sí, pero era una vida sin romanticismo: era un animal buscando calor entre basura.

David observó la puerta del local. Vio a un hombre alto entrar sin mirar a los lados. Vio a una mujer con abrigo caro y tacones atravesar el aparcamiento como si le perteneciera. Vio un portero con auricular, mandíbula apretada, ojos de perro entrenado. Vio una cámara en una esquina, demasiado bien colocada. Vio otra, más arriba.

Y pensó, sin decirlo en voz alta, porque a estas alturas las palabras eran un lujo:

Aquí se caza.

No con pistolas. Con dinero. Con pactos. Con silencios.

David se llevó una mano al bolsillo interior de la chaqueta, tocó el borde del cuaderno que nunca debería llevar encima, ese «grimorio» de policía que sabe demasiado. No lo sacó. No hacía falta. El caso Beaumont seguía latiendo en otra parte de la ciudad. Lola, la Corte… todo. Pero aquella noche, el peligro tenía nombre y apellido.

Y lo peor era que el apellido le dolía.

Se quedó allí, quieto, mirando la puerta como si esperara que saliera un cadáver en cualquier momento.

Porque, con Rafael Hidalgo, los cadáveres no siempre eran cuerpos.

A veces eran verdades.

Rafael apareció sin anunciarse, como aparecen los que se creen dueños del aire.

David lo vio de lejos, al borde de la luz enferma de una farola industrial. No necesitó acercarse para reconocerlo: la postura. La seguridad ensayada. Esa forma de ocupar espacio sin pedir permiso, como si el mundo fuera una sala de juntas y todos los demás estuvieran de paso.

Llevaba el abrigo abierto, el traje perfecto debajo, el cuerpo ligeramente inclinado hacia una mujer que reía demasiado. No la tocaba "mucho", no como un vulgar. Solo lo justo: una mano en la cintura, un gesto de proximidad que parecía casual pero era firma. Control sin sudor. Dominio con modales.

Rafael se comportaba como quien compra la noche. No en billetes a la vista, no de forma burda. Era peor: una inclinación de cabeza al portero, una mirada que funcionaba como contraseña, un «pasa» sin decirlo. Una invitación que no se ofrece: se concede. Y alrededor de él, la gente se movía con esa obediencia suave del que huele el dinero antes de oírlo.

El reloj caro le brilló un segundo cuando alzó la muñeca. Un destello limpio, obsceno en ese aparcamiento que olía a basura y salitre. Su sonrisa era de empresario: correcta, blanca, de anuncio. Pero no le llegaba a los ojos. La risa, en Rafael, era un trámite social. Un sonido sin mirada.

David lo observó con el estómago endurecido.

«Liberal», pensó. Esa palabra que Rafael usaba para disfrazar lo de siempre: el derecho a hacer lo que le dé la gana sin consecuencias, siempre que lo pague bien y cierre la puerta con discreción.

Y allí, viéndolo escoger a la gente como si escogiera vino en una carta, David sintió la frase clavarse con una claridad triste:

La libertad de Rafael siempre se parece demasiado a la impunidad.

Rafael giró la cabeza un instante, hablando con alguien, y su mirada fría barrió el aparcamiento. No miró a David. No tenía por qué. Rafael no buscaba amenazas: buscaba espejos.

David se hundió un poco más en la sombra del coche, quieto, respirando lo mínimo.

Porque, en ese momento, la sospecha volvió con una violencia sorda: si la Corte había encontrado a Lola… alguien la había señalado.

Y la sangre —pensó David, viendo el brillo del reloj y la mano en la cintura ajena— siempre es el dedo más fácil de levantar.

David se quedó en la sombra con el motor apagado, mirando a Rafael como se mira una escena del crimen antes de que aparezca el cuerpo. Le dolía la mandíbula de apretar los dientes. Le dolía el pecho de no decir nada.

Y, aun así, lo dijo.

Solo. Bajo. Como un juramento que no necesita testigos.

—No.

No la mataría.

No a Lola.

No a esa niña que ya no era niña, pero que en su cabeza seguía teniendo el mismo gesto de cuando lo miraba con confianza, como si él fuera un adulto decente en un mundo lleno de adultos podridos.

La contradicción se le clavó justo después, automática. Asquerosa.

Si no obedecía, le quitaban la pista. Le quitaban el hilo. Le quitaban la única verdad que llevaba años persiguiendo como un perro sin dueño: Ana. La madre. El agujero. La desaparición que no era muerte, que era algo peor porque no cerraba nada.

David tragó saliva. El sabor a metal le raspó la lengua.

«*Una vida por una verdad*», le había dicho la voz.

Y él, durante un segundo, se vio por dentro como lo que era: un hombre con una placa que creía en la justicia, y que ahora estaba pensando en negociar con la Corte como si la vida de una persona fuera moneda.

Eso le dio asco.

Pero el asco no le resolvía el problema.

David apretó la mano contra el volante como si quisiera partirlo.

—No… —repitió, y esta vez sonó distinto—. Primero confirmo. Primero entiendo. Y luego ya veremos quién tiene cojones a pedir qué.

El primer movimiento no era atacar. Era mirar. Vigilar. Seguir el hilo donde empezaba: Rafael.

David fijó la mirada en el reloj caro, en la sonrisa sin ojos, en la mano «*casual*» en la cintura ajena. Vio el patrón. Vio la puerta fácil. Vio el tipo de hombre que firma pactos como quien firma cheques.

Y se reconoció en la parte fea de sí mismo: un policía que iba a ensuciarse de verdad por una chica que ya no podía proteger con palabras.

Semilla vieja, culpa vieja: llevaba años ensuciándose. A su manera. En silencio. Haciendo búsquedas clandestinas que no debía. Siguiendo nombres que la Corte prefería borrar. Guardando notas en un cuaderno que no era policial, sino personal.

Estaba en deuda con su propia culpa.

Y esa deuda, aquella noche, le estaba marcando el camino.

David iba a bajar del coche.

Tenía el impulso en el cuerpo, ese impulso sucio de policía que cree que si se mueve primero, gana. La mano ya estaba en la manilla, la puerta a punto de ceder, el aire del aparcamiento entrando por la rendija como una promesa de pelea.

Y entonces lo vio.

Samuel Graves no apareció. Simplemente estaba.

Apoyado en el capó de un coche a dos plazas del suyo, medio fundido con la sombra, como si llevara allí diez minutos o diez años. Traje oscuro, postura quieta, un expediente bajo el brazo. No fumaba. No miraba el móvil. Solo observaba el local con esa calma de quien no necesita nervios para mandar.

David se tensó de golpe. No fue sobresalto. Fue reconocimiento. La clase de reconocimiento que no se permite el lujo de preguntar «cómo has llegado aquí». Porque la respuesta siempre es la misma: como llegamos siempre.

Samuel giró la cabeza lo justo para que David supiera que ya lo había visto moverse.

Su voz llegó sin elevarse, sin emoción visible. Corta. Fría. Mortalmente práctica.

—Ni se te ocurra.

David apretó la mandíbula. No abrió la puerta. Se quedó dentro, con la mano aún en la manilla, como si le hubieran puesto una pistola en la nuca sin tocarlo.

—¿Qué haces aquí? —murmuró, sin quitar los ojos del local.

Samuel no contestó a eso. Las preguntas, con Samuel, eran decoración.

—No aquí. No ahora —añadió, como quien corrige un error de procedimiento antes de que se convierta en tragedia.

David soltó una exhalación dura.

—No voy a hacer nada —mintió a medias.

Samuel lo miró de lado, y esa mirada fue suficiente para decirle: ya sé lo que te han pedido. Ya sé lo que estás pensando. Y ya sé lo estúpido que sería hacerlo así.

—Claro que ibas a hacer algo —dijo Samuel, sin ironía—. Y claro que ibas a equivocarte.

David tragó saliva.

Samuel ajustó el expediente bajo el brazo, como si esa fuera la única cortesía que iba a ofrecer.

—Escúchame bien, Santos —remató—. Si la Corte te está empujando… es porque quiere que cometas un error. Y tú no vas a dárselo.

La frase no era amenaza. Era moral. Una orden hecha de conciencia.

Y a David le dolió aceptarla.

Porque Samuel sabía más de lo que David quería admitir. Y aquello, en ese mundo, siempre era peligro.

Samuel no se movió del capó. No necesitaba acercarse para que el aire se sintiera más estrecho. La jerarquía, cuando es real, no camina: pesa.

David apartó la mano de la manilla despacio, como si el gesto pudiera sonar demasiado alto. Miró a Rafael a lo lejos, riéndose sin

ojos, comprando la noche con el mismo aplomo con el que otros compran pan. Y sintió la bilis subirle un segundo.

Samuel habló, al fin, sin rodeos. Como quien arranca una venda de golpe.

—La orden está dada.

David no lo miró. No podía permitirse mirarlo.

—Lola Hidalgo.

El nombre cayó como un golpe en la boca del estómago. No solo por el contenido. Por la certeza de que, cuando Samuel lo decía, no era rumor: era expediente.

David apretó la mandíbula hasta que le dolieron los dientes.

—No quiero hacerlo.

Lo dijo sin épica. Sin promesa heroica. Como se dice «no» cuando te están empujando a cruzar una línea que te rompe por dentro.

Samuel no discutió moral. Todavía no. La moral venía después, si quedaba oxígeno.

Primero, supervivencia.

—Lo sé, y es precisamente lo que no tienes que hacer. Pero ten clara una cosa, Santos. Si te mueves contra Rafael aquí —dijo, señalando con una mínima inclinación del mentón el local y los coches tintados—, la Corte lo olerá. No porque te vea. Porque nota el desafío. Y sobre todo la rebeldía.

David soltó una risa seca, sin humor.

—¿Y qué quieren? ¿Que me quede quieto perdiendo lo que me queda de humanidad?

Samuel tardó un segundo en responder, como si eligiera palabras que no pudieran ser usadas en su contra.

—Quieren que metas la pata. Que te precipites. Que te retrates —Pausa—. Quieren que parezca que la orden fue necesaria. Tanto lo de matar a Lola como tu ejecución cuando no lo hagas.

David tragó saliva. Miró de nuevo a Rafael, y la sospecha se le clavó más hondo.

—¿Quién ha dado la orden? —preguntó, aunque ya sabía que no obtendría nombre.

Samuel lo miró de lado. Su voz bajó un escalón, elegante y letal.

—Eso es lo que intento averiguar.

Sin nombre. Sin género. Sin firma. Solo esa frase que convertía a cualquiera en obediente o cadáver.

David sintió el miedo elegante morderle la nuca.

Samuel remató, corto, como una sentencia administrativa:

—Y mientras no sepamos quién ha señalado a Lola… moverse es regalarles tu cuello. Y de paso, el suyo…

Samuel no levantó la voz. No hizo gestos teatrales. En ese aparcamiento, con el olor a salitre sucio y perfume caro mezclándose como una mentira, Samuel hablaba como se habla cuando no hay margen para el error: corto, limpio, sin adorno.

—Rafael no es solo un cerdo con dinero.

David apretó los puños dentro del coche. Los nudillos se le pusieron blancos.

Samuel siguió, clavando cada frase como un sello.

—Rafael es una puerta.

David lo miró por fin, con rabia contenida.

—¿Una puerta a qué?

Samuel no sonrió. No tenía nada que celebrar.

—A pactos. A acceso. A nombres que no deberían circular. —Pausa—. Y tú no puedes patear una puerta cuando hay ojos dentro.

David dejó escapar aire por la nariz, seco.

—¿Me estás diciendo que lo deje ir?

—Te estoy diciendo que, si lo tocas aquí, te ejecutarán. Seguramente con la Conjura Carmesí.

La frase no sonó a amenaza. Sonó a procedimiento. A algo que ya se ha hecho antes. A algo que se hace sin emoción, como archivar un expediente.

David tragó saliva.

—Llevo veinte años al servicio de la Corte.

Samuel lo miró con una frialdad que no era crueldad, era realidad.

—Tus veinte años no valen nada cuando la Corte decide que sobras.

El aparcamiento pareció más silencioso. Más estrecho. Como si la noche misma hubiera escuchado «Corte» y hubiera bajado la cabeza.

David apretó los dientes.

—¿A qué coño has venido, Graves? ¿A darme un sermón?

Samuel se incorporó del capó con una lentitud medida. El expediente bajo el brazo parecía pesar más ahora, como si dentro no hubiera papeles, sino destino.

—Vengo a evitar que hagas una estupidez —dijo—. Y a mantenerte vivo.

David soltó una risa amarga.

—¿Por altruismo?

Samuel lo miró un segundo largo. Y en ese segundo hubo algo que David no había visto antes: una grieta mínima en la coraza. No sentimentalismo. Algo peor: deuda.

—No —respondió Samuel, honesto en su sequedad—. Porque te necesito. Y porque… —la pausa fue corta, pero cargada— le debo algo a esto.

David frunció el ceño.

—¿A qué?

Samuel no señaló el local. No señaló a Rafael. Señaló la idea, como quien apunta a un centro que no se ve.

—A Lola. Y a su origen.

El nombre flotó entre ellos como un objeto peligroso.

David abrió la boca, pero Samuel se le adelantó, sin permitir que la rabia se convirtiera en ruido.

—No está en Graves & Asociados por casualidad, Santos. —La voz bajó un escalón—. Esa chica es una clave. No sé aún de qué ni para qué. Pero la Corte la huele. El *Códex* la mira. Y el mundo arcano… se está moviendo alrededor de ella. Podría ser el fin de la corrupción en la Corte, o el fin del mundo arcano.

David sintió un golpe en el pecho, como si alguien le hubiera confirmado lo que ya temía.

Samuel remató, sin épica, sin consuelo:

—Así que no. No vas a tocar a Rafael aquí. No vas a regalarles tu cuello. —Pausa—. Vamos a hacerlo bien. Porque si lo hacemos mal, no solo muere ella.

David apretó los puños otra vez, pero esta vez no por ira.

Por miedo.

Por comprensión.

Porque, por primera vez, entendió que la orden de matar a Lola no era un capricho.

Era una jugada. Y él estaba en el tablero.

Samuel no miró el local cuando habló. Miró el aparcamiento, los coches tintados, las sombras que entraban y salían como si el mundo fuera una puerta giratoria. Miró el tablero entero. Porque lo que iba a decir no era para esa noche; era para el caso.

—Ulises Beaumont trabajaba para mí.

La frase cayó limpia, sin dramatismo, y aun así le quitó el aire a David como si le hubieran apretado el pecho.

—¿Qué? —murmuró, más por reflejo que por sorpresa.

Samuel no se movió. Solo ajustó el expediente bajo el brazo, como si en vez de papel llevara una verdad con filo.

—No era un loco con un grimorio y ganas de protagonismo. —Pausa—. Era un peón con conciencia. Y eso, en nuestro mundo, dura poco.

David notó cómo se le endurecía la garganta.

—¿Informante? —preguntó, y la palabra le supo a asco porque implicaba lo inevitable: traición, riesgo, silencio.

Samuel asintió una vez.

—Me traía cosas. Nombres. Rutas. Objetos. Fragmentos de conversaciones que la gente cree que se pierden en el humo. —Su voz se volvió más baja—. Buscaba pruebas de una conspiración interna. Una idea vieja envuelta en palabras bonitas.

David frunció el ceño.

—¿Qué idea?

Samuel soltó una exhalación corta, como si esa expresión le diera náusea.

—Orden absoluto.

David sintió el escalofrío recorrerle la nuca. No porque fuera una frase nueva. Porque era una frase que, en la Corte, siempre venía con sangre.

Samuel continuó, sin precisar facciones, sin decir nombres. No por misterio literario: por supervivencia.

—No sé aún de qué mano exacta viene. O lo sé y prefiero que tú no lo sepas todavía. —Pausa mínima—. Lo que sé es esto: alguien

quiere hundir la Corte desde dentro. No atacándola de frente. Reescribiéndola por dentro. Con procedimientos. Con doctrina. Con miedo.

David apretó la mandíbula.

—¿Y Beaumont…?

Samuel lo cortó.

—Beaumont estaba cerca de tocar algo que no debía —Miró hacia el muelle imaginario, no hacia el local—. Se acercó demasiado. Y cuando un peón se acerca demasiado… lo sacrifican.

David tragó saliva.

—Lo silenciaron.

Samuel asintió.

—Nos lo envían como un mensaje a aquellos que osamos desafiar esa conspiración.

El viento empujó un olor de perfume caro hacia ellos y, por un segundo, David sintió que todo encajaba demasiado bien: la llave. El ritual. La intención. El espectáculo. La ausencia de rastro humano. La firma de alguien que no mata por impulso, mata por gramática.

Samuel remató con sequedad.

—Hay una guerra fría dentro de la Corte, Santos. Y los cadáveres… son comunicados oficiales.

David se quedó mirando a Rafael a lo lejos, como si pudiera arrancarle una confesión a base de odio. No podía. Rafael era un muro con sonrisa.

—Si no obedezco… —dijo David, y la voz le salió más baja de lo que quería— me quitan la única pista.

Samuel no lo miró con compasión. Lo miró con lucidez, que duele más.

—Y si obedeces… —respondió— te conviertes en lo que ellos quieren.

El silencio entre ambos no fue cómodo. Fue funcional. Como una pausa en un interrogatorio donde ninguno quiere decir la verdad completa porque la verdad completa mata.

David apretó la mandíbula.

—Me necesitan.

Samuel asintió una vez.

—Te necesitan vivo. Eres enlace. Eres herramienta. Eres testigo. —Pausa—. Y porque ya no queda gente limpia.

David tragó saliva. El olor a salitre parecía más sucio.

Samuel bajó un escalón la voz, como si esa frase fuera un expediente que no se deja en el mostrador.

—Y Lola… no es «una jurista», Santos. —Miró un segundo hacia la oscuridad, como si escuchara algo que los demás no oyen—. Es un fenómeno. Y a los fenómenos… o los controlan, o los borran.

David sintió el dilema cerrarse como una trampa.

Obedecer era morir por dentro.

Desobedecer era perderlo todo.

Y en medio estaba ella.

Samuel no apartó la mirada del local, pero la orden fue para David, directa y sin margen.

—Vete a casa.

David abrió la boca, pero Samuel lo cortó con un gesto mínimo.

—Ahora. Antes de que a alguien se le ocurra contar cuántas veces respiras.

David apretó la mandíbula.

—¿Y qué hago con la orden?

Samuel se giró por fin, lo justo para que sus ojos clavaran la frase como un sello.

—La cumples… en apariencia.

David frunció el ceño.

—¿Qué?

Samuel dio un paso hacia el coche de David, bajando la voz hasta convertirla en una confesión táctil, peligrosa.

—Vas a fingir un plan para matarla —dijo, y cada palabra cayó con precisión quirúrgica—. Vas a redactarlo en tu cabeza como si fueras a ejecutarlo mañana. Vas a dejar que huela a obediencia. Vas a darles lo que esperan ver.

David se quedó helado.

—Samuel…

—Fíngelo, Santos. —La frase fue más dura—. Te lo recalco: fíngelo. Porque la Corte no perdona la duda. Y ahora mismo, tú no puedes permitirte ser un hombre con dudas.

David tragó saliva.

—¿Y Lola?

Samuel sostuvo el silencio un segundo, como si el propio aparcamiento necesitara permiso para oírlo. Luego soltó la verdad, baja, casi asquerosa por lo clara.

—Lola puede ser justo lo que la Corte necesita… aunque la propia Corte no quiera.

David sintió un golpe seco en el pecho.

—Eso es una locura.

Samuel sonrió sin alegría.

—Bienvenido.

Luego concluyó, ya sin adornos.

—Vete. Y recuerda: cuando el enemigo te pide un asesinato, lo que quiere no es la sangre. Es la obediencia.

David arrancó el coche con las manos frías.

Y, al salir del aparcamiento, el móvil vibró una sola vez.

Número oculto.

Como si la Corte ya estuviera comprobando si él sabía fingir.

27
EL UMBRAL DE LA NOCHE

La parte central del cementerio no tenía nada de solemne. Tenía procedimiento.

Llegaron allí con la respiración rota y la dignidad hecha trizas: Andrea con la corbata torcida y la chaqueta convertida en cebo, Lola con la túnica negra sobre su sudadera como si el mundo se hubiera empeñado en vestirla de otra vida, y Bones sacudiéndose la gravilla de los bajos del Armani como quien sale de una pelea de bar y aún pretende que fue a una cata de vinos.

La rotonda de gravilla estaba dominada por un ciprés enorme, viejo, torcido, con las ramas como dedos que señalaban hacia arriba y no perdonaban a nadie. A su alrededor, las lápidas formaban un círculo imperfecto, como si la muerte también supiera lo que es un perímetro. Las farolas mortecinas dibujaban sombras largas, y en el aire flotaba el olor a flores pasadas, a humedad y a ese cloro barato que se usa para fingir limpieza donde solo hay ausencia.

Pero había algo más.

Una quietud distinta. Un silencio con intención.

Lola sintió el zumbido en los dientes bajar de golpe, como si alguien hubiera cerrado una puerta en su cabeza. El estómago se le quedó en vacío. El mismo vacío de antes, pero ahora… alineado. Como si el cementerio, al fin, hubiera reconocido su presencia y estuviera diciendo: vale, ya estás en la ventanilla correcta.

Andrea lo notó de otra manera: no en el cuerpo, sino en la estructura. Como si, de pronto, el espacio tuviera geometría. El centro no era solo un sitio más iluminado. Era un núcleo de competencia. Un punto donde todo encajaba demasiado bien para ser casual.

—Esto… —murmuró, mirando alrededor—. Esto es como una sala de espera.

Bones soltó una carcajada que sonó a hueso golpeando piedra.

—¡Bingo! Ya estáis pensando como gente que va a acabar mal. —Se recolocó la túnica con un gesto de indignación aristocrática—. Pero, por favor, si vais a tener epifanías, hacedlo sin sudar. Esto me arruga el traje.

Lola parpadeó, todavía con la ansiedad pegada a las costillas.

—¿Y ahora qué?

Bones se giró hacia un mausoleo cercano.

No era el más grande, ni el más bonito, ni el más antiguo. Era… el más olvidable. Piedra clara con manchas oscuras. Letras comidas por el tiempo. Un ángel sin nariz. Una puerta de hierro con el cerrojo oxidado. El tipo de lugar que nadie mira dos veces, porque nadie quiere que lo mire de vuelta.

Y allí, apoyado contra la pared del mausoleo como si alguien lo hubiera dejado tirado después de una mudanza cutre, había un objeto ridículo.

Un marco de espejo viejo.

Sin espejo.

Solo el marco.

Madera agrietada. Dorados desconchados. Tallado barroco de segunda mano, como los que se compran en un mercadillo y te llevas a casa pensando «*qué vintage*», sin imaginarte que acabas de colgar una maldición en el salón.

Andrea lo miró y frunció el ceño, decepcionado.

—¿En serio? ¿Esto es…?

Bones lo señaló con una reverencia exagerada, como un guía turístico de atracciones macabras.

—Señores y señora: la puerta de los muertos.

Lola se acercó un paso y sintió un tirón suave en el estómago. No dolor. Llamada. El marco parecía respirar un frío que no venía del aire. No era temperatura: era presencia.

Andrea se quedó quieto, clavado.

—Es un marco —dijo, como si nombrarlo lo volviera inofensivo—. No hay espejo. No hay cristal. No hay nada.

Bones levantó una falange.

—Error, Volpi. Todo tiene su protocolo. —Se inclinó hacia el marco como si estuviera saludando a un superior invisible—. Y hay una cosa muy bonita que dicen los humanos desde hace siglos: «los espejos son portales a otras dimensiones».

Se incorporó y los miró con una sonrisa torcida.

—En este caso… nunca pudo uno estar más en lo cierto.

Lola sintió que el ribete dorado de su túnica ardía un milímetro, como si la tela recordara un idioma antiguo. El aire se cargó. Los olores se hicieron más nítidos: tierra, hierro, flores viejas… y debajo de todo, ese rastro de tinta húmeda y ozono, como tormenta sin cielo.

Andrea tragó saliva.

—¿Y por qué aquí? ¿Por qué un marco de mercadillo al lado de un mausoleo de pueblo?

Bones ladeó el cráneo, teatral.

—Porque si lo hicieran épico, vendrían humanos curiosos con linternas y *podcasts* de misterio. De esos que escucháis en *Spotify* —Pausa—. Y porque la Corte no se anuncia. La Corte se esconde. Como todo lo que manda de verdad.

El silencio volvió a tensarse.

Lola dio otro paso.

Y el marco reaccionó.

No con luces de neón ni con espectáculo barato. Con algo peor: normalidad torcida. El aire dentro del marco se oscureció, como si alguien hubiera vertido tinta en un vaso invisible. El espacio se hundió hacia adentro, no hacia fuera, como una profundidad que no debería caber en un rectángulo de madera.

Las farolas parpadearon al unísono.

El ciprés crujió.

Y en el centro del marco apareció una superficie, como cristal líquido sin reflejo, una piel de sombra donde no se veía nada… pero se intuía todo. Una penumbra que no era oscuridad: era otra ley.

Lola sintió el zumbido en los dientes. Esta vez no era alerta. Era reconocimiento. Como si el lugar le dijera: ahora sí, ya has llegado.

Andrea dio un paso atrás por puro instinto.

—Esto es… —susurró, y no terminó la frase porque no tenía palabras que sirvieran.

Bones se acercó al borde del marco y, con toda la naturalidad del mundo, golpeó la madera con el nudillo.

—¿Hay alguien? —canturreó—. Traigo dos novatos y un ataque de *rottweiler* sin parte de lesiones. Vengo a reclamar mi dignidad y, ya de paso, entrar en la Corte.

El marco vibró.

No como madera. Como garganta.

Y una sensación pesada cayó sobre ellos, como si una sala entera los estuviera observando desde el otro lado: el tipo de mirada que no mira caras, mira intención. La luz alrededor pareció recortarse, como un foco invertido. La gravilla dejó de crujir.

Lola notó que el mundo humano, de pronto, sonaba lejos. Como si el mar estuviera a kilómetros. Como si El Puerto fuera solo un rumor.

Bones se giró hacia ellos, y su humor se volvió negro, puro, con una chispa de ternura torcida.

—Bueno, criaturitas. —Señaló el marco—. Esto es lo que os dije: no es épica. Es permiso.

Andrea apretó los dientes.

—¿Y si no nos aceptan?

Bones sonrió, enseñando nada.

—Entonces nos devuelven al mundo humano con una resaca que os durará tres vidas. —Pausa—. Y yo me quedo aquí a discutir con dos perros y un ciprés. Así que, por favor, no me hagáis pasar esa humillación.

Lola miró el espejo sin espejo.

Sintió el tirón en el estómago.

Y, sin saber por qué, supo una cosa con claridad brutal: la puerta no se iba a abrir para ella.

La puerta ya estaba abierta.

Estaba esperando que ella diera el primer paso.

Bones se inclinó hacia el marco con una reverencia de secretario impecable y murmuró, casi con cariño:

—Corte de las Sombras… aquí te traigo trabajo.

La superficie oscura onduló.

Y el cementerio, por un segundo, contuvo la respiración como un testigo.

Porque el marco no era un portal bonito.

Era un trámite antiguo.

Y la noche, en El Puerto de Santa María, acababa de convertirse en pasillo judicial hacia el infierno más elegante del mundo.

28

Vestíbulo de la Corte: colas imposibles y puterío fino

El marco no los absorbió.

Los tramitó.

Fue un tirón breve, indecente, como cuando un ascensor se descuelga un centímetro y el cuerpo se convence de que va a morir. La oscuridad del «espejo» se les pegó a la piel, no como niebla, sino como sello. Lola sintió que el aire le arañaba los pulmones al revés, como si respirara hacia dentro. Andrea tuvo un instante de vértigo matemático: una sensación de estar cruzando una línea que no era física, sino competencial. Bones… Bones emitió un sonido que, en un humano, habría sido una blasfemia completa; en él fue un crujido de costillas con dignidad.

Y entonces el portal los escupió.

No con violencia. Con burocracia.

Cayeron una mínima distancia —no más de un palmo— como si alguien los hubiera soltado desde el borde de una bandeja. Las botas, las deportivas, los zapatos de señorito de Bones, tocaron un suelo de piedra pulida que olía a cera gris y a tinta vieja. Un olor de archivo. De expedientes cerrados. De un lugar donde hasta el polvo se ordena por fechas.

El aire cambió en el acto. No era «más frío» o «más cálido». Era… más correcto. Más controlado. Como si la atmósfera supiera cuál es su función: no consolar, no asustar; delimitar.

La luz ya no era nocturna. No era farola de calle ni luna de cementerio. Era luz de interior viejo, amarillenta y solemne, como la de un pasillo de juzgado a las tres de la madrugada. Pero con una pulcritud que recordaba a las catacumbas del Vaticano: piedra limpia de intención, arcos que no decoraban sino que vigilaban, metal

oscuro en los herrajes como si el hierro también hubiera firmado un juramento.

Lola parpadeó. Sintió el zumbido en los dientes apagarse y encenderse a un ritmo nuevo, más fino, más constante. Como un reloj que no marca horas, marca normas.

Andrea se enderezó primero. Instinto de jurista: comprobar que sigue existiendo, luego localizar salidas. El pasillo se estiraba hacia delante con puertas a ambos lados, todas idénticas, todas con una placa metálica sin nombre legible del todo. Algunas puertas tenían un brillo de humedad que no era agua: era residuo de algo vivo.

Bones aterrizó con una gracia irritante, se sacudió la túnica y se recolocó el cuello del traje como si la Corte fuera un despacho en el centro de Madrid.

—Bienvenidos —dijo, alzando una mano huesuda como presentador de gala— al sitio donde el alma hace cola.

La frase salió con humor, pero su cráneo giró en seguida, rápido, escaneando el pasillo. Buscando. Como quien busca al jefe… o al problema.

Lola lo notó. Andrea también.

—¿Buscas a Samuel? —preguntó Andrea, seco.

Bones chasqueó la lengua.

—Calla, que igual está detrás de una puerta escuchando y luego me hace rellenar un formulario de «falta de respeto jerárquico». —Pausa—. Y esos son peores que los rottweilers.

Un cartel colgaba de una pared, justo encima de un arco: SILENCIO.

Lola lo leyó. Parpadeó. Miró otra vez.

Durante un segundo, juraría que las letras cambiaron. No como un efecto de feria, sino como un reflejo torcido en el rabillo del ojo: el mismo mensaje en otro idioma, luego en otro… y al volver a mirarlo de frente, otra vez «SILENCIO». Como si la Corte decidiera en qué lengua te obedecen los pensamientos.

Andrea frunció el ceño.

—¿Has visto eso?

Lola asintió despacio.

—Sí.

Bones lo miró y soltó un bufido.

—Ese cartel es un cabrón —sentenció—. Se divierte. —Y remató, con una sonrisa de esqueleto con recursos—. Como todos los que mandan aquí.

El pasillo no estaba vacío.

Ese fue el golpe real.

Había gente. Y no «gente».

Una mujer con traje de chaqueta oscuro y maletín caminaba con prisa. Humana, o al menos parecía. Detrás de ella, una criatura baja, encorvada, con piel del color de la humedad y ojos demasiado brillantes, llevaba una carpeta atada con cuerda y cera. En un banco, un hombre con toga negra repasaba un acta flotante que le giraba sola, como si el papel tuviera ansiedad. Más allá, una figura alta con abrigo largo pasaba sin hacer ruido, y cuando la luz le rozó la cara, su rostro no terminó de decidir si era humano o máscara.

Y entre ellos, funcionarios.

No uniformados. No evidentes. Pero se notaban igual que se nota un policía en un bar: por el modo de mirar sin mirar, de moverse sin tocar, de existir sin pedir perdón.

Lola sintió un murmullo en el fondo del pasillo. No palabras. Un rumor de voces bajas, de trámites, de sellos, de nombres. Y, entre ese rumor, le pareció oírlo, mínimo, como una gota en un lavabo de madrugada:

«Hidalgo».

Lola se quedó quieta. El estómago le dio un tirón seco.

Andrea se giró hacia ella de inmediato.

—¿Qué pasa?

Lola tragó saliva, con la piel erizada bajo la túnica.

—Nada… —mintió—. No sé.

Bones los observó un segundo más de lo normal. Luego recuperó el tono, pero con una grieta en el borde.

—Regla número uno —dijo, bajando la voz—: aquí la magia no es espectáculo. Es control. Y el control… —hizo un gesto hacia los pasillos, las puertas, el cartel de «SILENCIO»— es una forma elegante de decirte «compórtate o te borro».

Andrea apretó la mandíbula.

—¿Nos pueden borrar?

Bones lo miró con una calma incómoda.

—A vosotros aún no… oficialmente. —Pausa—. Pero no le deis ideas a nadie.

En el extremo del pasillo, una puerta se abrió sin chirrido. Salió un hombre con cara de sueño y traje de abogado. Miró a Bones, miró a Lola, miró a Andrea… y apartó la vista como si no quisiera reconocerlos. Como si reconocerlos fuera firmar algo.

Bones intentó bromear, pero el chiste salió con filo.

—Qué educación, ¿eh? Nada como una Corte clandestina para que la gente aprenda modales.

Su cráneo volvió a girar, buscando a Samuel otra vez.

Y esa ausencia se sintió como un vacío administrativo: si el que manda no está, no es por descanso.

Es porque está apagando un incendio.

Lola respiró despacio. Sintió que el pasillo la miraba. Que las disposiciones en las paredes —porque había inscripciones, finas, casi invisibles, como marcas antiguas bajo la piedra— vibraban cuando ella pasaba.

Andrea, por primera vez, no dijo «esto no existe». Ni por broma.

Solo murmuró, con una frialdad nueva:

—Esto es un Estado paralelo.

Bones asintió, caminando ya hacia delante, con la túnica ondeando como si fuera su sombra oficial.

—Exacto, Volpi. —Pausa—. Y lo peor es que tiene más papeleo que el humano. Bienvenidos a la Corte de las Sombras.

Y mientras avanzaban, entre humanos y criaturas, con el cartel de «SILENCIO» cambiando de idioma cuando no lo mirabas, Lola sintió una certeza que le heló la sangre:

Allí no se entraba para aprender magia, sino para aprender obediencia.

La Corte no empezaba con tronos.

Empezaba con una antesala.

El pasillo desembocó en un vestíbulo enorme, una boca abierta de piedra oscura y vidrio negro. El techo era alto como una estación, pero la luz no buscaba orientar: marcaba zonas. Suelos con círculos

grabados, sellos en relieve, como si cada paso tuviera competencia y cada sombra supiera quién manda. Metal viejo en barandillas, puertas sin madera —solo hierro y norma— y ese olor constante a tinta envejecida, cera gris y algo más: una humedad fría que no venía de ninguna fuga, sino de siglos.

Había colas.

Colas imposibles.

Humanos con traje y toga, criaturas que no parecían tener un nombre en lengua humana, y figuras con capas demasiado limpias para haber pasado por la calle. Esperaban con papeles que… no eran papel del todo: folios que respiraban despacio, tinta que se movía como sangre contenida, actas que se reescribían solas cuando el interesado tragaba saliva. En una ventanilla, un pergamino flotaba en vertical, girando cada vez que alguien intentaba leerlo, como si la burocracia también tuviera sentido del humor.

Los funcionarios eran lo peor.

No porque gritaran. Porque no necesitaban hacerlo.

Estaban detrás de ventanillas de vidrio oscuro, sin rostro claro: manos que salían con sellos, uñas negras como tinta seca, ojos que parecían manchas húmedas donde debería haber pupilas. Sus voces eran neutras, aburridas, administrativas… como si tramitar una vida o una condena fuera lo mismo que sellar un recibo.

Sonaban plumas raspando piedra. Sellos golpeando con un clac seco. Murmullos bajos como rezos de despacho. Y, por encima de todo, un silencio de fondo que no era calma: era obediencia.

Bones se pegó a Lola y Andrea como si los escoltara a través de un mercado de cuchillos.

—Norma básica —susurró, sin chiste al final, por primera vez del todo serio—: no mires mucho a los funcionarios.

Andrea frunció el ceño.

—¿Por?

Bones le devolvió la sonrisa con su humor negro de siempre, pero con un filo raro en el borde.

—Porque si te miran ellos… te dan cita para morirte en quince días. Y aquí las citas se cumplen, cariño.

Lola tragó saliva. Notó un papel respirando cerca de su cara como si el aire fuera compartido.

—¿Esto… es normal? —murmuró.

Bones hizo un gesto amplio al vestíbulo, como si presentara un monumento.

—Esto es la Corte. Su deporte favorito es el espectáculo. Aquí todos los días son días de audiencia. Y si no hay caso… se lo inventan. Les encanta.

Un funcionario alzó un sello y golpeó. Un hombre al final de una cola se dobló levemente como si le hubieran quitado un nombre de la espalda. Nadie reaccionó. Nadie preguntó. La fila avanzó un paso.

Bones no se detuvo. Los guio por un lateral estrecho, un atajo entre columnas donde las sombras eran más densas y las ventanillas quedaban lejos, como si también hubiera rutas para no ser registrado del todo.

—Vamos —dijo en voz baja—. Si nos quedamos aquí, os asignan número de turno y os convertís oficialmente en «problemas recurrentes».

Andrea miró alrededor, ya sin negar nada. Solo calculando.

—Esto no es justicia.

Bones soltó una risita seca.

—No, Volpi. Esto es poder… disfrazado de justicia.

Y el vestíbulo siguió latiendo detrás de ellos, con sus colas eternas, sus papeles vivos y sus sellos que sonaban como martillos de juez.

Lola notó el golpe antes de que nadie abriera la boca.

No fue una bofetada literal. Fue el aire cambiando de textura cuando ella avanzó por el vestíbulo. Ese tipo de cambio que solo existe en los lugares donde el poder tiene nariz: de pronto, el silencio se te pega a la ropa, y las miradas te pesan como si fueran documentos.

La túnica negra le caía sobre los hombros con solemnidad… pero debajo estaba ella. Sudadera. Vaqueros. Deportivas. El "ruido" humano de su estilo se marcaba en la caída del tejido, en el volumen extraño, en cómo el borde dorado no terminaba de asentarse como quería, como si la Corte notara cada costura fuera

de protocolo. No era un uniforme mal puesto. Era una verdad sin maquillaje metida en un templo de máscara.

Varias cabezas se giraron.

No con escándalo. Con algo peor: desprecio educado. Ese asco fino que no necesita levantar la voz porque sabe que el espacio ya lo sostiene. Un defensor con anillos raros —demasiado grandes, demasiado viejos— dejó de hablar a mitad de frase para mirarla como si acabara de entrar una mancha. Una inquisidora impecable, traje oscuro y cuello perfecto, clavó la mirada en Lola de arriba abajo sin pestañear, como si oliera una infracción sin necesidad de leer el expediente.

Lola sintió el zumbido en los dientes. Su estómago hizo ese tirón suave, íntimo, como si la propia piedra le reconociera el pulso… mientras la gente la rechazaba con los ojos.

Andrea lo notó también. Lo vio en los gestos mínimos: una ceja que sube, un mentón que se alza, una pausa apenas perceptible en el murmullo del lugar. La Corte no gritaba. La Corte se organizaba para dejar claro quién pertenece y quién no.

Lola siguió andando.

No bajó la cabeza. No pidió permiso. Se limitó a existir con la misma terquedad con la que había sobrevivido a su padre y a su ciudad cuando la vida le decía que no.

Y entonces Bones, que iba un paso por delante, se detuvo como si acabara de pisar una alfombra roja imaginaria. Giró el cráneo hacia esa inquisidora impecable con una reverencia exagerada, de secretario antiguo y mala leche moderna.

—Perdonen el atentado estético —dijo en voz alta, lo justo para que se oyera sin que pareciera un discurso—. La muchacha viene del mundo donde la gente trabaja y suda. Ya saben: esa dimensión exótica donde el café es malo y la dignidad se paga a plazos.

Un par de miradas se clavaron en él con odio limpio. Bones sonrió como quien firma un recurso.

—Además —añadió, bajando un poco el tono, como si compartiera una confidencia—, si la quieren sancionar por ir en deportivas, háganlo rápido. A mí me da igual, pero a la Corte le

ahorraremos tiempo y a ustedes les ahorraremos el disgusto de fingir que son humanos.

Lola contuvo una risa que le habría salido como un sollozo. No porque fuera gracioso —que lo era—, sino porque el humor de Bones tenía esa cualidad: te sostenía cuando el mundo te quería doblar.

La inquisidora la miró otra vez. Más despacio. Ya no era solo ropa lo que examinaba. Era… otra cosa. Como si detrás de la sudadera hubiera una señal que no se veía con los ojos.

Lola lo sintió. Lo supo sin saber cómo: la ropa no era el problema.

La ropa era la excusa.

El problema era ella.

El problema era que, aunque llevara seda, aunque se vistiera como una estatua, aunque se peinara como una reina… ese lugar iba a seguir reaccionando a su presencia como reacciona la ley cuando detecta una anomalía.

Y, aun así, Lola apretó la mandíbula y siguió avanzando.

Porque si algo tenía claro, incluso allí dentro, era esto: no iba a pedir perdón por respirar. Ni mucho menos por existir.

Andrea encajaba.

No por valentía. Por instinto de supervivencia.

Con el traje bien puesto, la corbata ya medio recompuesta después del circo del cementerio, el pelo hacia atrás y esa cara de «vengo a trabajar» que la vida le había obligado a perfeccionar, Andrea era… legible. Un hombre de protocolo. Un humano con forma de expediente. En aquel vestíbulo donde la gente se medía por la caída de la tela y la frialdad de la mirada, él pasaba más desapercibido.

Y eso lo tranquilizó.

Y lo humilló a la vez.

Porque significaba que, con dos telas y un nudo al cuello, parecía pertenecer a un sitio que lo repugnaba.

Bones lo notó, claro. Bones lo notaba todo… salvo lo que le dolía.

—Mira, Volpi —le soltó con cariño de puñal—, tú sí que eres camuflaje. Una corbata y ya pareces culpable de todo.

Andrea giró la cabeza hacia él con una mirada de «me cago en tu osamenta», pero no dijo nada. El comentario le había dado justo donde dolía: en su facilidad para encajar en lugares podridos.

—No estoy intentando camuflarme —murmuró al fin.

Bones se encogió de hombros, teatral.

—Claro que no. Tú solo vienes con tu cara de «yo no he hecho nada» y tu traje de «yo he hecho bastante». Es adorable.

Andrea apretó los dientes y volvió al modo que le salvaba la vida: el modo jurista.

Empezó a observar.

Colas: una para «Registro de Comparecencias», otra para «Sellos de Competencia», otra para algo que parecía «Reclamaciones» pero cambiaba de letra cuando lo mirabas de reojo. Rótulos sin tinta fija. Guardias con capa oscura y postura de estatua. Ventanillas con números que no subían ni bajaban: rotaban, como si el turno fuera un ciclo, no una fila.

—Esto es lo mismo que un juzgado —dijo Andrea en voz baja, más para sí que para ellos—. Solo que…

—Solo que aquí no hay derechos —terminó Bones, casi dulce, y eso fue lo más inquietante de la frase.

Andrea parpadeó.

—¿Cómo lo sabes?

Bones le dio un golpecito en el brazo con la falange, como quien consuela a un niño.

—Porque si los hubiera, alguien estaría protestando. Y aquí, cariño… la protesta se tramita como sanción.

Lola iba un paso por detrás, escuchando, pero mirando otra cosa.

No las colas. No los rótulos. No la jerarquía visible.

Miraba el aire.

La corriente que bajaba desde el techo alto como una respiración lenta. El residuo que flotaba alrededor de las ventanillas, como si cada sello dejara una estela. El peso invisible que se acumulaba donde la gente esperaba. Como si las emociones también tuvieran expediente y aquí se archivaran sin compasión.

Sintió un golpe suave en las sienes cuando un funcionario espectral levantó un sello. No por el sonido. Por la intención.

Y ahí entendió lo mismo que Andrea por vías distintas: aquello funcionaba como un juzgado.

Pero era un juzgado donde el procedimiento no protegía.

El procedimiento mandaba.

Bones los guio por un lateral, con su humor por delante como un escudo barato.

—Venga, mis criaturitas —susurró—. Mantened cara de «sé lo que hago». Aunque no sepáis ni dónde estáis. Es el 90% de la profesión.

Andrea tragó saliva, tragándose también el resto de su antigua vida.

Y Lola, sin mirar a nadie, sintió que la Corte no la observaba como a una intrusa.

La observaba como a un error que todavía no saben dónde colocar.

El puterío fino flotaba en la Corte igual que la tinta vieja: impregnado en las paredes, en las sonrisas, en el modo en que la gente se rozaba sin tocarse. A dos pasos del atajo de Bones, un inquisidor impecable y un defensor con anillos raros se cruzaron como si fueran amigos de toda la vida. Se dieron la mano. La apretaron lo justo. Demasiado.

—Te debo una —dijo el inquisidor, con voz suave.

El defensor sonrió sin ojos.

—No. Me la debes ya.

La frase sonó a cortesía. Pero debajo estaba la mordida. El "ya" era un ultimátum vestido de educación. El inquisidor inclinó la cabeza como quien acepta el calendario de un pago inevitable.

—Esa causa no se pierde… —murmuró, casi con ternura—. Se compra.

—O se cobra —respondió el defensor, y la sonrisa bonita se le afiló un milímetro.

A su lado, un funcionario espectral extendió una mano desde detrás de una ventanilla de vidrio oscuro. No pidió billetes. No pidió monedas. Pidió otra cosa.

El defensor dejó caer un mechón de pelo en una bandeja metálica. El inquisidor, sin pestañear, sacó un vial minúsculo y lo tocó con la yema del dedo: una gota. No parecía sangre. Parecía…

promesa. Luego, el inquisidor se inclinó hacia la ventanilla y dejó escapar una palabra en voz baja, inaudible para Lola y Andrea, pero lo bastante pesada como para que el aire se contrajera.

El funcionario selló algo con un *clac* seco.

Y los dos siguieron caminando, como si acabaran de hablar del tiempo.

Bones los miró de reojo y soltó su traducción con humor, pero con un filo incómodo.

—Aquí la gente no hace *networking*, hace brujería de LinkedIn.

Andrea apretó la mandíbula, mirando el vial, el mechón, la ventanilla.

—Así que… favores.

Lola sintió el zumbido en los dientes, como si la Corte le susurrara: sí, favores. Y algo peor: diseño.

Bones siguió andando, más rápido.

—No miréis mucho —murmuró—. Que os ven con una cara de «principiantes» y os venden en un *pack*.

El Estado paralelo no estaba podrido por accidente.

Estaba podrido porque así funcionaba mejor.

29
Fuera de sitio

Los nombres empezaron a aparecer en el aire antes de que nadie los pronunciara cerca de ellos. No como presentación. Como clima. Como cuando la ciudad huele a lluvia y ya sabes que vas a mojarte aunque el cielo aún esté limpio.

Una mujer con toga impecable, esperando en una cola que no avanzaba, murmuró sin emoción:

—Hoy preside Lilim.

Lo dijo como quien dice hoy hay levante. Y el que estaba detrás de ella apretó los labios, resignado.

—Entonces hoy no se discute. Hoy se ejecuta la cortesía.

Otra voz, más baja, más nerviosa, añadió desde un banco:

—Vladhar está callado.

Y ese comentario cayó con más peso que el anterior, como si el silencio de un hombre pudiera mover paredes.

—Mala señal —respondió alguien, sin mirar alrededor—. Cuando Vladhar calla… es que la Ley está escuchando.

Un murmullo corrió por el vestíbulo, entre sellos y plumas raspando piedra:

—Cael instruye Beaumont.

—Mordren viene con ganas de sangre.

Los funcionarios espectrales seguían sellando como si nada. Como si esos nombres fueran parte del mobiliario.

Bones bajó la voz, pegándose a Lola y Andrea mientras avanzaban por el lateral.

—Si escuchas sus nombres —susurró con una ironía que no conseguía tapar del todo la tensión—, no es porque sean famosos. Es porque son inevitables.

Andrea tragó saliva. Lola sintió un tirón mínimo en el estómago, como si el propio pasillo hubiera asentido.

Bones remató, seco:

—Aquí la Corte no debate. Aquí la Corte… inclina.

Y el vestíbulo, de pronto, pareció inclinarse también.

El apellido le llegó antes que la cara.

No fue una voz clara. Fue un murmullo que se deslizó entre sellos y plumas, como si el propio aire lo hubiera aprendido y ahora lo repitiera con mala leche. Un escupitajo elegante, de esos que no manchan la alfombra pero te dejan la garganta sucia.

—Hidalgo…

Lola se detuvo un microsegundo. Lo justo para que el cuerpo reaccionara antes que la cabeza.

Latido en las sienes. Zumbido en los dientes. El estómago en vacío. Pero no era miedo puro. Era… reconocimiento. Como si esa palabra no fuera un apellido, sino un expediente. Algo ya archivado. Ya señalado. Ya previsto.

Siguió caminando, pero notó el peso encima, como una mano invisible en la nuca.

A su derecha, una funcionaria —o algo que se vestía de funcionaria con demasiada perfección— levantó la vista de un acta flotante y le dedicó una media sonrisa. No había amabilidad. Había bisturí.

—Curioso —murmuró, con voz suave—. Otra vez ese apellido.

Lola no respondió. No porque no quisiera. Porque la frase le había atravesado como una aguja fría.

Sintió, por primera vez allí dentro, la certeza completa: no la estaban mirando por la sudadera, ni por las deportivas, ni por el «atentado estético» que Bones había convertido en chiste.

La estaban mirando porque ya lo sabían.

Andrea lo notó al instante. Vio cómo el cuerpo de Lola se endurecía, cómo se le tensaba la mandíbula, cómo los ojos se le quedaban un poco más brillantes. Sin decir nada, se puso a su lado. No tocándola. No protegiéndola como un héroe. Simplemente ocupando espacio, formando bloque, como si el equipo fuera una barrera mínima contra el mundo.

Lola tragó saliva. Intentó que el temblor no se le viera.

Y entonces comprendió el verdadero peligro: alguien la había identificado sin haberla visto antes.

Eso, en un Estado paralelo, no era un chisme.

Era una sentencia en preparación.

Bones empezó a mirar hacia un sitio concreto con la insistencia de quien intenta no mirar.

Una puerta secundaria, al fondo del vestíbulo, custodiada por dos guardias con postura de estatua: el corredor de despachos, la salida de magistrados, esa arteria por donde la gente importante no camina… comparece. Cada pocos segundos, Bones ladeaba el cráneo hacia allí, como si esperara ver aparecer a alguien con un expediente bajo el brazo y la mirada de «esto se está pudriendo».

No apareció nadie.

Y a Bones se le escapó, muy bajo, casi un suspiro que no encajaba con su humor:

—Debería estar aquí…

Se dio cuenta de lo que había dicho y, como buen profesional del chiste para no morirse, lo tapó al vuelo.

—Pero claro —añadió con una sonrisa torcida—, el jefe es alérgico a los lugares con gente importante. Le salen sarpullidos jerárquicos.

Andrea, que ya no estaba para bromas baratas, lo pinchó con la mirada.

—¿Dónde está Graves?

Bones chasqueó la lengua. El humor le salió rápido, pero la sombra se le quedó pegada en las palabras.

—En el mismo sitio donde se guardan las cosas que no deben romperse.

Andrea frunció el ceño.

—Eso no es una respuesta.

Bones lo miró un segundo, serio de verdad, y luego volvió a ponerse la máscara como quien se recoloca la toga.

—Es la única que puedo darte aquí sin que nos asignen cita para morir, cariño.

Lola no dijo nada. Solo miró la puerta secundaria. Sintió la corriente del vestíbulo cambiar, como si alguien hubiera pasado una

mano por encima del lugar. Vio a un funcionario espectral levantar un sello y, durante un segundo, el aire olió a cera apagada y a algo parecido a ozono.

Entendió sin que se lo explicaran: si Samuel no estaba, no era por ausencia.

Era porque alguien —o algo— lo estaba usando en otro tablero.

Bones tragó saliva. No tenía garganta, pero el gesto existió igual. Y por primera vez desde que cruzaron el marco, su humor sonó a defensa, no a diversión.

—Vamos —susurró—. Aquí la Corte se está moviendo.

Y cuando la Corte se mueve… no es por un caso.

Es por una guerra.

Lola necesitó aire.

No aire de pulmones. Aire de cabeza. Un segundo de pausa para que el zumbido en los dientes dejara de morderle la encía por dentro. Vio un banco de piedra, pegado a un muro donde las sombras se apoyaban como gente cansada, y se acercó con la intención mínima de sentarse, de colocar el peso en algún sitio que no fuera su propio pecho.

El banco estaba frío, impecable, demasiado limpio para un lugar donde todo olía a cera gris y a expedientes.

Lola alargó la mano hacia la piedra.

Y entonces una voz la rozó.

No venía de un cuerpo concreto. Venía de la ventanilla, del pasillo, del propio mecanismo del vestíbulo. Un tono neutro, administrativo, como el que te dice que te falta un documento.

—No te sientes donde no te toca.

No la miraron.

Eso fue lo peor: la frase dicha como trámite, como advertencia incorporada al mobiliario. Como si Lola fuera una anomalía que se corrige con una indicación simple.

Lola se quedó quieta con la mano a medio camino. Sintió un latido seco en las sienes. No era miedo. Era rabia contenida. Reconocimiento del juego.

Andrea se tensó a su lado, un paso más cerca sin tocarla, como si su cuerpo dijera aquí no estás sola aunque su boca no supiera qué

decir.

Bones sonrió.

La sonrisa de Bones era su forma de enseñar dientes sin carne. Pero esta vez el humor le salió con el volumen bajado, más oscuro.

—Qué encanto —murmuró—. Ya te han dado la bienvenida oficial.

Lola no se sentó.

Retiró la mano despacio, como quien evita activar una trampa. Se quedó de pie, recta, con la túnica cayéndole como una condena elegante y la sudadera debajo como un acto de guerra pequeño.

Y, por primera vez, lo entendió del todo: en la Corte no te matan siempre con cuchillo.

A veces te matan con un asiento.

Y la Corte no tenía sala de espera. Tenía antesala de sentencia.

Bones los arrastró —literalmente, como si los llevara enganchados de un hilo invisible— por el lateral del vestíbulo, evitando ventanillas, evitando ojos, evitando el tipo de silencio que en aquel sitio no era calma, sino aviso. La piedra oscura seguía oliendo a tinta envejecida, a cera gris y a hierro frío, como si el edificio se hubiera construido con expedientes quemados y promesas rotas. Cada arco era un párrafo. Cada puerta, una competencia. Y la luz… la luz no iluminaba; delimitaba. Se posaba a tiras, cortando el espacio en zonas que parecían decir: aquí sí, aquí no; aquí existes, aquí sobras.

Llegaron a una zona apartada del flujo principal. No por discreción. Por categoría.

Había bancos. No de madera. De piedra pulida, con el tacto exacto de una lápida bien mantenida. Cada asiento tenía un grabado en el respaldo: círculos concéntricos, marcas de sello, líneas finas como runas domesticadas. No eran decoración. Eran… advertencia. Un banco podía ser un «sí». O un «no». O una trampa con forma de descanso.

Lola vio la numeración… y no vio números. Vio símbolos que se movían en el borde de la visión, como si, cuando intentabas leerlos de frente, el sistema se negara a darte el privilegio de comprenderlo.

Andrea lo entendió sin necesidad de magia. Le bastó el gesto repetido de los que esperaban: espalda recta, manos quietas, mirada baja. El mismo ritual humano de cualquier juzgado… pero

aquí se notaba la diferencia esencial: allí, en el mundo de arriba, el que espera todavía cree que puede reclamar algo. Aquí, el que espera solo intenta no llamar la atención.

Bones les hizo un gesto de «aquí» con una mano huesuda.

—Sentaos… si os dejan —murmuró, y lo dijo como quien recomienda un bar con mala fama.

Lola no se sentó.

No todavía.

Tenía el cuerpo tenso desde lo del banco de antes. Aquel «no te sientes donde no te toca» seguía vibrándole en las costillas como un sello reciente. El orgullo le pedía que ignorara a la Corte como se ignora a la mala educación. La supervivencia le pedía lo contrario.

Andrea, en cambio, se dejó caer en el borde de uno de los bancos con una prudencia quirúrgica, como si el asiento fuera un formulario que podía marcarle la vida. Se sentó, pero sin abandonar la postura. No descansaba. Se colocaba.

—Esto es… —susurró, y le salió el tono que usaba cuando analizaba un procedimiento— una sala de vistas sin vista. Una antesala de comparecencia.

Bones soltó una risita seca, y el sonido de sus huesos pareció rebotar en la piedra.

—Bienvenido a la Corte. Aquí el deporte favorito es mirar. Y el segundo, juzgar. Y el tercero… —hizo un gesto vago— ya lo irás descubriendo cuando te duela.

Lola respiró despacio. El aire estaba cargado, pero no como en el cementerio: aquí el peso era limpio, administrativo. No te asustaba con monstruos. Te asustaba con normas que no conoces.

Y entonces ocurrió lo inevitable.

La humillación no llegó a gritos. Llegó en traje.

Un grupo cruzó por delante, con esa soltura de los que pertenecen, de los que han aprendido a caminar por la Corte como se camina por el pasillo del despacho: sin pedir perdón por existir. Entre ellos venía un inquisidor —túnica impecable, bordes dorados como una herida elegante— con una sonrisa bonita, demasiado bonita, de anuncio. Su pelo estaba peinado con precisión de notaría,

y llevaba un sello colgando del cuello como si fuera una corbata de poder.

Lo acompañaba un defensor con anillos raros y ojos de humo, pero el inquisidor era el que mandaba el aire.

Se detuvo justo al pasar junto a ellos, como si un instinto le hubiera olido la anomalía.

Miró a Lola.

No miró su túnica. Miró lo que había debajo. La sudadera, el vaquero, las deportivas. El «ruido humano» de su estilo.

Una ceja se le arqueó con un desprecio casi afectuoso.

—Qué… —murmuró, con voz suave, como quien comenta un cuadro mediocre— pintoresco.

Lola sostuvo la mirada, quieta.

El inquisidor dejó que la atención de los demás se posara. Una pausa medida. Un silencio que olía a cuchillo escondido.

Y soltó la frase, limpia.

—¿Nos llega una jurista o una turista?

No hubo carcajada. Hubo ese sonido peor: una exhalación colectiva, breve, contenida. Aprobación sin mancharse.

Andrea giró la cabeza al instante. Lo reconoció antes de que su cerebro pudiera aceptarlo.

—No jodas… —se le escapó en voz baja.

Bones ladeó el cráneo.

—¿Qué?

Andrea no respondió. Porque el nombre le vino como un golpe de Sevilla en la boca.

El inquisidor era Álvaro Sarria.

Álvaro Sarria: abogado «de renombre» en el mundo humano, sevillano de chaqueta perfecta, especialista en pleitos mediáticos, de esos que salen en fotos con sonrisas blancas y frases huecas sobre ética. Andrea lo había visto en congresos, en charlas, en un par de artículos donde Sarria se permitía dar lecciones a la abogacía "de provincias", como si Jerez fuera un chiste y El Puerto una anécdota.

Andrea siempre lo había tenido claro: Sarria era un gilipollas.

Un gilipollas con verbo y ambición.

Y ahora estaba allí. Inquisidor. Túnica. Sello. Poder.

La mente de Andrea intentó negarlo por reflejo, pero ya no estaba en fase de negación. Estaba en fase de estructura. Si Sarria estaba allí, significaba que el mundo humano era una fachada. Y que la Corte no era un mito. Era una red. Una red que se reía de su incredulidad.

Lola sintió el latido en las sienes. No por Sarria. Por el aire. Por la manera en que la Corte se inclinaba hacia ella con interés frío.

—Necesito mi mente, no su uniforme —dijo Lola, y su voz salió tranquila, casi demasiado tranquila. No estaba pidiendo permiso. Estaba marcando territorio.

Álvaro Sarria la miró, divertido, como si le hubieran contado una ocurrencia simpática.

Lola añadió, sin subir el tono:

—Si quieren sancionarme, adelante.

Silencio.

Sarria sonrió un poco más.

—Ay, qué mona —susurró—. La rebeldía de los nuevos siempre huele a… ingenuidad.

Andrea apretó la mandíbula. El insulto era suave, pero el filo era real. Ingenua en la Corte significaba carne.

Bones dio un paso al frente, sin dejar de sonreír, como si fuera un *maître* que interviene para que el cliente no escupa en la mesa.

—Perdonen el atentado estético —dijo, con su humor más basto y delicioso—. La muchacha viene del mundo donde la gente trabaja y suda. Ya saben: esa dimensión exótica donde el café es malo y los sueldos son peores.

Sarria lo miró con una mezcla de desprecio y reconocimiento, como si supiera exactamente quién era Bones y le molestara que existiera con tanta boca.

Bones inclinó el cráneo en una reverencia exagerada.

—Y por si le sirve de consuelo —añadió—, el protocolo también mata… pero más lento.

Un par de inquisidores cercanos giraron la cabeza, incómodos. Nadie quería que se dijeran verdades en voz alta. Aquí las verdades se tramitan en sala, no en pasillo.

Sarria levantó la barbilla, impecable.

—¿Y tú quién eres, exactamente? —preguntó con educación venenosa.

Bones sonrió.

—Un secretario —Pausa—. Y créame: si yo estoy aquí, es que alguien ya ha cometido la estupidez de dejarles entrar.

Andrea notó algo nuevo: una microgrieta en el humor de Bones. Había filo, sí. Pero también… tensión real. Bones miró de reojo hacia una puerta secundaria, al fondo del vestíbulo, la salida donde comparecía gente importante.

Samuel no estaba.

Andrea tragó saliva. Lo comprendió con un golpe seco: Bones no estaba haciendo de guía. Estaba haciendo de sustituto. Y no le gustaba.

Un funcionario espectral pasó cerca con una bandeja metálica. No llevaba dinero. Llevaba un vial. Un mechón. Una palabra atrapada en un papel que respiraba. Selló algo sin mirar.

La política arcana no era rumor. Era método.

Sarria se encogió de hombros, como quien se aburre del espectáculo, y continuó caminando con su grupo. Antes de irse, lanzó una última frase sin mirar atrás, dirigida al aire:

—Que alguien le explique a la… turista… dónde se compra una chaqueta decente.

Bones lo siguió con la mirada. Sonrió. Pero la sonrisa se le cayó un milímetro cuando nadie miraba.

Lola se quedó quieta. No había temblado. No había bajado la cabeza. Pero por dentro, el tirón en el estómago volvió, suave, insistente. Como una cuerda tensándose.

Andrea se colocó a su lado sin tocarla. No romance. Instinto de equipo. Formación de bloque. Lo hizo sin darse cuenta, como si su cuerpo ya hubiera entendido que, en un lugar donde te matan con miradas, la única defensa es la presencia.

—¿Lo conoces? —susurró Lola, sin apartar los ojos del pasillo.

Andrea tardó un segundo.

—Es un imbécil de Sevilla —escupió, bajo—. En el mundo humano.

Bones soltó un bufido.

—Sorpresa: en el arcano también.

Lola respiró. El aire olía a tinta y cera. Y algo más: una humedad fría que parecía venir de debajo de la piedra, como si la Corte estuviera asentada sobre un mar de secretos.

Entonces, el sonido cambió.

No fue un golpe. No fue un trueno. Fue la acústica ajustándose. Como cuando alguien entra en una sala y el mundo se recoloca sin pedir permiso.

Las conversaciones bajaron un grado. Los sellos sonaron más secos. El murmullo se volvió más respetuoso.

Bones se calló.

Ese fue el aviso.

Lola sintió la piel erizarse bajo la túnica. El zumbido en los dientes se apagó… y se encendió de nuevo con un ritmo distinto, más fino, más exacto.

Andrea alzó la vista.

Y lo vio.

No vio una entrada espectacular. No vio una comitiva teatral. Vio una presencia que comparecía como comparecen las cosas inevitables: sin necesidad de anunciarse.

En lo alto, al fondo, donde el corredor de magistrados se insinuaba entre sombras más limpias, había una figura. Oscura. Quieto. Sin prisa.

Vladhar Noctis.

No llevaba la «pompa» de los demás. No necesitaba. Su presencia tenía otra naturaleza: parecía un punto fijo alrededor del cual la Corte respiraba. No estaba «arriba». Estaba… lejos. Y aun así, en el centro moral de todo.

No sonrió. No frunció el ceño. No hizo nada humano.

Solo miró.

Y esa mirada cayó sobre Lola como una mano invisible.

No una mano que golpea. Una mano que pesa. Que mide. Que evalúa capas.

Lola sintió el tirón interno, idéntico al del sello del Códex, pero más direccional. Como si alguien hubiera cogido esa cuerda dentro de ella y la hubiera tensado desde el otro lado del aire.

Se le fue el aliento un segundo. No por miedo. Por… reconocimiento. Como si el lugar dijera: esta.

Andrea notó el cambio en Lola. El microtemblor en la mandíbula. La respiración contenida. El brillo raro en los ojos, no de lágrima, sino de presión.

—Lola… —susurró, y no supo qué más decir. Porque aquí decir era peligroso.

Bones no bromeó. Por primera vez desde que cruzaron el marco del cementerio, se quedó sin teatro.

Eso fue lo que confirmó el horror.

Lola tragó saliva. El sonido le pareció demasiado alto. Como un grito en una biblioteca.

Y pensó —solo pensó, sin pronunciarlo— una frase mínima, una defensa pequeña, infantil y feroz:

No voy a arrodillarme.

Vladhar parpadeó.

Solo una vez.

Y Lola sintió, con certeza física, que ese parpadeo era una respuesta. Que no hacía falta hablar para ser oído. Que aquí el pensamiento podía ser prueba.

Bones recuperó la voz, pero la sacó baja, con urgencia real.

—No hagas más ruido del necesario.

Lola no se movió.

No se sentó.

Se quedó de pie, con la túnica negra y el borde dorado, con la sudadera debajo como un acto de resistencia, con el apellido como un filo en el aire.

Y entendió algo que no necesitó explicación:

En la Corte no te preguntan quién eres.

La Corte ya lo sabe.

La Corte solo decide qué hace contigo.

30
EL SIN TOGA

La Corte no te daba tiempo a sentirte vivo.

Te daba tiempo a colocarte.

Tras la humillación del banco, tras el filo con el que el apellido «Hidalgo» había empezado a circular como una moneda peligrosa, Bones los empujó por un lateral de la antesala como quien saca a dos novatos de un bar donde ya les han tomado la matrícula.

—No os quedéis quietos —murmuró, sin teatralidad—. Aquí la quietud se interpreta como disponibilidad. Y luego os asignan algo que os deja la vida como un folio mojado.

Andrea iba con la mandíbula apretada, los ojos en modo «sistema»: rótulos que cambiaban, colas, ventanillas, competencias dibujadas en el suelo con círculos de sello. Lola, en cambio, iba con el cuerpo en modo «sensación»: zumbido en dientes, latido en sienes, el tirón suave en el estómago que aparecía cada vez que la Corte la rozaba… como si el lugar la reconociera sin permiso.

Bones los condujo hacia una puerta lateral, estrecha, oscura, con un marco de metal viejo que olía a tinta y cera apagada.

No había cartel.

No lo necesitaba.

A la entrada, un funcionario espectral —o lo que fuera aquello— levantó un sello sin mirarlos. El sello golpeó el aire con un clac seco, y la tablilla colgada a la pared, a la altura de los ojos, cambió de símbolo como si alguien hubiera pasado página.

Bones giró el cráneo.

—Ah… precioso. —Y el sarcasmo se le quedó a medias, porque el gesto siguiente no fue humorístico: fue instinto—. Venga. Dentro. Esto no se espera.

Andrea frunció el ceño.

—¿Qué es?

Bones le dedicó una sonrisa de fémur.

—Trabajo. El tipo de trabajo que nadie quiere porque no da prestigio… pero da cadáveres. —Pausa—. Y ya os dije que aquí el deporte favorito es mirar. Hoy toca participar.

La puerta se abrió sin chirrido. Cediendo. Aceptándolos.

El aire cambió.

No como magia de espectáculo. Como frontera administrativa: de pronto, el olor a vestíbulo infinito quedó atrás y entraron en una sala más pequeña, más cruel, más útil. Piedra oscura, vidrio negro, metal viejo. Un círculo grabado en el suelo como un sello que no terminaba de ser tribunal, pero lo era. Un banco para el compareciente. Una especie de atril para el inquisidor. Y, flotando, una hoja húmeda que no era hoja: un acta viva que giraba despacio y dejaba un rastro de tinta moviéndose como si respirara.

Lola se quedó callada de forma instintiva.

Andrea también.

Bones, por contraste, susurró:

—Bienvenidos al sitio donde el alma hace cola… y a veces se queda sin turno.

En el banco había un hombre.

No era viejo. No era un monstruo. No tenía cuernos ni ojos de fuego. Era lo peor: era común.

Tenía la cara gastada de los que han pasado por demasiadas puertas sin tener llave. Pelo oscuro pegado a la frente por sudor frío. Un aro de metal negro en las muñecas, como esposas sin cadena. Y un rasgo que lo volvía inmediatamente recordable: la mano derecha le temblaba sin control, un temblor fino, persistente, como si la piel recordara algo que la cabeza intentaba negar.

Y olía a ceniza.

No a cigarro. No a incendio. A ceniza ritual: ese olor apagado, químico y triste que queda cuando una vela se consume del todo y no queda ni el consuelo de la llama.

El hombre alzó la mirada al verlos entrar. Tenía los ojos rojos de no dormir, pero la voz —cuando intentó hablar— salió baja, con una

forma particular de pronunciar, entre Cádiz y desesperación, como quien pide perdón por existir.

—Yo… yo no he hecho *na'*, ¿vale? Yo… yo solo…

El inquisidor de trámite lo cortó sin emoción.

No llevaba la teatralidad de los grandes. Llevaba la frialdad de los que tramitan vidas como se tramitan multas.

—Compareciente sin toga —dijo, sin nombre. Sin historia. Sin nada—. Delito: tráfico de residuo ritual. Interferencia de voluntad. Micro-sugestión. Fraude arcano.

El acta flotante giró y, donde antes había líneas borrosas, apareció una frase nueva, clara como un sello recién puesto.

Andrea sintió un vuelco. No por miedo, sino por una comprensión repentina: aquí el acta no reflejaba lo ocurrido. Lo fabricaba.

El inquisidor continuó:

—Venta de ceniza de vela ritual en entorno humano. Uso recreativo. Se han detectado micro-obediencias: pequeñas conductas inducidas, impulsos de compra, cambios mínimos de decisión. Se ha levantado residuo en objetos y uñas de afectados.

El hombre del banco tragó saliva. El temblor de su mano aumentó un milímetro, como si la palabra «voluntad» le hubiera tocado un nervio.

—Yo la compré… yo la compré ya hecha —balbuceó—. Que yo no sé de esas cosas… yo soy… yo soy de poner copas, nada más.

Bones se inclinó hacia Lola y Andrea, susurrando:

—Y aquí es donde empieza la parte bonita.

Andrea frunció el ceño.

—¿Cuál es la parte bonita?

Bones lo miró con calma.

—Que nadie va a querer defenderlo.

El inquisidor de trámite se giró ligeramente, como si abriera un espacio legal invisible.

—Se ofrece designación de defensor. —Pausa—. ¿Algún jurista toma el caso?

Silencio.

No el silencio de «nadie se atreve». El silencio de «nadie quiere ensuciarse».

En un banco lateral, un defensor elegante—anillos raros, sonrisa sin ojos— ladeó la cabeza.

—Eso no da nombre ni prestigio.

Otro, más atrás, murmuró con desdén:

—Y si lo da, es por mancharlo.

El compareciente bajó la mirada. Su respiración se rompió en un hilo. La ceniza en el aire parecía pegarse más a su piel, como si el propio delito lo reclamara.

Bones soltó, en voz baja, con un humor que dolía:

—Qué bonito. Solidaridad corporativa. Me emociona hasta la tibia.

Lola sintió el tirón en el estómago.

No fue un pensamiento heroico. No fue «voy a salvarlo».

Fue una reacción de rechazo al mecanismo: al vacío que la Corte abría para tragarse a alguien sin defensa.

Y se levantó.

Lo hizo antes de decidirlo. Antes de consultarlo. Antes de que su propio sentido común pudiera frenarla.

Su voz salió clara, cortante.

—Yo lo defenderé.

La sala se detuvo medio segundo.

No con aplauso. Con cálculo.

El inquisidor de trámite la miró por primera vez. Y la miró mal.

—No procedes —dijo, seco—. No constas designada. No estás registrada como jurista habilitada en vista.

Un murmullo rápido recorrió los bancos.

Alguien susurró «Hidalgo» como quien pronuncia una enfermedad contagiosa.

Andrea se quedó helado.

No por el acto. Por la consecuencia: Lola acababa de ponerse una diana sin darse cuenta.

Bones, detrás, murmuró con una mezcla de orgullo y horror:

—Mira. Ha nacido una abogada en directo. Qué bonito. Qué peligroso. ¡Me encanta!

Lola sostuvo la mirada del inquisidor. La luz de la sala le cortaba la cara en dos, como una fotografía de mala prensa. La túnica negra, con el borde dorado, caía sobre su sudadera como un desafío.

—La defensa no es un adorno —dijo Lola, sin alzar el tono—. Si lo llaman a comparecer, existe procedimiento. Y si existe procedimiento, existe defensa.

El inquisidor apretó los labios.

—Esto es la Corte. No tu juzgado humano de prácticas.

—Precisamente por eso —respondió Lola, y la frase salió como un cuchillo limpio—. Porque si aquí no hay defensa… esto no es justicia. Es ejecución encubierta.

Silencio.

Andrea notó que, en una pared lateral, una disposición grabada en piedra pareció brillar apenas un milímetro más.

No era luz de antorcha. Era tinta húmeda reaccionando.

El acta flotante se detuvo un segundo, como si la frase le hubiera interesado.

Bones lo vio. Y no dijo nada. Solo movió el cráneo un milímetro, como si esa microseñal confirmara algo que le inquietaba desde que el sello había pronunciado el nombre de Lola la noche anterior.

El inquisidor de trámite hizo un gesto mínimo, casi impaciente.

—Denegada la petición. No procede.

Lola se cruzó de brazos, desafiante.

—Entonces, con todo el respeto y con la venia de la Corte, ¿Para qué hacéis un ofrecimiento si no queréis que se tome?

Y entonces la sala volvió a cambiar de acústica.

Como un ajuste.

Como cuando entra alguien y el lugar se recoloca sin pedir permiso.

No hubo pasos. Hubo presencia.

En un lateral, en un umbral de sombra donde antes no había nadie, estaba Vladhar Noctis.

Quieto. Lejano. Exacto.

No tenía expresión visible. Pero su mirada era un peso que caía sobre cada frase como una losa administrativa.

El inquisidor de trámite lo notó tarde. Su garganta tragó de golpe.

Vladhar no se movió.

No alzó la mano.

No hizo ceremonia.

Solo habló.

Dos palabras.

—Se admite.

El inquisidor quiso replicar, pero el aire le cerró la boca. No por hechizo. Por jerarquía.

Lola sintió el tirón en el estómago aflojar un milímetro, como si una cuerda hubiera sido soltada justo lo necesario para dejarla respirar.

El acta flotante tembló. Y, por primera vez, dejó de girar en círculos nerviosos. Se estabilizó.

Andrea parpadeó.

Lo que estaba pasando no era un favor.

Era un procedimiento obligando al sistema a tolerar a Lola.

Bones, por detrás, susurró:

—Ya está. Te han dejado existir en sala.

Lola se giró hacia el compareciente.

—Nombre.

El hombre alzó la mirada con un temblor más fuerte, como si pronunciarlo fuera un delito.

—Nicolás… Nicolás Mena. Pero… me llaman Nico.

La forma de decirlo —esa mezcla de vergüenza y orgullo mínimo — lo hacía humano. Demasiado humano.

Lola asintió.

—Nico. —Pausa—. No declares todavía.

El inquisidor de trámite frunció el ceño.

—Aquí no…

Lola lo cortó con calma quirúrgica.

—Tiene derecho a no declarar hasta conocer la imputación exacta y la prueba. —Miró al inquisidor—. Si el procedimiento permite defensa, permite garantías mínimas.

Andrea sintió un golpe en el pecho. Porque Lola estaba traduciendo, sin decirlo, lo que él conocía de memoria: estructura mental de penal humano, aplicada a un lugar que se creía por encima de la humanidad.

Bones murmuró con deleite oscuro:

—Ay, qué bonito. Está hablando en idioma «no me vas a pisar porque no me sale del papo».

Lola miró el acta flotante, que parecía esperar su siguiente palabra.

—Prueba —dijo—. ¿Qué tienen?

El inquisidor de trámite levantó la mano y un objeto sellado apareció sobre un soporte: un pequeño frasco de vidrio oscuro con ceniza dentro. Al moverlo, la ceniza no se comportó como polvo muerto. Se ordenó un segundo. Como si tuviera memoria.

El olor a ceniza se intensificó. Nico tragó saliva. El temblor de su mano derecha se volvió casi doloroso.

—Esa ceniza estaba en su posesión —dijo el inquisidor.

—¿Dónde se intervino? ¿Quién? ¿Con qué cadena? —preguntó Lola, directa, seca—. ¿Y qué prueba tienen de intención?

El inquisidor parpadeó, irritado.

—La ceniza provoca obediencia.

—El efecto no prueba el dolo —dijo Lola—. Prueba el peligro del objeto. No la intención del portador. —Se inclinó un milímetro hacia adelante—. ¿Qué saben de Nico? ¿Qué saben de su capacidad de comprender el residuo? ¿Qué saben de su origen? ¿Qué saben de quién la fabricó?

El acta flotante vibró como si le gustara la pregunta.

En la pared, una disposición grabada en piedra volvió a brillar un milímetro.

Andrea lo vio. Se le heló el estómago.

El *Códex* —o lo que fuera aquello— no estaba reaccionando al inquisidor. Estaba reaccionando a Lola.

Bones se llevó una falange a las costillas, como si le diera un ataque de risa muda.

—Te lo dije —susurró—. La sudadera es lo de menos. Lo peligroso es el cerebro.

Lola siguió.

—¿Cuántos afectados? ¿Quiénes? ¿Dónde? ¿Cómo se vincula a Nico? ¿Hay dinero? ¿Hay repetición? ¿Hay red? —Pausa—. ¿O solo han agarrado al primero que olía a ceniza?

Nico levantó la cabeza. No lloró. Pero los ojos se le llenaron de algo parecido a gratitud y miedo mezclados.

—Yo… yo la compré a un nota… uno que venía con… con un maletín. Yo… yo pensé que era… droga de broma. Que la gente se reía… que era… *pa´* la suerte, ¿sabes? *Pa´* que te saliera trabajo. —El temblor le sacudió la mano—. Yo no quería mandar en nadie.

Lola lo miró de reojo.

—Te dije que no declararas. —Y lo dijo sin dureza, sino con control—. Pero vale. Ya está dicho.

El inquisidor se inclinó hacia Nico.

—Admites tráfico.

Lola se revolvió como un perro rabioso al que le habían pisado el rabo.

—Admite ignorancia y falta de intención —corrigió Lola—. Y eso lo cambia todo. —Miró a Vladhar, aunque él estuviera lejos—. Si el delito es voluntad, el arquitecto no es el último eslabón. Es el que fabrica el residuo y lo inserta en humano.

Silencio.

La palabra «arquitecto» cayó con peso.

Andrea sintió un escalofrío: esa palabra era la misma gramática del caso Beaumont. Del delito como lenguaje.

Vladhar no se movió. Pero su mirada estaba clavada en Lola como si la midiera por dentro.

El inquisidor de trámite apretó los dientes. No podía negar lo obvio: el caso era pequeño, sí, pero olía a algo mayor. A red. A puerta.

La sala dictó una salida intermedia. No absolución de película. No trituración inmediata.

Un funcionario espectral golpeó un sello. El acta flotante escribió sola, con tinta que parecía sangre vieja:

«*Medida cautelar arcana. Interdicción de contacto con residuo. Custodia de objetos. Investigación de origen. Compareciente bajo supervisión*».

Nico respiró como si le hubieran devuelto un nombre.

El inquisidor de trámite cerró el expediente sin mirarlos.

La sesión se levantó con un gesto mínimo, casi aburrido.

Pero antes de que Lola pudiera sentarse o relajarse, un susurro cruzó la sala, tan bajo que parecía venir del propio vidrio negro de las paredes.

—El *Códex* no suele ser tan… flexible.

Lola no supo quién lo dijo.

No hacía falta.

Lo importante era que lo habían notado.

Bones se acercó a Lola por detrás, inclinando el cráneo hacia su oído, sin humor en el filo de la frase.

—Ya está. Te han visto.

Andrea, que seguía procesando la presencia de Álvaro Sarria fuera, el procedimiento sin derechos dentro, y la reacción de la sala a la voz de Lola, tragó saliva.

—¿Qué coño acaba de pasar? —susurró.

Bones sonrió, pero su sonrisa tenía sombra.

—Que has asistido al nacimiento de una abogada… —miró a Lola — y al primer día en que la Ley decidió no escupirla.

Lola notó el tirón en el estómago por última vez, leve, insistente.

Como una cuerda tensándose para el siguiente golpe.

Y, mientras salían de la sala, Nico Mena —temblando todavía, oliendo a ceniza, con los ojos clavados en Lola como si fuera lo único humano en aquel infierno burocrático— murmuró, casi inaudible:

—Gracias, quilla…

Lola no respondió.

Porque en la Corte, incluso un «de nada» podía convertirse en prueba.

Pero el acta flotante, detrás de ellos, tembló una vez más.

Como si hubiera aceptado.

Como si hubiera firmado sin firma.

Y eso era lo más peligroso de todo.

31
Preludio de guerra

La Corte no te dejaba respirar después de un caso.

Te dejaba seguir.

Eso era lo que más asustaba del sitio: no el terror, ni el espectáculo, ni las criaturas mezcladas con humanos como si la realidad fuese un buffet de especies. Lo peor era la normalidad institucional con la que el horror se tramitaba. El delito arcano no se lloraba; se registraba. El compareciente no se salvaba; se posponía. Y la defensa, cuando ocurría, no era un derecho: era una anomalía tolerada por el procedimiento, como una grieta en una pared que nadie quiere mirar demasiado de cerca.

Lola salió de la sala menor con el cuerpo en tensión, como si el aire todavía le estuviera preguntando cosas. Notaba la presión suave en las sienes, un latido raro, y el tirón en el estómago que se había vuelto ya un idioma privado. No era dolor. Era… aviso. Como cuando alguien te llama desde otra habitación sin pronunciar tu nombre, y lo sientes igual.

Andrea caminaba a su lado con la mandíbula apretada. Le temblaba el pensamiento, no las manos. A él el mundo no le hablaba en zumbidos; le hablaba en estructura. Había visto cómo el acta flotante se estabilizaba cuando Lola pedía pruebas. Había visto cómo el inquisidor se tragaba su soberbia cuando Vladhar dijo «Se admite» como quien sella un trámite. Había visto el silencioso consenso de la sala: lo de esa chica no era normal.

Bones iba delante, túnica abierta como si llevar toga fuera un capricho estético, zapatos de señorito brillando en piedra húmeda. De vez en cuando soltaba una frase como quien escupe chiste para que la tensión no se les atragante.

—Bien, juristas —murmuró sin girarse—. Habéis evitado una trituración administrativa. Esto, en la Corte, se considera un logro. No os acostumbréis.

Lola tragó saliva.

—¿Tr… trituración administrativa?

Bones soltó un suspiro de esqueleto dramático.

—Sí, querida. Aquí no te matan con cuchillo siempre. A veces te matan con sello. Mucho más limpio. Mucho más elegante. Mucho más… irreversible.

Andrea soltó aire por la nariz. No risa, no alivio. Una exhalación que era más bien un «no me jodas».

—¿Y ahora qué? —preguntó, seco.

Bones se detuvo en un pasillo lateral donde la luz cambiaba. No porque se encendiera más, sino porque el aire se volvía más oficial. En la pared, disposiciones talladas en piedra, de uso diario: líneas de runa disciplinada que parecían moverse solo si te atrevías a mirarlas de verdad.

Bones levantó una falange.

—Ahora… viene la parte en la que el sistema decide que os necesita.

Andrea frunció el ceño.

—Pero si no hemos firmado nada.

Bones lo miró con una ternura cruel.

—Ay, Volpi… ¿sigues creyendo que la realidad espera a que firmes? —Y añadió, como sentencia—: La Ley no espera a que firmes. La Ley te usa si te necesita.

Lola notó un escalofrío. No por la frase. Por el pasillo. Por la sensación de que, desde algún lugar del edificio, alguien acababa de girar una llave sin tocar nada.

Un funcionario espectral apareció sin ruido. No entró. Compareció. Una figura con manos de tinta y sello de metal, sin rostro claro. Dejó sobre una bandeja un sobre de papel oscuro. No tenía remitente humano. Solo un símbolo mínimo, el mismo estilo que había visto en el Códex: una forma que parecía sencilla hasta que intentabas retenerla en la memoria y se te escurría como humo.

Bones reaccionó demasiado rápido. Instinto de veterano.

Cogió el sobre, lo pesó con dos dedos como si fuera dinamita burocrática, y lo abrió.

Su humor se apagó un segundo.

Ese segundo fue el aviso real.

—De puta madre —murmuró.

Andrea se tensó.

—¿Qué?

Bones levantó el papel.

No lo leyó en voz alta inmediatamente. Miró primero a Lola.

Como si midiera el daño.

Luego habló.

—«Comparecencia inmediata. Caso Beaumont». —Pausa—. «Juristas en formación: Volpi. Hidalgo».

Lola sintió el tirón en el estómago como un golpe seco.

Andrea se giró hacia ella por reflejo, como si pudiera protegerla de un papel.

—¿Cómo que nosotros? —dijo, y la frase le salió demasiado humana, demasiado indignada.

Bones se encogió de hombros.

—Porque la Corte tiene un sentido del humor precioso que, por supuesto, no supera el mío. Pero además porque el *Códex* os acaba de poner en su agenda, que es lo más parecido a que te invite Dios a cenar… sin avisarte de que él decide el menú y tú decides si tragas o te ahogas.

Lola abrió la boca, pero no le salió palabra. No era miedo. Era… comprensión lenta. Una pieza que encajaba en otra. La sala menor, Vladhar, el acta temblando, el susurro de «flexible».

Andrea notó el silencio y, sin saber por qué, se acercó un milímetro más a ella. No la tocó. No hizo gesto romántico. Solo… estuvo. Presencia. Equipo. Pero por dentro le quemó una idea absurda: no quiero que la trituren. Y no supo explicar por qué, porque Lola era nueva en su vida, y sin embargo le estaba importando demasiado rápido, como una herida que no recuerdas haberte hecho.

Bones los empujó.

—Venga. Andando. —Y remató, como si fuera un parte de guardia —: Bienvenidos a vuestra segunda peor decisión de vuestra vida. La primera fue estudiar Derecho. No os emocionéis.

Los condujo hacia el corredor de vistas públicas. La Corte era un organismo: un juzgado infinito que respiraba, que masticaba colas y papeles vivos, que dejaba caer murmullos como polvo de archivo. Y mientras avanzaban, Lola escuchó su apellido en un susurro que no venía de una boca concreta.

—Hidalgo…

Dicho como si fuera «problema».

Andrea lo oyó también. Y, sin pensarlo, se colocó a su lado.

—No les mires —murmuró.

Lola no giró la cabeza. Pero su voz salió baja, firme.

—No me pienso encoger.

Bones se giró un segundo, andando hacia atrás con soltura de guía turístico del infierno.

—Eso está muy bien, señorita Hidalgo. Pero le aviso: aquí la gente no te mata cuando te encoges. Te mata cuando te estiras demasiado. Que es muchísimo más divertido de ver, por cierto.

—¿Vas a callarte alguna vez? —escupió Andrea.

Bones lo miró con una sonrisa de calavera preciosa.

—Cuando me paguen por ello. O cuando me arranquen la mandíbula. Cualquiera de las dos.

Llegaron.

La sala grande —Cámara de Deliberación, sala de vistas, anfiteatro sin público— no parecía diseñada para justicia. Parecía diseñada para imponer.

Piedra oscura. Vidrio negro. Metal viejo. La luz no iluminaba: delimitaba competencias. Zonas exactas de sombra donde el aire se volvía más denso, como si allí el poder respirara distinto. El suelo estaba marcado con círculos concéntricos, como sellos tallados en piedra, y en el centro había un espacio que no era asiento ni atril, sino lugar de comparecencia. Lugar de sentencia.

Los magistrados no estaban todos visibles, pero su presencia se sentía como clima. Como tormenta.

Bones bajó la voz.

—Respirad por la nariz. Aquí el miedo se nota más si lo exhalas.

Andrea apretó la mandíbula. No por miedo. Por rabia. Por la sensación de estar entrando en una sala donde nadie te garantizaba nada y, aun así, se suponía que tenías que comportarte como si el mundo fuera justo.

Lola sintió el tirón interno en cuanto cruzó el umbral. Como si la sala la tocara con un dedo invisible.

Y entonces, la vio.

Lilim Seraphis presidía.

A sus ojos, era… admirable. Una magistrada perfecta. La espalda recta como una columna. El rostro sereno como un sello recién puesto. Elegancia no como adorno, sino como lenguaje de autoridad. Lilim no parecía estar allí para disfrutar. Parecía estar allí porque el lugar le pertenecía por derecho natural.

Bones suspiró.

Fue un suspiro largo. Sentido. Casi obsceno en su propia teatralidad.

—Ay… Lilim…

Andrea lo fulminó con la mirada.

—¿En serio?

Bones se llevó una falange a las costillas, como si le doliera el amor.

—Volpi, no seas inculto. Esto no es deseo, es… apreciación artística. Ella es elegancia en toda su esencia. Si yo tuviera piel, estaría haciendo reverencias con la epidermis.

Lola, contra su voluntad, soltó una exhalación que fue casi risa.

Y ahí Andrea la miró. Un segundo. Y se sorprendió de que le gustara verla así, en medio del infierno. Como si esa mínima risa fuera una blasfemia preciosa.

La voz de Lilim cortó el aire.

—Acercaos al círculo de la verdad.

No gritó. No necesitó.

La sala se reajustó alrededor de esa frase. El sonido de los sellos, los murmullos, los pasos, todo bajó un grado. La Corte se colocaba.

Bones los empujó hacia el espacio central.

Andrea sintió un impulso primitivo: poner a Lola detrás de él. Protegerla. Ridículo, irracional. Lola no parecía necesitar protector. Pero él… él lo necesitaba. Necesitaba sentir que no estaba solo en esa sala.

Lola avanzó con la barbilla alta.

Su túnica negra caía sobre la sudadera como un desafío. Su vaquero, sus deportivas, su forma de plantarse: ruido humano en un mundo que se alimentaba de protocolo.

Al llegar al círculo, Lilim la miró.

No con desprecio. Con interés clínico.

—Nombre.

El aire se tensó.

Lola tragó saliva y respondió sin temblor.

—Lola Hidalgo.

El apellido cayó como un expediente antiguo sobre una mesa.

Un murmullo recorrió la sala. No sorpresa. Confirmación.

Andrea sintió un escalofrío. Porque el apellido había sonado igual que un sello.

Bones, detrás, murmuró, enamorado y excitado por el teatro del poder:

—Uff… qué bien sonaría dicho por ella. Hasta me entran ganas de morirme otra vez.

Andrea lo miró como diciendo cállate, por Dios.

Bones hizo un gesto inocente: ¿qué?

Lilim sostuvo la mirada de Lola un segundo más largo de lo normal.

Luego, giró la cabeza hacia Andrea.

—Nombre.

Andrea respondió con el tono seco de quien intenta no temblar.

—Andrea Volpi.

Lilim asintió, mínima.

—Constan como juristas en formación bajo Graves & Asociados. Quedan adscritos a diligencias de campo por necesidad procesal. Caso Beaumont.

Andrea apretó la mandíbula. Necesidad procesal. Palabras bonitas para decir: ya estáis dentro.

Lola sintió el tirón interno otra vez, como confirmación.

Bones, con humor negro, no pudo evitarlo:

—Enhorabuena. Ya podéis arruinaros la vida con un homicidio de primera categoría.

El inquisidor de Sevilla —Álvaro Sarria, impecable y estúpido— sonrió en un banco lateral, como si le divirtiera ver a una «turista» convertida en pieza.

Andrea lo vio y sintió ganas de escupir.

Y entonces, sin que nadie lo anunciara, la acústica cambió.

Vladhar Noctis.

No necesitaba moverse para imponer. Su silencio ya era ponencia.

Su mirada se posó sobre Lola.

No era deseo. No era desprecio. Era otra cosa: respeto extraño, como si reconociera una compatibilidad que el resto no quería pronunciar.

Lola sintió el tirón interno, el mismo del sello del Códex.

Y se le fue el aliento un segundo.

Andrea lo notó. Vio el microcambio en el rostro de Lola, la tensión en la respiración, el modo en que sus ojos buscaron un punto fijo para no doblarse.

Se preocupó.

De verdad.

No supo por qué.

Y esa ignorancia le dio más miedo que la sala.

Vladhar habló.

—Antes del juramento, solicito audiencia cerrada con ambos juristas.

Silencio.

Era la primera vez que la Corte dejaba de sonar a trámite y sonaba a guerra.

Lilim no se movió. Pero su voz, cuando llegó, fue seda con acero.

—No es necesario.

El aire se tensó. No por gritos, sino por competencia. Por jerarquía doctrinal contra presidencia.

Bones se quedó quieto. Por primera vez, no bromeó.

Andrea tragó saliva. Sentía, con un instinto nuevo, que estaba presenciando algo peligroso: una discusión de poder envuelta en lenguaje jurídico. La clase de discusión que, en el mundo humano, terminaba en recursos. Aquí podía terminar en desapariciones.

Vladhar no levantó el tono.

No lo necesitaba.

—El *Códex* lo dispuso así. —Pausa—. En una addenda que usted misma impuso, años atrás, Magistrada Lilim. Con todo respeto.

La frase cayó como una puñalada limpia.

No llevaba insulto. Llevaba procedimiento.

Lilim se quedó quieta un milímetro.

La sala lo notó. Los murmullos se cortaron. El vidrio negro pareció respirar distinto.

Bones susurró, casi con admiración obscena:

—Ay… qué bonito… cuando se pelean con artículos.

Andrea miró a Lilim. Perfecta. Admirable. Pero por dentro, seguro, había recibido un golpe. Porque la habían corregido con su propia letra.

Lola sintió el tirón interno aflojar y tensarse a la vez. Como si la Ley estuviera… escuchando.

Lilim sostuvo la mirada de Vladhar. No había rabia visible. Solo una frialdad impecable.

—Se concede —dijo, al final, y esa concesión sonó a amenaza envuelta en cortesía—. Por procedimiento.

Vladhar asintió un milímetro.

—Gracias, señoría.

Bones soltó un suspiro, esta vez más humano que cómico.

—Esto va a acabar doliendo en algún despacho, fijo.

Andrea lo miró.

—¿A quién?

Bones enseñó los dientes. Bueno, enseñó el vacío.

—A todos.

Un funcionario espectral se acercó, sello en mano.

—Traslado a Torre de la Guardia Arcana para juramento —Y luego, con voz neutra—: Audiencia cerrada previa.

Andrea sintió el estómago encogerse. Juramento. Torre. Audiencia cerrada.

Todo en una noche.

Lola se mantuvo recta, pero por dentro… la certeza la atravesó:

Ya no era opción volver atrás.

Ya no era posibilidad.

Era hecho.

El tirón interno en Lola se convirtió en golpe seco.

Andrea la miró de reojo, sin poder evitarlo. Y lo que vio en su rostro no fue miedo.

Fue reconocimiento.

Como si la llamada fuera personal.

Y ahí Andrea sintió, por primera vez, una certeza absurda que le heló la sangre:

A Lola no la habían reclutado por casualidad.

La habían… convocado.

Bones se inclinó hacia ellos, y su humor volvió, pero más oscuro, más afilado:

—Venga, juristas. Sonreíd. —Pausa—. Si la Corte te mira demasiado… o te muerde… o te bendice. Y ninguna de las dos cosas te sale gratis.

Lola no respondió.

Andrea tampoco.

Pero Andrea, sin saber por qué, se colocó otra vez un poco más cerca de ella.

Como si el cuerpo supiera antes que la cabeza que, en aquel mundo, estar solo era sentencia.

Y mientras los conducían hacia el corredor de la Torre, Lola sintió en la nuca una última cosa:

La mirada de Vladhar.

No la soltaba.

Y eso, en la Corte, no era atención.

Era preludio.

32
AUDIENCIA CERRADA: EL VAMPIRO Y LA GOTA

El teatro se quedaba atrás —la humillación del traje, la sonrisa venenosa del inquisidor sevillano, la respiración disciplinada del anfiteatro—, pero el peso venía contigo. Era como salir de un juzgado después de una vista de violencia doméstica: el pasillo huele igual, las caras son las mismas, la luz sigue cortando en rectángulos… y aun así sabes que algo ha cambiado para siempre, porque el expediente te ha reconocido.

A Lola le vibraban las sienes desde que Lilim pronunció «Hidalgo» con esa voz limpia. No era miedo. Era una clase de alerta que no había aprendido en la facultad, sino en el cuerpo: una cuerda tirando desde dentro del estómago, finísima, sin dolor… pero sin opción de ignorarla. Como si su propia carne se hubiera convertido en un documento y alguien lo estuviera leyendo con guantes.

Andrea caminaba a su lado con la corbata perfecta y la cabeza a punto de incendiarse. La normalidad de su traje, en aquel lugar, no lo calmaba: lo humillaba. Lo volvía invisible. Y a la vez le daba una ventaja que le provocaba vergüenza, como si el protocolo lo hubiera aceptado antes de preguntarle si quería pertenecer.

Bones iba detrás, y por primera vez desde que cruzaron el espejo no soltaba frases como cohetes. Había humor en su postura, sí —siempre lo había, incluso cuando no lo intentaba—, pero no había ruido. Tenía la cabeza un pelín más baja. Un centímetro menos de teatro. Y en Bones, eso era una sirena.

Un funcionario espectral se les adelantó como si el pasillo lo escupiera. No caminaba: se deslizaba con el sello en la mano. No tenía rostro claro. Tenía manos. Tenía función. Tenía esa voz neutra que se parece a un trámite y, por eso mismo, da más miedo.

—Audiencia cerrada previa al juramento —anunció—. Competencia doctrinal.

Andrea abrió la boca, pero el funcionario ya había girado hacia un corredor secundario. Ni «por favor», ni «síganme». Solo una dirección.

Bones chasqueó la lengua.

—¿Ves? —murmuró, más para sí que para ellos—. Si te miran, te citan. Si te citan, te jodes.

Lola lo miró de reojo.

—¿Tú vienes?

Bones ladeó el cráneo con una sonrisa que no llegó a bromear.

—Yo… no. —Una pausa, breve—. A mí aquí no me dejan entrar. No porque sea peligroso. —Se tocó las costillas—. Por exceso de carisma institucional.

Andrea se volvió, irritado.

—¿Cómo que no entras?

Bones levantó una falange.

—Porque esto no es vuestro primer caso, Volpi. Esto es vuestro primer encaje. Y los encajes… se hacen a puerta cerrada.

Había una sombra en esa frase. Un hueco. Una grieta.

Lola sintió un pinchazo en el estómago, como si el edificio hubiese asentido.

—Bones… —empezó.

Bones la cortó con su estilo habitual, pero con menos risa.

—Tranquila, querida. Si te comen, te como yo primero. —Y luego, como si se obligara a sí mismo—: Vosotros entrad. Yo os espero aquí fuera. Y si escucháis algo raro…

—¿Como qué? —dijo Andrea.

Bones se encogió de hombros, exageradamente.

—Como vuestro nombre dicho con mala leche. O como una frase que suene a sentencia. O como… —bajó la voz— …silencio demasiado perfecto.

El funcionario ya estaba al final del corredor. La luz se volvía más estrecha, más quirúrgica. Lola respiró hondo. Andrea la miró un segundo, como si estuviera a punto de decirle «no entres», pero esa

frase no existía ya en ese mundo. El mundo humano permitía negarse. Este no.

Cruzaron.

La puerta se cerró detrás con un sonido que no era cerradura ni pestillo: era sello. Un golpe sordo, casi elegante, como el final de una firma.

Y el exterior se apagó.

No en oscuridad, sino en acústica.

El ruido de la Corte —los sellos golpeando, los murmullos como rezos de despacho, la fricción de plumas sobre piedra— desapareció como si alguien hubiera bajado un interruptor del mundo. Quedó un silencio con protocolo. Un silencio que exigía obediencia.

La sala era pequeña. No parecía sala de trono. Parecía sala de comparecencia sin público: piedra negra, vidrio oscuro, metal viejo. Un único foco recortaba el centro, como en un interrogatorio, pero sin el olor humano a tabaco y ansiedad. Aquí olía a tinta envejecida, a hierro frío y a cera apagada. Como si la Ley llevara siglos quemando velas y todavía no hubiera terminado de escribir.

En el centro había una mesa simple. Sobre ella, un cuenco de cristal oscuro o piedra pulida —algo entre objeto y herramienta— y un punzón fino, limpio, con una punta que no brillaba como metal, sino como intención.

Andrea tragó saliva. Instintivamente, sin darse cuenta, se colocó medio paso delante de Lola.

Lola lo notó. Y ese gesto le golpeó más que la sala.

¿Qué coño haces? quiso decirle. Pero no lo dijo. Porque parte de ella agradeció esa protección absurda. Y ese agradecimiento la enfadó. Le recordó que, por muy orgullosa que fuera, el miedo existía.

Entonces el aire cambió.

Vladhar Noctis no «entró». Compareció. Era como si la sala hubiera decidido que ya estaba, y su cuerpo simplemente obedeciera. No hubo pasos. Hubo presencia. Una densidad que caía en línea recta sobre el suelo.

Su figura no pedía estética. Su poder no era el glamour de Lilim ni la crueldad declarada de Mordren. Era otra cosa: la autoridad de lo

doctrinal, la que no necesita espectáculo porque manda sin levantar la voz.

Vladhar los miró como se mira un expediente antes de abrirlo: primero las manos, luego la garganta, luego los ojos. No había deseo. No había desprecio. Había examen.

—Esto no constará en acta pública —dijo.

La frase no era advertencia. Era hecho.

Andrea intentó sostener la mirada.

—¿Por qué? —preguntó, seco.

Vladhar lo observó un segundo y respondió sin dureza.

—Porque el acta pública es alimento. Y hay cosas que no se alimentan si quieres que sobrevivan.

La mirada de Vladhar volvió a Lola. Y el tirón en el estómago de ella se tensó, como si alguien hubiera agarrado la cuerda con guante.

Lola sintió una náusea breve. Un latido raro. Y, al mismo tiempo, una claridad fría: ese hombre la estaba escuchando aunque ella no dijera nada.

—Una gota —dijo Vladhar, señalando el cuenco.

Andrea frunció el ceño.

—¿Una gota de qué?

Vladhar no lo miró. Habló como si lo obvio fuera obvio.

—Sangre.

Lola se quedó quieta. No por el pinchazo. Por lo que significaba. En su cabeza, de golpe, la palabra se deformó: no era sangre, era registro. No era dolor, era archivo.

—¿Para qué? —preguntó Andrea, y su tono salió más tenso de lo que pretendía.

Vladhar levantó los ojos hacia él. La sala pareció ajustar la acústica un milímetro.

—Lealtad procesal.

Andrea soltó una risa sin humor.

—¿Lealtad? ¿A quién?

Vladhar respondió sin inmutarse.

—A la Ley. No a la Corte. —Pausa—. La diferencia es vital.

Lola tragó saliva.

—¿Y si me niego?

Vladhar sostuvo la mirada.

—Entonces tu nombre seguirá circulando en pasillos. Y en pasillos, los nombres se convierten en órdenes.

A Andrea se le endureció la mandíbula. La idea de «orden» le devolvió la llamada que David Santos había recibido, aunque él no supiera nada de eso. Le devolvió el aire de un sistema que mata con procedimientos.

—Esto es… —empezó Andrea.

Vladhar lo cortó sin elevar la voz.

—Esto es competencia.

La palabra cayó como hierro.

Lola miró el cuenco. Miró el punzón. Miró su propia mano, como si fuera otra persona la que la movía.

Notó, en el estómago, el tirón otra vez.

Y algo más: una especie de expectativa de la sala. Como si el lugar tuviera paciencia, pero no eternidad.

Andrea, sin pensarlo, bajó un poco la mano, como para detenerla. No la tocó. Solo… se interpuso.

—Lola… espera.

Ella lo miró.

Y, por primera vez desde que entraron en la Corte, a Andrea se le rompió una cosa que no sabía que tenía: la capacidad de que nada le importara demasiado rápido.

No era lógica. No era estructura. Era una preocupación sucia, irracional. Como un reflejo.

Lola parpadeó.

—No puedo… —susurró—. No puedo estar escapando todo el tiempo.

—No es escapar —dijo Andrea, y el nudo en su garganta lo sorprendió—. Es… no dejar que te conviertan en… en…

No encontró la palabra. Expediente. Carne. Pieza.

Vladhar los observaba sin prisa. Como quien deja que el procedimiento se pronuncie solo.

Lola respiró hondo.

—No pasa nada —dijo, pero no sonó convencida. Sonó decidida.

Tomó el punzón.

La punta era limpia, finísima. No tenía teatralidad de ritual. Era la herramienta de un funcionario que sabe lo que hace.

Lola pinchó la yema de su dedo con un gesto rápido.

Dolió poco. Lo justo. Lo suficiente.

La gota tardó un segundo en formarse, oscura, redonda, demasiado perfecta.

Y cuando cayó en el cuenco, el sonido no fue «plop». Fue… sello. Un golpe minúsculo que, en esa sala, sonó como sentencia.

Lola sintió el latigazo interno. No de dolor. De alineación.

Como si alguien hubiera encajado una pieza en el lugar correcto y el mundo hubiera dicho «sí».

Andrea se quedó quieto. La preocupación se le convirtió en frío en el estómago.

Vladhar se acercó al cuenco. No con urgencia. Con precisión.

Tocó la gota con la punta de su dedo.

En ese instante, la luz del foco recortó diferente. Un brillo mínimo, húmedo, subió por una disposición grabada en la pared, como tinta fresca que se despierta. El aire cambió de densidad. Como si la sala inspirara. Como si la Ley, por un segundo, mirara.

Vladhar se quedó quieto un segundo más de lo normal.

Ese segundo lo cambió todo.

No dijo lo que vio. No dijo «esto» ni «aquello». Pero su mirada, cuando volvió a Lola, ya no era evaluación.

Era decisión.

Lola se quedó con el corazón en la garganta.

—¿Qué… qué has visto? —preguntó, y su voz tembló solo un milímetro—. ¿Qué ha pasado?

Vladhar no respondió de inmediato. Miró el cuenco. Miró la disposición que había brillado. Y luego dijo algo que no sonaba a magia. Sonaba a doctrina.

—Hay sangre que puede tocar la Ley… y sangre que solo puede obedecerla.

Andrea sintió un escalofrío.

—¿Está hablando de legitimación? —preguntó, intentando arrastrar la conversación a su idioma, a su tierra—. ¿De…

competencia para el Códex?

Vladhar asintió un milímetro.

—El Códex escucha mejor a ciertas sangres.

Lola apretó los labios.

—¿Por qué?

Vladhar no sonrió. Pero su voz tuvo una sombra de gravedad antigua.

—Porque la Ley no es neutra. Tiene memoria. Y la memoria tiene… propietarios.

La palabra cayó. Propietarios. Dueños. Como si el mundo arcano fuera un registro de la propiedad y alguien hubiera estado falsificando escrituras.

Lola tragó saliva.

—¿Dueños legítimos?

Vladhar la miró de forma distinta. Como si acabara de oír una palabra que no esperaba que ella supiera.

—Eso —dijo—. Dueños legítimos.

Andrea se quedó rígido.

—¿Está insinuando que la Corte…?

Vladhar lo cortó con una frase seca.

—No insinúo nada. —Pausa—. Constato.

La sala parecía escuchar.

Lola sintió el tirón interno como un hilo tenso. Y, por primera vez, comprendió algo sin comprenderlo: su cuerpo sabía antes que su cabeza.

—¿Por eso… —susurró— …me miran?

Vladhar no respondió con ternura. Respondió con verdad.

—Por eso te archivan.

Andrea dio un paso involuntario hacia ella, como si el aire se le hubiera ido.

—¿Archivar? ¿Qué significa eso?

Vladhar lo miró como se mira a un jurista humano que aún cree en garantías.

—Significa que ya no eres persona. Eres posibilidad.

Lola se quedó helada.

El silencio se hizo pesado. Un silencio que no era vacío: era sentencia en pausa.

Vladhar habló de nuevo, y en su voz apareció, por primera vez, la guerra interna sin manual.

—Hay dos impulsos dentro de esta Corte.

Andrea frunció el ceño.

—¿Impulsos?

Vladhar, quieto.

—Uno quiere preservar lo que queda de la Ley. Lo verdadero. Lo que no se compra. Lo que no se reescribe con favores.

Lola sintió el aire endurecerse.

—¿Y el otro?

Vladhar respondió con una palabra que parecía limpia y, por eso, daba asco.

—Orden absoluto.

Andrea se quedó muy quieto. La expresión de Vladhar no cambió, pero su voz se volvió un grado más fría.

—El orden absoluto siempre se disfraza de protección. Dice «equilibrio» cuando quiere decir «control». Dice «norma» cuando quiere decir «obediencia».

Lola tragó saliva. Recordó a su padre diciendo «esfuerzo». Recordó el desprecio. El mundo humano y el arcano compartían una enfermedad: la gente que quiere mandar siempre aprende a vestirse de virtud.

—¿Y yo? —preguntó Lola, más baja—. ¿Qué soy en esa guerra?

Vladhar la miró largo.

Andrea notó el modo en que Lola respiraba, el modo en que su mano pinchada temblaba un poco. Y otra vez le golpeó esa preocupación absurda. No quiero que la rompan. Y no sabía de dónde salía eso. Quizá era admiración. Quizá era culpa. Quizá… le gustaba. Le gustaba su orgullo, su forma de no pedir perdón. Y esa idea lo descolocó tanto que se enfadó consigo mismo.

Vladhar contestó sin piedad, pero con algo parecido a la protección.

—Eres un punto de presión.

Lola cerró los ojos un segundo.

—¿Entonces qué hacemos?

Vladhar giró la mirada hacia Andrea.

—Tú, Volpi, dejarás de intentar salvarla con fuerza. Aquí la fuerza es una firma ajena.

Andrea apretó los puños.

—¿Entonces qué hago? ¿Me quedo mirando cómo la… archivan? ¿Cómo la cazan?

Vladhar no se ofendió. No se conmovió. Solo dijo:

—Quédate. Observa. Aprende. Y cuando te pidan que obedezcas… decide si tu conciencia es más cara que tu vida.

Andrea sintió un golpe en el pecho. Porque esa frase era exactamente la clase de frase que te cambia la vida cuando te la dicen en un pasillo de juzgados, a solas, después de ver algo que no cabe en el Código Penal.

Lola abrió los ojos.

—¿Y yo?

Vladhar volvió a ella.

—No pronuncies tu apellido aquí cuando no sea necesario.

Lola soltó una risa mínima, amarga.

—Ya lo han pronunciado ellos.

Vladhar asintió.

—Por eso te digo que no lo repitas. No alimentes el expediente.

La frase era extraña y, sin embargo, Lola la entendió. Como si su apellido fuera carne en el agua y la Corte estuviera llena de tiburones educados.

Vladhar se acercó un paso. Nada dramático. Solo lo justo para que el foco recortara su rostro con más precisión.

Lola sintió el tirón interno tensarse como cuerda.

Vladhar habló bajo. Y la sala pareció inclinarse a escuchar.

—No eres un accidente, Lola.

Ella tragó saliva.

Andrea se quedó sin aire.

Vladhar terminó la frase como quien cierra una puerta.

—Eres… un error que el Códex no permite borrar.

El silencio cayó como una sábana mojada.

Andrea miró a Lola. La vio quieta, orgullosa, pero con la pupila ligeramente dilatada. La vio luchar por no mostrar miedo. Y se dio cuenta, de una forma tan clara que dolía, de que le importaba. Mucho. Demasiado pronto. Y no supo qué hacer con eso, porque el mundo se estaba desmoronando y su cuerpo elegía, de manera ridícula, una prioridad: ella.

La puerta se abrió sola.

El ruido de la Corte volvió como una ola: sellos, murmullos, pasos, papel rozando piedra.

Bones estaba fuera, apoyado contra la pared como si hubiera nacido ahí, con su humor ya preparado como venda.

—¿Qué tal la terapia? —preguntó, intentando sonar ligero—. ¿Os han hecho firmar algo con sangre? ¿Os han recetado trauma? ¿Os han dicho que sois especiales? Lo típico.

Andrea no contestó.

Lola tampoco.

Bones los miró un segundo, y su sonrisa perdió un milímetro.

—Ah —dijo, más bajo—. Vale. Entonces sí.

Lola apretó la yema del dedo pinchado, como si quisiera detener el registro que ya había ocurrido.

Y sintió algo peor que el tirón interno.

Sintió que, en algún lugar del edificio, un expediente acababa de abrirse con su nombre.

Vladhar pasó por su lado sin mirar a nadie más, y se perdió en el corredor como una sombra con competencia.

Bones los empujó con suavidad.

—Venga. —Pausa—. Torre de la Guardia Arcana. Juramento. Y luego, muelle. 4:10. Llave. Qué vida más mona os ha quedado.

Andrea caminó al lado de Lola, más cerca de lo normal.

Lola lo notó.

No dijo nada.

Pero Andrea sí.

En voz tan baja que casi no fue sonido. Casi fue confesión.

—Estoy aquí.

Lola lo miró un segundo. Y en ese segundo, la Corte desapareció un poco. Lo justo para que pudiera respirar.

—Ya lo veo —susurró.

Bones, delante, soltó un suspiro dramático.

—Ay, qué bonito. Si yo tuviera lagrimales, estaría llorando. Vamos, que se nos hace tarde para arruinaros la vida oficialmente.

Y mientras avanzaban, un funcionario espectral murmuró sin mirarles, como quien anuncia un trámite insignificante:

—La gota ya consta.

Lola sintió el estómago en vacío.

Andrea apretó la mandíbula.

Bones se quedó quieto un microsegundo, y luego siguió andando como si nada, pero su voz salió un grado más oscura, más baja:

—Pues ya está. —Pausa—. Bienvenida al archivo, señorita Hidalgo.

La luz azul del pasillo los recortó como si la Corte ya les hubiera puesto un sello invisible en la piel.

Y Lola entendió, por primera vez con una claridad que daba asco, que en ese mundo no te marcaban con cuchillo.

Te marcaban con procedimiento.

Y eso no sangra.

Eso… permanece.

33
La leyenda de la séptima cámara

El trayecto desde la audiencia cerrada hasta la zona de custodia no fue un paseo. Fue una extracción.

La Corte sabía hacer eso: coger a alguien por dentro sin tocarlo por fuera. Te movía como se mueve un expediente de una bandeja a otra: sin violencia visible, sin explicación, sin debate. Solo con sello.

Un funcionario espectral apareció donde no había esquina suficiente para que alguien apareciera. Manos limpias, voz neutra, mirada inexistente. Ni siquiera se molestó en mirarles; a la Corte le bastaba con que obedecieran.

—Cambio de diligencias. Custodia arcana —anunció—. Comparecencia de Graves.

Bones se giró antes de que la frase terminara, como si le hubiera rozado una corriente eléctrica. Su humor, que hasta entonces había ido como un salvavidas, hizo un amago de flotar… y se hundió un segundo.

—Qué bien —murmuró, demasiado bajo—. Secuestro administrativo. Mi género favorito.

Andrea frunció el ceño, ya con la cabeza funcionando como un abogado metido en un juzgado sin derechos.

—¿Custodia arcana? ¿Qué significa eso?

Bones lo miró de reojo, con una sonrisa torcida que no llegaba a ser chiste.

—Significa que el cadáver deja de ser un cadáver y pasa a ser… un problema con carpeta propia.

Lola sintió el tirón en el estómago como una mano fina que apretara por dentro. No le dolía. Pero la arrastraba. La alineaba. Como si el edificio hubiera puesto su nombre en un margen y ahora,

cada pasillo, cada puerta, cada sombra, se dedicara a llevarla hacia donde el margen quería.

Caminaron por un corredor que no era corredor. Era protocolo en piedra. La luz azul no iluminaba: delimitaba. Cortaba el espacio en competencias, en zonas permitidas y zonas no nombradas. Olía a tinta vieja, a hierro frío y a cera apagada, como si los pasillos llevaran siglos firmando sentencias y todavía no hubieran terminado de secarse.

En el silencio se oían cosas mínimas: el roce de un papel flotante contra piedra, un sello golpeando a lo lejos, una pluma raspando no sobre folio sino sobre algo más áspero, más antiguo. La Corte era una administración con dientes, y los dientes siempre hacen ruido aunque intenten ser discretos.

Bones iba un paso por delante, túnica negra abierta sobre sus zapatos de señorito, y aun así se notaba que caminaba como quien conoce el sitio… y lo respeta. Lo odiaba. Lo ridiculizaba. Pero lo respetaba.

—¿Samuel está aquí? —preguntó Andrea.

Bones soltó una risa breve.

—Samuel está en el mismo sitio donde se guardan las cosas que no deben romperse, Volpi. Y cuando el jefe se mueve, es que alguien ha metido el dedo donde no debía.

Lola tragó saliva.

—¿Y nosotros?

Bones giró la cabeza un poco, sin dejar de andar.

—Vosotros sois el dedo.

No dijo más. El funcionario espectral les abrió paso sin abrir nada. El sello de una puerta se retiró como una niebla obediente. No hubo chirrido. No hubo esfuerzo. La puerta no se abrió: los aceptó.

Y al cruzar, el mundo cambió de textura.

El zumbido en los dientes que Lola había llevado desde el vestíbulo se apagó de golpe, como si el aire hubiera sido cortado por una tijera invisible. Andrea lo notó también: un vacío brusco, una ausencia sonora. Esa clase de ausencia que, en un juzgado humano, solo se siente cuando entras en una sala y todo el mundo se calla a la vez porque alguien importante ha llegado.

Aquí, la importancia era otra.

Aquí, la importancia era el archivo.

La cámara de custodia no parecía una morgue. No parecía una sala de autopsias. No parecía un lugar donde se guardaran cuerpos. Parecía un depósito de pruebas con religión propia. Una habitación fría sin frío humano, sin desinfectante común, sin ese olor a hospital que te limpia la nariz y te ensucia el alma.

Olía a cera gris. A tinta vieja. A hierro. A un desinfectante que no existía.

En el centro había una camilla o una losa —una superficie que no invitaba a sentarse sino a constar— y sobre ella, como un expediente al que le hubieran arrancado la portada, estaba el cuerpo de Ulises Beaumont.

La piel tenía ese tono que no es solo muerte: es muerte con mensaje. Venas violáceas trepando como tinta enferma hacia las sienes. El rictus tallado en el rostro. No parecía que se hubiera quedado así por espasmo: parecía que alguien lo hubiera colocado ahí para que su terror quedara como firma.

Alrededor del cuerpo, marcas de custodia en el suelo: círculos finos, sellos, líneas que parecían procedimiento. Papeles flotantes giraban lentamente en el aire como hojas sueltas de un expediente eterno, y cada cierto tiempo una frase se escribía sola en una pared, se corregía, volvía a escribirse, como si el acta no terminara de decidir qué versión era la correcta.

Andrea se quedó quieto, clavado en el borde de la cámara, intentando agarrarse a lo único que conocía: distancia, observación, control. Buscó salidas. Buscó cámaras. Buscó un punto de fuga. El traje le apretó el cuello como una cuerda.

Lola no miró salidas. Miró el aire.

El tirón en el estómago se volvió una cuerda. La cuerda tiró hacia el cadáver.

Sintió náusea, sí. Y algo peor: reconocimiento. Como si esa habitación supiera que ella había llegado antes de que ella llegara.

Bones se aproximó un paso y, por primera vez desde que empezó su espectáculo de humor, intentó decir algo y se le quedó la frase a medio camino.

—Bueno… —susurró— al menos aquí no se te pierde el expediente. Se te pudre encima.

No era chiste. Era una forma de respiración.

Entonces, desde el umbral, una voz cortó la cámara con una precisión de bisturí.

—¿Ya os habéis cansado de mirar?

Samuel Graves estaba apoyado en el marco de la puerta como una sombra que no necesitaba pedir permiso para existir. Traje oscuro impecable, expediente bajo el brazo, rostro cansado de quien lleva demasiado tiempo sosteniendo algo que no se sostiene solo. No había teatralidad. No había bienvenida. Había urgencia en la forma de estar quieto.

Bones soltó un suspiro de alivio que no reconocería ni aunque lo interrogara la Corte.

—Jefe.

Samuel no miró a Bones primero. Miró la cámara. Miró el cuerpo. Y luego dijo, como si aquello fuera una frase de procedimiento, no una opinión:

—La Séptima Cámara no existe.

La frase cayó y el aire se tensó como si alguien hubiera tirado de una cuerda común.

Andrea parpadeó.

—¿Qué…?

Lola no habló. Sintió un latido raro en las sienes, como si el propio edificio se hubiera ofendido con la negación.

Bones se quedó inmóvil un segundo. Y eso, en Bones, era alarma.

Del otro lado de la cámara, donde la sombra parecía más densa, la presencia de Vladhar Noctis se hizo evidente. No entró. No apareció. Simplemente… estuvo.

Su voz no subió. Su voz se colocó.

—Existe —dijo—. Porque lo que no existe no deja rastro.

Samuel lo miró. No con desafío. Con esa clase de mirada que se tiene cuando dos hombres saben que una palabra mal puesta puede convertirse en orden de ejecución.

—Vladhar… —empezó Samuel.

Vladhar lo cortó sin agresión.

—Beaumont buscaba la ruta.

Samuel apretó la mandíbula.

—Beaumont era un muerto con delirio.

Vladhar se acercó un paso. La cámara pareció ajustar la acústica un milímetro, como si afinara para escuchar mejor.

—Beaumont era un peón. Y los peones no se mueven solos cuando la guerra es interna.

Andrea sintió un escalofrío que no venía de la cámara, sino de esa frase: guerra interna. Era el tipo de expresión que, en un juzgado humano, se sustituye por «tensiones institucionales» para que nadie entienda el peligro real.

Samuel exhaló despacio.

—No lo nombres aquí —dijo.

Vladhar lo miró como quien mira a alguien que protege demasiado.

—La negación no protege. Solo retrasa.

Bones, intentando recuperar su función, levantó una falange como si pidiera turno de palabra en una vista.

—Perdonad, excelencias… —dijo con ironía medida—. Me estoy poniendo nervioso y eso que no tengo glándulas. ¿Podemos traducir esto a lenguaje de becarios? ¿Sí? ¿No? ¿La Séptima Cámara es un rumor o es una sentencia?

Samuel lo miró por fin, y en esa mirada había algo parecido a gratitud, lo cual en Samuel era casi obsceno.

—Es un tabú —dijo Samuel—. Y los tabúes se usan para cazar.

Vladhar no discutió eso. Solo añadió:

—Y Beaumont estaba cerca de tocarlo.

Lola sintió el tirón en el estómago como si la palabra «Séptima» hubiera rozado una runa.

Samuel abrió el expediente que llevaba bajo el brazo. No lo abrió como quien abre papeles: lo abrió como quien abre un animal que aún respira.

—Hay un nombre —dijo—. Sheila.

Andrea frunció el ceño.

—¿Sheila?

Bones ladeó el cráneo.

—Ah. La informante. —Y lo remató con amargura elegante—. La Corte ama a los informantes. Son baratos. Hasta que no lo son.

Samuel ignoró el comentario, o lo aceptó como parte del aire.

—Sheila vendía información sobre mercados clandestinos. Reliquias. Objetos que no deberían circular. —Pasó una hoja—. Beaumont pagó por pistas concretas. No por placer. No por compañía. Por acceso.

Lola sintió un pequeño zumbido en los dientes al oír «mercados» y «objetos». Un residuo. Una coincidencia que no era coincidencia.

Samuel sacó del expediente una copia deformada, manchada, como si el propio papel hubiera sufrido humedad y prisa.

—Y esto —dijo, mostrando el fragmento—. Diario. «Fragmento 7: Rituales de Corrom…»

La palabra «Fragmento» le dio a Lola un golpe interno, como si le hubieran tocado una pieza que estaba suelta.

Andrea lo notó. No por magia. Por observación. La pupila de Lola se dilató un milímetro.

—¿Qué le pasa? —preguntó Andrea, sin darse cuenta de que su voz había cambiado.

Lola tragó saliva.

—Nada. —Mentira—. Nada, creo.

Vladhar no apartó la mirada del cadáver.

—No es nada —dijo—. Es respuesta.

Samuel apretó el expediente contra su costado.

—No convirtamos esto en un mito —murmuró—. Estamos aquí para instruir un caso, no para…

—Para sobrevivir —terminó Vladhar, mirándolo—. Lo sé.

El aire se tensó.

Vladhar avanzó hacia el cuerpo como quien se acerca a un testigo vivo.

—Hay que invadir el alma —dijo, sencillo. Procedimental. Horrible.

Andrea se quedó helado.

—¿Invadir…?

Bones, por detrás, soltó un «uy» muy bajito.

Samuel dio un paso, seco.

—No.

Vladhar lo miró sin emoción visible.

—¿No?

Samuel sostuvo la mirada.

—No sin norma original.

Esa frase, tan técnica, fue peor que cualquier conjuro. Era un límite. Un muro.

Andrea lo entendió de inmediato, porque era abogado.

—¿Está diciendo… que hay un vacío legal? —preguntó, incrédulo y fascinado a la vez—. ¿Que no se puede acceder a esa… prueba… porque falta norma habilitante?

Samuel no respondió a Andrea. Respondió a Vladhar.

—Lo que tenemos aquí es custodia operativa. Proyección. Procedimiento. Sellos. Addendas. Parches. —Su voz bajó—. Pero no tenemos permiso para lo profundo.

Vladhar inclinó la cabeza un milímetro. No era rendición. Era aceptación amarga.

—Entonces estamos ciegos.

Samuel, casi sin voz:

—Estamos vivos. No es lo mismo.

Bones, intentando recuperar humor para que el aire no se rompiera del todo, murmuró.

—En resumen: sabemos que hay verdad, pero no tenemos permiso para desollarla. Qué bonito. Qué civilizado. Qué asco.

Lola sintió una presión suave en las sienes. Como si la cámara hubiera escuchado «verdad» y se hubiera interesado.

La cuerda en el estómago tiró.

Un paso.

Lola no se dio cuenta de que lo daba. No fue voluntad. Fue alineación.

Andrea sí se dio cuenta.

—Lola… —dijo, y su voz fue instinto—. Atrás.

Ella se detuvo. Pero el tirón no.

Una runa en el suelo parpadeó una vez, mínima, como una notificación.

Un papel flotante —uno de esos folios vivos que giraban en el aire como hojas de expediente— se despegó del circuito de custodia con

una lentitud extraña. No cayó. No voló. Se desplazó hacia Lola como si la hubiera olido.

Se pegó a su sombra.

No a su túnica.

A su sombra.

Como si la Ley no estuviera interesada en la tela, sino en lo que la sombra contaba.

Andrea se tensó entero. Sintió el cuerpo listo para un golpe que no sabía de dónde vendría.

Bones se quedó sin chiste. Dos segundos. Y esos dos segundos fueron un abismo.

Samuel levantó la mirada con una precisión que dolía. No era sorpresa. Era confirmación.

Vladhar, en cambio, no se movió. Solo observó. Como quien está viendo una prueba.

Y entonces, en el cuello de Ulises Beaumont, una vena violácea —una sola— latió.

No fue espasmo de cadáver. No fue convulsión. Fue un pulso breve, obsceno, como si alguien hubiera apretado un botón de "seguir" en un cuerpo que ya no debía responder.

Lola sintió un golpe en el estómago, como si esa vena hubiera latido dentro de ella.

Su mano pinchada ardió un segundo.

Andrea se colocó delante sin pensarlo.

—¡Lola! —dijo, y ahí sí hubo miedo—. ¡Atrás!

Lola no podía respirar bien. No por falta de aire. Por exceso de sentido.

—Yo… no he hecho nada —susurró.

Samuel dio un paso lento. No hacia Lola: hacia el cuerpo. Como si estuviera midiendo la distancia entre "anomalía" y "orden".

Vladhar habló bajo, sin emoción visible, pero con una verdad que cortaba:

—No es casualidad.

Samuel miró a Lola con un cansancio que parecía antiguo.

—No —dijo—. No lo es.

El papel pegado a su sombra tembló, como si hubiera aceptado un sello.

Andrea apretó los dientes, rabioso.

—¿Qué coño significa esto? —escupió, incapaz de sostener la calma—. ¿Que ella… que Lola… es una llave?

Bones recuperó el humor en un hilo, como quien se cose una herida con alambre.

—Volpi, cariño, en esta casa todo es una llave. Lo que pasa es que unas abren puertas y otras abren desgracias.

Samuel no sonrió.

—Basta.

La palabra cayó como un golpe.

Lola sintió el tirón interno, y por primera vez lo entendió con una claridad que daba asco:

La Corte no la había invitado.

La Ley la había llamado.

Vladhar se acercó un paso. La cámara pareció inclinarse hacia él como hacia un juez.

—No es un problema, Samuel —dijo, sin elevar la voz—. La Ley exige.

Samuel apretó la mandíbula. La frase le dolió porque era cierta.

—Y cuando la Ley exige —respondió Samuel, muy bajo—, la Corte decide si obedece… o si ejecuta.

Lola sintió el frío en el estómago. Ese frío que no es miedo, sino diagnóstico.

Andrea la miró de reojo, como si intentara grabar su cara por si el mundo se la quitaba.

Bones dio un paso, colocándose medio de lado, como cubriéndola sin parecer que la cubría. Un gesto pequeño. Pero allí, los gestos eran actas.

Vladhar sostuvo la mirada de Samuel, y su voz fue sentencia sin acto público:

—Entonces muévete antes de que la Corte convierta su exigencia en espectáculo.

Samuel cerró el expediente con un golpe seco.

—Nos vamos.

Andrea abrió la boca.

—¿Y… Beaumont?

Samuel lo miró sin paciencia.

—Beaumont no se va a mover de aquí —dijo—. Y eso debería tranquilizarte.

Bones soltó una carcajada breve, amarga.

—Sí. Tranquilísimo. Un cadáver archivado. Una vena que late. Una jurista que activa papeles con la sombra. Lo normal.

Lola se quedó quieta, intentando respirar.

Samuel la miró por última vez antes de salir, y en esa mirada había una orden sin decir y un miedo sin nombre.

Vladhar, detrás, cerró la escena con una frase baja, definitiva:

—No es un problema, Samuel.

Una pausa.

—Es un mandato.

El papel pegado a la sombra de Lola se despegó lentamente y volvió a flotar… pero ya no giraba igual. Ahora, su movimiento parecía… orientado. Como si hubiera recibido instrucción.

Samuel abrió la puerta.

El zumbido exterior volvió como ola.

Y mientras salían, Lola sintió algo que la dejó helada: no una voz, no un susurro, sino una certeza impresa en el aire, como tinta invisible.

La Ley te ha visto.

Y cuando te ve… no te suelta.

Vladhar se quedó dentro, frente al cadáver, como quien guarda una verdad que no puede escribir aún.

Samuel caminó hacia el pasillo sin mirar atrás.

Bones murmuró, apenas audible, más para Lola que para nadie:

—Bienvenida al tipo de expediente que no se archiva. Se hereda.

Y Andrea, con la garganta seca, solo pudo pensar una cosa, brutal, simple, humana:

«Ahora sí… tenemos un problema».

Pero no lo dijo en voz alta.

Porque allí, incluso las palabras… daban competencia.

34
El enjambre de addendas

Volver a la Sala del Códex no fue un regreso. Fue una recaída.

La Corte, cuando decide que algo es urgente, te empuja con el mismo tacto con el que se empuja una camilla: sin culpa, sin prisa aparente, sin pedir permiso. Un funcionario espectral los guio por pasillos que olían a hierro frío y a tinta envejecida; no había carteles humanos que dijeran "prohibido el paso", porque allí el "prohibido" no se escribía: se sentía. En la garganta. En los dientes. En ese instinto antiguo que te hace bajar la voz incluso cuando estás solo.

Bones caminaba delante, túnica abierta, zapatos de señorito, la arrogancia intacta y el humor a medio gas. Iba hablando, sí, pero con un ritmo distinto, como si cada chiste tuviera que pasar por un filtro interior antes de salir.

—Lo de hoy no entra en mi contrato —murmuró—. Y mira que mi contrato ya incluye: muertos, vivos maleducados y una burocracia que te envejece aunque no tengas piel.

Andrea no respondió. Tenía la mirada fija en las marcas del suelo: círculos, líneas, sellos repetidos. Su cabeza había dejado de pelear con lo imposible para hacer lo que mejor sabe un abogado cuando tiene miedo: construir estructura. Si había marcas, había competencia. Si había competencia, había jerarquía. Si había jerarquía… aquello no era locura. Era sistema. Y eso lo atrapaba.

Lola, en cambio, no miraba el suelo para entender. Lo miraba porque lo sentía.

El tirón en el estómago —esa cuerda invisible— tiraba suave, constante. No dolía. Pero insistía. Como un dedo en la espalda.

Vladhar Noctis los esperaba en la penumbra del corredor final, como si el pasillo hubiera sido diseñado para su silencio. No hizo

gesto de bienvenida. No hizo gesto de prisa. Solo dijo, sin elevar la voz:

—Sin norma original, no hay invasión del alma.

La frase cayó como una losa sobre la idea que aún les latía en el cuerpo desde la cámara de custodia: Beaumont archivado, la vena violácea latiendo una vez, el papel pegado a la sombra de Lola, y la certeza de Samuel clavada como clavo: la Ley exige.

Andrea, por inercia, se agarró a lo técnico.

—¿Y esa norma original… dónde está? —preguntó, con una mezcla de ansia y rabia—. ¿En el Códex?

Vladhar lo miró apenas.

—Aquí. Si todavía existe.

Bones soltó un bufido corto.

—Qué alegría. Buscamos una aguja en un pajar. Pero el pajar está vivo y la aguja tiene mala leche.

Lola tragó saliva. No supo por qué, pero lo supo: la Sala del Códex no era un sitio al que se entrara. Era un sitio que te aceptaba. O te rechazaba. O te tragaba.

Llegaron ante la puerta.

No era la puerta sellada que la había nombrado. No era ese umbral interior con hambre. Era la otra: la operativa, la que se usaba para trabajar, para parchear, para sobrevivir con addendas y remiendos. Aun así, Lola sintió el zumbido finísimo en los dientes como si alguien hubiera encendido un hilo eléctrico en su mandíbula.

Bones apoyó una falange en el punto exacto del sello, como quien toca un timbre.

La cera gris no se rompió. Se retiró como niebla obediente.

La puerta se abrió sin chirrido.

Y al cruzar, el zumbido cesó de golpe.

El silencio no era silencio humano. Era un silencio con protocolo.

La Sala del Códex estaba allí, intacta e insaciable, como si no hubiera pasado el tiempo desde la última vez que Lola la miró y sintió que la medía. Era una cámara más que una sala. No biblioteca, no altar, no trono. Cámara.

Las paredes estaban cubiertas de disposiciones inscritas: runas, artículos, cláusulas que no parecían grabadas en piedra sino

incrustadas en algo que respiraba. Si las mirabas demasiado, jurarías que se movían. No como letras que cambian, sino como un animal que ajusta el cuerpo cuando lo observas.

Papeles flotaban en el aire como hojas sueltas de expediente eterno. Giraban lentamente, rozándose unos a otros, y ese roce era sonido: papel con papel, tinta con tinta, memoria contra memoria. En el suelo, un círculo de piedra con marcas como de tribunal antiguo, un espacio de comparecencia sin asiento, sin podio, sin estrado. Solo un lugar donde la Ley parecía decir: aquí se viene a dar fe.

Lola y Andrea entraron… y se callaron.

No fue decisión. Fue instinto.

Lola sintió la presión suave en las sienes, una náusea breve que iba y venía como oleaje. El eco de su nombre no sonó —no había voz—, pero el cuerpo reaccionó igual: estómago en vacío, piel erizada, respiración contenida.

Andrea hizo lo contrario: miró arriba, abajo, laterales. Salidas. Sombras. Detalles. Se aferró a lo racional para no arrodillarse sin querer.

Bones rompió el silencio con una frase que pretendía ser chiste y sonó a advertencia.

—Bueno. Aquí la pared te juzga sin mirarte a la cara. Andalucía: tradición.

Vladhar avanzó hasta el borde del círculo del suelo. No entró. No todavía.

—Esto es lo operativo —dijo, señalando las disposiciones—. Lo que la Corte usa. Lo que parchea. Lo que sostiene.

Lola, sin querer, vio las capas. No como teoría. Como visión.

Addendas sobre addendas. Sellos sobre sellos. Tinta más nueva intentando tapar la más vieja. Remiendos. Correcciones. Cláusulas añadidas como uñas postizas a una mano mutilada. Había disposiciones que parecían discutirse entre sí: brillos mínimos chocando, sombras de escritura intentando imponerse. La Ley como archivo… y como campo de batalla.

Bones soltó un resoplido.

—Cuando todo falla, manda lo de piedra. Porque lo de piedra no se cansa. Y la Corte… —miró alrededor con asco elegante— la Corte se cansa de todo menos de mandar.

Andrea tragó saliva.

—¿Entonces… no podemos entrar en el alma de Beaumont porque… falta base?

Vladhar lo miró un segundo más de lo necesario.

—Porque no hay permiso. Y aquí, sin permiso, lo que haces no es diligencia: es delito.

Bones levantó una falange.

—En lenguaje humano: si violas el procedimiento, el procedimiento te viola a ti. Con cariño.

Lola dio un paso, sin darse cuenta.

No hacia el círculo. Hacia una parte concreta de la pared. Una disposición que parecía menos brillante, más vieja, más quieta.

La cuerda tiró.

Andrea vio el movimiento y la voz le salió antes que el pensamiento.

—Lola…

Ella no contestó. Tenía los ojos fijos en aquella línea de runas como si las hubiera visto antes en un sueño que no recordaba.

Vladhar, sin moverse, dijo:

—Déjala.

Bones abrió la boca para soltar un chiste, pero el chiste se murió en el aire.

—Madre mía… —susurró, y se odió por sonar sincero.

Lola llegó al círculo del suelo.

La piedra tenía marcas, pequeñas hendiduras como letras sin alfabeto. Cuando puso el pie dentro, el aire cambió de densidad. No fue dramatismo: fue física. Como si el lugar tuviera presión distinta. Como si la sala la hubiera abrazado por dentro.

Lola levantó las manos.

No sabía por qué. No sabía qué iba a tocar. Solo supo que debía hacerlo. La urgencia no era suya: era del sitio.

Apoyó las palmas en la disposición vieja.

Y la sala respiró.

No con viento. Con intención.

Un parpadeo mínimo recorrió las paredes. Las runas no se encendieron como lámparas; se humedecieron, como tinta recién puesta. Los papeles flotantes ajustaron su giro, como si una gravedad nueva se hubiera impuesto.

El enjambre se ordenó alrededor de ella.

Addendas, capas, parches: todo aquello que Lola veía como caos brillante empezó a moverse con un sentido que no era humano. Los sellos se desplazaban, se apartaban, se replegaban. Disposiciones más recientes se retiraban como cortinas. Cláusulas añadidas se despegaban del núcleo como piel falsa arrancándose sola.

Andrea notó el impulso de arrodillarse.

Y se odió por ello.

Pero era real. El cuerpo lo sentía: respeto instintivo. Reverencia sin educación previa.

Se obligó a no ceder. Se acercó y, con cuidado, puso una mano en el hombro de Lola.

Firme. Humana. Real.

—Lola —dijo, despacio—. Respira. Estoy aquí.

No fue una orden. Fue un ancla.

Lola no respondió, pero el hombro se aflojó un milímetro, como si el cuerpo recordara que todavía había mundo humano dentro de ella.

Fue entonces cuando el aire cambió otra vez.

No hacia el miedo. Hacia algo… calmante.

El olor a hierro y tinta se limpió, no porque desapareciera, sino porque se volvió soportable. Como lluvia después de tormenta. Como un cuarto cerrado que por fin abre una ventana.

Y una música apareció.

No como un sonido de altavoces. No había instrumento visible. No había fuente. La música se desplegó como una textura en el aire: amplitud, oleaje, una cadencia que parecía sostener la sala por dentro. Era Emerald Princess, pero en la Corte las cosas no "sonaban": se imprimían. La melodía se sintió como luz extendiéndose por el pecho, como una calma brillante que no prometía paz sino claridad.

Los papeles flotantes respondieron a esa música como si fueran hojas en corriente suave. Giraron más lento. Se ordenaron en capas. El caos dejó de ser plaga y se volvió constelación.

Lola vio el Códex como si estuviera dentro de él.

No lo entendió. Lo sintió.

Cada addenda era una costra. Cada parche, una muleta. Cada sello, un intento de dominar lo indominable sin abrir lo profundo.

La música la sostuvo, la mantuvo en pie.

Andrea, con la mano en su hombro, sintió algo raro: orgullo, sí. Miedo, también. Pero sobre todo una certeza absurda y humana: si la suelto, se pierde. Y no sabía por qué le importaba tanto. No sabía desde cuándo. Solo supo que le importaba.

Bones, al fondo, murmuró como si no quisiera interrumpir el ritual.

—Mira tú… ha nacido una abogada en directo.

La frase era broma. Pero la voz le tembló un poco al final.

Vladhar Noctis no se movió. Pero el aire alrededor de él pareció tensarse con respeto. Sus ojos —oscuros, antiguos— miraban a Lola como quien observa un fenómeno que no pertenece a la categoría "caso". Como quien está viendo un principio.

Lola siguió.

Metió las manos más allá de la disposición vieja.

No físicamente. En la textura.

Y encontró resistencia. Algo duro. Piedra bajo parche.

Empujó.

El enjambre se apartó un poco más.

Un papel flotante, de pronto, se detuvo.

No giró. No osciló. Se quedó quieto frente a ella, a la altura de su pecho, como si la Ley le estuviera poniendo un documento delante para que lo leyera.

La tinta no se movía.

Eso, allí, era rarísimo. La tinta, en la Sala del Códex, casi siempre era viva.

Esa no.

Era antigua.

Lola sintió un golpe interno. No de dolor. De reconocimiento.

Leyó.

No con ojos. Con cuerpo.

Y la frase salió de su boca sin que ella decidiera pronunciarla.

—El acceso no es piedra… —susurró, y la música pareció tensarse, preparándose— …es equilibrio.

La sala parpadeó entera.

Un parpadeo suave, como un ojo cerrándose con lentitud.

El círculo del suelo emitió un brillo mínimo de tinta húmeda, como si hubiera aceptado un sello.

Andrea soltó el aire que no sabía que llevaba retenido.

Bones se quedó quieto un segundo, en silencio real.

Vladhar dio un paso.

Solo uno.

—Otra vez —dijo, y su voz no era emoción: era procedimiento—. Dilo otra vez.

Lola tragó saliva. La náusea le subió a la garganta. La música seguía sosteniéndola, pero ahora la cuerda en el estómago tiraba de otra manera: no hacia dentro, sino hacia atrás. Como si la sala empezara a soltarla.

Andrea apretó el hombro.

—Lola, mírame —dijo, suave, firme—. Aquí. Vuelve.

Lola parpadeó. El mundo volvió con un golpe: piedra, papeles, olor a tinta, el frío leve en la piel, la presión en las sienes. Respiró, y el aire le supo a hierro dulce.

—El acceso… no es piedra —repitió, más consciente—. Es equilibrio.

Vladhar asintió. Apenas. Pero ese gesto, en él, era un veredicto.

—Con eso… procedemos.

Bones recuperó el humor como quien se pone un abrigo encima de un temblor.

—Estupendo. Ya tenemos permiso para hacer barbaridades legales. Qué bonito. Qué pedagógico. Qué absolutamente terrorífico.

Lola se llevó una mano a la frente. Le dolía un poco la cabeza. No como migraña: como resaca de haber tocado algo demasiado grande.

—No sé cómo lo he hecho… —susurró, y su voz sonó pequeña.

Andrea no la miró como se mira a una herramienta. La miró como se mira a alguien que acaba de salvarte sin saberlo.

—Lo has hecho —dijo, bajo—. Y sigues aquí.

Lola quiso reírse, pero no le salió.

Bones se acercó un poco, inclinando el cráneo, observándola con una mezcla de orgullo y alarma.

—Señorita Hidalgo… —murmuró con falsa solemnidad—, la próxima vez que el universo le pida que haga algo así, ¿podría avisar? Para ir calentando mis huesos, digo.

Lola lo miró, confusa, a punto de derrumbarse y a punto de reír.

—No me pidas protocolo —dijo ella, ronca—. No sé ni qué he tocado.

Bones sonrió, pero en la sonrisa había grieta.

—Bienvenida al oficio.

Vladhar no perdió el tiempo. Miró las disposiciones de pared, ahora más quietas, como si hubieran cedido lo justo.

—La Ley ha hablado —dijo—. Y cuando habla… no es para que la admiremos.

Se volvió hacia la salida.

—Vamos a por Beaumont.

La música, Emerald Princess, se fue retirando poco a poco, como marea que retrocede. No desapareció de golpe. Se deshizo en el aire, dejando detrás una calma rara, como si el Códex hubiera puesto una mano breve sobre el caos solo para permitir que lo necesario apareciera.

Un papel flotante rozó la sombra de Lola al pasar.

No se pegó esta vez. Solo la rozó.

Como un aviso.

Como una firma invisible.

Andrea la sostuvo con la mano aún en su hombro mientras salían del círculo. Y ella, por primera vez desde que entró en la Corte, se permitió una idea que no quería pensar:

Esto no ha sido una ayuda.

Ha sido una exigencia.

Vladhar, ya en el umbral, se giró una vez. Miró a Lola con esa calma de vampiro viejo que no necesita sonreír para ser peligroso.

—No es un milagro —dijo, bajo—. Es un mandato.
Hizo una pausa mínima.
—Y ahora… la Ley quiere ver lo que Beaumont escondía.
La última runa del círculo parpadeó una vez.
Y se apagó lentamente.
Como un ojo que decide no dormir.
Como una puerta que ya te ha registrado.

35
El librero

La cámara de custodia arcana no olía a muerte.

Ojalá.

Olía a procedimiento: tinta vieja, hierro frío, cera gris apagada. Como si alguien hubiera encendido una notaría en mitad de un tanatorio y hubiera decidido que la solemnidad era un tipo de violencia aceptable. Las paredes, de piedra oscura, tenían la humedad exacta de los lugares donde la verdad se guarda a la fuerza. En el centro, sobre una losa que no era mesa ni era altar, Ulises Beaumont estaba "archivado" con la misma dignidad que se le concede a una prueba: la estrictamente necesaria para que no se note demasiado el desprecio.

Andrea entró con la mandíbula dura. No miró primero el cadáver: miró las marcas del suelo, los círculos, las líneas, el sello que delimitaba el espacio de comparecencia como si el aire necesitara fronteras para no escaparse. Se agarró a eso. A la geometría. A la idea de que si hay un círculo, hay competencia. Si hay competencia, hay ley. Y si hay ley… quizá existía una manera de no volverse loco.

Lola entró y no pudo decidir a dónde mirar.

El cuerpo la llamó sin llamarla: un tirón suave en el estómago, una presión mínima en las sienes, ese zumbido fino en los dientes que no era dolor, pero sí aviso. El rictus de Beaumont estaba clavado en un punto sin cielo, en un terror que no se había ido con la muerte. No era el terror de quien ve un cuchillo. Era el terror de quien entiende que lo están saqueando por dentro.

Bones caminó detrás, con su túnica negra cayéndole como si la hubiera inventado él, y con los zapatos impecables resonando sobre

piedra como una insolencia.

—Bueno —murmuró—. Mira qué bonito. Un señor muerto y un protocolo vivo. Esto es como Hacienda, pero con cadáveres.

Andrea no se rio.

—¿Está… aquí de verdad? —preguntó, y se odió por preguntar como si hubiera una respuesta cómoda.

Bones ladeó el cráneo.

—Está lo que interesa que esté. Lo demás ya lo habrán… archivado en otro sitio —dijo, y el tono de broma se le quedó un segundo sin carne—. No me miréis así. Yo no soy omnisciente. Soy un señor muerto con agenda.

Lola tragó saliva, sin despegar los ojos del cuello violáceo de Beaumont.

—¿Y si… no funciona? —susurró.

—Funciona —respondió una voz, seca, sin teatralidad.

Vladhar Noctis estaba ya allí, como si la cámara lo hubiera exhalado. No se presentó. No hacía falta. Su presencia reorganizaba el aire: donde él estaba, el silencio parecía más exacto. Traía el expediente bajo el brazo, y en el borde del papel había un sello apenas visible, no de cera, sino de intención.

—Sin norma original, no hay acceso —dijo, mirando el cadáver como se mira una cláusula peligrosa—. Con norma… hay diligencia.

Andrea se tensó.

—¿«Acceso» a qué? —preguntó, aunque ya sabía que la respuesta iba a doler.

Vladhar lo miró un instante.

—A lo que queda cuando el cuerpo ya no miente.

Bones carraspeó, teatral.

—Traducción para los novatos: vamos a meter los dedos donde no nos llaman, pero con permiso. Que es lo que diferencia a un jurista de un psicópata. A veces.

Lola sintió que la cuerda en el estómago tiraba otra vez, más fuerte. No hacia Beaumont. Hacia el borde del círculo. Hacia el lugar donde, la noche anterior, la Ley le había devuelto una frase como si fuera un sello.

Andrea la miró de reojo, instinto puro.

—Lola… —dijo, y la voz le salió menos dura de lo que pretendía.

Vladhar no esperó.

—Dilo.

Lola parpadeó, como si le hubieran pedido que pronunciara su nombre en un idioma que no conocía. Tenía la boca seca.

—¿Qué…?

—La disposición —repitió Vladhar, y su tono no era impaciencia; era procedimiento—. La frase.

Bones levantó una falange, como quien pide turno.

—La frase que le salió ayer como si la hubiera estudiado en una academia de brujería avanzada, sí.

Lola tragó saliva. Notó el hombro de Andrea cerca, no tocándola todavía, pero dispuesto.

Y la frase salió. No como recital. Como acto.

—El acceso no es piedra: es equilibrio.

El aire cambió.

No con viento. Con peso.

Las runas del círculo de custodia parpadearon una vez, como un ojo cerrándose. La cera gris del sello del perímetro no se derritió, pero se volvió más oscura, más obediente. Y el zumbido en los dientes de Lola cesó, igual que si alguien hubiera cerrado una puerta por dentro.

Andrea lo sintió como un golpe de realidad.

—Joder… —musitó, y por primera vez no sonó a negación. Sonó a aceptación amarga.

Vladhar asintió una sola vez. En él, ese gesto era un veredicto.

—Procedemos.

No dijo «vamos a entrar». No dijo «vamos a mirar». Dijo procedemos, y con eso dejó claro que aquí el horror era una diligencia.

Se colocó en el borde del círculo. No dentro. No aún. Como quien sabe que hay pasos que no se dan sin que la Ley te reconozca.

—No toquéis nada —ordenó, y el «nada» incluyó el aire—. No habléis. Si escucháis algo… no respondáis.

Bones soltó un bufido.

—Ah, estupendo. O sea: venimos a un sitio donde los muertos pueden hablar, pero nosotros no. Maravilloso. Democracia arcana.

Andrea lo miró con una ceja enarcada.

—¿Te callas un segundo?

Bones lo miró de vuelta, indignado.

—Perdona, Volpi, yo ya estoy muerto. Me queda la lengua para entretenerme.

Vladhar no les dio margen para más.

Sacó el expediente y lo abrió en el aire, sin mesa. La hoja no era papel normal: era una especie de acta húmeda que flotó un palmo por encima de su mano, como si no quisiera tocar nada humano. En el borde, la frase que Lola había pronunciado parecía recién escrita, aunque nadie hubiera cogido pluma.

El magistrado ponente no recitó conjuros. No hizo teatro. Pronunció disposiciones cortas, como quien dicta un auto.

—Comparecencia del residuo —dijo—. Limitación: rastro. Prohibición: núcleo. Permiso: equilibrio.

La cámara respondió.

El cuerpo de Beaumont no se movió, pero algo en su cuello cambió: una vena violácea pareció tensarse, como si la muerte recordara que aún tenía obligaciones. El aire olió a ozono, a papel chamuscado, a tormenta sin cielo.

Lola sintió un pinchazo detrás de los ojos, una náusea breve.

Andrea apretó la mandíbula, y sin pensarlo, dio un paso hacia Lola, colocándose a su lado. No como romance. Como trinchera.

Bones, por primera vez, se calló de verdad.

Vladhar cerró los ojos.

Y «entró».

No fue un trance bonito. Fue una invasión quirúrgica. La cámara no se llenó de luces ni de voces angelicales. Se llenó de una sensación peor: la de que el aire se estrechaba, como si la realidad quisiera ahorrar oxígeno para que no sobrara nada.

Los papeles suspendidos en el perímetro se aquietaron. La tinta dejó de moverse. El sonido del mundo, de golpe, se volvió lejano.

Y entonces llegaron los fogonazos.

No como película. Como memoria que sangra.

Un reloj de bolsillo abierto en una mano temblorosa.

La esfera marcando una hora exacta, cruel, absurda en su precisión.

4:10.

La farola anaranjada sobre el muelle.

La bruma como gasa pegándose a la piel.

El agua levantándose, no como ola, sino como voluntad.

Y, entre todo eso, una palabra golpeó como un sello.

No escrita. Dicha.

No por una voz completa. Por un hilo roto.

—…Li…

Vladhar frunció apenas el ceño, como si el residuo intentara escupir algo que el procedimiento todavía no le permitía.

El fogonazo cambió.

Un pasillo estrecho de piedra. Una humedad de bodega. Barricas o archivadores —la memoria no decidió—. Y un símbolo repetido, minúsculo, en las paredes: una llave grabada al lado de una runa que parecía burlarse.

Un nombre sin cara.

Un rol.

Una entidad.

El Librero.

La palabra no venía con explicación. No venía con mapa. Venía con la misma violencia con la que se deja una nota sobre una tumba.

El fogonazo volvió a cambiar.

Una frase quemada en el aire, como si alguien la hubiera escrito con saliva y odio: Séptima Cámara.

Samuel Graves, que hasta ese momento no había estado dentro de la cámara —o no había querido ser visto— apareció en el borde del perímetro como si lo hubiera llamado la palabra.

No entró. No se atrevió. Se quedó donde el protocolo lo dejaba respirar.

—No —dijo, y su voz fue el primer sonido humano en minutos—. Eso no.

Vladhar no abrió los ojos, pero su mandíbula se tensó un milímetro. Estaba sosteniendo el residuo. Estaba extrayendo un dato. Y lo estaban interrumpiendo con una negación.

—Es mito —escupió Samuel, más para el aire que para ellos—. Es… leyenda. Una forma de asustar a idiotas.

Bones, incapaz de soportar la tensión sin pincharla, murmuró:

—Yo no sé quién es más idiota: el que cree en la Séptima Cámara o el que cree que los mitos no tienen expediente.

Samuel lo fulminó con una mirada, pero no contestó. Le tembló algo en la garganta. Lo que sea que sabía, no era cómodo.

Vladhar abrió los ojos.

El aire volvió a ensancharse un poco, como si la realidad agradeciera que alguien dejara de tocarla por dentro.

—Los mitos —dijo Vladhar, con la calma de quien dicta doctrina— son expedientes viejos.

Samuel apretó el expediente bajo el brazo con fuerza. No por rabia teatral, sino por control. Por supervivencia. Por miedo a etiquetar lo que no se puede desetiquetar.

—No lo recojas en acta —gruñó Samuel—. Aquí todo el mundo ve.

—No estoy recogiendo nada —respondió Vladhar—. Estoy leyendo.

Samuel dio un paso más cerca, sin entrar en el círculo.

—No la nombres aquí —añadió, y el «la» no fue la Séptima Cámara. Fue el dato que se estaba formando—. No alimentes esto.

Andrea, que no entendía de mitos pero sí de jerarquías, lo vio claro: Samuel estaba intentando apagar una palabra antes de que se convirtiera en causa.

—¿Qué pasa, Graves? —preguntó, y la insolencia le salió por reflejo—. ¿Le tienes miedo a un… término?

Samuel lo miró como si fuera un insecto con traje.

—Tú aún no sabes lo que significa «miedo» aquí dentro.

Lola no habló. Tenía la sensación de que si abría la boca, la sala la archivaría también.

Vladhar volvió al residuo un segundo más. Solo un segundo. Como quien mete la mano en agua hirviendo para rescatar una

llave.

Y el dato se cerró.

La memoria de Beaumont, en su forma más sucia y útil, se contrajo a lo único que había podido dejar antes de que lo vaciaran.

4:10.

Y una palabra.

Librero.

Vladhar retrocedió un paso fuera del círculo, como si el procedimiento lo soltara con un empujón. No se tambaleó. No mostró debilidad. Pero el aire alrededor de él olía a tormenta retenida, como ropa mojada guardada en un cajón.

Bones respiró, aliviado y horrorizado.

—Bien —dijo—. Ya está. Solo hemos invadido la última huella de un muerto. Nada grave. Un martes cualquiera.

Samuel lo ignoró. Miró a Vladhar con una furia fría.

—¿Ves? —dijo—. Esto no es «prueba». Esto es… contagio.

Vladhar lo miró como se mira a un fiscal intentando vender miedo como prudencia.

—No es contagio. Es rastro.

Samuel apretó los dientes.

—¿Y la Séptima Cámara?

Vladhar se permitió un silencio mínimo. No por duda. Por peso.

—Ha salido —dijo—. Eso ya es un dato. Aunque te duela o te joda, lo que prefieras, Graves.

Samuel soltó una risa breve que no tenía humor.

—Me duele por la gente que muere cuando esa palabra sale.

Lola sintió un tirón en el estómago, como si el residuo hubiera escuchado el intercambio y hubiera decidido opinar.

Andrea lo notó antes que ella.

—¿Lo sientes? —susurró, sin mirarla del todo.

Lola asintió, apenas.

—Sí…

Y en ese segundo, el cadáver lo hizo.

No se levantó. No abrió los ojos. No hizo espectáculo.

Solo… recordó.

Una vena del cuello de Beaumont latió una sola vez, como si el corazón quisiera volver para corregir un error administrativo. Un movimiento mínimo, obsceno, suficiente para que la cámara se congelara.

Un papel flotante se despegó del aire y rozó la sombra de Lola, intentando pegarse como una etiqueta hambrienta.

Andrea se movió sin pensar y se interpuso. Su hombro cortó el papel en el aire, y el papel se quedó girando en vacío, frustrado. Andrea tragó saliva, sorprendido de sí mismo.

—¿Estás bien? —preguntó, y la preocupación le salió más humana de lo que le gustaba admitir.

Lola no estaba segura de nada.

—No sé.

Bones miró el gesto de Andrea, y por una vez no hizo chiste. Le bastó con mirar.

Vladhar recogió el dato como si fuera una pieza delicada. Dictó en voz baja, seco, como acta mínima.

—Hora: 4:10. Palabra: Librero. Mención «Ilegible».

La falta de mención

Samuel dio un paso atrás, como si la frase lo hubiera golpeado en el pecho.

—No es un problema, Samuel —dijo Vladhar, y la frase sonó peor que un insulto—. La Ley exige.

Samuel lo miró con odio contenido.

—La Ley exige muchas cosas. La Corte decide cuáles escucha.

Vladhar no se inmutó.

—Entonces por eso estamos aquí. Para que la Ley vuelva a mandar antes que el capricho.

Bones carraspeó, recuperando el humor como quien se pone un abrigo sobre una herida.

—Perfecto, señores. ¿Y el «Librero» dónde se compra? ¿En Amazon? ¿En una bodega de Jerez? ¿En un kiosco de la Ribera?

Vladhar lo ignoró y miró a Lola un segundo más de lo necesario. No fue ternura. Fue medición. Respeto extraño. Como si ella fuera un instrumento… o un problema doctrinal.

—Vamos —dijo.

Salieron de la cámara con la sensación de que algo se quedaba mirándolos por dentro.

En el pasillo, la Corte volvió a sonar como siempre: sellos, pasos, plumas raspando, murmullos con filo. Pero Lola llevaba el silencio de Beaumont pegado a la piel, y esa palabra —Librero— le pesaba como una llave en la mano, aunque no tuviera nada.

Samuel caminó junto a Vladhar, tenso, como un hombre al que le han abierto una puerta que llevaba años fingiendo que era pared.

—Esto va a levantar… cosas —murmuró Samuel, y por primera vez sonó cansado de verdad.

Vladhar ni lo miró.

—Eso es lo que hace un cadáver cuando lo tratas como expediente. Habla.

Y entonces, antes de que el grupo cruzara el último umbral, la cámara de custodia devolvió su último latigazo.

No fue un grito. No fue un golpe.

Fue un susurro de garganta muerta, apenas aire, apenas sonido.

Pero se oyó.

—Li…bre…ro…

La palabra salió rota, incompleta y, aun así, perfecta.

Lola se detuvo en seco. Andrea también.

Bones se quedó quieto, sin chiste, sin nada.

Samuel cerró los ojos como quien recibe una sentencia.

Vladhar no se giró. Solo dijo, con una frialdad que era respeto:

—Ya está.

La Ley había hablado.

Y cuando la Ley habla así, no está contando una historia.

Está abriendo una puerta.

En algún lugar de la Corte, lejos, un reloj inexistente marcó una hora que no se debía recordar.

4:10.

Y la palabra quedó flotando en el aire, como un sello húmedo.

«Librero».

36
MUELLE MANCHADO

La Corte no te devuelve al mundo humano como quien sale de un bar a tomar aire. Te escupe. Con sello invisible, con la boca seca y la certeza de que, desde ese instante, tus pasos ya no son solo tuyos.

El marco-portal del cementerio los devolvió al Puerto con una sacudida mínima, como si fueran un expediente mal grapado. El aire cambió de golpe: salitre sucio, asfalto húmedo, basura vieja. Y ese fondo constante de madrugada andaluza que nunca es silencio, sino un rumor de ciudad que presume de dormir mientras esconde lo que hace.

Bones ajustó la túnica con gesto indignado, como si la noche hubiera tenido la osadía de ensuciarle el buen gusto.

—Bienvenidos al mundo donde el alma paga IBI —murmuró—. Y si te retrasas, te embargan los recuerdos.

Andrea no rio. Estaba demasiado ocupado intentando no mirar atrás. Mirar atrás en lo arcano era como mirar un atestado a medias: si te faltaba un folio, lo completaba el horror.

Lola sí miró. No al portal, sino al aire. Porque el aire tenía esa cosa… esa electricidad tenue que te deja la lengua metálica, como si hubieras mordido una pila. El zumbido en los dientes volvió con una puntualidad indecente.

Y entonces lo oyó.

No pasos. No voz.

Un eco de herradura que no terminaba de ser sonido.

Cael Vesper «apareció» en la misma lógica en la que comparecen los Magistrados: no llegas, eres. Su túnica caía perfecta, como si jamás hubiera tenido que correr ni meterse en un charco. Guantes.

Mirada de los que no preguntan por cortesía: preguntan para colocar un cuello bajo el peso exacto de la ley.

Ni saludo. Ni presentación.

—Al muelle. Ahora.

Bones abrió la boca.

—¿No quieres un café primero, mi querido instructor operativo? ¿Un *croissant*? ¿Una manta?

Cael lo miró como si Bones fuera una distracción administrativa.

—Si tienes hambre, trágate la broma y camina.

Bones soltó un bufido ofendido.

—Qué bien. Qué bonito. La justicia con carisma de bordillo.

Andrea dio un paso, más cerca de Lola sin darse cuenta.

—¿Vamos andando? —preguntó, buscando logística, ruta, competencia, algo que se pudiera entender.

Cael se giró apenas.

—No hagas preguntas estúpidas, novato con traje. No hasta ver el residuo.

Andrea apretó la mandíbula. Tragó su instinto de abogado de manual. Se obligó a pensar como sistema: primero la escena, luego el marco. Primero el hecho, luego el derecho.

Lola pensó otra cosa.

Pensó que la noche olía a hierro.

Y que alguien, en algún sitio, había escrito esa palabra —Librero— en un folio que aún estaba húmedo.

El muelle de El Puerto de Santa María a esas horas era un teatro después del aplauso: vasos de plástico pisoteados, servilletas pegadas a la piedra como piel vieja, una brisa que intentaba limpiar sin conseguirlo. La Cristalera, ya cerrada, parecía un animal dormido con la boca aún caliente de ruido. La Plaza de las Galeras sostenía su normalidad con el mismo esfuerzo con el que se sostiene una mentira.

Cael no miró la discoteca. No le interesaban los humanos. Le interesaba lo que quedaba cuando los humanos se iban.

—Aquí —dijo, sin señalar nada. Y, aun así, todos supieron que era aquí.

La zona acordonada ya no tenía cintas, pero el suelo conservaba la memoria de haberlas tenido. Un cuadrado de humedad distinta. Una marca de tiza. El rastro de un foco apoyado. La piedra, en efecto, hablaba… si sabías escucharla.

Bones chasqueó la lengua.

—Qué bonito cuando la Policía Nacional hace manualidades.

Cael se agachó en el borde del saliente, guante a un palmo de la superficie, sin tocarla. El gesto era preciso. Reverente. Como si cualquier contacto fuera una declaración.

—No es solo muerte —dijo.

Andrea se inclinó también, ya con la libreta fuera, anotando sin querer: posición, punto de hallazgo, líneas de visión.

—¿Qué tenemos como prueba física? —preguntó—. ¿Qué se recoge aquí? ¿Qué se sella? ¿Qué…?

—No me recites un temario —lo cortó Cael sin subir la voz—. Mira.

Andrea se quedó quieto, ofendido y agradecido al mismo tiempo. Porque la orden era limpia. Porque a veces lo único soportable en un sistema sin derechos es la claridad.

Lola miró.

Y el mundo se rompió un segundo.

No en espectáculo. En sentido.

Una imagen le atravesó la garganta como agua.

La farola anaranjada.

La bruma pegándose a la piel.

Una mano temblorosa agarrando metal.

Un tirón interno, como si alguien arrancara un pensamiento con pinzas.

Y el agua.

El agua levantándose como voluntad, no como ola.

Sintió el ozono en la lengua, el hierro en el paladar, el pánico como una nota sostenida. La escena del muelle no era un lugar: era una sensación tatuada.

Lola dio un paso atrás, sin aire.

Andrea la vio al instante.

—Lola.

No la tocó todavía. Le bastó la voz.

Ella tragó saliva.

—Estoy… —mintió, porque no había verbo que encajara.

Bones se acercó, mirando el suelo como si mirara un expediente.

—Ay, qué bien. El residuo ha decidido saludar.

Cael levantó la vista por primera vez hacia Lola. No con ternura. Con lectura.

—¿Dónde te tira?

La pregunta no era «¿qué sientes?». Era «¿hacia dónde?». Operativo. Exacto. Como si el cuerpo de Lola fuera una brújula legal y él no tuviera tiempo para psicología.

Lola parpadeó.

Y señaló sin saber por qué.

El borde del saliente.

La barandilla.

Un punto específico de piedra donde la humedad parecía más vieja.

Cael se incorporó despacio.

—Una puerta —dijo.

Andrea frunció el ceño.

—¿Una puerta? ¿Aquí? ¿En un muelle?

—No en la piedra —respondió Cael—. En el acto.

Bones soltó una risita que intentó ser ligera y no le salió.

—En el mundo humano: significa que lo mataron aquí. En arcano: que entraron aquí.

Andrea anotó mentalmente «entraron». Se odió por lo natural que le resultaba ya.

—¿Entraron desde dónde? —preguntó, y se escuchó a sí mismo como si estuviera redactando diligencias previas de otra civilización —. ¿Cómo se rastrea eso? ¿Cuál es la cadena de custodia arcana? ¿Quién certifica…?

Cael lo miró de perfil.

—La cadena aquí es simple: si no lo sellas, te lo roban. Y déjate de preguntas idiotas, Volpi, hazlas cuando estés muerto… Segundo aviso.

Bones levantó una falange.

—Y si lo sellas, te lo roban igual, pero con firma y un sello precioso. La Corte es muy de estética.

Andrea apretó los labios.

—¿Y qué hacemos nosotros? —preguntó, más bajo, porque por primera vez entendía la pregunta real: ¿cómo luchamos contra esto?

Cael caminó unos metros, deteniéndose en puntos que, a ojos humanos, eran nada: un bordillo, un charco, una grieta en la piedra ostionera. La túnica, en el borde dorado, reaccionó apenas: un brillo mínimo, casi un reflejo de mentira. Pero Lola lo vio. Porque a Lola el mundo arcano le hablaba como le habla el mareo a quien está a punto de caerse.

—La huida no fue huida —dijo Cael.

—¿Cómo que no? —murmuró Andrea.

—Fue regreso.

Bones se llevó una mano a las costillas, teatral.

—Ah, perfecto. O sea: el cabrón no corrió. Se teletrabajó.

Cael no se molestó en contestar. Se detuvo mirando hacia la calle lateral por la que, en un mundo normal, alguien habría escapado.

—No se fue por ahí —dijo.

Andrea miró la calle. Miró la distancia. Calculó cámaras, testigos, puntos ciegos. Su cerebro se movía como se movía siempre: intentando dibujar un mapa donde el mapa no existía.

—¿Entonces…? —preguntó.

Cael giró la cabeza, mínimo.

—Se fue por donde no se ve.

Lola sintió el zumbido en los dientes, otra vez. Se acordó de la palabra

Librero.

Una puerta que no es puerta.

El mundo humano celebrando su propia ceguera mientras algo, debajo, usaba la ley como cuchillo.

Bones respiró hondo, como si incluso siendo esqueleto la humedad le pesara.

—¿Sabéis qué es lo peor? —dijo, en voz baja—. Que esto… esto tiene estilo. Y cuando el mal tiene estilo, se hace tradición.

Andrea lo miró.

—No me estás ayudando.

Bones se encogió de hombros.

—Y digo yo… ¿quién te ha dicho a ti que estoy para ayudarte? Estoy aquí para que no os muráis de aburrimiento entre sello y sello. La muerte ya hace lo otro.

Un papel —no humano— tembló en la mano de Bones. No había viento. No había motivo. Era un acta que respondía a otra cosa.

Lola lo vio antes de que Bones lo mirara.

La tinta se movió como sangre obediente.

Y apareció una cifra.

4:10.

Andrea se quedó quieto, como si el número lo hubiera golpeado en la frente.

—La hora… —susurró—. La hora vuelve.

Cael miró el acta apenas un segundo.

—No es un horario —dijo—. Es clave.

Lola notó un latido en las sienes. No de miedo. De reconocimiento. Como si esa cifra fuera el dedo con el que alguien llamaba a la puerta de su cabeza.

Andrea levantó la vista.

—¿Y el Librero? —preguntó, y su voz sonó a necesidad—. ¿Lo perseguimos? ¿Qué… qué es?

Cael lo cortó sin violencia, pero sin concesión.

—Yo no persigo nombres. Persigo rutas.

Andrea apretó los dientes. Lo aceptó. Porque era eso o quedarse en la pregunta hasta pudrirse.

Lola miró el agua. El Guadalete no parecía un río: parecía una vena negra. El ozono le raspó la nariz, como si el aire recordara la tormenta sin haberla tenido. La brisa levantó un olor a algas, a sal, y debajo… ese hierro viejo de los pactos.

—¿Entonces? —preguntó Andrea, buscando el siguiente paso como quien busca un artículo aplicable.

Cael no dudó.

—Vamos al cementerio. La ruta no empieza donde lo mataron, empieza donde entraron. Para saber… adónde iban.

Bones soltó un bufido, resignado.

—Genial. Volvemos al sitio donde los *rottweilers* hacen de funcionarios.

Andrea frunció el ceño.

—Pero… el cementerio es la entrada a la Corte. ¿No? Es decir… ¿vamos a volver a entrar?

Bones giró el cráneo lentamente, como si disfrutara del hecho de que, por fin, uno de los vivos hiciera una buena pregunta.

—Ay, Volpi… —suspiró—. Tú sigues pensando en puertas como si fueran puertas.

Se inclinó un poco hacia él, bajando la voz con esa confidencia de barra de bar que en su boca sonaba a blasfemia jurídica.

—El cementerio en sí mismo es un portal a todas partes… y a la vez a ninguna.

Andrea se quedó quieto.

—¿Cómo…?

Bones alzó una falange.

—Como que si eliges mal, acabas en un sitio donde no hay aire, no hay tiempo y no hay abogado. O sea: el sueño húmedo de la Corte.

Lola sintió el tirón en el estómago, suave, insistente, como si el cementerio la llamara antes incluso de pisarlo. Como si el camino ya estuviera escrito y ella solo fuera la mano que iba a seguirlo.

Cael ya caminaba hacia la salida del muelle, sin mirar atrás. Para él, la escena ya no era escena. Era coordenada.

—Vámonos —dijo, y fue sentencia.

Bones los siguió, murmurando para sí, con humor negro y una sombra en la voz que no se podía disimular del todo.

—Qué bonita noche para perder la fe… otra vez.

Y mientras se alejaban, el muelle se quedó detrás como se quedan los lugares donde alguien ha cruzado una línea que no se cruza dos veces: quieto por fuera, manchado por dentro.

En la superficie, El Puerto seguía siendo una postal.

Debajo, la Ley acababa de señalar un camino.

Y el camino olía a tierra removida.

37
LA RUTA PROHIBIDA

El cementerio de El Puerto no era un lugar. Era un nudo.

La gravilla crujía bajo las botas como si cada paso firmara algo que no has leído. Las farolas mortecinas no iluminaban: delimitaban. Hacían islas de luz cansada sobre tumbas y jarrones de plástico con cloro viejo, y entre isla e isla quedaba la sombra —esa sombra que aquí no era ausencia, sino jurisdicción.

Cael Vesper iba delante, sin prisa y sin ritual. Lo suyo era otra clase de liturgia: la del que ha visto tantas puertas que ya no cree en el drama. Su túnica negra se tragaba la noche con una elegancia seca; los guantes, impecables, como si jamás hubiera tenido que tocar barro.

Bones caminaba como si fuese al despacho, con esa ofensa perpetua de señorito al que el mundo insiste en no ser cómodo.

—Bienvenidos de nuevo al único sitio donde nadie te interrumpe —murmuró—… salvo el protocolo.

Andrea miraba la verja, los caminos, las placas, el horario de visitas con su oxidación de mentira. «Si hay verja, hay competencia», pensó, y la frase le dio una calma ridícula: el sistema era su forma de no temblar.

Lola, en cambio, no miraba tanto lo que había. Miraba lo que pasaba.

El zumbido en los dientes le volvió en cuanto pisó la gravilla, como si el suelo la reconociera por dentro. Un tirón suave le tocó el estómago, cuerda invisible. Y una palabra, sin voz, se le coló entre costillas: ruta.

—No vamos a la Corte —dijo Cael, sin girarse.

Andrea alzó la vista.

—Pero… ¿no era el cementerio la entrada a la Corte?

Bones soltó una risita sin alegría.

—Ay, Volpi. Te estás haciendo adicto a las palabras bonitas.

Cael se detuvo ante un mausoleo bajo, antiguo, con una reja interior que no parecía importante. A su lado, semiescondido contra la piedra, había algo que no encajaba con el mármol y las flores marchitas: un marco de espejo viejo, como rescatado de un trastero con historia y mala leche. El cristal estaba empañado por dentro, como si respirara. La madera era oscura, labrada, con un barniz que ya no olía a madera, sino a tinta.

Bones se colocó a su lado, como quien se pone frente a un ascensor.

—Aquí tenéis el *glamour* del viaje arcano —anunció—. Un espejo de abuela. Porque si hay algo que Cádiz hace bien, además de fritura, es convertir la épica en algo que podrías encontrar en *Wallapop*.

Lola lo miró, sin risa.

—Eso nos llevó a la Corte…

Bones ladeó el cráneo.

—Eso… nos lleva a cualquier sitio. Y a veces, a ningún sitio. Depende de cuánto te quiera el universo hoy.

Andrea frunció el ceño, exigencia de jurista.

—Explícate.

Bones se llevó una falange al pecho con dramatismo.

—Qué manía con lo explicativo, de verdad. Me dais más ardentías que un salmorejo con extra de ajo.

Cael se limitó a mirar el espejo como quien mira un formulario.

—Es un mecanismo—dijo, cortante.

Bones suspiró, aceptando que, a veces, incluso su humor necesitaba estructura.

—Vale. Resumen para mortales con ansiedad procesal.

Apoyó una mano huesuda en el marco. El cristal pareció tensarse, como piel.

—Esto no es un portal de cuento. No es «me miro y salgo peinada en otra dimensión». Es… una frontera administrativa con forma de

espejo. La puerta no se abre con llave. Se abre con tres cosas: deseo, competencia y pago.

Andrea abrió la boca.

—¿Pago?

—No hablo de dinero, cariño —dijo Bones, con un chasquido—. Si aquí pagásemos dinero, el mundo humano ya habría puesto un cajero automático. Pagas con algo que tenga peso: una hora exacta, una palabra, una gota, una renuncia. Depende de la ruta.

Lola tragó saliva. El cristal empañado se movió, como si el espejo respirara más deprisa cerca de ella.

—¿Y el deseo? —preguntó, casi sin querer.

Bones la miró un segundo más de lo normal.

—El deseo es el destino. El espejo no necesita coordenadas. Necesita… intención. Tú piensas en el lugar, pero no lo piensas con la cabeza: lo piensas con el estómago. Con el miedo. Con la necesidad. Y entonces el espejo… decide si te cree.

Andrea soltó, sin ironía:

—¿Y si te equivocas?

Bones sonrió.

—Entonces acabas en un sitio donde no hay aire, no hay tiempo y no hay abogado. O sea: el sueño húmedo de la Corte.

Cael no esperó más. Sacó un sobre pequeño, sellado con cera gris. Lo abrió con la misma indiferencia con la que un inspector abre una bolsa de evidencias. Dentro había una moneda antigua, oscura, sin marca humana clara. La dejó en la base del marco, sobre la piedra, como si la estuviera depositando en una ventanilla invisible.

—Pago.

El espejo respondió con un leve sonido que no era sonido: un cambio de presión, como cuando el ascensor se mueve sin ruido.

Bones carraspeó.

—Destino: bodega —dijo Cael.

Andrea parpadeó.

—¿Qué bodega?

—La que no sale en mapas, imbécil —respondió Bones, bajando la voz—. Y donde la leyenda se vende al peso.

Lola sintió el tirón interno. La palabra bodega le supo a madera húmeda y a polvo antiguo, aunque nunca hubiera estado allí.

Cael miró a los dos.

—No penséis en «viaje». Pensad en «trámite».

Y atravesó el espejo.

No como quien entra en agua. Como quien pasa una puerta de juzgado y, al hacerlo, deja el mundo atrás sin despedirse.

Bones hizo una reverencia mínima —por costumbre o por superstición— y se giró hacia los dos.

—Por cierto —añadió, con un humor que intentaba ser normal—. Si veis vuestro reflejo sonreír antes que vosotros… no es que estéis guapos. Es que vais tarde.

Andrea soltó un bufido y lo siguió, hombros tensos.

Lola fue la última.

Y en el instante de cruzar, el cristal le rozó la piel como si la leyera.

El zumbido en los dientes cesó.

De golpe.

Como si el mundo humano hubiera quedado apagado a sus espaldas.

La bodega olía a madera vieja y a humedad con memoria. No la humedad doméstica de un cuarto mal ventilado: una humedad antigua, de piedra que ha tragado siglos. La luz era baja, amarilla, como la de un despacho de madrugada donde nadie quiere que se vean las ojeras. Había barricas, sí, pero también estanterías. Y en esas estanterías no había botellas: había volúmenes atados, carpetas con cierres metálicos, lomos sin título, cuero curtido con símbolos mínimos, como si el archivo se avergonzara de ser archivo.

En un rincón, una caja registradora humana. Vieja. Polvorienta.

Y, aun así, parecía… despierta.

El espejo por el que entraron no estaba apoyado en nada. Flotaba un palmo sobre el suelo, quieto, como si la realidad lo estuviera sujetando con pinzas.

Bones se recolocó la túnica, indignado por costumbre.

—Qué sitio tan acogedor. Si tuviera pulmones, ya los tendría llenos de moho romántico.

Cael no respondió. Caminó hasta una mesa central, de madera oscura, donde una lámpara de brazo metálico iluminaba solo lo necesario: un círculo pequeño, perfecto, como un interrogatorio.

Andrea, instintivo, buscó salidas. Ventanas. Rutas de huida. Pero el lugar parecía diseñado para que el concepto de «salida» fuera un chiste.

Lola sintió la presión en las sienes. No dolor. Expectativa. Como si el aire estuviera esperando que ella hiciera algo… o que no lo hiciera.

—¿Y el Librero? —preguntó Andrea, seco—. ¿Esto es…?

—Esto es donde lo humano y lo arcano se rozan sin besarse —murmuró Bones—. Y donde la gente paga por no tener que decir «no sé» delante de un Magistrado.

Cael dejó el sobre sellado sobre la mesa.

—Librero —dijo. No lo llamó. Lo dictó.

La luz pareció cambiar un tono. La acústica se ajustó, como si el lugar hubiera decidido escuchar mejor.

Y entonces, sin pasos, sin puerta, sin presentación, una voz salió de la sombra entre estanterías.

—Aquí no se vende nada.

La frase fue tan tranquila que dio miedo.

Una silueta se separó del fondo oscuro. No hacía falta que estuviera «bien vestido» para imponer; aun así, lo estaba. No traje de gala. No toga ceremonial. Algo intermedio: chaleco, camisa oscura, mangas arremangadas, como si trabajara con las manos, pero con un oficio que no mancha.

Su rostro no era espectacular. Era lo peor: normal. Lo suficiente para pasar por humano a un metro… y lo suficiente para que, a dos metros, tu instinto dijera «no».

Tenía los ojos de quien ha leído demasiadas verdades como para creer en la inocencia.

Bones se inclinó, teatral.

—Buenas noches, Librero. Vengo a devolverte un cliente… sin pulso.

El hombre lo miró con una calma clínica.

—No tengo clientes. Tengo deudas.

Cael no se movió.

—Beaumont.

Una pausa. Mínima. Como si el nombre tuviera que pasar por un filtro.

—Llave —añadió Cael.

La sombra de una sonrisa cruzó los labios del Librero. No llegó a ser sonrisa.

—La gente siempre muere por lo mismo: por pensar que las puertas son suyas.

Andrea tragó saliva.

—¿Quién eres?

El Librero lo miró por primera vez. Solo un segundo.

—Nadie.

Y ese «nadie» sonó a rango.

Cael dejó caer el siguiente dato como quien lanza un cuerpo sobre la mesa.

—4:10.

La lámpara vibró un milímetro.

Lola sintió el tirón en el estómago, como si el número fuera un dedo dentro.

El Librero respiró hondo. El aire olió a tinta, más fuerte.

—Esa hora no es un reloj —dijo—. Es una cerradura.

Bones soltó un «uh» admirativo.

—Mira, qué bonito. El hombre habla como si tuviera un diccionario de metáforas. ¿Te has planteado escribir poesía? Bueno, no. Mejor no. Ya bastante trauma tenemos.

Cael no desvió el hilo.

—Séptima Cámara.

El Librero se quedó quieto.

El silencio no fue silencio. Fue un «no» pronunciado por el lugar entero.

Andrea lo notó. Lola lo sintió como una náusea breve, un golpe de hierro en la garganta.

—Esa palabra no se dice aquí —dijo el Librero al fin, voz baja, sin amenaza explícita. Y justo por eso era amenaza.

Bones alzó las manos, inocencia falsa.

—Tranquilo, cariño. No la hemos dicho. La ha dicho el aire.

Cael avanzó medio paso.

—Necesito ruta.

El Librero ladeó la cabeza.

—Necesitas permiso. Y tú no vienes a pedirlo. Vienes a exigirlo.

—Vengo a reclamarlo —corrigió Cael—. Hay un crimen. Hay residuo. Hay ley manchada.

El Librero soltó una exhalación, casi una risa sin calor.

—Siempre que alguien dice «ley manchada» está intentando que yo haga de jabón.

Andrea intervino, por fin, con estructura.

—Esto no es un favor. Es una diligencia. Si existe circuito, existe sistema. Y si existe sistema, existe responsabilidad.

Bones lo miró con orgullo ridículo.

—Mira, Volpi. Ya sueltas frases como si fueras funcionario. Qué rápido se pudre el alma.

El Librero observó a Andrea como quien mira un documento que pretende ser válido.

—Responsabilidad… —repitió—. Qué palabra tan humana. Y no tenéis ni idea de lo que significa.

Su mirada se desplazó, lenta, hasta Lola.

Y el aire cambió.

No hubo música. No hubo trueno.

Solo una presión en las sienes de Lola, un latido raro en los dientes, como si el lugar se hubiera alineado alrededor de ella.

Andrea se colocó a su lado por instinto. No romance. Reflejo. Equipo.

Bones, por primera vez, no hizo chiste inmediato. Se quedó midiendo la escena con ese hueco de humor que delata miedo.

Cael no dijo nada. Esperó. Porque a veces, en el mundo arcano, el que más manda es el que sabe callarse.

El Librero miró a Lola como si le estuviera leyendo el apellido en el interior del hueso.

—Hidalgo —murmuró, y la palabra tuvo filo. No insulto. Diagnóstico.

Lola sostuvo la mirada.

—¿Qué sabes?

El Librero parpadeó despacio. Como quien decide cuánto daño hacer con una frase.

—Sé que Beaumont no acabó en el muelle por azar.

Cael se tensó.

—Habla.

—A Beaumont no lo cazaron —dijo el Librero—. Lo entregaron.

Andrea sintió un frío en el estómago.

—¿Cómo… «entregaron»?

El Librero apoyó dos dedos en la mesa, sin tocar el sobre.

—La gente cree que el muelle es origen. Escenario final. Sangre, agua, fiesta, cadáver. —Alzó la vista—. Pero el muelle fue un punto de lectura. Un mensaje. Un «mira lo que puedo hacer» escrito para que alguien lo encontrara.

Lola tragó saliva. El ozono le raspó la nariz, como si el aire recordara la escena de Ulises.

Bones habló muy bajo:

—Propaganda, pero con cadáver.

El Librero lo escuchó. No lo miró.

—Exacto.

Cael dio otro paso.

—¿La ruta?

El Librero sonrió sin sonrisa.

—La ruta existe. Lo que no existe es sobrevivirla siendo idiota.

Andrea apretó la mandíbula.

—¿Qué quieres?

El Librero levantó la mano, como si fuera a pedir dinero… y pidió algo peor.

—Quiero un nombre.

Bones soltó un bufido.

—Siempre igual. En este mundo no se compra nada con tarjeta. Todo es con sangre o con chisme.

Cael no vaciló.

—No.

El Librero lo miró con calma cruel.

—Entonces no quieres una ruta. Quieres un milagro. Y en este mundo, todo se paga, por muy Magistrado que seas de la Corte…

Silencio.

Lola sintió el tirón interno otra vez. La cuerda.

Y, sin darse cuenta, dio un paso hacia la mesa.

La lámpara no parpadeó. La caja registradora hizo un *clic* suave, como si hubiera registrado algo.

El Librero bajó la mirada a sus zapatillas, a la sudadera bajo la túnica. A su «ruido humano». Y aun así, su voz no salió con desprecio por la ropa.

Salió con algo peor: certeza.

—¿Sabes cuál es el problema de los que vienen aquí? —preguntó —. Vienen a preguntar.

Lola lo miró, seca.

—Yo no sé ni lo que estoy haciendo aquí.

El Librero levantó la vista.

Sus ojos se clavaron en los de ella como una firma.

—Sí lo sabes.

Andrea sintió un tirón en el pecho. Quiso interponerse. No lo hizo. No porque no quisiera, sino porque el lugar lo habría convertido en papel mojado.

Bones tragó aire inexistente.

Cael, por primera vez, se quedó quieto de verdad.

El Librero habló despacio, sin elevar la voz, como si dictara un auto.

—Tú no vienes a preguntar.

La bodega pareció inclinarse un milímetro hacia Lola.

El espejo flotante vibró.

Y Lola sintió el zumbido en los dientes como si alguien, desde dentro de su sangre, hubiera respondido.

El Librero remató, sin emoción visible:

—Tú vienes a abrir.

Y en ese instante, el instante quedó como una puerta con sello.

No con ruido.

Con sentencia.

38
La cerradura de las 4:10
Una semana antes

Una semana después, Ulises Beaumont ya no dormía. Hacía pausas.

No era lo mismo. Dormir implicaba rendirse, bajar la guardia, permitir que el cuerpo hiciera lo que el cerebro no quería. Lo suyo era otra cosa: quedarse sentado en el borde de la cama, con la espalda curvada como una pregunta, los ojos clavados en una esquina del estudio donde la humedad había dibujado un mapa sin continente. Parpadeaba. Respiraba. Se obligaba a tragar saliva. A veces cerraba los ojos dos segundos y, en ese hilo mínimo de oscuridad, el mundo intentaba colarse con lo peor.

A esa hora —siempre a esa hora, siempre entre las tres y las cinco— la ciudad de Jerez se volvía un animal viejo: crujía, olía a calle mojada y a basura reposada, y el silencio tenía ese fondo de motores lejanos que te recuerda que todo continúa aunque tú te estés pudriendo por dentro.

El estudio era minúsculo, barato y triste. Paredes con humedad vieja, persiana medio bajada, ventana a un patio interior donde no ocurría nada salvo el goteo de una tubería. La luz de una farola entraba en diagonal y se partía en el polvo como una cuchilla. El aire estaba cargado de tabaco frío, sudor seco y colonia barata: el recuerdo pegado de una noche que Ulises había intentado convertir en moneda. Había hecho lo que hacen los desesperados: pagar con carne para que le vendieran verdad.

En la mesa, junto a una taza con posos de café negro como alquitrán, descansaba su libreta. La de siempre. La que nunca dejaba a la vista cuando alguien entraba, aunque ese «alguien»

fuese una mujer que solo quería cobrar y marcharse. La cubierta asomaba un borde gastado, mordido por dedos nerviosos y por el tiempo. En el lomo, casi borrado, el mismo arranque de frase que parecía reírse de él: «Fragmento 7: Rituales de Corrom…».

Ulises la miró como se mira una herida que no cierra.

Y, sin saber por qué, le zumbó la mandíbula.

No fue dolor. Fue señal. Un cosquilleo en los dientes, una vibración mínima como si alguien hubiera pasado una lima por dentro del esmalte. Ese tipo de sensación que, si eres humano y corriente, atribuyes a los nervios; y si eres algo más —si has crecido escuchando la palabra "Ley" con otro significado— la reconoces como lo que es: residuo.

Ulises tragó aire despacio. El aire le supo a metal.

—No me queda tiempo —murmuró, y su voz sonó ajena, como si la hubiera dicho el cuarto.

En el suelo, junto a la cama, había una camisa tirada. En la silla, una gabardina oscura, gastada por el uso, con el cuello alzado como un gesto defensivo. Entre papeles y colillas, el estudio parecía un laboratorio de obsesión más que un hogar. No había orden limpio; había orden nervioso. Pilas de folios con anotaciones, recortes de prensa vieja, mapas impresos con círculos dibujados a mano, direcciones de bodegas, nombres tachados con rabia.

Y en el centro de todo, como un ojo que no parpadea, el reloj de bolsillo.

Ulises lo había abierto y cerrado tantas veces que el metal ya no estaba frío; estaba cansado.

Miró la hora. 3:27.

Volvió a cerrar el reloj, como si cerrarlo pudiera cerrar también la sensación que le subía desde el estómago cada vez que pensaba en lo mismo.

Porque había algo peor que la falta de sueño: la certeza de estar siendo empujado.

No con manos. No con amenazas directas. Con coincidencias.

Con frases sueltas. Con rutas que aparecían demasiado fáciles. Con nombres que se repetían como si el mundo tuviera una agenda y él fuera el punto marcado en rojo.

La semana anterior, Sheila le había dicho una frase que se le había quedado clavada en la boca como una astilla.

«Tú no quieres un objeto; tú quieres deshacer algo».

Ulises había fingido que no le importaba. Había hecho lo que hacen los hombres que no soportan ser leídos: se había puesto la máscara del frío, la del «solo hago preguntas». La había echado deprisa, con billetes en la mano y una puerta cerrándose antes de que el espejo le devolviera una cara más verdadera de lo que soportaba.

Pero la frase no se había ido.

Ahora le volvía con la misma insistencia con la que le volvía ese zumbido en los dientes.

Y, sobre todo, con la misma insistencia con la que le volvía el número.

4:10.

No lo había soñado. No lo había imaginado. No era una casualidad bonita.

Había aparecido.

Primero, en un papel doblado dentro del buzón del portal, sin sello, sin remitente. Un trozo de hoja arrancada de algún cuaderno escolar, con un trazo firme que no era el suyo: 4:10.

Después, en un mensaje sin número, un aviso de esos que duran lo justo para que la realidad te dé tiempo a sentir el golpe: «4:10».

Y luego, en boca de Sheila, como si ella lo hubiera pronunciado para comprobar qué hacía su cuerpo al escucharlo.

Ulises recordó ese instante con una nitidez sucia: la luz mala del bar, el vaso pegajoso, el ruido de una tragaperras al fondo, el olor a fritanga vieja, y esa cifra saliendo de sus labios como si fuera una dirección.

En cuanto la oyó, le dio una náusea breve. Una presión en las sienes. Un sabor metálico en la lengua, como si la cifra estuviera hecha de hierro.

Sheila lo vio. No hizo preguntas. Se limitó a decir:

—No me mires así. Yo solo transmito.

Ulises apretó la mandíbula.

—¿Transmites de quién?

Sheila encendió un cigarro con calma práctica.

—Del que paga. Del que manda. Del que sabe.

—¿Cómo se llama?

Ella sopló humo.

—Los nombres son para los que creen que la verdad se sostiene con etiquetas.

Ulises había querido romper algo. A ella. A sí mismo. A la mesa. Pero no lo hizo. Porque él no estaba allí para ganar un pulso moral. Estaba allí para comprar una pieza.

Y la pieza siguiente había sido el intermediario.

Un anticuario en una calle estrecha de Jerez, una fachada humana que vendía relojes viejos y estampitas, y una trastienda donde el aire olía a cuero y a tinta como si el tiempo se hubiera quedado sin lavarse las manos. El tipo —un hombre de manos nerviosas y sonrisa falsa— no había dicho «magia». No había dicho «Corte». No había dicho «Guardia Arcana».

Había dicho «discreción» con la misma solemnidad con la que un notario dice «firme aquí».

Ulises recordaba el momento exacto en que vio la caja.

No era espectacular. Eso era lo peor.

Una caja de madera oscura, pequeña, con un cierre metálico sin adorno.

El tipo la abrió con dedos que temblaban lo justo para delatar que entendía el riesgo.

Dentro, envuelta en un paño, estaba la llave.

Ulises no la tocó al principio. No pudo. Fue un gesto de supervivencia: el cuerpo advirtió antes que la cabeza. Porque el zumbido volvió, más fuerte, y por un segundo el mundo se estrechó como si alguien hubiera apretado las paredes desde fuera.

El tipo habló rápido, como quien quiere acabar cuanto antes.

—No es una llave de puerta. No seas idiota.

Ulises lo miró con odio.

—¿Entonces qué es?

El tipo tragó saliva.

—Es… acceso.

Ulises sintió el metal en la garganta.

—¿Acceso a qué?

El intermediario sonrió con una amabilidad que daba asco.

—A lo que tú crees que buscas.

Ulises comprendió tarde lo que estaba pasando. Porque en el fondo, en el borde del paño, había un grabado minúsculo. No un logotipo. No un sello humano. Una runa.

Y al verla, su lengua se volvió más metálica todavía.

El intermediario sacó un sobre gris, sellado con cera plomiza. No era rojo. No era negro. Era ese gris de plomo derretido que no parece natural.

—El pago —dijo.

Ulises apretó los dedos.

—¿Cuánto?

El tipo soltó una risa nerviosa.

—No es dinero.

Ulises lo miró como se mira a alguien que juega con fuego.

—Entonces dime qué quieres.

El intermediario, sin perder la sonrisa, dejó caer la frase como si fuera un trámite:

—La hora.

Ulises parpadeó, confundido.

—¿Qué hora?

El tipo se inclinó, bajó la voz.

—4:10.

Ulises sintió la náusea otra vez, más intensa, como si el número no fuera información, sino instrucción.

El intermediario se apresuró a cerrar la caja, como si la llave mordiera.

—No te la quedas si no prometes estar donde debes a esa hora.

Ulises quiso preguntar «dónde», pero algo en su estómago le dijo que ya lo sabía. O, peor, que lo sabría cuando fuera tarde.

Pagó con billetes al final —porque los humanos siempre creen que el dinero arregla el mundo—, pero se llevó la caja sabiendo que el precio real no era económico. Era de otra naturaleza: el tipo de precio que se paga con destino.

De vuelta en el estudio, Ulises intentó «ensayar».

Bajó a un túnel de servicio húmedo, un acceso viejo con puerta de hierro y cal en las paredes. Se convenció de que aquello eran catacumbas, que la ruta estaba bajo piedra, que él era lo bastante listo como para saltarse el teatro de la noche. Se plantó ante una cerradura oxidada y sacó la llave con manos sudadas.

La llave no encajó en la cerradura.

No encajó… y, aun así, todo encajó.

Porque el zumbido se apagó de golpe. El aire se retrajo un segundo como si el pasillo hubiera contenido la respiración. La luz de la linterna tembló, no por fallo eléctrico, sino por algo más íntimo: como si el lugar hubiera decidido que esa luz era demasiado humana.

Ulises notó una palabra en la nuca. No una voz. No un susurro. Una idea que no era suya.

Competencia.

Se apartó de la puerta como si le hubiera quemado. Volvió a casa con los dedos entumecidos. Sin abrir nada. Sin haber entrado a ninguna catacumba. Y con la certeza de haber rozado otra capa de realidad.

Eso lo excitó.

Eso lo aterrorizó.

Porque el mundo no le estaba mostrando un camino para que él lo dominara. Le estaba enseñando un camino para que él lo recorriera… como una rata en un laberinto.

Ulises lo sabía.

Y aun así siguió.

En la madrugada del sexto día, volvió a mirar el reloj de bolsillo por enésima vez. 3:54.

Se levantó de golpe, como si el cuerpo hubiera obedecido antes de que él decidiera. Se lavó la cara con agua fría, se miró un segundo en el espejo manchado del baño, y no se reconoció.

Tenía la mirada de alguien que ya no vive en el presente, sino en una sola idea.

Se vistió despacio. Gabardina. Cuello alzado. El amuleto en la muñeca, runas grabadas. La libreta en el interior de la gabardina, tapada como si fuera un órgano expuesto.

Y la llave.

La sacó de la caja, la sostuvo en la palma, y sintió lo que no quería admitir: el metal le respondía como si lo conociera.

Ulises cerró los dedos alrededor de ella.

—No me vais a utilizar —susurró.

El estudio no contestó. Pero el aire olió a ozono, como tormenta sin cielo.

Ulises se sentó a la mesa una última vez. Abrió su diario. No la libreta del Fragmento 7, sino el cuaderno donde dejaba lo que no se decía en voz alta. Ese cuaderno tenía otra textura: la de las confesiones sin testigos.

La luz de la farola le cortaba la cara por la mitad.

Cogió el bolígrafo. La tinta tardó una fracción de segundo en salir, como si el papel dudara de merecerla.

Ulises escribió con pulso sorprendentemente firme, como quien firma un testamento:

«He conseguido la llave.»

Se detuvo. Tragó saliva. El zumbido en los dientes volvió un instante, leve, como advertencia.

Siguió.

«No es una llave de puerta. Es una llave de capa.»

Le tembló la mano. No por miedo físico. Por lucidez.

Se obligó a continuar, apretando el bolígrafo hasta que el dedo se le puso blanco.

«Me han fijado la hora: 4:10.»

La cifra quedó en el papel como una mancha negra. Una orden disfrazada de número.

Ulises respiró hondo. Y entonces escribió la frase con la que pretendía dejar una verdad clavada para quien viniera después, para quien tuviera ojos capaces de leer sin mentirse:

«Si me matan, no fue por la llave. Fue por lo que abre.»

La última palabra le pesó en la mano, como si acabara de nombrar algo que el mundo prefiere no tener nombrado.

Cerró el cuaderno despacio.

Lo escondió bajo una tabla suelta del suelo, un hueco que nadie miraría a menos que supiera que existe.

Y, durante un segundo, se quedó quieto en el centro del estudio.

La ciudad seguía respirando. El patio interior seguía goteando. La farola seguía parpadeando con pereza.

Ulises Beaumont, sin embargo, ya estaba en camino.

Miró el reloj de bolsillo una vez más.

4:06.

Guardó la llave en el bolsillo interior, sintiendo el metal como una lengua fría contra el pecho.

Y antes de abrir la puerta, con el estómago apretado por la certeza de que alguien estaba esperando al otro lado de esa hora, murmuró para sí, casi con desprecio, como si insultara a la propia idea de destino:

—Si esto es una trampa… que al menos sea una trampa grande.

El zumbido en los dientes se apagó.

Y el aire, por primera vez en toda la semana, olió a noche limpia.

Como si el mundo hubiera firmado que ya no había vuelta atrás.

39
HERMANO

No era silencio.

Era orden.

Ese tipo de orden que no se consigue barriendo ni colocando libros por color, sino amputando el ruido del mundo a dentelladas. El tipo de orden que se mete en la cabeza como un clavo y te deja una sola opción: obedecerlo o partirte.

Él lo llamaba disciplina, porque llamarlo «mandato» le daba náuseas. Llamarlo «compulsión» era admitir que no mandaba ni sobre su propia respiración. Y él podía soportar muchas cosas —la sangre, la humedad, el hedor humano a alcohol dulce y culpa agria —, pero no soportaba la idea de ser un hombre empujado.

El cuarto donde se preparaba era pequeño. Funcional. Una habitación sin épica. Una mesa. Una luz fría. Un armario metálico. El suelo limpio, sin manchas, como si el mundo allí no se atreviera a sangrar. Había una pulcritud que no era de higiene: era de amenaza. Como si el espacio tuviera protocolo, como si el aire supiera cuándo debía callarse.

En el centro de la mesa, alineados con una precisión que no dejaba hueco a la casualidad, descansaban los objetos. Paño oscuro. Guantes. Un recipiente de vidrio con tapa. Cera plomiza —gris, no roja; gris como plomo rendido—. Una pieza de metal antiguo que parecía haber nacido en una época donde la gente no necesitaba justificar nada ante nadie.

La llave.

No era suya. No todavía. Pero ya la sentía como se siente una muela antes de que duela: un foco en la boca, un punto de presión

en la mandíbula. Le zumbaban los dientes cuando la miraba, y esa vibración mínima lo enfurecía más que cualquier insulto.

Porque el zumbido era aviso.

Y a él no le gustaba que le avisaran.

Se puso los guantes con calma. No por limpieza, sino por respeto al procedimiento. Se obligó a seguir el orden exacto: dedo a dedo, tirón preciso, ajuste sin arrugas. En su cabeza, una frase se repetía sin pedir permiso. No la había inventado él; le llegó como llegan las malas ideas cuando ya no te queda defensa.

La desviación se corrige.

Parpadeó. La frase se quedó un segundo suspendida entre el pensamiento y el aire, como si el cuarto la hubiera escuchado. Notó un pinchazo detrás de los ojos. Una presión suave en la nuca, como un dedo invisible marcándole el sitio.

No era miedo. Era… competencia.

No la palabra. La sensación. Ese «aquí no mandas tú» escrito en el cuerpo.

Él apretó la mandíbula. Ajustó la correa del reloj. Comprobó la hora.

3:58.

Lo que venía después no era caza. No era improvisación. Era el despliegue de una rutina con hambre. Y él, por mucho que se contara otra historia, ya sabía la verdad: no era libre. Era una herramienta con conciencia. Lo bastante despierta como para sufrirlo.

Se inclinó sobre la mesa y acercó la nariz al paño. Olía a tinta vieja. A cuero húmedo. A hierro frío.

Archivo.

El pensamiento le cruzó como una sombra. Archivo era lo que él hacía: no matar, sino archivar el ruido. Convertir lo vivo en expediente cerrado.

Y sin embargo… a veces, como una astilla, le entraba una imagen que no encajaba con el hombre que se había obligado a ser.

Un pasillo.

Una casa.

La luz amarilla de una lámpara de techo.

Una puerta a la derecha.

Y la sensación, casi física, de que alguien caminaba detrás de él.

No una presencia ajena. Una presencia familiar. Un peso en el aire que no asusta: acompaña.

No pienses en eso.

Se lo ordenó a sí mismo con la misma dureza con la que ordenaba el resto. Porque cuando aparecía ese pasillo, aparecía también la palabra que le partía la lengua en dos.

«Herm…»

La cortó.

La arrancó de raíz.

Se enderezó. Cogió el móvil. No buscó música en Spotify. No quería listas. No quería aleatorio. Quería una pista exacta. Un tramo. Un corte. Algo que hiciera de cerradura.

La música no era disfrute. Era herramienta.

Cuando la puso, el cuarto cambió de densidad. No por volumen, sino por intención. El aire tomó ese olor a ozono que llega después de un relámpago que no se ha visto. Le supo la lengua a metal. Sintió, por fin, que todo encajaba en el sitio correcto dentro de su pecho.

Como si la melodía le alineara la sangre.

Como si, durante unos minutos, el mundo entero estuviera dispuesto a obedecer.

Salió del cuarto sin apagar la luz. No por descuido. Por desprecio. Como si el mundo tuviera que aprender que él podía irse y dejar la claridad encendida sin que eso significara nada.

En la calle, el aire era una mezcla sucia de noche gaditana: salitre, orín seco, gasolina vieja y el perfume barato que dejan los cuerpos cuando ya no distinguen la alegría de la fuga. Condujo sin radio. Solo la música, baja pero firme, pegada al oído como una orden.

No pensó en el muelle como un lugar. Pensó en él como se piensa en una mesa de autopsias: superficie, borde, contorno, ángulo de luz. Un escenario.

Y pensó en la hora.

4:10.

No era una hora. Era un sello.

A las 4:08, ya estaba allí.

El muelle de El Puerto se le presentó con su fealdad habitual: adoquines húmedos, bruma como gasa pegada al suelo, el murmullo del Guadalete como una vena negra. A lo lejos, «La Cristalera» escupía decibelios con esa alegría desesperada de la ciudad cuando no quiere mirarse a la cara. Había risas, cuerpos tropezando, voces que se desgarraban en palabras sin significado. El mundo humano giraba en su propio carrusel de ruido.

A él le gustaba eso.

El ruido era cortina. El ruido era ceguera. El ruido era impunidad sin necesidad de pactos.

Ajustó el guante de la mano derecha. Respiró. Notó el ozono más intenso. Miró el reloj.

4:09.

Esperó sin moverse. Porque moverse antes era quebrar la forma. Y él no quebraba la forma.

4:10.

En ese instante exacto, la presión en la nuca cedió.

Como si alguien —algo— hubiera retirado el dedo.

Ahora.

Él no sonrió. La sonrisa era humana. Pero sintió un alivio seco, químico, como el primer trago de agua cuando llevas horas sin beber. No alivio moral. Alivio de cumplimiento.

La víctima estaba allí. Ulises Beaumont.

Él lo había observado sin que lo miraran. No una vez. Varias. Porque el error humano siempre cree que la paranoia es exageración hasta que le ponen una mano en el hombro y ya no hay vuelta atrás. Beaumont tenía esa fiebre de los obsesivos: ojos sin sueño, piel más pálida de lo normal, manos nerviosas, un amuleto vivo en la muñeca que respiraba como una herida. Una libreta escondida como si guardara la única verdad del mundo.

Y, sobre todo, una cosa en el bolsillo interior que pesaba más que su cuerpo.

La llave.

Beaumont se giró al oírle. Los humanos siempre se giran demasiado tarde. Pero Beaumont no era completamente humano. Tenía instinto. Tenía esa manera de tensarse como si el aire le hubiera hablado antes de que nadie abriera la boca.

Él dejó que el miedo de Beaumont hiciera su trabajo. Lo miró sin prisa. Esa calma era su firma. La prisa es para los que dudan. Para los que improvisan. Para los que aún creen que esto es un crimen.

Esto no era un crimen.

Era una corrección.

Beaumont habló. Él escuchó con paciencia de funcionario. Promesas, condiciones, exigencias. Todo ese teatro de «trato» que la gente hace cuando no entiende que hay cosas que no se negocian. Beaumont elevó la llave como si el metal pudiera protegerlo.

Y entonces, cuando Beaumont la mostró, a él le zumbó la mandíbula con una violencia casi obscena.

El metal tenía runa.

El metal tenía historia.

El metal tenía… autoridad.

Sintió una irritación fría subirle por el estómago. No soportaba esa sensación de ser juzgado por un objeto. La runa, minúscula, era un ojo.

Beaumont pidió el fragmento del grimorio. Beaumont habló de cambiar reglas, de liberarse de restricciones, de saltarse estructuras. Beaumont se creyó protagonista.

Él escuchó todo eso como se escucha el balido de una oveja antes del matadero: con una mezcla de desprecio y lástima, pero sin detener el trabajo por ello.

Cuando decidió que bastaba, encendió la runa en la palma.

No brilló como luz: palpitó como órgano.

El púrpura vivía.

En cuanto la runa latió, Beaumont sintió el tirón mental. Y él sintió el placer de la herramienta funcionando. No un placer sucio, sino funcional. El placer de que el procedimiento responda.

La intrusión era un delito. Lo sabía. Lo sabía como se sabe que un cuchillo corta.

Y le dio igual.

Porque la Ley —esa Ley que le apretaba la nuca— no parecía quejarse de esa clase de delito. Le exigía otra cosa: resultado.

Beaumont intentó defenderse. Chocaron voluntades, y durante unos segundos el aire se volvió agua. Denso. Pesado. La bruma se pegó a la piel con intención. Él notó cómo la presión en su pecho se afinaba. La música, allá dentro de su oído, marcaba el ritmo como un metrónomo de liturgia.

Beaumont disparó una piedra-linterna. Un destello blanco cortó la noche. Y por un segundo, el mundo humano casi lo rozó. Casi.

Él retrocedió lo justo para que el gesto pareciera humano.

Luego dejó que el procedimiento se encargara.

No tuvo que sacar un arma. No tuvo que correr. No tuvo que mancharse las manos con un cuchillo.

Solo inclinó la intención.

Y el cuerpo de Beaumont obedeció al castigo.

El dolor en la pantorrilla lo derribó. El suelo lo recibió con esa humedad sucia del muelle. Beaumont cayó de rodillas como cae la fe cuando te das cuenta de que no eres el héroe de tu historia.

Él se acercó.

Y el aire olió a sangre y ozono.

Beaumont intentó arrastrarse. Patético. Humano.

Entonces él apretó la presión sobre el pecho.

No faltaba aire: le robó el derecho a usarlo.

Eso era elegante. Eso era limpio. Eso era, además, exacto.

La discoteca seguía tronando. Nadie miraba. Nadie escuchaba el jadeo de un hombre al que estaban matando sin manos visibles. El mundo humano es experto en mirar sin ver. Y él siempre lo había agradecido.

Beaumont habló entrecortado. Negó someterse. Amenazó con haber destruido información.

Él lo escuchó con una calma que no era calma: era superioridad administrativa.

—Mientes —pensó, pero no lo dijo en voz alta. La voz humana era innecesaria.

Lo importante era lo siguiente.

El agua.

El agua era obediente cuando la Ley lo permitía.

Él extendió la voluntad hacia el borde del muelle y sintió el Guadalete como una masa lista. No era un río. Era un instrumento.

El agua se levantó en forma de manos.

No manos bonitas. Manos de líquido negro, densas, frías, con esa violencia de lo inevitable.

Beaumont ahogó un grito.

El agua entró por boca y nariz, y el primer contacto fue helado. El segundo fue invasión. Un fuego helado en la tráquea. Beaumont convulsionó.

Él observó sin pestañear.

No porque fuera valiente.

Porque pestañear era perder detalle, y él había sido educado —o programado— para no perder detalle.

Cuando el cuerpo de Beaumont se rindió, cuando el aire se transformó en gorgoteo, cuando la sangre salió por la nariz y manchó la sal de la noche, él se inclinó.

Y le susurró algo que no era una amenaza, sino una firma:

—Gracias.

Beaumont murió con los ojos abiertos.

El agua se retiró lentamente, como quien recoge el brazo después de escribir una frase.

Y entonces llegó la parte obscena.

La que lo volvía todo irrefutable.

No bastaba con matar.

Había que saquear.

Él pronunció la última runa, y el aire se llenó de ozono quemado, como papel chamuscado después de una tormenta. Sintió un tirón, no en su cuerpo, sino en el borde del mundo. Un "algo" intangible se soltó del cadáver como se suelta una uña cuando te la arrancan con herramientas.

Beaumont dejó un recuerdo atrás.

Él lo tomó.

Y en ese recuerdo vio destellos: una bodega, una trastienda, un sobre con cera gris, un anticuario nervioso, una cifra escrita como

instrucción.

4:10.

Y una palabra que no estaba en el cuerpo, pero sí en el fondo del acto, como un sello en la historia:

Librero.

La palabra le supo amarga.

No por miedo a lo que significaba, sino por el tipo de puerta que implicaba. Porque había puertas que se abrían con metal y otras que se abrían con nombres. Y él estaba, lo quisiera o no, caminando hacia una ruta que le olía a capa profunda.

A algo que no debería tocar.

Eso lo enfureció.

Porque él no quería tocarlo.

Él quería cerrarlo.

Se agachó sobre la mano de Beaumont. La llave estaba apretada en un gesto desesperado, como si el muerto aún quisiera protegerla. Él la arrancó de un tirón. La articulación crujió. El sonido fue seco, administrativo.

Guardó la llave en el interior del abrigo.

Y cuando el metal rozó su pecho, sintió por primera vez una descarga mínima, casi insultante.

Como si la llave… lo rechazara.

Como si el objeto tuviera memoria y esa memoria dijera "no".

Él apretó los dientes.

No toleraba el «no».

Se alejó sin prisa. La prisa es para los que temen. Los borrachos seguían existiendo a lo lejos. El mundo humano siguió girando sobre su propia estupidez. La noche cubrió el cadáver como cubre todo lo que no quiere mirar.

En la calle lateral, ya lejos del muelle, el ozono se disipó poco a poco. La música siguió baja, marcándole el pulso, pero en su cabeza empezó a abrirse otra cosa.

Una grieta.

Porque en el momento exacto en que el recuerdo de Beaumont se asentó en su mente, algo se desordenó.

No un pensamiento. Una imagen.

El pasillo otra vez.

La lámpara amarilla.

La puerta a la derecha.

Una risa pequeña, infantil, sin maldad.

Y una voz que decía su nombre —o el nombre de otro— con un tono que no tenía nada que ver con la Corte, ni con el procedimiento, ni con la Ley.

Era una voz doméstica.

Humana.

La clase de voz que te convierte en alguien antes de que el mundo te convierta en herramienta.

Él frenó un segundo, de pie en mitad de la calle.

El aire se quedó quieto.

El zumbido en los dientes volvió, pero no como aviso: como dolor.

Sintió una presión en el pecho que no era magia. Era memoria.

Y la palabra apareció sola en su cabeza, como un fallo del sistema, como una frase que no debería existir en su vocabulario actual.

«Hermano…»

No lo completó.

No pudo.

La sílaba final se le quedó atrapada en la garganta mental, donde se quedan las cosas que duelen demasiado como para ser pronunciadas.

Él apretó el abrigo sobre la llave, como si apretarla pudiera devolverle el control.

La noche siguió respirando.

Y él, con la mandíbula tensa y el metal en el pecho como una sentencia, continuó andando.

Porque el procedimiento siempre continúa.

Aunque dentro, por primera vez en mucho tiempo, algo hubiera intentado llamarlo por su verdadero nombre.

40
OBEDIENCIA

La vuelta a la Corte no era regresar a un lugar: era regresar a una norma. A esa clase de norma que no te pregunta si vienes bien, si has comido, si te da miedo. La Corte no tenía empatía; tenía competencia, sello y jerarquía. Y la jerarquía —como el hierro— siempre deja olor en los dedos, aunque no la toques.

El marco del espejo del cementerio los escupió con la misma indiferencia con la que un registro escupe un folio mal grapado: caída mínima, aire que cambiaba de textura, un golpe seco en el estómago como si el cuerpo entendiera antes que la cabeza que acababan de cruzar una frontera administrativa. En cuanto los pies pisaron el primer pasillo, el mundo humano quedó atrás como un mal sueño lleno de ruidos inútiles. Aquí, el ruido era otro: el raspado de plumas contra piedra, el golpe de sellos, el murmullo bajo de colas interminables. Un Estado paralelo funcionando sin descanso, con la pulcritud siniestra de un juzgado a las tres de la mañana… y la solemnidad impúdica de las catacumbas del Vaticano, pero sin necesidad de Dios.

A Lola le volvió el zumbido en los dientes. No fuerte. No suficiente para quejarse. Lo justo para recordarle que el aire tenía dueño.

Andrea caminaba un paso por detrás de Cael Vesper, como si la distancia fuera una forma de respeto… o de prudencia. A cada tramo, su mirada se movía con esa rapidez de jurista que intenta sobrevivir al caos convirtiéndolo en esquema: rótulos, accesos, guardias, colas, puertas con marcas circulares en el suelo que parecían sellos y, por tanto, competencias. Si había sello, había ley. Si había ley, había un modo de no volverse loco.

Bones iba a su lado con la túnica abierta y los zapatos de señorito impecables, como si el Apocalipsis le pillara siempre con la suela limpia. No hablaba demasiado. No porque no tuviera ganas; porque en esa vuelta, la Corte olía a dientes.

—No os relajéis —murmuró, sin teatralidad—. El que se relaja aquí acaba firmando cosas que no sabe leer.

Cael no se giró. Su presencia iba abriendo el pasillo como una orden. No imponía por espectáculo: imponía por función. Era la clase de hombre que no necesitaba elevar la voz para que el mundo se callara.

—Caminad —dijo, y sonó a instrucción de diligencia, no a consejo —. Y no miréis a los funcionarios. Si os miran ellos, os registran. Si os registran, os clasifican. Y si os clasifican… ya no sois personas. Sois objetos del mundo arcano.

Bones soltó un aire que no llegó a carcajada, pero sí a comentario.

—Qué bonito… Precioso… Aquí el «buenos días» es un acta.

Lola tragó saliva. La antesala principal se abría delante como una estación de tren construida por alguien que odiaba la alegría: piedra oscura, vidrio negro, metal viejo. Colas imposibles. Papeles que parecían vivos, con tinta moviéndose como si respirara. Funcionarios espectrales sin rostro claro: manos con sellos, ojos que no eran ojos sino manchas de tinta bajo el velo de una capucha administrativa. Sus voces, neutras, tenían el mismo tono que una ventanilla humana cuando te dice «vuelva usted mañana» y te está matando sin tocarte.

Lola notó el desprecio antes de verlo. Esas miradas que no se clavan en tu cara, sino en tu existencia. Su sudadera bajo la túnica hacía que la caída del tejido no fuera perfecta; las deportivas no eran un crimen estético, pero eran un ruido humano en un sitio donde el humanismo era un chiste malo.

Un inquisidor impecable, con anillos raros que parecían más antiguos que sus dedos, la miró de arriba abajo sin hablar. No fue una mirada lasciva ni curiosa: fue la mirada de alguien que detecta una infracción en el aire.

Bones se adelantó medio paso y sonrió como quien presenta una demanda con veneno.

—Disculpen los picapleitos mágicos —dijo, suave—. La muchacha viene del mundo donde la gente trabaja, suda… y no le da tiempo a jugar al «quién lleva la toga más cara».

La mirada del inquisidor no cambió. Solo parpadeó una vez, lento. Andrea sintió esa especie de rabia mecánica que le nacía cuando alguien intentaba humillar sin dar motivos. No era que Lola fuera su problema; era que la injusticia siempre le picaba en el cerebro como una espina.

—Déjalo —susurró Lola, sin mirarlo, con la barbilla alta—. No pienso pedir perdón por tener cuerpo.

Andrea la miró un segundo, sorprendido por la firmeza. Y por algo más que no supo nombrar: la sensación rara de «no la toques» subiéndole por la columna. Se colocó a su lado, sin abrazo, sin gesto romántico. Solo presencia. Un muro pequeño.

Cael los guio por un atajo. No era un pasillo secreto; era un pasillo que existía para los que tenían permiso de caminarlo. Las colas se apartaban un centímetro sin que nadie les tocara. La Corte entendía el rango como un olor.

Por el camino, el puterío fino de la Corte se deslizaba con elegancia.

Un defensor con sonrisa pulida rozó a un inquisidor.

—Te debo una.

—No —respondió el inquisidor, sin perder la sonrisa—. Me la debes ya.

Un funcionario espectral recogió un pago que no era dinero: un vial mínimo con una gota oscura, un mechón de pelo guardado en cristal, una palabra susurrada al oído que dejó al que la pronunció un poco más pálido. El Estado paralelo no estaba podrido por accidente. Estaba podrido por diseño.

Bones, sin dejar de caminar, comentó en voz baja:

—Aquí no hacen *networking*. Aquí hacen brujería de *LinkedIn*… pero con consecuencias.

Andrea soltó un bufido seco, a medio camino entre la risa y el asco.

—Es un juzgado sin derechos.

—Y con una imaginación depravada —remató Bones.

Lola no miraba tanto la arquitectura. Miraba el aire. Sentía corrientes. Pesos. Como si cada disposición inscrita en las paredes emitiera un murmullo que su piel entendía sin saber traducir. Esa receptividad suya —esa maldita forma de notar lo que otros no— volvía cada vez que alguien pronunciaba ciertos nombres.

Y esa noche, mientras atravesaban una arcada, oyó el suyo.

No alto. No como saludo.

Como escupitajo elegante.

—Hidalgo…

La palabra le golpeó la nuca. No con miedo. Con reconocimiento. Como si alguien le hubiera puesto un sello invisible en la frente.

Andrea lo oyó también. No porque le llamaran a él, sino porque Lola cambió la respiración. Ese micro-corte. Ese «me han tocado».

Se giró.

Y la vio.

Nerea Valcárcel no tenía prisa. La prisa es de quien tiene algo que esconder. Ella caminaba como si el suelo fuera suyo. No era alta por centímetros, sino por presencia. Traje negro impecable bajo la túnica, caída perfecta, cuello limpio, labios pintados con esa exactitud que parece un arma. La sonrisa no llegaba a los ojos, pero sí dominaba la sala. Los ojos de Nerea eran de fiscal: no miraban para ver, miraban para encontrar fallos.

—Señor Vesper —saludó, sin mirar a Cael a la cara como se mira a un igual; lo miró como se mira a un instrumento útil—. Qué rápido habéis vuelto.

Cael respondió sin cortesía y sin insolencia. Solo función.

—Hay trabajo.

—Siempre lo hay —dijo Nerea, y su voz era seda sobre acero.

Después, sus ojos se movieron hasta Lola. La recorrieron sin prisa. No se detuvo en la sudadera. No se detuvo en las deportivas. Eso era lo interesante: la ropa era el ruido. Lo importante era lo que había debajo del ruido.

—Y tú debes ser… —dejó la frase suspendida como si disfrutara el hueco—. La nueva.

Lola sostuvo la mirada. La presión en las sienes volvió. Como si el aire de la Corte apretara para ver si ella se rompía.

—Lola Hidalgo —respondió.

Decirlo fue como arrojar una piedra a un estanque. Hubo un microcambio alrededor. Una inclinación imperceptible de cabezas. Un murmullo que no era palabra, sino reacción.

La sonrisa de Nerea se ensanchó un milímetro. No por alegría. Por confirmación.

—Es curioso —dijo—. Otra vez ese apellido tan…

Andrea dio un paso, instintivo, antes de pensar. El gesto le salió solo. Se colocó ligeramente delante de Lola, lo justo para que se notara.

—¿Tiene algún problema con el apellido? —preguntó, demasiado seco para ser diplomático.

Bones hizo un sonido con la lengua, como si estuviera disfrutando y sufriendo a la vez.

—Volpi, no discutas con alguien que podría hacerte un informe sin mirarte. Que luego te sale caro.

Nerea ladeó la cabeza, divertida.

—¿Protocolo humano? Qué tierno —murmuró—. Aquí las preguntas no protegen. Aquí las preguntas te señalan.

Lola apretó la mandíbula. La humillación era el deporte favorito de la Corte, sí. Pero a ella le habían criado con otra clase de violencia: la doméstica, la elegante, la que te enseña a no bajar la barbilla aunque te estén desarmando.

—No he venido a gustarte. Ni a ti ni a nadie —dijo—. He venido a trabajar.

Nerea la miró como si la frase fuese un chiste.

—Claro que sí. Y también hay gente que viene a la Corte «por vocación». Qué poético.

Cael intervino. Cortante.

—Valcárcel. Estamos en diligencias. Cierra el pico.

La inquisidora no se apartó. Sonrió con educación impecable.

—No os robo tiempo, Magistrado Vesper. Solo… os recuerdo el clima.

Entonces lo soltó, como quien deja caer una gota de ácido sobre un expediente.

—Ten cuidado con la Séptima Cámara.

Lola sintió el tirón en el estómago. Ese tirón que ya había sentido ante el sello interior del *Códex*. No fue miedo. Fue llamada. Como si una parte de su cuerpo hubiese oído ese término antes de haberlo entendido.

Andrea lo notó al instante.

—¿Qué es eso? —preguntó, mirando a Nerea con odio contenido.

Nerea le devolvió la mirada con serenidad cruel.

—Una leyenda —dijo—. Y ya sabéis lo que pasa aquí con las leyendas: a veces son expedientes viejos que alguien cerró mal.

Bones carraspeó.

—Qué bonito. Una leyenda con papeleo. Eso sí que es romanticismo.

Nerea ignoró el chiste como se ignoran las moscas. Su atención estaba clavada en Lola.

—Aquí se forjan conspiraciones, Hidalgo. No en tabernas. No en callejones. En pasillos como este. Con sonrisas como esta. Y cuando menos te lo esperas… eres el objetivo de alguna.

—¿Me estás amenazando? —preguntó Lola, sin alzar la voz.

Nerea sonrió un poco más, como si le encantara la ingenuidad de la pregunta.

—No. Te estoy adiestrando. Eres un pequeño perrito callejero que cree que puede jugar a ser Jurista de este mundo. Retírate…

Se acercó lo suficiente para que Lola oliera su perfume: caro, seco, con un fondo metálico que le recordó, por asociación absurda, al hierro frío de los sellos. Y al ozono. Y a la sangre.

—La Corte no ama a las anomalías —susurró Nerea—. Las cataloga. Las usa. O las destruye.

Andrea apretó los puños. No entendía por qué le hervía así la sangre. No era su vida. No era su familia. Era una chica que había conocido hacía… nada. Y aun así, estaba ahí, con el instinto de un perro cuando le van a patear al compañero.

—¿Y qué cojones te importa a ti? —escupió, incapaz de contenerse.

Bones abrió la boca para decir algo, probablemente una barbaridad elegante, pero Cael lo frenó con una mirada. Cael no necesitaba humor para cortar. Era bisturí.

—Volpi —dijo—. Contrólate.

Andrea se obligó a respirar. Lola le tocó el antebrazo con dos dedos, apenas un gesto, pero le bastó para volver a su sitio. Para decirle sin palabras: «no lo empeores».

Nerea, lejos de ofenderse, pareció disfrutar.

—Me encantan los protectores improvisados —dijo—. Siempre creen que el sistema tiene piedad si se ponen delante.

Y entonces, con esa misma voz de seda, soltó el insulto como si fuera un diagnóstico.

—No me digas que también eres de las que creen que pueden… legislar.

La palabra cayó con peso.

Legislar. Legislador.

Lola notó que el aire se espesaba un segundo. Como si la Corte hubiera ladeado la cabeza. Como si el edificio entero hubiera escuchado la etiqueta y estuviera decidiendo si aplaudir o morder.

—No sé de qué estás hablando —dijo Lola, y fue verdad.

Pero su cuerpo sí lo sabía. El zumbido en los dientes subió un tono. La presión en las sienes se hizo más firme. Un vacío breve en el estómago, como si el suelo quisiera abrirse un milímetro.

Nerea la miró, y en esa mirada había un gesto que no era odio. Era… interés. El tipo de interés que se tiene por un arma cargada.

—Claro que no —susurró—. No se puede legislar ya. Por eso existen las *addendas*.

Bones soltó un comentario por lo bajo, sin que pareciera broma.

—Valcárcel, deja de olfatear a la gente. Pareces un perro de aduanas.

—Y tú pareces un secretario que se cree intocable —respondió Nerea con calma—. Qué adorable. Un saco de huesos que se cree alguien.

Bones alzó las manos, teatral, pero sus cuencas vacías no estaban tan vivaces como de costumbre.

—Yo no me creo intocable. Yo sé perfectamente que soy tocable. Me tocan mucho. Sobre todo cuando hay que cargar con expedientes, traumas ajenos y recién llegados con ganas de suicidarse en pasillos. Y aunque no los tenga, ahora mismo, querida, me estás tocando muchísimo los cojones.

Cael dio un paso al frente.

—Valcárcel. Informaré a la Corte para expediente disciplinario. Se acabó.

Nerea se apartó lo justo para parecer cortés. Lo justo para que el movimiento fuera una concesión, no una retirada.

—Por supuesto —dijo—. No quiero interrumpir diligencias.

Pero no se iba. Eso era lo insoportable: la manera que tenía de quedarse incluso cuando se marchaba.

Se inclinó un poco hacia Lola, apenas, como quien comparte un secreto.

—Si quieres sobrevivir aquí, necesitas aliados, Hidalgo —murmuró —. Gente que te enseñe dónde caminar, dónde callar, dónde no preguntar.

—¿Y tú te ofreces? —preguntó Lola, con un filo seco.

Nerea sonrió.

—Yo me ofrezco a que no te aplasten por accidente. Las cosas… no siempre mueren por intención. A veces mueren por protocolo. Y tú llevas una diana en la espalda desde que recibiste el correo electrónico… solo que todavía no lo sabes.

Andrea se tensó aún más. Aquello era peor que una amenaza. Era una oferta. Y las ofertas, en sitios así, eran trampas con perfume caro.

—No necesita aliados —dijo Andrea, sin pensar—. Necesita que la dejéis trabajar.

Nerea lo miró como se mira a alguien que aún cree en la justicia.

—Qué bonito. Un italiano creyendo en el mérito. La Corte te va a romper con mucho cariño.

Bones carraspeó.

—La verdad es que aquí rompen bastante. Y luego te hacen firmar que te has roto tú solo.

Cael cortó en seco.

—Nos vamos.

Y se fueron. No porque hubieran ganado la conversación, sino porque la conversación era una red y, si te quedabas demasiado, terminabas atado sin haber firmado nada.

Caminaron unos metros. Lola sintió el aire aflojar un poco, como si la presencia de Nerea hubiera sido una cuerda que se soltaba. Andrea seguía rígido. No dejaba de mirar hacia atrás.

—¿Qué coño ha sido eso? —murmuró.

—La bienvenida —dijo Bones, y esta vez no sonó gracioso—. Con lacito.

Lola respiró hondo. La Corte seguía funcionando a su alrededor: colas, sellos, papeles vivos, funcionarios sin cara. Y, sin embargo, todo eso parecía ahora un decorado. El núcleo era otro: alguien la había visto y había decidido que valía la pena nombrarla.

Cael no dijo nada más. Solo siguió avanzando, como si el pasillo ya tuviera una ruta marcada por la voluntad. Lola caminó con la barbilla alta, sin pedir perdón, sin bajar los hombros. Andrea se mantuvo a su lado, demasiado cerca. No sabía por qué. Y eso le fastidiaba. Porque él no era de impulsos. Era de estructura.

Bones miró hacia un corredor de despachos, como buscando a Samuel. No estaba. Y eso, en un sitio como este, era mala señal.

Cuando ya estaban lo bastante lejos, Lola oyó la voz de Nerea por última vez. No un grito. No una despedida. Un susurro pronunciado con la tranquilidad de quien archiva un documento.

—Hidalgo.

La palabra cayó como un martillazo.

No fue una amenaza explícita. Fue peor: una clasificación.

Lola sintió el golpe interno, ese tirón mínimo que se parecía demasiado a una cuerda tensándose en su pecho. Andrea apretó la mandíbula. Bones dejó de hacer chistes un segundo más de lo habitual.

Y, mientras la Corte seguía respirando alrededor como un monstruo de burocracia y sombra, Lola entendió por primera vez algo que no le enseñaron en la facultad: aquí no te matan siempre con cuchillo.

A veces te matan con un apellido.

41
EL ULTIMATUM

David Santos apagó el motor y se quedó con las manos en el volante como si aquello fuera lo único sólido que le quedaba.

Mediodía. Luz limpia, casi insultante. La clase de luz que, en otra vida, te haría pensar en café con tostada, en una tarde lenta, en alguien que te espera sin preguntas. Pero David llevaba demasiadas noches dentro para dejarse engañar por el sol. El sol solo iluminaba lo que ya estaba roto.

El aparcamiento era tranquilo a esa hora. Demasiado. Farolas industriales, pintura descascarillada, dos coches mal puestos, un perro ladrando a lo lejos. La ciudad, sin maquillaje, seguía oliendo a salitre sucio y a asfalto caliente, a esa mezcla de costa y abandono que te mete una espina en el pecho aunque hayas crecido en ella.

David respiró hondo.

Y entonces lo dijo.

—No.

No lo dijo para que lo oyera alguien. Lo dijo porque si no lo pronunciaba en voz alta, la Corte se lo iba a meter en la boca con un sello.

No.

No iba a matarla.

La imagen le vino como un fogonazo barato y cruel: Lola, con la barbilla alta, la sudadera bajo la túnica, los ojos de "no me pidas perdón por existir". Lola caminando por un sitio que no la quería viva, y aun así caminando. Lola con ese nombre en la boca de medio mundo como si fuera una ficha.

Y, encima, su padre. Rafael. La sonrisa sin ojos. La impunidad disfrazada de libertad.

David cerró los párpados un segundo y, por primera vez en mucho tiempo, sintió una cosa parecida al vértigo. No porque no entendiera el caso. Lo entendía de sobra. Había visto atrocidades; había limpiado escenas que no debían existir en ningún registro humano. El problema no era el horror. El problema era el precio.

Porque al lado de ese «No» estaba lo otro.

La cuerda.

Ana.

La palabra que no decía en voz alta desde hacía años, como si pronunciarla fuese abrir una puerta.

No sabía dónde estaba. No sabía si estaba viva. No sabía si la Corte la había borrado como borra una firma mal puesta. Pero sabía una cosa con una certeza animal: la Corte sabía más que él. Y esa verdad era un collar.

Una vida por una verdad.

El móvil vibró en el asiento del copiloto. Una vibración seca. Sin melodía. Como un golpe con nudillos en un ataúd.

David lo miró. Número oculto.

No respondió.

Dejó que vibrara.

Que insistiera.

Que se callara.

El silencio, después, fue peor. Porque el silencio le dio espacio para pensar lo impensable: *¿y si…?*

¿Y si la mataba?

No porque creyera en la orden. No porque quisiera. No porque la odiara. Por supervivencia. Por desesperación. Por esa promesa hecha a una foto gastada en un marco: «haré todo lo que pueda».

Todo lo que pueda podía convertirse en una frase sucia si la retorcías lo suficiente.

Y la Corte era especialista en retorcer.

David apoyó la frente en el volante. El cuero olía a uso y a rutina. A vida normal. Una vida que ya no era suya.

De pronto, sin aviso, la sombra de un coche se deslizó cerca. No rápido. No clandestino. Solo… inevitable. Aparcó a dos plazas de

distancia, como si el aparcamiento hubiera sido elegido antes de que David saliera de casa.

La puerta se abrió.

Samuel Graves salió con un expediente bajo el brazo, como siempre. Ni prisa ni pausa. Traje oscuro, gesto de hombre que ya ha perdido la fe en casi todo, excepto en el trabajo. No miró alrededor como quien teme ser visto. Miró como quien sabe que, aunque lo vean, nadie va a entender lo que está viendo.

David lo siguió con la mirada sin mover el cuerpo.

Samuel se acercó al coche de David y se quedó a un lado, sin pegarse a la ventanilla, sin teatralidad. Como un médico que va a decirte un diagnóstico que te parte en dos.

No saludó.

Su primera frase fue corta, fría.

—Ni se te ocurra.

David soltó una risa sin humor. Una risa que no era risa: era aire rompiéndose.

—¿Vienes a impedir que me pegue un tiro o que haga el trabajo sucio?

Samuel no se inmutó.

—Vengo a impedir que hagas una estupidez.

David levantó la vista, con los ojos rojos de no dormir y de estar demasiado vivo por dentro.

—La estupidez es la orden, Samuel.

Samuel sostuvo la mirada. Sus ojos no eran crueles. Eran exactos.

—La orden está dada —dijo—. Lola Hidalgo.

El apellido cayó entre ellos como una piedra mojada.

David apretó la mandíbula hasta que le dolió.

—No lo haré.

Samuel no discutió moral. No ahora. Samuel discutía lo único que en ese tablero importaba de verdad: consecuencia.

—Si te mueves mal, no la matas tú. La matan ellos. Y de paso te matan a ti. Y después convierten tu cadáver en una advertencia útil para que el siguiente enlace no tenga tentaciones de conciencia.

David abrió la puerta del coche con brusquedad, salió y se quedó de pie, demasiado cerca de Samuel, como si la proximidad fuera a

darle fuerza.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Esperar? ¿Hacerme el loco? ¿Mirar cómo la cercan?

Samuel inclinó apenas la cabeza.

—Quiero que sobrevivas.

—Qué consuelo —escupió David.

Samuel bajó la voz. No porque hubiera gente. Porque aquí, incluso a pleno mediodía, el aire podía oír.

—Santos. Escúchame.

David detestó que le dijera el apellido. Detestó que sonara a protocolo.

—Ya te escuché bastante en mi vida —gruñó.

Samuel no reaccionó. Siguió, como si lo tuviera ensayado.

—Van a comprobar si obedeces.

David lo miró, y en esa mirada se mezcló el asco con el miedo.

—¿Cómo?

—Como siempre —respondió Samuel—. No quieren tu palabra. Quieren rastro.

David sintió el estómago hundirse.

—¿Qué rastro?

Samuel levantó el expediente un milímetro, como si el papel fuera la respuesta.

—Un plan.

David soltó aire por la nariz, un gesto que era casi un temblor.

—No voy a planificar el asesinato de una chica.

Samuel dio un paso más cerca. No amenazante. Imperativo.

—Sí vas a hacerlo.

David parpadeó, incrédulo.

—¿Qué?

Samuel lo dijo con una claridad que no dejaba espacio para malentendidos, y ahí se le coló algo humano, algo que no era frialdad sino urgencia.

—Lo vas a fingir.

David se quedó quieto. Como si no hubiera oído bien.

—¿Fingir?

—Fingir —repitió Samuel—. Con la precisión de un buen policía y la falta de escrúpulos de la Corte. Lo suficiente para que crean que eres útil. Lo suficiente para que te dejen respirar. Lo suficiente para ganar tiempo.

David sintió que algo le subía por la garganta. Rabia, náusea, culpa.

—¿Y eso cómo se hace sin ensuciarla a ella?

Samuel no sonrió. No era momento.

—No la ensucias a ella. Te ensucias tú.

Esa frase fue un golpe. Porque David ya estaba sucio, y aun así le dolió como si fuera nuevo.

Samuel siguió, en frases cortas, *noir* puro, como quien dicta diligencias:

—Te acercas. La vigilas. Haces que parezca seguimiento. Que parezca evaluación. Que parezca caza.

—¿Caza? —escupió David.

—Sí —Samuel no pestañeó—. Porque es lo que esperan.

—¿Y si alguien lo ve?

—Que lo vea. Que lo huela. Que lo cuente. Un rumor bien puesto es un informe sin firma.

—¿Y si la asustas?

—La asustará la Corte más si no haces nada.

David sintió el peso de la palabra «Corte» como una mano en el pecho. Esa entidad sin cara que te ordena con voz neutra y te cobra con sangre.

—No me pidas esto, Samuel.

Samuel lo miró con algo que, si uno se esforzaba, podía llamar cansancio.

—No te lo pido. Te lo digo.

David apretó los puños.

—¿Por qué? ¿Por qué tanto empeño? No me digas que ahora tienes corazón.

Samuel tardó un segundo en responder. Solo un segundo. Lo justo para que se notara que, aunque su voz fuera fría, la frase venía cargada.

—Porque Lola no está aquí por casualidad.

David frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

Samuel bajó aún más la voz.

—Que si la Corte la quiere muerta tan pronto, es porque le teme. Y la Corte no teme a una jurista mediocre ni a una chica con sudadera.

David tragó saliva. Esa idea le arañó por dentro.

—Entonces… ¿qué es?

Samuel no dijo «Legislador». Ni dijo nada de lo que habían averiguado. No le dio un nombre que pudiera convertirse en dardo. Podía confiar en David Santos, o quizá no.

—No lo sé del todo —admitió, y en esa admisión había verdad—. Pero sé que es clave. Y cada vez lo tengo más claro. Y sé que la Corte prefiere romper una llave antes de que alguien la use.

David sintió que se le erizaba la nuca.

—¿Y mi chantaje? —soltó, con odio—. ¿Mi cuerda? ¿Ana?

Samuel sostuvo la mirada. Ahí no había piedad.

—Eso es lo que usan contigo para doblarte —dijo—. Lo sé. Y por eso te digo que finjas. Porque si te conviertes en el verdugo, pierdes lo único que te queda además de la verdad: la posibilidad de mirarte al espejo sin vomitar.

David bajó la vista un instante. Vio sus propias manos. Manos de policía. Manos de enlace. Manos que habían borrado cosas que nadie debía recordar. Manos que podían… hacer cualquier cosa. Y eso era lo que le daba miedo.

—No sé si puedo sostenerlo —confesó, apenas un hilo de voz.

Samuel no le palmeó el hombro. No le dio consuelo. Le dio el único tipo de apoyo que existía en su mundo: una instrucción clara.

—Puedes.

David lo miró, rabia y desesperación mezcladas.

—¿Y si la Corte exige sangre de verdad? ¿Si quieren un cuerpo?

Samuel dejó que la pregunta respirara en el aire un segundo. Luego respondió, seco.

—Entonces habrá que ganar antes de que lo exijan.

David soltó una risa amarga.

—Claro. Ganar.

Samuel se giró, ya listo para irse, como si su presencia allí fuera una intervención quirúrgica y no una charla.

—Vete a casa, Santos.

David apretó los dientes.

—No tengo casa. Tengo un piso con cafetera muerta y fotos boca abajo.

Samuel ni se inmutó.

—Vete igual. Duerme si puedes. Y mañana empiezas el teatro.

David lo miró con odio, pero no a Samuel. A la situación. A la Corte. A la vida.

—¿Qué teatro?

Samuel lo clavó con una mirada que cortaba.

—El teatro de que vas a matarla.

David abrió la boca para protestar, pero Samuel lo cortó antes.

—Que quede claro: lo finges. Lo finges con tanta convicción que la Corte lo compra. Porque si no lo compra, te ejecutan. Y si te ejecutan, ella se queda sola en un tablero que ya está inclinado contra ella.

David tragó saliva. El aire le costaba.

—¿Y tú? —preguntó, de pronto—. ¿Qué haces tú mientras yo me pudro con la mentira?

Samuel sostuvo su expediente como si fuera un arma.

—Yo muevo lo que puedo mover sin que me arranquen el cuello. Y tú haces lo único que puedes hacer tú: estar cerca de ella sin que parezca protección.

David cerró los ojos un segundo. Cuando los abrió, su mirada era una derrota controlada.

—La voy a vigilar.

Samuel asintió, una sola vez.

David añadió, con una voz que era promesa y condena:

—Y eso es lo único que puedo prometer.

Samuel lo miró un segundo más, y en esa mirada hubo algo que David no supo si agradecer o odiar: respeto. No por obedecer, sino por no quebrarse del todo.

—Basta —dijo Samuel—. Insisto, vete a casa.

Se dio media vuelta y se alejó, tragado por el mediodía como si el sol pudiera borrar lo que acababan de decidir.

David se quedó solo.

Con el aparcamiento quieto.

Con el motor apagado.

Con la ciudad oliendo a sal y a basura.

Y con una certeza clavada como un clavo frío: la Corte no le estaba pidiendo que matara a Lola.

Le estaba pidiendo algo peor.

Que aprendiera a obedecer sin hacer ruido.

42
CITACIÓN DE SOMBRA

La vuelta a la zona de tránsito no fue un camino, fue una retirada.

El vestíbulo seguía lleno de colas imposibles, de papeles que parecían vivos, de sellos que golpeaban como latidos administrativos. La Corte no se detenía a mirar a nadie; la Corte funcionaba. Y ese funcionamiento era lo más aterrador: la indiferencia con protocolo.

Bones avanzaba delante, túnica negra abierta como si fuera una bata de trabajo, zapatos de señorito resonando en piedra vieja. Tenía la postura del que ha visto demasiado y ha aprendido a sobrevivir a base de comentar el desastre con gracia. Pero ahora, en el hueco de su humor, había una sombra.

Andrea caminaba pegado a Lola sin declararlo. No la tocaba. No la escoltaba con teatro. Solo estaba ahí, a medio paso, como un reflejo. Un jurista humano intentando hacer de pared en un Estado donde las paredes también tienen competencia.

Lola notaba todo con demasiada precisión: el olor a cera gris, el hierro frío que se quedaba en el fondo de la nariz, la luz que no iluminaba sino que delimitaba. Y, por debajo, el tirón. Esa cuerda invisible que parecía tensarse cada vez que alguien pronunciaba su apellido cerca.

—No mires atrás —murmuró Bones sin volverse.

—No estaba… —empezó a decir ella.

—Da igual —cortó Bones—. No mires atrás. Aquí hasta el orgullo tiene expediente.

Andrea soltó aire por la nariz.

—¿Eso también lo regula el *Códex*?

Bones le lanzó una mirada de reojo, rápida, seca.

—El *Códex* regula el equilibrio. La Corte regula el resto. Y el resto suele ser una forma elegante de joderte la vida.

No hubo más.

Pero el aire cambió.

Un chasquido metálico, leve. Como si una línea de escritorio hubiera despertado en algún lugar que no se veía. Lola lo sintió antes de entenderlo: el zumbido en los dientes, un segundo de presión en las sienes.

Y después, el sobre apareció.

Ante el rostro de Lola, como si alguien lo hubiera depositado con mano invisible y horario perfecto.

Bones se detuvo en seco.

La velocidad con la que reaccionó no era de cómico. Era de veterano.

—Atrás —dijo.

No gritó. No pidió. Ordenó.

Andrea frunció el ceño.

—¿Qué…?

Bones ya estaba sobre el sobre, inclinado, mirando el sello como quien mira una herida conocida. Cera gris. Símbolo mínimo, limpio, impersonal. El tipo de sello que no pertenece a un despacho. Pertenece a un órgano.

Lo abrió con dos dedos, sin romperlo del todo, como si el sello fuera una puerta y no quisiera enfadarla.

Leyó.

Y el humor se le apagó.

Solo un segundo, pero fue suficiente para que Lola sintiera un vacío en el estómago.

—¿Qué es? —preguntó Andrea.

Bones levantó la vista. Sus cuencas vacías no podían enseñar pupilas, pero su silencio enseñó todo.

—Una citación.

Y sin más preámbulos la giró, mostrando el contenido.

CORTE DE LA$ $OMBRA$
$ECRETARÍA DE MAGI$TRATURA

CITACIÓN

Por orden de Magistratura, se cita a Doña Lola Hidalgo para que comparezca de forma personal e individual, con carácter immediato, en el Cementerio de El Puerto de $anta María, en el punto de acceso señalado por $ecretaría, en el primer turno disponible desde la recepción de la presente.

La comparecencia se entiende reservada y queda sujeta a competencia cerrada. La citada deberá acudir sin acompañantes, sin auxilio de despacho y sin asistencia no requerida. Cualquier intento de adherir terceros a esta diligencia será considerado interferencia procedimental.

$e recuerda a la compareciente que esta Corte no cita para discutir, sino para constatar; y que, cuando Magistratura requiere una presencia, lo hace porque la presencia ya ha sido registrada.

La notificación se tendrá por practicada en el momento en que el documento sea leído bajo sello de $ecretaría. La compareciente sabrá dónde presentarse.



$ello de cera gris

$ECRETARÍA DE MAGI$TRATURA
CORTE DE LA$ $OMBRA$

Lola sintió el tirón. Pequeño. Exacto. Como si alguien hubiera tensado un hilo atado a su nombre.

—¿Para mí? —preguntó ella, aunque ya lo sabía.

Bones bajó la mirada al papel otra vez, como si esperara que cambiara.

No cambió.

—Eso es lo que pone ahí.

Andrea dio un paso instintivo hacia Lola, como si el cuerpo le hubiera hecho caso antes que la cabeza.

—¿Qué pone? —exigió.

Bones leyó en voz alta, sin adornos. No dramatizó. Lo peor de la Corte era que no necesitaba dramatizar.

—«*Cualquier intento de adherir terceros a esta diligencia será considerado interferencia procedimental…*»

Andrea apretó la mandíbula.

—Eso no es una citación. Eso es una separación.

Bones se encogió de hombros con un gesto que habría sido gracioso en otra situación.

—Bienvenido al mundo arcano: te separan con gramática.

Lola notó que su pulso se le subía a la garganta. No por miedo físico. Por otra cosa: por esa certeza de que, en cuanto el papel había dicho su nombre, ya no era cuestión de elegir.

—¿Magistratura? —preguntó, casi en un hilo.

Bones no respondió con nombres. No respondió con jerarquías. Solo dijo lo suficiente para que doliera.

—De arriba.

Andrea soltó una risa breve, rota.

—¿De arriba de dónde? ¿Del techo? ¿De la puta nube?

Bones lo miró un segundo.

—De arriba de ti.

Y entonces ocurrieron dos cosas a la vez.

Primero: el aire del pasillo se volvió más frío, como si alguien hubiera abierto una cámara frigorífica al otro lado de la pared.

Segundo: llegaron.

No se oyó un desfile. No hubo pasos de película. Solo presencia.

Dos funcionarios.

No tenían rostro claro. O lo tenían, pero la vista se resbalaba, como cuando intentas recordar un sueño y solo te quedas con la sensación de haberlo vivido. Llevaban manos. Eso sí. Manos limpias, con sellos. Manos que no dudaban.

La voz que salió de uno de ellos fue neutra, administrativa, impecable.

—«Compareciente. Acompáñenos.»

Lola se quedó quieta un segundo. El tirón le volvió a tensar el pecho.

—¿Acompañaros… a dónde? —preguntó, y su propia voz le sonó demasiado humana allí dentro.

—«Cementerio»

Andrea se adelantó medio paso.

—No va a ir sola.

El funcionario no lo miró. O lo miró sin concederle existencia.

—«No procede.»

Andrea apretó los dientes.

—Soy su compañero de diligencias. Soy…

—«No procede.»

Bones levantó una mano, despacio, como quien intenta frenar una explosión con dos dedos.

—Volpi.

Andrea lo miró con furia contenida.

—¿Qué?

Bones bajó la voz, por primera vez no para hacer efecto, sino porque esa clase de palabras se decían como se maneja un arma cargada.

—Si te peleas con el procedimiento… el procedimiento te traga.

—Que me trague —escupió Andrea—. Pero a ella no.

Lola tragó saliva. Notó que le temblaban las manos. La Corte era un océano y ella acababa de descubrir que no sabía nadar. O peor: que el océano la reconocía.

—Estoy bien —dijo, y supo al instante que era mentira útil.

Andrea se giró hacia ella, con los ojos tensos.

—No tienes por qué…

—Andrea —lo cortó ella con suavidad. No por cariño. Por urgencia —. Estoy bien.

Bones se acercó un milímetro a Lola, como si su cuerpo quisiera interponerse sin permitirlo del todo.

—Escúchame —murmuró—. No digas nada raro. No respondas rápido. Y, sobre todo… no uses tu apellido como escudo. Aquí tu apellido es gasolina.

Lola lo miró. En esa mirada había orgullo, sí. Y miedo. Y una cosa nueva: una rabia vieja, de las que no se curan.

—Ya lo sé.

Los funcionarios esperaron sin impaciencia. La impaciencia es humana. Ellos no eran humanos. O eran humanos vaciados.

—«Compareciente.»

Lola dio un paso.

El aire cambió, como si hubiera firmado algo sin firmarlo.

Andrea intentó moverse con ella y chocó con una resistencia invisible. No fue un golpe. Fue una presión. Un «hasta aquí» que le comprimió el pecho. Andrea se quedó clavado, respirando como si le hubieran puesto una mano en la tráquea.

—¿Qué cojones…? —susurró.

Bones no se rio. No esta vez.

—Competencia cerrada —dijo, seco—. Te han puesto un muro legal en el cuerpo.

Andrea miró a Lola, impotente.

—No quiero que vayas sola.

Lola lo sostuvo un segundo. No hubo romance. No hubo melodrama. Solo equipo.

—No estoy sola —mintió otra vez. Y añadió, más bajo, para que solo lo oyera él—: No me dejes.

Andrea se quedó inmóvil, como si esa frase lo hubiera atravesado.

—No pienso hacerlo.

Los funcionarios condujeron a Lola por un corredor lateral, lejos del flujo principal, como quien traslada un expediente delicado que no debe contaminar el ruido general.

Lola no miró atrás.

Pero notó algo peor que una mirada: notó que el pasillo la aceptaba. Como si el suelo tuviera memoria de su nombre.

Andrea se quedó mirando la arcada por la que Lola desapareció, con el cuerpo en tensión, la mente intentando convertir aquello en estructura.

—Esto es ilegal —murmuró, sin darse cuenta de que había hablado en idioma humano—. ¿Y qué hacemos ahora, listo?

Bones soltó una exhalación. No era una risa. No era un suspiro teatral. Era ese aire que se te escapa cuando te das cuenta de que la noche te va a costar algo.

—¿Qué cojones esperas, Volpi? —dijo al fin, con una crudeza que no combinaba con su traje ni con su dicción elegante—. ¿Pedir cita previa para rescatarla? ¿Rellenar un formulario de «auxilio urgente» y esperar a que te lo sellen en ventanilla?

Andrea lo miró con el cabreo encendido, pero también con ese brillo nuevo que le estaba creciendo detrás del cinismo: el brillo de quien ya ha entendido que aquí el concepto de «justicia» es un disfraz, y el disfraz viene planchado.

—No me vengas con chistes, Bones —escupió—. Se la han llevado. Y tú lo sabías.

Bones ladeó el cráneo, y en esa inclinación había dos cosas a la vez: ironía y algo parecido a rabia contenida.

—Claro que lo sabía.

—¿Entonces por qué cojones…?

Bones levantó una falange como quien pide turno en una sala de vistas, pero lo que estaba pidiendo era calma para no romper algo.

—Porque esto no es un secuestro, Volpi. Es peor. Es procedimiento. —Hizo una pausa mínima, como si la palabra le diera asco en la lengua—. Y contra el procedimiento no gritas: lo rodeas.

Andrea apretó los dientes.

—¿Y cómo se rodea un órgano de Magistratura?

Bones se acercó un paso, lo justo para que su voz se volviera íntima y peligrosa.

—No te creas que soy un simple secretario con elegancia —dijo—. Conozco todos los entresijos de la Corte.

La frase no sonó a fanfarronería. Sonó a confesión de viejo delincuente. A mapa aprendido con sangre. A alguien que ha visto puertas abrirse por gente que no volvió.

Andrea parpadeó una vez, como si calibrara cuánto de aquello era pose… y cuánto era verdad.

—¿Tú? —soltó con desprecio defensivo—. ¿Un saco de huesos con manolos…?

Bones chasqueó la lengua.

—Armani, cariño. No me insultes la muerte. —Y luego, sin darle tiempo a reírse, lo remató con una seriedad que le cortó la gracia a Andrea—. Y sí. Yo.

Andrea tragó saliva. Miró el pasillo por donde se la habían llevado. Miró el sello que Bones aún sostenía como si fuera veneno.

—Vale. —La palabra le salió como si le doliera—. ¿Cuál es el plan?

Bones respiró despacio. Se notaba que lo tenía pensado desde el primer segundo. Desde que vio «comparecencia individual». Desde que leyó «prohibida asistencia no requerida». Desde que entendió el juego.

—Ir tras ellos… pero no por su puerta.

Andrea frunció el ceño.

—¿Otra puerta?

Bones se encogió de hombros con una elegancia insultante.

—Esto es la Corte, Volpi. Aquí hay puertas para entrar, puertas para salir, puertas para morir y puertas para fingir que no existes. —Se inclinó un poco hacia él—. ¿Sabes cuál es la favorita de Magistratura?

Andrea no respondió.

Bones sonrió sin dientes.

—La que nadie ve.

Andrea apretó la mandíbula. Un impulso le subió por la garganta.

—No pienso dejarla sola.

Bones lo miró un segundo largo. Y ahí, por debajo de la ironía, se asomó una ternura extraña, vieja, escondida como una carta dentro de un expediente.

—Pues entonces deja de hablar como si estuvieras en un juzgado de Sevilla, anda. Aquí nadie te va a respetar el «no pienso». Aquí te

respetan el «hago».

Andrea bajó la vista un instante, y cuando la levantó, la rabia ya era decisión.

—¿Dónde?

Bones guardó la citación dentro de su túnica como quien guarda un arma.

—Primero: nos quitamos de en medio. —Miró de reojo a un funcionario espectral que pasaba con sellos en la mano sin mirarlos —. Segundo: te voy a enseñar un atajo que no figura en ninguna disposición que puedas impugnar. Tercero: cuando la encontremos, tú te callas. Yo hablo.

Andrea bufó.

—¿Tú hablas y yo me callo?

—Exacto —dijo Bones—. Porque tú, con esa cara, pareces culpable hasta cuando pides un café. Y yo, en cambio, soy… entrañable.

Andrea soltó una risa corta, seca, sin alegría.

—Eres un cadáver.

—Y aun así tengo más experiencia que tú en este agujero. — Bones se giró para empezar a andar, y soltó por encima del hombro —. Anda. Muévete. Antes de que a Magistratura le dé por dictar otro «acto de trámite» y te convierta en decoración.

Andrea lo siguió. A medio paso.

—Bones.

Bones no se detuvo.

—¿Qué?

Andrea tardó medio segundo. Y cuando habló, le salió una honestidad que no sabía de dónde venía.

—¿Por qué te importa tanto?

Bones frenó al fin, muy despacio, y giró el cráneo hacia él. En la cuenca vacía había una sombra más.

—Porque desde que leí esa citación, lo tuve claro.

Andrea tragó saliva.

—¿Qué tuviste claro?

Bones se acercó un poco, lo justo para que la respuesta fuera un golpe bajo.

—Que no iba a dejar a mi Lolita sola.

Andrea se quedó quieto. El nombre le hizo algo raro en el pecho. No porque fuera suyo. Porque entendió que Bones no lo decía por chiste. Lo decía como quien se delata.

—No la llames así —murmuró, casi sin querer.

Bones arqueó lo que sería una ceja si tuviera piel.

—¿Y tú quién eres para decirme cómo llamo a la gente, Volpi? —Y, antes de que Andrea pudiera soltar la réplica, Bones remató con veneno suave—. Además, relájate. No es posesión. Es… costumbre.

Andrea apretó la mandíbula, incómodo consigo mismo.

—Esto no es costumbre. Esto es peligro.

Bones asintió, seco.

—Exacto. —Se giró y echó a andar otra vez, más rápido—. Por eso nos movemos. Por eso entramos por otra vía. Por eso no les damos el gusto de verla temblar sola en una sala cerrada.

Andrea lo siguió.

—¿Y si nos pillan?

Bones soltó una carcajada baja, casi un gruñido elegante.

—Si nos pillan… diré que estabas perdido y que yo solo era un secretario preocupado por la accesibilidad del sistema. —Hizo una pausa—. Y si no cuela, siempre puedo quitarme otro hueso y tirárselo a alguien.

Andrea no supo si reír o maldecir.

Bones se detuvo ante una pared aparentemente normal. Piedra oscura. Un rótulo anodino. «Archivo de incidencias».

—Aquí —dijo.

Andrea frunció el ceño.

—Esto es un archivo.

Bones apoyó una falange en el letrero.

—En la Corte, Volpi, las cosas nunca son lo que dicen ser.

La piedra emitió un leve chasquido. Como un sello abriéndose. Como una garganta tragando saliva.

Bones miró a Andrea una última vez, y su humor volvió… pero con filo.

—Respira. Y no preguntes mucho.

—¿Por qué?

Bones sonrió.

—Porque, si preguntas demasiado alto, a la Corte le gusta contestarte… con sentencia.

Y con esa frase, se deslizaron por la otra vía. La que no se ve. La que Magistratura cree que nadie usa.

La que Bones conocía de memoria.

—Y por cierto, Volpi.

Andrea lo miró con desconcierto.

—¿Qué?

Bones sostuvo el sello de la citación un segundo más, como si el papel pesara.

—Esto no es una comparecencia para regularizar nada —dijo, en voz tan baja que parecía una confesión.

—Ya lo sé —escupió Andrea.

Bones levantó el rostro hacia la arcada del corredor que conducía a Magistratura. La luz allí era más limpia, más blanca, como si la zona tuviera su propio pulso.

—No —corrigió Bones—. No lo sabes.

Andrea frunció el ceño.

—¿Entonces qué es?

Bones tardó un segundo en responder. Cuando lo hizo, lo hizo sin broma. Sin protección.

—Esto huele a citación… de las que no vienen con vuelta.

Andrea sintió un vacío en el estómago.

Y, en algún lugar al otro lado de ese laberinto, Lola Hidalgo estaba a punto de descubrir qué significaba que te citen como si fueras un papel.

Como si la sangre también tuviera que pasar por registro.

43
El espejo y la firma

La Corte no tenía prisas. La Corte tenía procedimientos.

A Lola le bastó con sentirlo en la piel: el aire no corría, se administraba. Las arcadas no conducían, asignaban. La luz no iluminaba: delimitaba zonas, como si la arquitectura estuviera redactada en artículos invisibles.

Dos funcionarios espectrales caminaban a ambos lados de ella. No la tocaban. No hacía falta. Era peor: el suelo la llevaba. Cada paso parecía aprobado, cada pausa parecía registrada. El eco de las suelas contra la piedra no sonaba a caminar; sonaba a sello.

Lola tragó saliva. No por miedo escénico. Por ese tirón interno que había aprendido a reconocer como la cuerda tensándose en el pecho cuando la Ley —o la Corte, o lo que fuese— decidía mirarla de frente.

En una pared, un cartel anodino decía «SILENCIO».

Lola lo miró de reojo y la palabra cambió.

Primero fue latín, como un golpe seco de iglesia. Luego, un idioma que no supo nombrar, pero que le dejó un sabor metálico en la lengua. Cuando lo miró de frente, volvió al castellano. Normalidad de mentira.

—¿Dónde…? —intentó preguntar.

El funcionario de su derecha no giró la cabeza. Su voz fue neutra. Administrativa.

—«Comparecencia técnica.»

Lola sintió un escalofrío, como si le hubieran dicho «inspección» o «registro» o «sanción», pero en una lengua que te entra por los dientes.

—¿Y por qué… yo sola?

—«Regularización de condición procesal.»

No era respuesta. Era una fórmula. Una frase que suena completa porque te niega las rendijas.

Lola apretó la mandíbula. Se obligó a respirar despacio. Había aprendido en casa, con Rafael, que no te defiendes gritando: te defiendes sosteniendo la mirada y el tono. En la Corte, sin embargo, la mirada no servía de nada. Allí la mirada era un pago.

Siguieron.

Las colas del vestíbulo quedaron atrás, los murmullos de rezos de despacho, las plumas raspando piedra, el golpeteo de sellos como latidos. Entraron en un pasillo lateral donde el aire olía a cera apagada y tinta vieja, con una nota de hierro frío como cuchilla recién lavada.

Lola notó el zumbido en los dientes. El residuo. Esa vibración mínima que no se podía explicar sin sonar loca. Su cuerpo entendía lo que su cabeza aún intentaba negar.

En una puerta sin letrero, el funcionario se detuvo. No abrió. La puerta se abrió sola, como si hubiera estado esperando la frase adecuada.

—«Siga.»

Lola dio un paso… y el pasillo siguiente ya olía distinto. Más humano. Más sucio. Como si hubieran cruzado una línea de competencia.

-*.*-

Andrea llevaba el cabreo metido en la boca del estómago. No era solo miedo. Era humillación: la sensación de haber sido frenado por una pared invisible sin poder hacer nada. Un jurista sin recursos. Un hombre sin derechos.

Bones iba delante, sin mirar atrás, con esa forma irritante de caminar como si el mundo le debiera paso. La túnica negra le rozaba los zapatos con una elegancia que daba ganas de empujarlo por principio. Pero Andrea no lo empujó. Andrea seguía, porque era lo único que podía hacer.

—No me mires así, Volpi —soltó Bones sin girarse—. Yo no he escrito la citación.

—No te estoy mirando —mintió Andrea, como mintió Lola antes.

Bones soltó una exhalación breve.

—Perfecto. Entonces estás aprendiendo. En la Corte, si miras demasiado, te conviertes en parte del asunto.

Andrea apretó la mandíbula.

—Se la han llevado.

—Y la van a tramitar —dijo Bones, y esa palabra fue un golpe seco—. Lo peor es que suena limpio.

—Es una emboscada.

Bones se detuvo ante una pared de piedra oscura con un rótulo anodino: «Archivo de incidencias».

—Sí —admitió—. Pero las emboscadas aquí vienen con sello. Y las cosas con sello… suelen ganar.

Apoyó una falange en el rótulo. La piedra emitió un chasquido mínimo, como cuando un documento se saca de un expediente y el aire cambia de golpe.

Andrea sintió el olor a ozono. Viejo. Como tormenta atrapada en un cajón.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó.

—Lo que hago cuando no quiero que me conviertan en decoración —respondió Bones.

La pared cedió con un movimiento silencioso. No se abrió: se apartó. Detrás había un pasillo más estrecho, más oscuro, sin carteles. Un lugar que no estaba diseñado para visitantes.

Bones entró sin dudar.

Andrea lo siguió.

—¿De verdad esto funciona? —murmuró.

Bones ladeó el cráneo.

—Si no funciona, al menos morimos con iniciativa. Que ya es más que quedarse quieto.

Andrea no se rio. En otro contexto habría sido gracioso. Aquí era solo verdad.

-*.*-

Lola sintió el golpe del aire humano antes de verlo. Fue como bajar un escalón en una oscuridad que no te habían avisado que existía.

El exterior no era exterior: era un umbral de tránsito donde la Corte soltaba a sus expedientes para recolocarlos en el mundo visible sin que el mundo visible lo notara. Una puerta automática, una cámara, una pared que parecía hospital.

El olor cambió. Desinfectante. Metal. Goma. Una humedad sucia que recordaba a madrugada de ciudad.

Había un vehículo esperando. Sin distintivos. Sin sirenas. Sin luces. El tipo de coche que no se recuerda si lo has visto, porque tu cabeza lo archiva como «nada».

Los funcionarios la condujeron hacia la puerta trasera.

Lola se detuvo un segundo.

—¿A dónde me lleváis?

La respuesta llegó sin mirada.

—«Al Cementerio Municipal»

La palabra le rozó el estómago como una cuchilla lenta.

Lola pensó en el marco del espejo. En el portal. En la noche anterior. En Bones corriendo entre lápidas con *rottweilers* detrás, gritando obscenidades en italiano inventado.

Y, aun así, lo que sintió no fue humor. Fue peso.

El coche arrancó sin dramatismo. No había banda sonora. Solo el rumor del motor y el silencio de la ciudad a esa hora en la que la gente decente duerme y la gente peligrosa trabaja.

Lola miró por la ventanilla. Las farolas pasaban como dientes amarillos. El Puerto de Santa María se extendía sin maquillaje: paredes de cal, sombras, esquinas donde caben secretos.

Pensó en su madre. En esa ausencia que no era muerte ni vida. Ausencia como palabra administrativa.

Pensó en la voz de Nerea: «Hidalgo». Y la sintió otra vez: clasificación.

El tirón en el pecho volvió.

No era imaginación. Era una brújula.

-*.*-

Andrea y Bones salieron por un acceso secundario que, de pronto, olía a calle. A humedad. A tierra. A flores viejas.

No fue un viaje épico. Fue un cambio de jurisdicción. El aire fuera de la Corte siempre parecía más ruidoso, como si el mundo humano gritara para convencerse de que es real.

Bones caminó rápido. Andrea le siguió.

—¿A dónde la llevan? —preguntó Andrea, como si Bones fuera un GPS con costillas.

—Al cementerio —dijo Bones sin más.

Andrea sintió que la garganta se le cerraba.

—Claro. Por supuesto. ¿Por qué no?

Bones le lanzó una mirada de reojo.

—Porque el cementerio es la frontera más barata del universo. La muerte es el portero perfecto. No cobra sueldo y nunca hace huelga.

Andrea apretó los dientes.

—No estoy para chistes.

—Yo tampoco —respondió Bones, y la frase le salió con sombra—. Por eso me los invento: para no romperme. Y ahora mismo, si queremos salvar a Lola, necesito toda la ironía que pueda imaginar.

Andrea quiso replicar, pero el aire cambió de nuevo. Un zumbido. Una presión en los dientes.

El cementerio estaba cerca. Y el cementerio siempre se notaba antes de verlo.

-*.*-

El coche se detuvo sin que Lola supiera cuánto tiempo había pasado. El tiempo, cuando se te vuelve trámite, deja de ser tiempo.

La puerta se abrió.

La humedad la golpeó en la cara. El olor fue inmediato: tierra removida, cloro viejo de jarrones, flores pasadas, hierro oxidado.

Cementerio de El Puerto. Noche húmeda. Farolas mortecinas.

La verja era una mandíbula.

Los funcionarios la guiaron hacia el centro, sin pasar por la entrada principal. Por un lateral. Por un carril de grava que parecía

usado solo por gente que no quiere ser vista.

Lola no preguntó. Preguntar no le había servido en la Corte. Aquí tampoco serviría.

Llegaron al mausoleo.

Y allí estaba el marco.

Un espejo viejo apoyado junto a la piedra como si alguien lo hubiera dejado olvidado después de una mudanza. Madera oscura, gastada, con grietas que parecían símbolos si los mirabas demasiado. Vidrio opaco, sin reflejo.

Un objeto absurdo en el centro de un cementerio.

Y, sin embargo, Lola sintió que aquello no era un objeto.

Era una ventanilla.

El zumbido en los dientes subió un punto.

—No voy a cruzar —dijo, más por orgullo que por convicción.

El funcionario se detuvo. Por primera vez, su voz tuvo una variación mínima, algo parecido a una paciencia clínica.

—«Comparecencia.»

—¿Comparecencia hacia dónde? —Lola notó que su voz temblaba, y odió ese temblor—. ¿En qué sala? ¿Con quién?

—«Destino: donde consta.»

Lola frunció el ceño.

—¿Qué significa eso?

El funcionario levantó una mano y, en el aire, apareció un papel.

No salió de un bolsillo. No se desplegó. Simplemente estuvo, flotando como expediente en suspensión.

En la parte superior: un sello gris. Debajo: letras limpias.

«EXTRACTO DE EXPEDIENTE — HIDALGO»

Lola sintió el tirón en el pecho como un golpe.

Leyó lo que alcanzó a leer. No todo. Lo justo.

«INCIDENCIA: MATRIZ»

«PARADERO: EN CURSO»

«REFERENCIA: MADRE»

La palabra «madre» le raspó por dentro.

—¿Mi madre…? —le salió antes de querer.

El funcionario no cambió el tono.

—«Comparezca.»

Lola tragó saliva. Sintió una náusea breve, como cuando tu cuerpo entiende que has perdido una batalla antes de luchar.

Miró el espejo. Intentó pensar en Andrea. En Bones. En Graves.

Nada.

La superficie no respondió.

Era vidrio muerto.

O era vidrio obediente a otra cosa.

—El espejo… —murmuró—. ¿A dónde me lleva?

La respuesta fue simple y cruel.

—«A donde constas.»

Lola apretó los puños. Su cerebro intentó construir una salida. No la encontró.

La madre era el cebo perfecto. El expediente era el anzuelo. Y ella, por mucho orgullo que tuviera, no podía dejar esa pregunta sin responder.

Lola dio un paso.

La superficie del espejo se onduló. No como agua bonita. Como tinta.

Sintió el frío en la palma antes de tocar. Un frío que no era temperatura: era ausencia. Como si el vidrio guardara un hueco donde debería haber mundo.

Y entonces cruzó.

No cayó.

Fue tragada con la delicadeza de un documento que entra en un archivo.

La última cosa que sintió fue el zumbido en los dientes apagándose de golpe, como si alguien hubiera cerrado una puerta detrás de su cráneo.

-*.*-

Andrea y Bones llegaron al cementerio por una ruta sucia, lateral, de las que huelen a terreno no iluminado y a decisión. Andrea vio la verja, los nichos, la grava. Sintió el zumbido en los dientes y supo que estaban cerca de una frontera.

Y allí, junto al mausoleo, vio el marco del espejo.

Se le encogió el estómago.

—No —susurró.

Bones se detuvo un segundo. Miró el marco como quien mira una sentencia ya dictada.

—Sí.

Andrea corrió hacia el espejo. No pensó. Su cuerpo hizo lo que la cabeza no tuvo tiempo de negociar.

Puso una mano en el marco.

Frío.

Vidrio muerto.

—¡Lola! —gritó, y el grito sonó ridículo en ese lugar, como si el cementerio se riera.

Bones lo agarró del antebrazo con una fuerza absurda para ser hueso.

—No grites su nombre.

Andrea lo miró con furia.

—¡Se la han llevado!

Bones apretó más.

—Y si lo gritas, la Corte te escucha. Y si la Corte te escucha, te archiva. ¿Quieres que te archiven, Volpi?

Andrea respiró como si le faltara aire.

—¿Podemos cruzar?

Bones tocó el vidrio con dos falanges. Cerró los ojos un segundo, como si oliera un residuo.

—Ahora no.

—¿Por qué?

Bones abrió los ojos. Y por primera vez en mucho rato no tuvo una broma lista. Solo tuvo una verdad.

—Porque esto no está en modo «deseo». Está en modo «registro».

Andrea tragó saliva.

—¿Qué significa?

Bones levantó el cráneo hacia el marco.

—Que no va donde sueñas. Va donde constas —Se giró hacia Andrea—. Y ahora mismo, Lola consta en una sala que no conocemos.

Andrea apretó los dientes. Miró el espejo como si pudiera romperlo a puñetazos.

—Entonces… ¿qué hacemos?

Bones respiró hondo. Y esa respiración fue más humana que cualquier carcajada anterior.

—Leer el rastro —dijo—. Y encontrar la firma.

No sabía por qué dijo «firma» hasta que lo vio.

En el borde inferior del marco, casi enganchado a la madera, había un papel pequeño, pegado como una notificación tardía. Cera gris. Sello mínimo. Tipografía impecable.

Bones lo despegó con una lentitud cuidadosa.

Leyó.

Y se quedó quieto.

Andrea sintió el vacío en el estómago antes de oírlo.

—¿Qué pone? —preguntó.

Bones levantó el papel. La luz mortecina de la farola le dio un brillo sucio.

—«Consta firma de Magistratura.»

Andrea parpadeó.

—¿De quién?

Bones bajó la mirada al sello. No había nombre. No lo habría. Los nombres, en la Corte, son privilegio.

Su voz salió baja, sin broma, como un cuchillo que no quiere hacer ruido.

—De alguien que no debería estar usando el espejo para cazar.

El marco, por un segundo, reflejó algo que Andrea no alcanzó a ver del todo: un pasillo de piedra, luz de interior viejo… y una sombra al fondo, quieta, como si estuviera esperando.

Luego el vidrio volvió a ser vidrio.

Y el cementerio volvió a oler a tierra.

Pero ya era tarde para fingir que aquello era solo una noche rara.

Porque, desde ese instante, Andrea entendió lo mismo que Lola había entendido antes, en la Corte: aquí no necesitas que te amenacen.

Basta con que te firmen.

Bones dobló el papel con cuidado, como si fuera una sentencia.

Y dijo, sin humor, con una serenidad que helaba más que cualquier chiste:

—Vamos.

Andrea lo miró.

—¿A dónde?

Bones clavó la vista en el espejo cerrado, como quien mira una boca que acaba de tragarse un nombre.

—A donde constan los que firman.

Y por primera vez, en el silencio húmedo del cementerio, Andrea sintió que la noche no era noche.

Era una cuenta atrás.

44
El sello en la carne

La Corte no te cita para hablar.

La Corte te cita para colocarte.

A Lola la escupió el espejo como escupe una ventanilla un papel sellado: sin ceremonia, sin temblor épico, con la misma frialdad con la que el mundo humano te entrega un auto de trámite… solo que aquí el trámite olía a tinta viva y a cera gris.

Cayó de pie, casi. Una caída mínima, lo justo para recordarle que el cuerpo todavía existe, aunque la jurisdicción te niegue el alma. El aire cambió de golpe: desapareció el zumbido en los dientes, esa vibración que siempre llevaba encima desde que entró en este lado. Lo sustituyó algo peor: un silencio ordenado, administrado, como si incluso el oxígeno estuviera bajo competencia.

Pasillo estrecho. Piedra pulida. Vidrio negro en tramos, metal viejo en las molduras. Luz de interior antiguo, de juzgado a las tres de la mañana… pero con la pulcritud oscura de unas catacumbas del Vaticano, esa limpieza que no reconforta porque parece hecha para ocultar pecados, no para evitar enfermedades.

En una pared había un cartel de «SILENCIO». Lola lo miró de reojo y el idioma mutó un segundo —latín, luego algo que le raspó la lengua— antes de regresar al castellano cuando lo enfrentó.

No se estaba volviendo loca.

La Corte solo le estaba demostrando que podía.

Dos figuras la escoltaron sin tocarla. No hacía falta. Cuando caminas dentro de una norma, la norma te empuja. No había manos en sus brazos, pero el suelo marcaba el ritmo y el pasillo parecía estrecharse si Lola dudaba.

—¿Esto… de qué va? —preguntó, y la frase le salió con ese tono que usaba con clientes insolentes: firme, sin permiso.

La figura de la derecha respondió sin rostro claro, sin emoción, como un funcionario que lleva siglos sellando lo mismo.

—«Comparecencia técnica.»

—¿Con quién?

—«Magistratura.»

Lola sintió el tirón en el pecho, la cuerda tensándose. Su apellido otra vez. Hidalgo como etiqueta. Hidalgo como problema.

No preguntó más. No porque no quisiera. Porque entendió, de repente, que preguntar era cederles un pedazo de su aire.

Atravesaron una puerta sin manilla. La puerta cedió. No chirrió. No pidió nada. Simplemente aceptó.

Y Lola entró en una sala que no estaba hecha para hablar.

Estaba hecha para desaparecer.

La estancia era pequeña, pero pesaba.

Un banco de piedra a un lado, como si sentarse fuera un acto de sumisión. Una mesa negra al centro, sin papeles, sin bolígrafos, sin nada que pareciera humano. Una lámpara baja que no iluminaba: delimitaba. Dibujaba un círculo de luz sobre el suelo, y el resto era sombra con forma de competencia. Si pisabas fuera, te ibas a un territorio sin nombre.

Olía a hierro frío. A tinta vieja. A cera apagada.

Lola notó que el aire tenía la textura del anatómico forense: esa sequedad que te mete el gusto del desinfectante aunque no lo huela. Y por primera vez, la idea la golpeó con una claridad desagradable:

Aquí no venía a defender nada.

Aquí venían a corregirla.

Se quedó de pie.

Se obligó a no mirar el banco. Porque el banco parecía una trampa de cortesía: el tipo de «siéntate» que te mata sin cuchillo.

En el otro lado de la pared, un sonido mínimo: pluma raspando piedra. Sello golpeando. Como una oficina vieja que decide destinos.

Lola tragó saliva.

Pensó en Andrea. En Bones. En ese modo estúpido de equipo que se les había formado sin pedirlo. Pensó en su madre, convertida en cebo administrativo: «REFERENCIA: MADRE». Esa palabra le ardía todavía en la garganta.

La luz parpadeó una vez.

No fue fallo eléctrico. Fue actualización.

La puerta se abrió.

Lo primero que Lola vio fue el abrigo oscuro.

Luego las manos. Grandes, endurecidas. Manos de policía que han sujetado vidas en el borde sin creer en milagros.

Y después lo vio entero.

David Santos.

Entró sin teatralidad. Sin prisa. Como si ya hubiera estado ahí antes. Como si el camino lo conociera a ciegas.

Lola sintió una punzada absurda de alivio —un refugio— que duró exactamente lo que tardó en notar su rostro. Las ojeras. La tensión en la mandíbula. La forma en que evitó mirarla al principio, inspeccionando la sala como quien memoriza una escena del crimen.

El alivio se convirtió en otra cosa. Una sospecha que le subió por el pecho con sabor a óxido.

—¿David…? —le salió su nombre como se te escapa un niño cuando se te cae un vaso.

David levantó la mirada.

Y Lola entendió el horror sin que él dijera una palabra: la mirada de David no venía a salvarla.

Venía a cumplir.

No era odio. Era una derrota vieja, apretada. Era la expresión de alguien que no está ahí por voluntad, sino por orden.

—Lola… —dijo él, bajo. Y la voz le tembló una fracción de segundo, como si el nombre le doliera físicamente—. No deberías estar aquí.

Ella dio un paso hacia él por instinto. Por cariño. Por costumbre de años. David era la única autoridad masculina en su vida que no la había mirado como propiedad ni como fracaso.

—Me han traído… —murmuró—. ¿Tú… me has encontrado?

David no se movió. Ese fue el primer disparo.

Lola vio algo en su mano: no un arma humana, no una pistola. Un objeto pequeño, mundano, con la forma de una pieza de metal o un sello antiguo, encajado en su palma como si fuera normal llevarlo. Lo suficientemente discreto como para que un humano no lo notara. Lo suficientemente cargado como para que a Lola le vibraran las sienes al verlo.

La cuerda en su pecho se tensó tanto que casi le dolió respirar.

—¿Qué es eso? —preguntó.

David tragó saliva. Miró el objeto y lo guardó medio segundo… como un niño pillado con una mentira. Luego lo sacó otra vez. Porque no podía fingir.

—Una orden —dijo. Y la palabra fue más sucia que cualquier insulto.

Lola se quedó quieta.

—¿Una orden… sobre qué?

David cerró los ojos un instante. Cuando los abrió, ya no estaba intentando protegerla con el silencio. Estaba intentando no romperse.

—Sobre ti.

La frase no necesitó más.

Lola sintió que la sangre se le iba a los pies.

No lloró. No suplicó. Se quedó con la boca entreabierta, como si su cuerpo esperara que alguien dijera «es broma» y el mundo regresara a su sitio. Pero el mundo no era el mundo. Era la Corte.

—No… —susurró—. No puedes.

David apretó la mandíbula hasta que se marcó el músculo en la sien.

—Lo sé.

—¿Entonces por qué estás aquí?

David dio un paso. Solo uno. El aire del círculo de luz pareció tensarse como un hilo.

—Porque me obligan.

Lola notó la presión en las sienes subir un punto. El objeto en la mano de David emitía un zumbido mínimo, como si tuviera hambre. Un olor a ozono viejo se coló en la sala. Tormenta sin cielo.

—¿Qué te han pedido? —preguntó ella, aunque ya lo sabía. Lo sabía con el cuerpo.

David no respondió con la palabra. La palabra era demasiado obscena.

Se acercó un poco más.

Lola, por primera vez desde que pisó la Corte, sintió miedo de verdad. No por la muerte. Por la traición.

—¿De verdad vas a…? —empezó, y la voz se le quebró en la garganta.

David levantó la mano.

El objeto vibró.

Y la sala respondió.

No fue un rayo. No fue un espectáculo.

Fue burocracia.

Una presión invisible le apretó a Lola el cráneo, como si alguien le colocara una mano dentro de la cabeza y la empujara hacia abajo. Los dientes le zumbaban. El estómago se le hizo agua. El aire se volvió pesado, como respirar dentro de un expediente húmedo.

Lola dio un paso atrás. No por cobardía. Por supervivencia.

—David —dijo, y el nombre le salió con una súplica que odiaba—. Por favor.

David se quedó quieto. La mano en el aire. El objeto temblando.

Y entonces se rompió.

No con llanto. Con un fallo.

La muñeca le cedió. Los dedos le temblaron. El gesto se quedó a medias, ridículo, como un policía que intenta apuntar y no puede sostener el peso del arma.

David bajó la mano de golpe, como si se hubiera quemado.

—No puedo —susurró.

Lola tragó aire como si acabara de salir de un ahogo.

—¿Qué…?

David negó con la cabeza, desesperado. Rabia contra sí mismo.

—No puedo.

En la sala, algo cambió.

Como si la propia arquitectura hubiera anotado la incidencia.

El silencio se espesó.

Y después llegó el sonido: un golpe seco, como un sello gigante estampándose en el aire.

La puerta se abrió sin que nadie la tocara.

Y entraron.

No eran policías. No eran guardias.

Eran instrumentos.

Túnicas sin rostro claro. Manos con sellos. Ojos como tinta en un lugar donde debería haber ojos. Presencias que olían a cera apagada y a hierro frío.

No hablaron al entrar. Dictaron.

—«Incidencia de obediencia.»

La frase cayó como una condena.

—«Ejecución suspendida.»

Un segundo después, el aire se volvió más pesado, como si el suelo quisiera arrodillarlos.

David dio un paso delante de Lola sin pensarlo. Instinto. Protector. Padre sustituto. Verdugo potencial convertido en escudo.

Lola lo miró con una mezcla de pánico y dolor. No entendía cómo el mismo hombre podía ser ambas cosas.

—«Enlace en revisión.» —añadió la voz administrativa, y la palabra «enlace» sonó como si fuera un órgano interno.

David apretó los puños.

—No —dijo. Ahora sí. En voz alta. Como juramento.

La sala respondió con presión. La lámpara delimitó más. El círculo se volvió jaula.

Lola sintió que el tirón en el pecho se convertía en cuerda real, tensándola hacia el suelo.

David la miró de reojo, rápido.

—No te muevas —murmuró.

—¿Qué… qué está pasando? —Lola no reconocía su propia voz.

David no le contestó. No tenía tiempo. No había tiempo cuando la Corte decide corregir.

Sacó algo del bolsillo: no un arma, sino un gesto. Un objeto simple, mundano, como un llavero o una pieza metálica. Algo que, en una mesa humana, no significaría nada. En la Corte, significaba ruptura de sello.

David lo apretó en la palma.

Y la luz parpadeó una vez.

Una grieta mínima apareció en la sombra, al borde del círculo, como un error de impresión. Un «no consta» momentáneo. Un hueco donde el procedimiento fallaba.

Los instrumentos se movieron al mismo tiempo, coordinados, como puertas automáticas con hambre.

David se lanzó hacia la grieta.

—¡Ahora! —gruñó.

Lola no pensó. El cuerpo respondió. Se agarró al abrigo de David como si agarrarse fuera lo único que la mantenía entera.

Cruzaron.

La sala intentó cerrar la grieta con violencia.

Y la Corte cobró el precio.

No hubo sangre a borbotones. No había caos.

Hubo sanción.

Una marca apareció en el antebrazo de David como si alguien la hubiera escrito con un hierro invisible: un trazo limpio, quemado, con forma de sello. David soltó un sonido seco, un jadeo contenido, y por un segundo su rodilla falló.

Lola lo sostuvo sin saber cómo.

—¡David!

Él apretó los dientes.

—Estoy bien.

Mentía. No por orgullo. Por no asustarla más.

Uno de los instrumentos estiró una mano hacia ellos desde el umbral de la grieta. No tocó carne: tocó aire. Lola sintió que algo le rozaba la nuca por dentro, como un intento de arrancarle un recuerdo.

David reaccionó con rabia. Golpeó el aire con el objeto en la mano.

La mano de tinta retrocedió.

Pero el precio ya estaba puesto.

David parpadeó una vez. Dos. Y Lola lo vio: esa mirada de desconcierto súbito, como si una palabra se le hubiera borrado justo cuando iba a pronunciarla.

—¿David…? —susurró.

Él tragó saliva.

—Vamos.

No supo decir por qué. Solo supo moverse.

La grieta se cerró detrás como se cierra un expediente.

La sala quedó al otro lado, sellada, respirando su obediencia.

Y la vida continuó, porque la Corte siempre continúa.

El pasillo de servicio donde aparecieron era más oscuro, más sucio, como el reverso de un juzgado. Olor a humedad, piedra vieja, metal. Una tubería goteaba con un sonido que parecía un reloj.

Lola respiró como si acabara de subir del fondo del mar.

David caminaba mal. La mano derecha rígida. El antebrazo marcado. Un hilo de sangre bajándole por la muñeca, oscuro, lento. La sangre humana en un lugar donde la sangre suele ser moneda.

Lola quiso preguntar mil cosas. No le salió ninguna.

David se detuvo en un rincón donde la luz era mínima. Se apoyó un segundo en la pared. Cerró los ojos. Respiró. Cuando los abrió, la miró por fin.

Y ahí estaba el David de siempre. El que le hablaba bajito en las escenas del crimen para que no se asustara. El que le había dicho «Lolita» con cariño cuando el mundo la trataba como estorbo.

Pero también estaba otro: el hombre que había levantado la mano para borrarla.

Lola tragó saliva, temblando.

—¿Por qué…?

David se rio una vez, sin humor. Una exhalación rota.

—Porque la Corte no pide favores, Lola. La Corte pide obediencia.

Lola lo miró, con los ojos brillantes por rabia contenida.

—¿Y tú…?

David bajó la vista a su brazo marcado.

—Yo… llevo años fingiendo que solo soy policía.

Le tembló la mano. No de dolor. De algo peor: de culpa.

Lola dio un paso hacia él, despacio, como si el movimiento pudiera romperlo más.

—David… yo…

Él la cortó con una mirada. No dura. Urgente.

—Escúchame.

Lola asintió, con el pecho apretado.

David se inclinó un poco, como si cada palabra le costara un diente.

Y, sangrando, con la respiración rota y una sonrisa sin alegría, le susurró:

—No eres un encargo… eres… lo que ellos no pueden permitir.

La frase quedó suspendida en el pasillo como un sello invisible.

Y Lola entendió, por primera vez con una claridad que dolía, que lo de su madre no era solo ausencia.

Era guerra.

Y que ella estaba en medio.

Sin haber firmado nada.

45
PRIORIDAD: HIDALGO

Llegaron tarde porque la Corte siempre llega antes.

Andrea lo supo en cuanto cruzó la última curva del pasillo de servicio: el aire ya no olía a piedra húmeda ni a cera apagada como siempre olían los lugares viejos; olía a hierro caliente, a tinta recién abierta, a esa mezcla que en el mundo humano anuncia herida y en el arcano anuncia sello.

Bones no hizo chistes.

Tres segundos.

Tres segundos exactos de silencio en un esqueleto que hablaba hasta dormido.

Y ese silencio fue peor que cualquier alarma.

—La han tocado —dijo, al fin, en voz baja. No como sentencia épica. Como diagnóstico.

Andrea tragó saliva. La túnica negra le rozó los hombros como si pesara el doble. Notó el borde con runas doradas, sintió por primera vez que no era vestuario: era uniforme. Jurisdicción.

Siguieron avanzando. La piedra estaba demasiado limpia para ser un pasillo transitado. Eso también era una señal: cuando la Corte limpia, no es por higiene; es por borrar.

Y entonces lo vieron.

Una gota.

Solo una.

En la esquina de la pared, cerca del zócalo, una mancha oscura que no corría hacia abajo. No obedecía a la gravedad. Estaba quieta, como una firma que decide quedarse.

Andrea se agachó, sin tocarla, y el olor le subió directo al paladar: metal, sal, algo eléctrico detrás, como ozono viejo.

—Sangre —murmuró.

Bones se inclinó un poco, como si oliera con el cráneo. La calavera no tenía nariz, pero el tipo de muerto que era Bones olía por otra parte: por memoria, por costumbre, por condena.

—Sangre… y procedimiento —respondió. Se incorporó y señaló más arriba.

Andrea alzó la vista.

En la piedra, a la altura de un hombro humano, había un círculo quemado, limpio, sin carbón alrededor. Como si alguien hubiera estampado un sello con hierro invisible.

Un sello de esos que no manchan: marcan.

Bones soltó aire por los dientes, un gesto tan humano que daba rabia.

—Han firmado la caza.

La frase le pegó a Andrea en el estómago.

—¿Dónde está Lola?

Bones no contestó enseguida. Giró la cabeza hacia un corredor lateral, uno de esos pasillos que no aparecen si no sabes mirarlos. El tipo de pasillo que existe solo cuando la Corte lo permite. Sus zapatos —demasiado caros para aquel lugar— hicieron un ruido mínimo, seco, como un sello pequeño golpeando una mesa.

—Donde no deberían haberla llevado —dijo.

Andrea apretó la mandíbula.

—¿Y tú cómo lo sabes?

Bones lo miró un segundo. Y en ese segundo se le vio lo que Lola no había visto del todo: que su humor era defensa, sí… pero también era un tapón. Si lo quitabas, salía el vacío.

—Porque ese sello no es de «trámite». —Señaló la marca con un movimiento breve—. Ese sello es de «corrección».

Andrea sintió un escalofrío.

—¿Corrección de qué?

Bones retomó el paso. Ya estaba en modo secretario otra vez, pero el daño se quedaba en el hueco del humor.

—De lo que a la Corte le molesta.

Y siguieron.

El pasillo se estrechó. La luz ya no iluminaba; delimitaba. Marcaba un carril invisible que empujaba hacia delante, como si el edificio tuviera prisa por tragarse lo que estaba ocurriendo.

Andrea escuchó algo detrás del muro: pluma raspando piedra. Sello golpeando. Murmullos con timbre de oficina. La administración del horror.

—Bones… —dijo, y la voz le salió más baja de lo que quiso—. Dime que esto no es…

—No digas «ejecución» —cortó Bones, sin mirarlo—. Aquí esa palabra tiene la mala costumbre de convertirse en realidad.

Andrea se calló. Por primera vez, obedeció sin discutir. No por miedo a Bones. Por miedo a que el pasillo los oyera.

Doblaron la esquina.

Y el aire cambió.

Como cuando abres la puerta de una sala donde alguien acaba de llorar. O donde alguien acaba de morir. La diferencia era que aquí el llanto y la muerte tenían formulario.

Lola estaba allí, de pie, en el borde de un círculo de luz. No parecía atada. No necesitaba estarlo. La presión de la Corte era una cadena sin metal.

Tenía la cara pálida, los ojos demasiado abiertos, el pecho subiendo y bajando como si respirara papel húmedo. A su lado, David Santos.

Herido.

Y algo en la forma en que David se sostenía —la rigidez del brazo, el temblor controlado— hizo que Andrea entendiera sin que nadie se lo explicara: Santos había intervenido. Santos había pagado.

Lola giró la cabeza.

Vio a Andrea.

Y esa mirada fue un golpe seco, algo entre alivio y vergüenza, como si no quisiera necesitar a nadie y aun así el cuerpo le gritara «sí».

Andrea dio un paso hacia ella. Instintivo. Rígido. Protector sin permiso. No romance. No épica. Solo ese impulso feo y noble de ponerse delante cuando viene el golpe.

—Lola…

Bones se adelantó un milímetro también, pero no hacia Lola: hacia el aire. Como si estuviera buscando con los dedos una rendija, un procedimiento alternativo, una puerta de salida que todavía no existía.

—Tarde —dijo alguien sin rostro desde el otro lado del círculo.

No era una voz humana. Era una voz de ventanilla.

Dos figuras con túnicas administrativas —sin cara clara, sin ojos claros— entraron en el carril de luz. No caminaban: comparecían. Traían consigo un documento flotante que se reescribía solo, frase a frase, como si el papel respirara.

Andrea alcanzó a leer una línea antes de que cambiara:

«COMPARECENCIA INDIVIDUAL — HIDALGO».

El apellido le golpeó como un martillazo repetido. Otra vez.

Lola tragó saliva. El tirón en su pecho volvió. La cuerda.

David dio un paso delante de ella, sin pensarlo. El enlace. El policía. El hombre hecho de culpa.

—Se acabó —dijo David, ronco.

La voz administrativa respondió con un tono que no conocía la palabra «piedad».

—«Incidencia de obediencia. Ejecución suspendida. Enlace en revisión.»

La sala pareció apretar. La lámpara delimitó más, como si cerrara una jaula.

Lola sintió náusea. Los dientes le vibraron. El estómago se le volvió vacío.

Andrea notó que el aire se le hacía pesado, como si tuviera que pedir permiso para respirar.

—¿Con qué orden? —escupió Andrea, y se odió un segundo por hablar como humano allí dentro.

La respuesta fue un sello golpeando la piedra.

—«Consta firma de Magistratura.»

Bones soltó una exhalación lenta. No había chiste. No había traducción. Solo una verdad sucia.

—Han traído firma —murmuró—. Y cuando traen firma… no hay discusión. ¿Peleamos?

Uno de los instrumentos —porque ya no se podían llamar personas— alzó una mano hacia Lola. La mano no quería tocar carne; quería tocar recuerdo. Andrea lo supo por el modo en que Lola se llevó la mano a la nuca, como si algo invisible intentara arrancarle una palabra desde dentro.

—¡Eh! —Andrea se interpuso un paso más. La túnica le rozó las rodillas. Sintió el borde dorado vibrar, como si lo advirtiera: aquí no eres nadie… todavía.

La mano administrativa se detuvo un segundo, como si evaluara la interferencia.

Y entonces el pasillo se llenó de una presión peor: no la fuerza de un golpe, sino la exactitud de una norma.

El documento flotante reescribió otra línea.

«EJECUCIÓN / BORRADO / COMPARECENCIA SIN TOGA».

Lola lo vio.

No con los ojos. Con los dientes.

Con las sienes.

Con el tirón que subía desde el estómago hasta el pecho.

La frase le ardió en la lengua como si se la hubieran tatuado por dentro.

Lola abrió la boca para decir «no», pero el aire no le dejó. No por falta de oxígeno. Por falta de competencia.

Andrea la miró de golpe.

—Lola. Mírame.

Ella lo miró como se mira un ancla en medio de un oleaje que no se ve.

—Yo… —susurró, y la voz le salió pequeña.

Bones se movió al borde del círculo, casi encima del sello. Su humor estaba muerto en la garganta.

—No la obliguéis —dijo.

La frase no sonó a amenaza. Sonó a advertencia con siglos.

Los instrumentos no respondieron. No eran enemigos; eran mecanismos. Un mecanismo no discute, ejecuta.

La mano administrativa avanzó.

Y entonces ocurrió.

No fue un rayo. No fue una explosión.

Fue algo peor: Lola leyó.

Leyó la orden como se lee una cláusula abusiva. Como se lee una trampa. Como se lee un documento que intenta convertirte en cosa.

Y su cuerpo respondió con una violencia que no era fuerza… era autoridad.

Lola dio un paso sin darse cuenta.

El aire se tensó.

Su espalda se arqueó un milímetro, como si algo dentro empujara contra la piel.

Y su voz salió.

No como conjuro.

Como artículo.

Como mandato.

—«Se anula por incompetencia originaria…» —la frase le nació sin aprendizaje, sin manual, con la naturalidad cruel de un jurista que dicta—. «No consta legitimidad de Magistratura sobre esta comparecencia. Revóquese la orden por ausencia de equilibrio. La Ley no consiente.»

El pasillo se quedó quieto.

No quieto de silencio.

Quieto de *shock* estructural, como si alguien hubiera tachado una línea en el mundo.

El documento flotante tembló. Las letras se corrieron un segundo. La tinta respiró mal.

La mano administrativa se detuvo en el aire, a un palmo de Lola.

Andrea sintió una oleada de frío subirle por los brazos. No miedo. Reconocimiento de peligro.

Bones abrió la mandíbula —un gesto ridículo en un esqueleto— y por una vez no tuvo un chiste.

David, delante de Lola, se quedó helado, con los ojos clavados en ella como si acabara de ver una frontera romperse.

El círculo de luz parpadeó una vez.

Y el aire… corrigió.

Como cuando un expediente mal sellado se rehace con una grapa nueva.

La orden se deshizo. Literalmente: las letras del documento flotante se desprendieron como polvo húmedo y cayeron en el aire antes de tocar el suelo. No había papel que recoger. No quedaba nada salvo una sensación: la Corte acababa de perder una frase.

Y la Corte no perdía frases.

Lola soltó un jadeo que parecía dolor físico.

—No… —susurró—. No sé lo que he dicho.

La frase le salió temblorosa, aterrada. El cuerpo sabía; la cabeza no.

Andrea la agarró del antebrazo, firme. Sin pedir permiso. Como si sostenerla fuera un acto de supervivencia para ambos.

—Respira —dijo, seco—. Respira, Lola.

Ella inhaló. Tosió. Los ojos se le humedecieron de pánico, no de lágrimas bonitas.

—No lo… controlo.

—Ya lo veo —murmuró Andrea, y el miedo le salió en forma de ironía rota, como escudo. Pero la mano no la soltó.

Bones, al borde del círculo, recuperó la lengua con retraso.

—Señorita Hidalgo… —empezó, y luego se corrigió, porque el momento no admitía el tratamiento de cortesía normal—. ¿Tú has estudiado de más o qué?

Lola lo miró como si quisiera arrancarle una explicación del cráneo.

—¡No lo sé! ¡No sé lo que he dicho! —se le quebró la voz—. No sé lo que he dicho, Andrea.

Y ahí fue donde se les rompió el aire a los dos.

Porque Andrea, en ese instante, no fue «abogado», ni «cínico», ni «estructura».

Fue humano.

Le apretó el antebrazo un poco más, como ancla.

—Ya está —dijo, firme—. Ya está. Estás aquí. Estás conmigo. ¿Vale? Mírame.

Lola lo miró. Respiró. Una vez. Dos.

Y entonces el dolor la dobló.

No de golpe. De dentro.

Como si la frase que había dicho necesitara cobrar su precio.

Lola se llevó la mano a la espalda.

La túnica negra se pegó un segundo a su piel como si el tejido estuviera vivo y quisiera ocultar lo que venía.

La piel de Lola —bajo la tela— se abrió en líneas mínimas, finas, limpias, como caligrafía. No fueron cortes de cuchillo. Fueron trazos.

Sangre mínima. Ordenada. Como tinta obediente.

Y algo asomó bajo la piel, un relieve blanco, imposible, como la promesa de un ala que todavía no era ala. Plumas insinuadas, filamentos con disposición escrita en cada hebra, como si el Códex se hubiera puesto a redactar sobre su espalda.

Lola gimió, un sonido seco que le raspó la garganta.

Andrea se quedó sin palabras.

Bones, por primera vez desde que lo conocieron, sonó… serio.

—No se lo están haciendo —dijo, mirando a los instrumentos, a la sala, al documento que ya no existía—. Lo está haciendo ella.

Los instrumentos retrocedieron un paso.

No por miedo humano.

Por instinto jurídico: cuando algo tiene autoridad, tú no lo tocas sin permiso.

El pasillo, que hasta entonces había sido una máquina, respiró como una garganta que traga.

La lámpara delimitó menos, como si el círculo hubiera perdido confianza.

Y en esa grieta de procedimiento, Bones reaccionó.

Se movió rápido. Demasiado rápido para ser solo un secretario con elegancia.

—¡Ahora! —escupió, y no fue una orden, fue una maniobra.

Hizo un gesto con la mano huesuda sobre el borde del círculo, como quien cambia un rótulo en una ventanilla. La pared parpadeó un segundo. Un cartel cambió de idioma y, en ese instante, el carril de luz se desvió medio palmo.

Lo suficiente.

David se giró, agarró a Lola por el otro lado, y Andrea la sostuvo entre ambos.

—No mires atrás —murmuró David, y la frase le salió como si se la hubiera aprendido a hostias.

—¿Por qué? —Lola apenas podía hablar.

Bones, sin humor, con la urgencia clavada en el cráneo, respondió:

—Porque cuando la Corte te pierde una frase… se pone nerviosa.

Huyeron.

No corrieron como en películas. Se movieron como se mueve la gente cuando entiende que el suelo puede convertirse en trampa: rápido, sin ruido, con el corazón golpeando.

Detrás, una voz administrativa dictó, por primera vez con algo parecido a la tensión:

—«Incidencia legislativa.»

La palabra legislativa cayó como un disparo.

Y el aire de la Corte cambió.

Lola sintió el tirón en el pecho convertirse en cuerda total, como si algo arriba hubiera levantado la cabeza. Como si, en algún lugar, alguien hubiera escuchado su frase y hubiera apuntado su nombre en un margen.

Salieron del carril de luz.

El pasillo de servicio los tragó con su humedad, su metal viejo, su oscuridad de reverso.

Andrea no soltó a Lola.

No por valentía. Por miedo a que, si la soltaba, el mundo se la llevara.

Bones cerró el último umbral con un gesto seco, como quien cierra un expediente.

Y cuando el silencio volvió —un silencio humano, por fin—, Lola se apoyó en la pared, temblando. La espalda le ardía como si tuviera una sentencia escrita con fuego.

—Yo… —susurró—. Yo no quería…

Andrea respiró hondo, mirándola como si no supiera qué era lo que estaba viendo, pero supiera con absoluta certeza que no iba a dejarla sola.

—Lo sé… —dijo. Y se odió por lo suave que le salió.

Bones miró el rastro de sangre que había quedado en la piedra. Sangre de Lola, mínima, ordenada, como tinta. Luego miró el sello

quemado. Luego miró hacia el pasillo por donde habían venido, como si pudiera oír a la Corte pensando.

—Enhorabuena —murmuró, y esta vez el humor le salió negro, sin grasa—. Acabas de decirle a un Estado paralelo que está equivocado.

Lola levantó la cabeza.

—¿Qué… significa?

Bones sostuvo la mirada, y por primera vez no fingió que todo era chiste.

—Que ya no eres «aprendiz», Lolita. —Tragó aire—. Ya eres una amenaza.

Y entonces, muy al fondo, en una pared que no deberían estar viendo desde allí, una runa se encendió con un brillo mínimo. No por antorcha. No por lámpara. Por obediencia.

Formó una palabra sola.

Una palabra que sonaba a oficina… y era sentencia.

«CONSTANCIA».

Andrea la vio de reojo. Y sintió el frío subirle otra vez.

Bones también la vio. No dijo nada. Solo apretó las falanges, como si quisiera romper su propio cráneo de rabia.

Lola, con el pecho aún apretado por la cuerda invisible, susurró:

—Yo no… lo he elegido.

El pasillo no contestó.

Pero la Corte sí.

Desde algún lugar donde la luz no ilumina y la tinta decide, una voz administrativa —o un papel— dejó caer lo que sería el principio de todo:

«Se eleva a Magistratura. Prioridad: Hidalgo.»

46
INCIDENCIA LEGISLATIVA

La Corte no temblaba.

La Corte registraba.

El primer aviso no fue una alarma ni un grito, porque aquí los gritos son un recurso pobre: ruido humano. Lo que ocurrió fue más indecente, más íntimo, más grave. Fue un error administrativo en el hueso del mundo.

En un pasillo que olía a piedra húmeda, cera gris y tinta vieja —esa mezcla que convierte cualquier edificio en una amenaza—, una disposición incrustada en la pared parpadeó una sola vez. Un parpadeo mínimo, casi ridículo. Como si un funcionario, distraído, hubiera pestañeado mientras sellaba.

La runa no brilló.

Se recolocó.

La palabra cambió sin espectáculo: una letra que no estaba, una sílaba que sobraba, una intención que se desvió por medio milímetro.

Y ese medio milímetro fue suficiente.

Un funcionario espectral —un administrativo sin rostro claro, manos precisas, ojos como tinta seca— golpeó con el sello sobre la piedra.

Una vez.

El sonido fue limpio.

Golpeó por segunda vez.

Y la segunda vez… el sello no encontró nada que reconocer. Como si el protocolo hubiera pasado página sin permiso.

El funcionario se detuvo. No levantó la cabeza, porque aquí levantar la cabeza es un acto social. Pero su mano se quedó quieta,

suspendida en el aire con una duda mecánica.

—Incidencia… —susurró alguien detrás de una ventanilla que no tenía cristal, solo sombra.

La Corte respondió como responden los sistemas cuando alguien toca una pieza que no debe: no con rabia, sino con un instinto frío de autoprotección.

El pasillo se llenó de murmullos que no eran conversación. Eran trámites.

«Competencia.»
«Nulidad.»
«Origen.»
«Registro.»

Y una frase que nadie pronunció entera, porque pronunciarla entera era admitirla:

«…legislativa.»

Los pasos no corrieron. Aquí nadie corre: comparecen. Las presencias no entraron: se declararon. La luz, que no iluminaba sino que delimitaba, recortó el suelo en círculos concéntricos, como si el edificio dibujara por sí mismo el organigrama.

Fue entonces cuando la Cámara de Deliberación lo sintió.

No por la puerta, ni por el rumor. Lo sintió como se siente un cambio en el aire antes de una tormenta: la presión en la nuca, el gusto metálico en la lengua, el silencio volviéndose más pesado sin haber aumentado.

La Cámara era un anfiteatro sin público. Un tribunal sin humanidad. Piedra oscura, vidrio negro, metal viejo. Olía a tinta envejecida y hierro frío, con un regusto de cera apagada que parecía la resaca de todas las sentencias dictadas allí desde que el mundo se creyó civilizado.

El suelo tenía marcas circulares, como si la sala fuera un sello. En el centro, el espacio de comparecencia no parecía un asiento ni un estrado. Parecía un lugar donde te deshacen.

El acta flotante —esa hoja húmeda que nunca terminaba de ser papel— se reescribió sola, sin que nadie la tocara. Palabras que aparecían con una disciplina cruel, como si el documento tuviera hambre de orden.

«INCIDENCIA — PROCEDIMIENTO — ARCHIVO.»

Una pausa.

Y la línea final, como un latigazo:

«INCIDENCIA LEGISLATIVA.»

En ese momento nadie habló. No por respeto; por instinto. Hay cosas que incluso la Corte prefiere no nombrar demasiado alto. Porque a veces las palabras se quedan.

Vladhar Noctis no se movió.

No era «quietud». Era otra cosa: una presencia que preside sin estar arriba, un centro moral que se siente lejos. Su rostro permanecía en ese punto exacto entre la belleza y la amenaza donde la expresión no delata nada. Pero sus ojos —esa oscuridad sostenida— siguieron la frase como quien sigue un rastro de sangre en un expediente.

No dijo «Legislador». No dijo «Hidalgo». No dijo nada que pudiera convertirse en arma.

Solo murmuró, tan bajo que la frase pareció un pensamiento filtrado a la piedra.

—No ha lanzado un hechizo… ha movido una competencia.

Al otro lado, Lilim Seraphis estaba perfecta.

Perfecta no como adjetivo estético. Perfecta como institución. Su figura era una línea recta en un mundo hecho de sombras, su espalda parecía una extensión natural de la sala, y su silencio tenía la elegancia de quien nunca pierde el control porque nunca lo entrega.

Lilim miró el acta reescrita como se mira una irregularidad en un informe: sin emoción, sin sobresalto, con la calma peligrosa de quien decide si aquello se elimina o se incorpora.

—Queda registrado —dijo.

La voz era seda institucional. Una voz capaz de ordenar una ejecución sin parecer que está hablando de sangre.

—Queda contenido.

La sala aceptó esa frase como se aceptan las cosas inevitables. Un funcionario espectral anotó en un margen. Un sello golpeó en la piedra con un sonido mínimo, impecable.

Entonces compareció Cael Vesper.

Cael no entraba. Cael se anunciaba con un eco que no terminaba de ser sonido: como herradura golpeando suelo sin caballo, como tránsito sin cuerpo. Cuando apareció, la acústica de la Cámara pareció afinarse, como si el propio aire quisiera servirle de mapa.

Cael no hizo reverencias. No ofreció cortesía. Traía un informe, y aquí el informe vale más que la sangre.

—Hidalgo. Volpi. El secretario —enumeró, seco—. Han salido de la jurisdicción de la Corte.

Un murmullo leve se deslizó por los bancos. No por sorpresa: por irritación. Porque salir de jurisdicción era un gesto político, aunque lo hicieran sin entenderlo.

Cael continuó:

—Han vuelto a Graves & Asociados. Por un carril de fuga no registrado. El sello no los retuvo.

Esa última frase fue la que abrió una grieta real. El sello. La Corte. La idea de que algo no retenía cuando debía retener.

Lilim no levantó la voz.

No hacía falta.

—Por mandato de la Corte, yo, Lilim Seraphis, decreto que se proceda a la detención de Lola Hidalgo —dictó.

La palabra «detención» sonó limpia, legal, casi civilizada. Por eso helaba. En su boca no era una medida cautelar; era un acto de control.

—Así mismo, que se proceda a la recuperación inmediata de compareciente —añadió—. Medida provisional. Prioridad de contención.

El funcionario espectral alzó el sello. El acta flotante se inclinó sola, como si se pusiera en posición de firma.

Vladhar rompió el silencio.

—No.

Una sola sílaba. Suficiente para partir el aire.

Lilim giró los ojos hacia él con una lentitud elegante. No indignación. Solo una corrección fría, como quien mira a un subordinado que se ha permitido interrumpir.

—Vladhar… —pronunció su nombre sin apretarlo, y aun así sonó a aviso.

Vladhar no se movió, pero la sala lo oyó como se oye un órgano profundo.

—Si Lola Hidalgo es lo que esa incidencia sugiere… no puedes detenerla.

El funcionario espectral quedó congelado con el sello a medio camino, como si la palabra «no» tuviera peso físico.

Lilim mantuvo la compostura. Su sonrisa —mínima— era lo bastante bella para ser admirada y lo bastante cortante para ser peligrosa.

—¿Desde cuándo te preocupan tanto los procedimientos? —preguntó.

Vladhar sostuvo la mirada, y su respuesta no fue un ataque; fue una estocada doctrinal.

—Desde que el procedimiento es lo único que nos impide convertirnos en lo que decimos juzgar.

La sala se quedó quieta. Y esa quietud, en la Corte, era un gesto.

Cael —operativo— no intervino. No le correspondía. Se limitó a observar como quien mira un cruce de caminos y calcula cuántos cadáveres se quedan a la izquierda si eliges mal.

Lilim ladeó la cabeza lo justo para que el gesto pareciera contemplación y no desafío.

—La contención es orden público —dijo—. Y el orden público no espera a que la doctrina decida si se siente cómoda.

Vladhar respondió sin levantar el tono:

—El orden público sin legitimidad es abuso con toga.

Lilim no pestañeó.

—Esa chica ha reescrito una respuesta de procedimiento —dijo, y por primera vez la palabra «reescrito» tuvo filo—. Eso no es un accidente. Eso es amenaza.

Vladhar clavó la frase que hacía falta, la frase que convertía en un choque de sangre sin sangre:

—Precisamente por eso no puedes detenerla. Ni tú. Ni ninguno de nosotros. No por falta de fuerza… por falta de competencia.

El acta flotante tembló, como si el propio papel tuviera miedo de esa palabra.

Lilim soltó la pregunta con una calma tan perfecta que daba ganas de aplaudirla y de odiarla.

—¿Y qué propones, entonces?

Vladhar no se permitió poesía. Se limitó a la herramienta más cruel de todas: el procedimiento.

—Si la quieres aquí, sigue el cauce adecuado. Cítala.

Una pausa.

—Y cítala bien.

La palabra «cítala» cayó como una orden al sistema. No una sugerencia. Un recordatorio de que, incluso aquí, había reglas que no se podían romper sin pagar.

Lilim sonrió lo justo, con esa elegancia cruel de fiscal satisfecha.

—¿Vas a impedir que la Corte se proteja… por amor a la forma? —preguntó.

Vladhar inclinó la cabeza, apenas.

—No es amor a la forma. Es respeto a la ley.

Y entonces remató, sin levantar la voz, sin atacar, sin dramatizar. La frase que le arrancó a Lilim un segundo de silencio real:

—Además… lo exige una *addenda*.

Lilim se quedó quieta.

Vladhar continuó, suave, impecable:

—Una addenda impuesta años atrás. Firmada por tu mano. Con todo respeto.

Fue un golpe elegante. No porque la humillara públicamente —Lilim no se humillaba—, sino porque le recordó que incluso ella podía quedar atrapada en su propia arquitectura.

En la Cámara, el silencio pesó como sentencia.

Un funcionario espectral bajó el sello lentamente, como si la tinta misma hubiera decidido esperar.

Lilim sostuvo la mirada de Vladhar, y por un instante la sala sintió algo casi imperceptible: no miedo, no rabia… cálculo.

—Entonces emite la citación —dijo al fin.

Perfecta. Admirable. Peligrosa.

Cael alzó una ceja mínima.

—¿Y los funcionarios?

Lilim respondió sin mirarlo.

—Que sigan la norma. Que observen. Que no toquen.

Vladhar no se movió, pero el aire alrededor de él pareció asentir.

El acta flotante se reescribió otra vez, ahora con una frialdad impecable:

«CITACIÓN — COMPARECENCIA — INDIVIDUAL.»

Y bajo esa línea, una frase que olía a cuerda:

«CONSTANCIA DE MAGISTRATURA.»

Lilim miró la frase sin pestañear. Vladhar la miró con algo que no era emoción, pero se parecía a un registro amargo.

La Cámara comenzó a apagarse en un orden que parecía respirar. La luz se retiró por zonas, como si cerrara competencias, como si el edificio supiera dónde termina cada permiso.

Cuando la sesión se levantó, nadie pareció perturbado. La Corte no se inmuta como humano: se recoloca.

Un funcionario recogió… no un cuerpo, no un objeto, sino lo que quedaba «jurídicamente»: el acta, el registro, el rastro de la incidencia. La sangre, cuando la hay, aquí se archiva.

Samuel Graves, al fondo —quieto, con un expediente bajo el brazo—, tragó seco. No hizo gesto. En aquella sala incluso él parecía un subordinado. Y esa era la clase de verdad que se aprende a golpes: por encima de cualquier despacho, por encima de cualquier toga… están ellos.

Los Siete.

Y, sin embargo, esa noche lo que había hecho temblar el edificio no fue un magistrado.

Fue una jurista con sudadera bajo la túnica.

En el umbral, cuando ya se iban, alguien susurró. No se supo si fue un funcionario, una sombra o el propio sistema pronunciándose a través de una garganta ajena.

—Eso… es legislación.

La frase quedó flotando un segundo más de lo normal, como si al decirla el mundo hubiera decidido acordarse.

Lilim caminó sin mirar atrás. Elegancia de acero.

Cael desapareció como tránsito.

Vladhar se quedó un instante más, quieto. No por duda. Por conciencia.

Y antes de salir, sin que nadie lo oyera del todo —o quizá sí, porque aquí las paredes oyen siempre—, dejó caer una frase baja, amarga, exacta:

—La ley se está acostumbrando al dolor.

En algún lugar del edificio, una runa parpadeó una sola vez. Como una pluma que se mueve en una espalda todavía no nacida.

Y el acta, ya sola, se escribió a sí misma una última línea.

Una línea sin firma visible.

Una línea que olía a caza legal:

«Prioridad: HIDALGO.»

Y la Corte, por primera vez en mucho tiempo, no parecía un tribunal.

Parecía un animal al que le han tocado el nervio.

47

Jaula con letras bonitas
Una semana después

El amanecer no entraba en Graves & Asociados: se filtraba. Como una deuda. Como una inspección.

La luz, blanquecina y sucia, se colaba entre cortinas viejas y cristales oscuros, y al tocar las cosas no las iluminaba: las delataba. La madera del despacho parecía más cansada; el cuero de los sillones, más gastado; el metal de las lámparas, más caliente, como si llevara una semana entera aguantando el mismo pulso.

Olía a antiséptico. Y ese olor, en un lugar que siempre había olido a tinta vieja, cuero y hierro frío, era una mala noticia. Una de esas que no se escriben en informes porque no hay casilla para ellas.

Bones lo notó el primero, aunque no dijo nada. Se movía de un lado a otro con la túnica abierta, los zapatos de señorito rozando el suelo sin prisa, como si estuviera haciendo inventario del desastre. No canturreaba. No soltaba ni una sola gracia de las que normalmente le brotaban como reflejo. Había apagado el teatro.

Eso era lo más inquietante.

Lola estaba sentada en el borde de una silla, la espalda recta, las manos juntas, como si en cualquier momento le fueran a pedir que se levantara y diera la cara. Llevaba una semana con el mismo silencio pegado a la lengua. Un silencio lleno de tirones en el estómago, de latidos raros en las sienes, de esa sensación de cuerda tensándose cada vez que alguien pronunciaba su apellido —o cuando no lo pronunciaban y aun así lo pensaban.

Andrea se mantenía cerca sin estar cerca, como si la proximidad fuese otra forma de declaración. No la tocaba, no le preguntaba

demasiado. Solo estaba. Y ese «estar» le salía más natural que cualquier discurso.

El despacho funcionaba como un Estado pequeño con puertas cerradas. Un Estado en guerra que fingía ser oficina.

Y David Santos, en la estancia contigua, era la prueba.

Se oía su respiración antes que su voz. Una respiración controlada, de policía que ha tragado demasiadas cosas para seguir en pie. Cuando Bones asomó la cabeza por el marco de la puerta, lo encontró sentado en una camilla improvisada —una mesa de archivo cubierta con una manta—, con el antebrazo vendado y la camisa abierta por el cuello. Tenía un moratón oscuro en el lateral del cuello. El tipo de golpe que no se da en una pelea humana y que, sin embargo, se parece bastante a un castigo.

Su mirada… su mirada era otra. No vacía. No perdida. Algo peor: incompleta.

David se pasó la lengua por el labio inferior, como si buscara una palabra y no la encontrara en su sitio.

—¿Cómo estás? —preguntó Lola desde el umbral, sin acercarse aún.

Él levantó la vista. Sonrió con un esfuerzo que le crujió por dentro.

—Bien… —dijo, y el «bien» sonó como una mentira con buena educación.

Samuel Graves apareció detrás de Lola como si hubiera estado ahí desde el principio. Sin teatralidad, sin anuncio. Traía un expediente bajo el brazo, como siempre; el traje oscuro impecable, como si la mugre del mundo no se atreviera a tocarlo. No parecía un jefe entrando a revisar un caso. Parecía un hombre entrando a comprobar el estado de su campo de batalla.

Miró a David. Miró el vendaje. No preguntó «qué ha pasado». No era una pregunta. Era un diagnóstico.

—Esto es castigo —dijo.

David aguantó la mirada sin bajar la cabeza. Esa dignidad obstinada de quien sabe que le han pasado por encima y aun así se niega a pedir perdón por seguir vivo.

—No me han matado —respondió, y en su tono había un filo raro, casi agradecido.

—Todavía —apuntó Samuel, sin crueldad. Solo con verdad.

Bones carraspeó. El sonido seco de hueso y garganta inexistente, casi una parodia de humanidad.

—El enlace se ha portado como un enlace —murmuró, y era lo más parecido a un elogio que se le había oído en días.

Andrea entró un paso. Su mirada se clavó en la cara de David, en sus ojos, en esa forma de buscar algo que se escapaba.

—¿Recuerdas quién te tocó? —preguntó, directo, como quien formula una cuestión probatoria.

David parpadeó, irritado consigo mismo.

—Recuerdo… olor. Recuerdo… la presión. —Se llevó los dedos al puente de la nariz, como si allí estuviera la respuesta—. Recuerdo el pasillo. Recuerdo una frase… pero no… —su voz se cortó—. Hay un nombre que se me queda aquí.

«Aquí» era el aire entre su garganta y su lengua. Una frontera.

Lola sintió un nudo subirle desde el estómago. No lloró. No se permitió. Se le quedó clavado como un objeto punzante.

Andrea apretó la mandíbula. No miró a Lola, pero se colocó un poco más cerca. Instinto. Equipo. O algo peor.

Samuel no hizo nada. Ni consuelo, ni promesa, ni discurso. En este mundo, la compasión era un lujo y él llevaba demasiado tiempo trabajando con la ley para permitírselo en voz alta.

—Te han dejado vivo para que lo recuerdes sin poder contarlo —dijo.

David bajó la mirada un segundo. Luego la subió.

—Lo sé.

Ese «lo sé» era un juramento sin palabras.

Volvieron al despacho principal con la sensación de llevar barro en los zapatos aunque el suelo estuviera limpio.

Bones ocupó su sitio natural junto a la mesa de triaje penal arcano: bandejas, sellos de cera gris, mapas con marcas antiguas, un ordenador que parecía humano salvo por la forma en que el cristal devolvía la luz. Una luz que no era reflejo, era juicio.

—Informe de guerra —soltó Bones, y ahí sí se le coló un intento de tono habitual, pero sin chispa—. Semana uno: expedientes que desaparecen. Semana dos: sellos que ya no reconocen rutas. Semana tres: funcionarios preguntando «por cortesía». —Hizo comillas en el aire con dos falanges—. La cortesía aquí es la versión elegante de «te estoy contando».

Andrea se inclinó sobre una bandeja donde un papel intentaba quedarse recto y no podía. Como si el papel respirara.

—¿Eso es normal? —preguntó, sin querer parecer impresionado y fallando.

—Nada de lo que hacemos es normal —contestó Bones—. Pero sí es… habitual. Es distinto. Lo normal es humano. Lo habitual es arcano. Y el hábito… —hizo una pausa y se encogió de hombros— … es una forma de morir despacio.

Samuel escuchaba sin interrumpir, con esa calma de fiscal cansado que ya ha visto cómo se corrompen los sistemas sin necesidad de que nadie lo explique.

—¿Cael? —preguntó Andrea.

Bones torció la cabeza.

—Operativo está oliendo rutas —dijo, como si «oler rutas» fuera una diligencia reglada. Y en la Corte, lo era.

—¿Vladhar? —insistió Andrea.

—Doctrina está en guardia —contestó Bones.

Lola se levantó sin darse cuenta. Cruzó el pasillo como si algo la tirara de la nuca. No hacia la puerta. Hacia la pared donde el Códex «respiraba» más cerca: disposiciones operativas, runas de uso diario, tinta que parecía húmeda aunque fuera piedra.

Sintió el tirón interno. Pequeño. Obstinado. Como si la ley le hiciera una pregunta sin voz.

Samuel la observó de reojo. No dijo su nombre. No hacía falta.

—El mundo ya lo sabe —murmuró David desde atrás, sin estar seguro de por qué lo decía.

Bones lo miró. Luego miró a Lola.

—No lo sabe del todo —repuso—. Pero lo huele.

Y entonces ocurrió.

El sobre apareció.

No llegó por puerta. No lo trajo nadie. No hubo pasos. Un golpe seco, mínimo, como una decisión, y el sobre estaba sobre la mesa.

Sello impecable. Cera gris sin mancha. Sin remitente humano.

Andrea se quedó quieto. Lola dejó de respirar un segundo.

Bones no tocó el sobre de inmediato. Lo miró como se mira un animal venenoso.

—Sello doctrinal… y sello de competencia —dijo por fin, muy bajo. Sin teatro.

Samuel lo tomó con dos dedos, como si el papel pudiera morder.

No lo abrió enseguida. Leyó el borde. El pliegue. La forma en que la cera se había asentado. Y en su cara no hubo sorpresa: hubo cálculo.

Andrea, jurista de la superficie, sintió una incomodidad distinta. La que te da un documento que está «demasiado bien hecho». Porque los documentos demasiado bien hechos casi siempre tienen intención.

Samuel lo abrió.

La citación era perfecta. Fría. Motivada. Sin adornos. El lenguaje era el de una institución que se cree eterna.

«Comparecencia individual».

«Competencia fundada».

«Garantías formales».

«Advertencia de consecuencias por incomparecencia».

Andrea la recorrió con los ojos como quien busca un defecto para agarrarse a él.

—Esto… está bien —murmuró.

—Eso es lo que da miedo —respondió Bones, y por un instante su humor no solo estaba apagado: estaba enterrado.

Había una coletilla que no encajaba en lo humano. Una frase corta, casi una respiración jurídica:

«La Ley requiere».

Lola sintió un golpe en las sienes al leerla. No era dolor. Era reconocimiento.

Samuel dobló el papel con lentitud.

—Vladhar ha forzado el procedimiento —dijo.

—¿Eso es bueno? —preguntó Andrea. Su voz sonó a abogado pidiendo un criterio de admisibilidad.

Bones hizo un gesto ambiguo.

—Es… correcto —dijo—. Y aquí lo correcto se usa como arma.

Lola tragó saliva.

—¿Entonces me está protegiendo? —preguntó sin querer.

Samuel no le contestó a eso. Miró el sello una vez más, como si el sello fuera una firma invisible.

—Encauzar no es entregar —dijo—. Encauzar es… evitar que te arranquen de un tirón.

Andrea frunció el ceño.

—Pero si el cauce está diseñado por ellos…

Bones soltó una exhalación seca.

—Ahí está el truco.

Andrea volvió a leer. Horarios. Lugar. Ruta de tránsito sugerida. Testigos institucionales. Un carril administrativo que olía a laberinto.

—Esto es una emboscada —dijo.

Bones asintió despacio, como si le doliera decirlo.

—Huele a audiencia sin salida.

Samuel apoyó el expediente de Beaumont al lado del sobre. Dos papeles. Dos mundos. La misma cuerda.

—Es una comparecencia diseñada para que el sistema gane aunque pierda —dijo Samuel.

Lola levantó la mirada.

—¿Cómo…?

Samuel la miró con frialdad limpia.

—Si acudes, quedas registrada donde pueden encerrarte. Si no acudes, quedas en rebeldía y la Corte adquiere margen.

Andrea apretó los dientes.

—Esto es… —se le escapó— …esto es una jaula.

Bones, por primera vez en toda la mañana, no puso sonrisa, no puso ironía, no puso nada.

—Esto no es una citación —dijo.

Y la frase le salió con un peso que parecía más viejo que él.

—Esto es una jaula con letras bonitas.

Silencio.

El tipo de silencio que no es pausa: es protocolo.

Lola entendió, por fin, lo que le había dicho Nerea Valcárcel con un susurro.

Aquí no te matan siempre con cuchillo. A veces te matan con un documento.

Samuel hizo un gesto: puerta cerrada. A puerta cerrada, la ley se decía con menos cuidado.

—Lola… tú no encajas en los moldes —dijo.

Lo dijo como un médico. Como un juez. Como alguien que sabe que lo que viene no se cura con voluntad.

—Lo que hiciste… no lo hace cualquiera.

Lola se echó hacia atrás en la silla, como si esas frases fueran golpes físicos.

—Fue un reflejo —intentó—. Fue… miedo. No sé qué dije. No sé… —y ahí se mordió la lengua, porque era verdad: no sabía. Y, sin embargo, el mundo sí.

Bones la miró. Y en su mirada había algo que no era risa.

—No fue un conjuro —dijo despacio—. Fue un artículo.

Andrea abrió la boca como si fuera a protestar. A pedir definiciones. A exigir un marco normativo. Y no dijo nada.

Samuel bajó la voz. No por secreto: por instinto.

—Legisladora.

La palabra cayó y el despacho se quedó quieto, como si la madera la hubiera escuchado.

Lola no se sintió orgullosa. No se sintió elegida. No se sintió nada bonito.

Sintió el tirón en el estómago. Ese mismo tirón de la puerta sellada. Ese mismo tirón de la Corte escupiéndole su apellido.

Como si por fin le hubieran puesto nombre a la cuerda que llevaba dentro.

Andrea se quedó pálido de lógica. Se le notó en los ojos: si existe esa palabra, existe un régimen para perseguir esa palabra.

—¿Y qué… significa? —preguntó, pero no era una pregunta académica. Era una pregunta de supervivencia.

Samuel no le dio un manual. Le dio una frase.

—Significa que lo que has hecho no está permitido… ni siquiera cuando lo necesitan.

Bones ladeó el cráneo, como si la frase le hubiera parecido tristemente precisa.

—La Corte tolera milagros cuando puede firmarlos —añadió—. Lo que no tolera… es perder el control de la firma.

David, en el fondo, apretó los dedos contra el vendaje. Su mirada saltó de Lola al sobre. Y, durante un segundo, pareció recordar algo que no recordaba del todo.

—Por eso querían obediencia —susurró.

Samuel no lo desmintió.

Andrea miró el papel.

—Entonces… ¿qué hacemos? ¿Acudir? ¿No acudir? ¿Impugnar? ¿Pedir medidas? ¿Que conste? —su voz aceleró, y se notaba que su mente intentaba construir una muralla con tecnicismos.

Samuel lo cortó.

—En la Corte, «que conste» puede ser una soga.

Andrea se quedó mudo, tragando su propia educación procesal.

Bones se encogió de hombros con una elegancia cansada.

—Podemos ir por espejo. Por cementerio. Por atajo. Por puerta trasera. Por donde no constas —dijo, y esa última frase le salió rara, como si le molestara—. Aunque… —se detuvo— …aunque hoy… no te prometo nada.

Lola lo miró.

—¿No lo sabes? —preguntó, y la pregunta llevaba una cosa peligrosa: confianza.

Bones se recompuso con un amago de sonrisa.

—Sé muchas cosas, Lolita —dijo, y luego bajó el tono—. Pero no soy omnisciente. Soy… viejo.

Samuel observó a Lola con un cansancio antiguo.

—No es escapar —dijo—. Es decidir qué haces con lo que eres.

Y esa frase, aunque no sonara épica, era el centro de todo.

Porque la citación era una jaula. Y la jaula no se rompía con músculo: se rompía con ley.

El sobre, ya abierto, se cerró solo un milímetro.

No del todo. Solo como quien recuerda que puede.

Andrea lo vio y se le heló la espalda.

En la pared de disposiciones operativas, una palabra cambió durante un segundo. Lola la vio con la claridad de quien recibe una bofetada.

«CITACIÓN» → «TRASLADO».

Parpadeó.

Volvió a ser «CITACIÓN».

¿O lo había sido siempre?

Un chisporroteo seco sonó en la línea interna: el tubo metálico de escritorio, la radio vieja de la burocracia arcana. La voz no tenía género. No tenía saludo. No tenía cortesía.

Solo orden.

—«Traedla».

Samuel cerró los ojos un instante. No preguntó quién. No pidió aclaración. Porque en este mundo, las aclaraciones son un lujo que solo tiene quien manda.

Bones no hizo chiste. No se permitió ni uno.

Solo repitió, como si confirmara una sentencia:

—Desde arriba.

Lola sintió el tirón en el estómago como una cuerda en llamas.

Andrea se movió un paso hacia ella sin pensar. Protector sin saber por qué. Como si el cuerpo hubiera entendido antes que su cabeza.

Samuel miró el papel otra vez. Y entonces lo vio. Un detalle que no habían visto al principio, porque la perfección suele esconder sus dientes en los márgenes.

«Consta firma de Magistratura.»

Sin nombre.

Sin cara.

Sin posibilidad de discutirlo.

Bones se quedó quieto. Tres segundos. Un abismo.

Luego habló, y su voz sonó más baja que de costumbre, como si incluso él tuviera miedo de que lo oyera el aire.

—Ahora sí que estamos jodidos.

Y en el despacho, el silencio no respondió como silencio.

Respondió como protocolo.

48
EL SUSURRO DEL CÓDEX

El despacho no dormía. Vigilaba.

A esa hora —cuando el mundo humano ya se ha rendido a la inercia y el mundo arcano empieza a afilarse— Graves & Asociados olía distinto. Ya no era solo tinta vieja y cuero gastado. Era antiséptico, café muerto, metal calentado por lámparas que llevaban demasiado tiempo encendidas. Era ese olor de las salas donde se cura a alguien sin decir la palabra «cura», porque decirla sería prometer.

La citación seguía sobre la mesa como una cosa viva. El papel no se movía, pero mandaba. Una jaula con letras bonitas. Un procedimiento impecable. Un anzuelo sin rebaba.

Bones pasaba de un lado a otro con su túnica abierta como quien lleva un abrigo que ya no abriga. No hacía *show*. No se reía. Su elegancia de esqueleto parecía más vieja que de costumbre, más… cansada.

—No toques nada que no te toque a ti —soltó sin mirar a nadie, con ese tono suyo que era a la vez orden y superstición.

Andrea estaba apoyado en el quicio de un pasillo, los brazos cruzados, el traje aún bien puesto como si la tela pudiera ser escudo. Sus ojos, sin embargo, estaban donde no quería reconocer: en Lola. En la forma en que ella se había quedado más callada que nunca, sentada sin sentarse, presente sin estar cómoda, con la túnica cayéndole encima como un castigo administrativo.

Lola no estaba llorando. Lola estaba haciendo otra cosa peor.

Estaba pensando.

Y en la Corte, pensar demasiado era un acto que levantaba sospechas.

Nadie dijo «¿vas a ir?». Nadie dijo «¿qué hacemos?». Los planes se pudrían rápido cuando los pronunciabas en voz alta; el aire de ese despacho había aprendido a delatar. Samuel Graves, en algún lugar del edificio, hablaba con puertas cerradas y silencios largos. David Santos descansaba —si es que se le podía llamar descansar— en una estancia contigua, vendado, con la mirada fallada como un espejo mal pulido: recordaba cosas con los bordes, no con el centro.

Lola miró la pared donde las disposiciones operativas del Códex parecían dormir. Era una pared normal si la mirabas como humana: piedra, grietas, sombras. Pero ella ya no la miraba así. Lo notó en el cuerpo antes que en la cabeza: un tirón leve en el estómago, como si alguien hubiera atado un hilo invisible a su centro y lo tensara con paciencia.

Sin anunciarlo, se levantó.

Sus deportivas sonaron sobre el suelo con un ruido demasiado humano, casi una insolencia. Bones la siguió con el hueco de las cuencas, y por un instante pareció a punto de decir algo. No lo dijo. Solo dejó que la viera ir, porque también eso era una forma de cuidar: no ponerle más peso.

Andrea enderezó el cuerpo, impulsado por un reflejo de protección que le nacía sin permiso.

—Lola… —dijo, y la palabra se le quedó a medias, sin orden detrás.

Ella no se volvió. No por desprecio. Por concentración. Como si, si giraba la cabeza, el hilo se rompiera.

—Necesito… —murmuró Lola, casi para sí—. Necesito saber qué está pasando.

Andrea dio un paso. Dos. Se detuvo. Había aprendido en pocas noches que perseguir a alguien en el mundo arcano no siempre es salvarlo; a veces es empujarlo.

Lola caminó hacia la zona donde el despacho cambiaba de piel. A ese pasillo de antorchas azules que no parecían antorchas y a esas sombras que no eran sombras, sino competencias. El aire se volvió más frío, más limpio, más cruel. Olía a hierro húmedo. A tinta envejecida. A cera gris apagada.

Y el zumbido en los dientes apareció, pequeño, puntual, como un sello estampándose dentro de su cráneo.

No era dolor. Era señal.

Llegó a la puerta de la Sala del Códex. No la puerta grande del mito —esa que Bones había señalado como «ahí no se entra sin que te llamen»—, sino la cámara operativa, la proyección funcional donde la Ley se dejaba ver sin desnudar el núcleo. La puerta estaba cerrada… y aun así, cuando Lola tocó la madera con la yema del dedo, cedió. No chirrió. No protestó. Se retiró como si la aceptara.

Dentro, el silencio no era silencio. Era una orden.

Las paredes estaban cubiertas de runas y disposiciones que se mantenían quietas solo por cortesía. Si las mirabas demasiado, parecían moverse en la periferia de la vista, como letras que respiran. Papeles flotantes giraban en el aire —fragmentos de expediente eterno—, hojas que no caían porque caer sería admitir gravedad, y allí dentro lo que mandaba no era la física: mandaba la Ley.

La luz no venía de antorchas. Venía de las propias disposiciones, un brillo mínimo, como tinta recién puesta que todavía no ha decidido secarse.

Lola cruzó el umbral y, con ella, el zumbido se apagó.

De golpe.

Como si alguien hubiera cerrado una puerta dentro de su cabeza.

Se quedó quieta, de pie, con la túnica cayéndole alrededor como una sombra legal. Notó presión suave en las sienes, una náusea breve, no de asco, sino de… lectura. Como si la sala la estuviera midiendo. Pesando. Archivando.

Los papeles flotantes hicieron algo extraño: se separaron un poco, abriendo un espacio justo delante de ella, como quien despeja una mesa para un interrogatorio.

Lola tragó saliva.

No preguntó «¿qué soy?».

No. Ese tipo de preguntas tienen hambre. Y el hambre, en ese mundo, siempre llama la atención.

Pensó en la citación. En el sello impecable. En la perfección de Lilim. En el «Traedla» que había llegado sin firma, como si el

universo pudiera mandar mensajes administrativos.

Pensó en el muelle. En 4:10. En una llave quemada en piel. En un cadáver que ya no pertenecía a ninguna morgue humana.

Pensó en David. En su mirada rota. En el precio.

Y entonces, sin hablar, formuló algo más simple, más sucio, más humano:

«¿Qué quieren de mí?»

No lo dijo en voz alta. Pero el aire respondió.

Las runas de la pared vibraron al unísono, apenas un latido. Los papeles se detuvieron, como si alguien hubiera detenido el tiempo por procedimiento. El olor a tinta y hierro se hizo más intenso un segundo. Luego… se limpió, como si una mano invisible pasara un paño por dentro del mundo.

La sala se calló del todo.

Y en ese silencio absoluto —en esa suspensión donde incluso el miedo parece esperar turno—, el Códex susurró.

No fue una voz humana. No fue masculina ni femenina, ni vieja ni joven. Fue certeza. Fue sentencia sin garganta. Fue un texto que no se lee con los ojos: se lee con el cuerpo.

«Lola…»

Su nombre le rozó el esternón como una firma puesta con tinta fría.

«…Hidalgo del Equilibrio.»

La frase no cayó como poesía. Cayó como clasificación.

Lola sintió que se le aflojaban las rodillas un milímetro. No por debilidad. Por impacto físico. Como si el aire le hubiera puesto un peso exacto sobre la espalda. Notó humedad en los ojos, una amenaza de lágrima que no terminó de salir porque su orgullo le apretó la garganta como un puño.

—¿Equilibrio…? —murmuró, y su propia voz le sonó extraña dentro de la cámara, como si hablar allí fuera un privilegio que aún no le correspondía.

Los papeles volvieron a moverse, lentamente, recuperando la vida administrativa del lugar. Una runa cercana se apagó con un gesto de final de audiencia. El zumbido no volvió. La sala seguía aislada, como si la hubiera encerrado con ella.

Lola se giró.

Y lo vio.

En el umbral, Andrea.

No había entrado del todo. Se había quedado en la puerta, sosteniendo el marco con una mano como si eso pudiera anclarlo. Sus ojos estaban fijos en ella, pero no la miraban como antes. No era la mirada de un compañero. No era la mirada de un jurista.

Era la mirada de alguien que acaba de entender que el procedimiento se ha convertido en frontera.

Andrea tragó saliva. Su mandíbula se tensó. Se le movió un músculo en la sien, como si su cuerpo quisiera negar lo que su cabeza ya había aceptado.

—¿Qué…? —intentó decir, y no le salió.

Lola no sonrió. No tuvo fuerzas.

Solo lo miró de vuelta, con esa calma nueva que no era calma: era registro.

Andrea entendió, sin necesidad de que nadie se lo explicara, que lo que acababa de pasar no era un fenómeno.

Era una designación.

Y en ese mundo, lo que la Ley designa… la Corte lo teme.

El silencio se quedó entre los dos, denso como cera apagada.

Y Andrea pensó —con un frío que le recorrió la espalda como un pasillo de juzgado a las tres de la mañana— que el problema ya no era la citación.

El problema era que la Ley había pronunciado su apellido como si fuera un artículo.

Y eso, en una Corte que vive de controlar el texto, era el tipo de cosa por la que no se abre un expediente.

Se abre una caza.

AGRADECIMIENTOS

A mi familia. A mi marido, Iker, y a mi pequeña Marian: mis constelaciones hechas carne. Mi casa. Mi raíz. Gracias por no soltarme nunca, ni siquiera cuando yo misma he dudado. Gracias por sostenerme en lo cotidiano, por aguantar mis madrugadas de teclado, mis silencios de trama y mis días de "solo una página más". La perseverancia que tengo no nació sola: la habéis construido conmigo, a base de amor, paciencia y presencia.

A los autores de Faro de Tinta —a todos—. Porque en esta cruzada de mantener encendida la luz del faro, habéis sido compañía real, de la que no pide explicaciones y sí ofrece hombro. Gracias por caminar conmigo, por creer incluso cuando el mar se ponía feo, por empujar, por cuidar, por estar. Y gracias también porque, por vuestra constancia y por la mía, hoy puedo decir con orgullo que ese nombre no es un adorno: Farera de Tinta. Me lo he ganado. Y vosotros habéis sido parte del fuego.

A mis lectoras cero: Laia Alpe, Lara, Cali, Yolanda, Lorena, Lourdes, Saioa y Amparo. Hay un tipo de amor que no se ve desde fuera: el amor de quien lee en bruto, con ojos de bisturí y corazón de aliada. Vosotras habéis honrado esta obra de la forma más difícil: con paciencia, con criterio, con verdad. Y especialmente… gracias por no soltarme cuando decidí romper lo ya construido, cuando miré más de doscientas páginas y dije: «no». Gracias por estar también en ese momento, cuando reescribir no era capricho, sino necesidad. Porque los lectores cero no "corrigen": hacen que la obra sea lo que realmente es. Y eso, en literatura, es un milagro silencioso.

A mi madre: gracias por ser mi fan incondicional. Por celebrar cada locura como si fuera una conquista, por acompañarme sin condiciones, por estar siempre ahí, incluso cuando el resto del

mundo no entiende este oficio raro que se escribe con sangre y con luz. Siempre serás mi lectora más fiel. Y siempre serás hogar.

A John, mi hermano. Mi mitad en Faro de Tinta. A quien adoro y quiero con todo mi ser. Gracias, porque fuiste una llave en el momento exacto: porque cuando yo enterré a Lyra Blackthorn, tú la reconociste bajo la tierra y la llamaste de vuelta. Sin ti, hermano, no habría sido capaz de llevar este estandarte como lo llevo: esta máscara semiinvisible que siempre será parte de mí. Mi orfebre literario, mi brújula, el que ha vivido el proceso desde dentro y me ha honrado prologándolo. Y sí: siempre estaré ahí. No importa cuán lejos estés… te encontraré en la oscuridad. (Guiño, guiño).

A la comunidad literaria que, cada semana, se sienta conmigo en los directos de "Un Café con María". Lo que empezó como una anécdota terminó convirtiéndose en un lugar. Y cuando un lugar se vuelve casa, ya no sabes vivir sin él. Gracias por escuchar, por comentar, por sostener esa constancia, por convertir una locura en una costumbre bonita. Si no está, me falta algo. Y eso también es pertenencia.

Y, por último, a ti, lector. Gracias por abrir este libro. Por confiar tu tiempo —que es lo más caro que tienes— a esta historia. Gracias por entrar en este mundo, por caminar sus pasillos, por aguantar la sombra, por respirar el *noir* y la magia, por dejar que la Ley te hable. Ojalá encuentres aquí algo que se quede contigo cuando cierres la última página: una frase, una herida, una luz pequeña.

Si lo has sentido… entonces ya estamos en el mismo lado.

Gracias.

Lyra Blackthorn



Acerca de la autora

Lyra Blackthorn es el seudónimo literario de **María J. Mateos Selma** (El Puerto de Santa María, 1989), abogada ejerciente y fundadora de **Mateos Selma Abogados**. Su vida profesional transcurre entre expedientes, vistas y el pulso frío del procedimiento; pero su verdadera grieta —la que respira— se abre en otro lugar: **la palabra escrita**, cuando deja de ser herramienta y se convierte en herida.

Con su nombre firma novela negra y thriller, donde la realidad muestra los dientes sin pedir permiso: **«Los Crímenes de Erebos Nyght»** (mayo de 2025) y **«Sepulcros de Cristal»** (diciembre de 2025). Bajo el manto de Lyra Blackthorn, en cambio, abraza la parte más íntima y visceral de su voz: **la poesía como refugio y como exorcismo**, y la literatura fantástica como territorio donde la oscuridad no se disimula, se nombra. En esa dualidad —entre el rigor del derecho y la libertad absoluta de la ficción— encuentra su equilibrio: el mismo que se construye cuando una aprende a vivir con lo que no se ve, pero pesa.

Así nació su serie de cantos a la sombra: una forma de escribir no para escapar, sino para **sobrevivirse**. El primer título, **«No eras mi final»** (noviembre de 2025), es su divina comedia personal en mitad de un episodio de depresión: un descenso sin maquillaje, una oda a la salud mental escrita desde el lugar donde la mente se vuelve un enemigo silencioso. Y el **21 de marzo de 2026** publicó el **Segundo Canto a la Oscuridad**, **«No eras mi estigma»**, un homenaje a quienes cargan con la enfermedad invisible de la **fibromialgia** y la **fatiga crónica**: cuerpos que duelen sin pruebas espectaculares, cansancios que nadie aplaude, batallas que se libran con una sonrisa para que el mundo no se incomode.

Para Lyra, la escritura no es solo vocación: es **resistencia** y es **belleza**, pero una belleza oscura, de las que no piden perdón. Un espacio donde explorar los claroscuros del ser humano, las trampas de la mente y la capacidad de la fantasía para ofrecer magia —no la que adorna, sino la que sostiene— y nuevas formas de mirar el mundo cuando la realidad aprieta. Porque, al final, escribir también es eso: **ponerle nombre a lo que duele para que deje de devorarte en silencio**.

.

Faro de Tinta

Servicios Editoriales

@faro_detinta

Otros títulos de la Autora





Lyra Blackthorn

Faro de Tinta

Servicios Editoriales

@faro_detinta

Otros títulos de la Autora





María J. Mateos Selma


Faro de Tinta
Servicios Editoriales
@faro_detinta

PRÓLOGO I
PRÓLOGO II
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27

28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
Agradecimientos

Acerca de la autora